

José Miró Argenter

CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE

TOMOS II Y III

EDITORIAL LEX

HABANA

1943

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

109076303
19.837(2) in - 8°



CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

(LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE)

POR

JOSE MIRÓ

TOMOS II Y III

(SEGUNDA EDICION)



1943

EDITORIAL LEX

OBISPO 465

LA HABANA, CUBA

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

181181 = 427181

972.91053

MIR

T. II III

Ej 2

Reservados todos los derechos.
Copyright by Editorial Lex.

Impreso en Cuba.—Printed in Cuba.

Cooperativa Editora Cubana—Figuras 211.—Teléfono A-3667.—Habana.

PRELIMINAR

La campaña que voy á referir ahora, con el firme propósito de que sea mi discurso expresión fiel del acto más grandioso del drama revolucionario, testimonio veraz de multitud de sucesos bélicos y de otros hechos interesantes, que no son todavía del dominio público, es, por varios conceptos, más notable que la de 1895 ó sea la campaña de invasión, narrada al correr de la pluma en la primera parte de estas crónicas. Abraza este segundo período toda la jornada militar que realizó Maceo en las tres provincias occidentales, Habana, Matanzas y Pinar del Río, desde el 24 de Enero de 1896, en que el incansable adalid reanudó con mayor empuje la mortal contienda, hasta el día nefasto de Punta Brava: período muy agitado y tremendo, catálogo de ruinas y sangre, brillante, y á la par funesto, que, al ser descrito hoy con el fervor de los sentimientos más íntimos, pero sin menoscabo de la verdad histórica, despertará interés en la opinión imparcial por el número de sucesos que se acumulan en el corto espacio de once meses; gratitud en los espíritus amantes de las glorias patrias, que al fin verán grabado de un modo indeleble el colosal esfuerzo del patriotismo de los suyos, tantas veces vituperado por la gente farisaica de la época, antaño miedosa, y ahora provocativa y lenguaraz; y acaso levante, con la exhumación de tantas sepulturas olvidadas, una ráfaga de amor que ore el campo de las luchas mezquinas y corruptoras que han reemplazado á las grandes y nobilísimas del ideal. O mucho me engaño, ó esta narración completará el cuadro de la guerra civil más obstinada y violenta que ensangrentó los campos de Cuba, desde el prólogo, ya remoto, hasta el desenlace de nuestros días; y si no produce ningún fruto de enseñanza porque no brille el ingenio del expositor al deducir consecuencias de

actual aplicación, me asiste, por lo menos, la seguridad de que hará palpar los corazones de todos los que tomaron parte en la batalla, que sentirán, con el propio narrador, las fuertes emociones del desafío, y aun correremos juntos y alborozados al lado del valeroso capitán, bajo la ilusión feliz que palpita aún su ánimo y va delante de la tropa, con aquella gallardía y aquel vigor incomparables. Después de todo, será bastante recompensa para mi trabajo, y satisfacción bastante para mis anhelos, el logro de este designio pintoresco, que muy bien pudiera ser lo esencial y lo único meritorio de la composición, porque me cautiva la imagen del héroe, me arroban sus recuerdos y el esplendor de sus victorias me deslumbra; lo veo cabalgar en todo su marcial continente, con el acero desnudo, lo contemplo en otra actitud, de pie, altivo, escudriñador y siempre dominante; de todos modos, evidente su perfil, su fisonomía, su configuración, su ademán singular, y con el hombre protagonista el teatro de la guerra, con la acción, las jornadas, las disputas, el tumulto.

El trabajo que me propongo realizar en estas crónicas no ha de reducirse á la narración de sucesos bélicos, encuentros con el enemigo, asedio de poblaciones, correrías, alijos, y cuantas operaciones de guerra ejecutó Maceo en la ruda campaña de Pinar del Río, sino que al darle mayor amplitud al pensamiento capital de la obra, me dispongo á retratar la personalidad del héroe, á contar su vida, toda su vida ilustre, consagrada al servicio de la patria, á fin de que sus méritos, hazañas y virtudes queden impresos de un modo imborrable, y con su vida excepcional, el sello de su carácter y el de su inteligencia en las grandes acciones por él desarrolladas. No sería bastante la historia de dicha empresa militar, si se limitara á una versión más ó menos atractiva de todos los lancees que se ventilaron durante el período de tiempo que ella abraza; y no lo sería tampoco, si á la versión de los sucesos propios, agregara únicamente las cosas que corresponden al opositor. Porque ni la descripción más exacta de los hechos de armas, ni la fotografía, por decirlo así, del escenario, la colocación más adecuada de los componentes y la pintura del paisaje que sirvió de marco natural al cuadro de la jornada, darían nunca el verdadero concepto del asunto en su dramático interés, si el es-

pectador no conociera de antemano el personaje principal á cuya voluntad se desenvuelven los acontecimientos, los episodios y los demás actores, porque el teatro de la guerra es el más tumultuoso de la vida humana, presidido por la diosa de la tragedia, y en él la multitud enfurecida llena la mayor parte del espacio bajo a dirección de un solo hombre.

Quiero relatar con los hechos dignos de loa de sus competidores, anteponiendo á toda conveniencia de partido la consideración de rendir homenaje á la verdad. Quiero contar las cosas tal como sucedieron, lo mismo hazañas que tibezas, así de los míos como del contrario, á fin de que la virtud de los unos no quede obscurecida por la abnegación de los otros, y los grandes sacrificios del partido español no aparezcan eclipsados por los rojos destellos del astro de la matanza; porque no sería justo, ni moral, ni conveniente que omitiera los episodios valerosos del soldado español, las proezas que me son conocidas ejecutadas en lo más recóndito de la montaña, el tesón con que peleó en sitios poco menos que ignorados, y el sufrimiento de que dió pruebas notorias, aun cuando el jefe supremo de las armas no premiara la conducta de esos héroes anónimos, atento únicamente á desarrollar el plan de exterminio que concibiera en su ferocidad implacable y al que dió remate con fruición inconcebible. Tampoco habré de omitir, por más que ello cause rubor, el contraste que ofrecía el espectáculo revolucionario en el interior de las ciudades; que mientras llevaba víctimas al patíbulo, y la hoz truculenta de Wéyler segaba cabezas de cubanos infelices, una parte de la población nativa, en la que descollaban personajes ilustres de las letras, rendía homenaje al despotismo de un soldado erapuloso, encenagada en la servidumbre más indigna ó dominada por el miedo. A la valentía, pues, de los españoles que medían sus armas con el insurgente, tendré que oponer, marcando bien el reverso, la conducta envilecida de aquellos cubanos que vivieron mientras sus hermanos sucumbían, y que aun viven y triunfan, á la sombra de instituciones que no ayudaron á levantar, sino que hicieron de ellas constante menosprecio, en complicidad con los enemigos jurados de la rebelión; que prosiguieron afanosos en la tarea de aplastar el esfuerzo revolucionario, de mancomún con los secuaces del integrista.

esperando á cada momento que España obtendría la más espléndida victoria por la superioridad de las armas y el incondicional apoyo de sus mejores súbditos, y que al cabo, recibirían, en premio de sus afanes, una parte de las grandezas y regalías de la Corona. Si para hombres tales no hubo desolación moral en ninguna época, deben, por lo menos, ser fustigados sin piedad cada vez que el pasaje histórico traiga al discurso el recuerdo de su vergonzoso y miserable proceder.

El partido revolucionario luchaba contra las desigualdades y opresiones que la colonia venía sufriendo desde remotos días, sin intervalos de bonanza, males económicos y actos de tiranía que serían renovados con mayor hostilidad si España salía vencedora. El partido español luchaba también para lavar la afrenta inferida á su dignidad por la rebelión, y contra las devastaciones de los insurrectos que mermaban considerablemente el erario público de la metrópoli. Ambos partidos estaban convencidos de la grandeza de su causa, y hacían en obsequio de sus ideales los esfuerzos que dan sublimidad al ánimo, aunque muchas veces lo extravíen; creían cumplir con un deber y ejercer un derecho al ventilar en el campo de batalla sus mutuos resentimientos y sus respectivas aspiraciones, y á unos y á otros les era familiar el sacrificio de la vida. Pero aquella parte de la población culta que tenía categoría propia y estaba asociada por los vínculos de la riqueza y de la tradición, que había puesto cátedra de propaganda liberal para salvar las raíces de la propiedad y oponer firme escudo á las osadías del integrismo, esos hombres de ilustre prosapia, doctos y especulativos, al claudicar, como lo hicieron, en medio de los estragos de la Revolución después de haber intentado detener su curso, al aceptar mansamente el yugo de la metrópoli airada y besar la mano del tremendo ejecutor de la soberanía española, no sólo echaron una mancha indeleble sobre su historia política, sino que fueron reos de mayor oprobio, puesto que con su proceder, invariablemente dañino para la causa de Cuba, lograron reducir la contumacia de España ¡cosa asombrosa! y obtuvieron el sello oficial de un gobierno efímero y detestable. A tal punto llegaron en su aversión al elemento revolucionario que hicieron valer el testimonio de sus doctrinas desacreditadas ante el gobierno español, sordo hasta

entonces á toda reforma política que pudiera favorecer los intereses de la colonia; y no es menester aguzar el entendimiento para deducir la conclusión que esa complicidad significaba: para España, el sostén de la bandera como única concesión que reclamaba en su terrible agonía; para sus buenos servidores, el manejo de la cosa pública y el orgullo de haber tenido razón contra los corifeos del separatismo, tan perniciosos como inexpertos. Pocas veces se ha visto en la historia de los pueblos que, triunfante la facción revolucionaria, los vencidos no hayan pasado por todas las consecuencias de la derrota, y que, como sucede en nuestra república, los que fueron detractores de la bandera insurrecta en todas las ocasiones y por todos los medios de publicidad, sin haber otorgado su beneplácito á la obra redentora de la Revolución, sean los primeros en el usufructo del patrimonio á título de albaceas vitalicios del caudal común, ó de mentores capacitados de un país en perpetua minoría. A juzgar las cosas por el aspecto que presentan en nuestro escenario político, dijérase que los costosos laureles adquiridos por el soldado libertador se pusieron mustios el mismo día en que atronó los aires de la explosión de la victoria, para reverdecer, ufanos y perdurables, en las sienes de los réprobos.

Pero el lector imparcial que siga paso á paso los sucesos de esta verídica narración, aun cuando consulte por sí mismo los textos oficiales del adversario, para buscar en ellos la nota probatoria ó negativa, habrá de admitir, con el propio historiador, que únicamente al heroísmo de una porción, no muy grande, del pueblo cubano, se debe el sostenimiento de la lucha durante tres años de incesante hostilidad, solos los patriotas contra el poder de España, que parecía invencible, y era realmente obstinada. El lector desapasionado que vaya en pos de la verdad, y no recoja el falso testimonio propalado por los enemigos de la Revolución, de que la promesa de una inmediata ruptura entre los Estados Unidos y España era el principal sostén de los cubanos en armas, habrá de reconocer, con los más ardientes partidarios del separatismo, que sólo el amor patrio, y nada más que el amor patrio, mantuvo el espíritu del soldado insurgente durante tres años de terrible batalla y le comunicó aliento para ir á la conquista de los do-

minios españoles; alientos para no esquivar ningún lance con el valeroso opositor, para sufrir sin queja las desventuras de la guerra calamitosa y para arrostrar impávido la muerte. Porque sin los esfuerzos de ese patriotismo, colosal y sin tasa, sin el genio militar de nuestros caudillos, la intrepidez de Gómez, la tenacidad y el nervio de Maceo, la guerra hubiera quedado circunscrita á determinadas comarcas; la empresa magna de la invasión no hubiera pasado de una tentativa, no es pasto de las llamas la riqueza territorial del país, el huracán revolucionario no sopla furioso de uno á otro confín, y el pueblo americano no se siente conmovido por el espectáculo de la devastación y de la matanza que ofrecía Cuba desangrada á las miradas del universo. Para los prosélitos de la Revolución es cosa muy sabida; mas no así para los detractores de ella, que aun después del triunfo obtenido se complacen en mermar el prestigio de las armas libertadoras, les repugna el lenguaje del patriotismo como si fuera jerigonza de la plebe, y sólo atribuyen á la acción de los Estados Unidos la derrota de España, y por una gracia especial el establecimiento de la República. La verdad no es más que una, y la historia no puede consentir que se proclamen á la faz de los sucesos semejantes mentiras. La acción eficaz de las armas norteamericanas fué consecuencia del estado de guerra creado por los insurrectos y por la ferocidad de Wéyler; ese estado de guerra lo sostuvieron durante tres años (es conveniente repetirlo) las fuerzas insurrectas sin el apoyo de amigos beligerantes, sin la presunción de que pudiera llegar el auxilio formidable, y que no llegó durante la crisis más terrible de la insurrección. Los patriotas iban solos al combate y desafiaban la muerte, sin vislumbres de que otra espada más fornida pudiera decidir el debate. Fueron solos á la batalla, solos lograron victorias, y solos experimentaron las tristezas de las acciones desgraciadas. Únicamente el alma noble del pueblo sintió los grandes infortunios de la Revolución. Los hombres que han dado en llamarse insustituibles echaban á vuelo las campanas. Cada derrota de los insurrectos, cada muerte ilustre era solemnizada por un repique de gloria. El requiem lo entonaban los humildes, los moralmente extraviados y los que andaban por la soledad de los montes. No hemos envejecido todavía

para que pueda adulterarse un hecho tan palmario de la historia de Cuba, á saber: que los insurrectos permanecieron en armas, sosteniendo ellos solos la hostilidad contra el poder de España, desde el 24 de Febrero de 1895 hasta poco después de la voladura del *Maine*, suceso estrepitoso que dió margen á la declaración de guerra por los Estados Unidos; tres años cabales de ruda batalla, como quiera que se examine. No debe, pues, dársele acceso á ninguna objeción que tienda á corromper la verdad elocuentísima de los hechos notorios, porque ni el más habilidoso de los discursos podrá jamás echar abajo el testimonio de las cosas palpables, ni esas ilustraciones de oropel, representantes de la *mentalidad* cubana, como ahora se dice, serían las llamadas á hacer la crítica histórica en ningún caso del debate, en atención á que no las mueve la idea sana de contribuir al esclarecimiento de los sucesos, sino el bajo móvil de empequeñecer lo grande y lo sublime de la Revolución; porque en el fondo de toda esa crítica chapucera de la *mentalidad* no hay más que el torcedor de la envidia y los ahogos biliosos del despecho.

Pero el objeto principal de este libro es dar á conocer la jornada militar de la insurrección en las comarcas occidentales, especialmente en la de Pinar del Río, durante el mando de Maceo. Voy, pues, á contar los percances todos de una gigantesca batalla, porque puede decirse que es una sola la pendencia, si bien de larga duración; batalla inconmensurable, ruda y feroz, sin semejante en los fastos guerreros de este país, que al recordarla en esta ocasión á nosotros mismos nos parece fábula leída en los clásicos del poema heroico, ó pasaje espartano del tiempo de Leónidas. A fe que parece leyenda lo realizado por un grupo de secuaces, admiradores de un genio, sometidos á la voluntad del patriota que los guía, yendo de un extremo á otro del país inexplorado, con el pendón de la guerra en alto, por campos desabrigados y cubiertos de facciones hostiles, sin obtener más recompensa que la de la gloria tácita y común! Y si la empresa de la colectividad, de la muchedumbre subordinada, parece composición ilusoria ó trazado de la fantasía, siendo, como es, una verdad incontrovertible, ¿qué no será lo realizado por el protagonista, qué lo actuado por el hombre superior, por el genio que acaudilló á esa agrupación.

capitán incansable nunca agradecido á la victoria, siempre ávido de más costosos laureles? ¿á qué caudillo, á qué héroe epónimo y maravilloso pudiera comparársele?... En nuestra adoración, no hallamos el equivalente. Con los sucesos bélicos de esta gran jornada, relataré otros hechos de verdadero interés histórico, que pondrán de relieve la clara intuición de aquel espíritu, original y fuerte, que cifrándolo todo en su propia fortaleza, preveía al mismo tiempo los sucesos políticos de la patria, cuya triste realidad tocamos una vez y hemos vuelto á experimentarla. Sacaré á la luz los documentos que él escribió en las horas de melancolía; que también el hombre inquebrantable se sintió invadido por la pasión de ánimo, entreviendo el cielo plomizo de los días presentes, el funesto porvenir de Cuba si desaparecían los actores de la revolución ó se gastaban los caracteres en las luchas mezquinas del interés personal. Revelaré sus conversaciones íntimas y sus razonamientos, siempre claros y de una apreciación exacta, sobre los asuntos y los hombres de la época. Pero aun no es hora de amargar el corazón con el espectáculo triste de la patria devorada por las facciones políticas; es hora de cantar el himno marcial que suena en la montaña de los *Organos*, en donde se halla la tropa que acaudilla Maceo, dispuesta al combate fiero. He aquí, en brevísimo sumario, lo que ha de abrazar esta verídica historia.

Maceo inaugura la nueva campaña en los límites de Pinar del Río, tocándole de competidor el general Echagüe. Atraviesa la sierra de los *Organos*, de norte á sur, para retar á las columnas que cubren la línea férrea, y da la famosa acción de Paso Real; pica la retaguardia de García Navarro, pone sitio al pueblo de Candelaria, establece el vivac en la calzada de San Cristóbal, poco después en Laborí, y abriéndose paso á mandobles para llegar á la provincia de la Habana, cruza la línea del Oeste bajo una nube de plomo. Sabe que Wéyler acaba de instalarse en la capitanía general, y le envía el guante de la manera más ruidosa. En el centro ya de la provincia, caminata que dura cincuenta y seis horas consecutivas, elige la ciudad de Jaruco para el hecho sensacional que ha concebido; asalta la población en la noche del 18 de Febrero y recoge cuantioso botín; al día siguiente se da la mano con Gómez,

al inaugurarse una tremenda función de guerra con pérdidas muy sensibles para los cubanos; toma el desquite en la loma del *Gato*; atraviesa la provincia de Matanzas, precedido de Gómez, y desde el veinte de Febrero hasta el quince de Marzo, no cesa de luchar un solo día, unas veces con fortuna, otras con desgracia. Wéyler había acumulado sobre dichas comarcas todos los elementos de guerra dispuestos de antemano, y los choques, por lo tanto, habrían de ser consecutivos, empeñados y sangrientos. Gómez realiza una jornada atrevidísima, indispensable á los designios ulteriores de la guerra, y vuelve Maceo á la provincia de la Habana, ocupa el pueblo de Santa Cruz en el litoral, se sitúa en el centro del distrito, da el combate de *Nazareno*, alarma todos los pueblos y caseríos de la línea férrea de Jaruco, y mientras Wéyler lo cree internado por la Ciénaga de Zapata, el estrépito de la fusilería de la gente de Maceo anuncia otra vez el pavor de la primera invasión; contramarcha en seguida hacia Matanzas, aunque siguiendo la ruta opuesta, asiste al debate que sostiene Lacret en el ingenio Diana, y obliga á las tropas españolas á que muden el frente de batalla, al día siguiente pelea en *Río de Auras* con las cananas vacías, llega oportuno á todos los lugares del palenque, acude puntual á todos los sitios donde hay adversarios que disputan el terreno, desbarata las combinaciones estratégicas que parecen mejor preparadas, quebranta las unidades más aguerridas del ejército español, y hace dudar á los apologistas de Wéyler de la capacidad de este infatigado, que en un mes de campaña se ha equivocado treinta veces consecutivas. Celebra una corta entrevista con Gómez, en donde trazan los dos caudillos el nuevo plan de campaña, y mientras Wéyler asegura que Gómez y Maceo marchan descorazonados á Oriente, el primero amenaza la línea fortificada de las Villas occidentales, tala los campos que volvieron á florecer después de la invasión, y Maceo asalta la plaza de Batatabonó, en los momentos precisos en que el ponderado Wéyler publica un bando estupendo en el que da por pacificadas las provincias occidentales, en donde la guerra va á sentirse con mayor violencia. Cruza Maceo la línea de Mariel á Majana, rompiendo el cerco de bayonetas que allí estableciera su competidor para convertir en infranqueable el valladar de

la Trocha. Pelea en *Neptuno*, pelea en *Galope*, pelea en *Laborí*, pelea en *Cayajabos*, umbrales de Pinar del Río; quebranta nuevamente el esfuerzo de cinco columnas enemigas, escala las crestas del empinado monte, atraviesa los ásperos desfiladeros, desciende á la llanura, vuelve á subir las escarpadas cimas de la cordillera, bregando aquí y allá, diariamente, contra un ejército de miles de hombres, valerosos también y muy aguerridos. Sostiene veinte combates en las lomas de Tapia, lugar agreste que sale desde entonces del anónimo; casi sin municiones, reta al bien pertrechado ejército enemigo en San Claudio, en Las Pozas y en Cacarajícara, en donde recibe por primera vez un puñado de balas que le bastan sin embargo, para completar la derrota de Suárez Inclán. Sin dar descanso á la tropa, que es, como el caudillo, de diamantina fortaleza, emprende otra serie de operaciones que consolidan su fama de capitán sobresaliente, y acosando á Serrano Altamira y á Suárez Inclán otra vez, da celebridad á los sitios del *Aguacate*, *Vega-Morales*, *Sebastopol*, *Quiñones* y *Bejarano*, puntos desconocidos antes de retumbar por allí el trueno de la guerra, y que el competidor busca con ansia en los planos topográficos de Pinar del Río, sin dar con el hallazgo. Wéyler se confunde, pierde el tino y el compás, y busca en la invención geográfica el aplauso de los imbéciles. Reúne Maceo, por fin, una regular cantidad de pertrechos y con ellos ataca un tren militar en Bacunagua, jornada que da motivo á otra acción más importante, en la que principia la más famosa de las excursiones de la disputada campaña de Pinar del Río: dos meses de marcha, desde Bacunagua hasta los remates de Guane, y dos meses de función de guerra. *Los Arroyos*, *Montezuelo*, *Tumbas de Estorino*, *Ceja del Negro*, *Galalón* y *Soroa*, son los combates más sangrientos de aquella memorable excursión, páginas en todo tiempo brillantes, dignas de ser esculpidas sobre el mármol y el granito, como trofeos conquistados por aquel intrépido luchador, que no saciado aún, ejecuta otra serie de actos ofensivos sobre la línea fortificada de Artemisa. Por último, da la batalla contra Wéyler, mandando éste personalmente el ejército, con la flor de sus generales. Maceo lo espera en el Rosario con un centenar de hombres y obliga al siniestro representante de la soberanía española, tan pequeño como

militar, como pequeño en estatura, y sólo enorme en la ejecución de planes tenebrosos, á dejar el campo del debate, porque le ha cogido miedo al monte bravo y al trueno que retumba por las oquedades del Cuzco. Después de estas páginas gloriosas, quedará únicamente por referir el triste suceso de Punta Brava, campo de fatal recordación, memorable en todo tiempo, porque allí se extinguió la vida del más tenaz y fiero enemigo de España, del más bizarro paladín de Cuba, cuando había llegado al apogeo de la gloria y su nombre volaba por los ámbitos del mundo. La gran batalla que principió en los albores dichosos del año 1896, termina en Punta Brava con los rayos melancólicos del sol de Diciembre.

I

P i l o t o s

Verdadera situación del ejército al comenzar la nueva campaña.—Salida de Mantua.—Tierras extrañas.—El pueblo de Baja.—Destitución de Martínez Campos.—Primer encuentro con el enemigo, 26 de Enero.—La sierra de los Organos.—El veguero de Viñales.—Pilotos.—Noticias de la Habana.—Wéyler, nombrado capitán general.—Bosquejo del cuadro espantoso.—Maceo se propone tomar la ofensiva.—Como vencerá el obstáculo formidable.—El general Sabas Marin.—Organización de Pinar del Río.

LA victoria obtenida por las armas libertadoras, con haber superado á los grandes anhelos, no podía significar el término inmediato de la lucha por la humillación de España; en rigor, no era más que la ejecución de una empresa marcial, vasta y peligrosa, dispuesta por la audacia de nuestros caudillos, que supieron aprovecharse de los descuidos del ejército español, si lleno de valor, falto de diligencia, tan pronto aturdido como rezagado en los campos de su absoluta dominación. Era el resultado del arrojo militar, que no halló diques en la temeraria aventura de marchar siempre adelante por vías y espacios desconocidos, cosa absurda, á juicio de los técnicos del partido opositor, y cosa más inaudita, pero realmente notoria, la imprevisión de Martínez Campos, que no creyó en la magnitud del propósito mientras no tuvo encima la realidad abrumadora de los sucesos increíbles: la gente del bosque paseando por las ramblas urbanizadas, arrasado todo el suelo del país, en bancarrota las clases mercantiles, dominadas por el pánico las clases más elevadas, y eclipsada para siempre la estrella de su fortuna; ó en términos más concisos: la Invasión triunfante. ¡Qué cosas más estupendas!

Pero también era indudable que tras la crisis del ejército español, surgía otra crisis para el ejército libertador, en aten-

ción á que sus dos núcleos más vigorosos, el que mandaba Gómez y el que dirigía Maceo, se hallaban separados por la superficie de toda una provincia, escasamente explorada por el primero, totalmente desconocida para el segundo, con el Océano por barrera occidental y la angostura del Mariel cerrando el paso de Levante. Hallábase Maceo en los confines de Pinar del Río, á donde le llevó su propia audacia, y Gómez se mantenía en el territorio más poblado de la isla, asediado de columnas españolas que tenían vivo empeño en arrojarlo de allí, si no les era posible descargar el golpe decisivo; pero de cualquier manera, continuara ó no Gómez en la provincia de la Habana, supliendo con su indomable valor la precaria situación de sus parciales, todas las ventajas estaban de parte de los españoles, por cuanto rehechos ya de la sorpresa ocasionada por el estruendo de la invasión, habrían de impedir que volvieran á reunirse los dos caudillos insurrectos, separados de *motu proprio*, sin haber establecido ninguna base de operaciones, y alejados entrambos por el curso tropeloso de los acontecimientos, como naves que marchando por la misma ruta se dispersan en alta mar.

La Revolución había tomado incremento extraordinario. Contábanse por miles los adeptos que simpatizaban con los patriotas en armas; diariamente engrosaban las filas del ejército libertador; á su paso, por cualquier comarca, quedaban poco menos que desiertos los caseríos; testimonios de adhesión de la multitud y ofrendas de entusiasmo brotaban espontáneamente de la campiña, como flores silvestres en la primavera tropical; pero estos hermosos exponentes del patriotismo no daban factores de más valer en orden al debate de las armas, no proporcionaban lo más indispensable á la colectividad militar: soldados completos, con balas y fusiles. Maceo, por lo tanto, tenía un arduo problema que resolver, y resolverlo sin dilación, y de igual suerte le acontecía á Gómez. Los dos jefes principales de la campaña—es conveniente repetirlo—se hallaban separados por la superficie de toda una provincia, sin saber el uno del otro, y apremiaba la necesidad de juntarse en cualquier lugar del palenque. Era, pues, forzoso hacer frente á la crisis, porque los dados estaban echados

sobre el tablero de la disputa y al acero de mejor temple le tocaba decidir la cuestión.

Mientras la tropa se alistaba para continuar la jornada por el distrito más occidental de Pinar del Río, el general Maceo inquiría por todos los medios posibles la certeza del rumor público acerca de la dimisión de Martínez Campos y de otros sucesos ruidosos de que había sido teatro la capital de la isla. Pero á nuestra salida de Mantua, en la mañana del 24 de Enero, no habíamos obtenido ningún testimonio oficial que confirmara aquella versión. Ya en camino la hueste expedicionaria, hizo rumbo al norte de la provincia, atravesando sitios y despoblados en una marcha continua de 10 leguas, hasta muy entrada la noche, en que estableció el vivac en el veguerío de Macurijes, distrito de Mantua. Los moradores de aquellos lugares que no estaban en contacto con los centros de población, no pudieron suministrarnos ninguna noticia de interés; la primera nueva la sabían por boca de los insurrectos. Tampoco sabíamos nosotros cuál era el pensar de esas gentes sobre los sucesos de actualidad. ¿Aceptarían la Revolución como un bien, ó maldecirían desde aquel momento el itinerario fatal que llevaba el país á la ruina y á la muerte? Hombres sin noción alguna de los negocios públicos, que ignoraban en absoluto la causa del gran trastorno, pero que no manifestaban la menor extrañeza ante el cuadro más significativo de la conmoción popular, ¿soportarían con heroísmo las duras inclemencias de la guerra devastadora, ó gemirían miedosos, bajo una constante ansiedad, mientras no volvieran al reposo y al bienestar de la paz? ¿Llegarían á penetrarse de la moral de la Revolución?... Nada podía predecirse en este sentido allí donde todo se presentaba bajo un aspecto extraño: la tierra, la forma de cultivo, el paisaje, la configuración de las montañas, y la gente.

Al otro día (25 de Enero) se tomó el primer camino que conducía á un pueblo para saber en definitiva lo del embarque de Martínez Campos, porque á todos interesaba el suceso, y especialmente al general Maceo, que no podía ocultar la emoción. Los lugareños de Macurijes quedarían sorprendidos de que hubiese pasado por allí todo el terremoto oriental sin dejar enormes desgarrones. Se nos informó que á media jornada se

hallaba el pueblo de Baja, con destacamento de voluntarios, y hacia dicho lugar encaminóse nuestra columna con el propósito de ocuparlo á viva fuerza si la guarnición se mostraba hostil. No fué menester emplear las armas, debido á que una partida insurrecta que capitaneaba un jefe local, había vivaqueado en el caserío, en tanto los defensores buscaban refugio en la manigua. Los españoles que quedaron en el pueblo, estaban en gran inquietud. El vecindario recibió al general Maceo con señaladas muestras de entusiasmo, y en Baja lo mismo que en Mantua, se adoptaron disposiciones de paz y se hicieron nombramientos de autoridades civiles para mantener el orden y dar garantías á la población. El cura párroco de Baja fué comisionado por el general Maceo para que se entendiera con los voluntarios prófugos y les diera la seguridad de que no serían molestados por los insurrectos, al volver á sus casas. Las mujeres del lugar se habían interesado especialmente por el retorno de sus familiares, y el general Maceo, que jamás negó nada á la mujer, concedió sin esfuerzo la gracia que le pedían.

Al fin llegamos á saber, de un modo fehaciente, que Martínez Campos había sido relevado de la capitanía general, casi destituido, y que se hallaba navegando rumbo á España. Esta predicho por nuestros caudillos: la Invasión iba á deslustrarle su maravillosa carrera. Después de todo, el gobierno de España había procedido con gran acierto aceptándole la dimisión antes de que fuera oficialmente presentada: equivalía á pasaporte. Era un general fracasado, y en manera alguna podía continuar al frente del gobierno de Cuba quien se confesaba impotente para vencer la insurrección. Las bandas desorganizadas se habían burlado de él, de sus lugartenientes y de sus miles de soldados. Lo decimos sin acritud; Martínez Campos había perdido el seso desde mucho antes de declararse impotente en un rasgo de lucidez. No sabía nada de la campaña cuando la invasión llegó á las Villas, ni lo supo tampoco cuando los insurrectos se atrevieron á cruzar el río *Hanábana*, quedándose abismados de no haber encontrado un solo destacamento español, y si logró informarse por sus propios ojos, cuando estalló el gran siniestro territorial, la percepción no fué más que momentánea, porque después de Coliseo no supo

nada más. ¿Cuál es la razón de esa ignorancia, de ese desconocimiento, de ese estupor?... Personas de sano juicio que estaban en contacto con Martínez Campos, lo explican con razones muy desfavorables para el hombre tres veces glorificado, que dominó en España, en Africa y en Ultramar, porque ningún otro llegó á más alto pedestal, ni obtuvo más honores ni más alabanzas. *Sic tránsit gloria mundi*—es lo único que podemos decir como remate, para no caer en el pecado de la difamación.

Las personas que nos dieron la noticia del embarque de Martínez Campos, las cuales lo sabían, á su vez, por el comandante de un cañonero, agregaron que la despedida del general español había sido un símil de la célebre asonada que señaló en otra época el embarque del general Dulce; cosa que no podía darse por improbable en atención al sesgo que tomaron las pasiones políticas y al carácter tumultuario de las milicias urbanas, que en aquella ocasión ensayaron con éxito ese procedimiento, bautizado con el expresivo nombre de *rebelión de la lealtad*. También se nos dijo que el sucesor de Martínez Campos era el general Valeriano Wéyler, lo cual á nadie cogió de sorpresa, y que provisionalmente se hallaba al frente del gobierno de Cuba el general Sabas Marín (1). De este militar no teníamos más antecedentes que los publicados por el bando español en los partes oficiales. Pero el general Maceo, que en la guerra pasado lo tuvo varias veces de competidor en muy reñidas acciones, no le escatimaba los títulos de jefe valeroso y experto. Durante el corto período que ejerció el mando de las armas españolas en esta campaña, dió pruebas de actividad

(1) El comandante del cañonero, teniente de navio Sr. Montojo que, según parece, era partidario de Wéyler, quiso fusilar al joven D. Martín Aróstegui, que había estado dos ó tres días en el distrito de Mantua cobrando los censos de la finca Santa Isabel. El conato de fusilamiento lo motivó la contestación que dióle el Sr. Aróstegui al teniente de la Armada, al preguntarle éste su parecer sobre los méritos de los cabezillas insurrectos. Aróstegui le dijo que el más notable era Maceo; y de ahí el furor del bizarro marino que siempre estaba en borrasca.

Efectivamente, el 25 de Enero el general Wéyler embarcó desde Barcelona para esta Isla, bendecido por el Obispo de aquella diócesis, quien invocó para el general Wéyler y para el ejército de Cuba la protección de la Virgen. Así se comunicó por medio de un cable á los habitantes de la colonia, noticia que, con los adornos retóricos propios del caso, publicaron todos los diarios de la Habana.

y pericia, como tendremos oportunidad de comprobarlo en breve.

Organizada la administración civil bajo el régimen establecido por el general Maceo, dejamos el pueblo de Baja para dirigirnos hacia el Norte por el litoral, y pernoctamos en las cercanías de una finca azucarera, Santa Lucía. Se hallaba en dicho ingenio una columna española al mando del general Echagüe. Al despuntar el alba (día 26), y poco antes de retirarse nuestras avanzadas, la columna española dió señales de movimiento. Su descubierta cambió algunos tiros con los retenes que vigilaban el batey del Santa Lucía, y desplegó sus guerrillas para abrir el combate. El fuego se generalizó al ser amagado su centro por la caballería de Bermúdez. Maceo tomó posiciones en los cerros más inmediatos, para ventilar allí la refriega si los españoles se determinaban á estrechar el lance; pero con nutridas descargas de fusilería y algunos cañonazos resolvieron la función matinal, alejándose de la montaña que oportunamente había ocupado Maceo para cerrales el paso. El combate careció de novedad.

No pudimos averiguar el rumbo de la columna después de ventiladas las escaramuzas. Maceo quería situarse sobre la carretera de Pinar del Río. La jornada del día 26 fué tremenda. Comenzó en Santa Lucía, al abrirse el fuego con la columna de Echagüe, y terminó en Santo Tomás, veguerío de Viñales. Cruzamos los desfiladeros y ríos de Matahambre, Pan de Azúcar, el Ancón, la sierra del Infierno que une las dos cordilleras de Vuelta Abajo; vimos los manantiales del Cuyaguatete y todos los picachos de los *Organos*, un camino de venados; aquí subideros, allá declives y furnias amenazadoras, peñas enormes, cuando no pedregal menudo, tierras de pinares y bosques de pinos consecutivamente, ralos unas veces, y las más profusos, con encinas añosas, corpulentas y firmes, á pesar de tener la raíz al sol como si hubiese pasado una riada con acompañamiento de terremoto. Llegamos al Quemado de Pineda, serranía lindante con el país del *Infierno*; no hallamos alma viviente; las casas abandonadas, si bien con el fogón encendido y los corrales intactos, muestra inequívoca de que los moradores acababan de esconderse en el monte. El pinar estaba á la sazón más cerrado que en los demás bosques re-

corridos en la marcha invasora, de Levante á Poniente. No sabemos cómo estará ahora, después de trece años de la memorable excursión. A la caída de la tarde se estableció el campamento en Santo Tomás, cerca del camino de Viñales á la ciudad de Pinar del Río. Sin montañas y sin bosque, la caminata no alcanzaría el nombre de ruda; á través de los montes y de las selvas, es una jornada bárbara, sobre todo, haciéndola á caballo, porque las bestias van soltando clavos y herraduras, y se despean con el roce del empedrado infernal. Varias patrullas fueron á reconocer el pueblo de Viñales, baluarte integrista, con el propósito de requisar caballos y limpiar las bodegas. Se les dió permiso para que obraran discrecionalmente, en atención á que todos los hombres de aquella comarca eran enemigos jurados de la libertad; tenían la carabina y la canana junto al apero de labor: de la misma mata del plantío brotaba el escopetazo traicionero. El Cuartel general permaneció en Santo Tomás todo el día 27, probando tres cañones que se cogieron en Mantua; ninguno de ellos servía para otra función que no fuese de salva; pero Maceo estaba empeñado en hacer sonar las máquinas de guerra, ya que la fortuna le brindaba oportunidad del ensayo ruidoso, y con este motivo hizo trabajar á todos los que presumían de pirotécnicos y artilleros.

El general Maceo, con el propósito de encaminarse á la capital de la provincia, dirigió la marcha hacia Pilotos, pueblo ya conocido. Para llegar á Pilotos fué preciso atravesar un terreno sumamente escabroso en la jornada del día 29. El vecindario nos dispensó las mismas muestras de simpatía que nos había tributado en otra ocasión. Encontramos mejor dispuesto el espíritu público por la causa revolucionaria, demostrado en el hecho de haber acudido al Cuartel general varios grupos de gente armada de la localidad, reclutados de improviso por el entusiasmo popular. Lo más significativo era la intervención de un joven oriental, hijo de Holguín (José Valdés), que yendo en busca del general Maceo, había logrado levantar buen número de parciales en aquella comarca, donde dicho joven era completamente desconocido. Este oficial se había abierto paso con sólo sus aires de batalla y titulándose emisario de Maceo para el reclutamiento, organizó un escuadrón bien equipado,

sentó el principio de autoridad, expidió diplomas con carácter provisional y clavó la bandera de Cuba libre en el muro más alto de Pilotos. Ocioso es decir que todo fué sancionado por Maceo con singular beneplácito. Fué necesario proceder con rigor contra dos soldados que cometieron actos de bandolerismo, á los cuales, convictos de la depredación, se les formó consejo de guerra sumarísimo y fueron ejecutados sobre la marcha. A la salida de Pilotos tomamos por el camino de Consolación del Sur con el objeto de aproximarnos a la línea ferroviaria de Pinar del Río y sacar al enemigo de sus cuarteles. Las columnas españolas no podían haberse evaporado del departamento occidental, y si bien no operaban por el litoral del norte y la parte montañosa de Viñales, era de presumir que guardarían las comarcas del centro, las poblaciones más importantes de la línea férrea, aun cuando ésta se hallase interrumpida, y establecerían el contacto con las demás fuerzas que vigilaban la línea de Guanajay y fronteras de la Habana. Esas conjeturas fueron confirmadas por la presencia de una división española en Consolación del Sur, y con ánimo de salirle al encuentro, se emprendió marcha el día 31, aunque sin resultado. Pero en una finca llamada Candelaria, entre Consolación y Paso Real, obtuvimos informes más exactos de la situación de las fuerzas españolas. Luque y García Navarro recorrían aquella zona: era, pues, inminente el encuentro con uno de ellos, ó con los dos á la vez.

En el mismo lugar nos facilitaron algunos periódicos de la Habana, por los que nos enteramos que el sucesor de Martínez Campos navegaba ya con rumbo á esta isla. Se le esperaba del 10 al 12 de Febrero. Leímos también con avidez las noticias que tenían relación con nuestros compañeros de armas, sobre todo las que se referían al general Máximo Gómez, que, á juzgar por los partes españoles, se hallaba aún en la provincia de la Habana. Con el nombramiento de Wéyler las cosas iban á tomar aspecto más terrible, dada la siniestra fama de que venía precedido y la memoria horrenda que dejó de su paso en Cuba en la guerra de los diez años. Había que sentir conmiseración por los que no tuvieran el valor de afrontar los peligros de la campaña, siendo cubanos y devotos de la independencia, porque sobre ellos se cebaría el odio de los integristas, alentados

y dirigidos por el implacable soldado que venía á establecer el sistema del terror y á resarcir al elemento iracundo del mal-estar que había experimentado en los últimos días del mando de Martínez Campos, por la tibieza de este gobernante y su conducta equívoca en medio de una situación francamente hostil y abrumadora para los intereses de la metrópoli. Tal vez la Revolución recibiría mayor impulso con la presencia de Wéyler en el país, ó tal vez, haciéndose profunda la impresión del terror, se humillarían los adeptos del separatismo para convertirse en mercenarios de la tiranía. Estaba al llegar el momento de la tremenda crisis. Unos y otros tendrían que decidirse en breve: ó del lado de España ó con la Revolución. Iba á entronizarse el despotismo militar con todo el séquito de proscipciones, fusilamientos y asesinatos, y únicamente podrían sentirse satisfechos, dentro de la nueva situación, los que habían abominado de la política complaciente y estimaban que la guerra sólo podía terminarse de un modo sangriento y ejemplar, con el aplastamiento total de los insurrectos, lo mismo actores que laborantes. Nuestro caudillo no se percataba de dar expansión á sus íntimos pensamientos sobre el porvenir de la política cubana, afirmándose cada vez en la opinión de que siempre habría un número considerable de adversarios, de lo más florido de la sociedad, que estarían con el opresor, otorgándole su consentimiento y sus plácemes, antes que venir á militar en las filas revolucionarias; porque eran hombres que se habían equivocado en varias ocasiones desde el Zanjón hasta nuestros días, y no tenían la franqueza ni el valor de confesar sus enormes fracasos, sino que querían vivir como profetas, engañando al país, á sus propios correligionarios y á los gobernantes españoles. Efectivamente; el porvenir era todavía un enigma: el final de la guerra estaba lejano. No podía tampoco inducirse la intervención de un poder extranjero; entretanto, la devastación seguiría, la lucha se desarrollaría por todas partes y por doquier igualmente desordenada, sucumbirían miles de cubanos y también miles de españoles; no era dudoso, sino muy factible, que perecieran en la contienda los caudillos de la Revolución, y dándole largas á la existencia, bien se podía echar la nave por un mar tranquilo y por lagunas pes-

tilentes mientras la tempestad se desataba fuera y se hundían, en un mar de sangre, bajeles y tripulantes.

Para hacer frente á la nueva situación militar que iba á desarrollarse tan pronto como el general Wéyler tomase posesión del mando, Maceo concibió el plan de oposición más expuesto á quiebras irreparables. Tres actos ofensivos, á cual más arriesgado: primero, lidiar contra todas las columnas que guardaban la comarca central de Pinar del Río; segundo, abrirse paso á mandobles en donde encontrara resistencia más sólida, y tercero, encaminarse á la provincia de la Habana el mismo día en que Wéyler publicara el bando de su toma de posesión. Ardua era la empresa, y casi insostenible su concepción, en buena crítica militar. El efectivo armado de la división que mandaba Maceo no excedía de 1,600 hombres, y de ese número había que dejar en Pinar del Río alguna fracción, no pequeña, para sostener las posiciones allí conquistadas. No era tampoco de presumir que el general Gómez tuviera un contingente mayor ni en mejores condiciones. Por osado y capaz que fuese el guerrero que concibiera ese plan ofensivo, resultaba impracticable desde el momento en que el ejecutor carecía de elementos tácticos suficientes: ¿cómo iba á ponerse en obra con el corto número de componentes que tenía Maceo? A mayor abundamiento, había que desechar la hipótesis de que el jefe contrario no reunía la capacidad y la intrepidez necesaria para desbaratar el canevás de ese atrevido designio, apenas se le diera desarrollo en el campo de la acción. Al enemigo había que suponerlo diestro y vigilante (siempre es conveniente creerlo así), y que ansioso de volver por el prestigio de las armas, batallaría con decisión á fin de impedir que Maceo hiciera acto de presencia en la provincia de la Habana. Lo más racional era que nuestro caudillo, mientras no contara con un contingente vigoroso y ejercitado, permaneciera en la montaña de Pinar del Río con los destacamentos escaalonados para mantener la base defensiva de sus operaciones. Pero en aquel temperamento fogoso no entraba jamás la medida de la prudencia; amante de la gloria y celoso del honor militar, el que había hecho del campamento su domicilio y de la pelea tenaz la ocupación más grata, una vez concebido el designio de estrechar el lance con el adversario, no valían razones de ningún

género que le hicieran desistir de su propósito. Ardía en deseos de tomar la ofensiva, de situarse en la calzada de Candelaria, para en ella empeñar combate contra todas las columnas que se opusieran á su intento de llegar al territorio de la Habana el mismo día y á la misma hora en que Wéyler se hiciera cargo del gobierno de Cuba.

Entretanto, Sabas Marín salía de la Habana para ponerse el frente de las tropas que operaban en los límites de Pinar del Río por la frontera oriental. El jefe español se dirigió á Guanajay con la columna de Galvis, compuesta de 1,200 infantes, 1,000 soldados de caballería y una batería de montaña. El tema era, pues, abatir las huestes de Maceo en una acción campal, ó en una serie de combates parciales que hicieran imposible todo conato de invasión. Con ello el general Marín dió prueba relevante de que para él era lo primero el cumplimiento del deber militar, porque al dirigir personalmente las operaciones no le guiaba el móvil de ser aplaudido por su sucesor, ni aclamado por la opinión pública, porque Wéyler no habría de agradecerle ningún triunfo que obtuviera contra las fuerzas insurrectas, ni el partido integrista, que ya dominaba altanero, iba á estimar en su justo valor ninguna victoria alcanzada por Marín, esperándolo, como lo esperaba todo, del ponderado Wéyler, lo mismo éxitos guerreros que castigos ejemplares.

Antes de dejar la provincia de Pinar del Río, Maceo procedió á organizar la administración civil. En Guane, en Mantua, en Paso Real, en Pilotos y en todo caserío de alguna importancia se expidieron nombramientos de prefectos y subprefectos, que generalmente recaían en españoles de probidad y arraigo. Para el puesto de gobernador civil fué designado el comandante Oscar Justiniani, que venía en la columna invasora; pero como el territorio de Pinar del Río podía considerarse dividido en dos comarcas distintas por su misma constitución orográfica, de la parte de Guane y Mantua, ó sea la occidental, quedó encargado, como autoridad civil, el comandante Manuel Lazo, persona de grande influencia en aquel término; y de la otra división, que comprendía la parte norte y sur del centro de la provincia, fueron nombrados tenientes gobernadores los capitanes Pío y Ramón Cruz, hombres muy conocedores del territorio, que no obstante sus cargos admi-

nistrativos, prestaban servicio militar en el cuartel general, como guías de la columna. Las diferentes partidas que se habían levantado en Pinar del Río por el influjo personal de algunos jefes, obtuvieron organización propia al recorrer Maceo ese departamento, así como mando adecuado según sus aptitudes, cada uno de los oficiales que promovieron allí la rebelión. A Carlos Socarrás, que operaba en la zona de Bahía Honda, se le autorizó para que formara la unidad de un batallón, lo mismo que á Pedro Delgado y á Federico Alfonso, que dominaban en la zona de Cabañas y extendían el radio de su acción hasta el término de Guanajay. Al coronel Antonio Varona, que formó la vanguardia del contingente invasor, se le dió el mando de las fuerzas que tenían por teatro la parte occidental de la provincia, y asimismo se concedieron atribuciones á varios jefes de guerrillas volantes para que siguieran el reclutamiento por los distritos más conocidos. Para afirmar el brillo de las armas cubanas en dicho territorio, el general Maceo tenía el intento de dejar allí, al avanzar hacia la provincia de la Habana, las fuerzas de infantería que mandaba el coronel Sotomayor, gente ya fogueada y regularmente abastecida. Desde luego que esta organización no tenía carácter definitivo, ni mucho menos. Maceo no pensaba dejar en Pinar del Río á ningún jefe de alta graduación para que lo representara durante su ausencia, porque tenía el propósito de volver tan pronto como hubiese realizado la correría por la provincia de la Habana, y es de presumir que abarcando con su vista de águila el panorama todo de la guerra, se fijara en los núcleos montañosos que forman la cordillera del Rosario, para bregar en ellos con tenacidad y arrogancia, y llenar otra vez el mundo con la fama de sus proezas.

Para poner en ejecución este plan ofensivo, Maceo encaminó la columna á Paso Real.

II

P a s o R e a l

Entre dos columnas enemigas.—El guapo García Navarro.—Maceo persiste en picarle la retaguardia.—Empieza el tiroteo en las afueras del caserío con otra columna.—Famosa acción de Paso Real (1º de febrero).—Las dos fases del combate.—Cargas de caballería.—La columna española retrocede al pueblo.—Nuestras pérdidas.—El comandante Pablo Chacón.—El general Luque desfigura los hechos.—Celebración de esta efemérides.—García Navarro se evapora buscando la huella de los insurrectos.

EL día primero de Febrero, entre once y doce de la mañana, llegaba la tropa invasora á Paso Real de San Diego. No debe confundirse con Paso Real de Guane. Se llama de San Diego, porque es la estación del ferrocarril donde se demontan los viajeros que se dirijen al balneario sulfuroso.

La población de Paso Real estaba tranquila, si bien demostró algún entusiasmo al cerciorarse de que era el general Maceo el visitante. Las partidas de los alrededores entraban y salían con frecuencia, bajo el pretexto de requisar caballos. Maceo tenía interés en medir sus armas con García Navarro, porque este publicó un cartel de desafío cuando la Invasión atravesó las fronteras del departamento central; y Maceo no tuvo más noticias de su brioso competidor desde el célebre pasaje de Mayabeque, en que García Navarro empujado en el mirador del ingenio Teresa, dejó pasar toda la Invasión después de contemplarla atascada en los trampaes de Güines. ¡Nuevo asombro!; la columna de García, fuerte de dos mil hombres, no bisoños, sino veteranos y barbudos, dejó el pueblo de Paso Real desde las primeras horas de la madrugada, para dirigirse, á paso redoblado, al Este de la provincia, camino de la Habana, siempre delante de Maceo. No se necesitaban más pruebas: García Navarro (provocador y belicoso), perseguía

á su contrincante por rumbos diametralmente opuestos. Jamás iba a encontrarse cara á cara con el desmoralizado insurrecto, si éste no corría detrás de él, picándole los talones ó echándosele encima por cualquier atajo. Maceo, persistiendo en el propósito de alcanzar al madrugador andarín, ordenó que se reanudara la marcha desde Paso Real, por el camino de Santa Cruz de los Pinos, hacia donde se dirigía el general Navarro. Maceo quería saludarle en su alojamiento nocturno con todo el instrumental de ordenanza. “Las provocaciones —decía Antonio Maceo— sólo se las tolero á mi hermano José, porque él las pone en práctica incontinenti; y á ese general mostachudo que no para de andar y me envió un cartel de desafío, es al que yo quiero darle una estocada”.

Con estos anhelos vehementísimos, dentro de aquel corazón batallador ya no cabía otro impulso momentáneo. Con el cuerpo de vanguardia salió Maceo de Paso Real, para llegar á Santa Cruz de los Pinos en una sola marcha. Habían también desfilado el centro y una parte de la retaguardia, cuando sonaron algunos disparos en las afueras del caserío. Se hallaba dentro de la localidad, organizando los últimos pelotones de la retaguardia y en espera del retén que vigilaba el camino de la huella, el jefe de Estado Mayor, cronista ahora del episodio; y aunque los estampidos anunciaban la presencia de fuerzas enemigas en aquella dirección, trató de cerciorarse personalmente para no correr el riesgo de interrumpir la operación ulterior de Maceo con una falsa alarma. Los mambises viejos no veían fantasmas, pero solían armar jaleos á la salida de las poblaciones, para quedarse un rato más de rumba al pie del mostrador de cualquier bodega, no del todo desvalijada. En Paso Real quedaba un hotel, y las mesas estaban aún con los manteles puestos. No era, pues, cosa inverosímil la preparación de un ardid, entre los mismos mambises veteranos, para solazarse un rato más, ó entretanto no se indagara el origen del tiroteo. Arreciaron los estampidos de la fusilería y se hicieron evidentes los tiradores españoles; un batallón avanzaba resuelto sobre Paso Real, con las dos alas muy abiertas, tratando de circunvalar el caserío, mientras el centro de la división española barría el frente del poblado, defendido por los pelotones de nuestra retaguardia y el retén que poco

antes dió la señal de alarma. Salió á escape un oficial del Estado Mayor á darle aviso á Maceo, para que supiera que el tiroteo era motivado por el choque de una columna española con nuestras avanzadas del rastro. El ayudante halló á Maceo á **medio kilómetro del poblado**, pues ya retrocedía con el grueso de la columna, avisado por los disparos de los españoles y la polvareda del debate, que no daba lugar á conjeturas de otro orden. La fuerza enemiga, desplegada en batalla sobre el pavimento de Paso Real, barría los parapetos ocupados al azar por nuestros grupos de retaguardia; unos a pie, á caballo otros, detrás de las cercas contiguas á la población, y en las bocacalles de la misma, un centenar de hombres contuvo el primer empuje de la división española. El general Maceo, habiendo comprobado personalmente la maniobra de una fuerte columna, que tomaba la ofensiva con gran calor, dispuso la gente para el combate, ya empeñado por la parte de los españoles, puesto que, habiendo ocupado la localidad, seguían por el campo inmediato, disparando proyectiles á granel en pos de los insurrectos que defendían las últimas posiciones del caserío. Corrióse Maceo hacia el Oeste del poblado para dar la acometida por el lado que le pareció más vulnerable. Desplegó el regimiento Céspedes sobre el flanco izquierdo del enemigo, que se divisaba con toda claridad en la planicie de Paso Real, fuera ya de los parapetos del poblado; dispuso que los tres escuadrones de Pinar del Río atacaran simultáneamente el lado derecho de los españoles, que afirmaban la ofensiva sobre el frente de Maceo, y colocó dentro de un palmar al regimiento de Las Villas, para que sirviera de sostén á nuestras dos alas de caballería, al echarse sobre el enemigo y éste tratara de buscar refugio en la arboleda. Estas disposiciones se adoptaron con la mayor celeridad. Sonaba el cañón de los españoles; los metrallazos iban bien dirigidos, y á Maceo se le metió entre ceja y ceja, hacer jugar la eulebrina de Mantua. En medio del fuego estrepitoso, él solía tener antojos que las más de las veces eran conatos arriesgados y peligrosísimos para nuestra tropa. De buenas á primeras, disparó una bala rasa nuestro cañón de bronce, y resultó lo previsto por los que consideraban infructuoso el duelo de artillería: el cañón hizo

estragos en nuestros bisoños artilleros; descalabró al tirador y á los apuntadores; cinco ó seis hombres fuera de combate.

El enemigo, yendo a coger los laureles de la jornada, se encaró con la caballería insurrecta, con el núcleo más sólido capitaneado por Maceo, y trató de cargar con los escuadrones de vanguardia, mientras la infantería continuaba la tarea de las descargas cerradas. Por todo el frente de nuestra línea zumbaba estrepitoso el aguacero de plomo. Algunos tiros de los españoles causaron mella en nuestras filas, hiriendo de gravedad á tres ayudantes al transmitir las órdenes para el ataque general, debido á que el terreno, sumamente llano y casi desprovisto de arboleda, no ofrecía resguardo para nadie. No se alzaba más que el palmar en el fondo de la explanada, cinco o seis bohíos esparcidos por la llanura, y algunos plátanos, dispersos, aquí y allá, completaban la decoración de Paso Real. Pero al observar Maceo el rebato de la caballería española, casi encima de nuestra gente, con la intención de partir uno de los dos brazos de la tropa insurrecta, ordenó á su vez la carga, marchando él, como siempre, á la cabeza de los bravos. El arrogante General, haciendo las veces de jefe de escuadrón, con la hoja desnuda, sin alterar la voz ni la compostura gallarda del jinete, era la expresión más alta de valor y de la marcialidad. Todas las miradas estaban clavadas en él: ya no había refugio, cambio de posición ni esperanza de salvamento: el que caía, inerte quedaba; el que se atrevía á señalarle el sitio más peligroso, lo miraba con desdén ó le largaba un cinzarazo que le hacía doblar las espaldas. Los hombres eran figuras de adorno, con el pecho del caballo las derribaba: vendabal, furia bélica, estandarte glorioso, él, lo era todo.

Esta impetuosa acometida desconcertó al enemigo más delantero, que escapó á la desbandada hacia Paso Real, bajo el acicate feroz de los insurrectos perseguidores, los cuales cayeron simultáneamente sobre la tropa de línea, sin respetar la sólida formación del peonaje apoyado en el palmar contiguo al pueblo, y con las reservas en los edificios de extramuros. Nuestros jinetes, en su agresión al arma blanca, llegaron á romper algunos sólidos de los españoles, revolviéndose dentro del círculo de bayonetas y abriéndose paso á cuchilladas al interponerse una fuerte masa de infantería, en cuadro cerrado, des-

pidiendo plomo por los cuatro frentes, delante del disputado palmar. En esta acometida, la más seria de la acción, tuvimos pérdidas sensibles: cayeron 30 hombres en menos tiempo del que se emplea para contarlos. No pudo Maceo decidir la pelea con su empuje personal, porque al tratar de meterse como una cuña, entre los escuadrones y los sólidos de la infantería española, un balazo rompió el bocado del caballo, y quedó él sin gobierno en los instantes más críticos. La tropa que iba más cerca del General, se abalanzó sobre el caballo y pudo contenerlo; el moro, de sangre ardiente, iba con el freno roto y espoleado por el audaz caballero. A dos pasos de allí estaba el precipicio. No le separaba más que un sembrado de plátanos, desflecados por el plomo de los españoles, y la talanquera de un bohío, abierta de par en par.

El combate continuó hasta la caída de la tarde, en que los españoles, sin poder avanzar un paso más, se replegaron sobre el caserío de Paso Real, después de tres horas de rudísima pugna. La acción empezó á las dos de la tarde. Los cadáveres quedaron sobre el campo. Fueron 58 las bajas de los insurrectos, entre muertos y heridos. El Estado Mayor perdió tres oficiales. La caballería de Oriente registró 26 bajas, y las restantes hasta el número expresado, 58, corresponden á la caballería de Pinar del Río y al regimiento de Las Villas. Además, el disparo de nuestro cañón nos ocasionó cinco bajas. Dentro de uno de los cuadros de españoles sucumbió el valeroso comandante Pablo Chacón, del regimiento Céspedes. Cuatro ayudantes más fueron heridos: Alberto Nodarse, Pilot, José Valdés y Arsenio Gómez. La columna española iba al mando del general Luque, que salió herido de un balazo en una pierna. Según noticias adquiridas entre los campesinos de los contornos, y confirmadas después por las autoridades de Paso Real, la división española tuvo más de 100 bajas (1).

(1) He aquí el parte que dió el general Agustín Luque de la acción de Paso Real, el cual publicamos sin agregar ni omitir una sola palabra:

“Anteayer salí de Pinar del Río, á las siete de la mañana, pensando marchar á Consolación; pero indicios recogidos me hicieron dirigirme á Pilotos, donde comprobé inmediatamente la estancia de Maceo, Miró, Zayas, Chileno y Sotomayor. Seguí el rastro, llegando á las ocho de la noche á Arroyo del Agua, donde descansé la tropa tres horas, á las doce de la noche seguí la marcha, llegando á las ocho de la mañana

El general Luque afirma que no tuvo bajas de machete: ¿Por qué hizo esta salvedad? Ello demuestra que si él no las vió, se lo contaron sus propios subalternos. No podemos determinar el número de los soldados macheteados. Pero, sí, damos fe de este episodio: el comandante Regino Alfonso con su tajante, afilado como una navaja barbera, despachó á tres soldados de la caballería de Luque en un santiamén. No ha de ponerse en duda que en nuestras filas brillaban otros machetes que podían rivalizar con el de Regino Alfonso. El comandante Pablo Chacón, negro bayamés, veterano de la guerra de los diez años, repartió algunos machetazos momentos antes de

á la hacienda "Candelaria", con rumbo á San Diego de los Baños; el rastro seguía hacia La Herradura y continué en esta dirección dando dos horas de descanso á la tropa, que llevaba marchando veinte y seis horas, casi sin interrupción.

A las dos de la tarde continué á Paso Real, encontrando acampadas las partidas mencionadas, que defendieron tenazmente el pueblo desde las casas y cercas que lo rodean.

La vanguardia de la columna, mandada por el coronel Hernández, atacó por la izquierda, y el centro y retaguardia, bajo mi dirección, por la calle central del pueblo y por la derecha.

El enemigo se replegó rápidamente al extremo oeste del pueblo y en líneas formadas en los extremos de las calles sostuvo el fuego por descargas. Después de dos ó tres de éstas, hechas por nuestra fuerza, cargó la caballería con gran valor, al mando de los primeros tenientes Herrero y Berenguer, dando muerte al machete á diez insurrectos; pero al ir á desembocar del pueblo, vieron más de mil jinetes enemigos dispuestos á atacar, y rompieron el fuego contra ellos, sosteniéndolo hasta que llegó la infantería. Penetré en el pueblo con el batallón de San Quintín, avanzando y haciendo fuego por descargas en tanto que el avance seguía por las calles.

Posesionado del pueblo, empezó la segunda fase del combate, que se desarrolló en las últimas casas y unos palmares que lo envuelven en arco de círculo, á unos tres kilómetros de distancia. Nuestra línea de dos kilómetros de desarrollo, estaba formada por dos compañías de Saboya y una de Galicia, á la izquierda, al mando del coronel Hernández, tres de San Quintín, con su coronel, á mis inmediatas órdenes, en el centro, la compañía de Soria y dos de Alfonso XIII á la derecha, al mando del teniente coronel don Ildelfonso Francés.

La pieza de artillería, al mando del teniente Lirón, estaba situada en sitio á propósito, entre el centro y la derecha.

En la forma expresada, mis fuerzas, de posición en posición, haciendo fuego por descargas, encontramos al enemigo á 200 y 300 metros del palmar, saliendo rápidamente su caballería y se lanzó á la carga con valor verdaderamente salvaje, llegando sus jinetes hasta las bayonetas de mis soldados. La infantería rechazó la primera carga, formada en línea, y para la segunda se formó en grupos circulares.

Me complazco en manifestar á V. E. que no tengo un soldado herido de machete, mientras hubo jinetes enemigos muertos, en las mismas líneas de la tropa y caballos heridos de las bayonetas. La artillería disparó con botes de metralla á 50 metros de distancia.

Rechazadas las cargas, siguió el avance, siendo muy difícil contener

embestir el cuadrilátero principal de los españoles. Ese hombre, en una de las acciones que dió Antonio Maceo en el departamento oriental, meses antes del Zanjón, se llevó dos pies con los zapatos puestos, echándolos dentro del macuto, para no perder tiempo en la macheteada general y poder alcanzar otros trofeos de mayor fruto. Antonio Maceo vió los dos pies, con los zapatos puestos, cuando Chacón los sacó del jolongo en el vivac. Con gente de ese tenor no es de extrañar que en las Llanadas de Juan Mulato cayera toda la columna del coronel Cabezas, no teniendo Maceo más que 60 hombres expeditos; y ni tampoco hubiera sido cosa estupenda que en Paso Real se

á las tropas entusiasmadas, que persiguieron hasta la noche al enemigo, que tomó dirección de Los Palacios.

Practicando el reconocimiento del campo de batalla por las mismas fuerzas que habían tomado parte en ella, tuvieron los soldados la satisfacción de ver en el campo 62 hombres muertos y más de 100 caballos y mulos, cogiendo al mismo tiempo un número considerable de monturas, armas, municiones y toda clase de efectos.

Por noticias posteriores sé que el enemigo ha tenido más de 200 heridos.

En los comienzos de la acción fuí herido de un balazo, que me atravesó una pierna; pude continuar, sin embargo, á caballo dirigiendo hasta que terminó, debiendo á esta circunstancia afortunada la satisfacción de poder manifestar á V. E. mi propósito de pedir la cruz de cuarta clase de San Fernando, como comprendido en el caso séptimo del artículo 27 del Reglamento de la Orden.

Resultando también herido gravemente el comandante de la Guardia Civil don Luis López Mijares, y el de infantería don José Ruiz Pérez, que falleció la noche pasada, un capitán, un teniente y 30 soldados, habiendo fallecido uno de los últimos.

Se han distinguido notablemente el coronel don Cándido Hernández y tenientes coroneles Francés y Ballesteros, comandante Mijares, primeros tenientes de caballería Berenguer y Herrera, de infantería Masdeu y segundo teniente Moreno, primer teniente Lirón, de artillería; el médico primero Bernardo Rivera y mi Jefe de Estado Mayor, el capitán García Benítez, que recorrió varias veces la línea avanzada, secundando mis órdenes para la adopción de formación contra caballería.

Hoy por la noche practicó un extenso reconocimiento la fuerza de la columna al mando del coronel Hernández, quedando en el pueblo dos compañías. La fuerza regresó sin haber encontrado enemigo, y al medio día emprendió la marcha para Consolación del Sur, para continuar mañana á Pinar del Río, dejar heridos y allí entregar, aunque con sentimiento mío, el mando al coronel Hernández, que tan brillantemente me ha secundado en las operaciones".

Diez años después de este suceso, el general Luque, Ministro de la Guerra á la sazón, dió un banquete en Madrid con asistencia de los jefes y oficiales que tomaron parte en la acción de Paso Real, para rendir un tributo piadoso á los que perecieron en dicho combate.

Si la columna de Luque no tuvo que lamentar más que dos muertos, según reza el parte transcrito, nos parece que holgaba la conmemoración de tan señalada efemérides.

hubiera renovado el episodio, si Luque antes de ser tocado por una bala, se lanza con el escuadrón de su vanguardia á chocar con los insurrectos sobre el limpio de la planicie. Por otra parte, el general Luque, que aseguró no tener heridos ni muertos de machete, declara en el parte oficial que los insurrectos atacaron "con valor verdaderamente salvaje", al pie de la letra, y en otro documento, por él suscrito, decía, rimando la hazaña de unos y otros: "Al aire los terribles machetes de los orientales famosos".

Terminó el combate de Paso Real á las cinco de la tarde. hora ya inoportuna para emprender la operación sobre Santa Cruz; faena más urgente era la conducción de los treinta heridos de gravedad que pudimos retirar del campo de batalla. Maceo, después de adquirir los informes necesarios entre la gente más conocedora de aquellos lugares, se dirigió al barrio de Macurijes, sudeste de Paso Real, á fin de dejar los heridos de mayor gravedad, y proseguir la jornada bélica contra García Navarro al venir el nuevo día. El general Navarro pernoctaba en Santa Cruz de los Pinos, y si el propósito de este general español era perder el rastro de Maceo marchando á una jornada delantera del núcleo invasor, nuestro caudillo estaba dispuesto á forzar la marcha para colocarse sobre uno de sus flancos y sobre la cabeza de su vanguardia en la carretera de San Cristóbal. Por mucho que corriera García Navarro, á menos que no hubiese salido de Santa Cruz á media noche, como lo efectuó desde Paso Real, Maceo le daría alcance al día siguiente, 2 de Febrero. ¿Qué operación ejecutó García Navarro á su salida de Paso Real?... Es una escena interesante, que debe ser referida con los pormenores singulares del caso histórico, porque ellos dan la medida del desorden oficial y del estado de ánimo del célebre duelista, que retó á Maceo desde lejana distancia, con el territorio de toda una provincia de por medio, y al tenerlo á tiro de pistola, decantó la ruta y dejó á Luque enzarzado en Paso Real.

García Navarro, con su fornida brigada, llegó al pueblo de Los Palacios quebrando el alba del día primero. Hizo comparecer al secretario del ayuntamiento, uno de los pocos habitantes del caserío, y le exigió un mapa del término municipal. El funcionario le manifestó que en la casa capitular sólo exis-

tía un mapa de la región pinareña, pero en muy mal estado. García Navarro le exigió entonces un práctico que lo guiara hasta Santa Cruz de los Pinos. El secretario, comprendiendo lo que pasaba en el ánimo del jefe de la columna, le indicó que no necesitaba práctico, pues del paso del río de Los Palacios á Santa Cruz, no existía más que un camino, el que llevaba la columna de Su Excelencia. García Navarro quería andar de prisa y seguro; volvió á pedir el práctico para cruzar el mar tempestuoso. El secretario, casi ya rendido, vió á un montuno que se hallaba al lado del general, y columbrando la salvación, djóle á García Navarro —¡Pero si vuecencia trae el mejor práctico de esta zona!—¡Cómo! ¿dónde está?—Ahí lo tiene vuecencia—y le señaló al individuo que trataba de escabullirse. Entonces García Navarro entró en otra clase de consideraciones. —¿Y qué sabe usted de Maceo?—Dicen que anda por Guane.—¿Cómo por Guane? ¡Si lo tenemos en las narices!... Ayer estaba en la Herradura, camino de Paso Real: yo perdí el rastro á eso del mediodía! ¡Qué guerra esta, amigo mío! Esto no es guerra: ustedes los hijos del país deberían protestar contra esa guerra civil. ¡Yo me voy para España!

Tales fueron las últimas manifestaciones de García Navarro, hechas á un secretario de ayuntamiento, criollo de legítima cepa, quien se hizo cruces de lo que acababa de oír de labios de un general español, que presumía de guapo y se iba para la metrópoli, teniendo á Maceo en las mismas narices. (El secretario del ayuntamiento era don José Llorens, hoy representante por el distrito de Pinar del Río).

III

Candelaria

Después de Paso Real.—Maceo ocupa la carretera de San Cristóbal.—Asedio de Candelaria, 5 y 6 de Febrero.—Las columnas auxiliaoras.—Sangriento combate de Río Hondo, 7 de Febrero.—Carga de caballería.—Maceo en la palestra.—Otra acción á las cuatro de la tarde.—Las columnas españolas abandonan la calzada.—El campo de Río Hondo: el episodio más glorioso.—Escaramuzas con otra columna, 8 de Febrero.—Combate de Laborí, 11 de Febrero.—Los saínetes de Cornell.

EL combate de Paso Real no satisfizo á Maceo por la única razón de que le privó la oportunidad de retar al general García Navarro, á quien perseguía con tenaz empeño desde que la Invasión llegó á las fronteras de Las Villas (Diciembre de 1895), y acababa de escapársele en las llanuras de Paso Real, aunque de un modo bochornoso para el jefe español. Todavía, con el propósito de darle alcance en el camino de San Cristóbal, Maceo apresuró el paso al día siguiente de la acción contra la brigada de Luque, sabiendo que García Navarro le llevaba dos jornadas delanteras. El firme adalid de la hueste cubana no podía calcular que su competidor iba corriendo hacia los cuarteles de la capital, evitando la ocasión de encontrarse con Maceo en el camino de Santa Cruz, y dispuesto á declarar á la faz de la opinión pública que “había perdido el rastro” del grueso insurrecto; confesión palmaria de incapacidad, pero estampada, en letras de molde, por el general español, al describir las marchas de su nutrida columna por el territorio de Pinar del Río. Así lo comunicó al general Suárez Valdés, que actuaba á la sazón de Segundo Cabo, y así lo publicó este prudentísimo general en uno de los documentos más enrevesados que vieron la luz en aquellos días. La narración técnica de Suárez Valdés, lo expresaba

de esta manera: "Echagüe, Arizón, Luque, Sánchez Hechavarría y García Navarro avanzaron detras de Maceo hasta el extremo de la Isla por el Cabo de San Antonio; Maceo retrocedió, yendo en su seguimiento García Navarro, que perdió el rastro (¿no sería la cabeza?), y temeroso de que Maceo se le pasara por la línea del Mariel, forzó la marcha y se adelantó hasta Guanajay". Don Alvaro Suárez Valdés, militar de gran fachada, no pudo contradecir oficialmente la manifestación de su subordinado, porque él, en diferentes ocasiones, empleó el mismo procedimiento.

En el territorio de Holguín perdió el rastro de tres mil hombres; después del combate de la Reforma, departamento de Las Villas, le aseguró á Martínez Campos que la Invasión oriental no daría un paso más hacia Occidente, y en la combinación de Calimete, operando con García Navarro, hizo el papel de espectador. Los mambises le llamaban general cachazudo, amigo de hacer sonar los cañones á largas distancias, y viajero de ferrocarril con boleto de ida y vuelta.

Maceo se dirigió á Santa Cruz de los Pinos. Su contrincante había levantado el vuelo con algunas horas de anticipación: iba á paso redoblado hacia Guanajay, con el intento de arreglar la tercera edición de las mentiras geográficas. Si tenía la misión de perseguir á Maceo por el Cabo de San Antonio, y sabiendo que el astuto cabecilla se encaminaba al centro de la provincia por la línea de Consolación del Sur ¿qué demontre iba á buscar en el apeadero de Guanajay?... Huelga decir que la boleta del pasaje.

Situado Maceo en Santa Cruz, concibió el plan de atacar el pueblo de Candelaria, único fortificado de la línea del Oeste después de Artemisa, á fin de que acudieran todas las columnas españolas del cuartel general de Marín sobre la calzada de San Cristóbal. Wéyler estaba al llegar; se le esperaba en la capital de la Isla el 12 de Febrero, según noticias oficiales, y Maceo alimentaba el propósito de penetrar en la provincia de la Habana el mismo día de la toma de posesión del nuevo capitán general, que venía precedido de la más ruidosa fama, pero sin concepto verdadero que le diera el título de militar ilustre. ¿Dónde había demostrado su capacidad? ¿En qué campaña? ¿En qué teatro de la guerra? Aunque tuvo de

profesor al Conde de Valmaseda, la notable pericia de este general no fué jamás patrimonio del discípulo; del maestro sólo heredó la pravedad, la concupiscencia, las uñas y los blasones del carnicero.

Maceo esperó en Santa Cruz al coronel Sotomayor, que con dos compañías de tiradores, quedó en la zona de Guane el día 22 de Enero. Sotomayor llegó al Cuartel general de Santa Cruz el día 3 de Febrero, por la tarde, siguiendo la huella de la columna invasora. En la mañana del 4 se tomó el camino de San Cristóbal, población ocupada por los insurrectos. San Cristóbal está situado en la línea férrea de Pinar del Río, entre Santa Cruz y Candelaria. El mismo día 4 se unieron al Cuartel general 300 hombres de la zonas de Cabañas y el Rubí, al mando del teniente coronel Pedro Delgado. La columna de Maceo, con estos refuerzos, llegaba á 2,500 hombres: de ellos 1,800 perfectamente armados, con municiones suficientes para sostener dos ó tres combates de importancia. Nuestros factores de pelea atacaban al machete para ahorrar pertrechos, y utilizaban las armas de fuego después de la primera embestida. De esta manera no se desperdiciaba el plomo.

Salió Maceo de San Cristóbal el miércoles por la tarde, con el designio de atacar la población de Candelaria si no franqueaba las puertas al ejército libertador. El pueblo de Candelaria estaba guarnecido por cuatro compañías de voluntarios, llamados chapelgorris, dos escuadrones del mismo instituto y 50 hombres del batallón de San Quintín. Con algunas horas de anticipación, el general Maceo escribió una carta al coronel de voluntarios Remigio Humara, á las reiteradas súplicas de la familia de dicho jefe que se hallaba en San Cristóbal; de la carta fué portador un hijo del citado coronel. El mensaje de Maceo no obtuvo respuesta por escrito. Únicamente, el portador de la carta, al regresar de su misión, le dijo á Maceo que no creía fácil la capitulación de la plaza dado el temperamento belicoso de los voluntarios, los cuales esperaban ser socorridos de un momento á otro por las columnas del general Marín que se organizaban en Artemisa. Maceo comenzó el ataque de la población á las cinco de la tarde. Acometieron, primeramente, las dos fuerzas de infantería de Sotomayor y Delgado; ocuparon las trincheras del perímetro exterior, en

donde se situó el cuartel general al cerrar la noche. El fuego se extendió rápidamente por todo el radio de la localidad. Bajo un aguacero de balas, nuestra gente se apoderó de algunos edificios de mampostería, desde los cuales se hizo menos peligrosa la hostilidad de los defensores. Empezó el incendio de las casas abandonadas y establecimientos de comercio: el fuego no calmaba los ímpetus de la guarnición. A media noche continuaba el ataque y la defensa, bajo el resplandor de las llamas. Algunos familias de la localidad, aterrorizadas por el espectáculo de la destrucción, acudieron presurosas al cuartel general de Maceo pidiéndole amparo y misericordia. No era ya posible contener el curso de los sucesos: flameaba la bandera española en los reductos de Candelaria, y los altivos defensores no daban señales de flaqueza; á las imprecaciones de nuestra gente enardecida, contestaban con otros denuestos, y á los gritos de ¡Cuba libre! con vítores á España. No se arriaba la bandera. Los chapelgorris, con la boina encasquetada y el fusil en la boca de la aspillera, daban el más solemne testimonio de su fidelidad al estandarte de Castilla, resueltos á que les sirviera de mortaja si el insurrecto clavaba el pendón de Cuba libre sobre las torres de Candelaria. Hacían alarde de su fervor patriótico junto con los hijos del país, que emulaban con los vascongados en la bélica función de defender aquellos muros, que á los primeros les recordaba la heroica empresa de Bilbao, pero ningún episodio glorioso á los segundos. Entre los chapelgorris figuraban algunos negros, no con el carácter de soldados de ocasión, sino á guisa de veteranos entusiastas, dispuestos á los mayores sacrificios por el triunfo de la bandera española, no queriendo más recompensa que la de la gloria del instituto y el lustre de las armas. El ejemplo era elocuentísimo para los españoles de allende que jamás estimaron la adhesión de los hijos del país, creyéndola falaz ó convencional, y por la causa de España daban la vida como el más abnegado de los patriotas; y era elocuentísima enseñanza para los militares de renombre que dejaban malparado el honor de las armas en el terreno del desaffo, ó simulaban extraviarse en la amplia carretera, como si fuera un laberinto en que todos los senderos multiplicaban la confusión. ¡Bello papel el de aquellas columnas perseguidoras que pasaban de largo por el pue-

blo de Candelaria, y á marchas forzadas se dirigían á Guanajay, buscando la vía expedita del ferrocarril! ¡vituperable conducta si se compara con la heroica y patriótica de los defensores de Candelaria!

Hubo dos períodos de calma, desde la una á las tres de la madrugada. A esta hora se renovó el fuego, y arreció al venir los claros del día. Sitiados y sitiadores disparaban á veinte pasos de distancia; aquéllos, desde las trincheras; los segundos, apoyándose en los umbrales de los edificios que ofrecían resguardo, los más valerosos á pecho descubierto, en medio de la vía pública, para hallar la muerte en pago de su valor heroico. Frente á una casa atrincherada, al salir el sol, cayeron mortalmente heridos cuatro hombres que intentaron tomar el reducto con el esfuerzo del corazón; entre ellos, un ayudante de campo del general Maceo, llamado Carlos Pastor, hijo de Bayamo, modelo de intrepidez y fidelidad. Cayó redondo, de un balazo en la frente que le asestó un chapelgorri de la raza negra, ¡un negro de Candelaria, fiel servidor del integrismo, que ostentaba boina de grana y enfilaba el cañón de la carabina sobre la generosa juventud de Cuba independiente, que al batallar por el rescate del país, se inmolaba también por los derechos de la raza proscripta!... Maceo se indignó sobremedida al tener noticia del triste episodio; de tal modo se enfureció que dió orden terminante á los negros de Oriente, al comandante de su escolta y al jefe del regimiento Céspedes, de que al tomar la población lo hicieran á sangre y fuego y pasaran á cuchillo á todos los negros chapelgorris que con tanta marcialidad defendían la bandera del absolutismo. Ocioso es decir, que el mandamiento se hubiera cumplido al pie de la letra, si aquellos hombres terribles para quienes no había más dios que Marte, y éste era el caudillo oriental, toman la plaza por asalto con la consigna de no dar cuartel á ningún defensor de la bandera española.

El que ahora describe estas páginas, tratando de evitar la sangrienta represión ordenada por Maceo, envió un mensaje al cura párroco de la localidad, de quien se conocía la actitud belicosa por un paisano del barrio; pero tampoco obtuvo respuesta: el predicador de la paz evangélica, prefería la guerra implacable como los más duros ejecutantes de Belona, y les

infundía ánimo si mostraban flaqueza en cualquier trance de la batalla. Eran ya las dos de la tarde. No podía dudarse que aquella noche se decidiría la contienda por los sitiadores, si antes no acudían socorros de Artemisa. Maceo, viendo la hora en el reloj, dispuso que á las tres se diera el ataque general, sin más intimaciones ni modificación de consigna. Teníamos 32 hombres gravemente heridos, y aunque no se conocía el número de bajas de los sitiados, no era de presumir que se rindieran á discreción después de la enconada riña. Era forzoso tomar la plaza á sangre y fuego.

Las patrullas exploradoras que destacó Maceo por la carretera de Candelaria, anunciaron la primera columna enemiga poco antes de las cuatro de la tarde. Echó Maceo el regimiento de Zayas para que contuviera el avance de la vanguardia española; y empezó el tiroteo en las inmediaciones de Bayate, camino de Artemisa. La columna de auxilio, á paso ligero, avanzaba por la carretera y las sabanas contiguas de nuestra derecha, á fin de tomar el puente de Bayate. El empuje de Zayas no hizo fracasar el intento del enemigo, el cual lanzó dos batallones sobre aquel obstáculo mientras otra fracción de infantería desplegaba sus tiradores por Laguna Blanca, más cerca de la población sitiada, haciendo infructuoso el esfuerzo del general Maceo, que intentaba batir simultáneamente á la tropa auxiliadora y á los defensores de la villa. Este último conato era impracticable, pues los sitiados hubieron de advertir las señales del socorro y redoblaron el fuego con la algazara propia de gente que cobra ánimo en presencia del providencial auxilio. Los 300 hombres de caballería, que sostuvieron el primer empuje de los españoles, fueron reforzados por el regimiento Céspedes, y sucesivamente por todas las demás fracciones del Cuartel general. En las sabanas del ingenio Delicias se ventiló la acción campal por espacio de una hora, sin que pudiera evitarse la entrada de las columnas en la valerosa población, que se defendió tenazmente durante 26 horas y ganó, en buena lid, los laureles de la victoria.

Las tropas que acudieron en socorro de Candelaria iban al mando del general Canella, y formaban una brigada completa de las tres armas; iba de segundo jefe el coronel Segura, militar de probada competencia, y de mucho ánimo. Dijo Ca-

nella, al dar el parte oficial de la acción, que él llegó á la vista de Candelaria el 6 por la tarde, y atacó las partidas numerosas y considerables de Maceo, batiéndolas y dispersándolas totalmente, después de dos horas de fuego—la narración de siempre, vulgar y estrafalaria—y que la brigada de su mando, en estas dos horas de pesadumbre para los insurrectos, tuvo 5 de tropa muertos, 3 oficiales heridos, dos graves, un voluntario llamado Torres, leve, un capitán de artillería, otro de guerrillas y 48 soldados; que al enemigo se le cogieron, enterrándolos, 26 muertos, y además, se le hicieron 17 prisioneros, etc., etc. Las fuerzas cubanas tuvieron 34 bajas en el ataque al caserío, hecho completamente separado de la acción que se ventiló contra la brigada de Canella: en este último debate sólo tuvimos cinco bajas. El jefe español confiesa que su brigada tuvo 58 hombres fuera de combate. A nosotros, que fuimos actores en las dos pendencias, nos parece exorbitante la cifra que estampó el general Canella, á menos que no se hubiese adjudicado la mayor parte de las bajas que tuvieron los defensores de la localidad, comprendiendo en una sola acción la del ataque al caserío y la que se efectuó en Laguna Blanca y sabanas del ingenio Delicias. El general Canella era aficionado á las hipérboles; empezó á demostrarlo en Sao del Indio.

Fácilmente podía Maceo burlar la vigilancia de las fuerzas españolas al día siguiente del combate de Candelaria, pues siendo el propósito del general Canella reforzar la guarnición de dicha plaza, cosa ya obtenida, y reconocer la calzada de San Cristóbal con el objeto de establecer otra base de operaciones en el camino de Pinar del Río, era fácil eludir toda pendencia con las fuerzas enemigas que pernoctaron en Candelaria el día 6, y atravesar los límites de la provincia en dos marchas consecutivas, para hacer acceso en la Habana por el sur del territorio, á los dos ó tres días de la acción con la brigada de Canella. Pero el propósito de Maceo era otro, completamente distinto. Pretendía llegar al territorio de la Habana el día 12 de Febrero, fecha señalada del ostentoso arribo de Wéyler; y no quería efectuarlo sin antes haber retado á las columnas del general Marín que trataran de oponerse á ese atrevido propósito. La noche del 6 acampó Maceo en el cafetal de Frías, estribaciones de la sierra de Candelaria, para reanudar la mar-

cha al día siguiente por la calzada de San Cristóbal, dirigiéndose otra vez hacia el Oeste, y anticipándose al plan de los españoles para que hubiera nuevos lances en el camino real de Pinar del Río. Salió Maceo del cafetal de Frías en la mañana del 7, y tomando por la carretera de San Cristóbal para examinar la huella de los españoles, no halló ningún vestigio del paso de las columnas que acudieron en socorro de Candelaria. No habían salido aún de la localidad para emprender la operación de avance sobre el pueblo de San Cristóbal, al que suponían en poder de los destacamentos de Maceo, en virtud del abandono de García Navarro y del ataque de los insurrectos á la población de Candelaria. El general Canella no podía saber el resultado de la acción de Paso Real, ventilada el día primero de Febrero, ni mucho menos el plan que adoptaría el coronel Hernández de Velaseo que tomó el mando de la brigada de Luque. La comunicación entre las fuerzas que operaban en el territorio de Pinar del Río, era absolutamente imposible. No funcionaban el telégrafo ni el ferrocarril desde Artemisa á la capital; todo parte escrito, cualquier noticia de interés tenía que trasmitirse á caballo ó por el mar, y nadie se arriesgaba á cruzar los desfiladeros con un papel escrito que era sentencia de muerte para el portador, si caía en poder de los insurrectos. Con el dogal pegado al cuello ningún mercenario deja de confesar la verdad.

La columna de Maceo, al tomar por la calzada de San Cristóbal, destruyó un edificio de mampostería que brindaba sólido parapeto á cualquier fuerza española que intentara reconocer el camino real del Oeste. En las inmediaciones de Río Hondo, y cerca del puente de Yaguazas, esperó Maceo á los españoles que en la tarde anterior le obligaron á levantar el sitio de Candelaria. En las cercanías de esta población habían quedado dos escuadrones de vigilancia. Maceo situó el núcleo de su columna en una planicie de bastante extensión, aunque enmaniguada por uno de los extremos, á la derecha del camino, yendo de Candelaria á San Cristóbal: desde allí se divisaba la cabeza del puente de Yaguazas. El sol estaba en el cenit. Minutos después, las guardias que vigilaban la carretera anunciaron la proximidad de los españoles con los disparos de la fusilería, y una pareja del retén más avanzado lle-

gaba al campamento trayendo la noticia de que un brazo de la columna había flanqueado por la izquierda, ó sea nuestra derecha, al recibir el primer saludo de los centinelas. Salió el General á escape hacia el lugar amenazado, sin cuidarse del número de acompañantes que le siguió, tan exiguo que no pasaba de doce hombres, debido á la precipitación de sus impulsos, nunca dominados por la prudencia en aquel temperamento batallador, y poco faltó para que el combate de Río Hondo, previsto con antelación, no fuera un lance desgraciado, puesto que el General y el corto séquito que pudo acompañarle, quedaron extraviados en una ceja del monte, mientras buscaban el flanco del enemigo; y la masa de la columna, que no salió de la carretera, enviaba un turbión de balas en todas direcciones, por el frente y los dos lados de la vía, rociando la maleza, las vallas, la llanura y la ceja del monte. El aguacero de plomo era formidable; los chispazos de los maüserts turbaban la vista: si el sol no hubiese alumbrado el campo de batalla, el relampagueo de los fusiles españoles hubiera tomado el aspecto de un meteoro furioso, con iluminaciones, truenos y ráfagas de huracán. Parecía una nube cargada de electricidad que iba impelida por el viento, sin cambiar de dirección, echando rayos á derecha é izquierda, con acompañamiento de granizada. Por fortuna, el extravío de Maceo fué cosa momentánea; acudieron algunos pelotones más, en seguida mayores refuerzos que siguieron la huella del impetuoso capitán, hasta dar con él en los instantes más críticos, pues contestaba al fuego de los españoles á la cabeza del exiguo pelotón; y ya en firme, se pudo examinar la posición de la columna española y darse las disposiciones necesarias para atacarla con denuesto sobre la misma calzada. Los españoles iban á posesionarse del edificio que dos horas antes demolió la tropa insurrecta, echándole ramaje encendido para que sólo quedaran escombros peligrosos: era una estación de obras públicas destinada al servicio de reparaciones, en donde el peonaje guardaba los picos y azadas. En torno de Maceo, pendientes de su ademán, se hallaban unos cuatrocientos hombres; con el machete desenvainado, erguido, culminante y grave, echó una mirada á sus soldados, todos mudos, y dijo estas palabras: "Prepárense, que voy á dar una carga; corneta, toca á degüello; de frente todo

el mundo sobre la calzada". Ni una sílaba más. Se dió la embestida, de frente, mezclados y confundidos los jinetes de diferentes cuerpos, hasta chocar con la infantería española, y se asaltó el muro de bayonetas por el lado más ofensivo y reforzado, pues el jefe de la columna y todos sus subalternos vieron perfectamente el rebato de la caballería cubana, y nutrieron el frente de batalla para defenderse de los impetuosos macheteros que cargaban á fondo y estaban ya encima de los infantes, á pesar de las formidables descargas de la primera y de la segunda línea, y de la solidez del peonaje, agrupado en haz á la cabeza del puente de Río Hondo. El polvo de la riña interpuso un telón momentáneo entre las dos multitudes: no se vió el estrago, y la sangre ya corría sobre el blanco tapiz de la carretera. Los hombres más recios de nuestro partido estaban al lado opuesto de la calzada, sin haberse dado razón de la heroica aventura. Con el ímpetu de la carga desbarataron un núcleo de infantería, mataron al capitán, que hacía esfuerzos prodigiosos para cerrar el boquete, y pasaron al otro lado de la vía, cayendo algunos, tal vez treinta, tal vez cuarenta, de los más osados, bajo las terribles descargas de los españoles, que volvieron á agruparse instintivamente, comprendiendo que la disgregación era la sentencia de muerte. Al capitán que mandaba la compañía diezmada, lo derribó el comandante Larios, peninsular, que servía en las filas insurrectas, uno de los primeros que llegó á la calzada y se echó encima del adversario más apuesto, que ostentaba galones en las bocamangas.

Lo vimos muerto, todavía con el uniforme, y la sangre en el rostro. En apoyo de Larios, llegaron oportunamente otros jinetes del escuadrón de Guantánamo y de los escuadrones de Pinar del Río y de Matanzas, todos revueltos y alborotados, esgrimiendo el machete feroz, y abrieron el ojal indispensable para ofender el otro frente de la infantería española, desde el lado opuesto de la calzada. En estos instantes, Maceo, que atacaba á fondo, recibió un balazo en la pierna derecha, que lo sacudió fuertemente del caballo; pero se repuso en seguida, sin demostrar la menor inquietud, á fin de que no cejara el ataque por el frente más hostil de los españoles. Una descarga desbarató la rodilla de un oficial del Estado Mayor, llamado Leopoldo García, hijo de Holguín. "¡Recojan á ese mu-

chacho belicoso!”—gritó Maceo, sin cuidarse de la fuerte contusión que él acababa de recibir. No era posible volver grupas, ni aun para atender á los que caían heridos, porque la unidad española, viendo el destrozo de la primera línea, apretó la formación, redujo todo lo posible la longitud pegando á los jinetes los infantes; y en esta disposición abrió todas las cajas de guerra para que el maüser no dejara de funcionar un solo instante por los cuatro lados agredidos, única manera de ventilar el duelo con armas desiguales: el machete y el fusil.

El General, al reponerse del golpe, sintiéndose firme en los estribos sobre el noble alazán que montaba en aquella función, al que bautizó allí mismo con el nombre de *Libertador*, porque el coreel paró la marcha al ser sacudido el caballero por el balazo del adversario, el intrépido Maceo echó tres escuadrones más, 200 jinetes de diferentes cuerpos, de las Villas, de Céspedes, del Rubí y de Matanzas, sobre el mismo lugar del tremendo altercado, con la orden estricta de que cruzaran al lado opuesto de la calzada, por arriba ó por debajo del viaducto, á fin de que sirvieran de sostén á los primeros escuadrones que habían realizado la empresa más arriesgada, y no era posible que volvieran al asalto sin que todos sucumbieran sobre el mismo terreno de la brava disputa. Era preciso que los españoles fuesen hostilizados por el envés y con mucha energía, para obligarles á dispersar sus fuegos al recibir la nueva agresión de los insurrectos. Las partidas que envió Maceo pudieron franquear el pasaje más peligroso, trepando por las márgenes del río, sin que fuesen divisadas por el adversario, y ya entonces cambió la faz de la cuestión, debido á que la infantería española, toda agrupada cerca del edificio destruido de orden de Maceo (la casa de obras públicas, que aun ardía), sintió el plomo enfilado de nuestra tropa, que la obligó á distraer una ó dos compañías del centro de batalla, para que cubrieran el flanco atacado por los jinetes insurrectos, convertidos en infantes momentáneamente, y prontos á dar otra embestida á caballo si el incansable adalid volvía á la carga con el acero desnudo. La jornada era ruda, larga y tremenda, pero el desenlace no se vislumbraba por ningún horizonte. Maceo había concebido el propósito de capturar los restos de aquella columna, si no le llegaban socorros de Candelaria, asediándola

durante las tres horas que quedaban de sol, y durante toda la noche, para darle, al día siguiente, el ataque final en aquel mismo lugar si allí continuaba, ó cuando se dispusiera á buscar salida. ¡Qué noche nos aguardaba! El protagonista acababa de expresar su pensamiento: "Hay que coger á esos soldados: ellos no se rendirán, pero hemos de arrebatarnos los equipos, si no hoy, mañana". La brega iba á seguir, no sabíamos cuántas horas más. No había que pensar en la rendición por cansancio, ó por la mortandad de la hueste: los jefes españoles que tenían pundonor, como el que batallaba en Río Hondo (el coronel Enrique Segura), sucumbían antes que pedir cuartel al adversario. Tampoco podía salir del atolladero, por sus solos impulsos. En esta situación se mantuvo la pendencia una hora más.

Los retenes que vigilaban el camino de Candelaria, fuera del radio de la acción, anunciaron la proximidad de otras fuerzas españolas que avanzaban por la carretera: iba, pues, á desarrollarse otra pendencia, acaso tan reñida como la de Río Hondo ¡en aquel mismo lugar, ya bastante ensangrentado! Otra acción á las cuatro de la tarde, sin haberse decidido la primera!

La norma de la prudencia, los mandatos imperiosos de la necesidad y las mismas reglas militares decían: basta de combate en la actual jornada, déjese el pleito para el nuevo día, después del indispensable reposo y de atender á los heridos de mayor gravedad que no deben dejarse sobre el campo de la muerte. ¡Pero quién se atrevía á llevar la voz del consejo?... Los funcionarios de Sanidad no se arriesgaban á resolver nada práctico, mientras Maceo no lo dispusiera; ocurrían á la urgencia del caso clínico, pero no adoptaban ninguna medida que pudiera trastornar el orden de las cosas, ¡el orden dentro del torbellino! El narrador de estas páginas, que por su graduación y estrecha amistad con el General, era el llamado á indicarle alguna medida previsorá, permanecía mudo, como el simple soldado de filas. No nos duele confesarlo: no éramos ni la mano derecha ni la mano zurda del hombre; un jefe de Estado Mayor, sin voz ni autoridad en ningún consejo (jamás hubo consejo de consultas); un amigo predilecto que se permitía contradecirle en determinadas ocasiones, yendo tranquilos de

marcha ó conversando en el vivac, pero un cero, como todos los demás, cuando empezaba la sinfonía de las armas.

Por segunda vez la tropa de Maceo dejó de combatir á pie para retar á caballo al competidor que venía de refresco, haciendo alarde de su superioridad: ruido atronador de fusilería y disparos de cañón. Lanzó Maceo los escuadrones de Matanzas, que mandaba interinamente el teniente coronel Carlos González, ayudante del Cuartel general, para que hicieran cara al nuevo opositor que, con buen golpe de caballería y picando de rodeo, trataba de reconocer el campo insurrecto antes de unirse á la columna sitiada en Río Hondo, de la cual iba en auxilio. Los cañonazos eran señales del próximo socorro. El nuevo combate empezó á unos dos kilómetros de Río Hondo, hacia Levante, con fuego violentísimo y amagos de carga entre las dos parcialidades. La caballería de Matanzas, que había organizado el coronel Bermúdez en la campaña de invasión, atacó con denuedo á los escuadrones enemigos, desplegados en ala sobre una de las planicies de nuestra derecha. Salió herido el teniente coronel González, pero no dejó el puesto de honor, y secundado por el segundo jefe, el teniente coronel Bacallao, por Regino Alfonso, por Eulogio Sardiñas y toda la aguerrida oficialidad, aguantó firme la rociada de un batallón que acudió en auxilio de la caballería flanqueadora. Fué necesario que Maceo echara más peso sobre la nueva columna, quitando factores del círculo principal que estrechaba el bloqueo de Río Hondo; renovóse la pelea de infantería contra infantería; nuestros soldados ocuparon algunos bohíos de las inmediaciones, para agredir con más tino á los nuevos combatientes y á la vez guarecerse de los metrallazos que reventaban cerca de las patas de los caballos, no sabemos si debido á la puntería de los artilleros españoles, ó por efecto de la situación topográfica de nuestro campo. Se dió el caso singular de que una granada, atravesando un lienzo de madera de una de las casas, en donde se hallaba un retén de Las Villas, con el capitán Manuel Aranda, cogiera á un soldado en el cuello, dejándole sin sentido. En apariencia, el hombre estaba muerto; fué retirado del bohío para darle sepultura: el hombre revivió allí mismo, curó de la lesión fenomenal, volvió á la lucha, apenas restablecido, y vive aún en el territorio de Santa Clara.

Es de mencionarse otro caso singular, aunque incurramos en un pequeño anacronismo. Al día siguiente del combate de Río Hondo, Maceo vió á un soldado del escuadrón de Guantánamo en actitud supina, y rígido, entre los muertos del bando español. Un balazo le había atravesado el cráneo, de parietal á parietal, ó de la frente al occipucio, no lo recordamos bien: pero, sí, podemos asegurar que vivió, que curó en la manigua, volvió á la palestra, fué herido otra vez y vive todavía. Recordamos perfectamente toda su figura cuando Maceo lo sacó de entre los muertos.

Vino la noche; nuestras tropas vivaquearon al pie del campamento español. El Cuartel general se situó en una finca inmediata, para disponer la conducción de los heridos de mayor cuidado. La columna auxiliadora acampó en la misma carretera, á vanguardia de la que bregó en Río Hondo, para servirle de sostén durante la noche y proteger la marcha de retirada. El propósito de capturar los restos de la primera columna, era ya impracticable con la llegada de los refuerzos salvadores. Eran mil hombres más, por lo menos, que no estaban rendidos por la fatiga ni mermados por el plomo. Además, se tuvo aviso que el capitán general Sabas Marín estaba en Candelaria, y no era de pensar que hubiese realizado el viaje con una pequeña escolta. Sin embargo, el general Maceo, que pasó la noche en vela, disponiendo el transporte de los heridos y despachando correos á las prefecturas del distrito, se aproximó á la calzada antes de que amaneciera; á las seis estaba ya sobre el enemigo. Las fuerzas españolas tomaban la dirección de Candelaria, de donde habían partido el día anterior con el propósito de despejar la carretera desde Candelaria á San Cristóbal, sin haberlo logrado. La división española, hostilizada por la escolta del general Maceo, apresuró el paso, y con tal prisa, que no se cuidó de enterrar los muertos de la jornada de Río Hondo. Hasta el barrio de la Tenería, casi á la vista del cuartel general de Sabas Marín, las guerrillas insurrectas fueron picándole los talones á la segunda columna, que, al emprender el camino de retroceso, cubrió la retaguardia del coronel Segura cuyo destino era lidiar con el batallador insurrecto, llevando siempre la peor parte. En Iguará luchó contra la hueste invasora acaudillada

por Gómez y Maceo, y algunas veces más iban á encontrarse los dos antagonistas, frente á frente, en el campo de la enconada discordia. El coronel Segura no perdía el *rastro*, como los jefes más ponderados del ejército español, que se extrañaban en el camino real, ó torcían el rumbo al examinar las huellas de la tropa cubana.

Maceo retornó al campo de Río Hondo. Registrando el lugar donde se ventiló la ruda contienda, se hallaron 17 muertos españoles, los más insepultos, entre ellos el capitán de la vanguardia, todavía con el uniforme de uso y la sangre en el rostro; montones de caballos y acémilas á ambos lados de la vía central; equipos, cartucheras, cápsulas y fusiles inutilizados. Los españoles construyeron parapetos con los escombros de la casa incendiada, á los que agregaron barriles, barras de catre, taburetes y otros enseres domésticos hallados al azar. Durante aquella larga noche de invierno debieron sufrir grandes angustias y penalidades. Nuestra tropa salió también muy castigada por el plomo enemigo. El Estado Mayor anotó 85 bajas, pero la cifra no era exacta según indagaciones practicadas á los pocos días del suceso. La gente bisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fué diezmada al echarse encima de los sólidos españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de cincuenta hombres, cayeron la mitad. Atacaron á los españoles con los puños ¡sin pistola, sin machete y sin cuchillo! Escudriñando las malezas de Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse á qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado el arma: el vestuario estaba completo, y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; á dos pasos de allí, el caballo exánime, con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia; esos hombres, siguiendo á su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado, habían obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas: el ruido del metal, que sonaba en torno de ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado á ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, y murmuró este panegírico: “Yo nunca

había visto eso; gente novicia que ataca inermes á los españoles ¡con el vaso de beber agua por todo utensilio! Y yo le daba el nombre de impedimenta!"... Si el gran caudillo hubiera sobrevivido á la tremenda batalla por la libertad del país, esta misma oración, grabada sobre una losa humilde, recordaría hoy al mundo de los buenos el triste y conmovedor episodio!

Brava y tenazmente luchó el coronel Segura en esa jornada de Río Hondo, sangrienta para los dos partidos, por cuanto defendió sus posiciones sin perder un palmo de terreno, á pesar de la fiera acometida de Maceo, y en ellas se mantuvo durante las tres horas en que bregó con la sola unidad de su mando. El parte que dió el general Marín, desde Candelaria, decía así: "La columna del coronel Segura, de la brigada del general Canella, de 600 hombres, encontró en el camino de San Cristóbal, á donde salió por mi orden á reconocer la situación del enemigo, numerosas partidas insurrectas con cuatro mil hombres. La columna empeñó combate bizarramente durante tres horas, recibiendo protección de la caballería del coronel Ruíz y fuerzas de Simancas al mando de Rotger." Y después de hacer mención de las bajas que tuvo la columna y de las que experimentó la fuerza de Maceo, disminuídas y exageradas, respectivamente, continúa: "nuestras tropas, con serenidad y arrojo infinito, aguardaban, serenas, las cargas salvajes del enemigo, y á quemarropa les causaron considerables bajas: recomiendo el acierto del coronel Ruíz y bizarría extraordinaria de Segura." En este caso, á fuer de imparciales y veraces, nada tenemos que objetar á las manifestaciones del general Marín, en lo que respecta al denuedo del coronel Segura: lo hemos expresado anteriormente.

Si no era de esperar que las columnas que pelearon en Río Hondo volvieran por el desquite, toda vez que, con largo convoy de heridos, dejaban el campo de la polémica para refugiarse en poblado guarnecido, donde se hallaba el Capitán General, era, en cambio, muy probable que por el lado opuesto, ó sea de San Cristóbal á Paso Real, operase la brigada de Luque, al mando de otro jefe, y que afluyera sobre la calzada de Candelaria, en virtud de los combates ventilados recientemente, cuyas noticias circulaban por sitios y despoblados

con la velocidad y el interés con que los simpatizadores de nuestra causa transmitir los sucesos ruidosos.

El día 9, estando Maceo en San Cristóbal, una sección á caballo que salió á practicar un reconocimiento por el camino de Santa Cruz, divisó la vanguardia de una columna que se dirigía á San Cristóbal, y con la cual tuvo pendencia. La noche anterior, dentro del caserío de Santa Cruz, los soldados de dicha columna dieron muerte al corneta de órdenes de Maceo, el bravo y temible Leoncio Estives, llamado el Congo. Salieron furtivamente del vivac, él y otro camarada de iguales arrestos, con el propósito de dar un paseo nocturno ó de correr una aventura en Santa Cruz, y se hallaron de manos á boca con los soldados españoles, liándose á brazo partido en la vía pública, á machetazos los dos insurrectos, á culatazos y á tiros la escuadra de granaderos, y en la terrible contienda cayó el intrépido Leoncio, no sin hundir el sable hasta la empuñadura en el vientre de uno de los luchadores y cortándole á otro la muñeca. El camarada de Leoncio mató á otro soldado, y escapó con un bayonetazo en el cuello. ¡Tremendo desafío!

Maceo adoptó las disposiciones oportunas para que el pueblo de San Cristóbal no padeciera los estragos de un combate en sus mismas calles, y apostó la tropa á dos kilómetros de la localidad, al lado de la carretera. La columna entró en el caserío á descargas cerradas y haciendo disparos de cañón, como si la plaza estuviese defendida por un cuerpo de ejército. Cuando el jefe sitiador se convenció de que en el pueblo no existía una sola escopeta amenazadora, tomó posesión del lugar, inquirió los informes necesarios y emprendió la ruta de Candelaria, desviándose de la carretera para esquivar el choque con las partidas de Maceo. Mandaba dicha columna el coronel Hernández de Velasco, hombre de pundonor y buen militar, cualidades que demostró en diferentes episodios, además de la hidalguía; pero, no en la ocasión que ahora historiamos, pues dejó en el pueblo de San Cristóbal el triste recuerdo del pillaje á que se entregaron sus soldados, y no dió testimonio de marcialidad al proseguir la marcha por el camino de Candelaria. El coronel Hernández de Velasco sabía perfectamente la situación de Maceo; lo sabía por un funcionario español, el Registrador de la Propiedad del término de

San Cristóbal, que nos lo dijo pocas horas después del suceso, al referirnos lo ocurrido entre él y el jefe de la columna, de quien era amigo viejo. La brigada de Luque, mandada á la sazón por Hernández de Velasco, eludió el ataque de Maceo en las inmediaciones de Río Hondo, separándose de la calzada y apresurando el paso por la orilla opuesta de la posición que ocupaban los insurrectos. No hubo más que escaramuzas en todo el trayecto. Tuvimos cinco bajas, y no podemos indicar las de la columna española, porque no hemos dado con ningún documento que haga referencia á esta acción. Hernández de Velasco sólo dió cuenta de lo ocurrido en Santa Cruz.

Las fuerzas cubanas se situaron en las inmediaciones de Candelaria. Maceo no había abandonado el designio de llegar al territorio de la Habana el mismo día en que Wéyler entrara por el canal del Morro. Era el lunes 10 de Febrero, y sólo faltaban dos días para el arribo del gran personaje. El capitán general interino. Sabas Marín, si no estaba ya en Candelaria, tendría su cuartel en Artemisa ó en las Mangas, límite de la provincia por el Este; pero sus tropas se hallaban alerta sobre la vía principal, escalonadas desde Candelaria á Neptuno, y vigilando al mismo tiempo los pasos del Norte, desde Puerta de la Güira á Guanajay. En esta última localidad estaba García Navarro, arreglando el equipaje marítimo: se marchaba del país en guerra contra España, porque él pertenecía al partido militar de Martínez Campos. Esos militares de profesión imitaban la conducta de los diputados á Cortes; tenían sus *leaders* y sus programas propios; formaban coaliciones, piñas y complots: unos eran de la extrema derecha, de la mayoría ovejuna, y otros de la montaña. Se decía que Wéyler era el corifeo de los generales republicanos, y que por eso traía á Arolas de lugarteniente. ¡Qué contraste! El general Canella continuaba en la villa heroica, arreglando los diplomas de héroe salvador, en complicidad con los periodistas trapaceros. Se llenaría un misal con los ditirambos que las plumas mercenarias y las plumas romas le dedicaron al engreído personaje: "El bravo general Canella, héroe de Candelaria". *La Unión*, el *Diario de la Marina*, *El Fígaro* ilustrado, *El Centinela* de la Guardia Civil, otro periódico procaz *El Pueblo*, todos á una, como alabarda juramentada, dieron á

Canella mayores timbres de gloria que á Don Pelayo de la reconquista y á Don Valeriano de la Reconcentración. Canella era más grande que Palafox, más inclito que Alvarez de Castro, más coloso que Méndez Núñez! Entre Candelaria y Artemisa estaban escalonadas las fuerzas de Segura, Calixto Ruíz, Rotger y Hernández de Velasco. Otro general, Pedro Cornell, fué el del choque con Maceo el día 11, en el ingenio Laborí, noroeste de Candelaria. Su vanguardia cambió algunos tiros con nuestras patrullas en el ingenio *Buen Pastor*, y avanzó sobre los edificios de Laborí. Nuestros tiradores aguardaron firmes el ataque, afinaron la puntería sobre la masa de la columna y cayó el Estado Mayor español. Se rehizo la columna, atacó de flanco las posiciones de Maceo, y arrojó sobre las fábricas de Laborí un furioso aguacero de plomo. Maceo puso fin al combate de infantería, porque las municiones escaseaban (la mayor parte de las cananas estaban vacías), y esperó á los españoles en sitio á propósito para cargarlos al machete, si volvían por el desquite, después que hubiesen reconocido el caserío de Laborí, en donde quedó un escuadrón del regimiento de Zayas, atizando la candela. Los españoles no avanzaron un paso más. Ocuparon el batey de Laborí, casi destruído por los insurrectos, establecieron allí el hospital y regresaron al día siguiente á Candelaria: el jefe de la columna, que salió herido, rindió la jornada en Artemisa. Maceo acampó en la finca Collazo, cerca del cuartel de los españoles. En el combate de Laborí tuvimos once heridos, nueve de tropa y el coronel Zayas y el capitán Manuel Aranda; éste de gravedad. Zayas pudo seguir al frente de sus soldados.

El parte del general Cornell que, desde Artemisa, dirigió á la Capitanía General, estaba concebido en estos términos: "Habiendo notado mi vanguardia en el potrero *Buen Pastor* la presencia del enemigo en Nueva Empresa (Laborí), mandado por Antonio Maceo, me dirigí á este punto con la columna de mi mando, y lo hallé en buenas posiciones defendidas, y parapetado. Se generalizó el combate, durando tres horas el fuego, y atacando á la bayoneta, le desalojé de aquéllas, haciéndole huir hacia San Juan de Cayajabos. En la acción se distinguieron jefes y oficiales: dejaron en el campo 24 muertos, armas, municiones, monturas, etc., llevándose gran

número de heridos. Se le hicieron cinco prisioneros. Nuestras bajas, un soldado muerto, 7 heridos y 16 contusos, y herido y fuerte contusión el que suscribe, no obstante lo cual, seguí al frente de mis tropas." No dice el general Cornell hasta donde fué marchando al frente de sus tropas.

IV

H a b a n a

Resumen de las operaciones de Maceo en la calzada de San Cristóbal.—Meritorios esfuerzos de Sabas Marín para contener á Maceo.—Organización militar de Pinar del Río.—El práctico Vicente Núñez.—Camino de la Habana.—La línea de Güira de Melena.—La línea de Batabanó.—Wéyler toma posesión de la Capitanía General.—Ojeada sobre su historia.—Los partidos españoles.—Combate de San Antonio de las Vegas (16 de Febrero).—Maceo llega al centro de la provincia.—Los bandos de Wéyler.—Los dos ejércitos frente á frente.

MACEO había realizado con creces el plan ofensivo que concibió el día anterior al combate de Paso Real. Desde el primero al once de Febrero, luchó él solo contra seis columnas distintas: en Paso Real contra Luque, en Laguna Blanca contra Canella, en Río Hondo contra Segura y Calixto Ruíz, en San Cristóbal contra Hernández de Velasco, en Laborí contra Cornell, sin contar el asedio de Candelaria. Las fuerzas españolas que no sufrieron descalabro, no se atrevieron á proseguir la acción, y las demás, con sus jefes heridos, abandonaron el campo del tumulto. Ocupó Maceo la calzada de Candelaria y á ese lugar tuvo que acudir el Capitán General con numerosas fuerzas; peleó Maceo contra todas ellas, las retó y hostilizó en seis ocasiones distintas. Y mientras el general Sabas Marín, lo creía por la sierra del Cuzco, errante y quebrantado, á juzgar por el parte que le comunicó el general Cornell, avanzaba resuelto por el camino de Artemisa, entraba por las Mangas, á tambor batiente, cruzaba de otro tirón la línea férrea del Oeste, y venciendo otros obstáculos poderosos, daba cima al osado pensamiento de vivaquear en los campos de la Habana el mismo día de las grandes felicitaciones palatinas. Wéyler acababa de aposentarse en el Palacio de los virreyes.

Todavía el destino se mostraba risueño. El ilustre capitán estaba en la plenitud de la vida y en la plenitud de la inteligencia: era aún el campeón audaz, el soldado más arrogante, el luchador más firme y el paladín más intrépido. Todavía el destino, brindándole amores y venturas, le tenía reservada la ejecución de más altas y más ínclitas proezas!

Meritorios fueron los esfuerzos del general Sabas Marín para detener á Maceo ó batirlo con eficacia por la superioridad de los elementos, desde Paso Real hasta Candelaria; pero esos esfuerzos no obtuvieron el resultado que el jefe español se prometía, primero y ante todo, porque Maceo era más conocedor del arte de la guerra que ninguno de los jefes que salieron á combatirle; tenía mucha más capacidad táctica y estratégica que sus antagonistas; y en segundo lugar, porque, á excepción de Segura, que batió el cobre en Río Hondo y comunicó la verdad estricta al retroceder para Candelaria, todos los demás engañaron al general Sabas Marín con los partes exagerados, en cuanto al número de bajas *vistas* que tuvo Maceo, y con respecto al itinerario que siguió el cuerpo insurrecto á raíz de las ilusorias derrotas. En guerras como las de Cuba, las victorias fraudulentas se comprueban sin dilación; y así el general Sabas Marín hubiera podido cerciorarse al día siguiente del combate de Laborí (si no hubiese embarcado para Puerto Rico), que su lugarteniente, el general Cornell, herido y todo, al frente de sus soldados, mentía bizarramente al asegurar que Maceo buscaba salvación por los montes de Cayajabos.

Antes de emprender el camino de la Habana, se dictaron por el Cuartel general las disposiciones convenientes para que en la provincia de Pinar del Río se mantuviera el estado de guerra que fomentó el genio de nuestro caudillo durante la primera excursión de la campaña invasora. Se trazaron las bases para la creación de la primera brigada del 5º cuerpo; nombróse para jefe de ella al coronel Pedro Sotomayor, el cual tendría á sus inmediatas órdenes á los tenientes coroneles Pedro Delgado y Carlos Socarrás y comandantes Federico Alfonso y Pablo Oliva, y como agregado al coronel Dionisio Gil; y para jefe de la segunda brigada, también del 5º cuerpo, fué nombrado el coronel Roberto Bermúdez, y á sus órdenes

el teniente coronel Antonio Varona, el comandante Manuel Lazo con sus fuerzas respectivas, las del gobernador civil Oscar Justiniani y teniente gobernador Ramón Cruz, así como los demás grupos recientemente levantados en las zonas de Guane, Mantua, Palacios y Paso Real. Al comandante Oscar Justiniani, aunque nombrado gobernador civil, se le confirió el mando de tres escuadrones que habían organizado el comandante Julián Cruz y los capitanes Alejandro Hernández y Pedro Sáenz, los cuales quedaban incorporados á la segunda brigada de la segunda división del 5º cuerpo, pero pudiendo operar, hasta nueva orden, sobre la línea del ferrocarril y carretera de San Cristóbal.

Comunicadas estas disposiciones, se emprendió marcha hacia la provincia de la Habana por las inmediaciones de Artemisa, para situarnos sobre la línea férrea de Guanajay, límite de Pinar del Río. En este lugar tuvimos noticias del General en jefe por el coronel Vicente Núñez. El general Gómez estaba en gran ansiedad por falta de informes exactos de nuestra situación. El coronel Núñez era uno de los hombres más conocedores del territorio de Cuba, y puede decirse, sin temor á la rectificación, que ninguno le aventajó en dicho conocimiento, á pesar de que las tropas cubanas siempre tuvieron guías ó prácticos inmejorables. La especialidad de Núñez consistía en que era conocedor de cuatro provincias: Villas, Matanzas, Habana y Pinar del Río; en que sabía, además, medir exactamente las distancias, sortear los pasos difíciles, evadir la persecución, y que lo mismo encaminaba por sitios peligrosos un escuadrón ó una compañía que una impedimenta enorme, de centenares, de miles de individuos. Cuantos han hecho la guerra de Cuba pueden contar vicisitudes y riesgos inminentes, de los que se han salvado gracias á la destreza de los guías; pero esos mismos prácticos, en otro terreno, quizás hubiesen fracasado en su misión, caído en una emboscada, ó causado el extravío de las fuerzas que encaminaban. Para Vicente Núñez no había dificultades en ninguna región, en ninguna zona, en ningún territorio. Sus conocimientos abarcaban desde Sancti Spiritus al Cabo de San Antonio. Tenía, por decirlo así, el don de la orientación en su sentido más lato. Se hacía cargo en seguida de la estructura del terreno; veía

la montaña, el llano, el desfiladero, el camino real y la vereda, el bosque alteroso y la manigua; y con sutileza, por nadie igualada, dirigía la columna por los lugares más recónditos, ora fuese para eludir el choque con el adversario, ora para proporcionarlo, de la misma manera que para buscar campamento seguro, lo mismo cerca que lejos del enemigo. Este hombre extraordinario se levantó en Las Villas con Cándido Alvarez, y durante la campaña de invasión en que empezó á distinguirse, fué recompensado con el diploma de coronel, después del combate de Mal Tiempo. Sus servicios fueron mucho más admirables en las excursiones por Matanzas y Habana, yendo de práctico con Maceo, y posteriormente con el general Gómez. Su nombre era conocido y popular en todas las fuerzas que operaban en el teatro de occidente, desde Las Villas hasta Pinar del Río. Causa pesadumbre que un guerrillero de estas aptitudes, que mereció la confianza absoluta de nuestros caudillos, alucinado por el oro que le ofrecieron los españoles, se desviase de la senda del honor y manchara su vida con la traición. Cara pagó su doblez, si bien el castigo fué merecido: lo mataron sus propios soldados.

Muy temprano, el día trece, tomamos el camino que había de conducirnos á la provincia de la Habana; cruzamos la línea férrea del Oeste por las inmediaciones de Güira de Melena. En este lugar, la sección de exploradores recibió una descarga casi á quemarropa, disparada desde un tren de reparaciones. Resuelto el general Maceo á forzar el paso por aquel sitio, para no modificar el itinerario, dividió la columna en dos fracciones, á fin de que el tren fuese hostilizado por dos lados distintos y fuera menos efectiva la agresión de los adversarios. El tiroteo, que se hizo muy vivo por parte de la tropa que custodiaba el tren, nos ocasionó 9 bajas al saltar los nuestros sobre la línea para abrirse paso. El tren retrocedió entonces á Güira de Melena ya porque el jefe de la tropa creyese que podía ser atacado el pueblo, ya porque sospechara que estuviese minada la línea. El toque de ataque de nuestros cornetas y los tiros dirigidos indistintamente al blindaje y al caserío, debieron de alarmar á los habitantes de Güira de Melena y renovarles la profunda impresión del asalto que experimentaron en el mes de Enero. Salvado el obstáculo, hicimos

alto en el sitio donde antes se alzaba el pueblo de Gabriel, en espera de la columna, y entretanto fué destruído un tramo de la vía férrea. Sin otra peripecia, la jornada vino á terminar en la finca Celebridad, ya de noche (1).

Nos tocaba para el día siguiente cruzar la línea férrea de Batabanó, ocupada militarmente por los españoles. Al asomar la descubierta por las inmediaciones de dicha línea, se oyeron los pitazos de alarma de una locomotora por el lado de Quivicán. Hacia esa dirección se enviaron á escape dos escuadrones para que tiroteasen al enemigo, mientras el grueso de nuestra columna atravesaba la línea. El tren, por lo visto, no avanzó; pero como en San Felipe, pueblo inmediato, se hallaban fuerzas españolas, hubo que aceptar el combate con los destacamentos (2).

A las cinco de la tarde llegamos á San Antonio de las Vegas, por donde el general Gómez había cruzado recientemente. Se incorporaron las fuerzas de infantería, al mando del coronel Pedro Díaz, que estuvieron á las órdenes del general Gómez cuando la invasión de Maceo á Pinar del Río, y otras de caballería al mando del coronel Masó Parra, que formaban una brigada destinada á operar en las comarcas de Güines, Melena del Sur y Batabanó, con Adolfo Castillo y José Roque. Estas fuerzas estaban bien organizadas y no carecían de pertrechos, debido á que pocos días antes habían atacado con éxito un tren militar. El día 15 quedamos acampados en San Antonio de las Vegas. Wéyler estaba ya en la Capitanía General. Había desembarcado el día 10, muy festejado por los partidos políticos, y hecho las salutations de rúbrica.

Escribieron los periódicos integristas:

(1) El jefe de las fuerzas españolas que salió á nuestro encuentro en Güira de Melena, comunicó lo siguiente: "Al llegar con el tren de reparaciones al kilómetro 41 en la mañana del 13, próximo á Güira de Melena, varias partidas atravesaban la línea férrea con rumbo al ingenio Pedro Díaz. Detuve el tren, y después de 75 minutos de fuego dispersé completamente al enemigo, causándole bajas y cogiéndole caballos y pertrechos".

(2) De entre los diferentes partes que publicaron los españoles el día 14 de febrero, copiamos el siguiente porque suponemos que alude al paso de nuestras fuerzas por Durán: "El día 14 pasé Maceo con 60 hombres por el punto conocido por Vapor, y luego pasaron 600 más, haciéndoles fuego la columna Segura, causándoles tres muertos y 12 heridos."

“Ha transcurrido la decena en expectación. La llegada del nuevo Gobernador General en Jefe, Excmo. Señor Don Valeriano Wéyler y Nicolau, fué un verdadero acontecimiento que llevó al litoral de la bahía, el día 10, miles y miles de almas, descosas de aclamarle y felicitarle, asegurándose que no se ha hecho jamás en Cuba, á gobernante ni caudillo alguno, recibimiento más grandioso, solemne y espontáneo.

“Cumplimentado más tarde por comisiones y representaciones de corporaciones y sociedades, el nuevo Gobernador General se ha mostrado tal y como el público lo deseaba: poco amigo de la política, enérgico y justiciero como militar, ofreciendo á una comisión de Hacendados su valioso apoyo para poner en vías de producción las fincas, y asegurándoles que podrán moler en Pinar del Río, Habana, Matanzas y las Villas para la segunda quincena de Marzo próximo.

“Como ha encontrado las fuerzas militares muy diseminadas y las oficinas sin datos para conocer su residencia; como hay cuerpos de ejército que tienen regados sus hombres en toda la extensión de la Isla y como cada columna está compuesta de quince ó veinte cuerpos, se ha dicho que en las oficinas de Estado Mayor se echaban de menos varios miles de soldados, creyéndose que obedecía á la costumbre que había de dar todas las órdenes por teléfono ó de palabra, sin dejar de ellas rastro alguno en las oficinas. Por esto también cree el público que el General Wéyler no pueda emprender su plan de campaña hasta fines del mes actual ó principios del próximo.

“El Estado Mayor creado, á cuyo frente se ha puesto el General Ochando, trabaja muy activamente. A Santiago de Cuba ha sido destinado el General Bargés, y se espera que siguiendo el mismo plan del General Pando, su presencia allí sirva de mucho para garantizar la riqueza y el trabajo. El General Pando se ha encargado de la Comandancia General de las Villas, donde ha sido con entusiasmo recibido por la opinión, y el General Arolas de la columna que mandaba el General García Navarro.

“Otra de las medidas dictadas con aplauso, ha sido la prohibición de que con las columnas vayan corresponsales de periódicos.

“Inmensa muchedumbre llena los muelles. La caballería forma calle por el itinerario que ha de seguir el General. El Alcalde de la Habana con el Municipio en masa, la Diputación, la Cámara de Comercio, todas las autoridades civiles y militares, el Obispo con el cabildo y numerosa y brillante representación de cuantas sociedades y círculos hay en esta capital, esperan el desembarco. Los balcones de la calle de San Pedro y Plaza de Armas están llenos de señoras y adornados con ricos tapices. En medio de las mayores aclamaciones desembarca el General. A pie, entre el general Marín y el Alcalde de la Habana, recorre el itinerario establecido. Le precede una compañía de guías. Muchas veces es aclamado. El entusiasmo es grande y hondo. A las once entra el General en la Plaza donde está el Palacio. La multitud pide con insistencia que salga al balcón. Aparece Wéyler en el balcón principal del edificio y es aclamado durante largo rato”.

Pocos momentos después declaraba Wéyler: “Vengo á mantener el alto nombre de la patria y acabar con la guerra en los campos y ciudades. Tanto los peninsulares como los insulares deben demostrar sin tregua y sin descanso su amor á España, sacrificándose por ella. Mientras dure la guerra no admitiré distinción alguna de política. Condeno toda política que no sea política española. Sólo existen para mí en Cuba españoles y separatistas. Mi misión en este punto será la de deslindar los campos, haciendo separación perfecta entre los que aman á España y los que luchan contra España”.

El partido integrista y el elemento militar rebosaban en satisfacción, porque la guerra desde aquel momento iba á cambiar de faz y de destino; los procedimientos benévolos se trocarían por los de inflexible severidad; correría mucha sangre y el rigor sería extremado. La ciudad de la Habana, sobre todo, hervía en entusiasmo; fraternizaban tropas y milicias urbanas, veteranos y reclutas, paisanaje y señorío, todos heridos por un sentimiento común, el del patriotismo férvido y airado, que les hacía entrever, bajo la firme dirección del marqués de Tenerife, el pronto y completo exterminio de los rebeldes vandálicos y de los laborantes impenitentes. Se renovarían las escenas de la época de Crespo y Valmaseda, cuando se fusilaban niños y se aplicaba el tormento á los ancia-

nos deerépitos. Habría, pues, matanzas, excesos jurídicos, suplicios en masa dentro de la ciudad, y los jefes de las columnas que perseguían á los rebeldes tendrían carta blanca para arcabucear al campesino, que por este solo hecho era insurrecto ó cómplice de él: la campiña sería desolada. A los laborantes había que darles aún más duro que á los que luchaban con las armas en la mano, pues eran los solapados de siempre, los eternos hipócritas, los fariseos de todas las épocas, que cumplían exteriormente con el rito español, y clavaban el puñal en el corazón de la patria cada vez que se les ofrecía oportunidad de hacerlo sigilosamente. ¿Quién era Wéyler...? Un personaje muy importante de la política española, el general Martínez Campos, había declarado que si alguna vez el general Wéyler iba á Cuba investido con el mando superior, *¡se levantaría allí hasta las piedras!* Este veredicto fué pronunciado en el período más caluroso de la propaganda autonomista, y todos los órganos de esa comunión que se publicaban entonces en la isla, obedientes á la consigna que dió *El País*, representante de la Junta Central, echaron el resto, como vulgarmente se dice, para que fracasara el descabellado propósito del gobierno de Madrid de enviarnos á Wéyler. Ya fuese por la campaña de la prensa liberal, ya por otra razón, el gobierno español no llevó á cabo sus designios, y el nombre de Wéyler quedó relegado al olvido hasta la época de la guerra, en que, por fin, el marqués de Tenerife vió realizadas sus aspiraciones del mando absoluto de Cuba, con gran regocijo de los elementos integristas y verdadero espanto de los que auxiliaban la causa de la Revolución dentro de las ciudades. Era natural que los partidarios de la libertad le cogieran pavor á la nueva situación que iba á desarrollarse en el país, y por eso, en todo tiempo, serán dignos de la mayor estima aquellos que, con exposición de sus vidas, continuaron con fe la labor separatista en la época del terror. Pero la conducta de esos devotos que no flaquearon en su obra patriótica, al medirla con la conducta detestable de los cubanos ilustres que figuraron en la comunidad autonomista, sin tardíos arrepentimientos, hace desaparecer, por grande que sea la generosidad, toda expresión de disculpa, porque el ánimo se sobrecoge de terror á la sola idea de lo que hubiera sido de Cuba, si hubiesen flaqueado los que lu-

chaban con las armas, ¡con Wéyler triunfante y la soberanía española afirmada por la sumisión de los insurrectos! Esos hombres estuvieron al lado de Wéyler; lo estuvieron siempre, aun bajo los horrores de la reconcentración; fueron invariables en su línea de conducta; jamás rectificaron sus doctrinas; no fueron nunca inconsecuentes con España mientras España tuvo un soldado que defendiera la bandera.

Wéyler, al venir á Cuba, gozaba ya de muy triste celebridad. Había cubierto de luto numerosos hogares, sacrificado centenares de víctimas, y celebrado sus fáciles victorias con bacanales estruendosas: dejó un rastro de sangre que no pudo borrar la pródiga naturaleza tropical. En otros días funcionó de ejecutor del conde de Valmaseda. Era, además, hombre sucio en su persona, malhablado, de figura repulsiva, crapuloso y concusionario. A un militar de esas condiciones, falto de toda clase de escrúpulos é incapaz de dirigir la campaña, confiaba el gobierno español el mando supremo de Cuba, para que hiciera sentir á sus moradores toda la pesadumbre de una hostilidad implacable hasta lograr la completa humillación de los rebeldes. España, en su ardor por la guerra, sólo trataba de exterminar, y Wéyler tenía la misión de descargar el golpe decisivo.

El día 16 de Febrero nuestras tropas hubieron de tomar las armas á toda prisa, al anunciarse la presencia del enemigo por algunos tiros en las avanzadas. Se presentaba magnífica ocasión de dar una batalla en regla. Nuestra columna, con las fuerzas de caballería é infantería que acababan de incorporarse, ascendía á 2,000 hombres de pelea, número más que suficiente para ocasionar un serio descalabro á la división española, especialmente en aquel terreno ventajoso para la infantería, la que ocupó con antelación posiciones inmejorables. Maceo ordenó en seguida el plan de combate. Situó la infantería en unas cercas de piedras, bien escalonada, con la orden de que por ningún concepto se disparara un tiro mientras el enemigo no estuviera á cien metros. La caballería, oculta en unos maizales, formando ángulo recto con la infantería apostada, tenía orden de no cargar hasta tanto que la refriega no se hubiese empeñado con calor, y que al iniciar la carga se interpusiera entre el pueblo y nuestras posiciones, para cor-

tarle al enemigo toda retirada. La gente estaba ansiosa de esgrimir las armas, deseo que se notaba aún más en las fuerzas incorporadas recientemente. El escuadrón de Adolfo Castillo, con este jefe tan intrépido, mostraba su impaciencia por desenvainar el machete. Adoptadas que fueron estas medidas, el general Maceo, con dos escuadrones de Masó Parra, se adelantó á provocar á los españoles que entraban en aquellos momentos en la población, sin hostilidad por parte nuestra. La vanguardia enemiga hizo una salida con apariencias de ataque, pero á la provocación de nuestra gente se refugió bajo los muros de un fuerte y edificios próximos. A este lugar acudieron entonces tropas de refresco, y la acción se sostuvo por unos y otros en sus respectivas posiciones, con vivo tiroteo. Los españoles dispararon alguna metralla; pero cuantas tentativas se hicieron para atraer el enemigo hacia las posiciones ocupadas por la infantería, que se hallaba muy alerta, fueron infructuosas. El jefe de la columna española se mantuvo dentro de los límites de la prudencia, tal vez porque coligió el orden de batalla que había establecido su competidor, y no quiso exponerse á perder lo ganado con la evacuación del pueblo. Si, menos previsor, se hubiese lanzado á perseguir á los escuadrones que lo provocaban, nuestra infantería entonces, bien preparada y en posiciones magníficas, hubiese repelido el ataque aun siendo muy vigoroso, y al tratar de retirarse para San Antonio una masa de mil jinetes le corta el paso y ¿por qué no decirlo? lo envuelve y lo acuchilla. Dicha acción nos costó un muerto y siete heridos. Es de creer que muy pocas serían las bajas de la columna española (1).

Terminado el combate, con la gente ya en son de marcha, el general Maceo quiso aprovechar lo que restaba del día para adelantar camino y aproximarse al general Gómez, que se hallaba á una ó dos jornadas. Pernoctamos en una finca nombrada Río Hondo, término de Bejucal. Sobre el enemigo, que hizo

(1) Wéyler comunicó al ministro de la Guerra: "Habana, 18 de Febrero.—Coronel Segura desde San Felipe, comunica que encontró en San Antonio de las Vegas las partidas de Maceo y otros cabecillas, entre los cuales se encontraban Miró, los Collazo y Castillo. Dejaron en poder de nuestras tropas 12 muertos, 5 machetes, 71 caballos y muchos pertrechos de guerra".

Ya Wéyler empezaba á mentir.

noche en San Antonio de las Vegas, quedó un regimiento de caballería de las fuerzas de la Habana.

La excursión del día 17 nos colocó en el centro de la provincia, á cinco leguas de la capital. Cruzamos impunemente las calzadas de Managua y de Güines, sorprendiendo innumerables vehículos que iban cargados de víveres para el mercado de la Habana. Los soldados de Wéyler no se veían por aquellos contornos. Situado el Cuartel General en el ingenio Santa Amelia, inmediato á San José de las Lajas, tuvimos ocasión de apreciar el estado de la opinión pública en la capital de la isla desde la llegada de Wéyler. El pánico se había apoderado de la gente pacífica, en tanto que el entusiasmo corría parejas con el regocijo en el bando español y en el elemento militar, cuyas aspiraciones eran comunes y por igual ardientes. Tres bandos acababan de publicarse en la Gaceta oficial: por uno de ellos se disponía que fuesen sometidos á la jurisdicción de guerra los inventores y propaladores de noticias favorables á la rebelión, así como las que comunicasen informes referentes á la guerra que deprimiesen á las fuerzas españolas ó ensalzaran al enemigo. Otro de los bandos ordenaba la reconcentración de los habitantes de Sancti Spíritus, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, medida que terminaba en el plazo de ocho días, y por la misma disposición se ordenaba el desalojo de los establecimientos situados en la campiña. Por el tercer bando delegaba el gobernador general todas las atribuciones judiciales que le competían en los comandantes jefes de los cuerpos primero y segundo y en el de la tercera división ó sea la de Camagüey, mandando que los prisioneros que se hicieran en acción de guerra fuesen sometidos á procedimiento sumarísimo, sin ejecutarse ninguna sentencia de muerte mientras no hubiese acusado recibo de ella el gobernador general. "Estos bandos—decía la prensa servil—han sido bien acogidos por la opinión pública". Las cárceles y fortalezas iban en breve á llenarse de sospechosos, á los que sería indispensable dar salida para que otros ingresaran, operaciones de carga y descarga, las dos facilísimas por el procedimiento usual de encarcelar cubanos sin causa justificada, y darles pasaporte para el otro mundo sin llenar el expediente de la instructiva ni el de la sentencia.

El territorio de la Habana era centro de una gran actividad y movimiento de tropas. Operaban en aquellos días las columnas de Linares, Aldecoa, Segura, Hernández Ferrer, Tort, Molina, Figueroa, Gálviz, y otras más, mandadas por jefes menos conocidos, y las que operaban en Matanzas, que podían acudir rápidamente sobre cualquier punto de la Habana, debido á que las líneas férreas estaban casi siempre expeditas por carecer los insurrectos de materiales explosivos; la interrupción se concretaba á levantar algunos rieles y destruir alguna que otra alcantarilla, desperfectos que fácilmente reparaban los españoles. El efectivo armado del ejército libertador no excedía de 4,000 hombres en las provincias de Occidente. El general Máximo Gómez, á quien muy pronto hemos de encontrar, se separó de Maceo el día 8 de Enero en las inmediaciones de Hoyo Colorado, según se ha dicho oportunamente, y desde entonces se sostuvo con fortuna en el territorio de la Habana, á pesar del empeño de Martínez Campos, primero, y de Marín y Wéyler después, de arrojarlo de la provincia, en atención á que operando Gómez por las inmediaciones de la capital de la isla, era la respuesta más elocuente contra los que pregonaban el aniquilamiento de la insurrección, y á la vez constituía un banderín de enganche para todos los que ardían en deseos de atestiguar su adhesión á los principios revolucionarios. El general Gómez no estuvo inactivo ni un solo momento. Peleó con tesón, sin fijarse en el número de batallones que le salieron al paso, y dedicóse al mismo tiempo á organizar las fuerzas que tenía bajo su mando directo. Trabajó combate en Ceiba del Agua, en Mi Rosa—acción muy sangrienta,—en Bejucal, en Ariguanabo; hizo capitular el pueblo de Tapaste. Tuvo encuentros en San Agustín de Casuso, en el ingenio Garro, en Alquizar, en Río Bayamo; ocupó un tren de mercancías en la línea del Oeste, y de esa manera, con el bregar continuo, adiestró á la gente novel, y preparó para empresas más difíciles á los oficiales que sobresalían por su valor y entusiasmo. Sonaban los nombres de Adolfo Castillo, Rafael de Cárdenas, Raúl Arango, Néstor Aranguren, Alberto Rodríguez, Isidro Acea, Ernesto Asbert, Aurelio Collazo, Borges y algunos más que habían adquirido nombre en varios episodios. Adolfo Castillo atacó el pueblo de Managua

é hizo capitular á los voluntarios de Nazareno, que se le unieron con armas y municiones; atacó la finca de San Felipe, que defendía un escuadrón de la guardia civil, y momentos después peleaba con bizarría contra una columna que salió del paradero de Guara en auxilio de aquel escuadrón. Por aquellos días se encontraba ya en la provincia de la Habana el brigadier José Aguirre, y con la presencia de dicho jefe en ese territorio, bien podía decirse que la organización militar de la provincia estaba al completarse, puesto que Aguirre, oficial veterano que gozaba de grandes simpatías, iba á ser el comandante en jefe de la división destinada á operar en esa comarca.

Con la marcha atronadora de Maceo por el camino real de la Habana y la fuerte alarma que ocasionó su repentina aparición en el centro de la provincia, era de esperar que Wéyler se pusiera á la cabeza de sus tropas para batir personalmente á los dos caudillos de la Revolución, que muy pronto iban á reunirse en el campo de batalla. De ese modo el jefe del ejército español tendría oportunidad de medir la pericia del adversario, á la manera que lo comprobó su antecesor en *Peralejo*, y se le proporcionaría la mejor ocasión de descargar el golpe decisivo. Los dos ejércitos se hallaban frente á frente.

V

J a r u c o

Maceo combina nuevos planes.—Asalto á la ciudad de Jaruco (18 de Febrero).—Contradicción manifiesta de los partes españoles.—Penosa jornada de Moralitos (19 de Febrero).—Catalina de Güines.—Nuestras fuerzas quedan fraccionadas.—Los jefes españoles desconocen el teatro en que se ha ventilado la acción.—Consideraciones sobre la jornada de Moralitos.—Maceo toma el desquite en la loma del Gato (20 de Febrero).—Represalias del coronel Tort.—El Cuartel General en San Luis.—Se adopta un nuevo plan de operaciones.—Camino de Matanzas.—Disposiciones del Cuartel General de Maceo.—El campamento de Galeón.

MUCHOS batallones tenía dispuestos la jefatura del ejército español al penetrar Maceo en la provincia de la Habana, los suficientes para hacer fracasar cualquiera excursión por el territorio y todo golpe de mano contra las plazas guarnecidas. Pero el general Maceo concibió el propósito de dar una función que evidenciara su presencia en la comarca mejor defendida por los españoles. Fijóse para ello en la ciudad de Jaruco, situada en la línea férrea de Regla a Matanzas. Atrevido era el plan, pues Jaruco, á más de los elementos de guerra con que contaba, podía ser socorrida á las pocas horas, y aun suponerse que pernoctara allí alguna de las varias columnas que operaban en dicha zona. Realizado el intento, con más ó menos fortuna, era de esperarse una activa persecución, una serie de combates inevitables. Operaban en la provincia de la Habana algunos jefes españoles que pocos días antes trabaron combate con Maceo en Pinar del Río, al mando ahora de otros regimientos, bien distribuídos por el centro del territorio; y las fuerzas de la provincia de Matanzas podían acudir rápidamente sobre cualquier punto amenazado, valiéndose de las líneas férreas, casi siempre expeditas. Pero sin que á nuestro caudillo le causara la menor zozobra

ninguno de estos obstáculos, uno solo de ellos lo bastante grave para contener los ímpetus de otro ánimo que no fuera el suyo, dió las órdenes convenientes para acometer la operación en la jornada del 18, en que salimos del ingenio Santa Amelia, al apuntar el día, y por medio de una marcha rápida y continuada nos situamos, al obscurecer, á tiro de fusil de la ciudad de Jaruco. En previsión de que pudiera ser socorrida la plaza, se destacaron por la línea férrea diferentes secciones de caballería hasta lejana distancia, y después de comprobar sobre el terreno los diferentes informes que habían comunicado los conocedores del lugar, se dispuso el ataque de la población. La ciudad de Jaruco está situada á once leguas de la capital; tenía entonces unos 2.000 habitantes, y estaba defendida, el día del asalto, por 250 soldados de tropa regular y los voluntarios. El casco de la población se levanta en la falda de una loma; desde la línea férrea aparece la ciudad situada en un promontorio. Hay que ascender para llegar al caserío, por un camino desigual, que los naturales de la localidad denominan las escaleras de Jaruco. La defensa de la plaza se hallaba escudada por la misma posición estratégica, y de todos modos, al sonar la voz de alarma dentro del caserío, podía hacer fracasar el ataque tan pronto como fuese iniciado. El asalto lo dirigió el general Maceo enviando sobre la plaza dos secciones de infantería, que penetraron sin dificultad dentro de los arrabales; se rompió el fuego entre asaltantes y defensores; serían las nueve de la noche. Las dos compañías de ataque, con el alboroto consiguiente, llegaron hasta la plaza de la ciudad, y á tiro limpio se apoderaron de la cárcel y pusieron en libertad á todos los presos. Se rindieron los guardias municipales y algunos bomberos. Las descargas tomaron entonces mayor viveza, porque apercibidos los defensores de la ciudad, y especialmente dos compañías de tropa de línea que pernoctaban en ella, se propusieron desalojar á los insurrectos de las posiciones que ocupaban y desde las cuales respondían al fuego de los españoles. Entretanto incendiaban las casas que habían abandonado sus moradores y desvalijaban los establecimientos de comercio. El tiroteo continuó hasta la madrugada, en que el general Maceo ordenó que los asaltantes salieran de la población para ordenar la marcha. El botín no fué escaso:

80 fusiles y unas 5.000 cápsulas. Retiramos tres muertos y 11 heridos. El golpe de mano habíase realizado con creces, puesto que se entró á viva fuerza en una población importante, defendida por tropa de línea, y la ciudad ardía, si no por los cuatro costados, con llamas suficientes para que el espectáculo causara impresión profunda en el vecindario y en los pueblos comarcanos. La noticia circularía muy pronto de uno á otro ámbito de la provincia, y llegaría á la capital con los ecos de un suceso luctuoso, renovando la memoria de otros sucesos parecidos, como el asalto y destrucción de Güira de Melena, de recuerdo aterrador para los habitantes de la localidad. Los españoles trataron de quitarle importancia al ataque de Jaruco; y en el primer parte que dieron á la prensa, dijeron únicamente que “á las nueve de la noche del día 18 de Febrero, Maceo, con fuerzas que ascendían á 3 ó 4 mil hombres, había atacado la población de Jaruco, consiguiendo tan sólo soltar 24 presos de la cárcel, hacer capitular á 5 municipales y quemar, con la cárcel, algunas casas de guano fuera del alcance de la defensa”. Pero como una vez publicado este parte, á nadie podía hacérsele entender que la cárcel estuviera fuera de la estacada y bajo las mismas condiciones de las casas de guano, á los dos ó tres días rectificaron la noticia, de esta manera: “Por sospecha de que las partidas de Maceo y Gómez se habían concentrado huyendo de las columnas, se mandaron dos compañías de Guadalajara que acababan de desembarcar en Cuba, con orden de llegar á Jaruco. Arreglaron la vía que estaba cortada, y á las tres de la tarde del 18 tuvieron combate con las fuerzas de Maceo, que se retiraron al sospechar que venía tropa. Los insurrectos tuvieron bajas. Maceo había atacado á Jaruco sin resultado, durando el ataque desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada. Quemaron 131 casas: 32 de mampostería, 50 de madera, otras de guano y la cárcel; rindieron á cinco guardias municipales; soltaron 24 presos y saquearon todo el pueblo, excepto la calle Real. Fuerzas de caballería y artillería protegieron la línea férrea desde la Habana para auxiliar á las compañías de Guadalajara. El gobierno había previsto ese ataque, á cuyo efecto envió las citadas fuerzas, y el enemigo fué rechazado varias veces por la guarnición y los voluntarios mandados por

el señor Vesa, coronel del instituto, ocupándoles dos muertos, un herido, caballos y municiones. Por nuestra parte tuvimos un voluntario muerto y 6 soldados de Saboya heridos. A Jaruco llegó al amanecer, desde la Catalina, la columna del coronel Hernández, que persiguió al enemigo por la hacienda Molina, rumbo á Güines, con mil hombres á caballo, causando al enemigo 12 muertos y más de 80 heridos. La columna tuvo tres heridos y caballos y acémilas muertos y heridos". No es menester extremar la argumentación para hacer resaltar lo mal hilvanado de este parte oficial, que hemos transcrito al pie de la letra, puesto que salta á la vista el dato de que Maceo atacó la población de Jaruco *sin resultado*, cuando á renglón seguido se confiesa que incendió 131 casas, saqueó casi todo el pueblo y permaneció en él desde las nueve de la noche hasta las tres de la mañana; y dejamos sin comentarios la paladina afirmación de que el gobierno había previsto este golpe de mano, enviando al efecto dos compañías de Guadalajara y fuerzas de artillería y caballería que guardaran la línea, porque si esto fuese cierto demostraría que esos guardianes hicieron el papel de figuras decorativas, con la circunstancia especialísima de que ningún actor se enteró de su paso por la escena.

Los informes exactos de los medios de defensa que tenía Jaruco, son los siguientes. Tres fortines, llamados Alfonso XIII, España y Guardado: el primero de estos fuertes estaba situado al Norte de la población, en el camino llamado de Guaicanamar; el segundo se hallaba á la entrada de la ciudad por el Este, sobre la calzada que conduce á la estación del ferrocarril, y el tercero estaba al Oeste, al final de la antigua calle de Tación, que atraviesa la ciudad por su centro y es continuación de la calzada del paradero.

Existían, además, otras líneas defensivas, tales como dos tambores, uno de los cuales estaba defendido por la guardia civil, delante de la comandancia militar, y el pueblo estaba rodeado de una zanja y una cerca de alambres de púas. Desde mucho antes de iniciarse el ataque las autoridades del pueblo tuvieron noticias de que los insurrectos proyectaban asaltar la población, y el alcalde propuso al comandante militar la rendición de la plaza; pero éste no quiso dar crédito al rumor pro-

palado por el vecindario, y nada dispuso para evitar la sorpresa. Maceo tuvo noticias del estado de la plaza por un hombre del pueblo que se brindó á reconocer la ciudad bajo el pretexto de vender algunas mercancías. Nuestra gente tomó el fuerte Guardado; el llamado Alfonso XIII lo abandonaron los defensores; fué ocupado el cuartel de bomberos; la cárcel fué defendida con bastante tenacidad por el alcaide de la misma y escoltas, pero al fin se rindieron, y los presos, como ya se ha dicho, fueron puestos en libertad. No se tomó el cuartel porque lo defendieron los soldados de Saboya, mandados por un oficial llamado Rivas.

Mientras se organizaba la marcha, al venir los claros del día, recibimos la grata nueva de que el general Máximo Gómez se hallaba á media jornada de Jaruco; en seguida se dispuso que la vanguardia acelerase el paso para que el General en jefe obtuviese con anticipación la satisfactoria noticia de nuestro inmediato encuentro. En camino toda nuestra columna, la retaguardia tuvo que contener varios ataques de una división española que venía por la huella, la cual cesó en su agresión poco después de haber franqueado nuestra retaguardia el camino de Moralitos. Se abrazaron los dos caudillos de la Revolución, Gómez y Maceo, y los dos contingentes atronaron los espacios con las explosiones del más vivo entusiasmo. Pero muy en breve esas explosiones eran apagadas por las más acentuadas del choque de las armas. Nos esperaba una jornada muy dura y aflictiva.

Preciso es reunir los antecedentes indispensables. El general Gómez había trabado combate el día anterior en las inmediaciones de Río Bayamo y callejón del Navío, y acampó, á eso de las cinco de la tarde, en el ingenio Moralitos, en donde supo la noticia de que Maceo se hallaba por los alrededores de Jaruco. Levantó el campamento temprano y se encaminó hacia donde estaba el Lugarteniente. Pero los españoles, que estaban bien informados de la situación del general Gómez en Moralitos, convergieron con prontitud hacia ese punto, moviendo el mayor número de fuerzas posibles durante la noche anterior desde San José de las Lajas, á fin de que en las primeras horas de la mañana estuvieran sobre Moralitos. En la Capitanía General se sabía el 18 la permanencia de Gómez en

el lugar expresado, y por eso se dictaron las órdenes necesarias para que acudieran al ingenio Moralitos las columnas de Linares, Aldecoa, Tort y Segura (1).

Cuando la vanguardia de la primera reconoció las inmediaciones del ingenio Moralitos, el general Gómez había levantando el campo para acudir, según hemos visto, al encuentro de Maceo. Al emprender la marcha desde el lugar en que habían unido las dos fuerzas cubanas, el general Gómez, yendo en vanguardia, con objeto de pasar por las inmediaciones de Moralitos y cruzar la carretera de San José de las Lajas, encontró ocupado el camino por los batallones españoles. Arremetió con ímpetu, tratando de abrir un boquete que le diera paso á él y á la columna de Maceo; pero bien posesionados los españoles del camino que conduce á Moralitos, y con nuevos elementos de combate facilitados por otra columna, hicieron fracasar el titánico esfuerzo de la caballería de Gómez, y tuvo éste que retroceder con el caballo gravemente herido, para exponerle á Maceo la situación táctica de los españoles y ver si entre los dos podían forzar el paso. La gente de Maceo venía algo rezagada desde la salida de Jaruco, por lo que no pudo entrar toda en acción cuando los dos caudillos acometieron las líneas españolas, cada vez más firmes y nutridas. Se dieron varias cargas á quemarropa, y llegaron á verse las caras unos y otros combatientes; lanzóse nuestra infantería sobre los muros y cañaverales contiguos, pero vista la imposibilidad de romper la consistencia del enemigo, se retrocedió para otras

(1) Siete años después del suceso, el general Máximo Gómez y el autor de estas crónicas tuvieron ocasión de comprobarlo en la ciudad de la Habana estando de visita en la redacción del "Diario de la Marina". El general Wéyler recibió un cable del ministro de la Guerra para que atacara el lugar en que debían tener una entrevista Gómez y Maceo, agregando que el sitio era por las cercanías de San José de las Lajas. Wéyler llamó á los periodistas para significarles su desagrado al presumir que el ministro de la Guerra habíale teleografiado á virtud de informes transmitidos á Madrid por los corresponsales; y el corresponsal del diario "El Imparcial" declaró que él había comunicado á dicho periódico las noticias adquiridas acerca de la próxima concentración de las fuerzas insurrectas. Wéyler adoptó entonces las disposiciones oportunas para que todas las columnas disponibles ocuparan el camino de San José de las Lejes á Moralitos. Con desconocimiento absoluto de las vías de comunicación de la Habana, Wéyler reiteró la orden de que una de las columnas, que se hallaba detenida en el paradero del Rincón, tomara el ferrocarril para acudir á San José de las Lajas. Esta vía de comunicación era ilusoria.

posiciones, en la que hubo que resistir á pie firme para no ser flanqueados por el animoso adversario. En la loma de los Mangos se ventiló la última fase de la acción de Moralitos, con un vivo tiroteo que sostuvieron algunos escuadrones de caballería contra el ala izquierda de los españoles, que intentaba cortar el centro de nuestra columna para echar una parte de ella hacia San José de las Lajas. Pudimos proseguir la marcha con rumbo a Catalina de Güines, en donde nos aguardaba otro choque reñido.

El combate de Moralitos nos costó pérdidas de consideración. El coronel Basilio Guerra, hombre muy esforzado, sucumbió de los primeros al tratar de romper el cerco de los españoles. Pocos momentos antes de cargar el general Maceo, cayó mortalmente herido el joven ayudante Ramón Corona, al montar el rifle que portaba. La sanidad dió cuenta de 58 bajas, cifra que puede darse por duplicada, puesto que en la confusión de la pelea algunos heridos no fueron curados, y otros, por no darse de baja en aquellas circunstancias, ocultaron la lesión. El general Maceo, que cubría la retaguardia, dispuso que las fuerzas de infantería quedaran apostadas en sitio conveniente para repeler la agresión de los españoles en el supuesto de que éstos seguirían por el rastro. Ya en las inmediaciones de Catalina de Güines, pueblo situado en la línea férrea de Unión de Reyes, el general Gómez mandó hacer alto para acampar, y simultáneamente ordenó que se quitara el estorbo del caserío que teníamos á la vista, por entender que no se debía pernoctar allí mientras nos quedara un pueblo fortificado á tiro de fusil; y para ello destacó un regimiento de caballería al mando del coronel Calunga, con instrucciones precisas de destruir el poblado. Se eligió para campamento la superficie de un ingenio demolido, llamado San Pablo, terreno cenagoso en algunos parajes, y dominado por pequeñas colinas, de una de las cuales partía una cerca de bambúes hasta el mismo caserío de Catalina. El sol estaba á la puesta; se habían colocado algunas avanzadas, y en tanto Calunga emprendía con vigor la operación que le confió el general Gómez, mientras la gente disponía los enseres para el primer rancho, sonaron de súbito estrepitosas descargas por retaguardia y el flanco izquierdo, y fuego de cañón, casi simultáneamente. Era indudable que

una de las columnas que nos salió al encuentro en las inmediaciones de Jarueo, había explorado perfectamente nuestro campo y al percibir el tiroteo que sostenían los defensores de Catalina, atacó con ímpetu el campamento por el lugar más débil. El fuego arreció y se extendió por todo el flanco izquierdo, hacia donde quedaban las almenas naturales de las colinas. Con la tropa que primeramente tomó las armas, arremetieron Gómez y Maceo; éste tomó por el callejón de bambúes para desalojar de allí á los españoles y ser al mismo tiempo salvaguardia de la numerosa impedimenta, que se agitaba medrosa en el centro de nuestro campo, buscando salida, mientras el general Gómez ejecutaba operación análoga por el frente de las posiciones que ocupaban los tiradores enemigos. En esta situación, con fuego violento por ambas partes, cerró la noche y con ella aumentó el peligro, por cuanto nuestras fuerzas quedaron fraccionadas, sin saber las unas de las otras, mientras la columna española seguía por la huella á descargas cerradas, sirviéndole de guía el tiroteo de nuestra retaguardia y también el aviso de los defensores de Catalina. La noche era oscura y fría, pero las llamas del poblado y de los cañaverales contiguos nos servían de orientación en aquella penosa marcha de retirada. Entre nueve y diez de la noche sonaban aún las descargas; ya no podía ser con nuestra gente, toda vez que la sección de caballería que cubría la retaguardia no hubo de contestar á esos disparos por hallarse fuera del alcance de la columna enemiga. Era de colegir que los defensores de Catalina disparaban á diestro y siniestro, y á ese fuego respondían los españoles mientras se aproximaban al poblado. Muy avanzada la noche, la gente que siguió a Maceo pudo acampar en una finca llamada Carmen. La avanzada del rastro fué cubierta por jefes y oficiales del regimiento Céspedes y oficialidad del Estado Mayor. En aquellos momentos no pudimos saber cuál era la situación del general Máximo Gómez, ni éste, á su vez, podía conocer la de Maceo. La impedimenta se fraccionó: parte de ella fué á buscar abrigo en el campamento del general Aguirre, hallado á la ventura, y la otra parte quedó con el general Gómez. Oficiales y tropa de la columna de Maceo siguieron á Gómez, y á la inversa, soldados y jefes del cuartel general de Gómez se unieron al trozo que

siguió a Maceo. Más tarde pudimos indagar que el general Gómez retirándose por los alrededores de Catalina, logró sorprender el peligro y pernoctar en la finca San Pablo.

Publicamos los diferentes partes de la acción de Moralitos, tal como se dieron a la prensa.

“A las nueve de la mañana del 19, el general Aldecoa, siguiendo movimiento convergente en el ingenio Morales, batió á fuerzas de Máximo Gómez, causándole varias bajas.

“El general Linares volvió á encontrar al enemigo, batiéndolo por los potreros Gálvez y Zenea, en cuyo punto pretendía unirse con Maceo. Posteriormente el mismo Linares los cañoneó batiéndolos el coronel Tort.

“En estos momentos llegaron noticias de que el general Aldecoa había batido en el callejón de Charca á fuerzas de Máximo Gómez, causándoles un muerto. La columna tuvo uno de Mallorca y cuatro de San Quintín.

“En el potrero de San Marcos se generalizó el fuego con el grueso de la partida, que llegó á veces á 50 metros, siendo rechazada. Duró el fuego dos horas. Intervino la artillería. La caballería hizo fuego á pie. Se recogieron variós muertos y un herido llamado José Cabrera. En este segundo ataque tuvimos dos muertos de Mallorca y Zamora y varios contusos. El coronel Segura, que seguía el rastro, tropezó en dirección de San José de las Lajas con el enemigo, y desde las cumbres de la loma Vigía, cañoneó á unos doscientos jinetes, causándoles bajas.

“Cerca de San José encontró unos 800 jinetes, dispersándolos. Como ampliación del combate de Aldecoa, después de batir dos veces á Gómez, alcanzó el 19 a Maceo en el ingenio Morales. Las tropas resistieron varios amagos de los jinetes enemigos, desalojándolos de sus posiciones, causándoles dos muertos y heridos, que recogieron, y cincuenta caballos muertos y heridos que abandonaron. Aldecoa tuvo dos soldados muertos y cuatro heridos, seis contusos y cinco caballos heridos.

“La columna siguió la persecución, y á la vez el general Linares operaba en movimiento envolvente sobre el campamento de Maceo. El general Linares lanzó sobre fuerzas de Maceo dos escuadrones con el coronel Maroto, obligando al

enemigo á contramarchar bajo el fuego de la infantería, haciéndole 8 muertos, que dejó sobre el campo, entre ellos un oficial, 36 caballos, 19 heridos y 8 útiles. Se hizo pública el día 20 la muerte de Antonio Maceo, procedente de varios paisanos de la Catalina, que informaron al capitán de la guardia civil de Río Seco que en la Catalina los insurrectos habían tenido muchas bajas, entre ellas la de Antonio Maceo”.

Y de la acción de Catalina de Güines dijeron lo siguiente:

“El coronel Hernández después del combate de la tienda de Molina continuó la marcha á las seis de la tarde para la Catalina, saliendo de la venta de Trujillo, llegando al obscurecer á Catalina, encontrando á mitad de la distancia las partidas de Maceo y Gómez en posiciones excelentes. Las atacó y desalojó, entrando en Catalina á las nueve de la noche, teniendo que dar tres ataques á la bayoneta, dos para desalojarlos de sus posiciones escalonadas y atrincheradas, y la tercera para entrar en la Catalina. El coronel se felicita, no sólo de la victoria obtenida, sino de haber evitado la quema del pueblo. El enemigo, en su fuga, se limitó á quemar algún edificio de poca importancia. La columna tuvo 15 heridos y 9 contusos, causando al enemigo numerosas bajas, pues éste intentó varias veces cargar sobre la infantería, que lo rechazó.

“El día 21 dijo al general en jefe el coronel Tort, que á su salida de San José de las Lajas el día antes para Morales, sintió fuego de fusilería y artillería en aquella dirección, varió rumbo hacia Zenea y Luz, con esperanza de batir al enemigo en su huída del ataque que suponía hecho por las columnas de los generales Linares ó Aldecoa. Después de encontrados informes, forzando marchas, llegó á Catalina cuando el coronel Hernández desalojaba de allí al enemigo, y éste tomaba la dirección que llevaba la columna de Tort. En el paso de Río de Agua, se encontraron las dos vanguardias, rompiendo nutrido fuego, que duró más de media hora, y se continuó otra media por el flanco derecho, haciendo al enemigo seis muertos y muchos heridos. Por nuestra parte, dos soldados heridos. Entró el coronel Tort en la Catalina á las once de la noche, y allí encontró al coronel Hernández, que acababa de llegar”.

La jornada de Moralitos fué un revés para nuestras armas, puesto que no pudimos romper las líneas españolas ni realizar

ninguno de los propósitos de la operación de guerra; pero los jefes de las columnas enemigas no supieron aprovecharse del triunfo táctico, y aun cabe presumir que no se formaron cabal idea de la acción ejecutada, si hemos de juzgar por los partes que de ella dieron a Wéyler, en los cuales no se determina ningún punto esencial, ni la dirección que llevaron los insurrectos después de la riña. Si esas columnas hubiesen acometido con brío la persecución por la huella y por uno de los flancos, hubieran podido llegar, casi simultáneamente con las fuerzas cubanas, al sitio á que éstas se encaminaban, con la sola posibilidad de tener un encuentro con la infantería que Maceo había apostado en el camino; y desde luego, el ataque que dió la columna de Hernández Ferrer en las inmediaciones de Catalina, hubiera sido mucho más eficaz y de consecuencias fatales para nuestras armas. En guerras irregulares como la de Cuba, la victoria táctica poco significa cuando la obtienen las fuerzas del gobierno, si no es secundada por una persecución metódica y persistente, porque la índole especial de los combatientes insurrectos, que lo mismo pelean diseminados que en línea nutrida, les permite resarcirse cuanto antes de los efectos de la derrota cuando el partido contrario no apela al método antes indicado y se satisface con la ocupación del campo, como si se tratara del bloqueo y asalto de un ciudadela, para cuyo acceso se necesita el empleo de la artillería y la buena disposición de las columnas asaltantes. No conociendo los españoles el teatro en que se efectuó la acción de Moralitys, en donde obtuvieron el triunfo, y faltos de diligencia para emprender la persecución por la huella reciente, si no querían arriesgarse por los travesíos para batirnos de costado, muy pronto se remediaron los efectos de la derrota, como lo demuestra el hecho de que el general Gómez, sin guías seguros, viniera á acampar en el mismo terreno de Catalina de Güines, para reanudar la marcha sin el menor tropiezo; y que Maceo estableciera el vivae un poco más allá, pero dentro del radio de acción del enemigo, para, á su vez, al nacer la aurora, recoger los dispersos de la víspera y provocar nuevamente á los vencedores de Moralitys.

Aquella noche el regimiento de Maceo la pasó sobre las armas. Ya orientado nuestro General tomó por el camino de

la loma del Gato, entre la Catalina y Sabana de Robles, y mandó hacer alto en dicho paraje en vista de la buena posición que ofrecía para escarmentar á los españoles. Cubierto el campamento, se enviaron patrullas exploradoras por el camino de la Catalina. La finca llamada el Gato era un ingenio ó trapiche demolido, cuyos escombros podían utilizarse de trincheras; contaba, además, con las posiciones naturales de las colinas próximas, desde las cuales se divisaba una buena extensión de terreno, y podía ser observado, desde luego, cualquier movimiento del enemigo. Momentos después de haber llegado nuestra columna al expresado lugar, nos fué restituida por el teniente coronel Rafael de Cárdenas, de las fuerzas de Aguirre, la impedimenta que durante el ataque de Catalina de Güines había tomado rumbo á la ventura y que guiada entonces por un oficial experto, fué á pernoctar en uno de los campamentos del brigadier Aguirre. Deseoso el general Maceo de trabar combate con la primera columna que asomara por aquellos contornos, dispuso que la impedimenta dejara el campo y que escoltada por dos escuadrones villareños, se encaminara hacia el sudeste de la provincia, en el supuesto de que esa misma dirección tomaría el general Gómez al levantar el campo indefenso de San Pablo. En esta disposición, expedido el regimiento, se eligieron las posiciones más adecuadas para tomar el desquite de la riña anterior, casi en la seguridad de que acudirían las columnas que pernoctaron en Catalina de Güines. El Cuartel General destacó otro pelotón, con la orden terminante de que no regresara sin traer en su seguimiento á los españoles. Transecurrió un corto espacio; sonaron los primeros tiros; nuestros exploradores y el pelotón que salió poco después, tropezaron con la vanguardia de una fuerte columna á unos dos kilómetros de la loma del Gato, camino de Catalina; mientras sostenían las escaramuzas, una parte de nuestras fuerzas ocupó los muros de la finca, determinados de antemano, y la restante se posesionó de las crestas de la colina, en orden abierto. La vanguardia enemiga, yendo en pos de la patrulla que acababa de hostilizarla, y tal vez sin darse cuenta de que era una avanzada de Maceo, se echó resueltamente sobre los edificios de la finca el Gato —el asiento ó batey, y una casa de mampostería— bajo el fuego certero de nuestros

grupos apostados, que disparaban ordenada y sucesivamente, á la voz de mando. Los españoles hubieron de replegarse y utilizar la artillería para batir las posiciones que ocupaban los nuestros. El general Maceo, que se hallaba en la colina inmediata observando las peripecias del lance, ordenó entonces que dejaran el asiento de la finca los tiradores que ocupaban este sitio y acudieran á la segunda posición, para desde ella presentar un frente más compacto al enemigo.

Esta maniobra no debió pasar inadvertida, porque renovaron el cañoneo, al propio tiempo que el grueso del bando desarrolló todo su vigor para evitar el dominio de aquella altura, que venía á ser el punto-llave de la acción. Ambos partidos, muy ardorosos, mantienen la disputa: los españoles, en la porfía de ganar el campo; los insurrectos, con el ánimo de inapeditlo. Se oyen los toques de atención de las cornetas y se distingue el vocerío altanero de la tropa, mientras á descargas cerradas acribilla el cascote de nuestra trinchera. En esta situación se arrojan los españoles á dar el empuje decisivo, y para ello refuerzan su vanguardia; pero son contenidos otra vez por los disparos de nuestros jinetes, que acentúan su entusiasmo con frenéticas aclamaciones á Maceo, alborozado en aquellos momentos, como en otras ocasiones análogas, al tener que moderar los ímpetus de sus soldados, que bajo el ardor de la pelea, se disponían á quemar el último cartucho. Maceo dió la orden de retirada; ésta se efectuó por escalones, con marcial precisión. Las fuerzas insurrectas que tomaron parte en este combate no llegaban á trescientos hombres, lo que tal vez parecerá imposible, con la particularidad de que sólo hubo dos bajas, del regimiento Céspedes, y el fuego duró una hora.

El parte que publicó el Estado Mayor español estaba concebido en estos términos: "Entró el coronel Tort en la Catalina á las once y media de la noche, y allí encontró al coronel Hernández. Hubo en el pueblo confidencias de que la partida de Aguirre con otro cabecilla acampaban en Pedroso sobre la línea férrea, y después supo que el grueso lo verificaba en el demolido ingenio el Gato. Tres cuartos de legua antes de llegar á él, se anunció el enemigo con descargas de pequeños grupos sobre la vanguardia, y continuó el tiroteo de flanco,

que le fué contestado hasta dar vista al susodicho ingenio, donde lo encontró parapetado detrás de cercas de piedras y ruinas de mampostería, formando un semicírculo, rompiendo á la vez nutrido fuego sobre la vanguardia y flanco; toda la fuerza enemiga, que se calcula de cuatro a cinco mil enemigos, fué desalojada de las posiciones por la artillería y el nutrido fuego de la infantería, reconcentrándose entonces en las ruinas y casa asiento de la finca. Después de más de dos horas de fuego de artillería y fusilería, fué tomada dicha casa por la vanguardia, que con el segundo escuadrón de Pizarro y dos compañías de Vergara que mandaba el teniente coronel del mismo señor Tejerizo, obligó al enemigo á abandonar posiciones, dejando en el campo 10 muertos que no pudo recoger, calculándose éstos en 30 y considerable número de heridos. Al abandonar aquella posición volvió el enemigo á hacerse fuerte en la cima de las lomas inmediatas, y atacado, las abandonó. Sobre el terreno se supo que las partidas esperaban á Máximo Gómez, y eran las de Maceo, Miró, Zayas, Cárdenas y Calunga, y su número mayor que el apuntado, á juzgar por la extensión del campamento y la línea de fuego que presentaban. En la acción del Gato tuvimos el capitán Antonio Sierra, herido grave en el cuello, y 18 individuos de tropa''.

Los españoles, al penetrar en los edificios de la finca, cometieron toda clase de atropellos: asesinaron al dueño ó arrendatario de ella, dieron muerte alevosa á tres vecinos del lugar, oriundos de las islas Canarias, y no saciados aún, al practicar un registro por los alrededores, remataron á dos insurrectos heridos en la tarde anterior, y que habíamos dejado allí casi moribundos. La columna iba mandada por el coronel Tort, de la Guardia Civil. Hechos tan inhumanos causaron profunda impresión en el general Maceo, al extremo de que deploró vivamente el triunfo alcanzado en la loma del Gato, por cuanto ello había sido causa de la muerte de cuatro infelices, víctimas de la crueldad de un jefe español, que si era bravo en la pelea, se mostraba sanguinario con los indefensos. Al coronel Tort se le tuvo siempre por un hombre de carácter bondadoso, muy amante de este país, y aun estaba tildado, entre los suyos, como simpatizador de la causa liberal. Tal vez por el buen parecer y ganarse indulgencia, extremó el coronel Tort

la nota de ferocidad que tanto halagaba al jefe superior de las armas españolas; pero ello no borra la mancha que arrojó sobre su historia militar, ni le quita un ápice de responsabilidad en la ejecución de estos crímenes.

La retirada se efectuó por el mismo camino que algunas horas antes había seguido la gente de Zayas, en dirección al ingenio San Luis, en donde se hallaba el general Gómez con todo el contingente. Fueron momentos de grata expansión para nuestra tropa. Hay que tener en cuenta que la columna de Maceo venía en tragín continuo desde la noche de Jaruco, y aun puede decirse que la tarea había comenzado algunos días antes, á partir del sitio de Candelaria. Cualquiera que se fije en el itinerario recorrido por Maceo desde el 5 de Febrero, en que salió de San Cristobal (Pinar del Río), para bregar en Candelaria, en Río Hondo, en Laborí, en Güira de Melena, en Quivicán, en San Antonio de las Vegas, camino largo y disputado; para situarse en el centro de la provincia de la Habana y dar el asalto á Jaruco, y al día siguiente acudir á la terrible función de Moralitos, y sin hacer rancho ni tomar resuello plantarse firme en la loma del Gato; cualquiera que sea ahora el viajero, habrá de reconocer que la actividad de nuestro famoso caudillo no tenía semejante, y que la tropa que lo acompañaba era de diamantina fortaleza.

El viernes 21 de Febrero tomó el general Gómez la vanguardia para dirigirse al sudeste de la provincia, pues entraba en los planes del Cuartel General efectuar una excursión por la provincia de Matanzas, en tanto que Gómez seguiría por dicha región hasta encontrar la infantería oriental al mando del brigadier Quintín Bandera. Durante el trayecto sostuvimos escaramuzas con una columna volante que trataba de obstruirnos el paso; acampamos en el ingenio Nueva Paz, situado en las inmediaciones del pueblo del mismo nombre. En toda la noche no cesaron de sonar los pitazos de los trenes.

La jornada del día 22 nos aproximó á la provincia de Matanzas. El orden de la marcha de este día, fué el siguiente. El general Gómez partió á las seis de la mañana, cubriendo el flanco derecho, y Maceo lo hizo una hora más tarde en la dirección de Manjuarí. La columna estaba constituida por el regimiento Céspedes, dos escuadrones de la brigada de Pinar

del Río, otro regimiento de caballería al mando del coronel José Roque y el regimiento Las Villas, que mandaba el coronel Zayas. Las fuerzas de infantería no habían logrado incorporarse desde la tarde de Moralitos, y siendo imposible establecer el contacto con ellas, ni que en una ó dos jornadas pudieran unirse al Cuartel General de Maceo, se enviaron comunicaciones para que quedaran operando en la provincia de la Habana, por el Sur, hasta tanto el general Maceo no regresara de su excursión por Matanzas. Al comandante Aurelio Hernández, que reunió algunos de los dispersos del combate de Moralitos, se le confió el pliego más importante para el coronel Pedro Díaz, en el que se le daban instrucciones concretas acerca de las operaciones ulteriores y para su reincorporación al Cuartel General. Con esta misma fecha el general Maceo premió los servicios prestados, hasta entonces, por el coronel Juan Bruno Zayas, Pedro Sotomayor, Roberto Bermúdez y Pedro Díaz, á quienes propuso al General en jefe para el ascenso inmediato. También se hizo el nombramiento de gobernador civil de la provincia de la Habana y se nombraron para prefectos y subprefectos á personas conocedoras de dicha región. Se expidieron asimismo los nombramientos de inspector general de ejército y de la jefatura del cuarto cuerpo (las Villas) a favor de los generales Serafín Sánchez y Francisco Carrillo, respectivamente; este último, como se ha dicho en otro lugar, había arribado á las playas de Cuba en el mes de Noviembre, junto con Aguirre y otros oficiales. Como muy pronto iba Maceo á penetrar en la provincia de Matanzas, fué nombrado jefe de la zona de Colón el brigadier Francisco Pérez; al coronel Roque, que venía en nuestra columna, se le asignó la jefatura de la brigada Norte de Matanzas, y como jefe en comisión de la brigada Sur se designó al coronel Eduardo García. Este jefe acababa de incorporarse en el campamento de Galeón con dos escuadrones. Por él se supo que una columna enemiga se encontraba en Navajas y otra en Maturijes. Se enviaron algunas secciones de caballería para que reconocieran dichos lugares y precisaran los movimientos de las fuerzas españolas.

VI

Matanzas

Estado de los partidos de esta provincia.—Preponderancia del bando español.—Dificultad de sostener la guerra.—Panorama de Coliseo.—Primer aniversario de la Revolución.—Reñido combate de la Perla (25 de Febrero).—Escaramuzas en las líneas férreas.—El general Aguirre.—Noticias de nuevos asesinatos.—Maceo escribe una carta á Wéyler sobre la conducta del ejército español.

EN el territorio de Matanzas las llamas de la hueste invasora habían prendido con furia, hacinado como estaba el combustible junto á las cepas de los cañaverales en sazón; pero el fuego eficaz del patriotismo no tomó cuerpo entre las masas populares: lo mantenían tan sólo los devotos del ideal con la fatiga propia de los que laboran secretamente, bajo el riesgo constante de la delación y agitados por la tétrica imagen del suplicio. Al darse la señal para el levantamiento del país, el gobierno español pudo sofocar las primeras chispas de la rebelión que brotaron en Ibarra, y disueltos los grupos hostiles y capturados los promovedores de la revuelta á los pocos días de haberse lanzado al campo, tan funestos preliminares tenían forzosamente que ocasionar un retraso sensible en la marcha general de la campaña, y por el lado opuesto, fortalecer al elemento español, de sobra engraido, y siempre dominador en las comarcas de Occidente. En otras páginas de esta historia hemos examinado las causas morales que contribuyeron al predominio del elemento integrista, y apuntado la dificultad de que la Revolución pudiera echar raíces entre las clases proletarias, maleadas de antiguo por los representantes de la autocracia colonial. Dentro de estas condiciones, tan favorables para el partido español, la lucha habría de ser terrible para el cubano que guerrease en este territorio, porque si el valor no menguaba y el heroísmo no desfallecía bajo la férrea mano

del opresor, de cualquier modo iban á ser infructuosos los esfuerzos del soldado insurgente al sostener una lucha tan desigual como obstinada. No existían en Matanzas verdaderos núcleos de resistencia que pudieran hacer frente á columnas bien organizadas, en más de dos encuentros seguidos; y las pocas fuerzas que constituían una de las brigadas del 5º cuerpo (en embrión) no habían podido extender el radio de sus operaciones más allá del término de Jagüey; y por lo tanto, el espacio más considerable del país, el centro de Matanzas, con su red ferroviaria y sus triángulos estratégicos, estaba sin explorar; era cortina impenetrable. Abarcando de una sola ojeada la configuración del teatro, á nuestra izquierda teníamos los países bajos de Cuba, la gran Ciénaga de Zapata, inundada casi siempre por el mar, sitio todo él pantanoso y en muchos parajes empedrado por el *diente de perro*; á nuestra derecha la rica zona de cultivo, la feraz campiña de color de esmeralda, con las fábricas de azúcar luciendo sus chimeneas aiosas y sus techumbres de zinc, y por el frente, hasta perderse de vista, una sucesión interminable de pueblos, de villas y ciudades guarnecidas, ostentando la bandera de España en las flechas de los campanarios. Al través de esa superficie temible, recorriéndola en todas direcciones, de norte á sur, de este á oeste, por el frente y por los costados, la red de hierro, el pólipo enorme que habría de apretar, entre sus tentáculos acerados, al osado invasor que pusiera la planta sobre el tablero estratégico de Colón. El conjunto venía á ser algo así como una ciudadela formidable, de la cual las orillas del río Hanábana eran el glacis, y su cauce el primer foso.

Este bosquejo que hicimos de la provincia de Matanzas al penetrar la hueste invasora por las fronteras orientales, poco ó nada había cambiado al volver Maceo dos meses después, desde Occidente. Si tomó algún incremento la revolución, y sobresalían algunos jefes valerosos y de influjo en el país, también el partido español había duplicado sus medios ofensivos, nutriendo sus batallones y columnas volantes que, al mando de jefes entendidos y audaces, extendían diariamente el radio de su actividad y penetraban hasta la misma Ciénaga de Zapata, el campamento más oculto del insurrecto. Al expirar el mes de Febrero de 1896, operaban en Matanzas las

siguientes fuerzas cubanas: el coronel Eduardo García con Pedro Vidal y Clemente Dantín, por la zona Sur, desde Galeón hasta Manjuarí; por el Norte la brigada de José Roque, incorporada entonces á la columna de Maceo; por el centro, el general Lacret, que tenía á sus órdenes á Robau, García, Alvarez, Barroto, Alfredo Good, Ortega, entre los oficiales más nombrados; en la misma zona operaban Severino Cepero y Clemente Gómez, los cuales se habían hecho cargo de las fuerzas que levantó José Amieva; en la zona de Corral Falso el coronel Silverio Sánchez, que organizó algunos pelotones de caballería que formaron el regimiento Cárdenas; y al sudeste de Colón, la comarca que limita el río Hanábana, desde Amarillas hasta Voladoras, era la zona que recorría el coronel Francisco Pérez desde mucho antes de haber llegado la invasión á la provincia de Matanzas. De la península de Zapata era guardián y jefe absoluto el *Tuerto Matos*, hombre muy experto y audaz. No puede determinarse el número de hombres que sumaban esas fuerzas, pero el cálculo más aproximado á la verdad hace ascender á cuatro mil soldados el total de los insurrectos, entre reclutas y factores positivos de combate.

La invasión, que había reducido á pavesas la riqueza agrícola de Matanzas, no pudo destruir ninguna de sus poblaciones, ni los bateyes de las fincas azucareras, cada uno de los cuales se convirtió en baluarte inexpugnable tan pronto como de la columna invasora no quedó más que la huella. La destrucción de las líneas férreas no fué más que momentánea, porque el núcleo insurrecto carecía de elementos adecuados para que esa hostilidad fuese eficaz y duradera. El ejército español pudo reparar los desperfectos que ocasionaron los revolucionarios, de tal suerte, que los silbatos de las locomotoras sonaban lo mismo que en tiempo normal, con mayor estrépito por las señales de alarma, y á la vez se abrían banderines en todos los pueblos del territorio para el enganche y movilización de guerrillas del país, las que, primero, fueron patuleas de fácil batir, y después, instruidas debidamente, formaron las vanguardias facinerosas de los batallones de Molina. El Limonar, Corral Falso, Cimarrones, Bolondrón, Guareyras, Calimete, Amarillas y Jagüey se hicieron célebres por sus escuadras de guerrilleros, reclutadas entre la flor de la criminalidad, y por el tesón con

que defendieron la bandera de España durante la última guerra de independencia. Al frente de los batallones de tropa regular estaban el general Prats y los coroneles Vicuña, Molina, Almendáriz, Alfau, Aldea, Pavía, jefes todos ellos aguerridos, y las columnas que podían transportarse de un punto á otro por medio de ferrocarril, tenían siempre cuarteles inmediatos donde abastecerse y pernoctar. Dentro de estas condiciones, tan desfavorables para el insurrecto, la lucha de las armas era poco menos que insostenible, casi siempre funesta para nuestros parciales, que sobre no contar con elementos suficientes de combate, veíanse acosados por otras calamidades, el hambre y las epidemias, en atención á que las zonas de cultivo habían experimentado los efectos de la guerra devastadora y la riqueza pecuaria había desaparecido totalmente. Si nuestra campaña se hubiera establecido con verdadero método desde los comienzos de la lucha, puede asegurarse que el territorio de Matanzas no habría sido campo de constante hostilidad por parte de los insurrectos, sino que constituídos en dos núcleos vigorosos, uno de ellos en los límites de la provincia de la Habana, por el Este, el otro, en la margen oriental del río Hanábana, de esta manera, dejando limpio el centro de la comarca más hostil, las fuerzas cubanas, sin correr los riesgos de una lucha tan desigual, hubieran podido efectuar correrías muy provechosas por el campo enemigo y regresar casi intactas á sus acantonamientos, después de haber hecho sentir los efectos del rebato asolador.

Situado Maceo en el distrito de Matanzas, se propuso realizar una rápida excursión por todo el perímetro con objeto de despistar al enemigo dentro de la ruta que acordó con el general Gómez, al separarse de éste en Galeón. Según lo acordado, Maceo llamaría la atención de los españoles por el Norte de la provincia, seguirá por el mismo rumbo hasta el distrito de la Habana, y volvería después á Matanzas para que se le uniera la infantería oriental, que á la sazón se encontraba en los límites de la provincia, entre el Hanábana y Palmillas. En la mañana del 23 partió Maceo de Galeón para encaminarse al centro de la comarca matancera. En la línea de Sabanilla, entre Navajas y Güira de Maeurijes, y mientras el coronel Eduardo García trataba de impedir el paso de un

tren, se cruzaron algunos disparos con la tropa que reparaba los desperfectos de la vía; salvada esta dificultad, única durante la jornada, pudimos proseguir la marcha hacia el distrito de Corral Falso, para acampar dentro de las líneas más fuertes de los españoles.

El lunes 24 de Febrero, aniversario de la Revolución, nos dirigimos hacia la zona de Cárdenas por las lomas pintorescas de Coliseo, sitio famoso en la historia de Cuba porque en él se ventiló el último combate contra Martínez Campos en la tarde del 23 de Diciembre de 1895, y en donde se eclipsó para siempre la fortuna del caudillo español cuando corría desolado en pos de la victoria. Siempre el viajero detendrá su paso en los umbrales de Coliseo, para contemplar el escenario del memorable episodio, si lo conoce por los relatos escritos, para contemplarlo también y reflexionar sobre aquel asunto, si tuvo la suerte de ser testigo presencial de los sucesos. En Coliseo, como en Peralejo, el entusiasmo patriótico luchó solo contra el poderío y autoridad de España, y en ambos casos el entusiasmo patriótico, hizo lo que la autoridad de la metrópoli y la opinión de los técnicos declararon absurdo. Sólo habían transcurrido dos meses. Estaban fehacientes los vestigios de la batalla: cercas hendidas, montones de escombros de los edificios calcinados, destruidas las plantaciones, acribillada la arboleda. No había ya nada que demoler, porque la guerra devastadora hizo resonar allí sus más trágicos acentos.

La tropa que iba con Maceo conmemoraba el primer aniversario de la Revolución en un teatro conocido, por muchos conceptos memorables. Una gran parte de la misma hueste acompañó al caudillo oriental desde la Sabana de Baraguá hasta los límites occidentales de la isla, marchando á banderas desplegadas por tierras totalmente desconocidas y haciendo retumbar, de uno á otro ámbito del país, la explosión revolucionaria. La rebelión, en un año que contaba de existencia, había arrojado grandes chorros de luz en la senda de los acontecimientos públicos y alumbrado á trechos el camino de lo porvenir; pero quedaban aún varios espacios cubiertos de sombra y de misterio. La Revolución era como un astro que, al seguir su marcada ruta por el firmamento, despedía á intervalos destellos que aclaraban los espacios, y á ratos veíase

obsurecido por las nubes tropelosas que acumulaba el destino airado de la adversidad. Difícil era predecir el término de la discordia, aunque á juzgar por el curso de los sucesos, podía considerarse lejano. Si el esfuerzo del patriotismo había sido grandioso, ejecutándose á los impulsos de ese sentimiento las más arduas empresas y las más brillantes acciones, nunca imaginadas por el opositor, también era de apreciarse el esfuerzo llevado á cabo por el partido español, de cuya altivez no cabía esperar ninguna concesión justiciera ni cambio alguno en los métodos de hostilidad que empleaba contra los insurrectos, planteados con todo el carácter de una guerra sin cuartel desde el momento que se confiaba á un soldado de ferocidad notoria la ejecución de esos designios. Nunca han faltado durante los primeros pasos de las revoluciones advertencias y rasgos de luz que han hecho adivinar el desastre.

La Revolución de Febrero, iniciada por un puñado de hombres y combatida de mancomún por los partidos políticos y la acción constante de las armas, podía ostentar con orgullo los trofeos conquistados en su procelosa marcha. Lo capital de la obra revolucionaria era la enorme extensión de sus efectos, que había ocasionado un trastorno económico en las esferas mercantiles del país con la devastación de la riqueza agrícola, y por el empuje de sus parciales obligado á España á equipar miles de soldados y á gastar inútilmente millonadas de pesos. La lección no podía ser más elocuente ni más instructiva; página grabada por la mano del destino, que mostraba á España lo infructuoso de sus esfuerzos y lo errado de su conducta al volver á caer en los procedimientos utilizados en la otra contienda, de la cual no había sacado provecho en ningún sentido, ni para mantener la paz ni para conducir la guerra.

Las doctrinas de la Revolución, difundidas durante un año por los pregones marciales del clarín y el estrépito incesante de la fusilería, habían penetrado con ardor en las regiones más refractarias al espíritu de libertad y obligado á reconocer sus mandamientos á los más incrédulos y obstinados. Miedosos y perplejos, los que poco antes negaban con arrogancia el empuje de las armas libertadoras, no se atrevían ahora á levantar la voz, porque habían oído muy cerca el tropel de los insurgentes y los estampidos de las descargas. Al conme-

morarse el aniversario del grito de Baire, todo el país estaba perfectamente instruído de la gravedad de los sucesos y contemplaba atónito el vivac de la insurrección.

El mismo día 24 fuerzas de la caballería de Matanzas pusieron cerco al pueblo de Limonar, después de haber tenido un encuentro con el coronel Molina en las inmediaciones de Guanábana. El Cuartel General pernoctó en el ingenio Perla, del valle de Guamacaro; desde allí se despacharon pliegos al brigadier Laeret para que se incorporara al general Máximo Gómez, que iba por el Sur de la provincia. Visitaron el Cuartel General algunos comisionados de la junta revolucionaria de Cárdenas, y el general Maceo autorizó al comandante Carlos Rojas, persona muy influyente en dicha ciudad, para que gestionara cerca del comité la adquisición de armas y demás elementos de guerra. La población de Cárdenas, que se distinguió siempre por su espíritu liberal, dió brillante contingente al ejército cubano.

Al tenerse noticias de que numerosas fuerzas españolas se hallaban en Lagunillas, se adoptaron las medidas del caso para que fuese conocida la dirección del enemigo tan pronto como emprendiera la marcha. Era lógico el supuesto de que se encaminaría hacia nuestro campo en las primeras horas de la mañana. Desde media noche se enviaron patrullas por los caminos de Lagunillas y de Limonar, para que cortaran la vía férrea y salieran al encuentro de cualquier fuerza española que divisaran por aquellos rumbos. Nuestra tropa tomó las armas al amanecer, en la seguridad de que muy pronto entraría en combate. Transcurrió una hora. Los pelotones que habían salido á media noche, anunciaron con un tiroteo muy vivo la proximidad de la columna enemiga, y á juzgar por la intensidad del fuego, era de colegir que las escaramuzas tomarían en breve carácter de acción formal y reñida. Pudo precisarse que la columna avanzaba con resolución por el camino de Lagunillas, y para contenerla en su primer empuje, se situaron en una pequeña altura algunas secciones de la caballería de Matanzas, que hicieron buena puntería sobre el flanco derecho de la división española cuando trataba de tomar nuestra posición, para desde ella batir los muros del batey que servían de parapeto á nuestros tiradores. El centro de la columna

avanzó entonces por el frente, porque la altura inmediata no había sido tomada con la rapidez debida, y durante esa maniobra, muy bien ejecutada, recibió el fuego enfilado de nuestra tropa dirigida por Maceo. Con la celeridad del rayo acudió el General con la caballería de Céspedes á repeler otro avance de los españoles, dejando á Zayas junto á los edificios del ingenio para que defendiera la retirada, y al dar ese rebato, casi se tocó al enemigo con las manos, choque que sólo pudo impedir una zanja pantanosa. Hubo que acudir á las armas de fuego en esa fase de la acción; pero ello dió motivo á que por dos ó tres guardarrayas paralelas, se adelantaran con decisión evidente algunas compañías de la fuerza española, con una vanguardia de guerrilleros, y poco faltó para que no envolvieran á los escuadrones que habían ido á la carga con el acero desnudo. Al reunirse Maceo con la gente de Zayas, se reanudó el combate en el batey del ingenio Julia. Fué indispensable pegarle fuego para interponer firme obstáculo á la ofensiva de los españoles, que seguían con denuedo en pos de nuestra retaguardia. Después de esta reyerta, ventilada, según se ha dicho, en el campo de la Julia, el fuego aminoró paulatinamente por espacio de dos horas; pero el combate se restableció en las alturas de Guamacaro, por la tarde, al tiempo que se incorporaba el regimiento de Cárdenas que nos sirvió de refuerzo para seguir la riña. Eran ya las tres, hora en que se emprendió la retirada definitiva hacia el distrito de Matanzas, mientras la columna española quedaba en los cerros de Guamacaro, sin poder precisar nosotros el rumbo que tomó al terminarse la acción. La jornada fué muy ruda; en ella se peleó con gran ardimiento por ambas partes. El general Maceo, haciendo justicia al jefe que mandaba la columna española, declaró que había dirigido admirablemente la acción y que sus tropas dieron gallarda muestra de marcialidad: el combate de la Perla nos costó 53 soldados (1).

(1) El parte de los españoles fué publicado en estos términos: "El general Prats, que estaba en Jovellanos, al ver que Maceo, no pudiendo pasar al Sur, se dirigía á Cárdenas y atravesaba la línea férrea, cortando el puente de Tosca, avanzó con la infantería mientras desembarcaba la caballería. A los pocos momentos, la vanguardia tuvo fuego con los exploradores enemigos, siguiendo todo el día hasta la noche su persecución. El 25 el mismo Prats dijo desde el ingenio Julia, que salió

Para penetrar en la zona del Yumurí hubimos de vadear el Cañimar, cuyas márgenes ofrecen perspectivas deliciosas. Serpenteando por los flancos de la montaña, el río, allá sonador y azul, deja entrever la proximidad del océano, en donde desagua junto á la bahía de Matanzas. A pesar del cansancio de la excursión, que no convidaba más que al reposo, hubimos de fijarnos en la rara hermosura de aquel paisaje, que, á la diversidad de sus matices, unía las notas profundas del órgano bullidor.

La jornada de este día terminó en Santa Inés, jurisdicción de Matanzas. Como en el día anterior, se levantó el campamento al amanecer, á fin de atravesar en las primeras horas de la mañana la línea férrea de la ciudad á Jovellanos. Por el camino tuvimos confidencias de que algunas fuerzas españolas estaban embosecadas en las cercanías de Ibarra; pero reconocido el terreno, no se advirtió la presencia del enemigo. Siguiendo la marcha, con las precauciones necesarias, al cruzar la segunda línea, entre Guanábana y Cidra, se oyeron los pitazos de un tren, y poco después los españoles rompieron el fuego sobre nuestro flanco derecho; la columna estaba atrincherada en unas cercas de piedras. Desplegadas nuestras fuerzas en la misma línea férrea, se esperó el avance de los espa-

de Lagunillas pasando por Mameyes frente al ingenio Ponce, donde encontró al enemigo, y roto el fuego al desembocar en Valle-Paila, lo avistó en número de 4.000 hombres mandados por Maceo, divididos en tres fracciones. La columna con guerrillas Antequera, María Cristina y escuadrón Santiago avanzó apoyada por la infantería, desalojando al enemigo. Se dieron cargas y se tomaron á la bayoneta los ingenios Perla, Diamante y Julia. Este último empezó á arder, y fué sofocado el fuego por la tropa. El enemigo se retiró con muchos heridos, después del combate, por las lomas de Guamacaro. La columna tuvo heridos el capellán Riera, del Rey, sargento Ponciano Molinet y otros diez y seis heridos leves. El enemigo dejó en el campo 42 muertos y 6 prisioneros y 42 caballos y armamentos. La retirada de Maceo fué á las dos de la tarde, y el general Prats dijo por la noche que había proseguido la persecución adelantando la vanguardia; que tuvo fuego con la retaguardia enemiga, dispersándola y haciéndole tres muertos más y ocupándole 7 caballos”.

Después de haberse publicado este parte, se agregó que la guardia civil había encontrado 72 cadáveres más de insurrectos, en la guardarraya de un cañaveral. Tal hallazgo obscurece, en verdad, el brillo de la acción que dió el general Prats, porque á nadie que conozca la guerra de Cuba se le puede hacer creer que la guardia civil encontrara, nada menos, que 72 muertos tendidos en hilera en unas plantaciones de cañas; la invención es estúpida.

ñoles, pero éstos permanecieron firmes en sus magníficas posiciones, por lo que se dispuso continuar la marcha, y sin otra peripecia hicimos alto en una finca llamada Carmen de Hernández, en la línea divisoria de Matanzas y Habana (1).

Con noticias de que el brigadier Aguirre se encontraba en Cayajabo desde la noche anterior, se despacharon correos para que esperara en aquel lugar el paso de Maceo á la provincia de la Habana. El general Aguirre, que como se ha dicho anteriormente, había desembarcado en Santiago de Cuba en Noviembre de 1895, se encontraba ya al frente de un regimiento de caballería, bien equipado y de aspecto marcial. Fué el general Aguirre en la contienda de 1868 un oficial muy distinguido del arma de caballería; era hijo de la ciudad de la Habana y estaba muy bien relacionado en toda la provincia. En la época de la propaganda separatista, por los años 1893 y 1894, fué adalid incansable, y junto con Sanguily, Enrique Collazo y Juan Gualberto Gómez preparó la rebelión en las comarcas de Occidente, de acuerdo con Martí y los demás centros de actividad que existían en el país. Apercebido el general Calleja de que la revolución estaba al estallar, el 23 de Febrero de 1895 mandó prender á Aguirre en los momentos en que se disponía á ocupar el puesto de antemano designado; permaneció en prisión durante algún tiempo, y al recobrar la libertad marchó para Nueva York, en donde alistó una pequeña expedición que lo trajo nuevamente á las playas de Cuba, junto con otros compañeros expatriados. El ideal militar de Aguirre era combatir en la provincia de la Habana, y todos sus anhelos se cifraban en reunir una brillante tropa de caballería, su arma predilecta, para resarcirse del tiempo que permaneció cautivo: nobles propósitos que vió colmados en breve.

En terrenos del ingenio Cayajabo, Maceo pasó revista el

(1) Entre los partes españoles relativos á las operaciones de Matanzas, en los últimos días de Febrero, hemos dado con el que va á continuación, si bien no podemos precisar si se refiere al encuentro del día 26 en las cercanías de Ibarra: "El teniente coronel Aldea con fuerzas del batallón de Valencia, batió cerca de la Cidra una numerosa partida que venía desde la provincia de Matanzas hacia la Habana, causándole muchas bajas, cogiéndole un prisionero armado y muchos caballos heridos".

día 27 á las tropas del brigadier Aguirre, llenas de ardor y entusiasmo con la presencia del insigne capitán. Después de las expansiones naturales y de los parabienes mutuos, se concertó el plan de operaciones que habría de ponerse en práctica durante la excursión por la provincia de la Habana, y al efecto se trazó el cuadro de marchas de la columna por un período de ocho días. Maceo se proponía hacer la excursión por el Norte de la provincia, aproximándose todo lo más posible á la capital con objeto de llamar la atención de Wéyler y dar tiempo á que el general Gómez volviera de Matanzas. Entre las noticias que comunicó Aguirre sobre el estado de la guerra en la Habana, se señalaban los actos de barbarie cometidos por las tropas de Wéyler en diferentes lugares de la provincia. No sólo estaban comprobados los asesinatos de la loma del Gato, sino otros más recientes é igualmente inexcusables. Además, se cogió un correo de los españoles, y entre las cartas que se examinaron se halló la de un soldado á otro compañero del castillo de San Severino, en la que, del modo más sencillo, pero elocuente, compendiaaba toda la política del nuevo capitán general y sus horrendos procedimientos:—“*Ahora nuestros jefes no se andan con chiquitas; á todo el que encontramos por el campo, le cortamos la cabeza*”.—Impresionado el general Maceo por los terribles sucesos de que fué instruído, y previendo el nuevo sesgo que iba á tomar la guerra, se decidió á escribir una carta al general Wéyler, en la que grabó toda la indignación de su alma, é hizo al mismo tiempo responsable á la jefatura del ejército español de la conducta que podrían adoptar los jefes de las fuerzas cubanas en lo sucesivo, al sentir la necesidad, traída por los lamentos de las víctimas, de aplicar las represalias.

“*Al general español Valeriano Wéyler.*

A pesar de todo cuanto se había publicado por la prensa respecto de usted, jamás quise darle crédito y basar en ella un juicio de su conducta: tal cúmulo de atrocidades, tantos crímenes repugnantes y deshonorosos para cualquier hombre de honor, estimábalos de imposible ejecución en un militar de la elevada categoría de usted. Parecíanme más bien aquellas acusaciones obra de mala fe ó de ruin venganza personal; y creía que usted tendría buen cuidado en dar un solemne mentís á

sus detractores, colocándose á la altura que la caballerosidad exige con sólo adoptar en el trato de los heridos y prisioneros de guerra de este ejército, el sistema generoso seguido desde su comienzo por la Revolución con los heridos y prisioneros españoles. Pero, por desgracia, la dominación española ha de llevar siempre aparejada la infamia; y aunque los yerros y abusos de la pasada guerra parecieron corregirse al comenzar ésta, hoy viene á demostrarse que sólo desconociendo ciertos antecedentes invariables y una tradicional incorregible intransigencia, hubiera podido juzgarse olvidada para siempre, por España, la senda funesta de la ferocidad contra gentes indefensas y de los asesinatos impunes. En mi marcha, durante el actual período de esta campaña, veo con asombro, con horror, cómo se confirma la triste fama de que usted goza y se repiten aquellos hechos reveladores de salvaje ensañamiento. ¡Cómo! ¿Es decir que hasta los vecinos pacíficos—nada digamos de heridos y prisioneros de guerra—han de ser sacrificados á la rabia que dió nombre y celebridad al duque de Alba? ¿Es así como corresponde España, por medio de usted, á la clemencia y benignidad con que nosotros, redentores de este sufrido pueblo, procedemos en idéntico caso? ¿Qué baldón para usted y para España! La tolerancia de incendios de bohíos y asesinatos como los de Nueva Paz y loma del Gato, y otros crímenes aun más repugnantes cometidos por columnas españolas, especialmente las de los coroneles Molina y Vieuña, le hacen á usted reo ante la humanidad entera: el nombre de usted quedará para siempre infamado, y aquí, y fuera de aquí, recordado con asco y horror. Por humanidad, cediendo a impulsos honrados y generosos, a la vez que identificado con el espíritu y tendencias de la revolución, yo jamás tomaré represalias, pero al mismo tiempo preveo que tan abominable conducta por parte de usted y los suyos, provocará en no lejano plazo venganzas particulares, á las que sucumbirán, sin que pueda yo impedirlo, aunque haya de castigarlo, centenares de inocentes. Por esta última razón, puesto que la guerra sólo debe alcanzar á los combatientes y es inhumano hacer sufrir las consecuencias de ella á los demás, invito á usted á que vuelva sobre sus pasos, si se reconoce culpable, ó á que reprima con mano severa aquellos delitos, si es que fueron

cometidos sin su anuencia. En todo caso evite usted que sea derramada una sola gota de sangre fuera del campo de batalla; sea usted clemente con tantos infelices pacíficos, que, obrando así, imitará con honrosa emulación nuestra conducta y nuestros procedimientos.—En campaña, 27 de Febrero de 1896.—**A. Maceo.**

La carta fué entregada al general Aguirre para que le diera curso por medio de un confidente, y nos consta que llegó a manos de Wéyler. Entre otras pruebas, existe el relato de un cronista español que hace referencia á dicho documento.

VII

Santa Amelia

Paso de la línea férrea por Bainoa.—Ocupación de Santa Cruz (29 de Febrero).—El tema estratégico.—Jornada ruidosa.—En Santa Amelia.—Combate de Nazareno (2 de Marzo).—Nuestras tropas pelean con las cananas vacías.—Vuelve Maceo al Norte de la provincia.—Los grandes éxitos de Wéyler.—En la calzada de San José de las Lajas.—Escaramuzas en el ingenio Dolores (4 de Marzo).—Incalificable conducta del general Melguizo.—Camino de Matanzas.

TRAZADO el itinerario por el litoral del norte, á fin de aproximarnos á Campo Florido y Guanabacoa, ocupó el general Aguirre la vanguardia (28 de Febrero). El mismo día, el coronel Roque salió para el territorio de Matanzas con objeto de unirse al general Lacret. Se le dieron instrucciones concretas acerca del camino que debía seguir en su marcha retrógrada, á fin de despistar durante cuatro ó cinco días á los españoles que operaban por aquel radio; el tiempo que Maceo necesitaba para caer sobre cualquier población de la Habana y desconcertar de esa manera á la jefatura del ejército español, la que, por todos los indicios, creía á Maceo internado en la provincia de Matanzas, por la parte de Manjuarí. Pero era casi seguro que tendríamos choques, más ó menos reñidos, al cruzar las líneas férreas de Güines y Matanzas, puesto que los trenes circulaban con regularidad, dedicados casi exclusivamente al transporte de tropas. El paso por la primera línea se efectuó sin tropiezo; la otra, ó sea la de Regla á Matanzas, en el tramo de Bainoa á Aguacate, estaba ocupada por un tren militar, que fué auxiliado por tres más, á los pocos momentos. Desde los carros blindados, el enemigo, por medio de nutridas descargas, trató de interrumpir el paso á nuestra columna; sin embargo, se efectuó el cruce fraccionando nuestra división en tres brazos: dos de ellos, atravesaron

por el centro, entre los dos blindados y la otra fracción, mientras el fuego arreciaba por aquel lado, se escurrió por la extremidad opuesta. El convoy de los españoles había establecido el contacto en aquellos momentos, y el fuego de la tropa, como es consiguiente, se dirigía en su totalidad contra las dos primeras fracciones que cruzaron la línea. Tuvimos once bajas: los españoles no perdieron un solo hombre.

Salvada esta línea, la más peligrosa, por ser la que une directamente las ciudades de la Habana y Matanzas, no quedaba ya en la marcha de este día ninguna otra vía que cruzar; nuestra columna tomó el camino de Canasí, sin hacer otra parada que la de la noche, en una finca nombrada Senmanat. El general Aguirre, que dirigía la marcha de la columna (29 de Febrero), salió con la vanguardia hacia Jibacoa, para reconocer el pueblo de Santa Cruz del Norte, situado en el litoral, y proceder al desarme del destacamento que defendía la población. El general Maceo, después de los informes que le dió Aguirre, dispuso la entrada en la localidad á tambor batiente; pero una vez dentro del caserío, y mientras adelantaban las fuerzas hacia la ribera, surgió de improviso, ante nosotros, una valla infranqueable: un reducto, hecho de cantos, muy bien construído, y emplazado sobre un promontorio, junto al mar. El destacamento estaba pronto á la defensa. Se le envió un mensaje al jefe del fuerte para que evitara las consecuencias del ataque, con la rendición de las armas: aquél, después de algunos momentos de consulta con sus subordinados, salió á parlamentar con el general Maceo para exponerle las condiciones bajo las cuales se haría la entrega del fortín; pero, en tanto esto sucedía, nuestra tropa se fué aproximando al reducto, la mayor parte á caballo, como si fuera un abrevadero hallado al azar, y saltando al interior del fuerte, desde el mismo caballo, desarmó en un santiamén á los voluntarios que lo guarnecían y que apenas se dieron razón del despojo. Entre los defensores de Santa Cruz capturados en el fuerte, se hallaban veinte milicianos del país, blancos y negros, y al ser presentados por el jefe de Estado Mayor al general Maceo, éste se llenó de indignación al extremo de que hubiera autorizado el fusilamiento en masa de aquellos soldados mercena-

rios, si el jefe de Estado Mayor no le hubiese advertido que los había indultado al penetrar en el fuerte (1).

A nuestra salida de Santa Cruz se hizo rumbo al ingenio Jiquiabo, con objeto de adquirir noticias de las fuerzas españolas que operaban en la zona de Campo Florido, é indagar si la línea férrea de la Habana á Matanzas, entre San Miguel y Campo Florido, estaba ó no defendida.

Maceo se propuso hacer una excursión ruidosa, sensacional; que la alarma llegara á la villa de Guanabacoa, y por lo tanto, á la ciudad de la Habana, á fin de que Wéyler reconociera oficialmente la proximidad del núcleo insurrecto mandado por Maceo, á quien el ejército español suponía por la Ciénaga de Zapata buscando salida por cualquier pantano. La prensa militar de la Habana condensaba los sucesos, de esta manera: "Las partidas gruesas de Maceo y Gómez, que pretendieron pasar á Las Villas, han tenido que separarse, corriendo de un lado para otro, en la dirección que las columnas las empujaban. De derrota en derrota, sin dejarles parar en punto alguno, el ejército las trae y lleva desorganizadas y maltrechas. Al pasar á Las Villas empujadas por la persecución de nuestras tropas, enfrentaron con las columnas de Pando y Arolas, y hubieron de retroceder en cuadrillas, fraccionadas y dispersas, para mejor evitar el total desastre." Al saberse de un modo fidedigno que Maceo, en lugar de encaminarse al departamento central, había sorprendido la guarnición de Santa Cruz del Norte, y que situaba sus avanzadas en las cercanías de Guanabacoa, los periódicos profesionales cambiaron á la inversa el tema estratégico, atribuyendo la presencia de Maceo en las barriadas de la capital á la batida eficaz de las columnas perseguidoras. La incongruencia de la argumentación salta á la vista, pero guarda perfecta analogía con la desatinada dirección de la campaña.

(1) El boletín español decía así: "En las inmediaciones de Jibacoa, el día primero de Marzo (fué el 29 de Febrero) el sargento de Santa Cruz fué intimidado á rendición. Llamado por el cabecilla Maceo para tratar de las condiciones, obligándose á no hacer daño, el sargento tuvo la debilidad de salir. Las fuerzas insurrectas, faltando á las promesas, rodearon el fuerte y cogieron las armas, dejando á los voluntarios en libertad. El comandante militar de Jibacoa condena la conducta del sargento á quien instruye sumario".

La jornada ruidosa del día primero de Marzo comenzó en la línea férrea de Regla á Matanzas, entre Campo Florido y Minas, con la destrucción de un tramo de la vía y el tiroteo de un tren que conducía tropas. Marchando nuestra columna por la misma línea, fué hostilizado otro convoy, y casi simultáneamente nuestros escuadrones de vanguardia y los que cubrían el flanco izquierdo, hicieron acto de presencia en los caseríos de Tumba-Cuatro, Peñalver, Santa María del Rosario y extramuros de Guanabacoa. El estado mayor del ejército español tuvo, pues, que aceptar las correrías de Maceo por los alrededores de la Habana, confesando públicamente que el tren de pasajeros de Matanzas fué tiroteado por avanzadas insurrectas en las inmediaciones de Campo Florido, y que una fuerza de la guardia civil, que iba en el carro blindado de otro tren explorador, repelió el fuego de la caballería de Maceo; que á eso de las tres de la tarde apareció una avanzada insurrecta por el camino de Minas, á la vista de Guanabacoa; que otra partida requisó caballos é hizo saco en Santa María del Rosario; que asimismo se destruyeron gran número de postes de las líneas telegráficas y telefónicas de Minas, Campo Florido y Bacuranao; que otro tren de viajeros fué tiroteado al salir de Campo Florido, el cual tuvo que retroceder, por estar levantados los rieles; que los fuertes de Guanabacoa fueron hostilizados por la noche, y por último, que cerca del Rincón, en diferentes tramos, arrancaron alambres y postes de la línea telegráfica; que operación análoga se ejecutó entre el Rincón y San Felipe, y que fueron tiroteados los fortines de Bejucal.

El Cuartel general se situó en el ingenio Santa Amelia, después de haber realizado con éxito la ruidosa excursión en la que se empleó todo el día y parte de la noche. Otra vez nos encontramos en el centro de la provincia, y en la misma zona que fué ocupada por el general Maceo pocos días antes de la jornada de Moralitos (18 y 19 de Febrero). La misma noche fueron apresados algunos vehículos que transitaban de Cuatro Caminos á San José de las Lajas; por los pasajeros, se indagó que en este último lugar pernoctaba la columna de Aldecoa, y por noticias confidenciales, que otra, al mando del coronel Tort, se encontraba á la caída de la tarde en las cer-

canías de Managua. Era, pues, inminente un combate dentro de pocas horas (1).

Por el mayordomo del ingenio Santa Amelia, á quien se confió la vigilancia de San José de las Lajas, se supo, mucho antes de aclarar, que la columna de Aldecoa había tomado las armas y emprendía camino, aunque sin poder precisar si llevaba la dirección de Santa Amelia. El general Maceo mandó á tocar llamada al quebrar la aurora, y organizada la columna en son de marcha, se dirigió al pueblo de Nazareno. Pene-tramos en el caserío, y sin haber obtenido noticias concretas sobre la columna de Aldecoa, después de una corta permanencia en él, se enviaron exploradores por todos los contornos. Pero Maceo, que tenía el propósito de trabar combate con la primera fuerza enemiga que operase en el término, dispuso que la impedimenta adelantara camino hacia Río Bayamo escol-tada por algunas fuerzas. Volvimos á cruzar por el caserío, y en estos momentos se divisó la vanguardia de una columna española, probablemente la de Aldecoa, puesto que traía la dirección de San José de las Lajas. Con ímpetu extraordinario la atacó la caballería de Céspedes, cogiéndola casi de sorpresa, sin duda porque el jefe de los españoles creyó encontrar-nos en las inmediaciones de Santa Amelia, y no en Nazareno. Después de la primera acometida, la columna de Aldecoa se posesionó de las colinas inmediatas, y abrió el fuego de fusilería y cañón, en tanto el regimiento Céspedes mantenía la hostilidad por el flanco derecho desde unos sembrados de piñas y otros parapetos: algunos oficiales llegaron á disparar sus revólvers. Reforzaron el flanco izquierdo la caballería de la Habana y el regimiento Las Villas, porque hacia este lado pa-recía correrse el grueso del enemigo, tal vez con el intento de envolver nuestras posiciones. La escolta del general Maceo guardaba el centro, dominando el camino de Río Bayamo. El combate se generalizó bajo el ardimiento de los nuestros, que disparaban á quemarropa, y el fuego estrepitoso del enemigo que seguía utilizando la metralla al compás de la fusilería. Dos

(1) Entre los pasajeros que iban en las tartanas de San José y que fueron conducidos á presencia del general Maceo, se hallaba un sacerdote muy joven, que dijo llamarse González Estrada. En la actualidad es obispo de esta diócesis.

ó tres escuadrones de la brigada de Aldecoa trataron de apoyar el movimiento envolvente, aunque sin resultado, porque nuestra gente dominaba el campo y se sentía muy belicosa desde los comienzos de la acción. La montaña allí es agria, escasa de vegetación, y casi todo el terreno está obstruido por vallados de plantas silvestres y márgenes de cascajo; la superficie, de color blanqueco, permitía divisar perfectamente las masas enemigas y precisar casi todos sus movimientos tácticos. El fuego se mantuvo muy nutrido por espacio de una hora; y ya en la imposibilidad de sostener por más tiempo nuestras posiciones, pues el caserío era punto de apoyo de los españoles, y por otra parte, acudían también refuerzos por el camino de Lechuga, se tocó retirada, dejando únicamente en la colina de Nazareno el retén necesario para que continuara la agresión en aquel lugar, y sirviera de avanzada en el caso de que los españoles reanudaran el combate por nuestra huella. En Río Bayamo, dos horas más tarde, se trabó pelea con la misma brigada de Aldecoa, reforzada probablemente con la otra columna que se le unió en las inmediaciones de Nazareno; pero esta acción careció de interés, porque las fuerzas españolas no acometieron con vigor; su vanguardia únicamente cambió algunos tiros con nuestras avanzadas, y la artillería hizo el gasto superfluo. El fuego de los españoles, que fué muy violento y nutrido en la acción de Nazareno, sólo nos ocasionó 16 bajas.

Sobre el combate de Nazareno publicaron los españoles el siguiente parte: "El general Aldecoa participó que á las seis de la mañana había salido de San José de las Lajas, sabiendo que estaba Maceo entre Managua y Nazareno, con varias partidas. Al llegar á las lomas próximas á Nazareno encontró un fuerte grupo de mil á mil quinientos hombres que ocupaba alturas y bohíos alrededor del pueblo, ocupado por Maceo con el resto de su partida. Roto el fuego de cañón y fusilería, se le tomaron las posiciones. El coronel Maroto con tres escuadrones apoyó por la derecha el movimiento envolvente, cooperando á precipitar la fuga del enemigo, que abandonando el pueblo y las posiciones, fueron tomados por una compañía del batallón de España. Los rebeldes se retiraron desordenadamente en varias direcciones, siguiendo la columna el rastro prin-

eipal. Al llegar al potrero Porvenir, divisó el que estaba acampado en Bayamo, donde no se detuvo, siguiendo á las lomas del Navío. La columna lo cañoneó allí. Las bajas nuestras: el teniente de Mallorca, Francisco Asenjo, muerto; 4 heridos de Mallorca, el práctico de caballería y tres contusos de tropa, cuatro caballos y dos mulos de artillería muertos. El enemigo dejó un muerto y 16 caballos muertos, retirando muchos muertos y heridos cruzados en los caballos. En los caseríos por donde pasaron curaron algunos. Se le cogieron además 10 caballos con monturas, tres armamentos, varios machetes y muchas cápsulas. El teniente coronel de Mallorca se dislocó un brazo al caer del caballo.”

Otro parte: “El teniente coronel de San Fernando, señor Moreno, encargado accidentalmente de la columna Linares, salió cumpliendo órdenes del Estado Mayor General, desde San Antonio de las Vegas, á las cinco de la madrugada del día dos para seguir el rastro de la partida de Castillo que iba á reconcentrarse en Managua con otra. Se dirigió la columna hacia ese punto, y en Ceibón lo encontró, causándole seis heridos. Lo persiguió, batiéndolo por espacio de legua y media, causándole ocho muertos, numerosos heridos, según los sitios, y muchos caballos muertos y heridos, cogiéndoles varias armas, muchas municiones y 25 caballos y víveres y efectos de muchas clases. La columna sólo tuvo un sargento y dos caballos heridos. En el momento en que terminaba el fuego, recibió la orden del Cuartel General de que siguiese el rastro de Maceo; reconoció el ingenio Santa Amelia, y encontró á la columna salida de la Habana al mando del coronel Figueroa, combinando operación inmediatamente las dos. La de San Fernando retrocedió, batiéndolo en las Guásimas.”

Era de presumir que las columnas españolas se dirigieran hacia Güines con objeto de obstruir el paso de Maceo por aquella línea, bajo el supuesto de que las fuerzas insurrectas tratarían de cruzar la vía férrea para encaminarse al sudeste de la provincia. Nuestro itinerario, después de la acción de Río Bayamo, fué realmente el supuesto por el enemigo hasta la misma jurisdicción de Güines, mas no para seguir hacia el Sur, huyéndole á los batallones de Wéyler, sino para retornar al centro de la Habana. Poco antes de acampar en una

finca llamada Ponce, se dispuso que los regimientos Villas y Cárdenas se encaminaran á la provincia de Matanzas y se unieran al general Laeret hasta nueva orden. Con dichos regimientos, que emprendieron la ruta sin dilación, marchó casi toda la impedimenta, porque era precaria la situación de nuestra tropa en lo que respecta á municiones de guerra. Hasta entonces nuestras fuerzas se habían pertrechado de los destacamentos enemigos, en los pueblos del tránsito, en los caseríos, en las fincas azucareras, y alguna que otra vez en las mismas mochilas de los soldados españoles, al serles arrebatadas de las espaldas con los demás utensilios del equipo; la repetición de los combates, empeñados casi siempre contra fuerzas enemigas muy numerosas, habían dejado poco menos que vacías las cananas de nuestros soldados; y casi diariamente se daba el espectáculo desconsolador de que dos y tres escuadrones, al encararse con el enemigo, hicieran simulacros de pelea sin disparar un solo tiro. En el tiempo que contábamos de campaña en el teatro de Occidente, ó sea desde los últimos días del año 1895, hasta los que ahora relatamos (principios de Marzo de 1896), no habíamos recibido un sólo cartucho del extranjero; las municiones se lograron á pulso, luchando á brazo partido con el adversario, puesto que aun en los casos de haber capitulado las guarniciones de algunos caseríos, la hostilidad hubo que intentarla por nuestra parte. Teníamos noticias de que en breve llegarían expediciones de armas y pertrechos; este rumor se acentuaba de día en día, pero el viento del mar, de cualquier lado que soplara, no era portador de ninguna vela amiga.

Vuelve Maceo hacia el norte de la provincia (el día 3 de Marzo), para situarse otra vez en San José de las Lajas, con lo cual demostraría á Wéyler lo erróneo de sus cálculos al reconcentrar algunos batallones sobre la línea de Güines, con el objeto de empujar á Maceo hacia la Ciénaga y probar á los profanos, por medio de boletines retóricos, que por efecto de las acertadas combinaciones del estado mayor general, batido y desconcertado el insurrecto, iba esta vez, indefectiblemente, á buscar refugio en la inhospitalaria península de Zapata. Esta vez, decimos nosotros, el estado mayor general daba por un hecho incuestionable que Maceo no volvería á cruzar la

carretera de San José, por cuanto todas las columnas que contribuyeron á la eficaz combinación de Nazareno se dirigían hacia la línea de Güines. Muy pronto el general Wéyler, al ser instruído de que Maceo se hallaba en el mismo lugar de la batida última, ó sea el punto en que la combinación estratégica había desarrollado todos los agentes de su actividad, tendría que apelar á otras invenciones para mantener el artificio de inmediata pacificación cerca del gabinete canovista y de la prensa matritense, que ya conocía al dedillo los mapas del departamento Occidental; que en lo que respecta á la opinión pública de la isla no tenía que forzar la argumentación para obtener de ella el más servil y constante de los homenajes. La opinión pública no existía: toda la prensa, á coro, tributaba á Wéyler, diariamente, las más hiperbólicas alabanzas: auditorio sin conciencia, sin espíritu de crítica, sin dignidad y sin pudor, aceptaba todas las victorias imaginarias de que daba cuenta la capitanía general, y pregonábalas ruidosamente por las calles de la Habana, para regocijo de los elementos leales y sonrojo de los laborantes ocultos. Los pregones de esta prensa servil eran siempre los mismos: "el general Wéyler ha sido objeto de grandes consideraciones; los éxitos de la rebelión han sido los de siempre: destruir, asesinar, robar. Es objeto de grandes celebraciones la inteligencia con que procede el estado mayor y la actividad del ilustre general en jefe y de los generales Ochoando y Arolas, cuya actividad y pericia se consideran insuperables" (1).

En la excursión del día 3 volvimos al lugar del último combate (Nazareno), tocando en Santa Amelia para adquirir informes más exactos de las columnas españolas que tomaron parte en la acción del día anterior; se comprobó que, además de la brigada Aldecoa, estaba la columna de Linares, mandada por otro jefe, y que en Santa Amelia se le unió otro regi-

(1) El general Arolas vino á Cuba precedido de la fama de republicano austero, y de militar competente y valeroso. La austeridad de su republicanismo se trocó, como es notorio, en baja adoración á la monarquía; y en cuanto á su marcialidad, sólo hemos de decir que jamás se encaró con el enemigo durante el tiempo en que mandó fuerzas en operaciones, porque el único tiroteo que oyó de los insurrectos fué en el ataque que dió Maceo al Cuartel General de Artemisa, la noche del 22 de Octubre de 1896.

miento al mando del coronel Figueroa; asimismo tuvimos noticias de que operaban por la carretera de San José de las Lajas las columnas del coronel Tort y del general Melguizo, ésta, por las inmediaciones de Casiguas. Reanudada la marcha, desde Santa Amelia, volvimos á ocupar la calzada, entre Cuatro Caminos y el ingenio Portugaleta. Dos escuadrones de caballería de la Habana sostuvieron escaramuzas con una columna española, que probablemente había salido de Managua y se encaminaba á San José de las Lajas. En previsión de que la columna española quisiera aprovechar la tarde, se reforzaron los escuadrones de Aguirre con otros elementos de caballería; pero los españoles se mantuvieron en sus posiciones sin avanzar un solo paso, y acamparon en Santa Amelia al ponerse el sol. Maceo pernoctó en San Rafael, término de Güines.

Tenía el propósito Maceo de entrar en la provincia de Matanzas por la comarca de Madruga para dejar allí las fuerzas del general Aguirre, y en una ó dos jornadas unirse á Laeret. En la marcha del día siguiente (4 de Marzo) hubo que atravesar la línea férrea de Güines al Empalme, que pasa antes por Catalina, Sabana de Robles y Xenes. Durante la mañana no tuvimos el menor tropiezo. Se hizo alto en la finca Dolores, propiedad de los señores Delgado, súbditos americanos. Muy cerca de dos horas permanecemos en este lugar en afable conversación con los dueños de la finca, los cuales se hallaban bien ajenos de las tropelías de que iban á ser víctimas por parte de los españoles. Las patrullas que salieron á reconocer la Sabana de Robles se enredaron con la vanguardia de una columna. A los disparos que sonaban cerca del Cuartel general, se desplegó nuestra gente junto á los vallados, en los lindes mismos de la hacienda Dolores. Pero el enemigo se afirmó detrás de unas cercas, donde se mantuvo ileso. La caballería de Oriente y la escolta del Cuartel general flanquearon la posición que ocupaba el ala derecha de los españoles, y sostuvieron ligeras escaramuzas. El campo no brindaba condiciones para que pudiera maniobrar la caballería; se tocó retirada. Al atravesar la línea de Güines al Empalme, entre la Catalina y Sabana de Robles, fué hostilizada una máquina exploradora. Pernoctamos en Bayón, al pie de Madruga.

Inspira horror la sangrienta ejecución que autorizó el general Melguizo al ocupar el campo de Dolores; tanto más cuanto que ese militar, despojado de todo sentimiento honrado, comunicó á la capitania general que había batido á Maceo en el ingenio Morales *¡causándole veinte muertos!* He aquí los pormenores del suceso. El general Melguizo tan pronto se enseñoreó del campo, destacó su vanguardia hacia la finca Dolores con el objeto de practicar un reconocimiento minucioso sobre el terreno del gran debate, para lo cual comisionó á un subalterno de su confianza, llamado Villanueva, que mandaba el escuadrón de voluntarios de Jaruco, integrista él, de legítima cepa, y hombre feroz. Villanueva penetró en el batey de la finca Dolores con fiero ademán, y al encararse con el doctor Gregorio Delgado, que se hallaba en la puerta de la casa de vivienda, preguntóle á gritos que por qué huía: contestóle el respetable anciano que él no huía, sino que por el contrario, deseaba saber cuáles eran los deseos del señor capitán. Fijándose entonces el Villanueva en un grupo de campesinos que se hallaba inmediato, increpó más duramente al doctor Delgado, y éste hubo de explicarle que aquel grupo estaba compuesto de su hijo y de varios colonos de la finca, los cuales, como era evidente, se ocupaban en las faenas propias de la labranza: quitarle los aperos á una yunta de bueyes. No entendió de razones el colérico capitán, que tenía instrucciones de su jefe, y acto continuo se los llevó á todos, á los señores Delgado, á siete trabajadores, entre ellos dos niños, y además tres mujeres. Al ponerlos en línea, el señor Delgado (hijo) hizo presente al capitán que su padre era un hombre entrado en años, y asimismo que aquellas tres mujeres se ocupaban en el servicio interior de la casa; el capitán se dejó convencer y quitó de la cuerda á esas cuatro personas. Con las restantes, esto es, con el doctor Delgado y los siete colonos, se encaminó hacia donde estaba el jefe de la columna, el general Melguizo, que se hallaba á caballo rodeado de su estado mayor y con la tropa alineada. Llegado á presencia del general Melguizo, le dijo el capitán Villanueva: *Mi General, aquí están los prisioneros.* El señor Delgado, lo más respetuoso, manifestó al general Melguizo que ellos no eran prisioneros, puesto que no pertenecían á ninguna fuerza, sino que él era el hijo

del dueño de la finca, y los demás eran trabajadores de la misma; pero como adujese su condición de súbdito americano y le exhibiese los documentos que así lo acreditaban, el jefe español, montando en cólera, y precedido de unas cuantas interjecciones de cuartel, apeló al insulto de obra, restregándole al señor Delgado por el rostro su pasaporte de ciudadanía, y agregando: *Lo mismo que le fusiló á usted, fusiló al cónsul americano y al propio presidente de los Estados Unidos, ¡canallas!* También la tropa, al ejemplo de su jefe, regaló contumelias á los prisioneros. El general Melguizo puso en marcha la columna y ordenó que los presos quedaran á retaguardia. Villanueva pidió entonces una jáquima; las ocho víctimas fueron amarradas codo con codo, y poco después, junto á una cerca de piedras, se preparó la ejecución. Dos niños hermanos, de apellido Guerra, uno de doce años y el otro de catorce, prorrumpieron en gritos lastimeros; además, había un anciano llamado Ignacio Pino, el cual impetró misericordia. No hubo perdón; Melguizo había dado instrucciones al capitán Villanueva, y á una señal de éste, el pelotón los arcabuceó á boca de jarro, y cayeron los ocho infelices, que fueron rematados á tiros y á machetazos. El señor Delgado recibió tres balazos y le infirieron dos machetazos, uno en la sien y otro en el cuello. De esta horrenda ejecución, cuyos detalles conocemos al pie de la letra, los cuales se comprobaron en un sumario, salió con vida milagrosamente, para ser sin duda el vengador de la inocencia inmolada á las furias de Melguizo, el señor Delgado. Fué recogido por su propio padre, y ya en salvo, se inició el proceso á petición del cónsul de los Estados Unidos (1).

(1) Al señor Delgado, en medio de su infortunio, le cupo la suerte de venir á Cuba con el ejército norteamericano, á las inmediatas órdenes del heroico coronel Roosevelt, y tuvo la satisfacción de curar el primer herido de las tropas americanas, en tanto el general Melguizo se hallaba en Madrid paseando su valentía y diciendo públicamente que él pegaba muy duro á los "tocineros de Chicago"; pero no trató de probar su arrogancia volviendo á los campos de Cuba, en donde se le ofrecía magnífica oportunidad de fusilar á los americanos auténticos y al mismo que había de ser Presidente de los Estados Unidos. ¡Qué caro pagó España las fanfarronadas de los Melguizo! El sicario de Melguizo, capitán Villanueva, fué muerto por las tropas cubanas del coronel Montero: murió á manos del teniente Emilio Jiménez en el mismo caserío de Jibacoa, centro de operaciones del sanguinario guerrillero.

Nuestro campamento en la noche del 4 de Marzo, estaba situado en las inmediaciones de Madruga, población de alguna importancia, que tiene comunicación con la línea férrea por medio de un ramal que parte de Sabana de Robles. Madruga tenía fuerte guarnición y era centro de operaciones en aquella época, porque además de sus defensas naturales, ocupaba casi el centro de un semicírculo formado por las líneas férreas de Güines á Matanzas, por San Nicolás, las Vegas y los Palos; y la otra, que parte también de Güines y entra en Matanzas por el Empalme. Los trenes no cesaron de andar durante toda la noche. Antes de romper el día se enviaron destacamentos sobre la plaza de Madruga. La tropa española no salió de sus cuarteles.

Estando ya Maceo en las cercanías de Matanzas, á donde se proponía llegar en la jornada del día cinco, despachó al brigadier Aguirre, nombrado jefe en comisión de la división de la Habana, á quien se dieron instrucciones acerca de las operaciones que habría de realizar durante la excursión de la columna de Maceo por la provincia de Matanzas. Al tiempo de despedirse el general Aguirre, se incorporaron al Cuartel General los dos escuadrones de caballería de Pinar del Río, al mando de los tenientes coroneles González Clavell y Bacallao, que habían quedado después del combate de Moralitos en las inmediaciones de Catalina de Güines, para que contuvieran el avance de las columnas enemigas; aquella noche esos escuadrones no pudieron incorporarse y se unieron á la brigada de infantería que mandaba el coronel Pedro Díaz. Es digno de mención el esfuerzo que hizo esta bizarra tropa para llegar al cuartel general de Maceo desde la zona de San Felipe, Sur de la provincia, hacia donde se encaminó al terminarse el combate de Moralitos; objeto de tenaz persecución al atravesar la comarca de Santiago de las Vegas, por donde se abrió paso con admirable marcialidad, y marchando después por el centro de la provincia hasta su incorporación al cuartel general. Las fuerzas de infantería quedaron en la zona de Batabanó.

Durante la marcha del día 5 la columna de Maceo no tuvo qué registrar ningún hecho de armas; pero se oyeron descar-

gas de fusilería en distintas direcciones. Más tarde se supo que era la columna de Molina contra las fuerzas que mandaba Cuervo en la zona de los Palos (1).

(1) "El coronel Molina (dice el parte español), que desde los Palos reconoció hasta Madruga, tuvo fuego en el sitio llamado Varela el día 5 por la tarde con varias partidas, obligándolas á variar de rumbo y á tomar la dirección de Mogote en Matanzas. A una legua del ingenio Cayajabos recibió orden del general en jefe de perseguir á Maceo, dejando rastro de partidas de Sanguily, Cuervo y otros que había batido en Varela, con grandes bajas al enemigo".

VIII

Río de Auras

En la Zona de Corral Falso.—El general Lacret: su nacimiento, su vida, su carácter, sus virtudes militares.—El campamento de Saratoga.—Reñido combate de Diana (7 de Marzo).—Jornada de Río de Auras (8 de Marzo).—Nuestra impedimenta.—Paso por la línea de Sabanilla.—El campamento de Galeón.—Llegada del general Máximo Gómez.—Memorable excursión de este caudillo.—Muerte de Angel Guerra.—La infantería oriental en Sagua la Grande.—Acciones de Olayita y el Mamey.—Despedida de Gómez y Maceo.

VOLVIMOS otra vez á la provincia de Matanzas, en esta ocasión por los cerros del Purgatorio, á fin de acortar la distancia que nos separaba del general Lacret, que operaba á la sazón en el distrito de Corral Falso. Nuestro campamento en la noche del cinco de Marzo, quedó situado en el ingenio Magdalena, entre Ceiba Mocha y Cabezas; teníamos que cruzar el ramal ferroviario que enlaza la estación de Guánabana con Unión de Reyes, defendido por numerosas fuerzas españolas, y necesitándose el concurso de toda la caballería que operaba en Matanzas, se despacharon pliegos urgentes al brigadier Lacret, al coronel Roque y á los tenientes coroneles Cárdenas y Acevedo por ser éstas las fuerzas que se encontraban más próximas al Cuartel General en la noche citada, porque era de suponerse que los escuadrones de Zayas y de Silverio Sánchez estarían ya incorporados á Lacret.

Se tocó marcha muy temprano para cruzar sin dilación la línea férrea, paso que se efectuó entre Sabanilla y Cidra, bajo el tiroteo de los carros blindados de un tren que exploraba la vía; nuestra retaguardia hubo de contestar con mayor viveza á la agresión de los españoles, porque en los momentos en que cogía el declive, para verificar el cruce por debajo del puente, el tren blindado paró la marcha en una de las cabezas

del viaducto, y apretó el fuego. Poco después, la misma retaguardia soportó el ataque de otra columna en las cercanías del ingenio *Acana*; pero la caballería de Oriente y los escuadrones de Pinar del Río, que acudieron con prontitud, repelieron la acometida. El enemigo moderó sus ímpetus y no pretendió seguirnos por el rastro. A las dos de la tarde estábamos ya acampados en el ingenio *Saratoga*, en donde tuvimos noticias fidedignas de que el general *Lacret* se encontraba á media jornada, en la zona de *Corral Falso* (1).

El historiador de las guerras de Cuba, si quiere llenar cumplidamente su cometido, no puede pasar por alto la figura del patriota ejemplar que en vida se llamó *José Lacret*, en atención á que sus hechos militares y sus acciones generosas revisten el sello especial de un carácter superior, porque si era soldado intrépido y leal, era también hombre de sentimientos nobilísimos, dadivoso, caritativo hasta el exceso, cualidades que parecen estar reñidas con la vida ruda del campamento. En el general *Lacret* el valor extraordinario de su corazón guardaba analogía con la bondad de su alma ¡contraste sigular! y si era hombre para acometer la empresa más arriesgada, era incapaz de repeler la súplica del más feroz enemigo en cualquier lance de la pelea. No conocía el miedo, pero ni tampoco el valor de las acciones interesadas; era ardiente en el combate, y ardoroso en el ejercicio de la caridad; hombre capaz de asaltar una trinchera formidable y despojarse en seguida de lo que poseyera para remediar al vencido. Se llenaría un libro con los episodios de este patriota, campeón y filántropo á la vez, en el que se verían mezclados hechos ilustres de la vida guerrera, con

(1) La Capitanía General publicó el siguiente parte: "Las columnas de los batallones de Valencia y Murcia, batieron el día 4 á las fuerzas de Antonio Maceo, compuestas de unos 6,000 hombres en terrenos del ingenio *Saratoga*, por la *Cidra* y *Sabanilla*, *Matanzas*. La escolta del tren, 25 hombres, contestó á la agresión causando 3 muertos y heridos á los rebeldes".

Para que todo sea inexacto en el boletín oficial del ejército español se trastornan hasta las fechas de los sucesos. Probablemente no se fijaron en que el año 1896 era bisiesto, puesto que en los partes de las diferentes acciones que se ventilaron en *Matanzas* durante el mes de *Marzo* se incurrir en el error de darlas por efectuadas en fecha distinta de la real y verdadera. Algunos cronistas cubanos, al publicar efemérides de aquella época, han cometido igual anacronismo: han dejado sin vida el 29 de *Febrero*.

páginas intensamente piadosas. Este hombre, de tan raras cualidades, sólo levantaba la voz ante el fuerte para defender á los humildes.

Laeret nació en Hongolosongo, en un cafetal de la montaña del Cobre, y para que desde los primeros años de su juventud todo en él obedeciera á un destino prodigioso, fué fusilado, junto con otro compañero, en las gradas del Santuario del Cobre; escapó de la mortífera descarga, con un pie hecho trizas. Logró salvar la vida por la influencia de su padre, que era hombre adinerado, el cual obtuvo el rescate de su hijo, y lo envió al extranjero para que curase de la horrenda lesión ocasionada por los fusilazos de los españoles. No pudo sanar de la herida, ni mucho menos, y en la primera oportunidad volvió al campo de la lucha para militar en las filas del ejército revolucionario. Cuando la deposición del Presidente Céspedes, á quien el gobierno de Cuba libre trató con rigor inusitado, Laeret, que ejercía las funciones de Prefecto de Guaninao, cerca del lugar en que el ilustre patricio de Yara terminó sus días de una manera trágica, guardó siempre toda clase de miramientos al esclarecido ciudadano, y protestó, más de una vez, con energía, contra las humillaciones de que era objeto por parte de los implacables perseguidores. Céspedes era entonces un cautivo del poder airado, y por eso Laeret tuvo frases muy acerbas para el alto tribunal que había enjuiciado al primer magistrado de la República, y no consintió jamás que dejarán de guardársele los honores de prisionero ilustre. Fué Laeret uno de los últimos edecanes del general Antonio Maceo, tomó parte en la protesta de Baraguá que formuló el caudillo en presencia de Martínez Campos, y con Maceo y Ríus Rivera salió de la Isla cuando el gobierno provisional, que presidía Manuel Calvar, les comisionó para que buscaran recursos en el extranjero. Poco tiempo después volvió á Cuba completamente desesperanzado, siendo portador de pliegos del general Maceo y del brigadier Ríus, para dar cuenta al gobierno provisional del espectáculo desconsolador de que había sido testigo en la peregrinación por la isla de Jamaica. Obtuvieron, por junto, siete chelines, y una recluta de siete hombres...! Martínez Campos dijo en San Luis (Oriente), que la suscripción monetaria la había encabezado un emisario del gobierno

español. Terminada la lucha de las armas con el pacto del Zanjón y los ilusorios subsidios que se obtuvieron de los patriotas de Kingston, Lacret se estableció en la Habana para dedicarse á negocios mercantiles. Logró alguna fortuna, pero en sus manos desaparecía rápidamente. El sesgo de los negocios lo llevó á Madrid por una temporada; en la Corte se hizo célebre por su desmedida generosidad. Volvió á Cuba, y después de varias alternativas de fortuna y miseria, en la época de la conspiración tomó parte activa en la trama, aunque sin guardar la actitud sigilosa que exigían las circunstancias, y poco faltó para que las autoridades españolas no lo pusieran á recaudo en el mes de Octubre de 1894, en que salió para Santiago de Cuba y se puso al frente de algunos parciales en las cercanías del Cobre. Abortó el movimiento; Lacret, muy vigilado, permaneció en la capital de la Isla hasta que estalló la insurrección de Febrero. Embarcó para el extranjero á fin de adquirir recursos de guerra, y no pudiendo lograrlos, volvió á Cuba; desembarcó en uno de los pueblos de la costa Norte, disfrazado de pastor bautista, para burlar la vigilancia de los agentes del gobierno; tomó pasaje en un tren, en el que iba Martínez Campos con su estado mayor, y lanzóse al campo de la revolución en el territorio de Sagua la Grande. Tal es, en compendio, la vida del general Lacret hasta los días que ahora relatamos, y al que muy en breve encontraremos, asediado de enemigos, en el teatro que él eligió para guerrear en esta campaña, en donde se mantuvo con firmeza casi inconcebible, sin elementos de combate y sin medios de subsistencia.

Acudió al campamento de Saratoga un joven que dijo llamarse Armando André, el cual, en presencia del general Maceo, manifestó que venía de New York con el propósito firme de tomar las represalias personalmente contra el general Wéyler, ya que su política de exterminio había llegado al colmo y se hacía necesario apelar á una medida extrema, que de una vez y para siempre, pusiera coto al infame proceder del gobernante español. Aquel joven, que tenía un semblante expresivo y hablaba con mucha vehemencia, inspiró las más vivas simpatías al general Maceo, por más que éste no llegó á dar crédito á la realización de un plan peligrosísimo, para el que se necesitaba el concurso de adeptos muy fieles y por igual

valerosos. Sin embargo, le ofreció su apoyo en todo lo que de él dependiera, y entretanto lo incorporó al Estado Mayor para despacharlo en la primera oportunidad. No es tiempo aún de referir las aventuras del joven André, desde el día en que se despidió del general Maceo hasta el momento en que realizó el osado designio que tenía en preparación.

Al levantar el campamento de Saratoga en la mañana del 7 de Marzo, se tenían noticias, según se ha dicho antes, de que el general Lacret se encontraba en el ingenio Diana, y hacia ese lugar se dirigió nuestra columna á paso acelerado, porque estaba previsto que las fuerzas españolas de aquel distrito acudirían al campamento de Lacret con la resolución que solían hacerlo los coroneles Vucuña y Molina. El ruido de las descargas se percibió muy en breve, en la dirección del central Diana. Ansioso Maceo de llegar al campo de la acción, puso á galope su caballo, y á ese impulso toda la tropa preparó las armas para entrar en combate. El fuego de la fusilería era intenso, sonaban atronadoras descargas: eran los españoles; también se distinguía el tiroteo peculiar de los cubanos. Se pudo observar el campo de la polémica desde el camino de Andrea. Maceo se propuso atraer á los españoles, que muy resueltos acometían á Lacret por las lomas contiguas, y en estos instantes recibió un recado de dicho jefe en el que manifestaba que sólo podía sostenerse muy poco tiempo, porque las municiones estaban casi agotadas, y era muy arriesgado cargar con la caballería en atención á lo quebrado del terreno. Pero Maceo logró lo que se había propuesto: atraer á los españoles hacia el ingenio Andrea, y disponer lo conveniente para que el nuevo combate les ocasionase el mayor descalabro posible, ya que la actitud de la columna no daba lugar á conjeturas; era decididamente ofensiva. El coronel Vucuña había hecho la conversión indispensable y venía hacia nuestras posiciones con marcial continente; pero fué recibido con certeras descargas por la escolta del general Maceo y el regimiento Céspedes, que habían echado pie á tierra, mientras los dos escuadrones de vanguardia, que mandaba Núñez, atacaban por el flanco derecho. El fuego de nuestra tropa se extendió por toda la línea, debido á que los españoles trataban de flanquear por las alturas inmediatas, en donde el general Maceo había situado al

teniente coronel Cárdenas (incorporado recientemente), para que defendiera aquella posición, y cobró más ardor al ocupar otra altura el coronel Sánchez, que cubría uno de los flancos de Laeret y vino á reforzar nuestras líneas en los momentos decisivos. Preciso fué, sin embargo, tocar retirada, debido á que los españoles no cesaban en su tarea, bien abastecidos, como estaban, de municiones, y en autos, probablemente, de qué la fuerza que acudió en auxilio de Laeret se hallaba en situación tan precaria como la de este mismo. Vicuña quedó dueño del campo después de dos horas de reñido combate.

La acción contra Laeret había sido inaugurado Vicuña al apuntar el alba. La columna española salió de Corral Falso y tomó el camino que desde este lugar conduce al central Diana; la primera acometida tuvo que resistirla el brigadier Zayas, que vigilaba dicho camino. Laeret, que se hallaba acampado en el batey de la finca, mandó á Clotilde García, hombre muy intrépido á reforzar á Zayas; pero viendo que los españoles persistían en el avance, que era su objetivo ocupar los edificios del central Diana á cualquier costo, desplegó el resto de las fuerzas disponibles con la gallardía que le era peculiar. En estos momentos debió percibir el tiroteo que sonaba en la dirección de Andrea, y coligiendo que eran las tropas de Maceo, envió el mensaje á que antes hemos aludido, y desfiló por el caserío de San Miguel de los Baños, para reunirse con el general Maceo en el ingenio Nieves, en donde se situó el Cuartel General. El combate de Diana, costó á los cubanos 45 hombres (1).

(1) El general Wéyler describió el combate de Diana en estos términos: "Coronel Vicuña 7 mañana encontró fuerza Clotilde García, Laeret y otros, posiciones ingenio Andrea, Diana y Lomas del mismo nombre, cerca Corral Falso; avistada columna, compuesta batallones Saboya, Canarias, escuadrón Borbón, una sección Villaviciosa, rompió fuego enemigo Andrea. Generalizado combate fué echado tres puntos que ocupaba, situándose nueva posición; retaguardia desalojó de ella y ocupó tercera en lomas Andrea, extensas cercas piedras reforzadas por Maceo y varias fuerzas: total 6,000 hombres. Después reñido combate fué derrotado 11 mañana, dispersándose grupo principal San Miguel de los Baños. Informes Maceo pretendía marchar Manjuarí. Por nuestra parte 3 muertos, 9 heridos graves, 10 leves, 5 caballos, 10 acémilas muertas. Enemigo 71 muertos, dejando campo 43; muchos heridos, 31 caballos muertos; y 16 abandonados con monturas. Este combate resultado combinación anunciada. Espero continúen otros y ordeno avance en voz de Palos, batallón Vergara, dos escuadrones y artillería.—Wéyler".

Este parte lo zurció el general Wéyler sobre el original que le comunicó el coronel Vicuña, agregándole todos los embustes que acudieron á

Sospechando el general Lacret que el propósito de la columna que lo atacó en el ingenio Diana, no fuera otro que el de alejarlo de aquella comarca, para que otra columna, la de Molina, sorprendiera el campamento de *Río de Auras*, en el que se hallaban casi todos los reclutas de la división de Matanzas, custodiados únicamente por una fracción armada, comunicó al general Maceo las sospechas que abrigaba y lo conveniente que sería levantar el campamento de *Río de Auras* en las primeras horas de la mañana. Estaba ya comprobado que los jefes españoles más aguerridos que operaban en Matanzas, eran también diligentes; no dormían la mañana. De ello teníamos pruebas recientes: el combate de la Perla, la misma acción de Diana, y por su parte, el general Lacret había tenido oportunidad de apreciarlo en otros hechos de armas.

El general Prats, comandante militar de la provincia, y los coroneles Vicuña y Molina, solían emprender las operaciones de madrugada, y no era, pues, cosa de esperarlos con el sol caliente. Las sospechas del general Lacret tuvieron una vez más plena confirmación. Salió del campamento de Nieves y adoptó las medidas necesarias para que la impedimenta estuviera lista á las tres de la mañana. Habiendo convenido Maceo con Lacret el itinerario del día siguiente, con el propósito de cruzar la línea férrea de Unión de Reyes, para dirigirse al sudeste de Matanzas, nuestra columna salió de Nieves, también muy temprano; y al pasar por las inmediaciones de *Río de Auras*, recogió la mayor parte de la impedimenta de Lacret, que esperaba impaciente la oportunidad de incorporarse. Momentos después se oyeron algunos disparos, por lo que Maceo mandó hacer alto para indagar con certeza el origen de aquellas detonaciones, á las que siguieron en breve los estampidos de descargas cerradas: era indudable que teníamos una columna encima. El terreno es aquí sinuoso; en algunos parajes aparece cubierto de vegetación, forma una especie de anfiteatro de bastante capacidad, obstruído por cercas de piedras, platanales y otros obstáculos; las colinas, aunque de

su mente en esta ocasión, hasta componer un galimatías de caballos muertos y cabalgaduras abandonadas, resultado de la combinación de primer orden; esto es, un embrollo gramatical y un rompecabezas indescifrable.

fácil acceso, ofrecen grandes inconvenientes para maniobras de caballería. Mientras Maceo trataba de divisar la posición, todavía oculta del enemigo, el ojo experto de Vicente Núñez vigiló a los españoles que avanzaban sutiles por dentro de los platanales. Roto el fuego por la tropa que tenía Maceo á su lado, el escuadrón de Núñez y el regimiento de Céspedes, los españoles, fraccionados en tres brazos, acometieron con gran vigor la posición de su adversario con el propósito de dominarlo por aquel acto de osadía; los guerrilleros, con el vocerío propio de gente envalentonada, proclamaban la victoria de las armas españolas. Fuerzas del general Lacret, en estos instantes, vinieron á reforzar nuestro centro, y como quiera que el blanco de nuestra tropa era mucho mayor, tanto más peligroso cuanto que la impedimenta no estaba aún en salvo, Maceo ordenó que ésta dejara el campo, bajo la dirección de Vicente Núñez, mientras la gente útil sostenía á pie firme, con la brida embrazada, el ataque impetuoso de los españoles. Pudimos distinguir al jefe de la columna que venía por el frente, presentando la cara. Al calcular Maceo que la impedimenta se hallaba fuera del alcance de los proyectiles españoles, salió de aquella posición para organizar una carga de caballería en terreno más despejado; especie de plazoleta, limitada al fondo por un palmar, y los edificios ruinosos de un ingenio, pero los españoles, muy bien dirigidos y guiados por gente conocedora del campo, tomaron en seguida por uno de los caminos del ingenio San José y rompieron el fuego, casi simultáneamente, con la maniobra de carga de nuestra artillería. Lacret, Zayas y Sánchez con sus fuerzas respectivas, tuvieron que resistir otro ataque de las columnas que, por el lado opuesto, acometían también con resolución, sable en mano, en pos de la impedimenta que formaba todavía largo cordón y que sólo pudo salvarse de tan inminente riesgo por la valentía de la defensa. Poco antes de cruzar el lecho del *Río de Auras*, veíanse diferentes fracciones de la columna enemiga reconociendo las casas y bohíos del lugar, y se divisaban asimismo las humaredas del campamento que destruyeron á su paso por allí. No estaba aún en cobro la impedimenta, puesto que una gran parte de ella, la que se había unido al regimiento Cárdenas, que cubría la retaguardia, hallábase al alcance de los proyec-

tiles enemigos, y fué necesario defenderla á todo trance de las embestidas de los guerrilleros de Molina, por medio de una resistencia sólida, aun á costa de que no quedara una cápsula en las cartucheras. También el general Maceo tuvo que hacer frente al adversario en las guardarrayas del ingenio Atrevido: esta fué la última fase de la acción. Era ya la una de la tarde; el enemigo cesó en su hostilidad, y después de dos horas más de marcha, pudimos acampar en las colonias del ingenio Andrea, muy cerca del sitio en que se ventiló el combate de Diana el día anterior. En *Río de Auras* tuvimos 34 bajas, entre muertos y heridos (1).

Nuestra imparcialidad en este caso nos obliga á reconocer que el coronel Molina fué bastante estricto en la redacción del parte que dejamos transcrito. Lo que no nos explicamos es la intervención de ese coronel Figueroa, al que siempre se cita, unas veces en Matanzas y otras en la Habana, al mando de caballería, y conferenciando por las inmediaciones del escenario sin tomar parte en la función.

Esta jornada fué bastante penosa por los grandes esfuerzos que hubieron de emplearse para poner á salvo la impedimenta. La experiencia adquirida en varios hechos de armas, análogos al de este día, aconsejaba que no debía ya aventurarse ningún otro choque en el territorio de Matanzas, mientras no que-

(1) Decía así el parte español: "El coronel Molina, desde colonias de Atrevido, cerca de Bolondrón, comunicó que salió de la Palma con su columna conferenciando con el coronel Figueroa, llegado de la Habana, con caballería y uniéndola con el batallón de Valencia, marchó hacia San Miguel de los Baños, tomando el coronel Molina dirección hacia "Río de Auras", encontrando en sus inmediaciones avanzadas de gruesas partidas enemigas allí acampadas. Dispuso que el teniente coronel Navarro, con tres compañías avanzara por la izquierda, el comandante López de Cuenca, con dos compañías por la derecha, y el coronel de frente. Roto el fuego se tomaron al enemigo todas las posiciones que tenía por Vista Hermosa, ingenio Trinidad, San José de Aldama y Atrevido, fraccionándose en su retirada. Las fuerzas les quemaron 200 bohíos, y siguieron su persecución con rumbo á Bolondrón. El combate y persecución duró 3 horas, concentrándose la columna á las tres de la tarde en el ingenio Atrevido. Las noticias del pueblo de "Río de Auras", acusan que las partidas batidas eran las de Maceo, Miró, Laeret, Zayas, García y Acevedo, y que se le causaron muchas bajas por los cañaverales que atravesaban perseguidos. Se aseguró que iban muy desorganizados, y que de haber llevado más caballería, les hubiéramos destrozado. No obstante, se cree, que llevaron más de 100 heridos. Nuestras bajas fueron 4 heridos de Cuenca y varios contusos. La guerrilla de Navarra 7 caballos muertos, se les cogieron muchos caballos".

daran expeditos los factores combatientes. Era, pues, de imprescindible necesidad aligerar la columna de impedimenta, porque con este embarazo enorme, ni los factores tácticos podían maniobrar, ni era posible que el jefe de las armas cubanas adoptase sobre el terreno las disposiciones convenientes para hacer infructuoso cualquier ataque del enemigo, y mucho menos para batirlo en regla. El honor militar y los sentimientos de humanidad estaban vivamente interesados en procurar la salvación de la gente bisona que formaba parte de nuestra colectividad; que no contaba con medios de defensa y estaba más expuesta á la agresión del enemigo, sin poder repelerla; que sufría todos los horrores de una guerra sin cuartel, abrigada en los sitios más recónditos, y desabrigada de lo más necesario, falta de vituallas, á la interperie casi siempre, respirando un ambiente pestífero, alimentada tan sólo con la esperanza de adquirir un fusil para tomar parte activa en la campaña. Un asalto vigoroso contra fuerzas enemigas por el solo interés de alcanzar la victoria, si ello había de ocasionar el destrozo de una fracción cualquiera de la impedimenta, que confiaba únicamente en el apoyo de la gente armada, hubiera sido una victoria de muy poco precio moral, por cuanto implicaba el abandono de soldados infelices cuyo heroísmo se ponía á prueba con el solo hecho de permanecer adictos á la bandera cubana, sobrellevando con abnegación todos los infortunios de una guerra calamitosa, sin recompensa inmediata. Por otra parte, un soldado de la impedimenta que cayera en poder del enemigo, era una baja en nuestras filas, por tal la contaba el contrario, y tal baja era, efectivamente, para nuestro ejército.

Fácil nos fué investigar que la operación del coronel Molina en *Río de Auras*, no tenía otro propósito que el de sorprender la numerosa impedimenta, que allí se hallaba acampada desde la víspera de la acción del ingenio Diana; de lo cual se infería que el ataque del coronel Vicuña estaba relacionado con la operación posterior que hubo de emprender la columna de Molina. Por noticias que podían considerarse fehacientes, se supo en el Cuartel General que dos campesinos de aquellos contornos, muy conocedores del barrio y de todos los caminos que conducían al vivac de *Río de Auras*, é ins-

truidos asimismo de la situación precaria de nuestros reclutas, se le brindaron al coronel Molina para la sorpresa del campamento. El general Lacret, según queda relatado, previó el lance con algunas horas de anticipación, y mandó levantar el campamento de *Río de Auras*, bajo la custodia de un escuadrón al mando del valeroso Clotilde García, quien llegó con gran oportunidad, porque ya el coronel Molina echaba sus exploradores sobre la ranchería, y en vez de encontrar gente indefensa y de fácil captura, hubo de habérselas con soldados aguerridos al mando de Maceo.

Pero nuestra situación no presentaba buen cariz desde el momento en que los factores combatientes no podían sostener acción formal contra brigadas de infantería, al frente de las cuales estuvieran jefes del temple de Molina ó de Vicuña; y era imposible sostener el debate porque faltaba para ello lo principal: los pertrechos. Habíamos acampado en las inmediaciones del ingenio Diana, en el mismo campo en que se ventiló la acción de este nombre, rodeados de columnas enemigas: la de Vicuña, en Corral Falso; la de Molina, en el ingenio Atrevido, otra en San Miguel de los Baños, y no era aventurado suponer que hubiese acudido la que faltaba para completar el cuadrilátero. El general Maceo, después de adquirir todos los informes necesarios, y bien penetrado de la situación, que podía hacerse crítica si no se procedía con la mayor celeridad, dispuso que á las dos de la madrugada se emprendiera marcha á fin de reconocer la línea férrea en los primeros claros del día. En la zona de Corral Falso quedarían dos escuadrones para que entretuvieran al enemigo y lo despistaran acerca del rumbo verdadero que llevaba el cuerpo central; sobre Bolondrón se destacaría á Clemente Dantín, jefe muy conocedor de aquel territorio, y otras fuerzas de la división de Lacret se situarían en las lomas del Hatillo y San Miguel de los Baños. A la hora determinada por el Cuartel General (dos de la madrugada), el cuerpo invasor levantó el campamento de Andrea, y la vanguardia de Lacret se dirigió sobre la línea férrea de Sabanilla para efectuar la pasada por las inmediaciones de Güira de Macurijes. La operación se efectuó sin tropiezo alguno; dimos vista en seguida á San Miguel de Azopardo, no oyendo más que los pitazos de locomotoras en la dirección de

Corral Falso y Navajas. Venía ya el día. Entretanto, Clemente Dantín hizo acto de presencia por las cercanías de Bolondrón y cargó á una guerrilla que salía del pueblo á recoger ganado; y las demás fuerzas que tenían la misión de vigilar las columnas que pernoctaron en San Miguel de los Baños, sostuvieron fuego durante toda la mañana, lo propio que algunas fracciones que dejó Maceo al lado opuesto de la línea férrea (1).

Nuestra marcha no se interrumpió ni un solo momento hasta las tres de la tarde, hora en que llegamos á Galeón, lugar ya descrito en este relato: fueron diez leguas de camino, de una sola tirada. En Galeón nos sorprendió la agradable noticia de que el General en jefe se hallaba á corta distancia de nuestro campamento, y que con él venía la infantería oriental, al mando de Quintín Bandera. Tan fatigosa jornada fué precursora de un día de júbilo. Mientras esperábamos al general Gómez con la impaciencia que es de presumirse, el general Maceo adoptó una disposición rigurosa, exigida por la gravedad de los sucesos, y á la cual hubo de dar cumplimiento sin dilación: eliminar todos los bagajes, todos los jamelgos ó arranquines que tenían para su abrigo los brigaderos y reclutas, á quienes se escuadrónó de infantería en un instante, y se hizo entrega de ellos el teniente coronel Enrique Fournier para que organizara un regimiento que se llamaría de zapadores, á falta de otra denominación más propia, porque entraba en los planes de Maceo, tan pronto como se hubiese entrevistado con el general Gómez, proseguir la excursión por la provincia de la Habana, recoger las fuerzas de infantería y caballería que se hallaban por Melena del Sur y zona de Batabanó, y penetrar nuevamente en el territorio de Pinar del Río. A fin de evitar mayores males á la colectividad, y por el momento el emba-

(1) Participó el coronel Izquierdo que habiendo salido de Cidra siguió para San Miguel de los Baños. En el camino de los ingenios Chacón y Nieves, vió partidas enemigas á larga distancia informándose de que Maceo había acampado allí, pero que á las tres de la mañana habían formado dos grupos, uno de Lacret y otro de Maceo. Tomó el rastro de éste por el ingenio Saratoga, y á su llegada rompieron fuego por ambos flancos, sostenido por media hora. Atacado resueltamente, huyeron en dispersión, quedando en el campo un muerto al arma blanca. Hacia el "Río de Auras" se dirigieron en más de 10 direcciones.

Queda demostrado plenamente que el coronel Izquierdo no conceía el mapa de Matanzas.

raza de la columna expedicionaria, que necesitaba moverse con prontitud y maniobrar expedita, se adoptó la medida antes indicada, que no le quitaba á la impedimenta el carácter de tal, puesto que no se la proveía de fusil. Se ponía una vez más á prueba el sufrimiento de aquella gente infeliz que de la guerra sólo experimentaba los reveses y los infortunios, no las victorias y los beneplácitos que los demás conquistaban con las armas en la mano.

Los correos del General en jefe nos anunciaron que éste llegaría al campamento de Galeón en las primeras horas de la mañana (día 10 de Marzo). Al divisarse la vanguardia del general Gómez, tocóse formación para recibir con los honores de ordenanza el jefe del ejército, que nos traía la infantería oriental y otros refuerzos, para con ellos nutrir la columna invasora al mando de Maceo. Conferenciaron los dos caudillos. Nuestra tropa prorrumpió en aclamaciones de júbilo, pero pudo observarse que la infantería de Oriente venía en estado deplorable, y que faltaban de sus filas algunos veteranos: el plomo enemigo había dado cuenta de muchos soldados valerosos. El semblante de Máximo Gómez no revelaba tampoco satisfacción, sino pesadumbre; había perdido recientemente á uno de sus subalternos más queridos, Angel Guerra, y experimentado otros quebrantos.

El general Gómez se separó de Maceo el día 21 de Febrero con el objeto de apresurar la marcha de la infantería de Oriente, cuya tardanza era inexplicable. El general Gómez, en su ruta hacia el Hanábana, tuvo que luchar con fuerzas españolas que se oponían á su paso al través de las líneas férreas; pero tuvo la buena oportunidad de revistar las fuerzas de Laeret, y abrirles camino para su incorporación inmediata al cuartel general de Maceo. Hasta el día 7 de Marzo anduvo Gómez en dirección al departamento central, y en las márgenes del río Hanábana sostuvo otro combate, sin que ello fuese obstáculo para que, al día siguiente, en el punto conocido por *Dos Bocas*, tuviera ya bajo su mando á la infantería del brigadier Bandera, con más dos escuadrones de Antonio Núñez, algunas fuerzas de Francisco Pérez y otras fracciones de Las Villas al mando de José Camacho; como jefe expedicionario iba el brigadier Angel Guerra. La columna que reunió

el general Gómez, ascendía próximamente á 3.000 hombres, pero de ellos sólo un millar estaba armado y con escasos pertrechos. Marchando Gómez al día siguiente en dirección opuesta, á fin de reunirse cuanto antes con Maceo, acampó en el ingenio Santa Rita, en una colonia denominada *Algarrobo*, en donde fué atacado por el general Prats, que le seguía la pista desde el 4, y sabía perfectamente el lugar que aquél ocupaba. Al anunciarse el enemigo por el tiroteo de las avanzadas de Gómez, éste dispuso que la infantería de Bandera y los escuadrones de Núñez se alejaran del campo para que no experimentaran los efectos de la agresión, porque era su mayor empeño que dichas fuerzas se incorporaran á la columna de Maceo en el mejor estado posible. El fuego del enemigo arreciaba, y el general Gómez, impetuoso, como siempre, salió á contenerlo; pero como quiera que el acceso á las posiciones de los españoles tenía que verificarse por un callejón de monte, al desembocar por esta vía, recibieron los jinetes de Gómez el fuego mortífero de los infantes apostados, y sólo algunos lograron encararse con el enemigo, para pagar con la vida su temerario arrojo. Inútiles los esfuerzos de la tropa cubana para desbaratar las líneas del contrario, tuvo que retroceder con pérdidas considerables y muy sensibles: 12 muertos y 42 heridos. En la arremetida cayó Angel Guerra, hombre rudo, pero muy bravo, que había sido herido pocos días antes en el combate de la *Olayita* (otro desastre para las armas cubanas). La muerte de Angel Guerra fué llorada por todos sus compañeros, y especialmente por el general Máximo Gómez á quien había acompañado en Santo Domingo, y vino con él en la expedición que lo condujo á las playas de Cuba, junto con Martí, Francisco Borrero y otros patriotas valerosos, casi todos desaparecidos. Para dar una idea de lo tremendo que fué el combate, bastará decir que la escolta del general Gómez, compuesta de 50 hombres, tuvo 16 bajas.

“El general Prats, desde el ingenio de Santa Rita de Baró, dijo el día 9 que estudiando el movimiento que imprimía á su marcha el general Máximo Gómez, trató de cortarle el avance, logrando encontrar al enemigo el 8 en el potrero del mismo ingenio, donde, por la línea que cubría, lo creyó en número de 4.000 hombres, diciéndose que iban los cabecillas Quintín Ban-

dera, Angel Guerra y Morejón, todos mandados por Gómez. Del potrero los desalojó después de una hora de fuego en la colonia *Algarrobo*, donde se hicieron fuertes. A las cuatro de la tarde se retiraron hacia la Granja Modelo, donde se prepararon á la defensa de un arco de círculo, con ánimo de envolver á la caballería de Prats. Llegada la infantería, hizo fuego por descargas, tomándole las posiciones y dispersándolo hacia Marcos. La acción duró desde la una hasta las cinco y media. Resultaron heridos graves dos soldados y cuatro caballos muertos. El enemigo tuvo 24 muertos, que dejó sobre el campo, y muchos heridos, que se llevó, y 60 caballos muertos. Se le cogieron armamentos y efectos. Continuó la operación por el callejón de *Loma de Pájaro*, dispersando varios grupos enemigos, á los que hizo tres muertos, cogiéndoles caballos, el 9. Seguido rastro, lo persiguió por el ingenio Asturias, hasta el demolido Marcos, donde había acampado Gómez con Quintín Bandera. Noticias de los alrededores dicen que las bajas han sido numerosas, y entre ellas un titulado general de prestigio. El enemigo continuaba con rumbo á la Ciénaga por Manjuarí’.

Al día siguiente de la infortunada acción de *Algarrobo*, el general Gómez despachó á los heridos para Manjuarí y siguió la marcha á Galeón, enviando al coronel Núñez de vanguardia á fin de que Maceo supiera con algunas horas de anticipación la llegada del jefe del ejército. El día 10, como queda referido, llegó Gómez al campamento con la infantería de Oriente.

Para completar esta narración nos toca ahora describir la jornada de la tropa de Quintín Bandera, antes de unirse á Máximo Gómez. Desde el día 3 de Diciembre de 1895 las fuerzas de Quintín Bandera quedaron separadas de la columna invasora para operar en el valle de Trinidad, con instrucciones para su reincorporación á la columna expedicionaria dentro de un plazo determinado; esto último no pudo verificarlo el general Bandera, y después del combate que sostuvo contra el coronel Rubín, permaneció en la Siguanea por algún tiempo. Entretanto, Gómez y Maceo invadieron las provincias de la Habana y Pinar del Río, y al regresar este último del departamento occidental (Vuelta Abajo) no se tenían aún noticias concretas de la infantería de Bandera. El general Gómez des-

pachó emisarios para el territorio de las Villas, con órdenes terminantes de que dichas fuerzas se unieran sin demora al cuartel general, encargando al brigadier Angel Guerra que tomara el mando de ellas. El general Bandera se encontraba en la jurisdicción de Sagua la Grande, y había reunido, á su paso por aquella comarca, algunas secciones de infantería y caballería al mando de los coroneles Francisco Pérez, Antonio Núñez y Cándido Alvarez. Al expirar el mes de Febrero se hallaban todas esas fuerzas acampadas en la *Olayita*, ingenio demolido de Sagua la Grande, en las inmediaciones del río Hanábana. El terreno en aquel lugar es bastante llano, pero el espacio que ocupaban las fuerzas insurrectas no era suficiente para que en él maniobrara un batallón en orden abierto. Estaba limitado al Norte y al Sur por recias alambradas, tenía al Este un arroyo pantanoso de difícil é ignorado paso, y al Oeste una guardarraya, con cercas también de alambres, única salida del campamento si al empeñarse combate, el sesgo de él obligaba á los nuestros á optar por la retirada. En esta situación, el enemigo explorador tropezó con los monteros que iban en busca de ganado. Mandóse reforzar la guardia más avanzada, que era la del Este, con el primer pelotón de caballería que tomó las armas; el retén, bastante reforzado, sostuvo la pelea durante algunos minutos, pero á la furiosa acometida de la vanguardia española, se replegó al centro, llevando la alarma al cuartel general. Mientras montaba la tropa, y la infantería tomaba posiciones, los españoles afirmaron el movimiento de avance, y pudieron apoderarse del punto culminante del campo, para desde allí imposibilitar, con fuego muy certero, las maniobras de nuestra tropa, no del todo lista para entrar en acción. Los españoles habían ocupado un otero que dominaba todo el frente del batey, así como los costados; y ocultos entre las siembras, dirigieron el fuego á los grupos más próximos. Detrás de esos grupos se arremolinaba una muchedumbre mal dirigida, y el tiroteo de los españoles se hizo más eficaz por ser más considerable la masa que les servía de blanco. La caballería cubana intentó una carga, pero no pudo atravesar el arroyo pantanoso y retrocedió precipitadamente; prensada entre las alambradas y el arroyo, hubiera sucumbido en su totalidad si se arriesga á cruzar el lagunato. La infan-

tería, formó en batalla cuando ya era tarde, y únicamente aprovechó sus proyectiles al replegarse en el batey de la finca, parapetándose en la casa de calderas. El combate, en estas condiciones, se mantuvo por espacio de dos horas; pero al emprender Bandera la retirada, los españoles acometieron furiosamente é hicieron mayor la derrota de los cubanos, los cuales abandonaron muertos y algunos heridos. Fué herido el general Angel Guerra, que pocos días después sucumbía en el campo del *Algarrobo*. Hubo muchos oficiales lesionados, entre ellos, el capitán Manuel Piedra, ayudante del general Maceo, y quedó en poder de los españoles el comandante Lores, hijo de Santo Domingo, que herido en el combate, fué rematado por la gente de Borbón (1).

La columna expedicionaria al mando de Angel Guerra, después del desastre de *Olayita*, acampó en la finca el *Mamey*. El campamento era de condiciones muy parecidas al anterior. También corría por él un arroyo de difícil paso, y existían algunas empalizadas que impedirían los movimientos de la caballería, en el caso de tener ésta que desplegarse para hacer frente al enemigo. De los elementos de combate puede juz-

(1) Del combate de la "Olayita" los españoles dijeron solamente que el teniente coronel Arce, con fuerzas de Borbón, en el ingenio mencionado, encontró á las partidas de Núñez y Cayito Alvarez, desalojándolas del batey, donde dejaron 18 muertos, y que la columna tuvo un comandante y un teniente heridos, cuatro soldados muertos y trece heridos, pero al publicar el parte de la acción del "Mamey", tal vez al frente de la columna estaba un general, lo hicieron con lujo de pormenores, de esta manera: "En la loma del "Mamey", cerca de Sagua la Grande, la columna al mando del general Bernal, tuvo un combate que duró más de seis horas, con las partidas reunidas de Las Villas, al mando de los cabecillas Antonio Núñez, Cayito Alvarez y Serafín Sánchez, en número de 4,000. Se le desalojó de sus posiciones, causándoles 60 muertos, entre ellos varios cabecillas, algunos no identificados, y cuatro prisioneros. Entre estos últimos una amazona de la raza de color. Se le causaron también muchos heridos. Se le cogieron 400 caballos con monturas, muchas municiones, algunos mausers, varios explosivos, é instrumentos de cortar líneas de telégrafo y ferrocarril. Por nuestra parte tuvimos cuatro muertos de tropa, siete heridos graves, doce leves, once caballos y un mulo de artillería muertos. Fueron inutilizados algunos mausers por el fuego del enemigo. Las tropas se condujeron bizarramente, distinguiéndose el comandante del batallón de Treviño, D. Pascual Herrera, que herido de gravedad, en la segunda carga que dió al enemigo, continuó al frente de la tropa dando la tercera carga.

Una vez más se comprueba que cuando las columnas españolas iban mandadas por un jefe de alta graduación, éste se adjudicaba las bajas de los combates anteriores.

garse por el descalabro de *Olayita*, en el que se habían consumido bastantes pertrechos y aumentado el número de gente inútil para la pelea. Algo entrada la mañana del día primero de Marzo, se levantó el campo del *Mamey*; había desfilado la vanguardia con los escuadrones de Núñez y Alvarez, y mientras el general Bandera procedía á reorganizar las fuerzas de caballería, desechando los caballos que no podían continuar la jornada, el enemigo asaltó el campo por la huella del día anterior, operación que realizó sin obstáculo porque ya estaban retiradas las avanzadas. La confusión que se apoderó de aquella muchedumbre desmoralizada por la derrota de la *Olayita*, é impotente para repeler el ataque de los españoles, fué indescriptible; y si no hubiera sido por los esfuerzos del general Quintín Bandera y de un corto número de hombres animosos que lo secundó, la batida se hubiera atracado en desastre irreparable, pues en los momentos en que casi toda la tropa, presa de terror, fiaba su salvación en la fuga, cuando el único paso que ofrecía el arroyo estaba del todo obstruído por las cabalgaduras que se hundían en el pantano, cuando todo parecía perdido, Bandera, con aquel puñado de héroes, fué el sólido dique que opuso respeto á la acometida de los españoles. No hubo que deplorar muchas bajas, debido, indudablemente, á la gallardía de esos pocos, pero se perdieron muchos caballos y acémilas, además del botiquín y otros útiles de guerra. Los heridos que iban en las camillas, corrieron el inmenso peligro de ser acuchillados por los españoles, y sólo por un hecho, que puede llamarse providencial, lograron salvarse. La ambulancia se hallaba al abrigo de unos naranjales, y muy cerca de ellos había un colmenar profuso, el cual dió salida á un enjambre enorme que se interpuso entre los perseguidores y las camillas; afortunado accidente para los inválidos.

En el campamento de Galeón, en presencia de las tropas listas de marcha, despidiéronse Gómez y Maceo después de esbozar el plan de campaña que cada uno iba á desarrollar en su respectivo teatro: el primero en las Villas, y el segundo en Pinar del Río. Los dos caudillos se dieron un estrecho abrazo. Los designios del porvenir, siempre velados á la humana penetración, no podían infundir el temor ni la sospecha de que

aquella despedida, tan ardorosa, sería la postrera: Los dos hombres extraordinarios que simbolizaban la vida de la Revolución y eran el alma de la guerra, no volverían á encontrarse juntos en ningún otro lugar de la batalla.

IX

W é y l e r

La columna de Maceo.—Acción de Nueva Paz (11 de Marzo).—La quimera de Wéyler.—Enérgica circular del general Maceo.—Wéyler se santifica.—Los horrores de Guatao.—El gabinete español.—Demostración irrefragable del desconcierto oficial.—Peregrina opinión del general Mella.—Los Estados Unidos.—Habilidades de Wéyler.

EL general Gómez, desde la finca Severino, se dirigió hacia el Este de la provincia, pasando á la vista de Bolondrón, y en los cinco días sucesivos cruzó todo el territorio de Matanzas; durante esas jornadas unió á su columna las fuerzas de Francisco Pérez, las del brigadier Mariano Torres y las del teniente coronel José Robau, y el día 16 penetraba en el departamento de las Villas sin más tropiezos que un combate en las inmediaciones del río de la Palma; la marcha de Maceo, al partir de Galeón, se efectuó por la ribera de la ciénaga occidental. Se acampó en *Tinajita*, cerca de la línea divisoria de las dos provincias. Los exploradores trajeron la noticia de que en Alfonso XII había fuerzas enemigas y que en Nueva Paz se hallaba otra columna, la cual solía recorrer el territorio de Bagáez hasta el límite oriental de Guanamón. El cuerpo expedicionario estaba compuesto de las fuerzas de Lacret, dos escuadrones de la división de la Habana, al mando de Cárdenas, otro, al mando de Antonio Núñez, tres escuadrones de Pinar del Río, la infantería de Oriente, al mando de Quintín Bandera, el regimiento Céspedes, al mando de Tamayo, el regimiento las Villas, al mando de Zayas, la escolta del Cuartel general con otras fracciones más, de diferentes cuerpos, y un escuadrón, bastante nutrido, que procedía de la brigada de Cienfuegos, mandado por el teniente coronel Camacho.

La escolta del Cuartel general y el regimiento Céspedes formaban á la sazón una sola unidad, á causa de la considerable

merma que en las filas de uno y otro cuerpo había ocasionado el plomo enemigo, pues la mayor parte de esos bravos soldados, que sentían por el caudillo oriental un amor más grande que el amor al propio terruño, acompañaron á Maceo en todas las crisis de la gran jornada, desde Maisí hasta la sierra de los *Organos* —viaje descomunal;— lo habían acompañado antes de la invasión, con la fe ardorosa del secuaz, en todas las aventuras de la primera conquista, y no cedieron á nadie el puesto de más peligro en ninguno de los debates que hubo de sostener el gran batallador de Cuba.

Maceo quería llegar al distrito de Güines para darle mayor sorpresa á su contrincante con la nueva aparición de los insurrectos por el fondo del escenario, y deseaba llevarlo á la práctica al día siguiente (11 de Marzo), de la manera más tumultuosa, atacando la plaza por cualquiera avenida. Pero no sería dudoso que la columna de Nueva Paz tratara de interrumpir nuestra marcha, si no le era posible hacernos desviar la ruta, porque tampoco podía dudarse de que nuestra presencia por aquellos contornos no fuese advertida oportunamente, en consideración al inmenso radio del campamento de *Tinajita* y á la franca circulación del paisanaje; que si una parte de él simpatizaba con los insurrectos, la otra se complacía en llevar noticias exactas á los destacamentos españoles. Maceo deseaba visitar el ingenio Nueva Paz para recoger un depósito de guerra que le había ofrecido el encargado de dicha finca. Puesta en marcha nuestra columna con las precauciones necesarias, el flanco derecho iba bien reforzado con la infantería de Bandera, y la vigilancia de los escuadrones de Matanzas que se enviaron sobre Nueva Paz para que abrieran el fuego con el enemigo, durante un trayecto de media legua no hubo asomos de hostilidad, pero al divisarse el caserío de Nueva Paz, la columna española lióse á tiros con la tropa destacada por Maceo. El camino, muy pantanoso en aquel tramo, no permitía la ejecución de ningún movimiento acelerado que pudiera amenazar el frente ofensivo de los españoles. Era indispensable buscar sitio más sólido. El general Lacret, que cubría la retaguardia, hacía entretanto infructuoso el avance del enemigo.

En terreno más á propósito para que pudieran maniobrar las dos armas, desplegó en batalla nuestra infantería, y el

General se puso al acecho con los escuadrones de reserva para meter el viaje si los españoles se arriesgaban á cruzar los pantanos del Guanamón. Ordenó al coronel Cárdenas que reforzara la retaguardia con uno de los escuadrones de la Habana y que buscara la oportunidad de correrse hasta el central Nueva Paz, para recoger los materiales de guerra. La columna enemiga se mantuvo en el terreno que eligió al inaugurarse la pelea, sin meterse en los lagunatos del Guanamón, pero logró impedir el acceso al caserío de Nueva Paz (1).

Reunidas las diferentes fracciones que entraron en combate, se hizo alto en el ingenio Primavera por espacio de dos horas, para proseguir la marcha hacia el distrito de Güines. Se acampó en la finca Hicotea, entre San Nicolás y la villa mencionada. Maceo pensó atacar aquella misma noche la población de Güines, pero hubo de aplazarlo para otra oportunidad, porque no pudieron adquirirse noticias bastante satisfactorias sobre el estado de la plaza, y por otra parte el ganado necesitaba forraje y algunas horas de descanso para reponerse de las fatigas anteriores. La refacción de la gente no es menester mencionarla: la caña ó la mazorca por diario festín, y en aquellos lugares, la patata como manjar succulento.

Ajeno estaba Wéyler en los días de nuestro relato de que Maceo se hallaba otra vez en la provincia de la Habana; y tan ajeno, que el día nueve dictó una circular, benévola y piadosa, para la salvación de todos los prisioneros de guerra de Pinar del Río y la Habana, los cuales podrían recuperar la libertad siempre y cuando negasen el hecho de haber pertenecido á partidas rebeldes, ó que prometiesen fidelidad á la causa del orden ante testigos abonados. No es menester aguzar la inteligencia para deducir el propósito ulterior que abrigaba el general Wéyler en sus pujos de misericordia: dar por pacificadas las dos provincias occidentales, al cerciorarse de

(1) La Capitanía General dió cuenta de este hecho en los siguientes términos: "El jefe del batallón de Almansa, con noticias de aproximarse fuerza enemiga por Bagáez, salió por el central Nueva Paz contra dicha fuerza, que cree de Laeret y Bandera, con otras partidas de la Habana, que iban desmoralizadas de Matanzas. Boto el fuego por el batallón de Almansa, calculó al enemigo en unos ochocientos. El combate duró una hora, dispersando al enemigo hacia Guanamón. Tuvo un cabo herido grave. El enemigo dejó siete muertos, retirando heridos. Se le cogieron caballos en muy mal estado, con monturas".

que Gómez y Maceo habían vadeado el Hanábana, rotos y maltrechos, con rumbo á Oriente. Esta opinión ilusoria habíala ya formulado con carácter axiomático el general Pando al proclamar "que en muy breve plazo afluirían al departamento oriental todas las fuerzas insurrectas de la llamada invasión de Occidente"; y ahora recomendaba, desde la comandancia militar de las Villas, *el alistamiento de todos los hombres útiles para la defensa de los pueblos de dicha provincia, exhortándoles á que formaran lista de los indiferentes y sospechosos que no ayudaran á combatir la rebelión*. Es pues, incuestionable que el general Pando daba por un hecho el retorno á Oriente de los grandes grupos insurrectos, y que el mismo Wéyler, tan engañado como su iluso lugarteniente, participaba de análoga creencia, por cuanto adoptaba aires filantrópicos abriendo las rejas de las prisiones militares, como precedente para el fementido bando de pacificación que empezaba á transcribir sobre el papel oficial.

Sabedor Maceo, por los papeles públicos, de los intentos que abrigaba el marqués de Tenerife, dictó también una circular el día once de Marzo, desde el ingenio Primavera, con el fin de dar un solemne mentís á su competidor y determinar al mismo tiempo la línea de conducta que habría de adoptarse en lo sucesivo por el ejército revolucionario. La circular decía así: "Incansable el enemigo en su propósito de desacreditar la Revolución, ya callando los triunfos de ésta, ya atribuyéndole cínicamente actos repugnantes é intentos criminales, procura un día y otro extraviar la opinión pública en el país y en el extranjero; y para simular que España es potente y lleva camino de sofocar la rebelión, afirma con insistencia que el ejército revolucionario, batido y derrotado, abandona las provincias de Pinar del Río y Habana; así, no es extraño que el general Wéyler anuncie, como ya lo ha hecho, su resolución de declarar levantado el estado de sitio de las referidas provincias. Falsa es, ciertamente, aquella afirmación; pero importa mucho al prestigio del ejército revolucionario que no haya duda respecto á ese particular, y por lo mismo es forzoso que nuestra presencia en esta parte de la Isla se haga evidente, que nuestro paso quede señalado por hechos de la mayor resonancia posible, y por lo tanto, en la marcha por las diver-

sas comarcas que haya de recorrer, procederá usted sin contemplaciones de ningún género á la destrucción é incendio de cuantos ingenios encuentre á su paso, entendiéndose, además de los cañaverales, los edificios y maquinarias. Así lograremos infundir un terror saludable al enemigo: se impondrá la Revolución á todos, y trabajaremos en pro del éxito que nos prepara el reconocimiento de nuestra beligerancia por los Estados Unidos de América. Todo esto sin perjuicio de imprimir á las operaciones la mayor actividad y de ejecutar en las vías férreas la obra que le tengo á usted encomendada. Por el Estado Mayor se trasladará esta disposición á todos los jefes de las fuerzas que operan en el territorio de Occidente”.

Los horrores cometidos por el general Melguizo en el ingenio Dolores, y la matanza no menos horrible de Guatao, ejecutada por una compañía del cuerpo de Orden público, habían impresionado profundamente la opinión del país y alarmado la república norteamericana, en cuyo Parlamento se levantó la protesta más enérgica contra los hechos salvajes de las fuerzas españolas, y particularmente contra el jefe supremo de las armas que los autorizaba con su conducta impasible. Con este motivo se había puesto á discusión en las Cámaras americanas el reconocimiento de la beligerancia para los insurrectos, debate que encendió los ánimos de los españoles, allende y aquende, hizo estallar en santa ira el corazón ibero, y Wéyler se volvió cómico en un ensayo de representación diplomática. Asediado por el corresponsal del “World”, de Nueva York, el marqués de Tenerife recitó lo siguiente: “No esperaba ni me explico que los representantes de un pueblo amigo consideren dignos de su benevolencia ni de la calidad de beligerantes á bandas que incendian, destruyen y asesinan á ciudadanos pacíficos y honrados. No debo ocultar tampoco que reconocida la beligerancia, perderían los propietarios americanos su derecho á la protección de mis soldados, relevándonos por ese hecho á mi gobierno y á mí de todas las responsabilidades. Niego y rechazo las infames acusaciones que se me dirigen. En la última guerra era yo un joven oficial que perseguía á los rebeldes de Puerto Príncipe y Bayamo, y me limité á obedecer ciegamente las órdenes de mis superiores. Nunca se me ordenó cometer las crueldades y los actos monstruosos de que

se me acusa. En cuanto á mi mando ahora, ni he tratado con crueldad á los prisioneros, ni me propongo olvidar respetos humanos. Desde que llegué á Cuba, no ha tenido lugar ninguna ejecución civil ni militar. No se pretenderá que omita medio alguno para imponer la soberanía de mi patria, sirviendo á mi rey y á su augusta madre con lealtad de español, de caballero y de soldado". Hablando después con el corresponsal de un diario matritense, Wéyler adoptaba la actitud de un hombre compungido que se siente dispuesto al sacrificio de dejar el mando al verse contrariado por los juicios y opiniones de la prensa de su partido. Discurría así: "Sin fe no se trabaja, y cuantos me rodean pueden comprender por mi labor cuán firme es mi creencia en el triunfo; mas yo no debo ocultar que si comienzan á sentirse en la Península impacencias por la excesiva prudencia que las circunstancias del conflicto con los Estados Unidos impone, se plantea al capitán general de Cuba un problema de imposible resolución."

Cuando Wéyler discurría hipócritamente con los periodistas aludidos, habíase ya verificado la matanza de Guatao, exornada con el nombre de victoria ruidosa, en menoscabo del honor militar y para mancha indeleble de las tropas que ejecutaron tan monstruoso delito. Comprobado dicho suceso hasta la evidencia, tuvo su origen en la conducta caballerosa que observó el coronel Zayas al practicar una correría por Punta Brava en los días de la invasión (Enero de 1896). Entonces la gente iracunda del partido español señaló de un modo siniestro al vecindario que festejó al ejército cubano. Las autoridades españolas dejaron el pueblo desprovisto de defensa. Zugasti, teniente de la guardia civil y comandante de aquella zona, había recibido, para reforzar los cuarenta hombres que estaban destacados, una compañía de infantería de marina que radicaba en Hoyo Colorado, con objeto de reparar los desperfectos que ocasionaban las fuerzas cubanas que operaban en dicho territorio.

El día 23 de Febrero entró en Punta Brava el oficial Baldomero Acosta con alguna caballería, al tiempo que, por el camino opuesto, acudía un pelotón del regimiento Pizarro al mando de un sargento, allí conocido por *Barriguilla*. Los insurrectos cambiaron algunos tiros con la gente de Pizarro, y

se retiraron por el camino que une á Punta Brava con el caserío de Guatao. A los cincuenta hombres de Pizarro seguía una compañía de voluntarios de Marianao y otra del cuerpo de Orden público, al mando del capitán Calvo. Siguieron por el camino de Guatao; esto es, por donde se había retirado Baldomero Acosta. Como á medio kilómetro del trayecto, sostuvieron fuego con un soldado insurrecto, el cual, por tener el caballo cansado, se hizo firme en aquel lugar; diéronle muerte, y simultáneamente asesinaron á un mozo de labranza llamado Bruzón. Siguieron marcha hacia Guatao, y al penetrar la vanguardia en el caserío se inició la matanza contra el vecindario pacífico; asesinaron á doce habitantes del lugar, entre ellos á un español, teniente de voluntarios de la Habana. Las mujeres, aterrorizadas, buscaron refugio en una casa de mampostería; pero el sargento *Barriguilla*, insaciable en su furia, y bajo el pretexto de registrar el local, ordenó que salieran aquellas infelices, y haciéndoles una descarga llevó al colmo sus sanguinarios instintos. Con la mayor celeridad la columna que mandaba el capitán Calvo, echó mano á todos los vecinos que corrían por el pueblo, y amarrándolos fuertemente en calidad de prisioneros de guerra, los hizo marchar para la Habana: el número de esos desgraciados ascendía á 18. No saciados aún con los atropellos cometidos en las afueras de Guatao, llevaron á remate otra bárbara ejecución que ocasionó la muerte á uno de los presos y terribles heridas á los demás. El marqués de Cervera, militar palatino y follón, comunicó á Wéyler la costosísima victoria obtenida por las armas españolas; pero el comandante Zugasti, hombre de pundonor, denunció al gobierno lo sucedido, y calificó de asesinatos de vecinos pacíficos las muertes perpetradas por el facineroso capitán Calvo y el sargento *Barriguilla*.

La intervención de Wéyler en este horrible suceso y su alborozo al conocer los pormenores de la matanza, se descubre de un modo palpable en el despacho oficial que dirigió al ministro de la Guerra á raíz de la cruenta inmolación. "Pequeña columna organizada por comandante militar Marianao con fuerzas de la guarnición, voluntarios y bomberos á las órdenes del capitán Calvo de Orden público, batió, destrozándolas, partidas de Villanueva y Baldomero Acosta cerca de Punta

Brava (Guatao), causándoles veinte muertos, que entregó, para su enterramiento al alcalde de Guatao, haciéndoles quince prisioneros, entre ellos un herido, cogiendo diez caballos, monturas, machetes y suponiendo llevan muchos heridos; nosotros tuvimos un herido grave, varios leves y contusos.—Wéyler”.

Así, con el mayor cinismo, lo telegrafió Wéyler, y de esa manera concertaba el más vergonzoso de los crímenes con la más impúdica de las mentiras.

Pero dentro de muy pocas horas Wéyler tendría que dar una nueva explicación al gobierno de Madrid sobre el cambio de ruta de las fuerzas de Maceo. ¿Qué razones aduciría? Acababa de publicar que las partidas insurrectas de Maceo, acosadas y perseguidas, iban hacia Oriente; y ahora, también acosadas ¿volvían á Occidente?... El capitán general tenía que engañar otra vez al gabinete canovista y buscar cualquier efugio para librarse de la crítica profesional que en Madrid monopolizaban los periódicos de gran información, ya que el gobierno se daba al instante por convencido y sólo se cuidaba de arbitrar recursos para el embarque de nuevas expediciones militares: ostensible demostración de la virilidad española.

Si alguna vez el gabinete de Madrid abrigaba dudas sobre los éxitos de la campaña, en razón á que las combinaciones militares de Wéyler salían fallidas con bastante frecuencia; que descalabrado Maceo por efecto de esas combinaciones, y herido de muerte, clavaba de pronto sus tiendas en los arrabales de la Habana; que batido y diezmado Máximo Gómez, tomaba el tren en cualquier apeadero para trasladarse con mayor rapidez al punto más disputado de la contienda; que cuando se creía al cabecilla oriental errabundo por la ciénaga de Zapata, ocupaba un puerto de mar en el litoral opuesto, á corta distancia de la capital; que las fuerzas españolas la emprendían á tiros con el batallón de San Quintín, creyendo que exterminaban á Quintín Bandera (1); aunque cúmulo tal de

(1) “El batallón de Llerena cubría la zona de Punta Brava y puesto próximo á Marianao; concentróse allí la brigada de Ruíz, quedando algunos destacamentos: una partida recorría zonas quemando fincas, y el jefe San Quintín Arroyo Naranjo con dirección al Cano, reconociendo ingenios alrededores Rosa, batió enemigo. Destacamento Llerena, llegado hace pocos días de la Península, con quintos, tuvo fuego tarde partida, y por la noche al aproximarse compañía de San Quintín, tomándolos por insurrectos, rompió fuego, contestado por San

desatinos comprobaban la incapacidad de Wéyler y acusaban el más completo desconcierto en las oficinas del Estado Mayor General, los consejeros de la corona volvían á caer en la alucinación del optimismo bajo los prestigios de Wéyler, al recibir el anuncio de una victoria fraudulenta, de una combinación táctica imaginaria, ó de otro cualquier designio cuyos resultados se esperaban con impaciencia y no se obtenían jamás. Wéyler se daba buena maña en embaucar al gobierno de Madrid para echar raíces en el mando de Cuba; y los estadistas españoles, incapaces de prever las contingencias de los negocios públicos, vivían en pleno encandilamiento, fiando en el valor de sus soldados y en el escudo de la sacrosanta religión el inmediato triunfo de las armas hispanas. Por otra parte, unos y otros, gobernantes ilusos y detractores de la campaña de Cuba, no podían oponer reparos á las manifestaciones de los hombres competentes que militaban en el ejército de las Antillas. A la sazón había llegado á Madrid el general Mella, procedente de la campaña de Cuba, y declaraba en todos los círculos que la insurrección sólo podría sostenerse en las montañas del departamento oriental, pero no en las provincias del centro y el oeste, si continuaba la acción militar, enérgica y sin interrupción. "Considero á Maceo como el elemento principal de la insurrección, pues la gente que manda, de color casi en su totalidad, acostumbrada á trabajos y fatigas y de constitución hereúlea, le convierte en espina dorsal de la revolución. Ganosos todos ellos de la holganza y haraganes por naturaleza, se encuentran en la manigua como el pez en el agua,

Quintín creyéndolo enemigo por no responder aquél al grito de ¡viva España! ¡Viva San Quintín! y toques de corneta, alto el fuego. El resultado de ambos sensibles errores, doce tropa muertos y veinte y siete heridos con cinco oficiales heridos de San Quintín. Lamentable suceso, atenuado pruebas bizarría, ataque y defensa.—Wéyler".

Y á los pocos días de ese denuedo y esa bizarría, que Wéyler encomiaba para atenuar los tristes efectos del desorden oficial, comunicaba á Madrid el siguiente más grave desastre: "General Pando, desde Cienfuegos, me comunica que en persecución del enemigo las columnas de Godoy y Holguín, no obstante haber ordenado yo contraseñas especiales de inteligencia, chocaron una contra otra, resultando Godoy con diez individuos de tropa muertos y dos oficiales y cincuenta y siete de tropa heridos, y la columna de Holguín con un jefe y cinco de tropa muertos y cinco oficiales y treinta y tres soldados heridos. Ordeno se forme expediente. Según parece, las causas del accidente fueron falsas confidencias.—Wéyler."

pudiendo mantenerse semanas enteras con el jugo de la caña y raíces y tubérculos tan abundantes en el país. Acostumbrados desde la niñez á la intemperie, duermen tranquilamente sobre la yerba, y ni el sol ni la lluvia les molesta en lo más mínimo. El ejército de Gómez se compone de tres elementos: aventureros de todas las Antillas y del Continente, veteranos de la otra guerra, sin intereses en la Isla, que se han mezclado al movimiento con miras especulativas; vecinos del Camagüey, que al borde de la bancarrota, se han lanzado á la lucha por evadir sus compromisos, y como medio de reponer su posición, y jóvenes inexpertos de dieciseis á veinte años pertenecientes á las principales familias, pero poco acostumbrados á las penalidades de la vida del campo é incapaces de prestar servicio alguno de utilidad, y que conducidos á las filas de Gómez por el marqués de Santa Lucía y otros de su calaña, no han llegado ciertamente, por su corta edad, á darse cuenta del paso que han dado". El general Mella no creía en posibles arreglos ni en concesiones de ninguna clase. La sumisión incondicional era lo único que podía salvar á los rebeldes de ser aniquilados, y el gobierno debía, en caso necesario, situar en Cuba doscientos mil hombres y hacer cuanto fuere posible para exterminar la rebelión, ya que contaba con el patriótico concurso de la nación española. Cuba no se encontraba capacitada para el régimen autonómico como el concedido por Inglaterra al Canadá, aparte de que el gobierno español no podía otorgar á la isla rebelde privilegios que en la metrópoli no disfrutaba provincia alguna. Con los sentenciosos discursos de tales oráculos, claro está que Wéyler era de la estirpe del Gran Capitán, y Cánovas venía á ser la reproducción perfecta del cardenal Cisneros. Era aún la España de Carlos V.

Entretanto, por el septentrión se acumulaban las nubes que un día ú otro desatarían la tormenta sobre el poderío de España. No veía España el nublado que se cernía sobre sus dominios de Ultramar. Desde el observatorio de Madrid no se barruntaban los horizontes políticos de los mares antillanos. Se divisaban, sí, muy cerca, los molinos de viento de la Mancha, y sólo bajo el aspecto de un cinematógrafo los episodios de la insurrección de Cuba, siempre derrotados los mambises por

las valerosas legiones de Wéyler, con algunas películas más brillantes de victorias de mayor prez que alcanzaría el nuevo Adelantado de las Indias sobre la más fuerte nación del continente americano. Porque el genio militar de Wéyler llegaba hasta la posibilidad de una conquista ruidosa y estupenda; hacía pensar en la resurrección de la remota epopeya castellana, con todos sus pendones y sus gloriosas reliquias, ó, por lo menos, en la repetición de otro Lepanto en el mar Caribe. Si alguna vez los pocos espíritus previsores que levantaban la voz en la metrópoli, aconsejaban al gobierno la necesidad de un cambio de conducta, aun cuando tuviera que solicitar el concurso de la diplomacia americana, eran acentos discordantes proferidos por los adversarios del régimen monárquico, que se apagaban con el estruendo musical de los himnos patrióticos ¡aquella *marcha de Cádiz!* entonces en boga, cuya letrilla se sabían de memoria todos los curros y chisperos de la villa y corte, á cuyo aire marcial brineaba el corazón ibero desde el barrio de Lavapiés hasta los portales de Albu.

Los Estados Unidos no podían permanecer indiferentes en presencia del espectáculo perturbador de la isla de Cuba, teatro de grandes desórdenes y conflictos sangrientos durante un período de doce años. En dos ocasiones distintas, el poderío, la autoridad de España se opuso á los esfuerzos realizados por una parte considerable del pueblo de Cuba para conquistar su independencia, y la primera lucha no terminó por el vencimiento de los insurrectos, sino por un pacto. El trabajo estaba otra vez paralizado; la zafra había desaparecido; se hallaban en ruinas muchos intereses americanos, y los súbditos mismos de esa nación eran objeto de hostilidad por parte de los españoles. Se perseguía y asesinaba al ciudadano norteamericano como si fuera rebelde alzado en armas; no existían garantías para los hombres que hablaran el idioma inglés. Que más ó menos tarde los Estados Unidos intervendrían en la lucha de Cuba, todo el mundo lo daba por sabido á excepción de los que se hallaban más interesados en el pleito: la corona de España, los ministerios, los estadistas y los militares españoles.

El despotismo de Wéyler, que fué el más cruel y el más inicuo que jamás sufriera Cuba, necesitaba cada día un nuevo esfuerzo, una actitud en sus decisiones: mantener siempre el

engaño, para afirmar su autoridad entre los suyos. Este es el trabajo personal del despotismo ilustrado cuando los hombres que ejercen el poder no son absolutos en sus decisiones: mantener siempre el engaño para afirmar su autoridad, para hacerse imprescindibles. Corazón de tirano tenía Wéyler, conciencia endurecida para no cambiar jamás de conducta, falacia suficiente para aparecer leal á su gobierno y alzarse cualquier día de faccioso; pero sin talento para sostener la acción militar, no podía producir los efectos deslumbradores de la victoria más que por ligeros intervalos, y repitiendo diariamente el mismo tema, la misma decoración, la misma añagaza, con sus carteles llamativos, aunque muy usados, y la estafalaria explicación oficial, nunca corregida. Las partidas insurrectas que huían cobardemente, perseguidas por las tropas de Wéyler, al día siguiente aparecían en el mismo lugar más valerosas y más aguerridas.

X

Batabanó

Camino de Batabanó.—Destrucción del ingenio Teresa.—Despedida de Zayas.—Ataque á Batabanó (13 de Marzo).—Efectos del desastre en la opinión pública.—El general Arolas.—La infantería de Las Villas.—Por la ensenada de Majana.—Combate de Neptuno (15 de Marzo).—Incapacidad de Wéyler para dirigir la campaña.—Resumen de las operaciones de Maceo en las provincias de Habana y Matanzas.

AUNQUE Maceo no pensaba atravesar á la sordina el territorio de la Habana, al conocer el famoso bando del capitán general en el que se daban por pacificadas las comarcas de Occidente, concibió el propósito de asaltar una plaza importante que tuviera comunicación diaria con la capital, á fin de que la inventiva de Wéyler no pudiera ocultar, mañosa y arteramente, el hecho realizado por los insurrectos bajo la dirección personal y evidente de su caudillo. Porque Wéyler, muy osado en zureir embustes, negaba en los partes oficiales la presencia de Gómez ó de Maceo en determinada función de guerra, á pesar de constarle lo contrario, mientras procedía á la confección de otros telegramas más especiosos, en los que se comprobaba la presencia de los cabecillas rebeldes en el combate anterior, por la concurrencia matemática de todos los factores tácticos disponibles, y como resultado de la combinación dispuesta por el Estado Mayor General para que surtiera los efectos apetecidos, echando á Gómez por un lado y á Maceo por el otro.

Entraba en los planes del general Maceo proceder á la dislocación de la columna invasora en la provincia de la Habana, desprendiéndose de las fuerzas que pertenecían á la división del general Aguirre; despachar á Lacret para la zona de Matanzas, á Zayas para el departamento central, y él, con la tropa de Oriente y la caballería de Pinar del Río, proseguir

la ruta hacia Vuelta Abajo, no sin realizar en cualquier pueblo del tránsito la operación que tenía en la mente, con el objeto antes indicado, y proveer de vestuario á los soldados de Quintín Bandera que se hallaban en situación lamentable. Ya en camino, por el terreno cenagoso del *Mayabeque*, nuestra vanguardia reconoció el central Teresa. Porque era esta finca paradero constante de los españoles, se destruyeron todos los edificios que constituían el batey. En el central Teresa solían encontrar cómodo alojamiento las columnas que vigilaban la línea férrea de Güines, y hacían simulacros de exploración sobre un terreno que no cruzaban jamás. Desde uno de los miradores del ingenio Teresa, el general García Navarro contempló el avance de toda la invasión en la mañana del 3 de Enero de 1896. Entonces nuestra caballería hubo de cruzar por un endeble puente de tablas para no atascarse en los trampales del río *Mayabeque*, que se derrama por aquella llanura á la vista del ingenio, que, con sus fábricas de sillería, á modo de ciudadela murada, ofrecía magnífico parapeto á los españoles. Ya en aquella ocasión hubimos de anotar en el diario de la campaña la actitud incomprensible de García Navarro, que permaneció inmóvil durante nuestro paso por el estrecho viaducto. En lo sucesivo las columnas españolas no hallarían campamento abrigado en esta fábrica de azúcar, porque la tea revolucionaria, cada vez más agitada por la discordia, dejaba el combustible de los cañaverales para prender en los artesanos de la opulencia.

En todo el trayecto recorrido desde Nueva Paz al central Teresa, no tuvimos noticias de que ninguna fuerza española viniera en nuestro seguimiento. Probablemente el general Wéyler concentraba el mayor número de batallones sobre Nueva Paz, con el objeto de impedir cualquier otra correría de Maceo sobre la costanera de Zapata.

En la jornada del día 13 se preparó la operación de atacar el pueblo de Batabanó en las primeras horas de la noche; y se procedió al fraccionamiento de la columna, empezando por las fuerzas de Matanzas al mando de Lauret, las cuales emprendieron marcha para sus respectivos distritos. Estas disposiciones se adoptaron a nuestro paso por el ingenio la *Gía*. Mas cerca de Batabanó se despidió el brigadier Zayas, que

desde los campos de Maltiempo (15 de Diciembre de 1895) venía en la columna invasora, rivalizando con los más apuestos y gallardos en la gloriosa campaña de Occidente. Maceo, para recompensar dignamente al valeroso jefe que comandaba el regimiento de Las Villas, le confió la misión de organizar un contingente de 500 hombres en el departamento central, con la orden de que volviera á incorporarse al ejército invasor en la segunda quincena de Abril, dándole asimismo instrucciones para que substituyera á varios jefes del 4º cuerpo, por otros más activos, á su libérrima elección. Tal prueba de confianza demostraba el elevado concepto que al general Maceo, merecía este esclarecido patriota, que durante su vida militar, breve pero famosa, logró unir á los laureles de soldado valiente, la estimación y la simpatía de todos sus compañeros. Al partir el regimiento de Las Villas y su excelente jefe, dejaron un gran vacío entre sus camaradas de Oriente, que sintieron de un modo muy vivo aquella separación, cual si el dedo inexorable del destino hubiese abierto las páginas tristes de lo porvenir, marcando desde entonces los lugares en que habrían de caer los hombres más ilustres de la Revolución.

Al separarse Zayas del cuartel general, la columna invasora tomó el camino de Batabanó, yendo en vanguardia la infantería de Oriente, por ser ésta la fuerza designada para la primera acometida. La columna estaba compuesta de la infantería oriental, el regimiento Céspedes, el Estado Mayor y escolta del general Maceo, dos escuadrones de Pinar del Río, tres escuadrones de Matanzas al mando de Vicente y Antonio Núñez, y el regimiento de Palos, de la Habana, al mando del coronel Cuervo.

A unos tres kilómetros de Batabanó, entre Pozo Redondo y el Crucero, se hizo alto para esperar á que cerrara la noche, á fin de que el asalto cogiera de sorpresa á los defensores de la plaza. No es menester describir la situación geográfica de Batabanó, por ser un pueblo bien conocido, única vía de comunicación marítima de la provincia de la Habana por la costa del Sur, y en aquella época de gran importancia, puesto que del surgidero de Batabanó salían todos los buques que proveían de material de guerra á las diferentes poblaciones situadas en la mencionada costa, desde la Habana hasta Guan-

tánamo. El objeto principal de la operación ofensiva que iba á emprender Maceo, no estribaba en la ocupación del caserío de Batabanó, sino en llegar cautelosamente hasta el Surgidero y hacer botín en alguno de los buques allí atracados. Pero esta última sorpresa no podía determinarse en aquellos momentos, en atención á que no se conocían los elementos defensivos de los españoles en el trayecto que mediaba desde el caserío á la playa. Eran las siete de la noche; y tocando ya nuestra vanguardia los arrabales de Batabanó, sin que se advirtiera señal alguna de estar prevenido el destacamento que guarnecía la población, la infantería oriental, en dos columnas de ataque, metiéndose de rondón, desbarató los primeros obstáculos que halló á su paso. Maceo situó la caballería en la línea férrea, cerca del paradero de Quintana, con destacamentos avanzados y patrullas de vigilancia para que dieran aviso oportuno de la proximidad de algún tren que acudiera en auxilio de la plaza. La presencia de Bandera no fué advertida por la guarnición sino cuando la gente de aquél la emprendió á tiros contra los milicianos que transitaban por la vía pública y empezó el saco en algunos establecimientos.

Cundió entonces la alarma y dió principio la hostilidad desde los fortines y casas arpilleradas, en donde se refugiaron los urbanos. Entretanto, la infantería de Bandera seguía el avance hacia la extremidad opuesta del caserío, pegando fuego á los edificios que podían ser estorbo en la retirada, y la caballería de Tamayo llegó hasta la barriada del Surgidero, ocasionando la alarma que es de presumir. La sorpresa de este último lugar no pudo efectuarse á consecuencia de los disparos de fusilería, que sonaban dentro del caserío de Batabanó, y de las llamas del incendio que tomaban vuelo considerable.

Los buques encendieron sus máquinas y hubo conatos de hacer jugar la artillería. A media noche continuaba nuestra tropa en el pueblo, cargando el jolongo, sin preocuparse ni poco ni mucho del tiroteo de la guarnición. El general Maceo, en vista de lo avanzado de la hora, y coligiendo que en las primeras horas de la mañana acudirían refuerzos de la capital, mandó tocar retirada á fin de disponer lo necesario para el momentáneo vivac en las inmediaciones de Batabanó y jornada del

día siguiente. El asalto de Batabanó nos ocasionó cinco bajas, de la gente de Quintín Bandera (1).

Con el ataque á Batabanó quedaba perfectamente demostrado que las fuerzas acaudilladas por Maceo se hallaban en la provincia de la Habana, muy animosas y aguerridas, y no en camino de Oriente, maltrechas y descorazonadas, como Wéyler acababa de asegurar en el famoso bando de pacificación que dió á la publicidad. Los órganos de la opinión pública, heraldos del servilismo oficial, tenían que explicar de cualquier modo el suceso de Batabanó, la presencia de Maceo en este lugar y el inopinado avance de las partidas insurrectas desde los límites de Matanzas hasta el mismo Surgidero de la costa Sur de la provincia de la Habana. "Fecunda ha sido la decena que termina en emociones de todo género" dijeron los órganos de la opinión pública; "veíanse las gruesas partidas insurrectas ir hacia Oriente, esperábase ver pacificadas en breve las provincias de Pinar del Río y Matanzas, y de momento Maceo y Gómez se reúnen en Manjuarí, llegan juntos á la provincia de la Habana por la Ciénaga, y Maceo avanza con Quintín Bandera, cruzando toda la provincia con el propósito de encaminarse á Vuelta Abajo, sembrando de nuevo de cenizas el suelo y de terror los pequeños poblados. Corriendo Maceo con sus partidas hacia Pinar del Río, acosado y perseguido por fuerzas que de continuo le merman la gente, natural era que Gómez se viera precisado á venir á la provincia de la Habana para distraer las columnas á fin de que Maceo no sucumbiera; y en efecto, Gómez realizó el propósito, sin conseguir su objeto, porque ni para él ni para su lugarteniente faltan obstáculos, y uno y otro andan de mal en peor". Estas manifestaciones, que no necesitan comentarios, no ex-

(1) El general Linares comunicó á la Capitanía General que encontrándose en la mañana del 14 en el ingenio la Gía, reconoció el rastro de las partidas de Maceo, siguiendo el camino de Batabanó. Por informes de los sitieros supo que Maceo había atacado á las siete de la noche del trece á Batabanó, en donde sostuvo rudo y obstinado combate contra los destacamentos que estaban en los fuertes en número de 56 hombres, pertenecientes al batallón de San Quintín y fuerzas de voluntarios. Los esfuerzos de los rebeldes fueron inútiles para conseguir la rendición de los fuertes. A las tres de la mañana se retiró el enemigo con grandes bajas, quemando en su retirada casi todas las casas del pueblo después de saquear la mayor parte.

plicaban nada que tuviera relación con los sucesos recientes, de suma gravedad para las armas españolas; y si algo decían era tan sólo en menoscabo del jefe supremo del ejército, que después de asegurar la huída bochornosa de Maceo y sus secuaces, éstos y su capitán habían realizado acto de presencia en plaza guarnecida, y estuvo en un tris que no hicieran noche en los camarotes de algún crucero español.

Levantamos el campamento á las seis de la mañana. Una sección de caballería tiroteó la máquina exploradora de un tren que se dirigía á Batabanó, y sin otro obstáculo tomamos el camino de Güira de Melena, para situarnos á media tarde en el ingenio Peñalver, en donde se hallaba el brigadier Pedro Díaz con toda la fuerza que tenía bajo su mando, la misma que se separó del Cuartel General en la tarde del 19 de Febrero, momentos antes de efectuarse el combate de Güines. Dicha brigada, al no poder incorporarse al cuerpo central después de la penosísima jornada de *Moralitos*, se corrió hacia el sur de la provincia en donde estableció una base de operaciones; mantuvo en constante alarma al enemigo que operaba por el distrito de Güira de Melena; hostilizó los trenes de la línea del Oeste y de Villanueva, interrumpiendo la circulación en varias ocasiones, y aguardó, en la comarca antes mencionada, el paso de la columna invasora en cumplimiento de las instrucciones que le fueron trasmitidas por el Cuartel General al día siguiente de la acción de *Moralitos*. La brigada que mandaba Pedro Díaz se hallaba perfectamente organizada, contaba con una brillante oficialidad y no le faltaban pertrechos; tenía además un escuadrón completo para el servicio de exploraciones. La mayor parte de sus componentes procedía de las Villas. Pronto tendremos ocasión de relatar la serie de proezas de esta bizarra tropa en el teatro de Pinar del Río.

Cuando Maceo hubo levantado el campo de Batabanó, llegó á dicho lugar, en tren expreso, el general Arolas, para ser testigo de los estragos del asalto. En marcha nuestra columna, á excepción del tiroteo que sostuvo con los fortines del poblado, no fué menester destacar ninguna fracción para reconocer al enemigo, que acudía tarde en auxilio de Batabanó, puesto que no advertimos señal alguna de su proximi-

dad. Sin embargo, los periódicos officiosos de la capital, siempre dispuestos á entonar alabanzas desmedidas, dijeron que Maceo salió precipitadamente del Surgidero al tener noticias de que se hallaba en camino la división del general Arolas, reputado como el más bravo de la milicia de Cuba en la época en que sobresalían Hernández de Velasco, Vicuña, Molina, Segura y otros jefes, no menos batalladores. El caudillo cubano que dirigió la marcha del ejército libertador desde Baraguá hasta Mantua, conocía perfectamente los méritos de los oficiales españoles que contra él lidiaron en diferentes ocasiones, y sabía apreciar el valor personal de cada uno de ellos, desde Santocildes hasta Suárez Inclán; sabía que eran arrojados y diligentes, el comandante Garrido de las Escuadras de Guantánamo, el coronel Juan Tejada, el teniente coronel Bosch, el coronel Nario, el coronel Segura, el teniente coronel Palanca, que batalló en Manicaragua; el teniente coronel Pereda, que bregó en Calimete; el coronel Hernández de Velasco, el teniente coronel Sánchez Hechavarría, los generales Echagüe y Prats, los coroneles Vicuña y Molina, el jefe que mandaba el batallón de Asturias en el combate de la Colmena, y últimamente el general Bernal; pero no se había presentado aún la ocasión de juzgar al general Arolas, porque éste siempre se anunciaba, mas nunca salía á la palestra.

En previsión de que en la jornada del día 15 tendríamos algún choque con las fuerzas enemigas de Güira de Melena, ó con las que vigilaban la línea de Mariel á Majana, se levantaron las tiendas al amanecer. Maceo pretendía llegar á Pinar del Río, aun cuando tuviera que forzar el paso por las inmediaciones de Alquizar y remontar hacia el Norte para meterse en la comarca pinareña por el lugar más peligroso. Se destacó por el flanco derecho un regimiento de caballería para que examinara la línea férrea del Oeste, mientras el grueso de nuestra columna reconocía la ciénaga de Majana con el fin de dejar en sitio adecuado los heridos de los últimos combates. Salváronse los pasos más difíciles de la ciénaga y efectuóse el traslado de los heridos, operación que realizó el coronel Vicente Núñez con la pericia de siempre. El general Maceo adelantó entonces la vanguardia para reconocer los edificios de una finca próxima, en donde se hallaba un destacamento

español que dió la voz de alerta con la boca de los fusiles. El combate era, pues, inminente, porque al desplegarse nuestra vanguardia para repeler la agresión, se distinguió, por entre una guardarraya de mangos, la chimenea de un ingenio, y minutos después, el núcleo enemigo, delante del batey, en son de batalla. El destacamento había acometido por el flanco derecho, con el indudable propósito de echarnos sobre el ingenio Neptuno, en donde nos aguardaba el cuerpo principal para batirnos en regla. Pero en estos momentos el regimiento de caballería que había marchado por la línea del Oeste, regresaba de su excursión, y pudo quitar el estorbo de aquella avanzada que defendió el puesto con singular valentía. Maceo ordenó que resueltamente se tomara la ofensiva contra la columna de Neptuno, porque era indispensable forzar el paso por allí, so pena de retroceder por el camino andado; y ya estrechadas las distancias, nuestra caballería rompió el fuego en orden abierto, mientras la infantería villareña resguardaba los bagajes sin detener la marcha. En este orden, la brigada de Díaz logró situarse á vanguardia y tomar posiciones ventajosas en terrenos de San León de Toscano. Quedaban aún por atravesar la línea de los españoles, la infantería de Bandera y el escuadrón de Cienfuegos, el cual cubría la extrema retaguardia. Los españoles, prosiguiendo el tiroteo, hicieron jugar una pieza de artillería con el propósito de romper el centro de nuestra división, ya que no pudieron impedir que las fuerzas de vanguardia realizaran el cruce en actitud agresiva. Tal vez por la distancia que mediaba entre los dos lugares que ocupaban los españoles, el jefe de la columna creyó que el destacamento más avanzado podía sostener la agresión sobre nuestro flanco derecho. La gente de Bandera disparó por compañías y cruzó también las líneas enemigas, para unirse á las demás fuerzas de infantería que se hallaban en las inmediaciones de Toscano. Maceo quedaba aún delante del enemigo con el regimiento Céspedes, á fin de dar tiempo á que todo el peonaje cruzara el sitio peligroso y siguiera por la huella hasta unirse á las fuerzas de vanguardia. La columna española no salió del ingenio Neptuno, pero impidió que el escuadrón de las Villas que cubría nuestra retaguardia, se incorporara al núcleo invasor en la jornada de este día. Meri-

torio fué, sin duda, el esfuerzo que realizó el coronel José Camacho, que mandaba esta tropa, puesto que, al no poder atravesar el camino de Neptuno, sin perder los caballos, buscó salida por otro lugar, y por medio de un hábil rodeo logró reunirse al cuerpo central sin experimentar quebranto alguno. El combate de Neptuno nos costó 5 muertos y 28 heridos; pero no fué obstáculo para que ese mismo día nuestro animoso caudillo viera colmados sus anhelos de clavar otra vez el estandarte en las tierras de Vuelta Abajo.

El coronel Hernández de Velasco, que mandaba la columna en el combate de Neptuno, comunicó lo siguiente: "A las doce de la mañana encontré avanzadas del enemigo entre Waterloo y Calipso. Mi vanguardia, al mando del comandante Lezcano, tuvo dos horas de fuego con el enemigo, ocasionándole cuatro muertos y cogiéndole 18 caballos. Después acudí al lugar, batiendo al enemigo con fuego de fusilería y cañón, entre Minerva y Neptuno, causándole seis muertos que quedaron en el campo, veinte caballos muertos y ocupando treinta. La columna tuvo un muerto, cinco heridos y seis contusos".

La impericia de Wéyler quedó demostrada en los diferentes encuentros que sostuvo su ejército en el distrito de la Habana, en los que el genio de Maceo hizo valer su notoria superioridad; y la impericia de Wéyler iba ahora á hacer estallar la guerra civil en las montañas de Pinar del Río con redoblado furor. Nada pudo evitar el capitán general español en la disputada campaña que acabamos de referir. No pudo evitar que Maceo y Gómez se unieran y se separaran en dos ocasiones distintas sobre el campo de la polémica, ni que ninguno de los designios que concibieron estos dos jefes de la insurrección, dejara de ejecutarse, á despecho del poderoso contrincante que ya contaba con 40,000 soldados en la parte occidental de la isla, destinados exclusivamente á la persecución de los dos cabecillas. Y bastará para demostrar la pericia de Maceo en esta breve campaña, la sola enumeración de los hechos de armas que él ventiló y dirigió personalmente, en el corto espacio de 30 días (1).

(1) La campaña de los españoles puede darse por fracasada, desde el momento en que siendo el número de 4 soldados para cada insurrecto,

Helos aquí:

Febrero	13	Güira de Melena	Habana
id.	14	Quivicán	id.
id.	16	San Antonio de las Vegas	id.
id.	18	Jaruco	id.
id.	19	Moralitos	id.
id.	19	Catalina de Güines	id.
id.	20	Loma del Gato	id.
id.	25	La Perla	Matanzas
id.	25	Guamacaro	id.
id.	26	Ibarra	id.
id.	28	Bainoa	Habana
id.	29	Santa Cruz del Norte	id.
Marzo	2	Nazareno	Habana
id.	2	Río Bayamo	id.
id.	4	Dolores	id.
id.	6	Acana	Matanzas
id.	7	Diana	id.
id.	8	Río de Auras	id.
id.	11	Nueva Paz	Habana
id.	13	Batabanó	id.
id.	15	Neptuno	Pinar del Río

Suman, pues, 21 combates en el período de un mes; las jornadas, en lo que respecta al camino andado, alcanzan la cifra de 190 leguas. Bien puede decirse que Maceo reunía en grado superlativo todas las virtudes militares: el valor, la actividad, la resolución repentina y la pujanza.

no ha podido evitar el éxito constante y asombroso de los rebeldes mandados por Gómez y Maceo, puesto que, ora diseminados, ora reunidos, han cruzado en todas direcciones de la Isla sin haber experimentado una derrota de verdadera consecuencia. Será inútil que España haga nuevos sacrificios y envíe otros 40.000 soldados á Cuba, y que los españoles estén en razón de 5 contra 1, si estos componentes no son mejor aprovechados. La campaña puramente defensiva y anémica, sólo puede conducir á agotar en vano las fuerzas de la nación, cuyo gobierno debe estar completamente equivocado respecto á lo que pasa en Cuba, porque de otro modo, con la misma energía con que se presta á tantos sacrificios, exigiría que éstos fueran mejor aprovechados.—El "Times", de Londres.

XI

El Rubí

Por la carretera de Candelaria.—Disputada acción de Galope (16 de Marzo).—Como la describe Suárez Inclán.—Terrible é injustificada orden de Maceo.—El 18 de Marzo: combates de Laborí y Cayajabos.—El teniente coronel Francés.—Se frustran de nuevo los planes de Wéyler.—Las lomas del Rubí.—La guerra.—Descripción de Pinar del Río.

DESPUÉS de la acción de Neptuno, forzando la marcha, pudimos llegar á Esponda, término de Artemisa; era el domingo 15 de Marzo. Muy ruda fué la jornada; pero Maceo, tan pronto como buscó hospital seguro para los heridos, despachó correos á los diferentes jefes que operaban por San Cristóbal y montes del Rosario, á fin de que concurrieran con toda urgencia á la zona de Cayajabos, en donde iba á situarse el Cuartel General muy en breve. También participó al delegado de la Revolución las operaciones realizadas en la provincia de la Habana y Matanzas y el retorno de la hueste invasora á Pinar del Río. El general Maceo pidió á Estrada Palma el envío de pequeñas expediciones á las costas del departamento occidental, de cuya falta mostrábase quejoso, porque parecía insólito que no se hubiera recibido ni una sola cápsula del exterior en el período de la campaña invasora.

Al penetrar en Vuelta Abajo carecíamos de noticias de las fuerzas enemigas que operaban en esta región. Era preciso explorar el terreno en tanto no llegaran nuestros parciales con datos fidedignos respecto de la situación de los españoles. Lo único que se sabía era la concurrencia de algunas columnas al mando de Linares, Suárez Inclán y Hechavarría, las cuales tenían la misión de avituallar las plazas de San Cristóbal y Candelaria, y era de suponer que el coronel Hernández de Velasco, seguiría la huella de los insurrectos desde

Neptuno. Maceo tenía el propósito de encaminarse hacia Cayajabos para practicar una exploración sobre Candelaria y establecer la primera base de sus operaciones en los montes del Rubí. Con este propósito se emprendió marcha á las siete de la mañana del lunes 16, y después de reconocer las Mangas y Puerto Rico, se hizo alto en el potrero *Galope*, con el objeto de esperar noticias de los jefes cubanos citados por el Cuartel General. Eran tan sólo las dos de la tarde, y no había que pensar en un largo descanso. Se envió únicamente una avanzada sobre la carretera, como medida de precaución; pero un aguacero torrencial impidió continuar el camino. Fué necesario quitar bridas y monturas, y hacerse de alguna cobija para guarecerse de la borrasca. De improviso, en medio del tremendo aguacero, se oyó una detonación de artillería, y á los pocos momentos algunas más, mezcladas con el estrépito de los fusiles, lo que indicaba que había sido sorprendido el campamento por numerosas fuerzas españolas. No era así, sin embargo: la columna se dirigía á Candelaria por la carretera, ignorando por completo de que á un kilómetro próximamente de su paso, se hallaba acampada la tropa de Maceo. El retén contiguo al camino real, divisó á los exploradores de la columna española y dió la voz de alarma; pero á causa del estruendo de la tempestad que descargaba con toda su furia, no fué percibida en el Cuartel General la detonación de los fusiles, y, sí, el estampido del cañón del adversario. Como el campamento estaba próximo á la carretera, los proyectiles del enemigo derribaron la endeble techumbre que servía de refugio á nuestra tropa, y vino el tropel, con el desorden consiguiente, mientras el clarín tocaba á botasillas. Pero Maceo monta á caballo y restablece en seguida el orden, hecho un león: con cuatro palabras, blandiendo el machete y galopando impetuoso, arroja jinetes é infantes sobre la carretera, en donde están las tropas españolas en línea formidable: ocupan un tramo de la calzada y el puente de *Yaguaza*. Parte de nuestra infantería, la primera que ha empuñado las armas, toma la ofensiva con ardimiento, y á paso de carga se coloca sobre el flanco izquierdo de los españoles, apoyada por un escuadrón del regimiento Céspedes y la escolta de Maceo. Estos cuerpos hacen prodigios, acuden á todos los lugares y sirven de acicate á los

peones que van á la carga con el machete en alto. Arrecia el combate al compás del aguacero; junto al puente de *Yaguaza* se ha formado una laguna que crece por momentos, y á esto se debe que no sean pasadas á cuchillo dos ó tres compañías de la retaguardia española y que no caiga en nuestro poder la pieza de artillería, que ha enfilado desde allí sus fuegos. Los artilleros vense precisados á descargar sus carabinas cuando ya no pueden hacer uso de los botes de metralla. Se oyen las voces de los oficiales que arengan á los suyos. Llega Maceo al lugar de este debate, y dice, imperativamente: *¡A ver, cojan ese cañón!* A esta orden de Maceo, se abalanzan varios oficiales hasta la misma carretera á fin de atacar al puente por retaguardia y hacer presa en la artillería; pero no tuvo éxito el esfuerzo intentado por el grupo delantero, porque los españoles pudieron retroceder, llevándose la pieza de artillería, favorecidos por el lagunato que imposibilitaba el avance de los nuestros, los cuales, para cumplimentar la orden decisiva del general Maceo, tuvieron que arrojarle por debajo del puente de *Yaguaza*. Los combatientes han estado tan cerca los unos de los otros, que algunos se han reconocido en medio de la riña, y han llegado á distinguir el vestuario, las insignias, los arreos de los caballos y otros pormenores. En estas condiciones, continuó el combate con fuego de fusilería hasta que el enemigo abandonó el campo con celeridad y manifiesto desorden, dejando algunos bagajes, vituallas y pertrechos de artillería. Los españoles sostuvieron la acción con gallardía y los nuestros pelearon con singular arrojo; pero la retaguardia de aquéllos fué la que mantuvo el peso del combate y corrió el riesgo inminente de ser copada. En la precipitación con que el general Maceo dió las primeras disposiciones, creyendo que el campamento había sido sorprendido, el brigadier Pedro Díaz interpretó erróneamente la orden que le fué transmitida por uno de los ayudantes de campo, puesto que ocupó una de las márgenes del arroyo *Jicara*, en vez de desplegarse junto á la calzada, aunque con disculpa del ayudante que comunicó la orden; porque Maceo, en el período más violento de la lucha, solía dar las órdenes con tal rapidez, para que asimismo se cumplieran, que la mayor parte de las veces resultaba incomprensible para el más atento y cumpli-

dor de sus oficiales: en tales momentos ningún subalterno del Estado Mayor se atrevía á solicitar la repetición de la orden cuando no era bien entendida. De haberse ejecutado al pie de la letra la primera disposición del general Maceo, el flanco izquierdo del enemigo hubiera sido atacado por la infantería de Quintín Bandera, y simultáneamente, su vanguardia, por el brigadier Díaz, doble acometida que lo habría impelido á dejar las posiciones de la carretera y á buscar salida por las sabanas contiguas, en donde hubiera experimentado quebranto mayor y tal vez un desastre total. Debido á la confusión indicada, una gran parte de la infantería de Pedro Díaz se desplegó en línea opuesta, fuera casi del radio de la acción, y no pudo por lo tanto hacer eficaz la última fase de la ofensiva insurrecta, toda vez que la división española, al abandonar el campo, lo hizo por la carretera, y aunque agredida por pequeños grupos de caballería, no halló la fuerte hostilidad con que hubiese tropezado si el núcleo de la infantería de Pedro Díaz llega á posesionarse del paraje designado por Maceo. Al dispararse los últimos tiros, ordenó Maceo que un escuadrón saliera á reconocer el campo de la pelea, y esta fuerza, que mandaba el capitán Rosendo Collazo, sostuvo nuevo combate con la retaguardia enemiga, ya casi de noche. La acción de *Galope* duró tres horas. Tuvo por palenque la calzada de Candelaria, lugar famoso en la campaña de Pinar del Río, que ahora se ensangrentaba nuevamente con el reñido combate de este día, principio de una serie de encarnizadas disputas que obtendrán desarrollo cuando lleguen los actores al pie de la montaña, y darán fin en las cumbres del Rubí. El gran teatro nos espera.

La columna española iba al mando de Suárez Inclán, quien, al dar cuenta de la operación, dice que salió de las Mangas el día 16, encargando al coronel Hernández de Velasco que lo efectuara desde Artemisa, para apoyarlo en la marcha sobre Candelaria, cuya dirección llevaba el enemigo; que encontró á Maceo, Quintín Bandera y otros cabecillas en número de cuatro mil hombres, en el sitio llamado *Galope*, rompiéndose súbitamente extensa línea de fuego desde la manigua cercana. Refiere Suárez Inclán que desplegó en la línea paralela á la carretera fuerzas de Tarifa, que formaban su vanguardia, con

sección de caballería de Vitoria y artillería, y que el enemigo contestó el fuego en aquella parte, corriéndose á retaguardia, á la que envolvió completamente; que las compañías de Luchana, sección de Vitoria y disparos de tercerolas de artilleros, que, además, arrojaban metralla sobre los insurrectos, que avanzaban al machete, contuvieron á éstos en su acometida; que el enemigo cayó con nuevas fuerzas, pero que se le contuvo, resultando victoriosa la acción para los españoles; y que terminó con un ataque á la bayoneta. Después de dos horas de reñido combate, el coronel Suárez Inclán trató de llegar á Candelaria, y tuvo que sostener otro choque con el enemigo. La columna de Maceo tuvo 23 bajas, entre muertos y heridos (1).

El general Maceo no mostró satisfacción por el resultado del combate: todo lo contrario, estaba huraño y colérico. No podía convencerse de que la orden dada por él á uno de los ayudantes había sido mal interpretada, á causa de la rapidez del mandato; y tampoco podía explicarse que la infantería de Quintín Bandera hubiera permanecido poco menos que inactiva en la acción de *Galope*, como una gran parte de la brigada de Díaz. Dominado por tales impresiones, al establecer campamento aquella noche en una finca llamada *Berrendo*, dictó una orden terrible que causó estupor al primero que pudo leerla, el jefe de Estado Mayor, quien trató de objetar acerca de los extremos reprobables que la misma contenía, y que produjo gran consternación al ser leída, ante toda la co-

(1) Suárez Inclán informó que tuvo las siguientes bajas: "Muertos dos capitanes y cinco soldados, y 4 sargentos y 41 soldados heridos. Otro telegrama fijó las bajas en seis muertos y cincuenta y seis heridos".

Las jornadas de estos últimos días fueron tan terribles, que la columna necesitaba descanso y racionarse, pues faltaban provisiones. Esta provincia ha quedado enteramente destruída por los insurrectos. Fuera de los pueblos en que hay guarnición, han desaparecido todos los poblados, ingenios y casas de campo, quedando solamente en pie los bohíos.

Maceo quería tomar el desquite del anterior fracaso en Candelaria y pretendió cerrar el paso á la columna y arrollarla para caer inmediatamente sobre el pueblo, que en tales condiciones, se le hubiera quizás rendido. Esperó Maceo á Suárez Inclán en magníficas posiciones para su gente, apoyándose en un palmar con espesa manigua, á unos 1,000 á 1,200 metros á la izquierda de la carretera y á 5 kilómetros de Candelaria.

En la apreciación de las fuerzas insurrectas con que se batió la columna de Suárez Inclán, estuvo éste muy modesto en su parte oficial;

lumna formada, poco antes de romper marcha. En ese documento, sin semejante entre las órdenes más terribles que haya dictado un cuartel imperial, autorizaba Maceo á los soldados para que hicieran fuego sobre cualquier oficial que volviera la espalda al enemigo, de cualquier graduación que fuese, y á renglón seguido destituía del mando de la brigada de infantería al veterano Quintín Bandera, que aceptó sin réplica la tremenda acusación, y á los coroneles Lorente, Torres y Ferié, pertenecientes á dicha brigada, á los que dejó en situación de cuartel. No fué justo el general Maceo al verter de su propio y exclusivo concepto injurias que lastimaban el honor de hombres patriotas y leales, para quienes Maceo era un ídolo. El general Quintín Bandera, que, al dar principio el combate de *Galope*, se hallaba con su gente algo separado del lugar en que se situó Maceo; que desconocía en absoluto aquel campo, y al que nadie avisó acerca de la dirección que debía tomar para batir á los españoles y arrojarlos de la calzada, sufrió la pena inmensa de verse preterido por el general Maceo, aunque para volver á recuperar su estimación en otros ruidosos hechos de armas, de igual manera que los tres subalternos que con él fueron objeto del agravio.

Maceo dirigió la columna hacia la calzada de San Cristóbal con el propósito de retar otra vez á los españoles en los mismos lugares en que pelearon con bravura en los primeros días de Febrero. Permanecimos al acecho cerca de cuatro horas; pero no habiendo indicios de que el enemigo dejara sus cuarteles, nos encaminamos hacia el cafetal de Frías.

no era sólo Maceo y Quintín Banderas, sino Miró y otros cabecillas locales, con fuerzas que llegaban á 5 ó 6,000 hombres bien armados. Por ello echábase encima de la columna con gran furia y empuje, acercándose mucho en alguna ocasión, sobre todo cuando atacaron la retaguardia con la pretensión de envolverla, dando grandes voces de ¡al machete, que son quintos!

Por fortuna, la serenidad de la tropa, el aplomo y acierto de la artillería, que les hizo enormes destrozos, y la pericia y valor del jefe, evitaron los propósitos del enemigo.

Hubo necesidad de hacer uso de la metralla, con resultado admirable, porque cayeron grupos enteros de insurrectos.

La columna tuvo necesidad de trabajar mucho, no escatimando los jefes y oficiales la exposición constante de sus personas; pero al cabo salieron victoriosos desalojando á los enemigos de todas sus posiciones en un brillante ataque á la bayoneta.—(“El Avisador Comercial”).

Memorable fué el 18 de Marzo en los fastos de la campaña de Maceo, porque durante él se bregó, desde las primeras horas de la mañana hasta la puesta del sol, contra todas las columnas que pernoctaron en Candelaria: las de Linares, Suárez Inclán, Sánchez Hechavarría, Hernández de Velasco y la del teniente coronel, Eduardo Francés. Parecía, en efecto, que este sitio estaba destinado á ser teatro sangriento de la discordia civil; célebre asimismo en la lucha más remota de la independencia, puesto que en las estribaciones de la sierra de Candelaria había batallado con fortuna el general Narciso López; en este mismo lugar, tantas veces ensangrentado por los enconos de los partidos beligerantes, iban á encontrarse nuevamente los dos bandos rivales, bajo el móvil terrible de la pasión política, valerosos y enfurecidos por igual: el insurrecto, por la idea de la libertad; el español, por la perduración del dominio. Hacía ya muy cerca de medio siglo que se mantenían tan opuestos ideales en este mismo campo de batalla. Nuestra vanguardia, al atravesar el camino del asiento de Frías á Laborí, reconoció la presencia de los españoles apostados en un palmar. Comprendiendo Maceo que la actitud del enemigo era ofensiva, situó el regimiento de infantería de Gómez en unos cercados contiguos, y dispuso que la caballería ocupara una meseta próxima, fraccionada en distintos pelotones, para que pudiera atacar por diferentes lugares sin enredarse en los estorbos del terreno. La infantería rompió el fuego sobre el flanco derecho de la columna y contra el núcleo principal, al desplegarse uno de los batallones, al mismo tiempo que los grupos de caballería atacaban con decisión por el lado opuesto, á fin de impedir el avance de la infantería española por el camino de Laborí al asiento de Frías. Seguramente el jefe de la columna, en espera de refuerzos de Candelaria, por cuanto disparaba cañonazos de aviso en aquella dirección, detuvo el flanqueo de su vanguardia y se replegó en el palmar que le servía de apoyo. El general Maceo retrocedió entonces para esperar al enemigo en el camino de Vigil á Candelaria. En efecto, á la una de la tarde las avanzadas del rastro, constituidas por el regimiento de Palos, al mando de Cuervo, sostuvieron el primer empuje de tres vanguardias enemigas que avanzaban hacia nuestro campo.

El general Maceo, con el golpe de vista en él proverbial, comprendió que el ataque de los españoles era debido á una combinación táctica de cuatro ó cinco unidades y que una de ellas acometería nuestro flanco derecho por el camino de Cayajabos. Bajo esta presunción, que no salió fallida, ordenó en el acto que toda la infantería acelerara el paso hasta situarse en Cayajabos; que sólo quedara en Vigil, entreteniéndolo la vanguardia de los españoles, el mismo regimiento de Palos, y que la caballería de Pinar del Río flanqueara por la izquierda á fin de ocupar la calzada de San Cristóbal, haciendo un alarde sobre esta plaza.

La gente de infantería, que marchaba, según se ha dicho, en la vanguardia, al llegar al sitio que fué pueblo de Cayajabos, reconoció las fuerzas enemigas por el camino de Guanajay: era, por lo tanto, la otra columna, cuya intervención había previsto el general Maceo. En seguida nuestra infantería ocupó posiciones junto á los muros de Cayajabos, y abrió el combate. Al lugar de la función acudió presto el general Maceo con el carácter de protagonista, como siempre, en todas las jornadas de la guerra. Situóse á la cabeza de la infantería, la que desde los escombros de la iglesia de Cayajabos acibillaba la compacta masa del enemigo: éste, muy marcial, resistía á pie firme el fuego certero de nuestros tiradores, pero no podía avanzar de frente á menos que no se arriesgara á sufrir un duro escarmiento, y tampoco le era fácil retroceder, porque los nuestros ocupaban, además de los paredones de la iglesia, un trecho del camino y disparaban á cincuenta varas de distancia. Los españoles cada vez más enconados, hacían fuego á discreción para quitar el gran estorbo de los muros, detrás de los cuales afinaba la puntería una guardia formidable que valía por todo un batallón. Al fuego de fusilería acompañaban metrallazos dirigidos contra las tapias ruinosas de la iglesia, con el empeño de abrirse paso por cualquier lugar y eludir de ese modo el fuego mortífero de la guardia insurrecta, que á cada disparo lanzaba un peón al suelo. Todo el mundo disparaba á quemarrón. Un grupo de oficiales del Estado Mayor que defendía la posición más avanzada, corrió inminente peligro, porque los españoles estaban ya tocando los muros, y momentos después penetraban los más audaces por los bo-

quetes de las ruinas, yendo al bulto con la bayoneta calada. Un ayudante del general Maceo, Nicolás Souvanell, fué agarrado por los asaltantes; pero logró escapar de la presa, casi milagrosamente. No habiendo espacio suficiente para que entrara en combate toda nuestra infantería, Maceo dispuso que se abandonaran los escombros de la iglesia y se tomara una pequeña altura, limpia de arboleda, hacia la que se dirigían también los españoles por el lado opuesto, en donde se entabló otra furiosa pelea en la que jugaron todas las armas, y á la que sólo puso fin el crepúsculo de la noche. Llegó á los españoles que combatieron en Cayajabos el socorro de otra columna, y gracias á este refuerzo pudieron posesionarse del campo y establecer allí el vivac. Maceo acampó en la sierra del Rubí. Toda nuestra gente, especialmente, la infantería, se excedió en el cumplimiento de su deber, y así hubo de expresarse en la orden general del día 19, en la que se hizo constar el comportamiento de nuestras tropas en los combates de Laborí y Cayajabos; y de esa manera quedó borrada la nota injusta que sobre la infantería de Oriente había arrojado la orden general del día diecisiete. Nuestros tiradores hicieron gran mella en las filas enemigas cuando la columna trataba de apoderarse de la iglesia de Cayajabos; pero es de mencionarse que dos hombres tan sólo causaron el mayor quebranto con su certera puntería: uno de ellos, el coronel Vidal Ducasse, el otro un soldado aragonés llamado Zurita: si el primero se ponía el mauser á la cara con singular maestría, su compañero Zurita rivalizaba con él en serenidad y destreza. El general Maceo, que observaba con mucha atención á este tirador, para él desconocido hasta entonces, le ordenó que saliera de la línea de fuego, para buscarlo después en el campamento del Rubí y premiarlo con el diploma oficial.

Los jefes de las columnas españolas, cada uno por su cuenta, explicaron los combates de la Merced de Vigil, Laborí y Cayajabos. Figuran en estos hechos de armas las columnas de Linares, Suárez Inclán, Sánchez Hechavarría, Hernández de Velasco y Eduardo Francés. Se hace aparecer también, ó por lo menos el general Wéyler así lo comunicó al ministro de la Guerra, la presencia de Arolas, dirigiendo la acción de Cayajabos, lo cual es completamente falso, puesto que el jefe de la

unidad española que acometió con tanta bizarría los muros de la iglesia de Cayajabos, era el citado teniente coronel Eduardo Francés. Decía Wéyler, tratando de elevar á su lugarteniente Arolas, que en la acción de Cayajabos había preparado ataque de fusilería y artillería; que se lanzó tres veces valerosamente á la bayoneta sobre las posiciones atrincheradas de Maceo, Bandera y Pérez; que los rebeldes huyeron perseguidos por el fuego de la columna, y que las bajas de las tropas leales fueron siete soldados muertos, dos oficiales y treinta y seis de tropa heridos, un oficial y ocho de tropa contusos, etc. Este número de bajas las confesó también el general Linares al comunicar el parte de la acción de Cayajabos, en el que para nada se menciona al general Arolas, y por lo tanto la intervención de Arolas en dicho combate es lisonjosa. El mismo Wéyler tuvo que proponer después los ascensos de Suárez Inclán y Eduardo Francés, al primero por el combate de *Galope* y al segundo por el de Cayajabos (1).

Los planes que concibió Wéyler para que Maceo no llegara á Pinar del Río volvían á quedar frustrados por la escasa capacidad militar del general español. Porque no hay que achacar la menor culpa de este fracaso estratégico á los jefes de las columnas que lidiaron contra Maceo desde la comarca de Artemisa hasta la falda del Rubí, puesto que batallaron con decisión é inteligencia, particularmente Hernández de Velasco, que se movió con mucha actividad y acudió puntual á todos los lugares de la acción, haciendo para ello jornadas

(1) He aquí los partes de estos combates, que entresacamos de los documentos oficiales: "El coronel Hernández de Velasco comunicó desde Candelaria, por el heliógrafo, que regresaba por la finca de la Merced de Vigil después de haber batido á Maceo, Quintín Bandera y Periquito Pérez en Montesino (Periquito Pérez no ha salido nunca de la zona de Guantánamo), donde hicieron resistencia, causando á la tropa siete heridos y algunos caballos muertos. Tomadas al enemigo sus posiciones y perseguido, lo atacó de nuevo en Laborí y después en la Merced, de donde lo desalojó á cañonazos y bayoneta. Las columnas de Linares, Suárez Inclán y Hechavarría se encontraron en la Merced con el coronel Hernández, curando sus heridos. En estos combates se causaron al enemigo veinte muertos, muchos heridos y se recogieron muchos caballos".

De la acción de Cayajabos dijeron los españoles: "A las ocho de la mañana del diez y siete (fué el miércoles 18), desde distintos puntos se reunían el coronel Inclán y el general Linares con sus columnas en el ingenio Flora, encontrando un campamento enemigo recién abandonado y el rastro por la falda de la sierra. Oyeron el fuego de cañón y avan-

fatigosas, y el teniente coronel Francés que se cubrió de gloria en el combate de Cayajabos. La incapacidad del capitán general español quedaba demostrada una vez más, no deteniendo en su avance á Vuelta Abajo al caudillo insurrecto, á pesar de que la ruta de éste se hizo evidente desde el asalto á Batabanó. No conocemos las razones que adujo Wéyler para explicar al gobierno de Madrid, en términos convincentes, la segunda invasión de Pinar del Río, después de haber batido tantas veces á los rebeldes capitaneados por Maceo en las provincias de la Habana y Matanzas; pero cualesquiera que fuesen los argumentos utilizados por el jefe de las armas españolas, deponen contra él, de un modo irrefutable, porque en presencia de los sucesos ruidosos de aquellos días no caben sofismas de ningún género. Tal vez alegaría el capitán general que Maceo, al verse acosado estrechamente, habíase escurrido por la ensenada de Majana, para refugiarse en la escabrosa montaña de Pinar del Río, en donde quedaría aprisionado para siempre, por cuanto iba á oponérsele una formidable línea militar, infranqueable para todas las partidas insurrectas. Pero tampoco estas razones tenían explicación lógica, desde el momento en que el jefe rebelde no había esquivado ningún combate en la línea divisoria de la provincia occidental, sino todo lo contrario, había afirmado el prestigio de sus armas, al aceptar, uno tras otro, los lances que le brindó el opositor, retán-

zaron por la falda de la sierra Inclán y Hechavarría, y Linares directamente por el ingenio Laborí. Se oyó fuego de fusilería y cañón en dirección de Cayajabos, y llegando Linares á este punto á las seis de la tarde, encontró allí una de las columnas que por la mañana había partido de Guanajay en combinación, mandada por el teniente coronel Francés que se había posesionado de los destruídos muros de Cayajabos, defendidos tenazmente por Maceo. El general Linares agregó que la columna Francés había tenido sensibles bajas; pero que vista la posición ventajosa de los insurrectos, había que reconocer el brillante comportamiento de la columna, la que marchando dominada por las posiciones enemigas y cercas de piedra que rodean el pueblo, tuvo que desarrollar una gran energía combatiendo á pecho descubierto hasta desalojar al enemigo. El jefe, señor Francés, inteligente, resuelto y sereno, condujo sus heridos el 19 al punto de la línea férrea.

Las bajas de la columna fueron siete muertos, dos oficiales y treinta y seis individuos de tropa heridos y un oficial y ocho de tropa contusos y además ocho caballos muertos y trece heridos. Los rebeldes abandonaron en el campo de la acción catorce muertos, treinta y seis caballos muertos y treinta y tres útiles, llevándose muchos individuos heridos''.

La columna de Maceo tuvo ocho bajas, entre muertos y heridos, ni una más.

dolo unas veces, y admitiendo en otras ocasiones el guante que él le arrojara. Y así hubieron de confesarlo, honrándose ellos mismos, el coronel Suárez Inclán al dar cuenta del reñido combate de *Galope*, y el general Linares al proclamar que Maceo defendió tenazmente las posiciones de Cayajabos.

Los montes del Rubí estaban dominados por la insurrección y todos los soldados pinareños que siguieron á Maceo en la campaña invasora, desde el Mariel hasta la sierra de los *Organos*, saludaban de nuevo, con frenético entusiasmo, al firme campeón de la independencia, que retornaba de su gloriosa excursión por las comarcas de la Habana y Matanzas, y venía á establecer la guerra de montaña en la región de Pinar del Río, que habría de immortalizar, con su nombre ya famoso, el de estos picachos agrestes, poco menos que ignorados.

La vista perspicaz de Maceo habíase fijado en este macizo montañoso como sitio de palenque el más adecuado para luchar ventajosamente contra el ejército español, si alguna vez el sesgo de la campaña le obligaba á optar por la defensiva. Abierto ahora el teatro de la guerra con los dos bandos combatientes en función, estos recios eslabones del Rubí servirán para enlazar los bélicos acontecimientos de una disputa desesperada, que atraerá durante meses enteros la atención del mundo, y podrán servir mañana de punto de partida al historiador que trate de reconstruir el escenario de la acción militar de Maceo y de sus antagonistas, aquí iniciada, y aquí debata, con la mayor violencia. Muy pronto por los flancos de estas montañas correrá la sangre de los combatientes, al darse la batalla desparramada por el bosque. Por estos desfiladeros escabrosos, verdaderos laberintos de enmarañada vegetación, y por estos picachos que dominan el Atlántico, atalayas perennes del mar infinito, así como del sendero más oculto, retumbará el trueno de la discordia en días claros y en días tempestuosos. Se nublará el horizonte con el humo de la batalla, y se rasgarán las tinieblas de la noche con los relámpagos de la fusilería; al apuntar el alba y al declinar el sol, la tormenta bélica desatará toda su furia por las hondonadas del Rubí siguiendo el curso del intrincado desfiladero, de peñasco en peñasco, de farallón en farallón, prolongada por los ecos fúnebres del oquedal y los más espantosos del abismo, que pare-

cen devolver las descargas. Saldrán del anónimo los lugares más humildes de esta serranía: el alto de la *Lechuza*, la loma de *Bocú*, el cerro de las Animas, los selváticos vericuetos del *Brujo*; andurriales y encrucijadas, sitios ignotos y campos en barbecho, van ahora á tener nombre determinado, áspero ó sonoro, según la voz del lugareño los designe, y así pasarán al libro de las grandes efemérides á semejanza de Paso Real y las Taironas, de gloriosa celebridad. Y será necesario grabar de un modo indeleble en los mapas de Pinar del Río todos esos puntos desconocidos, y bastantes más, de inseguro hallazgo en los documentos geográficos, á fin de que la historia venidera, al relatar las hazañas del caudillo insurrecto pueda describir el campo de la acción con el nombre que realmente le corresponde, el más conocido de los habitantes del lugar y de otro modo, no resulte incompleta la narración de tantos episodios interesantes que no deben separarse del tema principal, aun cuando tuvieran por teatro lo más oculto de la serranía.

El territorio de Pinar del Río tiene de extensión unos siete mil quinientos kilómetros cuadrados, con una población, antes de estallar la guerra, de doscientos treinta mil habitantes: de suelo muy feraz, rico en vegas, donde se produce el afamado tabaco de nombre universal, con hermosos y productivos campos de caña de azúcar, cafetales de pingüe rendimiento, grandes bosques de maderas de construcción, tierras de labor de variados frutos, potreros ó dehesas dedicados especialmente á la crianza de ganado vacuno, y sureado por multitud de ríos y arroyos que fertilizan las tierras bajas del Mediodía y la envidiada vega de Vuelta Abajo, lo propio que la planicie del lado opuesto, porque corren profusamente en todas direcciones al descender de la sierra, y bien puede decirse que este es el país de los manantiales. Los montes y los ríos es lo único que nos interesa describir, porque ellos juegan papel principal en la cuestión militar de Vuelta Abajo.

Las lomas de Pinar del Río se agrupan todas hacia el Norte, pero algo separadas del litoral, por lo que la costa no es escarpada ni peñascosa, corren de oriente á occidente en formación cerrada, y dividen al territorio en dos grandes planicies, una al Mediodía, muy amplia, donde se halla la vega, y la otra de menor anchura, si bien igualmente fértil, por el lito-

ral del Norte, bañada por el mar Océano. Forman este elevado macizo dos órdenes de montañas, de aspecto distinto y de estructura también diversa: donde comienzan los bosques de pinos disminuye la exuberante vegetación tropical, cambia asimismo el color de las moles, de verde profundo se trueca en ceniciento, y varía la configuración de las cumbres, casi uniformes en la cordillera oriental ó del *Rosario*, originales, caprichosas, extravagantes, al principiar la sierra de los *Organos*, especialmente en el punto de enlace de las dos cordilleras. Aquí parece que la cadena se rompe y que cada mole, desprendida del conjunto, ha sido fundida de nuevo por agentes extraños de la naturaleza, para tomar asiento en el gran anfiteatro de los *Organos*, fuera de la línea, como espectadores gigantes. La cordillera oriental tiene sus estribos en la misma frontera de las dos provincias occidentales (Habana y Pinar del Río), en el espacio comprendido entre el Mariel y Guanajay, mirando de frente la cumbre del Anafe. Se elevan las primeras lomas, *Charco Azul*, el *Jobo* y la *Gobernadora*, muy pintorescas; entre Cabañas y Candelaria se aglomeran, ya empinadas y abruptas; las del Rubí, *Pelada y Manantiales*, Soroa con *Brazo Nogal y Miracielos*, desde donde se divisan los dos mares: el *Mogote, Barrabás*, las del *Cuzco*, de *Juan Ganga, Colorada*, las *Animas, Madame y Buenavista*, que en su mayor parte la tropa insurrecta condensó bajo una sola denominación, las *lomas de Tapia*, y así también las designó el opositor á fuerza de rodar por ellas. Al sur del término de Bahía Honda se alzan la sierra de la *Perdiz*, las *lomas del Brujo* y del *Brujito*, sierras de la *Comadre, Aguacate, Caliente Rabos*, la *Cumbre y Cacarajicara*; las del *Rangel, Sabanilla, Macurijes, Chavarria*, al norte de San Cristóbal montes encumbrados y fragosos; las de *Limonos* y la escarpada del *Toro*, frente á los *Palacios*; las de *Linares y Pan de Guajaibón*, entre Bahía Honda y San Diego de los Baños, y las del *Abra, la Güira, Caiguanabo, Cuchillas de Gavilanes*, la *Cruz* y la de *Guacamayas*, que se extienden por la comarca de Consolación del Norte.

Esta larga serranía, tan escabrosa, erizada de barrancos, plagada de precipicios, é interminable cuando por ella se emprende el camino de Poniente, suele nombrarse la cordillera del *Rosario*, y está unida á la de los *Organos* por la sierra del

Infierno, de subida difícil y bajada peligrosa: es una vía de maldiciones. La cordillera de los *Organos*, marchando de oriente á occidente, abraza las lomas de *Pico Garrido* y *Pan de Azúcar*, la de *Gramales*, *Peña Blanca*, el cerro de las *Cabras*, las sierras del *Anconal*, la de los *Acostas*, la del *Encino*, la del *Sumidero*, las dobles *Cuchillas de San Sebastián*, lomas de *Santa Ana* y *Santa Isabel*, entre otras, de menos importancia, y los cerros del *Cuyaguaje* ó de Guane, donde termina la cordillera de los *Organos* junto á la ciénaga litoral de los *Pesqueros*, inmensa faja de mégano que llega hasta el límite occidental de la Isla: el Cabo de San Antonio.

Los montes de Pinar del Río no alcanzan la elevación de los picos de la *Sierra Maestra* (Santiago de Cuba), ni llegan tampoco á los de Trinidad, pero sí, reúnen lo selvoso y lo áspero de aquellas montañas. Como obras naturales de defensa, acaso ofrezcan mejores condiciones para guerrear con brillo que los célebres picachos de *Daiquirí* y *Aserradero*, porque las lomas de Pinar del Río están escalonadas, particularmente las que dominan el litoral, desde Bahía Honda hasta Cabañas, magnífica serie de reductos; y quien las ocupe con antelación, resuelto á defenderse de un enemigo cien veces superior, aunque la batalla sea diaria, no será fácil que lo expugne de estas lomas el mejor ejército del mundo. En breve se verá como batalló Maceo.

De los ríos es interminable la sola enumeración de los que atraviesan este territorio. El más notable es el *Cuyaguaje*, que tiene sus fuentes en la sierra de los *Organos* dentro de una bóveda natural llamada el *Resolladero*, recorre un curso de ochenta kilómetros, de ellos, veinte navegables, baña casi toda la comarca de Guane y desagua en el mar del sur por la ensenada de Cortés. Siguiendo por el litoral del sur, hacia Oriente, se encuentra el *Galafre*, de limitado curso, que desagua en el puerto del mismo nombre; el *San Juan y Martínez* después, que nace en la sierra de los *Organos*, fertiliza la hermosa vega de San Juan, la más productiva de Vuelta Abajo, y desemboca en el Golfo; el de la *Coloma*, de escaso caudal, que muere en el surgidero del mismo nombre, importante tan sólo porque establece comunicación con la ciudad de Pinar del Río. Viene el *Santa Clara* ó *Río Hondo*, turbulento cuando crece; nace en

las *Cuchillas de Gavilanes*, cerca de Consolación del Norte, riega los campos de Consolación del Sur, tierras de mucho valor por el cultivo del tabaco, forma después el estero de la laguna del Macío y termina en la albufera del Gato; el de *San Diego ó Caiguanabo*, que nace en la misma sierra de *Gavilanes* y es navegable en los doce últimos kilómetros de su trayecto; desemboca en el surgidero de *Dayaniguas*. El río de *los Palacios*; que atraviesa la población de este nombre y forma una gran ciénaga en su desembocadura, lo propio que el *Bacuna-gua*, que baja de la sierra de Limones; el *Sabanalamar*, que lo verifica de la sierra de *Naranja Dulce*, el *Bayate*, el *Manantiales* y algunos más de poca significación que vierten sus aguas en el mar del Sur y agrandan el atoladero de la ciénaga occidental, que hace inabordable casi toda la costa.

Desaguan en el mar del norte: el *Guadiona*, que nace en los cerros de Guane y muere en la ensenada de su nombre; el *Salado* y el *Malas Aguas*, de escaso curso y poco caudal, como el anterior; el *Mantua*, impetuoso y hondo, compite con el *Cuyaguatete*, arranca de la sierra de los Acostas, recoge las aguas de distintos declives, riega todo el término de Mantua y concluye en el embarcadero del mismo nombre; el *Pan de Azúcar*, que nace en la sierra del *Infierno* y desemboca en las *Playuelas*, frente á los cayos de Inés de Soto; el *Rosario*, que brota en las *Cuchillas de Gavilanes*, se abre en muchos brazos al saltar por las peñas, y termina en la ensenada de su propia denominación; el *Santiago*, bastante caudaloso, si bien de corto trayecto, desagua en la ensenada de Ortigosa; el de la *Dominica*, de prolongado curso, pero de poca corriente, que nace en las *Peladas*, atraviesa la laguna del Caimán y desemboca en la ensenada de Benet, cerca de Cabañas; y por último, el *Mosquito*, que tiene su origen en la sierra del *Anafe*, límite oriental de la provincia, y desagua á cuatro kilómetros de la bahía del Mariel.

Pero esta enumeración no es completa, ni mucho menos; faltan cien ríos más: el *Nombre de Dios*, el de *Baja*, el *Portales*, el *Sansueña*, el *Santa Rosa*, el *San Felipe*, el *San Miguel*, el *Frío*, el *Seco*, el *Caimito*, el *Toro*, el de *Tapia*, sin los incontables arroyos que se convierten en torrentes al romper las aguas.

XII

Consolación del Norte

Estado de la insurrección en Vuelta Abajo.—Disputado combate de la Tenería: muerte del bizarro oficial Leopoldo Pérez.—Planes de Maceo.—El regimiento Cespedes.—Primer combate del Rubí (20 de Marzo).—Penosa marcha por la sierra.—Noticias de expediciones.—El pueblo de la Palma: asalto al caserío, tenaz defensa de la guarnición y considerable quebranto de los insurrectos (29 de Marzo).—La expedición de Collazo.

DESDE el campamento del Rubí se repitieron las órdenes á los jefes de las distintas fuerzas de Pinar del Río para que acudieran con toda brevedad al Cuartel General. Volvía Maceo á sentirse impaciente porque no sonaban tiros en el pinar de Vuelta Abajo, calma intolerable para su espíritu batallador. Por otra parte, los informes adquiridos y los relatos de los periódicos españoles no descubrían gran diligencia en los jefes que habían quedado allí después de nuestra separación en el mes de Febrero. El coronel Sotomayor, á quien se dejó una fuerza aguerrida, atacó únicamente el pueblo de Bahía Honda, sin resultado provechoso, y no era de exigir á los demás, que contaban con menos elementos, lo que Sotomayor no había realizado. Coincidiendo con el retorno de Maceo á Pinar del Río, el regimiento que mandaba el coronel Varona sostuvo reñidos combates con el batallón de Wad-Ras en el lugar conocido por la *Tenería*, comarca de Guane, en donde peleó con bravura el oficial Leopoldo Pérez, soldado de gran valor y pericia, que murió honrosamente en el campo de la acción. Este oficial pinareño habíase distinguido en el combate de las *Taironas* (17 de Enero de 1896), en donde fué premiado por Maceo con el diploma de comandante. El batallón de Wad-Ras tuvo varios encuentros con los insurrectos, desde el día 12 hasta el 24 de Marzo, mientras conducía con-

voyes de la Fe á Guane; el más disputado fué el del día 24, en que dicho batallón se dirigía á Guane con objeto de fortificar este pueblo y abastecerlo debidamente para que no volviera á ser abrigo de la insurrección.

Las tropas cubanas, al mando del coronel Varona, venían tiroteando á los españoles de Wad-Ras desde su salida de los Arroyos, y les plantearon combate formal en el lugar conocido por la *Tenería*, inmediaciones de Guane. Allí fué atacada la vanguardia de la columna con decisión, y poco después su flanco izquierdo por los escuadrones de Vuelta Abajo, al mando del valeroso Pérez; la infantería española tuvo que formar el cuadro para defender de las tenaces acometidas de los insurrectos, los que, según confesión del jefe de Wad-Ras, llegaron á cincuenta metros de sus soldados con increíble arrojo. En una de estas acometidas al arma blanca, pereció el bizarro comandante Leopoldo Pérez: cayó exánime de un balazo en la cabeza, y le infirieron dos bayonetazos. Los escuadrones pinareños, que fueron á la carga, hicieron prodigios de valor. Ramón Vidal y Manuel Lazo, que iban con su infortunado compañero, se echaron encima de las bayonetas, y el primero arrebató un fusil de las manos de un infante de Wad-Ras en los momentos más críticos. Las fuerzas insurrectas pertenecían á la brigada occidental de Pinar del Rio, que mandaba el coronel Varona, quien trató de reemplazar los fusiles por el arma blanca cuando el combate estaba bien mantenido por la tropa á caballo ó desmontada, pero con las armas de fuego. Varona, llevado de su natural ardor, creyó que una carga al machete decidiría la victoria, y ordenó á Pérez que diera el empuje contra la infantería de Wad-Ras, la que, prevenida, redobló el fuego por los cuatro lados, y esgrimió las bayonetas cuando el desafío tomó carácter personal. El mismo día 24 un destacamento de las fuerzas de Varona trabó reñida pelea con la guarnición de los Arroyos (1).

La primera disposición que dictó Maceo en el campamento de Rubí, para que la hostilidad fuese la más eficaz dentro

(1) Los españoles hubieron de confesar que tanto en el combate de la *Tenería* como en la acción de los Arroyos, los insurrectos dieron muestra palpable de valor, por cuanto se echaron encima de los cuadros de infantería en la primera reyerta, y atacaron con decisión en la segunda, sin arredrarse ante los parapetos ni ante el estrago de la metralla.

del más extenso radio, comprendía dos objetivos, al parecer opuestos: avanzar por el territorio de Pinar del Río hasta la misma capital de la provincia, y alarmar otra vez el distrito de la Habana, echando sobre Hoyo Colorado y Marianao fuertes destacamentos de caballería con la misión de arrasar dichas localidades y todo el campo contiguo. Con este objeto despachó al regimiento Céspedes con los escuadrones de Palos y la fracción que mandaba Vicente Núñez hacia la provincia de la Habana, y ordenó al brigadier Tamayo que asaltara el pueblo de Hoyo Colorado de primer intento, dejando al arbitrio de dicho jefe las operaciones sucesivas, á fin de que pudiera retornar á Pinar del Río en el más breve plazo por el mismo itinerario que acababa de recorrer el cuerpo central. Salió el regimiento Céspedes con las demás fuerzas que se han mencionado á realizar esta peligrosa excursión, la cual efectuó, en parte, porque si bien llevó a cabo el asalto de Hoyo Colorado, no volvió á incorporarse al cuartel general de Maceo, debido á que á raíz de este hecho de armas, levantó cabeza el espíritu de indisciplina entre las diferentes fracciones que iban al mando de Tamayo, y á este jefe, cumplidor y valiente, pero demasiado benigno, le faltó energía para hacerse respetar de los subalternos sediciosos, entre ellos, el coronel Vicente Núñez, que se opuso al retorno de las fuerzas á Pinar del Río, y aquéllos optaron por seguir el rumbo opuesto con el propósito de internarse en las Villas, campando por sus respetos. El regimiento Céspedes fué una de las unidades más aguerridas del ejército invasor; en todas las peleas tomó parte muy activa y eficaz, y bien merece que honremos su memoria. Se constituyó con elementos veteranos de Santiago de Cuba y Guantánamo, en el mes de Mayo de 1895, cuando Maceo asumió el mando del departamento Oriental y dió nomenclatura á las diferentes partidas que se habían levantado en armas. El regimiento de Céspedes inauguró sus funciones en el famoso escenario de *Peralejo*. Engrosó el regimiento, hasta el punto de formar una brillante unidad dentro de la organización del ejército libertador, al abrirse la campaña de invasión; la mayor parte de sus componentes eran entonces de la raza negra; sus jefes principales cayeron durante la jornada invasora, aquí y allá, en todos los sitios en que fué

menester prodigar el valor y la fortaleza. Cayeron en *Mal Tiempo*, José Cefí y Sarabella, cayó en Calimete el bizarro Fernández, conocido por el *Gallego*, por ser oriundo de aquella región de España, cayó en las Taironas (Pinar del Río) el coronel Pedro Ramos, que á la sazón tenía el mando del regimiento, cayó en Paso Real el bayamés Pablo Chacón, acribillado á bayonetazos, y estaban mutilados casi todos los oficiales de este bizarro cuerpo; los demás tenían por tumba el campo desolado de la batalla. De muchos de ellos no se han podido aún recoger los despojos, ni podrán recogerse jamás, porque fueron enterrados á la ventura por la mano piadosa de algún amigo, que después desapareció como ellos en sitio ignorado de la palestra, sin cruz ni señal alguna que designe el lugar del sepelio. Este regimiento y la escolta de Maceo formaban, puede decirse, la guardia valerosa del cuartel general: decidían la mayor parte de los combates, y eran el terror de propios y extraños. El regimiento de Céspedes iba al mando de Esteban Tamayo, que gobernaba al mismo tiempo las otras fuerzas de caballería desde que la invasión penetró en el departamento occidental; y Tamayo también sucumbió en los campos de *Motembo*, precisamente, cuando cumpliendo con su deber, junto con el brigadier Zayas, trataba de forzar las líneas de los españoles para unirse al general Maceo: empresa poco menos que irrealizable en aquella época. Cuando Tamayo dejó el cuartel general del Rubí para ir á realizar la operación sobre Hoyo Colorado, llevó consigo las fracciones que quedaban del regimiento Guá, gente muy valerosa que procedía de Manzanillo y Bayamo, otra reliquia de la invasión. En la fecha que abraza nuestro relato los componentes de Céspedes y Guá no excedían de trescientos hombres, pero constituían el núcleo potente y vigoroso de siempre, la caballería temible que iba al asalto y descargaba el golpe decisivo.

Todo el día 19 de Marzo lo pasó lloviendo, y sin duda, por esta circunstancia, una columna española que se hallaba en la playa, en disposición de atacar el campamento del Rubí, no emprendió esta operación hasta el día siguiente. Entre ocho y nueve de la mañana, la vanguardia enemiga tomó la dirección del Rubí, con el propósito de sorprender el hospital de sangre y los talleres del teniente coronel Pedro Delgado. Preparó

Maceo la defensa del campamento y mandó á Pedro Delgado sobre la vanguardia enemiga, no sin dejar bien reforzado el retén del Rubí que custodiaba el parque y el hospital. Dos compañías de infantería, auxiliadas por grupos de jinetes, contuvieron á los españoles en su avance y les obligaron á desviarse del sendero que conducía al lugar en que se hallaba el depósito de guerra. Rechazada la vanguardia, principió el combate de guerrillas en cada una de las posiciones que defendían los insurrectos, de las que trataban de apoderarse los adversarios, función que no cesó hasta las cuatro de la tarde, con la retirada de las fuerzas españolas que se encaminaron hacia el ingenio San Juan Bautista, para pernoctar, y al día siguiente dirigirse á los cuarteles más seguros de Guanajay. Las posiciones del Rubí, según ya se ha descrito, eran inmejorables para sostener con poca gente la batalla. Sólo tuvimos tres bajas. Los puestos avanzados del Rubí pudieron observar que un cañonero hacía zafarrancho de combate entre los puertos de Cabañas y Bahía Honda, mientras la columna intentaba ocupar el campamento de Delegado (1).

El Cuartel General, después de ventilado el combate, se situó en Guasimal, cerca del Rubí. Acababa de incorporarse el coronel Sotomayor, á quien se le ordenó que se trasladase á Cayajabos á fin de conocer el rumbo posterior de la columna enemiga que pernoctó en San Juan Bautista la noche del veinte. Se movió Maceo hacia Cabañas, pasando por la loma del *Vigía*, con el objeto de reforzar á Sotomayor en el caso de que el enemigo volviera á tomar la ofensiva; pero todas las noticias que trajeron los exploradores y confidentes coincidían con el aviso de la retirada de los españoles con rumbo á Guanajay.

(1) El parte español decía así: "La columna del coronel Villa batió el veinte á las fuerzas de Maceo, mandadas por Bermúdez, Alfonso y Delgado, en las lomas del Rubí, desalojándolas y haciéndoles dejar en el campo siete muertos. Fueron inutilizados más de ciento cincuenta caballos de los rebeldes, se les tomó el campamento y nuestras tropas sólo tuvieron un cabo de Guipúzcoa muerto, los tenientes Goya y Zabadero y nueve soldados heridos. Los rebeldes dejaron armas, municiones y víveres; se les destruyeron más de cincuenta casas de guano que constituían su albergue. Las fuerzas del coronel Suárez Inclán acudieron, batiendo al enemigo por el flanco izquierdo, causándoles un muerto visto. Las tropas tuvieron dos heridos. En su huida, fueron alcanzadas por la columna Linares en las lomas del Rosario, donde tuvieron muchas bajas".

El día 24, estando acampados en San Francisco, se cogió un correo de los españoles con un pliego escrito y firmado por el general Linares, en el que preguntaba al comandante militar de Bahía Honda si conocía el rumbo del grueso enemigo mandado por el *cabecilla* Maceo. A Linares se le contestó que el general Maceo se hallaba sin novedad en San Francisco y que el jefe de Bahía Honda no podía darle informe más veraz. Pero no cabía duda de que el general Linares trataba de seguir la huella de nuestra columna y acudir en auxilio de Bahía Honda, en la creencia de que Maceo intentaba atacar esta plaza. Incorporado nuevamente Sotomayor á su regreso de Cayajabos, emprendimos la marcha por el camino de Bahía Honda. Llegamos á Castillo sin antecedente alguno; pero los destacamentos que envió Maceo en busca de víveres, sostuvieron escaramuzas en San Gabriel con una columna española, que era de suponerse iba mandada por el general Linares. Se incorporó el teniente coronel Carlos Socarrás con la tropa de Cacarajícara.

Maceo se propuso atacar el pueblo de la Palma, que siempre se distinguió por su espíritu hostil á la causa de la libertad, y encargó á Socarrás que guiara la columna por los lugares más ocultos, á fin de despistar á Linares y á cualquier otro jefe enemigo que estuviera sobre nuestro rastro. En la jornada del día veintiseis hubimos de atravesar un desfiladero muy quebrado, poco menos que intransitable; acampamos en San Ignacio, término de las Pozas. Circulaban noticias de que por la *Mulata* estaba al desembarcar una expedición procedente de los Estados Unidos, y se aseguraba que el jefe de ella era el general Calixto García. Para cerciorarse de la verdad de estos rumores, Maceo ordenó á Socarrás que se aproximara al litoral en donde podrían adquirirse noticias más concretas. Nada pudo comprobarse entre el vecindario de aquellos contornos, y únicamente se obtuvo la noticia, que después se confirmó plenamente, de que la expedición aludida logró desembarcar en las costas occidentales, al mando de Enrique Collazo. No fueron menos penosas las marchas de los días sucesivos, 27, 28 y 29 de Marzo, por una sierra muy áspera, que parecía interminable, al través de bosques de pinos escuchando su eterna lamentación, por donde no había de seguirnos el

general Linares, el cual estableció su cuartel en Bahía Honda, no sin comunicar al general Wéyler, que, en iguales términos lo trasmitió á Madrid, "que él no dejaría el rumbo que llevarse el enemigo" (1).

En la noche del 29 se tomaron todas las disposiciones para asaltar el pueblo de la Palma. Se sabía que la guarnición, compuesta de tropa regular y voluntarios, iba á defenderse con tenacidad y que contaba con buenos reductos en el centro de la villa, aparte de las alambradas exteriores. Pero nuestra vanguardia llegó hasta el mismo perímetro de la plaza sin que los centinelas dieran la voz de alarma. Iniciado el ataque por nuestra infantería, ésta venció fácilmente los primeros obstáculos, y aun logró conquistar mayor espacio dentro del pueblo, sin haber recibido un solo balazo. Creíamos ganado el baluarte por medio de la sorpresa. ¡Funesto error! pues á los pocos minutos empezó el tiroteo de los defensores y se recorrió el telón del horrible escenario.

Las llamaradas de algunos edificios anunciaban claramente que nuestra tropa se hallaba en posesión de una parte del caserío, y esto dió margen á que el general Maceo, queriendo afirmar la victoria, hiciera disparar una pieza de artillería contra las tapias de la iglesia, parte de la cual estaba perfectamente alumbrada por el incendio de las casas inmediatas, y se divisaban soldados sobre uno de los muros, apuntando y descargando las carabinas. Probablemente, el cañón no causó mella, por cuanto el tiroteo arreció desde la iglesia, y conjuntamente, de todos los tambores, de todas las ventanas, de todos los cobertizos salió plomo á granel y bien dirigido. Empezó desde aquel momento la confusión y el desorden, porque de súbito los asaltantes se vieron ofendidos por un fuego mortífero que no daba lugar á la réplica: nuestra gente estaba poco menos que acorralada.

Este percance, de suma gravedad, lo motivó el aturdimiento ó la mala fe de uno de los guías, que tenía la misión de

(1) Wéyler publicó que Linares "continuaba la persecución de Maceo y Bandera, con las columnas de Suárez Inclán y Villa combinadas, habiéndosele hecho al enemigo en los días 24, 25, 26 y 27 un muerto, cogiéndole además ocho prisioneros, armas, bastantes cartuchos y otros efectos; que por lo quebrado del terreno, las marchas habían sido penosísimas y que el general Linares estaba dispuesto á marchar por el rumbo del enemigo".

conducir la infantería por la calle principal de la población para apoderarse del centro de la localidad, y séase porque el pánico lo turbara, ó ya porque fuera cómplice de los defensores, dió con la tropa asaltante en los mismos reductos enemigos y fué fusilada á mansalva. El coronel Vidal Ducasse hizo pagar con la vida la torpeza ó infidelidad de aquel hombre. El fuego de fusilería cobró entonces mayor incremento; las descargas atronaban el espacio. El incendio del caserío, en vez de favorecer, perjudicó á los insurrectos, puesto que la claridad de las llamas alumbraba de lleno todo el espacio que ocupaban, y eran víctimas de los fusilazos que vomitaban los españoles, bien apostados y libres de estorbo. Sólo un grupo insurrecto avanzó con resolución por entre las líneas de fuego y empeñó refriega personal con algunos voluntarios que peleaban al descubierto. ¡Hasta las mujeres hicieron cara á los mambises, rivalizando con los milicianos! Un soldado de la escolta de Maceo hubo de liarse con una mujer que le hizo tres disparos de revólver; este pasaje se desarrolló en los umbrales de una bodega: aquella espartana defendía el mostrador. La situación se hizo muy crítica para los nuestros, porque sin guías seguros hubieron de retroceder por el mismo lugar de la entrada, abriéndose paso á tiro limpio y arrostrando el fuego convergente de la guarnición, la que redobló el ímpetu al cerciorarse de que los insurrectos no podían ofender con eficacia.

Socarrás, que se hallaba en uno de los sitios de mayor peligro, en vista de que la operación no podía sostenerse por más tiempo, se decidió á comunicárselo al general Maceo para que resolviera el conflicto sin pérdida de momento, pues ya era imposible retirar los cadáveres que obstruían una de las entradas de la población y los mismos heridos corrían peligro inminente de ser rematados por los defensores de la plaza. Era la una, próximamente, de la madrugada. Convencido Maceo de que serían infructuosos todos los esfuerzos que pudieran realizarse, ordenó la retirada hacia el campamento de *Caimito*; marcha lenta y penosa, con un largo convoy de heridos, algunos de ellos muy graves, y dominado el espíritu por la pesadumbre del desastre. Habíamos dejado en la Palma 39 muertos, y conducíamos 88 heridos! Esa tarea de la conducción, y la precedente, de preparar las camillas con las varas

más recias de los árboles que hubieron de buscarse dentro del monte, fueron dos angustias más, de horrible sostén.

El ataque de la Palma fué para nosotros una derrota completa. La jefatura del ejército español no se dió cuenta exacta del episodio, por cuanto se limitó á decir que Maceo había atacado el pueblo de la Palma y que dejó allí treinta y siete muertos. Como ningún jefe de alta graduación acudió en auxilio de la Palma, no hubo himnos de gloria para aquellos bravos defensores que tanta mella hicieron en las filas insurrectas.

El objetivo de Maceo de hacer una excursión por Pinar del Río por el mismo itinerario de la primera invasión, podía darse por fracasado después del luctuoso suceso de la Palma, porque el gran número de bajas imposibilitaba de momento el avance hacia la comarca occidental, y por otra parte, Maceo quería saber lo más pronto posible si era ó no cierto el desembarque de la expedición de Collazo, y para ello no podía tomar la dirección de Pinar del Río, porque le alejaba de la costa.

La expedición de Enrique Collazo había efectuado el alijo en el Varadero de Cárdenas. Puede asegurarse que este patriota, al hacer rumbo con el vapor *Three Friends*, á la provincia de Matanzas, era con el objeto de auxiliar á Maceo en la creencia de que lo encontraría aún en dicha comarca. Enrique Collazo, hombre de espíritu cultivado y militar de profesión, fué uno de los adeptos más firmes del separatismo no cesó de conspirar un sólo momento durante el dominio de España. Salió de la Habana en Noviembre de 1894, para ponerse de acuerdo con Gómez y Martí sobre los planes revolucionarios, y fué uno de los que dió la consigna para el levantamiento de Febrero. Quedó en New York preparando una expedición, que sólo pudo organizar después de algún tiempo, y pasando por toda suerte de vicisitudes, porque en aquella época la delegación del partido revolucionario no contaba con recursos suficientes. Por fin alistó la gente, se hizo de algunos armamentos, fletó el vapor expedicionario, y el día 17 de Marzo, á las cuatro de la madrugada, hizo rumbo á Cuba. Una vez en el mar ordenó al capitán que se dirigiera á Matanzas. En la misma noche del diez y siete ancló en el Varadero de Cárdenas, por error del práctico ó del capitán, puesto que muy cerca del lugar existía un destacamento español, con el que

sostuvieron pendencia los expedicionarios después de efectuado el alijo y enterradas en la arena las cajas de municiones.

Al día siguiente se incorporaron á las fuerzas insurrectas de Miquelini, Cepero y Tavío, que acudieron al sitio del desembarco y pudieron rescatar la mayor parte del cargamento que se hallaba en poder de los españoles. El general Lacret encontró á los expedicionarios el mismo día 18 en el distrito de Cárdenas, cinco días después de haberse separado del general Maceo en la provincia de la Habana. Sabiendo Lacret la necesidad que tenía Maceo de pertrechos de guerra, dispuso mandarle 20.000 tiros en el acto, y para ello comisionó al coronel José Roque, con la orden estricta de que alcanzara á Maceo en la comarca de Vuelta Abajo. El coronel Roque no cumplió la misión encomendada á su celo, toda vez que no llegó un solo cartucho al cuartel general (1).

Los soldados de la invasión seguirían batallando con las cananas vacías hasta tanto que el oleaje del mar no les fuera venturoso y echara sobre la playa el codiciado utensilio.

(1) El comandante militar de Cárdenas publicó "que había sido apresado un desembarco de armas en la playa de Varadero, y que después de efectuado, llegaron al fuerte numerosas partidas insurrectas. Sabíase que el destacamento se defendía, pero se ignoraban los resultados de la operación, saliendo varias columnas para defender el destacamento atacado. El contrabando de guerra, parte de una expedición desembarcada por Collazo, fué capturado por el destacamento de Varadero, compuesto de treinta hombres de infantería, consistiendo lo apresado en 121 cajas de municiones, nueve cajas de armamentos y otros útiles: 24 horas se mantuvo la fuerza sin comer en la trinchera, dando ejemplo el teniente y el sargento, que resistieron tres ataques".

XIII

Las lomas de Tapia

Del Caimito á San Diego de los Baños.—La montaña del Toro.—Los españoles ocupan el litoral.—Acción de San Claudio: brillante retirada de la columna de Devós (9 de Abril).—Argucias del general Weyler.—Primeros combates en las lomas de Tapia (14 y 15 de Abril).—Croquis de Pinar del Río hecho por Wéyler.—La trocha: su origen, su historia y su verdadero objeto.—Rumores de pacificación y medidas adoptadas por Maceo.—La campaña de las mentiras.

EL desgraciado suceso de la Palma, previsto por los hombres conocedores del lugar, fué por este motivo doblemente sensible; pero Maceo, que no exteriorizaba por largo tiempo sus emociones, disimuló el fracaso activando los preparativos para nuevos empeños militares; despachó á Socarrás y á Delgado para sus respectivas comarcas (Cacarajá-cara y el Rubí), á quienes dió instrucciones para que estuvieran muy al tanto de los movimientos del enemigo, sin descuidar la vigilancia de la costa. A los tenientes gobernadores Pío y Ramón Cruz, les confió los heridos de mayor gravedad tan pronto como el coronel Hugo Roberts, médico del cuartel general, terminó su humanitaria misión con un celo digno del mayor encomio; y expedita la columna se emprendió el camino de San Diego de los Baños, por la sierra de la *Cumbre*, con el propósito de atacar la plaza. Entre nueve y diez de la noche del 31 fué tiroteado el caserío por la gente de Sotomayor. Con ello demostró nuestro General que para él no había distancias, reveses de fortuna ni caminos intransitables.

En las primeras horas del día siguiente (1º de Abril), se tomó el camino de la sierra de Limones, para subir la alta y escarpada montaña del Toro, con el fin de explorar el campo enemigo de Bahía Honda. En la meseta de esta montaña tenfan

los españoles un destacamento, encargado de custodiar un aparato óptico que se comunicaba con Los Palacios, población de la línea férrea. Se sostuvo un ligero tiroteo con dicho destacamento; pero parece que nuestros proyectiles causaron algún daño en el heliógrafo del Toro, por cuanto el general Wéyler comunicó la noticia á Madrid en términos sensacionales: dijo que había sido atacado el destacamento del Toro por la gente de Maceo, después de haber sostenido sus defensores ¡diez y ocho días de asedio! Era la primera vez que Maceo cruzaba por esa montaña, y no era cosa de entretenerse en poner sitio á un destacamento de 25 hombres. También participó Wéyler que la conducta de los defensores había sido heroica. Para que todo sea erróneo y falaz en los partes que Wéyler trasmitía al gobierno de Madrid, agregó que el ataque decisivo lo intentó Maceo el día cuatro de Abril, cuando, en realidad, nuestro paso por el Toro fué el día primero, sin detenernos más que algunas horas en el reconocimiento de la posición enemiga (1).

En la cúspide del Toro se desató una tempestad horrible; hubo que acampar en la vertiente de la montaña, en donde permanecimos hasta el día 3, bajo incesantes aguaceros que convirtieron en cataratas todos los declives de la sierra. Pero el día 3, cansado Maceo del reposo á que lo sometía la furiosa tempestad, hizo rumbo á San Diego de Tapia desafiando el temporal de agua y viento, que no dejó de azotarnos ni un solo momento durante la jornada. Al día siguiente, 4 de Abril, por desfiladeros espantosos, nos encaminamos al término de Bahía Honda para reconocer la zona que ocupaban los españoles; tenían destacamentos en los ingenios Bramales, Teresa y Luisa, y el cuartel general se hallaba en la población de Bahía Honda. El general Maceo dispuso que las fuerzas de infante-

(1) Por partes heliográficas se supo el 5, por conducto del coronel Salamero, que los generales Suárez Inclán y Linares dieron cerca de Viñales una batida á las fuerzas de Maceo, las cuales abandonaron en su fuga 20 muertos que enterraron las tropas de Suárez Inclán.

También comunica Salamero que aprovisionó una torre heliográfica que había sido atacada por una partida que fué rechazada por las tropas, sin que éstas tuvieran novedad.

Por parte oficial remitido del comandante militar de Candelaria, se supo el día 5 que había sido heroica la conducta observada por el cabo Padrós y demás individuos del destacamento del heliógrafo del Toro en el ataque de los insurrectos, habiendo estado 18 días á galleta y agua.

ría ocuparan el camino de Lechuza, y que la caballería se situara en Manuelita, ingenio demolido. Se enviaron patrullas sobre las fincas antes indicadas, las cuales confirmaron la presencia del enemigo. Las fuerzas de Pedro Delgado habían llegado al Rubí y efectuaban á la vez reconocimientos por la zona de Cabañas. En esta situación, Maceo esperó el ataque de los españoles; pero, éstos, no lo iniciaron hasta el día nueve.

Entre once y doce de la mañana de ese día (9 de Abril) oyéronse algunos disparos por el lado del ingenio Manuelita, en donde se hallaban las avanzadas y la escolta del general Quintín Bandera. Inmediatamente se encaminó Maceo para dicho lugar con la guardia de caballería; el tiroteo iba cobrando intensidad. Muy cerca de Manuelita, desde el camino de Lechuza, se divisó la vanguardia española que avanzaba hacia nuestro campamento, con fracciones de infantería y caballería. Los jinetes de la escolta del General le salieron al encuentro y empeñóse la primera parte de la acción con bastante calor. Pero haciendo falta refuerzos de infantería, Maceo ordenó que acudieran dos compañías para hostilizar el flanco izquierdo de los españoles, que avanzaban con resolución. La caballería cubana ocupó otra posición, sobre una eminencia, á fin de llamar la atención de los españoles y dar tiempo á que las dos compañías de infantería se situaran convenientemente. En estos momentos se abrió el combate formal. Maceo echó pie á tierra, y por primera vez en esta campaña, empuñó un fusil: provisto de la canana que le facilitó un peón, se puso á hacer fuego en línea de nuestros tiradores como un simple soldado. Al ejemplo del general Maceo, todos los ayudantes se echaron las carabinas á la cara: empezaba desde aquel momento la guerra de montaña; sin distinción de jerarquías, todo el mundo, en lo sucesivo, ocuparía el puesto de tirador. En lo más recio de la pelea, cuando los proyectiles de uno y otro bando abrían huecos en las filas, súbitamente la columna enemiga se declaró en retirada, visto lo cual, Maceo preparó el ataque con todas las fuerzas de infantería del centro y retaguardia. De una compañía se hizo cargo el jefe de Estado Mayor por el camino de Govín á San Claudio, y Maceo flanqueó por el costado izquierdo con el propósito de colocarse sobre la vanguardia de la columna enemiga, y envolverla. Los espa-

ñoses seguían la marcha de retroceso con estricta precisión, militarmente; se retiraban por escalones, defendiendo cada posición el tiempo necesario para que su vanguardia é impedimenta pudieran ganar terreno, y hacer infructuoso el ataque de flanco de la tropa cubana. En las cercanías del ingenio San Claudio, la compañía que seguía la huella de los españoles por el camino de Govín, quedó sin pertrechos, pero á una señal de Maceo continuó la persecución hasta los muros de San Claudio, donde se había hecho fuerte la retaguardia de los españoles, al tiempo que se le unía el refuerzo de infantería, dispuesto por Maceo momentos antes para el ataque decisivo. Volvieron los españoles á tomar resuello para ganar un promontorio próximo á la costa, é hicieron allí brava defensa durante quince minutos, período necesario para que su impedimenta y el cuerpo de vanguardia llegaran al embarcadero de San Claudio, que les sirvió de áncora de salvación. La pelea duró seis horas continuadas, en un trayecto de dos leguas de extensión, desde el camino de Lechuza hasta el mar, recorrido por los combatientes de los dos bandos. Un escauadrón del Rubí, al mando de Federico Alfonso, estuvo hostilizando á los españoles durante gran parte de la noche, mientras procedían al embarque de los heridos. Al obscurecer, la columna Devós fué auxiliada por Suárez Inclán. El combate de San Claudio costó á los cubanos 37 hombres, entre muertos y heridos; pero los españoles debieron sufrir pérdidas considerables, que se hubieran triplicado, si el jefe de la columna, al iniciar la retirada, no lo hubiese hecho con suma maestría, simulando primero el ataque de flanco sobre una de nuestras posiciones de Lechuza, mientras su vanguardia reconocía el camino de San Claudio y ocupaba los puntos más estratégicos, para convertirse en retaguardia y ser el sostén de la unidad, al emprender la retirada definitiva. Es indudable que el jefe de la columna española inició el ataque á una hora convenida de antemano, en la seguridad de que acudiría el otro componente por la parte de Bramales, para que el ataque fuese simultáneo sobre Manuelita y Lechuza. Faltándole el aviso de la operación combinada, y viéndose acometido por fuerzas de infantería, bien dirigidas, optó por la retirada, en la que demostró tanta destreza como valor.

El parte español estaba concebido en estos términos:

“Cuando se esperaba conocer resultado de la combinación preparada para batir á Antonio Maceo y sus partidas en las lomas de Lechuza, se ha sabido que el batallón Alfonso XIII ha librado gloriosa acción sin brillante resultado, por faltar una de las columnas que debían acudir á la operación. Comunicó Suárez Inclán desde el Mariel que en combinación su columna con el batallón de Alfonso XII del teniente coronel Devós, recibió confidencias de que por Lechuza, á legua y media de Manuelita, estaba Maceo, emprendiendo marcha para dicho punto el teniente coronel Devós. Después de pasar el ingenio San Claudio avanzaron 200 caballos, retirándose el enemigo hacia Lechuza. Desde este momento cada altura que dominó la columna fué un combate, y una vez en Lechuza, encontraron numerosas fuerzas enemigas que trataron de envolverla. Hizose una simulada retirada hacia el ingenio San Agustín ó Recompensa; con dos horas de avance llegaron al embarcadero de San Claudio, donde se fortificó la columna y donde llegó también la del general Suárez Inclán, protegida por los fuegos del cañonero *Alerta*. Dice el teniente coronel Devós, que el enemigo se batió á pie durante la acción, calculando el número de la fuerza insurrecta en 5,000 hombres, habiéndosele causado numerosas bajas. Por nuestra parte las bajas fueron: 4 soldados muertos y un oficial y 13 soldados heridos del batallón de Alfonso XIII. Los heridos se trasladaron en una goleta al fuerte Reina. El general Inclán había salido por la madrugada hacia la loma del Cuzco, para combinar la operación, entrando por la tarde en el cafetal Dolores, continuando hacia el potrero Moreno, siguiendo en dirección á San Diego de Núñez, donde oyó fuego de cañón y fusilería por Lechuza y Manuelita. En Bramales supo que una numerosa partida era batida por el batallón de Alfonso XIII, por lo que apresuró la marcha, llegando á San Claudio al anochecer, sin haber comido la tropa. El batallón de Alfonso XIII sostuvo desigual combate, desplegándose con lucimiento y arrojo, conteniendo siempre las acometidas de Maceo. La aparición de la columna Inclán hizo retirar á Maceo, sin lograr alcanzar éste el éxito que esperaba, normalizándose la situación”.

El general Wéyler mandó instruir expediente al coronel Sánchez Hechavarría, por no haber éste concurrido á la operación que se había preparado contra Maceo, acerca de lo cual no podemos emitir comentario alguno, porque es para nosotros dato inaveriguable la falta que se le atribuye á Sánchez Hechavarría, militar de valor probado; pero se hizo aparecer en la combinación al coronel Suárez Inclán, cuando éste no tomó parte en el fuego de San Claudio, en que sólo batió el cobre el batallón que mandaba Devós, única fuerza que inició el ataque, que lo sostuvo hasta el momento crítico, y se retiró admirablemente sin abandonar un solo herido. Un diario de la Habana, que recibía las inspiraciones de la Capitanía General, dijo á este respecto: —“Se ha comentado mucho el fracaso de la acción combinada contra Maceo en *Lechuza* y la formación de expediente al coronel Ulpiano Sánchez Hechavarría, que no concurrió á ella como parece que se le había ordenado. El público cree que son muchas las combinaciones que fracasan por adelanto ó atraso de las columnas que á ellas deben concurrir, y se lamenta de no ver castigadas severamente esas faltas, creyendo que por esa falta de corrección se prolonga la guerra, la cual, á su juicio y dada la bravura de las tropas y el trabajo y la inteligencia del general en jefe y Estado Mayor, debía estar tocando á su término”. Después de esta explicación, tan rica en desatinos, queda aún más enigmático el fracaso de la combinación militar, porque no se determina ninguno de los extremos indispensables para echar la responsabilidad de lo ocurrido sobre el general Sánchez Hechavarría; y si fuera cierto que el coronel Inclán recorrió el día 9 de Abril todo el espacio que menciona en su parte oficial, habiendo oído fuego de cañón por la mañana y fuego de cañón y fusilería por la tarde, para venir á terminar la jornada en el ingenio San Claudio al anocheecer, sin haber disparado un tiro, en rigor, le cabe á Suárez Inclán toda la responsabilidad del fracaso en la combinación por él preparada.

Después de la acción de San Claudio, Maceo volvió al campamento de *Lechuza*. En la noche del diez, una partida que destacó Maceo por el término de Candelaria, se metió de sorpresa en el caserío, y mantuvo la alarma por aquellos contornos hasta las primeras horas de la mañana. El día once

pasó Maceo á la comarca de Cayajabos con objeto de revistar la caballería de Bermúdez, que vigilaba aquella zona, en donde se incorporó al Cuartel General un escuadrón del regimiento Narciso López, al mando del comandante Carrillo, oficial de mérito. Nuestros confidentes informaron que salían de Candelaria dos columnas en dirección á San Diego de Núñez, sin duda para reforzar la brigada de Suárez Inclán; noticias que fueron confirmadas al día siguiente durante el reconocimiento que practicó Maceo por todos los caminos del litoral: tres columnas españolas habían cruzado el día 13 por San Diego de Núñez con rumbo á Bahía Honda. Maceo situó una brigada de infantería en Vigía, la caballería en San Sebastián, y el Cuartel General permaneció en Tapia en espera de los próximos sucesos.

El coronel Suárez Inclán sabía positivamente el día 13 que Maceo se hallaba acampado en Tapia, ocupando las mismas posiciones que defendió el día 9, y podía saber también, ó de lo contrario ignoraba lo más esencial, que del millar de hombres que tenía el jefe insurrecto en aquellos días, sólo una cuarta parte se hallaba en condiciones de combatir; y eso podía conjeturarlo Suárez Inclán por los efectos mismos de los combates anteriores, por las revelaciones del paisanaje que suministraba noticias á los españoles sin grandes esfuerzos, y porque era realmente cierto que ningún socorro del exterior había llegado hasta entonces al cuartel de Maceo. Empezó el ataque á las dos de la tarde del día 14, simultáneamente, contra las posiciones de Lechuza y de Tapia. Nuestros puestos avanzados contuvieron el primer asalto de las guerrillas españolas. El general Maceo, que se hallaba á unos dos kilómetros del lugar atacado, corrió con sus ayudantes y escolta hacia aquel punto para decidir la contienda; más á este tiempo, los españoles se desplegaron sobre una posición muy ventajosa, y rompiendo fuego directamente contra el grupo del Estado Mayor, nos causaron 7 bajas, en pocos momentos. El enemigo, maniobrando en dos fuertes fracciones, en las que figuraban elementos de las tres armas, dominó el campo de la acción y puso en grave riesgo á los acompañantes de Maceo al tratar de auxiliar á los que cayeron en la primera descarga; pero esta ofensiva, tan eficaz, la rebatió la escolta del general Maceo,

tomando á paso acelerado una colina inmediata en donde se hizo fuerte hasta que llegaron algunos refuerzos de infantería; ya replegados nuestros tiradores, el combate se mantuvo indeciso hasta el crepúsculo de la tarde. Los españoles establecieron el vivac en las lomas de *Guasimal*, y Maceo acampó en la finca llamada San Sebastián, á media legua de las avanzadas enemigas. Tomó Maceo para el día siguiente las medidas oportunas; colocó emboscadas en los sitios más adecuados para que los españoles, al iniciar el ataque matinal, encontraran sólida resistencia, y destacó algunas partidas de infantería y caballería en la dirección de San Cristóbal, con el objeto de extender todo lo posible el radio de la acción para que sonaran tiros en todo el redondel del palenque á una hora determinada. Encargó al general Quintín Bandera de la función sobre la plaza de San Cristóbal, á quien reforzó con algunos componentes del regimiento del teniente coronel Delgado. Salió Bandera para su destino muy de madrugada, y movióse en seguida Maceo marchando paralelamente por todo el flanco derecho de los españoles, á fin de ocupar la loma del Vigía con antelación. Apuntaba el alba, y ya los españoles se hallaban prevenidos para el combate. Divisaron á nuestras patrullas por el ápice del Vigía, y rompieron fuego de cañón; casi simultáneamente, sonó el estrépito de la fusilería por el camino de San Sebastián, en donde se hallaban nuestras emboscadas, y á esta señal, toda la tropa que iba con Maceo se escalonó por las quebradas del Vigía; los españoles se vieron obligados á fraccionar sus fuerzas para repeler la hostilidad de los insurrectos, iniciada por dos lados distintos. Propóníase Maceo llevar al enemigo hacia otros lugares, menos ventajosos para el arma de infantería, y fatigarlo, si efectivamente proseguía con ardor el ataque; operación que se efectuó con el mayor éxito, puesto que, una hora más tarde, nuestra retaguardia sostenía fuego contra el grueso de la columna en los cañaverales de San Francisco. Maceo ocultó en este lugar al escuadrón de Narciso, en el lecho de un arroyo en donde no era fácil advertir el rastro; y mientras el enemigo avanzaba por nuestra huella, disparando cañonazos con el intento de limpiar el camino, hizo nuestra tropa una rápida evolución de flanco que nos colocó á retaguardia de los españoles, y

volvimos á nuestro campamento de Tapia, á las dos de la tarde. La columna española había quedado más allá de San Francisco buscando la huella de los insurrectos. Una fuerza de 150 hombres había tenido en jaque á toda una división española durante siete horas. El enemigo terminó la jornada en el ingenio Luisa, camino de Bahía Honda. Los sucesos de este día vinieron á comprobar dos juicios, de verdadero interés: el primero, de carácter general, relativo al método que empleaban los españoles en la expugnación de los campamentos insurrectos, que sólo lo verificaban en apariencia sin obtener ningún resultado práctico; y basado el otro en la configuración del grupo de montañas, elegido por Maceo para campo de pelea, cuyo dominio no alcanzaría jamás el ejército español (1).

En general Wéyler hacía el resumen de las operaciones de Pinar del Río, en los siguientes términos: "Las operaciones más importantes son las de la provincia de Pinar del Río. El fin que se persigue es el de evitar que Antonio Maceo pueda salir de ella y que las partidas que intenten pasar la línea del Mariel para auxiliarse, no lo consigan, obligando al cabecilla, que no tiene más refugio que la sierra, á librar un combate decisivo. En el interior de la provincia, sobre la vertiente Norte de la sierra, hay pequeñas columnas hasta Cabañas: Inclán y Villa, tomando por centro Bahía Honda, operan en dos columnas, cada una con una pieza sola, por la necesidad de reducir en lo posible la impedimenta. En la vertiente Sur

(1) El general Suárez Inclán comunicó el día 15, desde Bramales, que "secundando instrucciones del general en jefe, salió el 14 de Bahía Honda con su columna y la del teniente coronel Valcárcel para efectuar operaciones sobre las partidas de Maceo. Al llegar á San Diego de Núñez concurrió la columna del coronel Villa. La columna de Valcárcel reconoció la tienda de Lechuza mientras Inclán remontaba el potrero Torres para unirse con Valcárcel. El coronel Villa flanqueaba por el Sur. En Torre de Bejarano y Lechuza se destruyeron campamentos enemigos. El teniente coronel Valcárcel, al desembocar al potrero Tapia, entre Lechuza y Manuelita, encontró las partidas de Maceo, Bandera, Delgado y Pérez, haciendo la retirada en grupos. A poco de romper el fuego Valcárcel, llegó Inclán atacando de frente, envolviendo al enemigo el batallón de San Fernando, impidiéndole tomar unas lomas. El coronel Villa, con la cabeza de su columna, llegó cuando el enemigo abandonaba la posición de Tapia. Las tres columnas persiguieron á los grupos enemigos, acampando el 14 por la noche en las lomas de Guamal. Al amanecer del día 15, fuerzas que se suponen de Perico Delgado retrocedieron hacia Candelaria á San Cristóbal, siendo cañoneadas y tiroteadas por las avanzadas, persiguiéndolas el coronel Villa. Las columnas de Inclán y Valcárcel siguieron hacia Oriente la persecución de Maceo

de la sierra, en la carretera de Candelaria á Paso Real, opera el coronel Sánchez Hechavarría. Se forma una columna en Candelaria, cuya base son tres escuadrones, que podrán operar en combinación con aquél, y el coronel Salamero operará en la línea de Paso Real. Todas estas fuerzas dirigidas por el general Suárez se ligan entre sí por los movimientos de dicho general, cuya base es Pinar del Río. El movimiento de fuerzas llevado á cabo sobre la línea de Mariel á Majana es tanto más justificado, cuanto que el hecho confirmado de haberse trasladado Miró, titulado jefe de Estado Mayor de Maceo, solo y por mar, desde Occidente á Oriente de la mencionada línea, y la operación que en sentido inverso se supone que realizó el cabecilla *Marzo*, prueban que intentan algo serio los rebeldes contra aquélla, con objeto de sacar á Maceo de la crítica situación en que se encuentra”.

Huelga decir que es falso en absoluto el cruce por el Mariel del que era jefe del Estado Mayor de Maceo. El mismo día en que Wéyler lo comunicaba á Madrid (4 de Abril), el jefe del Estado Mayor de Maceo se hallaba en la loma del Toro, y aun no hemos podido indagar quién era el cabecilla *Marzo* que menciona Wéyler en el parte oficial, intentando pasar la trocha de Levante á Poniente. Pero de esa manera, componiendo fábulas, engañaba Wéyler á los estadistas españoles y se creaba la reputación de gran estratega, describiendo á su manera la

y Bandera, defendiendo la retaguardia de éste por poco tiempo las lomas de San Julián y Rosario, inmediatas á las del Rubí, tomando éstas la compañía de Baleares. El enemigo, tanto en Tapia como en San Julián y Rosario, se vió sorprendido por la presencia de las columnas. Se le tomaron en los campamentos muchas armas blancas, de fuego, reses, ranchos dispuestos y un prisionero. El coronel Villa, persiguiendo á Delgado, lo encontró en la Legua, en ventajosa posición, cerca del ingenio Claudio, atacándolo vigorosamente el batallón de Cuba, que lo expulsó de las posiciones. Hemos tenido en la columna de Valcárcel un herido; la de Villa, un oficial y cuatro de tropa heridos y tres contusos, y en la marcha rápida que hizo Suárez Inclán persiguiendo al enemigo, murió asfixiado un cabo de San Fernando; á otros dos se les ha salvado de la asfixia, etc. El teniente coronel Valcárcel, con la infantería, caballería y dos piezas de artillería, cumpliendo instrucciones del Estado Mayor General, siguió el rastro de Maceo, encontrando la retaguardia de numerosa partida en el camino de Vigía. Valcárcel desplegó sus fuerzas y emplazó la artillería, batiendo al enemigo, que se dió á la fuga á los primeros disparos de los cañones. La noche del 14 entretúvose la gente de Maceo incendiando las casas á ambos lados de la línea férrea, entre San Cristóbal y Candelaria” —¿Qué querrá decir ranchos dispuestos?—¡Averigüelo el “Avisador Comercial”!

orografía de Vuelta Abajo y combinando los elementos tácticos que habían de dar la gran zorra á los rebeldes. Nada más fácil que mantener el engaño desde la Habana por medio de la fantasmagoría oficial, si los ilusos estaban en Madrid contemplando el panorama; nada más fácil que embaucar á los mismos técnicos de las escuelas militares si no tenían conocimiento práctico del teatro de la guerra; nada más fácil que impresionar a un auditorio ignorante por completo de la estructura de este país, con la descripción de sus llanuras y de sus montañas, reducidas á lo que abarca el espacio limitado de un mapa, única ilustración que tenían á la vista para poder juzgar el tema bélico que se ventilaba en la manigua cubana. Los grupos montañosos de Pinar del Río, pintados por Wéyler, no eran más que unas pobres colinas, sin bosques ni quebradas, puesto que, desde un punto determinado del territorio, el general Suárez Valdés dirigía los movimientos de las fuerzas operantes con precisión matemática. El general Wéyler lo decía en estos términos: "Todas estas fuerzas dirigidas por el general Suárez, se ligan entre sí por los movimientos de dicho general, cuya base es Pinar del Río (1).

A partir del 15 de Marzo, en que la hueste invasora al mando de Maceo cruzó la línea de Mariel á Majana para abrir la campaña de Occidente, el jefe de las armas españolas dedicó la mayor atención en hacer de esta vía una fortaleza inexpugnable, que contuviera para siempre las osadías del insurgente. No había transcurrido un mes desde que Maceo atravesó la ensenada de Majana para situarse en Pinar del Río, y ya esa línea divisoria de las dos provincias occidentales estaba bautizada con los nombres de *valladar infranqueable, camino fortificado de imposible acceso, muro de contención, reja de Maceo y trocha del general Arolas*. No hubo papel noticiero, diario profesional, ó boletín de instituto armado, que no pregonara á todos los vientos de la publicidad las excelencias de esa obra de ingeniería, concepción magna del talento militar, fruto de costosas vigiliás y filón inagotable para el latrocinio oficial. Las líneas de Torres Vedras, la ciudadela de Sebastopol y el peñón de Gibraltar no alcanzaron en sus épocas res-

(1) Parte oficial de Wéyler al ministro de la Guerra, en la primera decena de Abril de 1896.

pectivas mayor resonancia. Se llenaría un libro con los episodios fabulosos á que dió margen la *trocha de Arolas* durante la campaña de Maceo en Pinar del Río; y sería trabajo impropio hacer el balance aritmético de las sumas que le costó al tesoro español el mantenimiento de esa aparatosa muralla. La trocha de Mariel, como la de Morón, sólo sirvió para el estímulo de nuestra gente y para tener paralizados algunos miles de soldados en la custodia de un monumento que, después de todo, era muy digno de conservarse, en atención á los gajes que producía á sus devotos partidarios. Entre hospitales, obras de fortificación, alambradas, picos, palas y azadones, bien puede decirse que las cuentas del Gran Capitán fueron una bicoeca comparadas con las de Wéyler. En otra ocasión, al hablar de la trocha de Camagüey, dijimos que sólo era un espantajo que burlaban fácilmente los insurrectos cuando no les convenía forzar el paso por el centro de la línea. El propósito capital de Wéyler, al fortificar el camino de Mariel á Majana, no era otro que el de contener á Maceo y á sus secuaces, si alguna vez acariciaban el intento de trasladarse á la provincia de la Habana, y aprisionarlos entre las mallas del temible valladar para que allí sucumbieran en bloque. Pero Maceo, al penetrar por segunda vez en Vuelta Abajo, sabía positivamente que tras él marchaba presuroso el cuerpo de ingenieros de Wéyler, con todos los artefactos de la albañilería, para levantar sin pérdida de momento el amurallado observatorio de los cuatro puntos cardinales: malecón por el mar del Norte, malecón por la ciénaga de Majana, vanguardia y retaguardia de la trocha, respectivamente, los otros dos extremos de la aguja astronómica. Tema favorito de los militares españoles: poner puertas al campo. Con el *dique de Arolas* para reprimir la audacia de Maceo aumentaba aún más la gloria de nuestro caudillo, en atención á que él solo necesitaba dos ejércitos: uno, de guardia perenne sobre la muralla, el otro, en operaciones continuas por el descampado. Ya veremos oportunamente cómo en el período en que la trocha se tenía por infranqueable, la cruzaban impunemente las partidas insurrectas. Bastará ahora apuntar la noticia de que en el mes de Agosto de 1896, la atravesaron Quintín Bandera y Silverio Sánchez, con buen golpe de gente; y dejaremos para otra oportunidad la explicación de los re-

sortes que le quedaban al general Maceo para utilizarlos en un momento dado, y cada vez que se hubiera propuesto burlar la vigilancia de los insomnes guardianes. Por último, la trucha de Mariel hubiera causado grave desconcierto en el cuartel general de Maceo, si con ella se hubiese impedido totalmente la comunicación de la estafeta que, regular y periódicamente, se recibía y despachaba. Puede decirse que el buzón y el administrador de correos se hallaban en la misma tienda de Arolas: en Artemisa (1).

Algunos periódicos de la Habana hablaban de tratos y presentaciones; no faltaba quien hiciera circular la noticia de que habían de llegar al campo insurrecto comisiones del bando español para tratar sobre la paz. El general Maceo, que no creía en tales añagazas, y, sí, estaba plenamente convencido de que la guerra sólo podía resolverse á sangre y fuego, dictó una circular encaminada á impedir la sorpresa que pudieran ocasionar los rumores de la suspensión de hostilidades, así como cualquier conato de inteligencia con los españoles para otro fin que no fuera arbitrar recursos en beneficio de las armas libertadoras. He aquí dicho importante documento: —“Siendo únicamente de la competencia del gobierno de la República y del general en jefe de nuestras fuerzas resolver las proposiciones que del gobierno español puedan venir á nosotros basadas en la independencia de Cuba, he resuelto, en mi calidad de segundo jefe del Ejército libertador, con el fin de evitar engaños y sorpresas, que las fuerzas de mi mando no se distraigan en asuntos ajenos á sus funciones, con lo cual podría el enemigo desenvolver sus funestos planes contra nuestra causa, y que sean ejecutados, en el acto de ser aprehendidos, los emisarios que pasen por nuestras filas en las condiciones antes dichas. Idéntica estrecha responsabilidad aleazaría á cualquier individuo del ejército libertador que diese oídas á aquellas proposiciones, ó celebrare conferencias con nuestros ene-

(1) Era la encargada de cursar la correspondencia de Maceo, doña Magdalena Peñarredonda, conocida entonces por “La delegada de Vuelta Abajo”. Dicha señora vivía en Artemisa, y con grave riesgo de su persona desempeñaba tan delicada y peligrosa misión. Llevaba la correspondencia á la Habana, en donde la recibía el señor Perfecto Lacoste bajo el seudónimo del Dr. Diego González, calle de Lealtad, número 87. Fueron de gran valía los servicios de estos patriotas.

migos ó con los enviados de éstos". Asimismo escribió Maceo varias cartas á los jefes de todos los cuerpos de ejército y al delegado de la Revolución en el exterior (Estrada Palma), para que aquéllos activaran las operaciones en sus respectivos distritos, y para que el segundo no ignorase la marcha general de la campaña ni los negocios de mayor interés con ellos relacionados, á los cuales no se podía dar solución inmediata sin el concurso del exterior, los subsidios de guerra que aprontaba el patriotismo ardoroso y la cooperación moral de todos los corraones patrióticos.

Con sólo ocho días de diferencia los periódicos de la Habana daban por muerto á Máximo Gómez, haciendo figurar otro *cabecilla* del mismo nombre, y casi idéntico exteriormente al dominicano (suponemos que se referían á José Miguel Gómez); daban á Maceo por entregado al general Arolas, ponían á este borrascoso farfullero en la cumbre de la táctica militar, más sereno que Condé, más entendido que Napoleón, cuando no era más que un pisaúvas y sin pizca de seriedad; y esos mismos órganos de la opinión volvían al tema bélico haciendo aparecer á Máximo Gómez en el departamento central, *prudencialmente* acorralado por el romo general Pando de quien dependían los destinos de la guerra en el territorio que baña el Yayabo, como dependían de Arolas en los alambrados de la trocha.

Nada dará una idea más exacta que el propio relato de esos órganos desvergonzados.

"Ha vuelto á desaparecer Máximo Gómez, haciendo creer á no pocos que el famoso aventurero dominicano es muerto y que quien apareció últimamente por las Villas, es un cabecilla sin significación que se le parece mucho físicamente.

Hace creer que está muerto y sepultado el *Chino viejo*, no sólo el que no dé señales de vida por parte alguna, sino el que no se vea su dirección en la campaña de los rebeldes; el que se halle desamparado Maceo por Vuelta Abajo, sin que se note el afán de abrirle camino, que mostraría Gómez de ser cierto que existe.

El empeño que el general Arolas muestra en la fortaleza y utilidad de la línea militar de Mariel á Majana, cerrando el paso á los rebeldes, está siendo objeto de las mayores celebra-

ciones, y créese que á no ser por mar, en algún bote costero, no escapen Maceo y sus hombres de las lomas en que viven huyendo.

Militares experimentados dicen que con empeño y decisión en todos los jefes de columnas la rebelión podría darse por terminada en todo el mes de Mayo próximo, quedando sólo algunas partidas pequeñas de rateros, que habría que ir esquilmando con persecución tenaz y constante.

No desesperan los separatistas por la triste situación á que se ven sometidos, y esto explica el que en la misma Habana se trabaje organizando partidas, como la disuelta y destrozada por los destacamentos de los barrios extremos de esta capital. Sin duda persisten en mantener el sistema de vencernos por cansancio, como persisten en destruir todo lo que hallan indefenso á su paso.

Imposible es dar idea, ni aproximada siquiera, de los actos vandálicos que los rebeldes realizan. Por donde pasan no dejan otra propiedad que el suelo, robando, incendiando y deshonrando cuanto no les ofrece resistencia.

Atacan á los fuertes inútilmente; de donde hallan resistencia huyen, y sólo hacen frente á las tropas cuando se hallan en proporción de diez contra uno y parapetados.

De lo que los rebeldes han hecho en toda la Isla, puede juzgarse por lo que de Enero á la fecha han hecho en sólo el término municipal de Artemisa, donde ensalzan todos como á su Providencia al general Arolas. En dicho término desde el 5 de Enero han quemado y destruído unas 22 fincas, poblados y paraderos.

Con estas destrucciones a la vista, que importan muy cerca de 3.000.000 de pesos y que tan sólo abarcan al término municipal de Artemisa, pueden apreciarse los hechos prácticos de la actual revolución.

De cómo respetan el honor de las familias se habla mucho; pero se puede decir poco si ha de respetarse algo la desgracia y no infamarla. Un corresponsal dice que desde que por segunda vez volvió Maceo á la provincia de Pinar del Río, han apelado los insurrectos á procedimientos tan raros que dan verdadero horror las exigencias que tienen con las familias que

vivían en los pueblos que han quemado y á las cuales, valiéndose de la fuerza, las obligan... á ir con ellos al monte.

“Yo oí —dice— á un guajiro referir la vida que en el monte hacen, por obligación, las familias que allí están secuestradas, y apenas el ánimo más sereno y el espíritu más fuerte, todos los infortunios, amenazas y amarguras que á diario les hacen pasar á las infelices mujeres que en la manigua viven.

“No citaré nombres, porque sería comprometer la situación de las personas aludidas; pero conste que hay muchas familias que están esperando la presencia de las tropas, para abandonar el infierno en que las tienen sumidas los de la manigua”.

“El éxito de la línea militar de Mariel á Majana, y de la activa persecución hecha en Vuelta Abajo á las partidas rebeldes, está sobradamente demostrado con la presentación de importantes cabecillas, y no sería extraño que se demuestre con la desaparición ó la entrega de Maceo.

“El reconocimiento por las Cámaras norteamericanas del derecho de beligerantes á nuestros rebeldes, es lo que ha mantenido más movida la opinión durante la decena que termina.

“El obscurecimiento de Máximo Gómez, que hizo que se propalara su muerte, no tuvo importancia, como no la tiene el que dicho cabecilla haya aparecido por Santa Clara, dejando abandonado á Maceo por Vuelta Abajo, donde parece no tener más remedio que sucumbir, si no logra escapar por mar. Ni Maceo, ni Gómez tienen hoy la mitad de la importancia que tenían hace dos meses: se ven reducidos á la triste condición de bandidos de menor cuantía, acosados por la incesante persecución de las tropas; huyendo, incendiando, robando y pidiendo dinero, como si dispusieran a toda prisa la retirada por escapatoria al extranjero. Toda su fuerza hoy la tienen reducida á lo que les puede venir de fuera del país, y aunque sean las costas lo menos guardado, no es lo que reciben por ellas para que subsistan mucho tiempo.

“Tiénese por seguro, además, que Máximo Gómez ha debido estar enfermo y que esa escapatoria á las Villas obedece al deseo y la necesidad de reposo.

“Cómo salga de las Villas y lo que por allí pueda parar, cosa es que ha de decidir el general Pando, cuyos talentos y energías inspiran la mayor confianza.

“Acaso haya ido á caer en la ratonera que busca desde hace tiempo huyendo *prudencialmente* de todo encuentro con las tropas.

“Al cerrar esta *Revista* se propala la noticia de que Máximo Gómez ha ido hacia Oriente con intención de proteger el paso de José Maceo, Rabí, y otros cabecillas hacia Matanzas y la Habana” (1).

(1) El lector que esté algo versado en el idioma español no entenderá la aplicación del adverbio “prudencialmente”; nosotros, tampoco lo comprendemos.

Nos parece vocablo de chola jurídica.

XIV

Las lomas de Tapia

Situación de las fuerzas de Maceo.—Avisos de expediciones.—Calixto García desembarca en Oriente.—Retrato y vida de este caudillo.—Jornadas del 18, 20, 22, 25 y 26 de Abril en las lomas de Tapia.—Los españoles no realizan el objetivo táctico.—La expedición de la Competidor.—Reclamación de los Estados Unidos.—Otros hechos de armas en Vuelta Abajo.—Explosión en la Capitania general.

QUEDÓ Maceo en el mismo lugar de Tapia. Había distribuído los componentes de su división de la manera más adecuada dentro de un radio bastante extenso, á fin de que las fuerzas enemigas encontrasen insurrectos por todas partes. El destacamento del Rubí, al mando de Pedro Delgado, vigilaba la zona de Cabañas y los caminos del Rosario: la brigada de infantería del Norte se hallaba sobre la Trocha por el lado de Guanajay, con la misión de impedir el paso á las columnas que tratasen de avanzar por el camino de la sierra, en cualquier operación combinada cuyo objeto principal fuese ocupar las posiciones del Rubí; la caballería de Bermúdez estaba sobre la carretera de Candelaria, con el encargo de destruir la línea férrea entre Artemisa y San Cristóbal, y prevenida para que el día veinte y tres se uniera al Cuartel General en las lomas de Tapia; otra fuerza de infantería, denominada brigada del Sur, al mando del coronel Ducasse, reforzaba el destacamento de Cacarajícara para acudir en auxilio de la expedición, anunciada por diferentes conductos. El contingente que tenía Maceo en las lomas de Tapia no llegaba á doscientos cincuenta hombres, entre su escolta y la del general Bandera, que estaba ya de regreso de la excursión por la zona de San Cristóbal, realizada con rapidez y fruto. Bandera devastó una gran extensión de cultivo dentro del

perímetro fortificado de San Cristóbal y llevó la alarma al mismo caserío; la guarnición hubo de defenderse contra el nuevo conato de los invasores.

Estábamos en espera de las expediciones de Collazo y Calixto García, pues aun cuando el primero había desembarcado en la playa de Cárdenas, esta noticia, en Abril, no la conocía el general Maceo y mucho menos la del desembarco de Calixto García, que lo efectuó por Oriente en los últimos días del mes de Marzo. La llegada del general García á las costas de Santiago de Cuba, vino á saberla Maceo cuando los periódicos españoles lo dijeron sin embozo, pero en la fecha de nuestro relato (Abril de 1896), Maceo, desconocedor de ese suceso, activaba la vigilancia por las costas de Pinar del Río para que ningún buque filibustero dejara de tener socorro á su arribo. Se recibió una nota confidencial, que decía, textualmente: "Llá-mese la atención hacia el *Corojal*, enciéndanse hogueras entre Bahía Honda y las Pozas, que la expedición de Zárrega y Collazo está á la vista de la costa Norte, y que se avise al general Maceo para que él vaya á dicho lugar por ser asunto de gran interés". Por varios conductos se tenía conocimiento de que el general García, habiendo fracasado en la primera expedición que organizó, alistaba otro buque para con él dar cima al noble empeño del patriotismo. Los mensajes de nuestros amigos de la ciudad y la voz del campesino, profética las más de las veces, anunciaban el próximo desembarco de varias expediciones en Vuelta Abajo, y especialmente la del general Calixto García, que muy en breve sería señalada por nuestros vigías de la costa.

Tal vez en toda la narración de la campaña de Pinar del Río, á cuyos episodios hemos asistido con el entusiasmo y la fe del militante y que ahora seguimos paso tras paso con el interés y el fervor que despiertan las memorias de las cosas grandes fenecidas; con más fervor aún porque también fenecieron los hombres ilustres que las llevaron á cabo; tal vez, decimos, no se nos presente otra oportunidad más favorable de dedicar algunas páginas á la vida del ilustre general Calixto García, si bien con el pesar de que no sean expresión cabal de nuestros sentimientos, porque, para contarla con amplitud, sería necesario escribir otra narración histórica, y para

hacerlo en pocas palabras, con el intento de hacerlo con fruto, sería dar patente muestra de intolerable jactancia.

Calixto García, militar famoso en la contienda de los diez años, era, además de gran soldado, hombre de sólida cultura, de inteligencia clara y perspicaz y cumplido caballero; méritos de orden moral que completó la naturaleza con los dones de la gallardía exterior. Toda su persona ostentaba marcialidad: cuerpo recio, bien proporcionado, elegante, garboso, rostro varonil con grandes mostachos, y el mejor blasón del soldado esculpido en medio de la frente. Nació en la ciudad de Holguín en el mes de Agosto de mil ochocientos treinta y nueve, de suerte que tenía cerca de treinta años cuando militó en la primera revolución separatista iniciada por los hombres de Yara. Como la mayor parte de aquellos varones intrépidos, que carecían de conocimientos militares y fueron con el tiempo caudillos de nota, Calixto García, sin nociones del arte de la guerra, se lanzó á la batalla para hacer el más provechoso estudio sobre el campo de las maniobras, única academia de los cabecillas ó cabezas de facción desordenada, que luego son capitanes de notoria autoridad y que, por lo común, desde mucho antes de adquirir renombre, ponen en aprieto á los técnicos de los ángulos y de los triángulos, pozos insondables de teoría guerrera. El escenario principal de Calixto García fué el montañoso Oriente: allí luchó con tesón y brillo, allí cosechó los más envidiables laureles de su vida militar en diferentes épocas, y experimentó los accidentes más terribles é inauditos, que pusieron al borde de la tumba su existencia, pues suicida una vez, se salvó á prodigio; capturado por los adversarios, le dieron cuartel, y vuelto á caer en las garras de un militar sanguinario, logró también salvarse por la intervención del jefe superior, que era caballero y tenía anotados los hechos generosos de Calixto García en ocasiones análogas, siendo el insurrecto vencedor, y vencidos y prisioneros de guerra los españoles. Pero no es bastante esta enumeración de peripecias desgraciadas, porque en la vida dramática de Calixto García hay también naufragios, hundimientos en el mar, con el bajel corsario yéndose al fondo, y golpes de oleaje que ponen en zozobra al triste pailebot que trata de buscar la oculta ensenada en medio de los terribles farallones de la

costa. Dentro del bastimento va la tropa filibustera con el pendón de Cuba libre hecho jirones por la tempestad; cosa tan reducida y agitada por los infortunios, es, sin embargo, emblema del valor, y simboliza toda la moral del patriotismo. Por tierra y por mar, la vida de este cubano es una aventura prodigiosa: glorias, abismos, resurrecciones y desastres.

Asistió con el general Mármol al asalto de Jiguaní en que la victoria estuvo indecisa, como en otros hechos de armas de aquel período que pudiera llamarse preliminar ó de ensayo, puesto que las fuerzas insurrectas carecían de organización y disciplina, y sólo se movían por el ascendiente personal del jefe ó caudillo de la comarca, como el antiguo señor que levantaba las mesnadas de su feudo. Calixto García supo elegir teatro y actores para dar mejor aplicación á los métodos utilizados por los primeros jefes de la campaña, porque si la hostilidad sólo podía mantenerse dentro de un espacio más ó menos dilatado, esa hostilidad podía alcanzar expresión más alta con fuerzas regimentadas, instruídas y obedientes al mandato del superior, fuese ó no capitán de su agrado. Nombrado jefe del departamento oriental por sus condiciones personales y el influjo que ejercía sobre los insurrectos de Holguín y Jiguaní, especialmente, dió golpe tras golpe, casi siempre con éxito, durante un período de cuatro años, los más críticos de aquella guerra calamitosa. Entró por sorpresa en la ciudad de Holguín, su pueblo natal, y aun cuando no logró ocupar la plaza, debido á que una parte de la guarnición se defendió con bizarría, demostró sus aptitudes militares al dar cima á una empresa que podía considerarse muy arriesgada en dicho período de la insurrección, é hizo vislumbrar el genio del ilustre holguinero en la concepción y desarrollo de más vastas y difíciles empresas. Hallábase en Holguín, la noche del susto, el comandante Wéyler, el mismo que llegó á ser capitán general de Cuba en 1896, y por cierto que estuvo á punto de perecer á manos de los asaltadores cuando éstos llegaron al centro de la plaza de Armas y se metieron en los portales de la histórica *Periquera*, en donde buscó refugio el facineroso militar español que ya empezaba á distinguirse entre los más facinerosos de la época. Es de deplorar que no hubiese sido ejecutado en aquella oportunidad y expuesto su cadáver, amarrado por los pies, con

la cabeza hacia abajo, en el balcón central de la *Periquera*, para regocijo de la muchedumbre. Aunque tétrico el espectáculo, ¡qué sanción más providencial no hubiera sido! (1).

En las diferentes correrías por el distrito de Holguín, el general García asaltó y tomó el pueblo de Auras, camino de Gibara, y sostuvo varios encuentros con las columnas que operaban en aquella comarca, al frente de las cuales iban los mejores oficiales del ejército español. Escalonado en la loma de Báguano disputó con admirable tesón el acceso de las tropas españolas, y desde Camasán hasta Mejía, por toda la cuesta de la formidable montaña, se ventilaron lances costosos y encarnizados que dieron nombre al lugar de la pelea, célebre desde entonces, y bien conocido por los pregones de los combatientes de uno y otro bando, y pregonado asimismo con mayor intensidad durante las luchas más recientes de la insurrección. Era el sino del general García el más afortunado en aquella época, y entre los muchos bienes que le brindó, debe señalarse el raro triunfo de haber dado muerte á uno de los jefes más aguerridos del ejército español, el coronel don Juan Huerta, cuya intrepidez rayaba en lo fabuloso.

Atacó Calixto García la plaza de Manzanillo, con bastante éxito en lo que respecta al botín que de ella sacó; pero hubo que deplorar pérdidas sensibles cuando los insurrectos estaban apoderados de una gran parte de la población, porque entonces se rehicieron los defensores y con sus certeras des-

(1) Para demostrar que Wéyler pudo haber caído en la refriega que sostuvieron los insurrectos en las calles de Holguín, bastará decir que perecieron, entre otros oficiales españoles, el teniente coronel Valenzuela, que murió a hachazos; el capitán Rubio, á tiros; el capitán Ayo, de la misma manera; el comerciante Rafael López que corrió á la "Periquera" en cumplimiento de su deber porque servía en el cuerpo de voluntarios, y varios más, cuyos cadáveres quedaron tendidos en los portales de aquel histórico edificio, mientras Wéyler se escondía entre los fardos de una tienda de ropa accesoría de la casa militar, no á la manera que lo hace el tonto avestruz, sino como lo practica el culebrón. Los músicos del regimiento de la Habana y los soldados que guardaban prisión fueron los sostenedores de la bandera de España. El periódico que se publicaba en Holguín, llamado "El Periquero", censuró duramente la conducta de los jefes que no dieron la cara en aquella célebre pendencia; y esos mismos, al enterarse del suelto injurioso que redactó un capitán de voluntarios, hicieron auto de fe con los ejemplares del "Periquero" atrevido, y aun cometieron mayores tropelías con el autor del suelto, llamándole filibustero, laborante, traidor, mambi y demás flores del jardín covadongo. Wéyler fué el atizador y el cabecilla de esa militarada.

cargas obligaron á los asaltantes á dejar la localidad, los cuales tuvieron que retroceder un gran trecho bajo el plomo mortífero de la guarnición. En el asalto de Manzanillo distinguióse notablemente el coronel Antonio Maceo, que con su esfuerzo personal echó la gente calle abajo, desde la estacada exterior hasta el centro de la ciudad, y la salvó del desastre total cuando hubo que desandar la misma vía, desde la plaza de Armas hasta las afueras. Poco después de este hecho de armas experimentó el general García un serio contratiempo en el poblado de Santa Rita, camino de Jiguaní á Bayamo, que defendieron los voluntarios de la localidad al mando de Dellundé, capitán pedáneo del término, el cual tuvo la astucia de dejar entrar á los insurrectos hasta el interior del poblado, y una vez dentro cerró el portón de la estacada, y por medio de ese ardid, que le salió á maravilla, pudo fusilar impunemente á los más osados, de los que ninguno salió ileso. En esta misma excursión por las zonas de Bayamo y Manzanillo fueron arrasados por las tropas del general García los poblados de Boquerón, Palmas Altas, Bueycito y Veguita. Experimentó otro revés en el caserío de Baire, operación funesta que hubo de emprender por la imperiosa necesidad de que sus tropas no murieran de hambre. La gente que iba con el general García estaba poco menos que extenuada y casi herida de muerte, á consecuencia de haberse dado un atracón de yuca agria, único tubérculo que halló durante la marcha en el lugar conocido por las Ventas de Casanovas. Para reparar los perniciosos efectos del tóxico y acudir á la tremenda solicitud del hambre, destacó Calixto García una parte de sus fuerzas sobre el caserío mencionado, que era centro de operaciones del enemigo y contaba con una extensa zona de cultivo. Al frente del destacamento que organizó el general García iba el coronel Amábile, militar pundonoroso y de reconocida pericia, quien llevó á cabo la operación con un buen resultado, por cuanto arrambló con todo cuanto halló a su paso, y con el macuto repleto volvía al cuartel general. Desgraciadamente, mientras la retaguardia de Amábile marchaba por un carril de bastante amplitud, pero cerrado de maleza, fué acometida por los guerrilleros del célebre Tizón, que se llevaron de calle á los peones que cubrían la retaguardia y sable en mano siguieron la galopada sobre la

impedimenta, barriéndola sin piedad, hasta que el coronel Amábile desplegó la vanguardia y contrastó, con resolución heroica, el fiero ataque de la caballería española. Pero el desastre fué muy grande, puesto que quedó el carril sembrado de cadáveres, en número de sesenta, y otra cifra igual de heridos, la mayor parte al arma blanca, y niños, para mayor consternación. El coronel Amábile fué sometido á un consejo de guerra, del cual salió con el honor ileso, porque su conducta había sido realmente heroica. Este bizarro militar cayó gloriosamente en Yabazón. En medio de los sucesos infortunados que acaban de relatarse, fulguran los rayos de la victoria con el más vivo esplendor. El general García obtiene cuatro triunfos completos y cabales sobre las armas españolas, en cuatro hechos distintos, á cual más disputado y sangriento: son los combates de los *Melones*, *Santa María*, *Chaparra* y el *Zarzal*, en el que el vencedor revela sus talentos militares de un modo patente, y de igual manera exterioriza los nobles sentimientos de su corazón con la conducta que observa con los vencidos y prisioneros de guerra. La acción de los *Melones* la sostuvo contra el coronel Federico Esponda, hombre valeroso y buen soldado, quien salió de Jururú, jurisdicción de Holguín, con una columna de seiscientos setenta hombres para ir al encuentro de los insurrectos acaudillados por Calixto García. Rompieron el fuego las avanzadas cubanas desde el bosque contiguo, cuando la vanguardia española llegaba al descanso pedregoso del monte bravo, con el intento de vadear el río. El coronel Esponda, montado en su caballo blanco, primero en la embestida y último en la retirada, pudo salvar el paso difícil y meterse después por la laberíntica vereda, y aun llegar al espacio dilatado de una dehesa, donde se hallaba, en último límite, el núcleo insurrecto abroquelado tras un palmar. Atacó Esponda con arrogancia, y llegó á boca de jarro de los adversarios, que defendían con tesón el palmar, pero del que se apoderó el coronel Esponda á fuerza de sangre. Su competidor no ve con calma el soberbio empuje del enemigo, reorganiza sus fuerzas y se echa sobre los gallardos vencedores, los cuales tienen que entablar un nuevo y prolongado combate sobre el mismo campo conquistado momentos antes, y Esponda, sin desfallecer en aquella crisis suprema, organiza la retirada por

escalones desde el lugar conocido por *Ojo de Agua* hasta el fuerte de Jururú; retirada admirable que aun se menciona entre las operaciones más brillantes de la época, pero que le costó á Esponda ciento cuarenta y seis hombres según los partes oficiales, y algunos más, según el relato del vecindario y de los voluntarios de Fray Benito, que acudieron en auxilio de la columna española y la salvaron del desastre total. Si es muy cierto que el coronel Esponda se cubrió de gloria en esta famosa retirada, no lo es menos que el general García se orló con los laureles de la victoria y alcanzó reputación de gran táctico, que no pudieron escatimarle los mismos adversarios.

Más ruidosa fué la victoria alcanzada contra Gómez Diéguez, jefe temible é incansable que operaba en el distrito de Holguín. Dicha acción, conocida vulgarmente por el *Copo del Chato*, y que fué, en realidad, un desastre completo para los españoles, se efectuó en el lugar conocido por Santa María, camino de Velasco á Puerto Padre. Gómez Diéguez hacía algún tiempo que tenía azorados á los insurrectos de Holguín, para quienes no había descanso ni refacción de ninguna especie. Diez batallones, al mando de jefes aguerridos, operaban en aquel distrito, y casi toda la vasta superficie que ocupaban los términos de Holguín y Gibara se hallaba defendida por los voluntarios y milicias del país. Entre los jefes españoles de más nombradía estaban Esponda y Gómez Diéguez, apodado el *Chato*. El general García se propuso darles una batida en regla, para lo cual reunió fuerzas de Santiago de Cuba y Bayamo; éstas, iban al mando de Mariano Domínguez, hombre muy intrépido, y de Antonio Maceo las procedentes de la división oriental. A causa de la extenuación de la gente de Holguín, atacó la zona de cultivo de Uñas, para proveerla de carne y viandas, y realizada esa operación preliminar, prosiguió el general García la marcha hacia Puerto Padre, con el objeto de extender la alarma por aquella zona. En Santa María lo acometió Gómez Diéguez con el impulso en él proverbial. El jefe de las fuerzas de Bayamo, hizo retroceder la vanguardia española, percance raro en aquel período de la campaña, matando al práctico de la columna, que era el holguinero Fermín Siverio, hombre también temible por su

valor y sagacidad. Acudió el jefe de la columna á restablecer el orden en momentos en que la vanguardia retrocedía á la desbandada, y entonces le cayeron los de Cuba y los de Holguín con gran violencia, siendo herido y hecho prisionero Gómez Diéguez y destrozada casi toda la columna á tiros y á machetazos, y los restantes fueron capturados, porque al tratar de escurrirse por las veredas del monte, les salieron los grupos apostados por el general García y les obligaron á rendir las armas bajo la tremenda intimación del machete vencedor. Calixto García no permitió ninguna ejecución, aun cuando Gómez Diéguez no era hombre que guardara tales miramientos. Los oficiales fueron atendidos en el campamento y devueltos á sus cuarteles en la primera oportunidad: Gómez Diéguez sucumbió á consecuencia de las heridas. El número de los muertos ascendió á trescientos; los prisioneros fueron ochenta y siete de tropa y once oficiales. Fué la acción de *Santa María* una de las más memorables de la campaña; análoga á la de *Palo Seco* por los efectos de la derrota. Además, la eliminación de Gómez Diéguez y la del práctico Fermín Siverio valían por dos batallones desaparecidos.

A renglón seguido, puede así decirse, de la derrota de Gómez Diéguez, se ventiló la acción de *Chaparra*, casi lindante con el sitio del famoso episodio anterior. Se sabía de antemano que el coronel Esponda se disponía á dar un ataque decisivo á los envalentonados insurrectos. Calixto García colocó convenientemente el núcleo de la infantería en el ancho carril de *Chaparra*, y puso al frente de ella al más bizarro de sus subalternos. Quería renovar el pasaje del copo. Los españoles, al avanzar por el camino de *Chaparra*, habrían de encontrarse con la sólida falange de Maceo, y obligados á retroceder por la misma vía hasta el cauce del río, serían acuchillados al por mayor. La caballería estaba en acecho en otra guardarraya, con el general á la cabeza, para cargar en el momento propicio. Abrieron el combate los españoles: penetró su vanguardia por el camino carretero de *Chaparra*, en donde se hallaba la fornida legión oriental. El coronel Esponda, examinando aquel tramo peligroso y previendo que lo más grave del lance era retroceder, echó sobre el tablero el albur de la vida y arremetió de frente con valor extraordinario, á paso

de carga por toda la espaciosa avenida, revolviéndose como un jabalí que va acosado por una nube de cazadores. Así pasó la columna de Esponda por todo el carril que defendía el más agresivo de los insurrectos; atravesó de la misma manera, abiertas todas las venas y sembrando de despojos todo el camino, el segundo espacio del palenque que defendía el General en persona, en donde tuvo que forcejear otra vez para no ser acorralado, y á derroche de valor sobrehumano pudo salvarse del acuchillamiento y de la captura; colosal esfuerzo que hubieron de admirar todos los valerosos combatientes que tomaron parte en la sangrienta disputa, hombres habituados á esgrimir el hierro sin contar el número de los contrarios y á no detenerse ante ningún cuadrilatero formidable. Calixto García obtuvo, pues, otra señalada victoria; pero su competidor bregó con bizarría sobresaliente, por ningún otro superada.

Más encarnizado todavía y de mayor duración fué el combate del *Zarzal*, en la zona de Manzanillo, pues fueron dos días de continua pelea, de pocos contra muchos, y lo decidió una embestida formidable de la tropa cubana, al frente de la cual iba Antonio Maceo, á quien el general García, viendo lo infructuoso de los ataques anteriores y que la columna española, aunque algo quebrantada, no daba señales de dejar el campo, le confió la misión de entrarla á cuchillo, encargo que cumplió admirablemente el bravo oriental, por cuanto acuchilló á diestro y siniestro, capturando armas, municiones y el convoy, y dejando el campo de los españoles sembrado de cadáveres. El teniente coronel Sostrada, que mandaba el batallón de vanguardia, cayó de un machetazo. Los partes de los españoles confesaron noventa muertos. Calixto García elevó al pináculo á Antonio Maceo, que en diversas ocasiones había decidido las batallas de análoga manera.

La brillante estrella de Calixto García nublóse pavorosamente antes de expirar el año de mil ochocientos setenta y cuatro. El hombre de las victorias, al que tantas veces respetaron las balas enemigas y que había hecho centenares de prisioneros ilesos, atenta contra su vida para que los españoles solo recojan el trofeo de su cadáver. Es de interés histórico referir los antecedentes del trágico suceso, ya que la maledicencia hizo de aquella desventura personal un padrón

de ignominia, y las lenguas viles se desataron solas contra la honra del esclarecido militar mientras le tuvieron por muerto y enterrado en campo español; y aun después, al saber su resurrección, continuaron la tarea sorda de arañar en los muros infranqueables del calabozo, para que de la misión gloriosa del general García no quedara más que el *inri* infamante del calvario. Los gusanos siempre roen: tienen el hábito de hacer madriguera en las sepulturas veneradas, y el hombre reptil, el hombre lombriz, elige para su nutrición los infortunios de los grandes hombres. Vamos á decir todo lo que sabemos del asunto, que es precisamente todo lo que acaeció, desde el prólogo cómico hasta el desenlace trágico.

Entre los comunicantes de la insurrección que residían en las plazas españolas, figuraba Esteban Varona, hijo del Camagüey y vecino de Manzanillo, que suscribía sus informes confidenciales bajo el seudónimo de *Marqueta*. Cuando los españoles mataron al expresidente Céspedes, se apoderaron de varios documentos de interés, entre ellos cartas en clave de *Marqueta*, y después de haber logrado descifrar una, tuvieron la convicción de que *Marqueta* era Esteban Varona, en virtud de ciertas manifestaciones que hacía respecto del ataque que dieron los insurrectos á la plaza de Manzanillo.

El brigadier Sabas Marín, que desempeñaba la comandancia general de la provincia, dispuso por telégrafo la prisión de Varona y envió á Manzanillo al comandante Aznar como fiscal del sumario. Aznar y Varona eran amigos viejos y fracones los dos, circunstancias de que se valió Aznar para proponer á Varona una negociación dolosa con el fin de atraer a los insurrectos en armas; y Varona, que era sumamente astuto, dejóse cautivar en las redes que le tendía su viejo camarada y hermano fraconesón, pero con el propósito de lograr la libertad y marcharse al campo insurrecto.

Varona redactó unas proposiciones de paz á instigaciones de Aznar, las que fueron enviadas al general Barreto, venezolano al servicio de Cuba, jefe á la razón del distrito de Bayamo y Manzanillo, el cual, á su vez, las remitió al jefe del departamento, el general Calixto García, con una carta muy significativa en que daba pormenores de la negociación iniciada. El plan de Varona, como ya se ha indicado, no obe-

decía más que al propósito de conquistar la libertad; pero el comandante Aznar, que representaba al gobierno en calidad de juez instructor de un sumario por delitos de infidencia, trataba de ganarse los laureles de pacificador, de igual manera que el brigadier Sabas Marín, á quien obedecía el diplomático fiscal, lo propio que la primera autoridad de la Isla, el general don José de la Concha, amante del medro sin pararse en escrúpulos; que no desconocía el móvil de aquellas negociaciones entre sus dos subalternos y el infidente *Marqueta*; y los tres engañados al fin y a la postre por el sagaz laborante. Entre Aznar y el general Barreto mediaron tratos comerciales, por los que el primero se comprometía á enviar algunas municiones de Jamaica, á cambio de productos de la flora cubana. La buena fe de Barreto rayaba en candidez. Escribió á Calixto García sobre el tema de las conferencias celebradas y le acompañó el documento preliminar de la ilusoria paz, verdadera engañifa que sólo habría de servir para encubramiento de Aznar, Marín y Concha, los tres actores principales del despropósito, si no hubiese culminado en tragedia. Calixto García, al recibir aquellas extrañas proposiciones, sin dilación dió cuenta al Gobierno, y ordenó al mismo tiempo á Barreto que cortara toda clase de relaciones con el astuto enemigo; pero desconfiando de su subordinado, resolvió marchar al distrito de Bayamo con una pequeña escolta, para abreviar camino, no sin avisárselo al general Calvar, que era segundo jefe del departamento. El general García, con su escolta, atravesaba el camino real entre Bayamo y Manzanillo el día 3 de Septiembre; picó la línea telegráfica que pasaba á lo largo del camino y acampó en San Antonio de Baja, á unas dos leguas de Veguita, para desde allí orientarse de la situación del general Barreto. El pueblo de Veguita estaba guarnecido, y al observar el jefe del destacamento que el telégrafo no funcionaba, salió á explorar el campo, encontrándose con un rastro reciente, como de cuarenta hombres, que le condujo hasta el mismo campamento de Baja. Calixto García tenía tan sólo en el cuartel unos diez ó doce individuos de tropa y tres ayudantes, debido á que al elegir campamento, á eso de las dos de la tarde, había enviado los restantes á proveerse de comestibles. Las fuerzas españolas, que las man-

daba un oficial llamado Ariza, cayeron de súbito sobre la única guardia insurrecta, y escapando algunos del retén, llegaron á presencia del general García en momentos de confusión. Los tres ayudantes tratan de defenderlo, al convenirse de que es enemigo el que tienen encima; el enemigo, entretanto, avanza y flanquea la posición; el teniente Castellanos hace fuego al grupo hostil, los españoles contestan con una descarga, Castellanos cae acribillado á balazos, es herido mortalmente otro ayudante, de apellido Planas; y Ariza, aprovechando el momento crítico, da un paso más y hace prisionero á Calixto García... pero coge únicamente un hombre al suelo, porque el general García se ha disparado un tiro de revólver por debajo de la barba y el proyectil le ha salido por la frente. Así se desarrolló y culminó el drama de Baja.

Calixto García, moribundo, fué conducido al poblado de Veguita y poco después á Manzanillo, en donde fué curado con esmero; allí se trasladó el brigadier Marín tan pronto como tuvo conocimiento del episodio. El general Concha, que también había dado crédito á las negociaciones preliminares de la paz y concebido las más lisonjeras ilusiones, al saber la captura del jefe insurrecto censuró fuertemente la conducta de Ariza, el que, á su juicio, había echado á perder el mejor de los planes diplomáticos, maquiavélicos, debe entenderse, por cuanto encerraban dolo, alevosía, refinada maldad y afán de lucro personal. No termina aquí el episodio, puesto que el capitán general, después de expresar con acentos de fingida indignación que con el general García se había cometido una vileza y que el honor de España no estaría á salvo mientras no fuera restituído con todos sus honores al campo de la revolución, mandó tirar unas proclamas que le hacían muy poco honor y las regó por el campo insurrecto por medio de sus confidentes y emisarios. Calixto García, en gravísimo estado de salud, protestó contra aquel nuevo acto de perfidia, manifestando que los cubanos en armas no iban á deponerlas por ningún llamamiento que no fuese el del más puro patriotismo, y que, en tal virtud, aquellas proclamas, aun cuando hubieran sido auténticas y firmadas por él, no podían tener valor ni eficacia de ninguna especie.

Fué conducido á la Península y encerrado en el castillo de Santoña hasta después del Zanjón. Curación rara fué la suya, porque todo el mundo creyó que se trataba de un muerto. Su madre, doña Lucía Iñíguez, al recibir de sopetón la primera noticia de la captura, exclamó: “¡es mentira: no es mi hijo el rendido á los españoles!” Cuando le dijeron que su hijo había caído prisionero, pero moribundo y ensangrentado, exclamó con mayor acento: ¡ése, ése es mi hijo Calixto! Gran mujer cubana, ¡qué pálido es siempre el lenguaje de los hombres para expresar la cifra de tus inmoluciones calladas y de tus sublimes arrebatos!...

En cuanto á Aznar y Varona, el primero terminó la comedia con un acto de nobleza; al salir el segundo para el campo de la insurrección á llevar una carta del general García para Barreto, le dijo, apretándole efusivamente la mano y entregándole una carabina: “Le he pagado á usted la deuda —era una deuda contraída en el juego,— pues le he salvado la vida, llévase usted esa carabina, y no me tire con ella si alguna vez nos encontramos en el campo de batalla”. El general Barreto confesó que Calixto García jamás le había autorizado para aceptar proposiciones de paz de los españoles. Algunos años después del suceso de San Antonio de Baja, viiendo Calixto García en Madrid, tuvo ocasión de pagar generosamente una deuda de gratitud. Fué en el año 1886. Estalló el movimiento republicano de Villacampa; el capitán Casero se echó a la calle á proclamar la república; sonaban tiros; Calixto García se hallaba en su domicilio, acompañado de su familia, cuando llamaron estrepitosamente á la puerta de la habitación. Un desconocido, con barbas muy crecidas y porte misterioso, pedía con insistencia hablar con el General. La visita á altas horas de la noche y en aquellas circunstancias, daba lugar á sospechas; tenía todas las apariencias de un registro domiciliario. Se presentó el General, y el visitante se descubrió: ¡era Ariza, el hombre de Baja! que estaba comprometido en el movimiento republicano, y por lo tanto, condenado á muerte. Calixto García lo ocultó y le salvó la vida.

Estalló la revolución de 1879, que había fomentado Martí con el verbo de su elocuencia y su amor infinito al ideal

patrio. Pero de la conspiración, que hubo de preceder al suceso, tuvieron conocimiento las autoridades españolas poco antes de que los revolucionarios dieran la consigna, y con este motivo el general Blanco se puso de acuerdo con sus delegados de provincias para reprimir con mano fuerte la nueva osadía del separatismo. El gobierno central logró que ciertos emisarios hijos del país, que estaban al servicio de España y percibían sueldo del Estado, infundieran confianza á los conspiradores tomando parte en las juntas secretas de Guanabacoa, foco de la maquinación; y por ese medio se obtuvieron las listas de los principales afiliados de la capital y de las provincias que obedecían al comité director, el puro y real que presidía el ardoroso Martí; porque los finos sabuesos del gobierno llegaron á constituir comités apócrifos en la ciudad de la Habana y en la propia villa de Guanabacoa. Uno de esos espías, bien provisto de dietas que le sufragó el gobierno español, se trasladó á New York, en donde se hallaba á la sazón dicho caudillo esperando la oportunidad de salir para Cuba, como jefe militar del alzamiento. El general García, alucinado por la labia del traidor, le confió el depósito de los diplomas, firmados por él, y la distribución de los mismos entre los jefes locales del distrito de Holguín. Cosa análoga sucedió con otros falsos emisarios que rivalizaron con aquel pérfido en el papel de Iscariote. El general Blanco y sus lugartenientes tendieron la red en un día dado, y apresaron á Martí y á sus secuaces en la capital y los pueblos limítrofes, á todo el grupo conspirador de Manzanillo, al comité de Santiago de Cuba, á varios miembros de los clubs de Matanzas, de las Villas y de otros parajes, señalados con anticipación como focos de laborantismo. Estalló, sin embargo, la discordia de la guerra en los campos de Cuba, porque no era posible que las autoridades pudieran capturar á todos los comprometidos en la conspiración, y se ensangrentó nuevamente el suelo patrio de un modo horrible y fatal para los que dieron público y solemne testimonio de su devoción á la causa de la libertad. Grande, incontable fué el número de víctimas; el terror se entronizó rápidamente, funcionaron sin dilación los tribunales de sangre, como si los comités de salud pública constituídos por aclamación popular en la época histórica de la carmañola

y la guillotina, se hubieran restaurado por un solo decreto del terrorismo de arriba, siempre más cruel que el de las masas anárquicas. Se mató sin piedad y de todas maneras: en pleno día, bajo las tinieblas de la noche, con el ceremonial patibulario del altar y el pelotón ejecutor á la vista del reo, con el arcabuz en las encrucijadas, con el dogal y el tajante, instrumentos silenciosos que preferían los verdugos extraoficiales para su tarea nocturna, realibada con primor. Así aparecían hombres muertos, ahorcados ó degollados, en los extramuros de las poblaciones, á cada aparición de la aurora, que alumbraba indefectiblemente el tético episodio de la noche. A veces, el aurero profuso señalaba el sitio de la ejecución. La inmensa bahía de Nipe fué también teatro de enormidades: el fondo del mar sirvió de sepultura á algunos patriotas, echados por la marinería como fardo inútil, con el peso conveniente de los lingotes para que no dejaran momentánea huella. Dos barcos de guerra se hallaban de estación para tan indigno zafarrancho. La siega fué copiosa: había que limpiar el campo de la lealtad, para que la cizaña maldita no volviera á retoñar en buenos días. Si el integrismo no se sintió colmado, se dió por lo menos un buen baño de sangre.

Entretanto, Calixto Gareía, dominado por el dolor de ver á su patria en el suplicio, buscaba la manera de volar al campo de la revolución para infundirle el aliento de su poderoso espíritu: inútil esfuerzo, porque el hado fatal que pesaba sobre Cuba no iba á modificar sus terribles designios. Vigilado estrechamente por el espionaje de los consulados españoles, no pudo llevar á cabo su patriótico empeño hasta el mes de Mayo de 1880, en que, por fin, y después de incontables peripecias, logró organizar una pequeña expedición, y á bordo de un barquichuelo hizo rumbo desde New York á las costas de Cuba, en hora aciaga para él y su reducida hueste, por cuanto la insurrección estaba agonizante y presa de terror el espíritu de los fieles. Habían caído ya todos los promovedores de la revuelta, ó casi todos, y los pocos que faltaban iban á caer también. Mandaban en la provincia de Santiago de Cuba los generales Polavieja y Valera, cada uno de los distritos que les asignó el capitán general para mejor resultado de la campaña. El general Valera, dominicano que sirvió á España con

el más fervoroso celo, dirigía las operaciones en los distritos de Holguin y Bayamo, como más conocedor de esas comarcas; las conocía palmo á palmo, gozaba allí de gran fuero, era cacique, santón, compadre de todo el mundo, y el más hábil cazador de mambises. Las tropas españolas acudieron con presteza á sofocar el nuevo conato de insurrección. Calixto García había desembarcado en el lugar conocido por el *Aseradero*, costa sur de Santiago de Cuba, y tomó la ruta de Bayamo en busca de partidarios, porque ya no los halló en la tierra pródiga de los Maceos, assolada por Polavieja. Aquella larga y terrible caminata sólo iba á conducirle á la expatriación, como irrisorio premio á sus grandes sacrificios por la libertad de la patria. Con tal diligencia procedió el general Valera, que logró capturar, uno tras otro, á los diez y ocho expedicionarios, entre ellos al caudillo de la revuelta, que salvó la vida por la intervención y mandato expreso de la primera autoridad de la Isla, el general Blanco, que aun no había olvidado los actos de caballeridad del vencido cuando ocupó en diferentes ocasiones el puesto de vencedor en palenque más disputado. A no haber mediado el alto decreto de suspensión, Calixto García hubiera sido arcabuceado por Valera, como fueron ejecutados Pío Rosado y Natalio Argenta, antiguo soldado de Garibaldi, y cazados por los cañaverales José Medina y Johnson, valerosos patriotas que vinieron con Calixto García en aquella memorable expedición. El santurrón Polavieja, por otro lado, hizo limpia completa en la parte oriental de Santiago de Cuba. Las sentinas de los buques cargaron con los proscriptos de Levante; cada cargamento fué distribuído después, de estación en estación, de mazmorra en mazmorra, una parte en Mahón, la otra en Chafarinas, y aun quedó flete para lo remoto de Fernando Poo. Calixto García, no habiendo obtenido más que el indulto de la vida, fué preso y conducido á una de las tantas fortalezas que sirvieron de domicilio á centenares de cubanos y á no pocos revolucionarios españoles (1).

(1) Los deportados cubanos no olvidarán jamás el amor que por ellos tuvo el gran revolucionario español Fermín Salvochea, que, como Bakunine y Tolstoy, predicaba con el ejemplo. El enseñó á leer á muchos cubanos, dió abrigo y pan á los que estaban más miserables y fué el revolucionario español que más vivamente anheló la independencia de

Un cambio de gobierno en España hizo cambiar el sesgo de la política en los asuntos de ultramar. Salieron del cautiverio algunos confinados que se hallaban distribuidos en los presidios de Africa y plazas fuertes de la Península, y gracias á esta resolución inesperada logró el general García recuperar la libertad y disfrutar durante algunos años de vida tranquila en la capital de España, consagrado al sostenimiento y educación de su familia. Obtuvo siempre la consideración de los militares españoles que contra él esgrimieron las armas en el campo de batalla. Nobleza obliga —dice un proverbio castellano,— y si aquellos militares se honraban en estrechar la mano del general insurrecto, de igual modo que lo hicieron con el general Sanguily y como lo hubieran hecho con Maceo, es justo que el historiador estampe aquí esos rasgos de hidalguía, propios de los hombres valerosos que después del desafío saludan cortésmente al adversario. Surgió la revolución de Febrero de 1895, de la cual hemos sido actores afortunados y cuyas páginas estamos escribiendo. La serie de decepciones é infortunios por que había atravesado el caudillo insurrecto de 1868, le hicieron proceder con cautela y suma discreción. No debía arriesgarse á correr nuevas aventuras mientras no tuviera la seguridad de que la insurrección de Febrero no era otra intentona descabellada, promovida por el separatismo inquieto y soñador, como las que la precedieron, con trágico desenlace, después de la hecatombe de 1880. Porque terminada de un modo tan horrible aquella revolución, no por eso cesaron las persecuciones y los asesinatos. Polavieja hizo otro cargamento de proscritos, todos de la raza negra, despachándolos á la orden del capitán del buque, el cual los soltó en los mares africanos. El general Pando, que substituyó á Polavieja en la provincia de Santiago de Cuba, pasó por las armas á los patriotas que vinieron con Bonachea. En la época

Cuba. Sin embargo, ningún municipio de nuestra República ha perpetuado el nombre de Fermín Salvochea, que ya murió, con una simple lápida en cualquier sitio urbanizado. Tal vez será porque ninguno de los personajes que hoy privan y que deben su enaltecimiento á la abnegación constante de los patriotas cubanos, no experimentó con éstos las grandes aflicciones de la deportación, ni recibió, por lo tanto, el beneficio de la caridad de manos del apóstol y mártir que en vida se llamó Fermín Salvochea. Nosotros le tributamos este piadoso recuerdo, que de seguro nos agradecerán los infelices que pasaron por el calvario de la libertad y que compartieron con Salvochea los horrores de la deportación.

del general Moltó, el cadáver de Limbano Sánchez fué encontrado putrefacto en una encrucijada (el gobierno pagó sesenta onzas por el asesinato); así fueron cayendo los más osados separatistas, y poco faltó para que no cayera Antonio Maceo en 1890, cuando trató de levantarse en Santiago de Cuba. Transcurrieron los primeros meses de la Revolución con prodigioso incremento, y convencido Calixto García de que todo el país separatista apoyaba la protesta armada, se resolvió á marchar á Cuba para volver á combatir por la libertad de su patria, con el denuedo y vigor de sus mejores años. Salió de Madrid furtivamente, acompañado de uno de sus hijos, pudo ganar la frontera y llegar á París, en donde actuaba un comité separatista bajo la dirección del doctor Betances, patriota envejecido en las costosas luchas por la independencia de las Antillas. El gobierno español solicitó la detención de García, aunque infructuosamente, porque vigilada la policía oficial por los servidores del comité revolucionario, se preparó la salida del general insurrecto para New York, á donde llegó ileso y fortalecido, con el alma llena de fe y entusiasmo. Por fin llegaba la hora de volver al combate; ocupación de los hombres intrépidos para quienes el sosiego de la vida es carga abrumadora. Con los auxilios de la delegación de Nueva York armó la expedición del *Hawkins*, tremendo infortunio que costó la vida á algunos expedicionarios y grandes pérdidas en materiales de guerra: el buque se fué a pique á los dos días de navegación en alta mar (27 de Enero de 1896). Preparó otra expedición, y fué denunciada por las autoridades federales de los Estados Unidos, que en aquella época se oponían á toda transgresión de las leyes internacionales: todo parecía, pues, que conspiraba contra el indomable caudillo, que no desmayó, sin embargo, y habiendo logrado por tercera vez lo que apetecían sus anhelos, buque, tripulación y pertrechos de guerra, se hizo á la mar con suerte propicia al fin, y sin accidentes desgraciados desembarcó en las costas de Baracoa el veinte y cuatro de Marzo, con las tropas expedicionarias y formidables preparativos. El pendón de Cuba libre, tantas veces azotado por el temporal y los infortunios, pudo clavarlo Calixto García sobre el primer pedazo de la tierra amada, como emblema de victoria y prenuncio de libe-

ración. El oleaje del mar, que siempre le había sido adverso, lo echaba esta vez sobre la playa con designios venturosos, y aquel rumor profundo de las olas que sólo anunciaba cosas fatídicas y naufragios, iba á trocarse en mensajero de sucesos prósperos y de victorias definitivas, que habría de alcanzar, en primera línea, aquel bizarro campeón que, como el héroe de la Odisea, experimentó todas las desventuras del drama revolucionario, así por tierra como por el mar.

No corresponde á este libro el capítulo de las hazañas que llevó á cabo el general García desde su desembarco hasta la terminación de la guerra. Es asunto que pertenece á otro relato histórico, cuyas páginas más notables tenemos en preparación y que verán la luz oportunamente, si Dios nos concede la vida necesaria para dar cima al propósito de publicar todos los anales de la guerra de Cuba.

Los españoles habían reforzado sus elementos tácticos después del último combate de Tapia. El día 16 de Abril practicó Maceo reconocimientos por el ingenio Luisa, á fin de indagar si Suárez Inclán quedaba aun allí; sólo había un destacamento, pero se supo al día siguiente que la columna de Suárez Inclán se hallaba otra vez en el batey de la Luisa. Era de esperar que en breve se renovarí la lucha. A las nueve de la mañana del 18, nuestras avanzadas divisaron la vanguardia de los españoles por el camino de Lechuza. Se previno Maceo para hacer frente al enemigo en las lomas de Tapia. Una hora más tarde, grupos de jinetes del Estado Mayor y escolta de Maceo, sostuvieron escaramuzas de vanguardia, mientras el escuadrón del regimiento Narciso acometía á los españoles por uno de los flancos. La columna avanzó lentamente por el camino de Lechuza, desplegando por alas su infantería, con fuego muy nutrido por descargas; pero no pudo llegar al pabellón del jefe insurrecto. Por la falda de la colina tomó la dirección de Cabañas ó Navarrete, y en ese trayecto fué duramente agredida por los destacamentos del Rubí. En esta jornada perdimos cinco individuos de tropa y un oficial del Estado Mayor.

La columna que pernoctó en Cabañas, siguió marcha para la Herradura al día siguiente (19 de Abril), volviendo al primer punto á las siete de la noche del mismo día; pero tuvo que

enredarse en una serie de escaramuzas con los escuadrones que había destacado Maceo sobre Cabañas. Nuestras guardias escuchaban el tiroteo para dar aviso de cualquier contingencia. El nuevo combate se ventiló en las primeras horas de la mañana del día 20, sobre el terreno, ya conocido, y tantas veces disputado de Lechuza. El enemigo extendió su flanco izquierdo para proteger el acceso de la loma. Los diferentes grupos de tiradores que apostó Maceo por los senderos contiguos, impidieron el primer avance de las guerrillas españolas, echando pie á tierra y cubriéndose con los parapetos naturales de la montaña. Reforzaron los españoles su vanguardia con el objeto de ocupar la posición dominante y limpiar desde allí el camino de Lechuza, objeto principal de la polémica. La lucha era impetuosa: se disparaban los fusiles á muy corta distancia; un grupo de los nuestros desafió á los guerrilleros del bando contrario para un lugar determinado de la palestra. Se oían las voces de unos y otros, y los improprios peculiares de la riña. Pudo la columna remontar el camino de Lechuza después de haber prendido fuego á los campos de caña para evitar la persecución de los insurrectos. El combate terminó á la una de la tarde, hora en que los españoles se alejaron de nuestro campamento para dirigirse al ingenio Luisa, envueltos en las humaredas de los cañaverales. Las fuerzas cubanas tuvieron once heridos; la acción fué sostenida por ciento cincuenta hombres.

Transcurrió el día 21 sin episodios bélicos. Nuestros soldados hacían cálculos sobre los días en que con fijeza les tocaba batir el plomo: dábase el turno par, y por lo tanto, el veintidós era el señalado para la nueva función. Efectivamente, á las ocho de la mañana fué avisado el Cuartel General de que el enemigo estaba á la vista. El general Maceo salió por el camino de *Recompensa*, por donde venía una de las columnas, y quedó el jefe de Estado Mayor con otra fracción en el camino de Lechuza para detener á los españoles que acometieran por este lado. Manióbró el enemigo como en el combate del día 20, dividido en dos fuertes brazos para extender sus líneas hasta el frente normal de *Tapia*, y, como en la jornada anterior, fué hostilizado por los dos grupos insurrectos que defendían la eclina de *Recompensa* y el camino de Lechu-

za, aunque en dirección inversa, puesto que los españoles atacaban nuestras posiciones por el rumbo opuesto. Con ligeros intervalos de tregua, el combate se prolongó hasta las cuatro de la tarde; á esta hora, las dos fuerzas españolas reunidas otra vez en los bajos de Tapia, tomaron la dirección de San Gabriel de Lombillo y pernoctaron allí. En las escaramuzas de este día fueron heridos el ayudante del Estado Mayor, Ignacio Almagro y el capitán de la escolta de Maceo, Francisco Chacón. Nuestras fuerzas quedaron acampadas en el mismo lugar. Procedente de Cayajabos se incorporó la infantería que mandaba el coronel Ducasse; pero siendo innecesario este refuerzo en las lomas de Tapia, Maceo dispuso que contramarchara al lugar de su procedencia.

La columna que pernoctó en San Gabriel de Lombillo al terminarse el combate del día 22, siguió para Bahía Honda al día siguiente; pero esta misma columna volvió al combate en la mañana del 25, con el objeto de tantear el terreno y disponer el ataque decisivo, en combinación con las otras columnas que se hallaban en Cabañas. Su vanguardia asomó por el camino de *Recompensa*; pero Maceo, desde muy temprano, estaba alerta en la cumbre de Lechuza con la avanzada de este lugar y unos cuantos individuos de la prefectura de San Francisco: por junto, cuarenta hombres. Con este grupo hizo frente al avance de los españoles y fué el primero en disparar el maüser sobre la masa enemiga, que ofrecía buen blanco. Todos los demás, rodilla en tierra, á la voz de mando de tan excelente capitán, afinaron la puntería, convirtiendo en combate lo que sólo tenía carácter de ligera escaramuza. Un batallón desplegóse por compañías, con el propósito de circunvalar la posición que defendía Maceo, y en esta maniobra fué duramente castigado por el plomo de nuestros tiradores, los cuales, agotado ya el último cartucho, hubieron de diseminarse cuando el peligro se hizo inminente. Llegó un momento en que quedaron cuatro combatientes: Maceo, Miró, Nodarse é Ibonet, mientras los españoles disparaban á granel y caía sobre la cresta de Lechuza un turbión de balas. Repentinamente la columna española se declaró en retirada hacia el ingenio Bra-males por los sitios más escabrosos. Maceo había pedido con urgencia una sección de infantería al campamento de Tapia,

poco antes de que los españoles hubieran emprendido la marcha de retroceso, y aun cuando hizo grandes esfuerzos para obligarlos á estrechar lance, tratando de ganarles la delantera por un atajo, no pudo realizar sus anhelos á causa de la marcha precipitada que llevaban los españoles. En esta acción sólo tuvimos dos heridos de tropa y el oficial que mandaba el retén del camino de Lechuza.

El ataque combinado que preparaba Suárez Inclán contra nuestras posiciones de Tapia se efectuó el día 26, entre ocho y nueve de la mañana: se inició en los montes del Rubí, que defendían las fuerzas de Pedro Delgado, por una de las columnas que acampó en Cabañas el día anterior. La hostilidad empezó en los campos de San Jacinto (ingenio destruído) y continuó por las lomas del Rubí hasta las once de la mañana, en que cesó el fuego de fusilería por haber retrocedido los españoles á sus acantonamientos; á esta misma hora sonaban cañonazos en el mar. Pedro Delgado, desde el Rubí, comunicó á Maceo el resultado del combate. A las dos de la tarde oyéronse nutridas descargas por el camino de San Blas y loma *Colorada*, camino que por primera vez reconocían los españoles, los cuales avanzaron al mismo tiempo por Lechuza, en donde encontraron la primera resistencia. Por loma *Colorada* salió al encuentro de los españoles el prefecto de San Blas, Francisco Vigoa, con la guardia de la prefectura, en auxilio de la cual acudió Maceo y situó las emboscadas en el lugar más adecuado. Rápidamente volvió al camino de Lechuza para contener á los españoles que avanzaban por este lado, en la dirección ya evidente de Tapia, para unirse allí con las otras fuerzas combinadas, objetivo de la operación que pudieron realizar después de una serie de disputadas escaramuzas. Eran tres columnas las que entraron en juego para ocupar el campamento de Tapia, tantas veces ofendido; la primera bajó por el camino de Lechuza hasta los umbrales de Tapia; en este sitio se le unió la segunda, que había penetrado por loma *Colorada*, y la tercera quedó de reserva en los altos de Lechuza. Mientras establecían el contacto las dos primeras columnas, para lo que necesitaron cinco cuartos de hora, fueron tiroteados por la gente de Sotomayor y la escolta del brigadier Bermúdez, que cruzaron rápidamente desde Tapia, y tomaron

posición ventajosa por el frente de la enorme masa enemiga; y simultáneamente el general Maceo hacía fuego continuado sobre la otra columna que descendía por la cuesta de Lechuza. Durante tres horas consecutivas los españoles no cesaron de batir el campo á descargas cerradas. Eran las cinco de la tarde; Maceo preparaba las guardias para la vigilancia del campamento, cuando recibió un correo enviado por el coronel Juan Ducasse con la grata noticia de que un buque expedicionario había sido visto por la playa de la *Mulata*. Sin pérdida de momento emprendió el camino de Buenavista con el Estado Mayor y las escoltas de Quintín Bandera y Sotomayor, dejando instrucciones al general Pedro Díaz, para que con la brigada Norte y la caballería de Bermúdez mantuviera en constante alarma al enemigo y defendiera el campo de Tapia, si volvían los españoles al empeño (1).

Acababa de demostrar Maceo que la montaña era inaccesible para los españoles, cuando los insurrectos se resolvían á defenderla con tesón. Miles de soldados conducidos por un jefe intrépido y tenaz, á quien no rendía la fatiga, no pudieron expulsar á Maceo de Tapia, objetivo de la operación combinada por Wéyler, para demostrar á su vez la eficacia de las armas españolas: las lomas seguían ocupadas por los insurrectos, y el jefe más temido de la Revolución iba á empre-

(1) El coronel Villa comunicó que con noticias de que el enemigo se encontraba cerca del ingenio Manuelita, salió á batirlo, divisando grupos que seguían en la misma dirección. En las Vegas les vió ocupando cercas de piedras, que fueron tomadas con fuego nutrido de cañón y fusilería por espacio de dos horas, fraccionándose el enemigo por distintos rumbos. Según informes, el enemigo al mando de Maceo y Quintín Bandera estaba acampado en el Guasimal, y dejó varias bajas y dos caballos con monturas y veinticinco muertos y heridos. En ampliación del parte anterior, el mismo coronel Villa agregó que cerca de San Ramón fué hostilizada su columna por centro y retaguardia, siendo rechazados los insurrectos por las fuerzas de Cuba é Isabel la Católica; que siguió por Vigía y San Claudio, donde se apostaba el enemigo en grupos numerosos. El batallón de Alfonso XIII en vanguardia, mandado por Devós, rompió fuego en tres horas, posesionándose de las alturas de Manuelita, Caobal y Lechuza hasta el paradero de Aguacate. El resto de la columna, en línea paralela con lomas de la derecha, aprovechando la artillería, hizo fuego sobre los grupos, que se pronunciaron en retirada. Se surronen bastante bajas, que pudieron retirar por la distancia en que estaban, notándose, como en el día anterior, escasez de municiones, yendo desnudos muchos de sus individuos de infantería.

El teniente coronel Pintos practicó reconocimientos por San Jacinto y San Juan Bautista, encontrando rastro de numerosa partida con rumbo

der otra serie de operaciones en la comarca de Bahía Honda. Maceo sostuvo ocho combates en el mismo campo, desde el nueve hasta el veinte y seis de Abril, luchando en todos ellos con una desproporción desmedida en cuanto al número de elementos ofensivos. A excepción del combate de San Claudio, en que pudo reunir cuatrocientos hombres, en todos los demás aceptó el debate en condiciones tan desiguales, que hoy parece cosa fabulosa: con doscientos hombres, con ciento cincuenta, cien, cincuenta, treinta y hasta con cuatro individuos, defendió las posiciones de Tapia y llevó muchas veces al retortero al ejército español. Desde aquella fecha, Maceo enamoró de su obra, bautizó el lugar con este significativo nombre: el *Peleadero de Tapia*.

Incausable nuestro caudillo y ansioso entonces de socorrer la expedición anunciada, si no había aún desembarcado, apuró la marcha por aquellos caminos escabrosos á fin de llegar cuanto antes al litoral para adquirir noticias exactas del buque expedicionario. De Buenavista nos dirigimos hacia el noroeste, y pernoctamos en una finca llamada San Ignacio, en donde, por Carlos Socarrás se obtuvieron datos concretos de la expedición, de la cual sólo se había salvado una parte, gracias al oportuno auxilio de la gente de Socarrás, que tuvo necesidad de sostener reñido combate con los marineros espa-

á las lomas del Rubí, en donde el enemigo parapetado, rompió el fuego. La columna lo alcanzó y batió, tomándole sus posiciones, persiguiéndole hasta internarse en la sierra, dejando el enemigo doce muertos y dos heridos graves que á poco fallecieron, los que manifestaron que la partida era de Pedro Delgado y que habían tenido muchas bajas. Se le mataron también ocho caballos, corriendo armas y municiones y cuatro acémilas cargadas de víveres. Las bajas de las fuerzas fueron siete heridos y cuatro caballos muertos. Después prosiguió la persecución por Encrucijada hasta San Juan Bautista, donde se dispersó.

El comandante militar del Mariel y coronel Francés participan que el cañonero "Alerta" hizo disparos de cañón sobre grupos que se hallaban en T naj.s. El general Suárez salió de Bahía Honda sobre Bramales, en combinación con las columnas de Valcárcel y Devós, sosteniendo fuego en Lechuza con gente de Maceo, rechazándolos con muchas bajas, teniendo un herido grave y otro leve. El veintiseis salió por San Blas, y al desembocar la columna de Valcárcel por Lechuza, rompió sobre ella el fuego el enemigo, siendo rechazado, entablándose poco después una acción de la que salió con bajas Maceo. Comunicó también Suárez Inclán que fuerzas de Baleares y guerrilla local de Bahía Honda batieron á la partida de Socarrás, tomándole posiciones y causándole bajas, y que el coronel Villa atacó la partida de Pedro Díaz en el río San Miguel, causándole bajas.—¡Hay más disparates que "muertos vistos"!

ñoles de la lancha *Mensajera* y con las famosas guerrillas de la Palma. Los expedicionarios que pudieron salvarse estaban con Juan Ducasse, el cual llegó á tiempo de prestarles su concurso. La expedición venía en la goleta *Competitor*, al mando de Alfredo Laborde, con el coronel Juan Monzón y algunos patriotas de Cayo Hueso. La goleta fué apresada por la lancha *Mensajera*, mandada por Emilio Butrón, el cual, vigilando la costa comprendida entre cayo Julia y Morrillo, avistó un barco sospechoso con rumbo á Punta Verracos. La lancha española le hizo fuego con acierto, y algunos expedicionarios, que se hallaban en un bote cerca de tierra, se tiraron al agua.

Fué apresado el buque, y entre los prisioneros, Alfredo Laborde, mientras trataba de volver á bordo para salvar los pertrechos. Los demás pudieron desembarcar con el coronel Monzón y parte del cargamento. Las fuerzas de Socarrás protegieron el alijo haciendo fuego contra la barca española y trabaron después combate con las guerrillas de la Palma.

Los españoles ocuparon catorce mil cartuchos de diversos sistemas: la goleta *Competitor* conducía veinte y cuatro mil cartuchos y cien rifles. Era una pequeña expedición que se organizó en Cayo Hueso con recursos facilitados por los emigrados de aquel punto. Los elementos oficiales concedieron á ese suceso todos los honores de una victoria marítima, y la goleta *Competitor* entró en la Habana como una presa de inapreciable valor el día 29 de Abril (1). La captura de la

(1) He aquí los partes españoles: "El comandante Butrón, que mandaba la lancha "Mensajera", vió la goleta "Competitor" con un bote al costado; hizole señales, y en su actitud sospechosa, el señor Butrón hizo funcionar la ametralladora. Un disparo hizo explotar una caja de cartuchos, y los hombres que iban en el bote se echaron al agua temiendo que la dinamita les proporcionara susto mayor. Los hombres que estaban en la goleta también se echaron al agua, y la "Mensajera", que se había acercado bastante, les hizo disparos de fusil.

"El propio comandante mató á uno, el otro pereció ahogado y un tercero recibió un balazo. Entre los heridos figuraban Laborde y otro de los prisioneros traídos. La tripulación de la "Mensajera" la componían doce hombres, y de ellos desembarcaron cinco armados de mauser, que se apoderaron del bote insurrecto. Con siete hombres se lanzó la lancha al asalto de la goleta, sin saber cuántos había en ella, sin acordarse del peligro, y entraron al grito de viva España. Había algunos insurrectos en tierra para proteger el desembarco, que hicieron fuego sobre los nuestros sin causarles ningún daño. Desde tierra hizo fuego á los expedicionarios una fuerza de veinte voluntarios y cuarenta guerrilleros mandada por el teniente de voluntarios Rafael Alvarez. Al

Competitor ocasionó un fuerte disgusto al general Wéyler y quebrantó también la autoridad de España. Reclamaron los Estados Unidos contra la ejecución de los prisioneros cuando estaban ya juzgados por un consejo de guerra, y hubo que suspender el fusilamiento para evitar mayores complicaciones. La actitud de la República Norteamericana produjo honda indignación en el ánimo de los integristas, que sólo se aquietaban con el espectáculo del patíbulo y con los horrores de la reconcentración.

En la parte occidental de Pinar del Río la campaña se sostenía con vigor por nuestros parciales. Mientras Maceo peleaba en los montes del Rosario, las tropas de Bermúdez y Castillo combatían en Paso Real de San Diego y por los pinares de Catalina contra Suárez Valdés, comandante general de la provincia; y en los remates de Guane el coronel Varona y los oficiales Lazo y Gallo combatieron rudamente contra el batallón de Wad-Ras. La guerra de montaña estallaba con redoblado furor en todos los distritos de Pinar del Río.

Al expirar el mes de Abril ocurrió en la Habana un suceso sensacional, que demostró á Wéyler la inseguridad de su propia vida en el mismo palacio de la crápula. Explotó una bomba de dinamita en el edificio de la capitanía general, colocada por el joven Armando André, de quien ya hemos hablado en estas Crónicas; explosivo que ocasionó desperfectos en la planta baja del edificio y estremeció á Wéyler, que se hallaba en

llegar á la costa esta fuerza, ya la "Mensajera" había hecho prisionera á la goleta "Competitor".

"El 26 de Abril salió de la Palma el comandante militar de la plaza, señor Pozo, con el teniente de infantería Ruibal y el primer teniente de caballería de voluntarios Antolín del Collado; éste, al frente de treinta voluntarios de su escuadrón, se dirigió á Jagua y Berracos, y en este último punto encontraron al enemigo en crecido número, al que batieron denodadamente. En la huida dejaron los insurrectos treinta y cuatro bajas y dos sacos de municiones, dos maletas, medicinas y útiles, efectos que fueron ocupados por la tropa y llevados á la Palma. La expedición puede considerarse totalmente fracasada, pero aun dió lugar á otro hecho glorioso. El día veintisiete volvió á salir el señor Pozo con su fuerza y los señores Collado y Ruibal y doce números del escuadrón. Se dirigieron á Cuatro Caminos, y de allí, por la costa, hacia el Río Blanco; al llegar á la loma Candelaria divisaron al enemigo; ordenó al teniente Collado que con su fuerza al galope ocupase el mejor sitio de ataque. El teniente Collado se colocó con su gente en las ruinas de una casa que había sido quemada por los rebeldes. Con asombroso valor, Collado y sus subordinados rompieron el fuego sobre el enemigo, que á pesar de ser inmensamente mayor en número y estar en inmejorables po-

su despacho con varios periodistas y oficiales del Estado Mayor. El propósito de Armando André era exterminar á Wéyler, cumpliendo de ese modo lo que ofreció solemnemente al general Maceo. Para ello se puso de acuerdo con el comité revolucionario de la Habana; pero el trabajo personal de la peligrosa empresa lo llevó á cabo Armando André con el auxilio de dos individuos más, Ceferino Vega (asturiano) y un carpintero llamado Rafael Domínguez. El general Wéyler, tratando de desfigurar el suceso, comunicó á Madrid que la explosión había sido producida por la dilatación de gases en las letrinas de Palacio; pero los corresponsales de los periódicos madrileños restablecieron la verdad de lo sucedido, atribuyendo la explosión á una bomba de dinamita fabricada *ex profeso*, y colocada en el edificio de la capitania general por los filibusteros. El hecho realizado por Armando André y los dos sectarios con grave riesgo de sus vidas, merece particular mención en la historia de nuestras luchas por la independencia, porque sobre el valor en grado superlativo que demuestra esta acción, tiene la particularidad de no haberse intentado antes ni puesto en práctica después (1).

siones, se desconcertó. Dentro de unos matorrales inmediatos al lugar en que estaba el grupo que divisó el señor Pozo, salieron otros tres grupos, cada uno de más de cuarenta insurrectos á caballo. El caballo del capitán cayó mortalmente herido de tres balazos; pie á tierra el señor Pozo, hacía incesantemente fuego con su revólver, y una bala lo hirió gravemente. Un guerrillero fué también víctima del plomo enemigo. El señor Ruibal fué también herido en la mano derecha; el teniente Colado, demostrando cada vez mayor valor, recogió también los heridos, que fueron llevados á la Palma, solo, al frente del puñado de valientes que le quedaban á sus órdenes, continuó haciendo tenazmente fuego al enemigo, obligándolo á abandonar el campo. Las fuerzas enemigas eran mandadas por el cabeçilla Socarrás”.

La goleta “Competitor” salió de Cavo Hueso y se dirigió á Sable, donde recogió los expedicionarios que allí se refugiaron por haber fracasado en su viaje á Cuba la goleta “Perla”, en que emprendió primeramente su aventura el coronel Monzón. Del cabo Sable salió con cincuenta hombres, 75 fusiles remington y unos veinticuatro mil tiros. (N. del A.)

(1) Debido á la dilatación de gases en las letrinas de Palacio ¡qué hermosura! se produjo la explosión. Si fuera así se demostraría que el olfato de Wéyler estaba tupido hasta ser insensible á la hediondez de los albañales humanos, y que sólo lo advertía por la trompa de Eustaquio al estallar los fermentos de la inmundicia. ¡Qué pulcritud! ¡qué aseol!

XV

Cacarajicara

En busca de los expedicionarios.—Encuentro con Suárez Inclán en las Pozas.—La mañana de Cacarajicara (30 de Abril).—Emboscadas dispuestas por Maceo; ataque y defensa de la trinchera; re renueva el comba'e por la tarde.—El primero de Mayo; desde Cacarajicara hasta la loma Redonda.—Pérdidas considerables de los españoles.—Señala muerte de Carlos Socarrás.—De rota de Serrano Altamira en Vega-Mora'es (5 de Mayo).—Queda deshecho el ataque combinado de Wéyler.—La función de San Martín (6 de mayo).—Juicio sobre estas operaciones.

ANSIOSO Maceo de darles la bienvenida a los expedicionarios de la *Competitor*, procuraba informarse por todos los medios de la dirección que tomó el coronel Juan Ducasse, con quien estaban aquéllos, y con este fin siguió por el camino real de las Pozas, guiando la marcha el teniente coronel Socarrás, que conocía el territorio palmo á palmo. Desde nuestra partida de Buenavista en la mañana del 27, habíamos recorrido un largo trayecto de la comarca de Bahía Honda, haciendo ligeras paradas en San Ignacio, Sitio Marrero y Soledad, aunque sin resultado positivo para el objeto principal de nuestra excursión. Nos hallábamos muy cerca de las Pozas cuando los confidentes de Socarrás trajeron la noticia de que una columna española hacía rancho en dicho caserío, y que la vanguardia ocupaba los linderos de una finca más inmediata. Con estas noticias se apartó Maceo del camino real para reconocer el campo enemigo, y provocar el combate si se ofrecía oportunidad. Los guerrilleros que salieron á escudriñar las viviendas de los contornos, halláronse de sopetón con nuestros exploradores en la misma entrada de la finca de labranza; los disparos debió oírlos el jefe de la columna desde las Pozas, puesto que, transecurrida media hora, el fuego más nutrido de

la tropa de línea, indicaba que Suárez Inclán tomaba parte en la función. Colocó Maceo la gente en unos matorrales contiguos y sostuvo con ardimiento la pelea, haciendo fuego personalmente; un proyectil le destrozó la caja del maüser con que disparaba. Faldeando una loma que nos ocultaba del enemigo, y después de practicados los reconocimientos indispensables, nos situamos en la finca *Tres Palmas*, á dos kilómetros del campamento español. Allí supimos con toda exactitud que el jefe de la columna era el general Suárez Inclán. La partida de dicho jefe desde Bahía Honda, hacia el noroeste de la provincia, dejando la operación cotidiana de Tapia, obedecía sin duda á otro plan táctico, cuyo objetivo no podía colegirse en aquellos momentos. Oyendo Maceo la opinión autorizada de Socarrás, destacó al coronel Sotomayor para Cacarájicara á fin de que estuvieran apercebidos los guardianes del campamento. Suárez Inclán no podía saber que Maceo andaba por las inmediaciones de las Pozas, toda vez que el día 26 lo dejó en las lomas de Tapia y, por lo tanto, el jefe español, al moverse en dirección inversa, lo hacía con el propósito de tomar por sorpresa el campamento de Cacarájicara y darle una batida en regla al cabecilla Socarrás. Los realistas de Bahía Honda y de la Palma aconsejaban continuamente al general español que espantara á Socarrás de aquellas zonas, por ser un faccioso temible y de grande influencia entre los campesinos del término.

Muy temprano, el día 30 de Abril, salió Maceo con algunos oficiales á practicar un reconocimiento sobre las Pozas, en donde quedó Suárez Inclán al terminarse el combate anterior. Durante el reconocimiento se divisaron algunos grupos de soldados, retaguardia de Suárez Inclán, los cuales fueron tiroteados por la gente que iba con Maceo. El teniente coronel Socarrás hizo notar al general Maceo que la columna española no llevaba otra dirección que la del campamento de Cacarájicara; dato seguro que sirvió á Maceo para marchar con toda rapidez hacia dicho lugar, aprovechando todos los atajos á fin de ganarles la delantera á los españoles, al frente de los cuales iba Suárez Inclán, jefe experto y temerario. Con Maceo, iban José Miró y el estado mayor, Quintín Bandera, Sánchez Figueiras, Benigno Ferié, Basart y una escolta de cuarenta indivi-

duos, además de Socarrás y algunos oficiales del regimiento de Cacarajícara. Llevaba, pues, Maceo, un escuadrón compuesto de oficiales probados, y aun cuando no llegaban á 150 hombres los componentes de su séquito, eran bastantes para medir las armas con los aguerridos batallones de Suárez Inclán en cualquier paraje de aquellos desfiladeros. Maceo, muy impaciente, aceleraba el paso para reconocer el cuartón de Cacarajícara antes de que llegaran allí los españoles, y disponer lo necesario para que el pleito les fuera costoso. A nuestra llegada á Cacarajícara no se halló ningún indicio de que los españoles hubiesen explorado el campamento, casi desprovisto de defensa, puesto que contaba únicamente con 25 hombres de las fuerzas de Socarrás para la vigilancia de un vasto espacio. Con el refuerzo que llevó Maceo, el destacamento formaba el total de 170 hombres, ni uno más. La posición de Cacarajícara era bastante ventajosa para resistir la cometiña de fuerzas mucho más superiores; pero tenía el grave inconveniente de ser accesible por tres lugares distintos, y, por lo tanto, difícil de sostener con un puñado de hombres si no quedaban cubiertas las tres entradas del campamento. Por lo demás, la posición era inmejorable por sus parapetos naturales; desde ellos, un centenar de hombres decididos, podía causar grave daño a un enemigo diez veces mayor, siempre que éste acometiera por un solo acceso. Cacarajícara es una loma de dos leguas de extensión, muy feraz, por cuyo fondo serpentea el río, con algunos espacios cubiertos de bosque. Pertenece al grupo orográfico oriental, ó sea la cordillera del Rosario, Sur de Bahía Honda.

Serían las nueve de la mañana. Maceo, que había examinado el camino de Cacarajícara á las Pozas, se adelantó con veinte hombres hasta el retén de vanguardia, constituido por soldados de Socarrás; y á poco de encontrarse en aquel sitio, divisó el primer grupo enemigo, que avanzaba sigilosamente. Sin duda, los guías de la columna española sospecharon que allí, poco más ó menos, estaría la primera guardia insurrecta de Cacarajícara. Hizo fuego el centinela (un turco), y todo el retén disparó sus fusiles, á una indicación de Maceo: fué ésta la primera emboscada. Enfiló sus fuegos la vanguardia española, aunque sin avanzar, sorprendida tal vez por la fir-

meza del contraste. El camino formaba una curva, y Maceo, que había observado y medido aquel tramo peligroso, desde donde los españoles podían barrer las emboscadas, dispuso acto continuo que toda la gente saliera del lugar, para reforzar la segunda emboscada, que momentos antes colocó nuestro experto General á unas cien varas de la primera, y fuera de la curva que formaba el camino. La cuestión fué más enconada al aproximarse los españoles a este paraje, porque el monte no les permitía el flanqueo y las ligeras inclinaciones de la serventía eran favorables á nuestros tiradores, que apuntaban con toda seguridad. Aunque el fuego de los españoles era estrepitoso, no les facilitaba el avance, porque recibían de frente y por los costados los fusilazos bien dirigidos de nuestra tropa, intacta todavía. La cuarta emboscada la situó Maceo en el centro del camino, amurallado de peñascos y maleza brava. Durante quince minutos dominó el silencio del bosque; de pronto, se oyó perfectamente esta frase: *¡Alto la infantería!* Era, sin duda, la voz de un oficial que tenía la misión de adelantar la pieza de artillería para despejar el camino. Transcurrieron diez ó doce minutos más, y bajo esta nerviosa inquietud, Maceo, cuyo temperamento no le permitía la espera, levantó la cabeza para escudriñar el campo y distinguió, a muy pocos pasos de nuestro parapeto, dos hileras de soldados con las armas prevenidas, y también escudriñadores; el cañón no estaba aún emplazado. Disparó Maceo, que era zurdo, y su hombro derecho sirvió para que en él apoyara la carabina el oficial que estaba más próximo. Los españoles contestaron con una granizada de proyectiles, parapetados á uno y otro lado del camino. En esta crisis de la refriega, Maceo y sus acompañantes echaron mano al revólver y se gritó *¡al machete!*, porque se habían agotado las municiones y se hacía necesario atemorizar al enemigo para que no prosiguiera el ataque; pero, en estos momentos de suprema ansiedad, viendo Maceo que se le escapaba la presa, llegó al sitio de las emboscadas el coronel Juan Ducasse, con un refuerzo de 150 hombres de infantería y algunos centenares de cartuchos de la expedición de la *Competitor*; refuerzo tan oportuno sirvió para completar nuestra victoria y el desastre, ya iniciado, de los españoles. El general Maceo, trocando en alegría su pesadumbre, ordenó

que todos los combatientes pasaran á una trinchera que guardaba la entrada del campamento de Cacarajícara, y siempre previsor, dispuso que parte de la tropa del coronel Ducasse fuese á cubrir las otras dos entradas de la sierra, para en el caso de que las fuerzas españolas efectuasen el ataque combinadas. Aquella trinchera no ofrecía grandes seguridades; construída con troncos de quiebrahacha, y cerrada por el frente y los costados, era, sin embargo, un fuerte valladar para detener el avance de uno o dos batallones de infantería, y ofrecía la ventaja de no ser accesible más que por el sendero que traía Suárez Inclán, pues á corta distancia de este reducto estaba el lecho del arroyo con sus defensas naturales. Acudieron 60 hombres á la trinchera, bien pertrechados, y otra fracción de 40 hombres quedó con el general Maceo en el ángulo del camino para que la columna española fuese batida por dos fuegos convergentes. Volvió á dominar el silencio. De pronto, una granada pasó rozando las trincheras; nadie se movió, porque Maceo había dado la orden terminante de que no se repeliera la agresión mientras los contrarios no fueran al asalto y tocaran con sus fusiles el maderaje de la trinchera. Sonó otro cañonazo, y á esta advertencia uno de los nuestros levantó el cuerpo para observar la posición del enemigo; sin poder contenerse disparó su carabina, y ya fué necesario romper la consigna porque los soldados españoles estaban allí mismo, á treinta varas del reducto, el cañón en batería, un oficial, extático, junto á la pieza, y desembocaba el peonaje con los fusiles dispuestos, esperando el toque de corneta. Todo el mundo hizo fuego á su arbitrio, los que se hallaban en la trinchera y los que estaban con Maceo á un lado del camino. Cayeron los soldados como espigas segadas por la hoz; el oficial de artillería cayó redondo, y con él fueron barridos los artilleros que manejaban el cañón. En vano, dos comandantes de infantería hacen esfuerzos considerables para que la tropa avance sobre la trinchera; el cañón no dispara ya, y únicamente las descargas de fusilería suenan á mayor distancia, porque la compañía que se ha desplegado por el frente de nuestro parapeto, está en cuadro, diezmada por el plomo de nuestros tiradores. Maceo exclamó: *¡Qué cáscara de jícaro!*... La satisfacción de nuestro caudillo se comunicó rápidamente á los su-

balternos, que prorrumpieron en vítores entusiastas. Maceo, ahora sin altivez, porque sentía inmenso júbilo, mandó que se dejara la trinchera para situarnos en las márgenes del arroyo, creyendo que el jefe de la columna española llegaría hasta el fondo, para complemento del desastre. Pero el general Suárez Inclán, aterrizado tal vez por los efectos de la batida, mutilada la dotación de artillería, y exánimes los soldados que fueron al asalto, quedóse en la trinchera abandonada por los insurrectos, viendo la manera de salir del atolladero y de evitar las más graves consecuencias de la derrota. A las dos de la tarde, en vista de que el enemigo no daba señales de renovar el ataque, Maceo adelantó los destacamentos de vanguardia hasta la inmediaciones de la trinchera, á fin de que no cesara la hostilidad mientras Suárez Inclán permaneciera en Cacarajicara. El tiroteo continuó durante toda la tarde y primeras horas de la noche. Poco antes de ponerse el sol, los españoles trataron de despejar la parte más elevada del campo insurrecto, con la manifiesta intención de colocar los retenes nocturnos. Embistieron con intrepidez, á pecho descubierto, pero con igual resolución les cayó la tropa cubana, cuesta abajo de la serventía, sin que pudieran los españoles volver por el desquite. Nuestras guardias se situaron á quinientos metros de las del enemigo.

A las tres de la mañana un fuego estrepitoso de fusilería alarmó nuestro campamento. Maceo montó en seguida á caballo y encaminóse al punto más avanzado, en donde obtuvo la casi seguridad de que la columna española trataba de ponerse en marcha y hacía simulacros de lucha para ganar tiempo y espacio, á fin de que los claros del día la encontraran fuera del alcance de nuestra tropa. Era de colegir que durante la noche, Suárez Inclán había dispuesto la ambulancia para que marchara con la vanguardia por el camino de Bahía Honda, evitando de esta manera el más sensible de los desastres. Tal vez adivinó que Maceo se encontraba en Cacarajicara por la clase de resistencia que halló en las diferentes emboscadas, y tal vez se cercioró de ello por las aclamaciones que partieron de los insurrectos alborozados por la victoria. De todos modos, la partida del general español bajo las tinieblas de la noche, fué, sin duda, la determinación más juiciosa, puesto que

se hallaba á una jornada de Bahía Honda, pero de camino muy quebrado, con la necesidad de resguardar los heridos, y sin poder eludir combate si era divisado por los insurrectos. Crítica fué la situación de Suárez Inclán durante la noche del 30 de Abril, y podía ser aún más grave si la vanguardia de Maceo lograba ocupar con antelación la ceja de monte con que termina el desfiladero de Cacarajícara por el lado de Bahía Honda. No le quedaba al jefe español otro recurso que emprender la marcha de madrugada, como así lo efectuó, con singular destreza. También Maceo con algunas horas de anticipación envió correos al coronel Sotomayor á fin de que estuviera al acecho desde la madrugada, y para que no hubiera errores de orientación, le determinó el lugar de las emboscadas y el rumbo que indefectiblemente llevarían los españoles al partir de Cacarajícara, por cuanto allí no habían de quedarse.

Nuestra gente empuñó las armas para seguir la huella del enemigo, que llevaba la dirección de Bahía Honda. Amanecía; los españoles habían dejado el campo y destruido la trinchera, pero no pudieron borrar las señales de la hoyanca. Algunos cadáveres estaban á flor de tierra, otros, debajo de los troncos que nos sirvieron de parapeto. Maceo dejó una sección para que examinara el vivac de los españoles, y él tomó resueltamente la ofensiva contra la retaguardia de Suárez Inclán. Las primeras emboscadas fueron deshechas por nuestros tiradores. Marchaba Maceo á la cabeza de sus heroicos soldados, con el rifle en la mano, á pie; á su lado, Socarrás, de guía, el Estado Mayor, el general Bandera y los demás componentes del escuadrón de vanguardia, todo el mundo á la desfilada. Poco antes de terminar el sendero, Socarrás advirtió al General que debía tomarse por uno de los travesíos de la derecha para evitar las emboscadas que, á su juicio, tendrían los españoles en un cayo de monte contiguo al desfiladero. El General desoyó la advertencia y mandó que la infantería de Ducasse flanqueara aquella posición, sin demora alguna. Los españoles, ocultos en la arboleda designada por Socarrás, nos enviaron una rociada de plomo y resistieron algunos momentos. Veíanse ya los claros de un espacio, casi limpio de maleza, por donde apresuraba el paso la retaguardia de Suárez Inclán. Más allá

estaba el centro de la columna en orden de combate, en espera de la retaguardia que se defendía con denuedo de sus perseguidores. Maceo dió entonces muestras de impaciencia, porque Sotomayor no se encontraba en aquel lugar, en donde hubiera impedido el paso á la columna, ó por lo menos, copado la retaguardia. Socarrás se adelantó á caballo para lidiar á brazo partido con los españoles, y recibió un balazo mortal.

Alcanzada de nuevo la columna en loma *Redonda*, tuvo necesidad de replegarse y quemar el último cartucho para defender el convoy de los heridos. Durante media hora el fragor de la pelea ensordece á los combatientes; el fuego de la infantería española es muy espeso, baña todo el frente de la línea cubana, pero no amedrenta á los soldados de la Invasión que rivalizan con los mejores de España, los que aun sostienen el honor de la bandera y afirman la valentía sobre el último reducto de la tribulación, casi todos mutilados por el plomo insurrecto. Este postrer esfuerzo es el más admirable, porque las cajas de las municiones están poco menos que exhaustas; y no hay capitanes de compañía que mantengan la cohesión y el nervio de la defensa. No hay clarines bélicos que lancen al aire sus agudas notas para inflamar los corazones de los soldados, ni comandantes de batallón que puedan apreciar la magnitud del esfuerzo; pero las escuadras y las secciones combaten con gallardía para no rendir la bandera del regimiento, de la que tratan de apoderarse los bravos soldados de Maceo, mientras tremolan la insignia de Cuba libre y la clavan sobre el muro agreste del disputado redondel. El sitio es memorable en los anales de la independencía, pues sobre estas mismas colinas enarboló el pendón de Cuba libre el bizarro general Narciso López. Después de esta gloriosa ostentación, gracias á la cual la columna española ha podido salvar los heridos, se precipita hacia los cuarteles de Bahía Honda por las inmediaciones de la playa, esquivando los parajes montuosos, y entra á retazos en el caserío, completamente quebrantada. El jefe de ella, el general Suárez Inclán, no sabe sino ya muy entrada la noche el número de soldados que ha perdido: toda la oficialidad ha quedado fuera de combate.

Es de creer que el general Suárez Inclán comunicaría á su superior la verdad estricta en lo que respecta al número de bajas que tuvo su brigada en Cacarajícara, acción calificada de desastre por los periódicos de Madrid, adictos al gobierno; pero el parte oficial lo compaginó Wéyler, para trasmitirlo al ministerio de la guerra, de esta manera especiosa y procaz: "Habana, 2 de Mayo.—El general Inclán con los batallones de San Fernando y Baleares y un regimiento de artillería realizó el día 30 de Abril, sin auxilio de Bernal, una brillante acción sobre Antonio Maceo, atrincherado en Cacarajícara, con parapetos de un metro veinte centímetros de tierra y madera, con dos órdenes de fuego, batiendo las avenidas 1,500 insurrectos que ocupaban el fuerte y las maniguas inmediatas y que impedían el despliegue para el ataque. Se atacó á la bayoneta, y á los veinte minutos fué tomado el fuerte y arrasado, acampando sobre él y haciendo al enemigo 200 bajas. El general Inclán cumplió con precisión las instrucciones del Estado Mayor general en su ida á Cacarajícara, y regresó ayer á Bahía Honda. Sostuvo rudos combates, venciendo siempre dificultades y rechazando ataques por el flanco con fuego de artillería é infantería oportuno, ocasionando al enemigo, al replegarse, bajas muy considerables. Por nuestra parte los tenientes Burguete y Moncada y siete de tropa muertos; comandante Fernández Conde, capitán Araíz, tenientes Argüelles y Moreyec y 29 de tropa heridos del batallón de Baleares; tres de tropa muertos, teniente coronel Moreno Navarro, capitán Murcia, teniente Martínez y 22 de tropa heridos; un comandante, dos oficiales y seis de tropa contusos del batallón de San Fernando; cuatro de tropa muertos y cuatro heridos de la sección de artillería—Wéyler". Con este relato el general Wéyler no pudo convencer á sus más apasionados defensores. La prensa de Madrid lo comentó desfavorablemente para el capitán general de Cuba, y una importante revista de aquella época, *El año político de 1896*, decía á este respecto: "El combate no fué del todo afortunado, como se desprende del telegrama de Wéyler, puesto que las tropas tuvieron que refugiarse hostilizadas por sus flancos, habiendo tenido dos oficiales y 14 soldados muertos y 10 oficiales y 61 soldados en-

tre heridos y contusos. El objeto era echar de allí á Antonio Maceo, cosa que no se pudo conseguir" (1).

Las tropas cubanas tuvieron cinco muertos y trece heridos en las dos jornadas. Murió el capitán ayudante Arturo Bolívar, en la acción del día primero de Mayo, cuando el último fuego de loma *Redonda*, y hubo que deplorar otra muerte muy sensible, la de Carlos Socarrás, que herido mortalmente en el mismo combate de loma *Redonda*, exhaló el último suspiro en los brazos de su esposa y de sus hijos en el vivac de Cacarajícara, centro hasta entonces de sus operaciones y donde encontró fin tan glorioso. Socarrás, hombre rudo, pero muy intrépido y vigilante, marchaba siempre á la cabeza de su regimiento. El general Maceo, conolido por la muerte de este bizarro oficial, envió sentida carta de pésame á su viuda, en la que enaltecía el valor y el patriotismo de su esposo, cuya muerte ejemplar en el campo de batalla, antes que abatir el ánimo, debía fortificarlo en el amor á la patria. A la vez dirigió una alocución al comandante Indalecio Sobrado, segundo jefe del regimiento de Cacarajícara, en la que hacía patente la conducta heroica de Socarrás, la cual había conmovido el corazón de todos los soldados, y que ella sirviera de estímulo á los que batallaban por el ideal patrio, sin aspirar á otro premio que el de la victoria misma. Para el mando del regimiento de Cacarajícara nombró Maceo al teniente coronel Fernando Bello, de Oriente, oficial meritorio, que también halló á los pocos días muerte gloriosa en el mismo lugar de Cacarajícara.

El Cuartel General se situó en Tres Palmas, comarca de las Pozas; en ese sitio se incorporó el coronel Sotomayor, á quien increpó duramente el general Maceo por no haber acudido al combate de Cacarajícara. Sotomayor, militar valiente y disciplinado, dió razones convincentes al general Maceo respecto á las dudas que éste abrigaba, atribuyendo á falta de celo lo que era debido á la lentitud de los correos. Durante los días 2, 3 y 4 se practicaron reconocimientos por todos los

(1) El vapor Tritón condujo, á los pocos días, desde la Habana á Bahía Honda, 42 jefes y oficiales para reponer las bajas de la acción de Cacarajícara.

Y con respecto al fuerte de que nos habla Wéyler, con dos órdenes de fuego, nosotros no lo vimos; y tenemos la completa seguridad de que no lo vió ningún insurrecto. Esa Malakoff no existía más que en la imaginación del embustero mallorquín.

caminos que conducen á Bahía Honda, y sólo se obtuvieron noticias contradictorias. Se emprendió marcha hacia el Brujo, sitio montuoso, entre San Cristóbal y el Aguacate, en donde se hallaba el brigadier Bermúdez con alguna tropa. Se dieron órdenes al coronel Ducasse para que con su brigada practicara un recorrido por San Diego de Tapia y se situara después en las lomas del Rosario. El mismo día por la tarde (4 de Mayo) el general Maceo, con algunos oficiales, salió para *Vega-Morales*, pequeña finca de labranza en el camino de San Cristóbal á Bahía Honda, en donde vivía una familia amiga, y regresó al campamento del Brujo al amanecer. Ni remotamente podía conjeturarse que una fuerte columna española saliera de San Cristóbal, con rumbo á Bahía Honda, por aquellos caminos escabrosos; dicha columna llegó á las nueve de la noche á *Vega Morales*, al mando del general Serrano Altamira, y llevando como testigo al general Bernal, á quien Wéyler había ordenado que se uniera á Serrano Altamira, en virtud de que aquél comunicó por el heliógrafo que no encontraba prácticos en San Cristóbal que conocieran el punto señalado por Wéyler para la combinación de Cacarajícara. Parece que Bernal—así lo decían los diarios españoles de la época—no concurrió a Cacarajícara por las razones indicadas. Serrano Altamira, más intrépido ó más sumiso que Bernal, aceptó sin réplica la comisión ordenada por Wéyler, y partió de San Cristóbal el día 4, por el interior de la sierra, con el objeto de establecer el contacto con Suárez Inclán en Cacarajícara, cuando este suceso pasaba ya á la historia. A las once de la noche, estando Maceo en el Brujo, en silencio todo el campamento, recibió un recado del dueño de *Vega-Morales* con un muchacho de 12 á 14 años, para noticiarle que en dicha finca pernoctaba una columna, la cual, al parecer, llegó á aquel sitio desorientada. De momento, el general Maceo no quiso dar crédito á la rara noticia que traía el improvisado postillón, pero le rogó que fuera otra vez á sitio *Morales*, se enterara con exactitud de que eran soldados españoles los intempestivos huéspedes, y que procurara estar de retorno á las tres de la madrugada. Del Brujo á *Vega-Morales* hay dos leguas, de muy mal camino. Exacto como un soldado viejo, volvió el rapaz á nuestro campamento con la confirmación de que eran solda-

dos los que se hallaban en la finca, puesto que le había dado el *¡quien vive!* en las inmediaciones del lugar. El dueño de *Vega-Morales*, en los momentos de tomar alojamiento el general Serrano Altamira, hubo de manifestarle que Maceo no podía estar lejos, toda vez que por la tarde había visitado la casa, y que era, por lo tanto, indispensable cubrir debidamente el campo para evitar una sorpresa, y salvar la responsabilidad que pudiera haberle si ocultaba la noticia. Antes de las cuatro de la mañana, Maceo se puso en camino para apostarse en los linderos de *Vega-Morales* y salir al encuentro de los españoles cuando levantarán el campamento. Apuntaba el día; la columna estaba ya lista de marcha y su descubierta reconocía los senderos contiguos para tomar la ruta de Bahía Honda por el camino de Quiñones. La vegetación por estos contornos es muy tupida, obstruye en algunos parajes la vereda, tortuosa y áspera en casi todo su curso, y en las primeras horas de la mañana la neblina hace andar á tientas al viajero que desconoce estos andurriales. La neblina era tan espesa que se lo tragaba todo: árboles, montaña y cielo; el horizonte parecía tocarse con las manos. Serrano Altamira se llevó las maldiciones de aquella familia, á causa de una acción indecorosa que la propia decencia nos impide referir. Fueron atisbados los españoles al cruzar el arroyo, y donde no pudieron ser vistos, por la obscuridad de la maleza y de la niebla, se indujo el rumbo que llevaban por las voces de los acemileros que trataban de apresurar el paso de las bestias. Maceo, que había flanqueado por la derecha para escudriñar la cañada, rompió el fuego tan pronto como divisó al enemigo, que ofrecía buen blanco, y simultáneamente fué atacado por nuestra retaguardia en el mismo crucero del arroyo. Allí dejó dos muertos Serrano Altamira y buscó refugio en los cercados de un sitio de labor llamado *Vega-Ortiz*. Los españoles se mantuvieron un cuarto de hora, pero ofendidos con decisión por Maceo, dejaron el parapeto con manifiesto desorden. En la loma de *Sebastopol* fueron alcanzados otra vez por nuestros infantes. Serrano Altamira continúa su marcha precipitada: va huyendo; abandona muertos y heridos, y siembra el camino de vituallas y cartuchos que los nuestros aprovechan. Nuestros tiros, cada vez más eficaces, á menos distancia, aturden á los

soldados hasta el extremo de que no sostienen las emboscadas, á pesar de que el terreno ofrece condiciones inmejorables: á ambos lados del sendero, los manzanos silvestres, que crecen allí muy frondosos, forman una techumbre de gran espesor donde pueden ocultarse perfectamente las postas de infantería. La retaguardia de Serrano Altamira, al abandonar las emboscadas, grita ante nuestros tiradores: "¡paren, que ya se descabló nuestro *general serrano!*" El jefe de la columna no da muestras de marcialidad, por cuanto no acude en auxilio de la retaguardia, que anda á la carrera para no ser apresada por los insurrectos. La persecución terminó á las dos de la tarde, á media legua de Quiñones. El enemigo abandonó doce muertos y siete heridos de suma gravedad, mantas, comestibles, caballos y más de dos mil cartuchos de máuser. La columna española, mandada, según se ha dicho, por Serrano Altamira, era fuerte de 1,200 hombres, con dos piezas de artillería, las que no pudo utilizar; los mulos quedaron descablados al pasar el primer arroyo, en donde también cayó del caballo Serrano Altamira; sucumbió la cabalgadura y escapó el jinete con una lesión en el rostro. Estos detalles los obtuvimos por una familia de Quiñones, en momentos en que una sección de los nuestros acudía sedienta á dicho lugar, minutos después de haber escapado Serrano Altamira y su estado mayor, que trataban de indagar el paradero de otra columna procedente de Bahía Honda. Nuestras bajas fueron ocho, dos muertos y seis heridos; perdimos al coronel Benigno Ferié, de Oriente, y al capitán Basart, del Estado Mayor; el oficial del despacho Luis Mendive y el capitán ayudante Manuel Piedra resultaron gravemente heridos (1). Acampamos en San Martín, inmediaciones de Quiñones.

(1) El parte que comunicó el general Serrano Altamira de la acción de Vega-Morales está plagado de disparates y anacronismos, puesto que adelanta y atrasa las fechas á su antojo, y no explica de ninguna manera la jornada militar de Vega-Morales, que se ventó el día 5 de Mayo, desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde, próximamente. El boletín que publicó la Capitanía General decía: "El general Serrano Altamira comunicó desde Bahía Honda que salió en persecución de las fuerzas de Maceo á las que encontró la tarde del día tres en la hacienda Candelaria. Tuvo allí fuego cinco horas, y unido con la columna de Valcárcel, emprendió marcha para Guacamaya, haciendo fuego de posición en posición al enemigo que se corría por las lomas. Las bajas de la columna fueron siete de tropa muertos; el capitán

Por la noche, un campesino de las inmediaciones trajo un despacho que le entregó el general español Suárez Inclán; iba dirigido al comandante militar de Bahía Honda, y decía, literalmente: "He oído fuego muy nutrido desde las siete hasta las once de la mañana, y supongo que es Serrano Altamira con Maceo; comuniqué salgo de este lugar al amanecer, esperando únicamente la columna Valcárcel". Con estos antecedentes el general Maceo se preparó para salir al encuentro de Suárez Inclán, cuya presencia era inesperada, y antes de que amaneciera estaban nuestras tropas en las inmediaciones del campamento español, en la finca conocida por el *Llano*. La columna estaba lista, en son de marcha, y contestó al fuego de nuestros exploradores con descargas cerradas. Maceo mandó ocupar la loma de San Martín, junto á Diviñó. El enemigo desembocó por el camino del Llano á Quiñones, á eso de las siete, renovando el fuego á discreción. Por el frente recibió los tiros del grupo que se hallaba apostado en Diviñó, mientras por el flanco derecho lo hostigaba Maceo desde las alturas contiguas. Viéndose el enemigo tan duramente agredido, destacó un batallón de flaqueo por la loma y se replegó sobre Quiñones, para volver á sus cuarteles después de una hora de combate. Maceo no pudo proseguir la operación, porque escaseaban las municiones y los combatientes. En esta acción sólo tomaron parte unos cien hombres, debido á que, al terminarse el combate de *Vega Morales*, se establecieron algunos destacamentos de caballería é infantería. El flaqueo de los españoles por la loma de San Martín ó Diviñó les costó bastantes bajas, porque la posición que ocupaban los insurrectos, era muy favo-

don Manuel Herrera, los tenientes don Isidro Santamarina y don Cecilio Gómez y 22 de tropa contusos. El día seis emprendió nuevamente la marcha, y al oír el fuego de fusilería y cañón del general Suárez Inclán, se unió en el Aguacate, observando en el camino donde se libró el combate el día anterior grandes sepulturas del enemigo, al que deben de haberse hecho muchas bajas difíciles de precisar por las circunstancias de la noche. Desde San Cristóbal comunicó más tarde que el número de heridos en las acciones de los días 5 y 6 con los rebeldes, fué de 25 soldados de tropa".

Pero el "Diario de la Marina" del día 12 de Mayo (1896) publicó el relato de la acción de Vega-Morales con el número de muertos y heridos que tuvo la columna española; y según el parte oficial, fueron siete soldados muertos, seis oficiales heridos y 49 heridos más, entre clases y soldados.

rable y pudieron precisar los tiros, pero corrieron riesgo muy grande el general Maceo y cuatro oficiales que le seguían, debido á que se entretuvieron demasiado en la tarea de apuntar los rifles sobre los flanqueadores; poco faltó para que éstos no hicieran blanco más certero á boca de jarro. Este día acampamos en el Roble. La columna española iba mandada por Suárez Inclán, y se unió á Serrano Altamira en el Aguacate, camino de Bahía Honda (1).

Wéyler preparó el ataque al campamento de Cacarajícara mientras Maceo batallaba en las lomas de Tapia. Suárez Inclán, que hasta el 26 de Abril dirigió las operaciones contra Maceo, salió de Bahía Honda en dirección opuesta para dar cima al plan estrambótico de Wéyler de sorprender á Socarrás y destruir los platanales de Cacarajícara. Para ello movió la columna de Suárez Inclán, sin levantar los destacamentos de Bramales y la Luisa, y dispuso además que Bernal saliera de San Cristóbal y se reuniera con Suárez Inclán en Guacamaya. Bernal, según se ha dicho, objetó que no podía salir de Cacarajícara, por no haber práctico que supiera el punto determinado por Wéyler para la reunión de las dos columnas. Quedó desconcertado el proyecto de Wéyler, porque Maceo el mismo día (26 de Abril) salió de Tapia con rumbo á las Pozas, por haber recibido noticias del buque expedicionario. Batalló Maceo en las Pozas el día 29, en Cacarajícara el 30 y el primero de Mayo, en *Vega-Morales* el día 5 y en San Martín el día 6, con el brillo que sabía dar á todas sus acciones, aun cuando tuviera escasos elementos de combate y su opositor contara con ellos en abundancia. Preciso es reconocer, sin embargo, que Suárez Inclán fué digno competidor de Maceo, porque pe-

(1) "El general Suárez Inclán, al salir el día 6 para Guacamaya, rompió el fuego el enemigo desde la posición avanzada que tenía en Diviñó, contestando la columna, siguiendo el camino. En el potrero Quiñones lo esperaba el enemigo en gran número y bien posesionado en las lomas, y allí sostuvo el fuego durante tres cuartos de hora, hasta que fué desalojado y puesto en retirada, uniéndose á la columna del general Serrano. Las bajas que tuvo Suárez Inclán fueron siete heridos de tropa de San Fernando, un capitán y dos de tropa contusos de Baleares, un herido de tropa de Cuba, cuatro y un oficial de tropa contusos de Isabel la Católica, un contuso de artillería y dos heridos de tropa".

Con esta manera de colocar los sumandos se hace fatigoso buscar la cifra total. Pero Wéyler lo hacía "ex profeso" para distraer la atención del observador.

leó con valentía, no dió señales de cansancio, penetró hasta el corazón de la sierra, arrojo que no tuvo imitadores; hizo marchas muy penosas, vivaqueó en lo más agreste de la montaña, en los dominios del insurrecto, y fué actor principal en uno de los episodios más famosos de la campaña de Cuba.

XVI

Consolación del Sur

Maceo marcha hacia el Rosario.—Disposiciones que adopta para batir á Wéyler.—El general español no sale á operaciones.—Disparatada combinación estratégica.—Wéyler desconoce la topografía de Pinar del Río.—Maceo se dirige al Sur de la provincia.—Penosa expedición por la Sierra del Toro.—Caiguanabo.—Combate de Alonso Rojas.—Ataque á Consolación del Sur (23 de Mayo).—Acción del Descanso contra Suárez Valdés (25 de Mayo).—Insiste Wéyler en trastornar el mapa de Pinar del Río.—La brigada del Norte emprende el camino de Mantua.—Retorna Maceo á las lomas de Tapia.

DESPUÉS de los últimos combates los españoles no volvieron á internarse en la sierra; en cambio, la insurrección tenía escalonados sus campamentos por toda la montaña. Maceo resolvió marchar hacia el Rubí, no sólo para activar las operaciones de las fuerzas que defendían aquel distrito, sino para evitar que Suárez Inclán, moviéndose en sentido inverso, atacara el campamento de Manuelita, en la creencia de que Maceo se hallaba aún por las lomas de Cacarajícara. El lunes once de Mayo salió Maceo del campamento del Roble para dirigirse á Tapia, en una sola jornada. El martes, con la brigada de infantería del Norte, practicó reconocimientos por el ingenio Luisa, en donde hubo que sostener refriega con la guarnición de dicha finca. Maceo marchó entonces hacia el Rubí, y acampó en el Rosario, con objeto de explorar la comarca de Cayajabos. Concentró toda la trupa de infantería y dos escuadrones de la caballería de Pinar del Río, al mando de Federico Núñez, que había quedado en esa comarca desde que Maceo partió hacia la costa en busca de la expedición de la *Competitor*. El brigadier Bermúdez habíase encaminado al sudoeste de la provincia después del combate de *Vega-Morales*, para reforzar la brigada occidental, que operaba por los Remates de Guane. El cuerpo de vanguardia (el día 14) se ade-

lantó. por haberse oído fuego en la dirección de Cayajabos.

Nuestros confidentes comunicaron que las fuerzas de Balomero Acosta y Juan Delgado habían sostenido dura refriega con el coronel Francés en la comarca de Hoyo Colorado; que habían incendiado por segunda vez el caserío de este nombre, y que públicamente se decía que el general Wéyler iba á ponerse al frente del ejército para dirigir las operaciones contra Maceo. Estas noticias, que también fueron transmitidas por el comité de la Habana, llenaron de júbilo al general Maceo, porque iba á presentársele la oportunidad de medir sus armas con el general en jefe del ejército español, hasta entonces poco amigo de verle la cara al insurrecto. Maceo emprendió marcha en seguida con toda la columna, tomando el rumbo de Cayajabos, porque se anunciaba que Wéyler pernoctaría en Guanajay, para montar á caballo al día siguiente. Nuestras fuerzas se situaron en la Pastora, dispuestas á aceptar el combate con el general español, y ansiosas de que no retardara la ocasión de satisfacer el marcial impulso: iba á renovarse la jornada de *Peralejo*. Pero quebróse el hechizo oriental con la lectura insípida de los papeles noticieros de la ciudad, que ponían en las nubes al capitán general, porque sin punto de reposo dirigía admirablemente la campaña desde el gabinete militar. Con el mapa, la reglita y el compás preparaba las grandes combinaciones estratégicas, y por medio del heliógrafo ocurría á la urgencia del caso táctico: dislocaba columna tras columna en cualquier lugar hipotético del tablero, y las volvía á reunir con precisión matemática sobre el mismo punto; como en la escuela de Toledo cuando juegan á los soldados. "Señores temibles de la prensa: estoy preparando una combinación"; esta era la frase favorita del Moltke mallorquín con lo cual quedaban embelesados todos los feligreses palatinos. Salían de Palacio, llenos de orgullo, porque el grande hombre les había comunicado una parte de sus planes. El no podía decir nada más, para que no se echara á perder la combinación contra Maceo en las *Tapias de Loma*, porque ni Wéyler ni sus contertulios sabían jota de Pinar del Río, y así publicaban disparates garrafales en los boletines de la guerra, creyendo que eran *tapias* de una montaña *sui generis* lo que en realidad era la sierra de San Diego de Tapia, muy dura de

pelar. El mismo día (16 de Mayo) en que Maceo esperaba á Wéyler por las lomas de Cayajabos, el jefe español ignoraba en absoluto el rumbo de su adversario, toda vez que transmitía al comandante militar de Los Palacios la siguiente orden: "Habana, 16 de Mayo. Núm. 36. El general en jefe al comandante militar de Los Palacios. Comuníquese á general Molíns á San Diego de los Baños lo siguiente:—Queda V. S. con su columna libre para operar haciendo reconocimientos por Caiguanabo, Galalón hacia La Palma, procurando inquirir noticias del enemigo, con objeto de evitar que baje de las lomas, donde supongo debe estar, y se corra hacia Occidente, protegiendo V. S. los valles. De no ocurrir novedad, volverá como base desde este punto á Los Palacios ó Consolación del Sur. General Inclán está con su brigada en Bahía Honda. General Serrano estos días protegiendo con su columna fortificación Cayajabos, en unión del teniente coronel Valcárcel. Terminada esta operación, podrá combinarse esa columna con la columna Serrano, no debiendo V. S. internarse ahora por San Diego de Tapia ni Cacarajícara sin apoyo de otra columna, pues Maceo con gruesa partida avisan estar por inmediaciones. Acúseme recibo.—Wéyler. Trasmítase.—El teniente general jefe de Estado Mayor, general Ochando." Bastará pasar la vista por el mapa de Pinar del Río para reconocer la ineptitud de Wéyler y su completo desconocimiento del teatro de la guerra. Le dice al general Molíns que opere por Caiguanabo, Galalón y la Palma, á fin de evitar que el grueso enemigo descienda de la montaña y se corra hacia la parte occidental; pero la operación que encomienda á Molíns la intercala con un supuesto que hace la apología de los talentos militares de Wéyler. Le recomienda á Molíns que no se interne por San Diego de Tapia ni por Cacarajícara, porque Maceo está por aquellas inmediaciones (se hallaba cerca de Cayajabos), y para completar el desconcierto, indica á su lugarteniente que termine el itinerario en Consolación del Sur, después de haber practicado reconocimientos por Caiguanabo, Galalón, y la Palma. El salto que Wéyler le hace dar á esa columna de Molíns es más enorme que la célebre combinación de Cacarajícara, cuya base previa era un punto desconocido en la comarca de aquélla. Si el general Molíns hubiese tenido que reconocer, partiendo de Con-

solación del Sur, los diferentes lugares que le marcaba Wéyler en el despacho heliográfico, queda roto y maltrecho, aun cuando no tropezara con un solo insurrecto en tan descomunal operación.

Contrariado Maceo por no haber resultado cierta la noticia de que Wéyler salía á campaña, distribuyó las fuerzas de infantería por las lomas del Kubi con la orden de que el día 21 estuvieran en el pinar de Rangel. Concibió entonces el plan de volver á cruzar toda la cordillera del Cuzco, la sierra del Rangel y la loma del Toro, para atacar una de las plazas fortificadas de la vía férrea, en las inmediaciones de la capital de la provincia. Nos esperaba, pues, otra serie de marchas fatigosas en el período de las aguas; la primavera se presentaba copiosa: las nubes habían empezado su tarea anual. La primera jornada fué desde el Rosario hasta San Francisco, el día 17; la segunda (el 18), hasta San Martín; en este lugar permanecimos hasta el día 20, en espera de las fuerzas de infantería del Norte, las cuales habían de unirse á la brigada Sur en la sierra de *Chavarría*. El día 20, desde San Martín, se dirigió el Cuartel General á San Diego de Tapia, se hizo un alto de dos horas en Arroyo Naranjo, se reanudó la marcha por la larga y peñaseosa montaña llamada de la Cruz, y pernoctamos en Sabanilla. Las marchas eran cada día más duras, por caminos pésimos y bajo aguaceros continuados. Nos tocó, el día 21, atravesar otra vez la loma del Toro y la de Macurijes, por veredas intransitables. Llegamos á *Chavarría*, en donde se hallaban las brigadas Norte y Sur, al mando del general Pedro Díaz. Fué aún más tremenda la jornada del día 22, pues por caminos, igualmente pésimos, cruzamos por el pinar de Rangel para pernoctar en Caiguanabo, donde nos esperaba una función de guerra, en vez del descanso apetecido. Al tiempo de acampar, nuestras patrullas trajeron la noticia de que en San Andrés, legua y media de distancia, se hallaban algunos guerrilleros de la Palma que se ocupaban en proteger el transporte de tabaco. Eran las nueve de la noche; pero el General quiso atacarlos inmediatamente. Con trescientos hombres salió de Caiguanabo con rumbo á San Andrés. Los guerrilleros hicieron algunos disparos, y huyeron desafortadamente al echarse encima la caballería de Maceo. Fué destruído el case-

río, así como todos los depósitos de tabaco. A la una de la madrugada volvimos al campamento de Caiguanabo: la tarea había durado 19 horas! Tocóse diana á las cuatro de la mañana, y á las seis estaba ya la gente en camino. Maceo concibió el designio de atacar aquella misma noche el pueblo de Consolación del Sur; para ello era indispensable repetir la faena de la víspera. Dejamos las lomas y nos encaminamos hacia el llano, sur de la provincia. En una hacienda nombrada las *Lajas* se obtuvieron informes de que las fuerzas del brigadier Bermúdez habían sostenido dos combates con una columna española al mando del general Molíns, en los puntos conocidos por Ceja de la Herradura y Roblar, término de Alonso Rojas. El último combate, que empenó con mucha valentía el teniente coronel Peraza, costó á los españoles gran número de bajas, entre ellas el coronel Gelabert, que fué herido de gravedad. A causa de estos hechos de armas, la caballería que mandaba el brigadier Bermúdez no pudo incorporarse al cuartel general de Maceo en el lugar que le fué designado con algunos días de anticipación. La columna española se dirigió á Consolación del Sur á raíz de la acción que sostuvo con las fuerzas de Peraza el día 23, y tras ella se encaminó Maceo, para batirla, si llegaba á darle alcance durante el trayecto, ó provocarla dentro de sus cuarteles de Consolación, en caso contrario (1).

(1) He aquí lo que comunicó el general Molíns: "Alcanzadas las partidas de Bermúdez, Collazo y otros, en Ceja Herradura, fueron batidas el día 20, después de dos horas de fuego, cogiéndoles cinco muertos, una bandera y efectos. Nosotros tuvimos un soldado herido y dos caballos muertos. Alcanzadas nuevamente las partidas de Bermúdez, Nito, Perico Delgado y otros, fueron batidas en Alonso Rojas y "Ramblar". Retradas á "Guanaca", donde tomaron posiciones ventajosas, fueron desalojadas dejando en nuestro poder 12 muertos que no pudieron retirar, llevándose otros. Se les cogieron 57 caballos, que fueron sacrificados en su mayor parte, armas de fuego y municiones. Por nuestra parte, cuatro heridos y ocho contusos. Entre los primeros tenemos que lamentar el haber sido gravemente herido el coronel Gelabert, que lo fué en un muslo, al tomar bizarramente á la bayoneta el puente de Siguaneya, con el campamento de Guanacar". Para que todo sea inexacto en este boletín de los españoles, hasta el nombre del lugar en que se dió la acción está equivocado, pues es Roblar y no "Ramblar". Tampoco se hallaba Bermúdez al frente de los insurrectos, ni Pedro Delgado, ni el tal "Nito", insurrecto anónimo. Dieron el combate unos cincuenta hombres á las órdenes de Peraza, entre los cuales se hallaban el comandante Eulogio Sardiñas, el capitán Arcadio Cabrera y varios oficiales más. (N. del A.)

La villa de Consolación del Sur, que ocupa un perímetro muy extenso, estaba defendida por doce fortines exteriores y recias alambradas. Su guarnición era de 300 voluntarios, y el día del ataque contaba, además, con la columna del general Molíns. A pesar de tan numerosa guarnición, el general Maceo determinó ir al asalto, y preparó dos batallones de infantería, uno de ellos al mando del general Pedro Díaz, y el otro, dirigido personalmente por él; eran las nueve y media de la noche. La primera compañía rompió las alambradas de un tajo y penetró en la población, contestando al fuego de los fortines y de los reductos interiores. Empezó el saqueo de las bodegas y el incendio de los edificios, sin que pudieran evitarlo los dos mil defensores de la plaza, que ni aun se atrevieron á luchar en medio de las calles, á pesar del conocimiento que tenían de la población y de que la luna alumbraba como el día. El combate pudo también ventilarse en las afueras del caserío. Entretanto, nuestra infantería llenaba el saco de vituallas sin hacer caso de las furiosas descargas que disparaban los españoles desde los parapetos. Hasta la una de la madrugada permanecieron nuestras fuerzas dentro de Consolación del Sur, vistiéndose de nuevo la mayor parte. A esa hora se tocó retirada bajo la lluvia de proyectiles que descargaban los batallones del general Molíns. Las llamas envolvían casi toda la población. Nuestras bajas fueron dos muertos y trece heridos. A las ocho de la mañana hicimos alto en la loma del *Descanso*.

Dijo el general Molíns que "algunas partidas insurrectas, creyendo que la población de Consolación del Sur estaba defendida sólo por voluntarios, á las nueve y media de la noche del 23 se aproximaron, tiroteándola y quemando las casas de guano de los alrededores. Apercebida la columna por el fuego de los voluntarios, tomó sus disposiciones, siendo rechazado el enemigo, saliendo al amanecer del 24 fuerzas en reconocimiento y persecución, habiendo acudido el general Suárez Valdés desde Pinar del Río. Las partidas tuvieron muchas bajas. La tropa y voluntarios, 20 heridos y cuatro muertos".

Otra vez se coloca delante del espectador la fantasmagoría de Jarucó para que se alucine con el conato de incendio de las casas de guano y huída bochornosa de los taimados insu-

rectos, y no descubra el artificio de la traza oficial. Los rebeldes no hacen más que aproximarse á la localidad, tirotean y queman las estancias de los alrededores, que son lo mismo que yesca; pero los defensores confiesan 24 bajas, ocasionadas por el tiroteo nocturno y á gran distancia del centro de la población. La tramoya queda por los suelos.

Todo el día 24 quedamos en espera de la columna española que se había refugiado en Consolación del Sur, la cual saldría indudablemente á entablar combate con Maceo, reforzada como se hallaba por el comandante general de la provincia, Suárez Valdés, que acudió á Consolación desde la ciudad de Pinar del Río. Transcurrió el día 24 sin peripecia alguna; pero al día siguiente, cuando Maceo se disponía á levantar el campo, fué avisado por los exploradores de que una fuerte columna enemiga se dirigía hacia la loma del *Descanso*, procedente de Consolación. Nuestra infantería ocupó en seguida las lomas de menor altura, limpias de matojos, desde las cuales se divisaba perfectamente la dirección de los españoles. Serían las nueve y media cuando la avanzada del camino de las *Lajas* rompió el fuego. Poco después se observó que la columna española se preparaba para el ataque, enviando un batallón por el flanco derecho, mientras el centro de la columna desplegaba sus líneas por el frente. La primera de nuestras guardias que hostilizó á los españoles tuvo que replegarse después de tenaz resistencia. Nuestros tiradores dejaron aproximar al enemigo, no replicando al fuego de cañón y fusilería con que trataba de amedrentarnos, hasta que no estuviera á tiro seguro. Los certeros disparos de nuestra infantería contuvieron el avance de la columna cuando trataba de escalar la colina que nos servía de parapeto. Se observó un grupo á caballo, de jefes y oficiales, en momentos en que se encaminaba al sitio que ocupó el retén más avanzado de los insurrectos, y sobre ese grupo se afinó la puntería; dióse, seguramente, en el blanco, toda vez que se produjo instantáneamente el natural desorden que ocasionan los proyectiles cuando dan en la masa. Sonaron las cornetas por intervalos de dos y tres minutos, y en seguida el ala izquierda de la columna, que trataba de flanquear nuestra posición, replegóse al centro, para combatir en retirada toda la división española, que tomó

por el camino de San Diego de los Baños; su retaguardia, aunque hizo vigorosa defensa, fué duramente agredida por nuestras tropas por espacio de una legua; la persecución no pudo continuar á causa de la terrible tempestad que se desencadenó y que cerró por completo los horizontes. Sin embargo, algunos jefes y oficiales, echándose el hule á la cabeza y utilizando otros la yagua portátil á falta de mejor capuchón, prosiguieron el tiroteo contra la retaguardia de los españoles, que buscó momentáneo abrigo en una casa habitada de buena apariencia, pero de donde hubo de salir, con evidente precipitación, cuando las nubes volcaban los odres del cielo con mayor furia. Los nuestros, llegando á la casa que acababan de dejar los españoles, se resarcieron con el piscolabis, dispuesto indudablemente para el estado mayor de la columna enemiga, poco antes de descargar la tempestad; y allí supieron que un jefe de alta graduación iba herido, noticia que también comunicaron los sitieros de los contornos. El combate fué reñido durante dos horas. Tuvimos cuatro muertos y 45 heridos; del Estado Mayor, fueron heridos los ayudantes Andrés Pilot y Alberto Boix; de la división de infantería, el teniente coronel Ferrer y siete oficiales, y muertos los comandantes Manuel Naranjo y Fermín Romero; el primero cayó en el retén más avanzado, al pie de los españoles que atacaron la primera posición. Maceo quedó acampado en la loma del *Descanso*. Interesaba sobremanera adquirir noticias ciertas de las causas que motivaron la repentina retirada de los españoles en el período crítico del combate, para lo cual se enviaron diferentes comisiones por todo el camino que siguió la columna el día anterior, desde la loma del *Descanso* hasta San Diego de los Baños. Estas investigaciones dieron por resultado obtener la seguridad de que la columna experimentó muchas bajas, entre ellas, la del general Suárez Valdés, herido de dos balazos.

“Con una columna de 1.700 hombres de todas las armas salió el general Suárez Valdés el 24 de Consolación del Sur (fué el 25), y sostuvo rudo combate con partidas numerosas en su mayor parte de infantería, mandadas personalmente por Maceo, que ocupaban montes, lomas y terrenos de Lajas, lomas del *Descanso* y entrada de la hacienda Potosí. Cinco horas duró el fuego, sostenido con empeño por el enemigo. Se le to-

maron las lomas con los campamentos en la entrada de Lajas, que terminaban en la derivación de las cuchillas que conducen á Caiguanabo. El enemigo, á quien se vió de una manera clara retirar bajas, dejó sobre el campo 39 muertos, entre ellos el titulado comandante Naranjo y dos extranjeros. La columna tuvo 27 heridos. Entre los heridos se cuenta el propio general Suárez Valdés, que recibió dos balazos al principio de la acción, uno que le atravesó el antebrazo y el otro que le produjo una contusión en la región iliaca. Los oficiales de infantería de Marina don Antonio Montes y don Manuel Rey y 14 individuos de tropa fueron heridos graves, y 5 leves y cinco contusos. El general Molíns se distinguió notablemente conduciendo la tropa del ala izquierda, tomando con ella posiciones del ala derecha del enemigo. Los tenientes coroneles de San Quintín y teniente coronel de Castilla se condujeron con gran bizarría; al de Marina le dieron tres balazos entre el equipo y el caballo”.

Hasta el día 30 quedamos acampados en el mismo lugar, aguardando el nuevo ataque de los españoles, los cuales no ignoraban nuestra prolongada permanencia en aquel sitio. Ni de Consolación, ni de Pinar del Río, ni de San Diego de los Baños salieron fuerzas enemigas á tomar el desquite. Maceo decidió entonces retornar al campamento de Tapia en busca de más briosos competidores, ya que las heridas del general Suárez Valdés consternaron á sus subalternos de un modo tan manifiesto.

El día de nuestro ataque á Consolación del Sur (23 de Mayo), el ponderado Wéyler, por primera vez, salió de la Habana á bordo de un crucero de guerra, para terminar el viaje en el Mariel. La salida del capitán general tuvo por objeto el cerciorarse personalmente del estado de la Trocha, á fin de impedir que Maceo con su columna de orientales cruzara hacia Levante, pues tenían que perecer en las lomas de Pinar del Río. Con estas mismas palabras lo comunicó Wéyler á su lugarteniente de la Trocha, al enterarse de un modo fidedigno que Maceo en persona atacó esa línea en la noche del 19, noticia desmentida por el mismo Wéyler el día 23, al ordenar á Suárez Valdés que impidiera á Maceo que bajara de las lomas. Ese mismo día, según queda relatado, Maceo penetró

en Consolación del Sur. Decía el insigne Wéyler al jefe de la Trocha: "Noticias San Diego de los Baños afirman Maceo con 2,000 hombres marcha hacia la Catalina, supongo que es *Pinal* de la Catalina. Bermúdez y otros, con 600 hombres, entre el *Llago y Llagón* de las Calabazas, dirección Cayo Sosa; otras partidas se dirigen á Ceja de la Herradura. Aunque algunos nombres son poco conocidos, indican movimiento insurrectos al sur. Compruebe noticias, y de ser ciertas, salga á batirlos ú obligarlos retroceder sierra, disponiendo la columna Serrano Altamira, y poniéndose de acuerdo en lo sucesivo con el general González Muñoz, que llega hoy á Artemisa, previniéndole que sólo en caso de suma necesidad y á petición del general Valdés mueva la fuerza que debe ocupar Cayajabos.—Wéyler". Hay un sello, y todo, que dice: "Ejército de operaciones de Cuba.—E. M. G."—¡Y á esos desatinos se les llamaba combinaciones militares! De manera sea que el general Maceo—al decir de Wéyler—se hallaba el día 16 por la sierra de Cacarajícara (el día 16 Maceo estaba en Cayajabos esperando que Wéyler saliera á campaña); el día 19 atacó Maceo la Trocha por el don de la ubicuidad, operación que confirmó Wéyler el día 23 al prevenir á Arolas que observara la más estricta vigilancia (y Maceo se encontraba en Quiñones organizando la columna que había de asaltar una de las plazas fortificadas de la línea del Oeste), y el día 23 andaba también Maceo por el *Pinal de la Catalina* y otros lugares remotos, desconocido para el jefe de las armas españolas, quien, al mismo tiempo, combinaba la columna de González Muñoz, que debía llegar á Artemisa, con la de Serrano Altamira, que desde el combate de *Vega-Morales* no se sabía de ella, y de encontrarse en Bahía Honda, no hay para que decir que el contacto de esas columnas no podía establecerse más que desafiando el temporal y rompiendo por las lomas del Cuzco, que no son por cierto las cuatro lomas de alcornoques de Mallorca. ¡Pero así era la cabeza del ejército!

Antes de emprender el camino de Tapia, se envió al general Díaz, con la brigada del Norte, á Consolación, para que reconociera el campo de los últimos combates y siguiera después rumbo á Poniente, hasta llegar al límite de la tierra habitada, por el mismo itinerario de la primera invasión, cayen-

do sobre Viñales ó cualquier otro punto de los dominios de España al retornar de la correría, para incorporarse otra vez al cuartel general de Maceo en las lomas de Tapia á mediados de Junio: ¡tremenda caminata! Hela aquí, en brevísima exposición. Del Yagunal á Consolación del Sur, de esta comarca á la de Pinar del Río, de Pinar del Río á los cerros de Guane, al través de zonas enemigas, y del Cuyaguanteje á los confines occidentales de la Isla; remontar luego por la sierra de los *Organos* hasta el *Pan de Azúcar*, meterse en la comarca de Viñales por los erizos de San Cayetano, trocha militar que defendían con tesón los voluntarios de aquel término, y dirigirse al Rubí por la cuesta brava del *Rosario*, que es llevar á cuestras toda la pesadumbre de la guerra.

Maceo salió del Yagunal el día 30 y reconoció durante la marcha los sitios de *Potosí*, *Calabazar*, *Linares* y *Río de la Sierra*, siguiendo el rastro de la columna enemiga que se dirigía á Consolación del Sur, desde San Diego de los Baños. Era la columna de Molíns que retornaba á sus cuarteles, para en ellos reponerse de los últimos quebrantos, y procurar mejor alojamiento al general Suárez Valdés, cuyo estado inspiraba viva inquietud. El doliente pedía reposo y el segundo entorchado: ambas cosas le fueron concedidas. Nuestra tropa empezó el subidero del Toro, la terrible cuesta de las despeaduras y de las borrascas, pero hubo que acampar forzosamente en la falda del monte, porque se abrieron otra vez las cataratas del cielo con mayor violencia que nunca. Todo desapareció bajo el manto tenebroso de la tempestad: el horizonte, el espacio, el camino y los cabezos del Toro. Fueron tres días de diluvio. Escaseaban los víveres para toda la división, y se despachó la brigada del Sur para que se racionase en la zona enemiga de los Palacios. El tiempo seguía infernal. El día 2 de Junio se emprendió la subida de la histórica montaña, y pudimos llegar al Roble en otras dos jornadas, después de infinitas interrupciones por la sierra de Sabanilla, tan escabrosa como la anterior. El Roble es otro lugar agreste, situado en el fondo de la sierra del Rosario, entre Quiñones y el Brujo. El día diez acampamos en San Blas, y el once, en las lomas de Tapia, punto de partida de esta memorable expedición. Será conveniente recapitular el relato.

La expedición la hizo Maceo en veintiséis días. Salió de Tapia el 17 de Mayo, y regresó el 11 de Junio. Atravesó dos veces la sierra más escabrosa de Pinar del Río, bajo aguaceros torrenciales. Atacó la plaza de Consolación del Sur, en donde se hallaban numerosas fuerzas españolas, y batió al general Suárez Inclán en la loma del *Descanso*. Hizo desaparecer de la escena, una tras otra, las diferentes columnas que operaban por Alonso Rojas, Consolación y Pinar del Río, y con sus marchas sorprendentes, tan pronto sobre la trocha de Artemisa como en la de Viñales, desconcertó todas las combinaciones de Wéyler, que ya no supo como trastornar el mapa de la provincia occidental ni de qué manera componer nuevas victorias heliográficas. Por primera vez los periódicos españoles hubieron de confesar que las lluvias torrenciales, por un lado, y las escasas fuerzas que operaban por Pinar del Río, por el otro, habían impedido la derrota del famoso cabecilla (1).

(1) Decía el "Avisador", en la revista decenal de Junio: "Se han iniciado las lluvias con torrenciales aguaceros diarios que, haciendo crecer los arroyos y poniendo intransitables los caminos, dificultan las operaciones de la campaña. No obstante, la actividad de las columnas no ha disminuído aún. Es opinión general que han faltado fuerzas militares en Pinar del Río para rendir á Maceo y su partida; pero á la vez se cree que las lluvias no favorecerán al famoso cabecilla, ni estorbarán la acción militar contra él".

XVII

Las lomas de Tapia

El Peleadero.—Función diaria.—Maceo quiere celebrar el Santo con una a. borada.—Combate de Lombillo (13 de Junio).—Triunfo de los españoles.—Aglomeración de columnas en el valle de Tapia.—Combates del 19 y 20 de Junio.—La excursión del general Diaz.—Combate del 21 de Junio.—Combate del 23: el general Maceo, herido.—Disposiciones que se adoptan para evitar la publicidad.—Combate del día 24.—Termina la jornada de Tapia.

SONABAN tiros en las lomas de Tapia á la llegada de Maceo. Agradable recepción para nuestro caudillo: ¡función de guerra, y en los umbrales del teatro por él bautizado con el expresivo nombre de *Peleadero*! Sonaban tiros en diferentes direcciones, hacia la parte de San Claudio, camino de Cañañas, y por el rumbo opuesto, hacia la parte de Bahía Honda, entre San Gabriel de Lombillo y Buenavista. Para los sectores de los dos partidos que funcionaban en el gran palenque de Tapia, no había temporada de asueto, ni lluvias torrenciales que impidieran la asistencia puntual á la cita, ni flaquezas del corazón. Los jefes no pedían el retiro, ni los soldados reposo; guerreaban diariamente, lo mismo con sol abrasador que bajo el nublado de la tempestad. Maceo se hallaba más cerca de Lombillo que de San Claudio, y hacia el primer lugar se dirigió con rapidez para decidir la contienda (1). Maceo, una vez informado de lo ocurrido, estudió la manera de darle un azotazo á los intrépidos guerrilleros de aquella comarca, que saciaban sus iras en los infelices pacíficos; y para ello citó al

(1) Decía el parte español: "Unidos los guerrilleros de Bramales, batieron á la una de la tarde del 10 (fué el día 11) en Cuchillas de San Francisco á las fuerzas de Perico Delgado. El fuego duró dos horas, haciéndoles 10 muertos, uno, hermano del prefecto Demetrio Castillo, cogiéndose armas y caballos".

Asesinaron á tres vecinos indefensos. (N. del A.)

prefecto de San Francisco, capitán Demetrio Castillo, para la noche siguiente, en lugar determinado de la colonia Buenavista.

El combate de San Claudio lo sostuvo el general Bandera con los escuadrones de Federico Alonso y Carrillo contra fuerzas numerosas que se dirigían á Cabañas y que á su paso por Manuelita trataron de destruir el campamento insurrecto.

Durante la excursión de Maceo por las comarcas del Sur, las fuerzas cubanas que guardaban las entradas del Rubí y Cayajabos no permanecieron inactivas. A la vista de Cayajabos, el treinta y uno de Mayo, fué duramente hostilizado el regimiento del Príncipe; con anterioridad, en terrenos del ingenio Navarrete, término de Cabañas, la tropa del Rubí sostuvo viva refriega con la columna del coronel Francés; por San Diego de Núñez y por Bramales, los destacamentos de las prefecturas no dejaron sin castigo la ferocidad de los guerrilleros, que pretendían impunemente asolar las labranzas y cometer toda clase de depredaciones; y por último, en la noche del 12 de Junio fué atacado el pueblo de Candelaria por diferentes grupos insurrectos.

El día 12 lo pasó Maceo en el campamento de Tapia haciendo los preparativos necesarios para la función matinal que intentaba realizar al día siguiente, 13 de Junio. El San Antonio del año anterior lo había celebrado en el distrito de Holguín, despachando, como ahora, negocios de la guerra. Reunió la oficialidad y la tropa que debían acompañarle: el Estado Mayor, el general Bandera con su escolta, el coronel Silverio Sánchez, el coronel Sotomayor con dos secciones de infantería, la escolta del Cuartel General y varios grupos de diferentes cuerpos que se hallaban en el campamento de Tapia, en totalidad, 350 hombres de combate. Se emprendió marcha á las seis de la tarde para la colonia Buenavista, según lo convenido con el prefecto de San Francisco el día anterior; llegamos á las once de la noche al lugar indicado, y acampamos al raso en la guardarraya de un cañaveral. A las tres de la madrugada, el General, después de recibir con regocijo las felicitaciones afectuosas de sus fieles subalternos, dispuso que la guardia de la prefectura se encaminara al ingenio Teresa para extraer algunos toros del corral, á la vista del destacamento que guarnecía el batey, con el propósito de que los gue-

rrilleros salieran á recuperarlos. Maceo se apostó en sitio conveniente para caer de improviso sobre la guerrilla española, al liarse á tiros con la guardia de la prefectura. Lance parecido habíase ejecutado en distintas ocasiones entre los civiles de San Francisco y las patuleas de Bramales. Pero el suceso militar del día 13 no tuvo el carácter de simple reyerta entre parciales de escasa disciplina, sino de acción formal, y desgraciada para nosotros. El prefecto de San Francisco, impaciente por brindarle al General una presea de subido valor, se precipitó demasiado en la ejecución del plan concebido, puesto que no exploró debidamente el campo contiguo al ingenio Teresa, ocupado por fuerzas enemigas de mayor consistencia que las facciones de Bramales. La reyerta que, según todos los cálculos, debía empezar á las seis de la mañana, no había aún comenzado una hora después. Empezó el fuego á las ocho, en las inmediaciones de San Gabriel de Lombillo, y creyendo Maceo que la guerrilla del ingenio Teresa iba en pos de los provocadores, avanzó hacia el lugar de la lucha, á paso de carga. Los muros de Lombillo quedaban á nuestra izquierda, aunque algo ocultos á primera vista por el espesor de la arboleda y la niebla de la mañana. Fué necesario aproximarse para determinar la situación del enemigo; no podía inducirse si era considerable ó pequeña, la fuerza española que allí se abrigaba; pero tampoco era ocasión de retroceder. Nuestra infantería flanqueó la posición por la izquierda, y la gente montada tiró por la derecha para meter dentro del círculo á un grupo de guerrilleros que trataba de escurrirse por el fondo del camino. Para esta maniobra, la caballería de Maceo tuvo que pasar á corta distancia de los paredones de Lombillo, y en estos momentos se descubrió el opositor con fuertes descargas de mauser, que revelaron la presencia de una columna, plenamente confirmada por los estampidos de la artillería. Nuestros jinetes habían galopado con exceso; eran blanco de los fusiles españoles, sin que les fuera dable repeler la agresión de aquella tropa parapetada y bien dispuesta, que en vez de ser sorprendida por nuestro rebato, nos atisbó desde el cazadero. Mandó el General tocar dispersión para que no corriera peligro más grave los jinetes que avanzaron hasta las inmediaciones de Lombillo; y el combate, en condiciones tan

desiguales, continuó por espacio de una hora, sin que el enemigo se decidiera á salir de los parapetos. Tal vez, el jefe de la columna, al ver el arrojó de los nuestros, echándose á caballo sobre los muros de San Gabriel, creyó que teníamos gente de reserva y que nuestro intento era provocarlo por medio de la caballería, para batirlo después con elementos de las dos armas. Nuestras bajas fueron dos muertos y 18 heridos, de gravedad todos, entre ellos el coronel Hugo Roberts, médico del Cuartel General.

Situados otra vez en Buenavista, llegó de la sierra la infantería del Sur, al mando del coronel Juan Ducasse, á quien se dejaron instrucciones para que prosiguiera el combate y determinara el rumbo de los españoles. El general Maceo no pudo ocultar el desagradable efecto que le causó la acción de Lombillo. Era día 13, su santo, y todo le salió fallido ¡cosa rara! porque siempre los días 13 le fueron venturosos. Recordaba que el día 13 de Mayo dió la acción del *Jobito*, en Guantánamo, y el 13 de Julio, la de *Peralejo*: era hombre de augurios y presentimientos.

Sobrio, estrictamente veraz, como recomendaba el general Martínez Campos que fueran los partes de las funciones de guerra, es el que dió el jefe de la columna española al comandante militar de Bahía Honda; documento excepcional, entre el farrago de papeles plagados de mentiras, de desvergüenzas y de gerundios trastornadores de la oración: "El coronel Torrecilla con la media brigada, salió á practicar reconocimientos por San Gabriel de Lombillo é intermediaciones de Bahía Honda. Al llegar á San Gabriel, rompió el fuego contra el enemigo, tomando parte la artillería; lo desalojó de sus posiciones; efectuado reconocimiento, se encontraron cuatro caballos muertos. Por nuestra parte hubo tres heridos de Baleares y uno leve de San Fernando". No hubo enemigo derrotado, ni cargas á la bayoneta, ni 77 muertos *vistos*—cifra común en las acciones fabulosas que ventilaba Suárez Valdés,—ó grandes rastros de sangre y demás tropelías de rúbrica. El coronel Torrecilla se limitó á consignar lo que él había visto: cuatro caballos muertos y el enemigo desalojado de sus posiciones.

Nos esperaban grandes peleas en las lomas de Tapia. Desde el día 17 nuestros confidentes trajeron noticias de inusitado

movimiento de columnas por Bahía Honda y Cayajabos, que confirmaban las escritas por nuestro delegado en la capital sobre la operación que proyectaba Wéyler, pregonada asimismo por los diarios habaneros, que la daban por realizada con éxito asombroso y no omitían pormenores indiscretos, sin duda porque Wéyler lo ordenaba así, para que el triunfo fuera más ruidoso. El general González Muñoz saldría de Bahía Honda con 6 batallones y 4 piezas de artillería; el general Melguizo facilitaría 4 batallones y 2 piezas, y el coronel Valcárcel 2 batallones y dos piezas, operación combinada con Suárez Inclán, que con su brigada, iría en la vanguardia. Efectivamente, el 18, el valle de Tapia era un enjambre de soldados. La vanguardia española cañoneó el campamento de Manuelita, se dirigió á la loma del Vigía y regresó al valle de Tapia.

El día 19 empezó el ataque general. A las seis de la mañana fueron tiroteados nuestros vianderos por el camino del ingenio Recompensa, y poco después los exploradores que envió por aquel rumbo el coronel Sotomayor. El general Maceo no estaba en el campamento; había salido, con su escolta, á visitar al doctor Hugo Roberts, herido en el combate de San Gabriel. A las siete el jefe de Estado Mayor practicó un reconocimiento por el camino de Manuelita, y pudo precisar que eran dos columnas las que iniciaban el ataque: una venía por San Claudio, y la otra, seguramente la que tiroteó á nuestros vianderos, traía el rumbo de Bramales para converger sobre Manuelita. La primera disparó un cañonazo en la loma del Vigía, como señal de antemano convenida con la de Bramales. Sotomayor con 40 tiradores se situó en el camino de Manuelita, para reforzar la vanguardia del general Bandera, y el jefe de Estado Mayor, con los elementos restantes, ocupó el camino de Lechuza para detener el avance de los españoles por este lado. El general Bandera con su escolta rompió el fuego sobre el enemigo, que iniciaba el ataque por San Claudio, y en seguida Sotomayor reforzó la línea de Manuelita, replegándose después sobre Lechuza cuando los españoles invadían casi todo el frente de Tapia y acribillaban nuestros últimos parapetos. Reunidas las dos columnas en Manuelita, punto determinado de la combinación, tomaron el campamento del general Bandera, no sin que les costara algunas bajas. Quedó el

enemigo posesionado del valle de Tapia. Renovó el ataque por la tarde para desalojarnos de los cerros próximos y logró penetrar hasta el fondo de las Animas, bajo la hostilidad incesante de los insurrectos. Un furioso aguacero puso fin al combate de este día. El general Maceo llegó por la noche, y después de enterarse de las peripecias de la acción, atacó las guardias avanzadas de los españoles. Nuestras fuerzas, que no llegaban á 200 hombres, tuvieron 16 bajas.

La función del día 20 empezó al amanecer. Salió al encuentro de los españoles el general Maceo por una de las lomas de Tapia y rompió el fuego acto continuo sobre los batallones, ya dispuestos de González Muñoz, que empezaban el flanqueo de la sierra en dirección al Rubí. El general Maceo destacó una pequeña fracción de vanguardia para que molestara la del enemigo durante la penosa ascensión y reforzara después el campamento del Rubí, donde se hallaba el teniente coronel Delgado con alguna tropa; y él atacó el flanco derecho de la columna, escalonando varios grupos de tiradores por todo el camino de la sierra, cuesta arriba. El general Bandera y el coronel Sotomayor hostilizaban la columna por el mismo flanco desde otras posiciones, y corriéndose después hacia el costado izquierdo, lograron ganarle la delantera en San Sebastián, en donde arreció el combate porque allí llegó la más fuerte masa enemiga, y en pos de ella iba el general Maceo con los demás grupos de vanguardia. La columna española debió sufrir grandes pérdidas en su marcha hacia el Rubí, porque recibió constantemente el fuego enfilado de los insurrectos. A las cuatro de la tarde volvíamos á Tapia, para acampar. El teniente coronel Delgado continuó la hostilidad desde las alturas del Rubí. El fuego de los españoles nos ocasionó ocho bajas.

La brigada de infantería del Norte llegó al campamento de Tapia, de regreso de su excursión por las comarcas occidentales. Volvía llena de gloria: había penetrado en el término de Viñales por el sitio más peligroso, y después de devastar una gran parte de aquella zona enemiga, orgullo del integrismo, asedió los destacamentos de la tropa de Viñales, tomó el fuerte de *Ojo de Agua* y copó las guerrillas de la Baliza y Espe-

ranza. La tropa del general Díaz llegó á Tapia oportunamente y con las cananas repletas (1).

Los españoles pernoctaron en el asiento del Rubí después del combate del día 20. Allí no habían de quedar; no podían establecer ninguna base de operaciones, porque carecía de objeto, ni tampoco dirigirse hacia la línea férrea con el fin de completar la operación por dentro de la montaña. El objetivo era penetrar en los montes del Rubí y dominar las posiciones de Tapia, cosa que, en parte, realizó González Muñoz con brillante resultado. Pero Maceo se había propuesto desalojarlos del Rubí en las primeras horas de la mañana; atrevida empresa que no podía colegir el jefe de la columna española aun cuando tuviera el convencimiento de que su contrincante era el más agresivo de los jefes insurrectos. Maceo alistó dos compañías de infantería al mando de Ducasse, además de su escolta y los oficiales del Cuartel General, y se puso á la cabeza de la partida, en dirección al asiento del Rubí. Un oficial del regimiento de Pedro Delgado brindósele de práctico para conducirlo hasta el mismo asiento del Rubí, por senderos poco trillados. Era Elpidio Cosío, joven valeroso que ganó á pulso sus ascensos. Doseientos hombres capitaneados por Maceo, todos provistos de mauser y bien municionados, aparecieron de repente sobre los peñascales del Rubí, como banda de cazadores furtivos que ojea la pieza. Una gran parte de la división española se hallaba aún en el campamento recogiendo los avíos para emprender viaje; la vanguardia desfilaba por el camino de San Juan. La atacó Maceo con dos secciones de infantería, simultáneamente, por el frente y el costado izquierdo, mientras otro grupo de tiradores metía plomo en el asiento del Rubí, con tal eficacia que los más retrasados se pusieron en línea de combate. De vanguardia á retaguardia, y á la

(1) Entre los documentos oficiales españoles encontramos tan solo el siguiente parte, que, sin duda, tiene relación con el hecho de armas que dejamos anotado: "Las partidas de Díaz y Bermúdez, en número considerable, atacaron el día 15 á un grupo de voluntarios del Rosario de Yaguas, acudiendo al fuego el teniente Palaut, de Valencia, con 25 hombres. Herido dos veces gravemente este teniente, tomó el mando de la fuerza el sargento, que murió honrosamente en el combate, causándole al enemigo diez muertos. Acudió la columna Dolz, que enterró al teniente, á seis soldados y á un oficial de voluntarios, persiguiendo al enemigo que marchó á Caiguanabo".

El general Díaz puso en libertad á 11 prisioneros. (N. del A.)

inversa, silbaban los proyectiles; las descargas cerradas de los españoles, los estampidos del cañón, el tiroteo especial de la infantería cubana, el vocerío de unos y otros, era tumulto imponente dentro de aquel selvático escenario. Tal vez á Suárez Inclán, que iba en la vanguardia, le recordó el pasaje de Cacarajicara. Perdió la columna española algunos hombres en la bajada de la sierra, y dejó en nuestro poder vituallas y acémilas; pero bien dirigida por el general González Muñoz, terminó con buen éxito la jornada del Rubí después de tres días de penosas marchas, de grandes fatigas y de no interrumpidos combates. González Muñoz, sin abandonar la base de sus operaciones, el camino de Manuelita, llegó á San Juan con objeto de racionarse, dejar sus heridos, y volver sobre Tapia con mayor empuje.

Fecundo fué el día 23 en peripecias y emociones. Invadió el enemigo el campo de Tapia, ocupó totalmente el lugar tantas veces disputado, entabló reñida acción, y en lo más recio de la pelea cayó herido el general Maceo; accidente natural, de escaso valor para él, tan acostumbrado á experimentarlos en su batalladora vida, pero motivo de alarma para todos los testigos presenciales que sintieron á la vez el sacudimiento de algo terrible y desventurado. El día 22 transeurrió sin novedad; nuestros exploradores se aproximaron á Cabañas para conocer la situación del enemigo, y únicamente pudieron indagar que embarcaba los heridos para Bahía Honda ó el Mariel y que esperaba provisiones. No habiendo iniciado el ataque en la mañana del 23, no era verosímil que lo hiciera por la tarde. Pero acaeció lo inesperado, pues al punto de las doce aparecieron los españoles por el camino de Manuelita, vía común del torneo, para renovar la función usual sobre las lomas de Tapia, como si allí estuviera el castillo dominador, la pirámide más fornida de la guerra, cuya demolición y cuyo sostén interesaría por igual á los dos bandos gladiadores. El General no se hallaba en el campamento. A la voz de alarma todo el mundo ocupó el puesto que le correspondía, de antemano señalado; los toques de fagina eran allí innecesarios, así como la designación de los puntos estratégicos para que el enemigo no pudiera enseñorearse del campo. Sotomayor acudió sobre Lechuza, Bandera ocupó el camino de Manuelita, Díaz y Vidal

Ducasse, con dos compañías de infantería, se extendieron por el Guasimal y la loma *Verde*; el Estado Mayor con todos los oficiales del Cuartel General, se situó en el frente de Tapia; cada sección, cada grupo estaba ya en su local cuando los españoles precisaron el movimiento de avance. Era una masa enorme de combatientes, ocho ó diez batallones organizados en dos columnas de ataque: la vanguardia ladeaba la sierra por nuestra derecha, la otra abría camino por el frente, para ocupar el punto central de Tapia. Los batidores de la primera columna picaban de rodeo, muy erguidos, y presentaban un aspecto extraño: una brusca descarga descompuso su marcial continente (1). Llegó el general Maceo á toda prisa y se puso en la línea más avanzada de nuestros tiradores, para contribuir con su eficaz influjo á que no cesara la defensa de aquella posición, sobre la que el enemigo dirigiría el fuego más estrepitoso. El combate era muy rudo por ambas partes; se peleaba en la cuesta de Lechuza, en la bifurcación del camino de Manuelita, en el cerro *Verde*, en la loma de Sacarraín, en la ranchería de Bejarano, en la loma de Medina, en el mismo asiento de Reyes, pabellón del Cuartel General, y en todos los parajes que trataban de ganar los españoles. Dieron otro empuje decisivo y ocuparon el campamento. Cayó una granizada de proyectiles sobre el paño de tierra conquistado por los batallones de vanguardia. El General, á la cabeza de una compañía, ya diezmada, en la que se hallaban confundidos oficiales, jefes y soldados, trataba aún de defender aquella posición insostenible, y poco después la loma del *Flamboyant*. El coronel Ducasse, encaramado en un ateje, afinaba la puntería sobre el grupo más avanzado de los españoles que, con sus certeros disparos, causaba mella en nuestras filas: 10 ó 12 hombres estaban fuera de combate; otra descarga del mismo pelotón, y herido el general Maceo de un balazo en la pierna izquierda, en los momentos más críticos de la disputa. Calmó él la inquietud de sus subalternos, diciéndoles, sin inmutarse, que era el regalo 24 que recibía de los españoles. Sin embargo, no podía moverse. Hubo que alejarlo del lugar peligroso,

(1) Se decía que eran jinetes mejicanos, al servicio de Wéyler. Los periódicos de la Habana hablaron con elogio de esos nuevos guerrilleros que venían de tierras extrañas á combatir la rebelión de Cuba.

descubrirle la herida, y en una camilla provisional, conducir-lo en hombros á paraje más abrigado, donde se le hizo la primera cura. La bala le había perforado la extremidad inferior de la pierna, rozándole el hueso. Soportó el dolor con impasible actitud, y mientras era conducido por sus ayudantes y soldados de la escolta que se disputaban la carga, no dejó de dedicar toda su atención al combate, que aun proseguía, y disponer lo necesario para que continuara al día siguiente. Fué trasladado á una finca de la sierra del Rosario, llamada San José, á una legua de distancia del lugar de la acción. Tuvimos 5 muertos y 24 heridos más, con dos y tres balazos la mayor parte.

Interesaba sobremanera evitar la divulgación de la noticia para que no llegara á conocimiento de los españoles. Como primera medida se aisló todo lo posible el sitio de San José, vivienda del General mientras estuvo en cama, á fin de que el vecindario no conociera el lugar donde se hallaba el herido, ni supieran la ocurrencia más que las personas allegadas de aquella familia, residentes dentro del radio de nuestra vigilancia. Gracias á estas precauciones y á la discreción de nuestros soldados, no supo el enemigo, sino algún tiempo después, la dolencia del general Maceo.

Continuó el combate en la mañana del 24. Los españoles que estaban ya en posesión de las primeras lomas de Tapia, se dedicaron á destruir las rancherías y las siembras antes de emprender la marcha de retroceso para Manuelita y Cabañas, y en esa tarea devastadora, pero fácil de remediar en las campañas de Cuba, los sorprendió el tiroteo de nuestras avanzadas. Suárez Inclán tuvo que desplegar otra vez sus aguerridos batallones para hacer frente á la hostilidad pertinaz de los insurrectos y abrirse paso hasta el ingenio Manuelita, donde se hallaba el núcleo de la fuerza española. A las nueve de la mañana el fuego era muy nutrido y hubo que adoptar medidas de precaución en el cuartel general de San José para evitar un contratiempo. Pero los españoles no avanzaron: dieron por terminada la operación sobre las lomas de Tapia y emprendieron marcha para sus cuarteles. En este último combate, no tan encarnizado como el anterior, perdimos nueve soldados. Escaseaban otra vez los pertrechos, lo propio que los

combatientes, pues no llegaban á 200 los que tomaron parte en la acción del día 24. Así concluyó, por cansancio de unos y otros, la jornada militar de Tapia.

La prensa de la Habana publicó el siguiente relato de las acciones ventiladas contra Maceo:

“El general González Muñoz comunicó que con la primera media brigada del general Suárez Inclán se dirigió á Bramales donde pernoctó el 21. El día 19 con dichas fuerzas y con la otra media brigada se dirigió sobre el ingenio Manuelita, habiendo antes ordenado al coronel Hechavarría se dirigiese con su regimiento para ocupar la loma de San Claudio, dirigiendo algunos disparos de artillería sobre fuerzas enemigas que ocupaban un campamento situado en las faldas de la sierra. Durante la marcha de Bramales á Nuevitas, las fuerzas enemigas que ocupaban las lomas, rompieron fuego, habiendo sido desalojadas de sus posiciones. Reunidas ambas columnas en Manuelita dispuso ataque sobre el enemigo que ocupaba el campamento de Animas y otros, cañoneándole, y siendo tomados por la infantería que acampó en ellos, destruyéndolos. A la mañana siguiente, día 20, siguiendo dirección señalada, marchó sobre el Rubí, disponiendo que 600 hombres de Isabel la Católica al mando del teniente coronel Escario flanquearan la columna de las laderas de la sierra, operación que desempeñó á satisfacción, tomando y destruyendo varios campamentos á viva fuerza al enemigo, situados á la entrada del Rubí. Reuniendo á las tres de la tarde la columna, dispuso que el regimiento de Isabel la Católica ocupara las lomas de Santa Isabel de Barrera y pernoctara en ellas, y existiendo sobre la derecha un pequeño campamento y teniendo noticias de que en el interior de la sierra había uno importante, se dirigió allí con la brigada, y al poco rato empezó el enemigo á oponerse á la marcha de la columna, haciendo vivo fuego, siendo desalojado en todas sus posiciones, ocupando á las cuatro de la tarde el campamento situado en el asiento del Rubí, lo más alto de la sierra. Durante la marcha, el enemigo tiroteó vivamente á la fuerza. Los campamentos destruidos en la loma del Rubí estaban construidos con carácter permanente, y con objeto de pasar allí las lluvias, según manifestación de Perico Díaz, Delgado, Bandera y Maceo, estando ocupados por los

tres primeros, siendo de capacidad para 200 hombres el primero, y para 800 el segundo. Maceo había ordenado hacer siembras á los campesinos, asegurando su permanencia en aquel punto. Se han destruído siembras, se han quemado 300 bohíos, situados entre las faldas de las sierras y caminos de Nipe, de Bramales y Cabañas. Se han cogido reses, 70 caballos, 9 prisioneros, armas blancas, de fuego y municiones. Quedaron en nuestro poder 14 bajas del enemigo, entre ellos Ramón Rovira, ayudante de Perico Delgado, pudiéndose asegurar que han tenido muchas bajas más. Por nuestra parte, herido leve el oficial Ballesteros, 10 de tropa heridos graves, contuso el médico de Valladolid, señor Domingo, y dos soldados más heridos de este batallón”.

“El general González Muñoz comunicó el 24 que después de la toma del campamento de Animas y Oleaga á Quintín Bandera y Pedro Díaz el 19, y de haber penetrado el 20 á fondo en el asiento del Rubí, avanzando á viva fuerza hacia el enemigo, que se encontraba en lo más recóndito de la sierra, en sitio no pisado hasta ahora por la tropa, dispuso el 22 que fuerza montada hiciera reconocimientos destruyendo todos los sembrados y bohíos; el 23, presumiendo que Maceo viniera en auxilio de Quintín Bandera, regresó del valle de Tapia organizando fuerzas en dos columnas. La de la derecha á sus órdenes, siguió camino de Vega, y la de la izquierda, mandada por Inclán, por valle Isabel de Barrera, destruyendo cuantos bohíos y sembrados encontraron á su paso. Al llegar juntas ambas columnas al valle de Tapia, la fuerza enemiga situada en lomas Oleaga y Sarracaín, rompió el fuego sobre nuestras fuerzas, disponiendo la columna Inclán atacar la sierra por la izquierda, la cual, después de tenaz resistencia, tomó tres campamentos, y él con el regimiento de Isabel la Católica, al saber de que en el sitio Reyes existía un gran campamento en que se hallaba Maceo, se dirigió á dicho punto, envolviendo el costado izquierdo del enemigo, el cual, después de dos horas de resistencia, fué arrojado de sus posiciones, internándose en dos de ellas nuestras tropas. Noticias de prisioneros, comprobadas por el general González Muñoz, aseguran que en dicho campamento se hallaba Maceo, Bandera, Miró, Perico Díaz y Sotomayor con 3,000 hombres. Se les causaron numerosas bajas,

dejando en nuestro poder 21 muertos. El 24, con objeto de perseguir al enemigo y completar el éxito obtenido el día anterior, quedó el general González Muñoz con un batallón y la impedimenta en el ingenio Manuelita, disponiendo que el general Inelán con cuatro batallones, después de incendiar los campamentos y la casa que ocupaba Maceo en el sitio de Reyes, marchara al sitio Lechuza para ganar otros dos campamentos, siendo confirmada la desmoralización que produjo en el enemigo la acción de ayer, por la poca resistencia que hizo al día siguiente. Por nuestra parte hemos tenido un soldado y el práctico de San Francisco muertos, herido grave el teniente de Valladolid, José Asencio Baños, leve el teniente Sancho y 2 soldados heridos y 12 contusos. Terminadas estas operaciones que han durado siete días, con grandes fatigas y penalidades por el mal estado de los caminos y las lluvias diarias y accidentes del terreno, el general Muñoz ha quedado altamente satisfecho de los jefes, oficiales y tropa que han tomado parte en ellas.

“En Vueltabajo las operaciones realizadas por el general González Muñoz parecen más importantes de lo que se creía, sobre todo después de derrotadas las avanzadas insurrectas. Suponiendo el general González Muñoz que Maceo iría en ayuda de las partidas de Pedro Díaz, Quintín Bandera y Delgado, contramarchó sobre las posiciones ocupadas el primer día, teniendo la base apoyada en el ingenio Manuelita, y avanzó sobre la tierra. A los pocos momentos se trabó una encarnizada lucha, que duró más de dos horas, desalojando sucesivamente al General hasta el último soldado, pues en el cuartel general de Maceo, que tuvo que retirarse precipitadamente, pues el general González Muñoz en persona, con dos batallones de Isabel la Católica, envolvió su flanco izquierdo, lanzándolos á la bayoneta, bastando sólo el empuje de dos compañías de vanguardia para que el enemigo abandonara cuanto allí tenía, incluso 31 muertos y 4 heridos. Entonces se hizo encarnizada la lucha, sufriendo la eficacia del fuego enemigo desde el General hasta el último soldado, pues en el Cuartel General de González Muñoz fueron heridos 3 caballos de sus ayudantes, y el mismo caballo del General, asustado del fuego, se encabritó, y resbalando, cayó al suelo, quedando el General medio des-

vaneido y sufriendo fuerte golpe en una pierna. Tuvimos en esta última operación dos muertos, 2 oficiales y 22 de tropa heridos, más 12 contusos. Puede decirse que desde Bahía Honda á Cabañas y desde lo alto de la sierra al mar, no le queda al enemigo guarida alguna ni recursos de que poder aprovecharse, y que cuantos medios de vida había acaparado para pasar la época de las grandes lluvias, han sido destruídos en sólo siete días de operaciones, en las que han penetrado victoriosamente las tropas en puntos reputados de inexpugnables por el enemigo, demostrándole que nuestros soldados han de perseguirlo en sus más recónditas madrigueras, y que en las puntas de las bayonetas llevan la tan codiciada paz para este desgraciado país”.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

APENDICE

Sr. Tomás Estrada Palma, delegado del Partido Revolucionario. Mi distinguido amigo: Ya sabe usted por mis anteriores que la invasión hasta el extremo occidental de la Isla produjo el resultado apetecido: todo está, pues, removido y pujante; el incendio ha prendido en los últimos rincones de Vuelta Abajo. Pláceme comunicarle ahora que después de haber vuelto á la jurisdicción de Cárdenas para organizar aquellas fuerzas, he llegado nuevamente á Pinar del Río, en donde me propongo, por el momento, demostrar cuánto puede la Revolución, impidiendo á todo trance la realización de los planes de Wéyler y sus sicarios. Para ello apelaré á recursos extremos, que infundiendo necesario temor, harán deponer su actitud á los hacendados que intentaron hacer la zafra. Pero como yo organicé el contingente para la invasión con los pocos recursos que me permitía el estado del ejército de Oriente, suficientes para la campaña hasta hoy, en lo sucesivo no habrán de ser bastantes. Me resiento de que usted no haya aprovechado ya las facilidades que toda la costa occidental le ofrece para enviar pequeñas expediciones, que me serían de suma utilidad. Según eso, espero que usted hará todo lo posible para enviar con urgencia embarcaciones pequeñas, aunque sean botes, á dicha costa, que lleven siquiera treinta ó cuarenta mil tiros en cada una de las expediciones. Yo, desde este momento, empiezo á colocar las fuerzas que juzgo indispensables para proteger el alijo. Tengo el gusto de repetirme de usted afectísimo servidor y amigo.—A. Maceo.—Cuartel General en campaña, Marzo de 1896.

CARTA DE MACEO A SU HERMANO JOSE Y A JESUS RABI

La invasión de estas provincias, y sobre todo la permanencia del ejército invasor en Pinar del Río, por exigencias ineludibles de la campaña, han sido motivo bastante para que el enemigo concentre aquí la mayor parte de sus fuerzas.

Ello me place, pues hasta hoy este ejército ha realizado la mayor parte de las operaciones con que la invasión se honra, con una fortuna extraordinaria, tan grande como los alientos que aquél tiene para proseguir su obra, y también porque cuantos más sean los enemigos que aquí me combatan, tantos menos han de ser los que se opongan á las fuerzas cubanas que en las demás provincias deban secundar esta campaña y dar á la Revolución días de gloria. Confiado, pues, en su valor y pericia acreditados en cien ocasiones, le recomiendo la mayor actividad al frente del ejército de su digno mando, y que aproveche la actual situación del enemigo y su imposibilidad de mover grandes fuerzas en ese territorio, multiplicando usted sus ataques á poblaciones, destacamentos y pequeñas fuerzas que por ahí operen, porque interesa sobremanera al avance de la Revolución la resonancia y frecuencia de esos hechos de armas, simultáneamente, en todas las comarcas en que tenemos organizadas fuerzas. Nada deja que desear, hasta la fecha, la salud de los patriotas que componen el ejército de mi mando, por lo cual, con los elementos de guerra con que cuento, espero obtener el éxito deseado en la campaña que, con el advenimiento de nuevos planes exigidos por la actual situación, habré de emprender dentro de breves días. Y si á éstos se añaden frecuentes victorias y alguno que otro desembarco por esta provincia, así como por las demás de nuestra querida tierra, cuidando siempre con esmero de la conservación de los armamentos y buen uso del parque recibido ya, ó que en lo sucesivo se reciba del extranjero, espero que podamos dar por terminado felizmente el empeño revolucionario dentro de tres ó cuatro meses, plazo que juzgo suficiente para la evacuación de la Isla por las tropas españolas.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896.—A. Maceo.

AL GENERAL EN JEFE MAXIMO GOMEZ

A los jefes de los otros departamentos les escribo recomendándoles que se muevan más, que aprovechen estos momentos en que el enemigo no puede ocupar con grandes fuerzas otras provincias, sin abandonar la campaña que en ésta de Pinar del Río ha emprendido con calor. Nada quiero decirle de la tan cacareada Trocha, porque jamás he creído que pudiera ser infranqueable. Si ayer la cruzamos invadiendo, mañana volveremos á hacerlo, no sin dejar esta provincia en condiciones favorables, á pesar de cercas, minas, pozos de lobo y zanjas, porque por fortuna ¡no hay *Zanjones!* Para completar la organización de las fuerzas pertenecientes á este ejército, he resuelto permanecer aquí algún tiempo, lo que de paso habrá de servirnos para afirmar aún más el espíritu revolucionario entre los habitantes de esta provincia, tan adictos desde el principio de la invasión á nuestra causa, y para allegar recursos y elementos de toda clase, á fin de prepararnos para el *Ayacucho* cubano. A estos extremos dedico toda mi atención; tengo confianza en que andando el tiempo, recogeremos aquí gran cosecha de bienes, contra lo que se anunciaba en tonos pesimistas cuando la invasión de Vuelta Abajo no era más que un proyecto mío. Para convencerse de ello, no hay más que observar las buenas disposiciones que encuentro en la mayor parte de los jefes nombrados para los diferentes cargos de la campaña, así civiles como militares; unos y otros llenan su cometido á mi entera satisfacción, pues muestran un celo y entusiasmo sólo igualados en Oriente. Y para que el recuerdo de aquel otro extremo de la Isla sea más vivo y completo, la topografía halla aquí las mismas lomas é idéntico y admirable terreno en el que fracasa toda combinación militar del enemigo, y cualquiera posición nuestra opone serias dificultades al ataque de los españoles, ofreciendo siempre ocasión de lucirse á la valiente infantería cubana. En pliego aparte remito á usted las propuestas que me envía el general José Maceo, jefe del departamento Oriental, sobre ascensos de jefes y oficiales de aquel cuerpo, para que se sirva usted darles su aprobación. También pongo en su conocimiento que organizada la división de Pinar del Río al mando del bri-

gadier Pedro Díaz, jefe en comisión de la misma, he designado para la jefatura, también en comisión de las tres brigadas que la constituyen, Norte, Sur y Occidente, á los coroneles Vidal Ducasse, Juan Ducasse y Juan Lorente.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896. —Antonio Maceo.



COMUNICACIONES DE MACEO A LOS BRIGADIERES JOSE M. AGUIRRE Y JOSE LACRET, JEFES EN COMISION DE LA HABANA Y MATANZAS

Espero de su reconocido celo que imprimirá actividad á las operaciones, tanto contra el enemigo como sobre los pueblos por él defendidos, destruyendo al mismo tiempo trenes y demás vías de comunicación que sirven al ejército español para mover sus fuerzas con rapidez. Si yo he logrado atraer sobre mí la mayor concentración de fuerzas españolas, como ha resultado en esta provincia, donde no hay tregua ni descanso para el enemigo, es justo y aun urgentísimo, que usted trabaje en el mismo sentido, y que lejos de cesar en el empeño que varias veces le he recomendado, esfuerce cada vez más la campaña en la forma que sea más ventajosa; sólo así, imprimiendo la mayor actividad á las operaciones que realice nuestro ejército en las demás provincias, lograremos ver colmados los anhelos de que las tropas españolas abandonen definitivamente el territorio cubano.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896.—Antonio Maceo.



AL BRIGADIER ESTEBAN TAMAYO

He recibido su atenta comunicación de fecha primero de este mes, y enterado con el natural disgusto de su contenido, en la parte referente á la censurable conducta del coronel Vicente Núñez, he resuelto dirigir á usted la presente para que me remita, cuanto antes le sea posible, los datos relativos á ese particular para proceder con toda energía, pues estimo tan saludable como premiar el mérito, castigar las faltas y delitos, especialmente de aquellos que afecten la moral y la

disciplina del ejército. Si por dificultad en las comunicaciones no pudiera usted remitirme estos datos, forme usted mismo las primeras diligencias, decretando las prisiones que sean necesarias y reserve lo que actúe en su poder hasta que le sea dable verificar su incorporación á este Cuartel General. Manténgase, mientras esto último no se pueda ejecutar, sobre la línea de Batabanó á Alquizar, Guanajay y la Habana, activando las operaciones cuanto le sea posible, pues confío que dentro de tres ó cuatro meses tendrán que abandonar la Isla los españoles si nosotros sabemos aprovechar los actuales momentos que me parecen decisivos para nuestra causa. No terminaré esta carta sin expresar la satisfacción con que he visto los servicios realizados por usted en esa comarca, cumpliendo el encargo que le hice cuando salió de Pinar del Río, y por ello le doy mi enhorabuena.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896.—A. Maceo.

AL GENERAL SERAFIN SANCHEZ

La atención que el enemigo dedica á sus operaciones en esta provincia, le obliga á concentrar en ella la mayor parte de sus fuerzas, lo cual redundo en beneficio de la obra de la Revolución, no sólo porque esto ofrece dificultades al movimiento de grandes masas por la especialidad del terreno, sino también y principalmente porque queda desembarazada la acción de nuestras fuerzas en otras provincias, en donde ha tenido forzosamente que decaer la actividad del enemigo. Por este motivo, hay que aprovechar las actuales circunstancias y no perder la ocasión que se nos presenta de trabajar con éxito allí donde organizado ya nuestro ejército, contamos con lo que es necesario para llevar ventajas sobre las tropas españolas. Usted, en el desempeño de su importantísimo cargo, está llamado á hacer mucho en dicho sentido, preparando convenientemente el terreno gracias á una organización inteligente y completa de los diferentes cuerpos de ejército que sean objeto de su provechosa inspección. No dudo que lo haya usted realizado ya en la fecha, para bien de la Revolución y gloria personal de usted. Forzoso es al mismo tiempo que

usted excite el celo de los jefes de fuerzas para que activen las operaciones, sobre todo en Camagüey, donde no parece si no que falta la indispensable iniciativa, que jamás he dejado de reconocer en mis dignos compañeros; pero, por la prensa española, me entero de insignificantes hechos de armas de usted. Forzoso es, al mismo tiempo, que usted excite el celo de los insurrectos de aquella provincia. Esto no debe ser así, porque la obra revolucionaria se desarrolla y robustece por la simultaneidad del esfuerzo de todos, tanto como decae y se empequeñece si falta aquella iniciativa en los llamados á secundar la campaña y la admirable gestión del General en Jefe del ejército.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896.—A. Maceo.



AL DELEGADO ESTRADA PALMA

Mi muy estimado amigo:

Hace ya días que no tengo el gusto de ver letra de usted, y lo siento no poco, porque sus noticias nos darían idea exacta del estado de nuestros asuntos en ese país, y con ellas saldríamos por lo mismo de la incertidumbre en que parece se goza en mantenernos la prensa de todos los partidos. Esto marcha bien, y pudiera durar por tiempo indefinido hasta dejar extenuada á España, Sin embargo, como que á todos interesa la más pronta terminación, y veo en los papeles públicos que se discute si los Estados Unidos deben ó no intervenir en esta guerra, y sospechando que usted, inspirado en razones y motivos de patriotismo, trabaja sin descanso para alcanzar para Cuba lo más que pueda, me atrevo por mi parte á significarle que no necesitamos de tal intervención para triunfar en plazo más o menos largo. Y si queremos reducir ese plazo á muy pocas días, tráiganse á Cuba veinticinco ó treinta mil rifles y un millón de tiros, en una ó dos expediciones. Si ustedes, pues, logran alcanzar la cooperación de ese gobierno en el sentido de ayuda y protección al embarque de esas expediciones, no haría falta más que comisionar á una persona que fuese á la Habana y desde dicha ciudad me diera aviso oportuno de la fecha y lugar designado para el alijo.

Con esto, es decir, con la protección de los Estados Unidos, ni se verían los americanos comprometidos visiblemente, ni los cubanos habrían menester otra ayuda.

Me he visto obligado á tomar medidas extremas, por exigencias de las circunstancias. Wéyler, en su empeño de adquirir gloria y estorbar el reconocimiento de nuestra beligerancia, fué en sus declaraciones hasta donde le arrastraron sus deseos, y prometió zafra á los hacendados, elecciones tranquilas al gobierno, y al país la pacificación de Vuelta Abajo, todo ello para día no lejano; y como quiera que algunos hacendados mostraban una disposición de ánimo favorable á las miras de aquél, y la opinión pública, algunas veces imbécil, se ha dejado influír por las sugerencias de la intriga, tuve que invadir nuevamente esta provincia, con bastante fortuna hasta hoy, y ordenar la destrucción de cuanto pueda ser fuente de recursos y punto de apoyo para el enemigo, y con ambas medidas, que he adoptado, bien á pesar mío, estoy seguro de haber hecho imposible la zafra y las elecciones, no menos que el descrédito de la revolución que Wéyler perseguía, anunciando levantar el estado de sitio de esta provincia, por estar, decía él, casi pacificada. Gozoso le reitero el testimonio de mi aprecio y distinción más verdadera.—Cuartel General de Tapia, Abril de 1896.—A. Maceo.

●

**AL GENERAL FRANCISCO CARRILLO, JEFE DEL CUARTO
CUERPO.—LAS VILLAS**

No tengo noticia oficial alguna de usted, y esto no deja de intranquilizarme, pues estimo muy urgente que se mueva y opere como es debido el cuerpo de ejército de su digno mando, por la importancia de la provincia en que presta sus servicios. Hoy, en particular, debe usted activar las operaciones, pues hay más facilidad para hostilizar al enemigo, lo mismo que las poblaciones por él ocupadas, y destruir vías férreas y toda clase de comunicaciones, que tanto favorecieron la marcha cómoda de las tropas españolas. Hoy, en que el grueso de las fuerzas enemigas está en Pinar del Río, debe aprovecharse esa circunstancia para los fines de nuestra campaña en las

demás provincias. Con los alientos y pericia de usted, no dudo que lograremos pronto y excelente resultado.—Cuartel General de Tapia.—Abril de 1896.—A. Maceo.

ALOCUCION AL EJERCITICO LIBERTADOR

La tiranía española dió lugar á vuestro valor heroico para mostrarse al mundo entero en cien gloriosos combates; y los vilipendios acumulados durante cuatro siglos, reciben por fin su merecido castigo en esta formidable explosión de las iras de Cuba. La aurora de la victoria luce ya. ¿No véis á España aturdida por sus repetidos descabros, desde Maisí hasta Mantua? Ni pudo apagar el primer chispazo, ni contener al ejército invasor en su arrolladora marcha, ni dominar la Revolución, siempre triunfante. El Tesoro español no cuenta con dinero suficiente para los gastos crecidísimos de la guerra; su descrédito llega hasta tal punto, que le han cerrado las puertas para la negociación más insignificante, lo mismo en el país que fuera de él. Por eso España, que desde los comienzos de esta guerra en todo erró, llegando á sacrificar el prestigio del general Martínez Campos, substituyéndolo con Wéyler, nombre que es cifra y compendio de todos los horrores de la maldad á pesar de todas las jactancias, no obstante sus alardes de fuerza, nada absolutamente puede hacer para atajarnos el paso. A la victoria vamos, á marcha redoblada. Así, valerosos cubanos, hemos adquirido excelentes amistades en el extranjero, donde ya nadie oculta sus simpatías por nuestra causa. La gran República de los Estados Unidos ha tomado la iniciativa, y no sólo ha reconocido nuestra beligerancia, sino que acudiendo á la defensa de sus amenazados intereses, á la vez que en favor nuestro, envía acto continuo importantísima nota al gobierno de Madrid que acaba de desesperarlo y abatirlo. Motivo es, por tanto, de júbilo inmenso para mí saber que con arrogancia digna de vuestro patriotismo habéis rechazado las proposiciones de arreglos y componendas de que ha hablado hace pocos días la prensa española, y con las cuales soñaba España para cuando se viese perdida y llegasen, como han llegado, sus últimos momentos. Vuestra sensatez iguala á

vuestro valor, porque ¿cómo vais á aceptar indultos ni proposiciones de paz, si todos recordáis el engaño de que fuisteis víctimas en el Zanjón, lo mismo que la inicua violación por España del pacto que celebró á la conclusión de la guerra chiquita con los generales José Maceo y Guillermo Moncada, arrojados con setecientos cubanos más á los presidios de Ceuta? ¿No salta á la vista de cualquiera la mala fe en que se inspira el último bando del general Wéyler, con apariencias de generoso y clemente, él, á quien España confió expresamente la dirección de la guerra porque ningún otro, entre los generales españoles, podía con más títulos representar la ferocidad y el pillaje! ¡Wéyler el sanguinario, convertido de repente en magnánimo y piadoso!... Y viene tan incomprensible cambio á coincidir cabalmente con el período de mayor auge de la Revolución! No habrá entre nosotros ningún insentato que habiendo adelantado en el camino de la libertad de nuestra patria, la traicione cobardemente, para correr luego la suerte más miserable que á un hombre puede caber en la vida. Las cuatro últimas expediciones, arribadas á nuestras playas en muy corto tiempo, señalan una nueva página en nuestros anales: ellas han de bastar para que lleguemos al final de la campaña, y aun sobraré pólvora, que habrá de servir para que nuestros más lejanos descendientes recuerden con orgullo las salvas con que solemnizamos la primera fiesta de la Independencia! Soldados, ¡Viva Cuba libre!—Mayo 2 de 1896.—Antonio Maceo.



AL DR. DIEGO GONZALEZ (1)

Lealtad 87.—Habana.

Muy estimado amigo: viva impresión me produjo la lectura de sus dos interesantes cartas, del 17 y 19 del corriente. Al paso que vamos, creo que pronto termine esto en el sentido que deseamos y que conviene á Cuba, porque es indudable que si al esfuerzo de los que estamos en el campo de batalla, se une la labor constante é inteligente de los buenos que residen por necesidad en las poblaciones, muy difícil ha de serle á

(1) Don Perfecto Lacoste.

España derribar árbol de tanta corpulencia, y tan arraigado. Bien vamos así. Tengo especial interés en conferenciar con el general Lee; pero eso no podrá ser hasta dentro de algunos días, y se lo avisaré oportunamente, porque en la actualidad debo atender á ciertas operaciones y de tal importancia, que me es del todo imposible abandonar este territorio. Asimismo tendré mucho gusto en remitirle, para su entrega al general Lee, los datos é informes que desea obtener.

En la acción de ayer recibí una heridita, la segunda de la campaña, pero tan leve, que no me estorba para nada. Supongo el buen efecto que habrá causado á la Junta Central de esa la ocurrencia de Giberga, de Pedro Baró y de Terry de volverse de la noche á la mañana separatistas. Nada digo del doctor Albarrán, porque sé que no estaba en el mismo caso de aquéllos.—24 de Junio de 1896.—Suyo afmo.—A. Maceo.



CIRCULAR NUM. 12

Noticias recibidas, día tras día, en este Cuartel General revelan claramente que la Revolución avanza, arrollando toda clase de obstáculos y ganando prosélitos, aun entre aquellos elementos que al principio la combatían con más saña y ruindad; y como que el conocimiento de aquéllas, lejos de ocultarse, debe alcanzar la mayor divulgación posible, he dispuesto que circulen entre todos los que en cumplimiento del segrado deber del patriotismo militan en las filas de nuestro ejército. En primer lugar, aparece el apoyo material con que cuentan las delegaciones del partido revolucionario en el extranjero, y particularmente la que reside en Nueva York, que puede á la fecha disponer de cuantiosos recursos, gracias á los cuales envía periódicamente expediciones, cada vez mayores; muchas de éstas han llegado ya, preparándose otras, y á nadie será lícito dudar del impulso formidable que está recibiendo la Revolución, por la regularidad y frecuencia del arribo de aquéllas. Sin hacer mención de la que desembarcó por el varadero de Cárdenas, ni la de Braulio Peña, por el Camagüey, límitome á las principales de desembarco reciente. La del coronel Monzón, ó sea la del *Competitor*, en los mismos días en

que se efectuó el combate de Cacarajícara, la del brigadier Juan Rus, que ha proporcionado gran número de armamentos y pertrechos. El general Calixto García, sabido es de todos que condujo á Oriente con toda felicidad una de las más importantes que hemos recibido. En el mismo departamento (Bacunao), el secretario del Exterior, Rafael Portuondo, obtuvo el más completo éxito desembarcando 1,050 rifles y 500 mil tiros de varios calibres, dos cañones, dos mil libras de dinamita, botiquín completo, aparatos para varios usos, etc.; y según las últimas noticias, en la primera quincena de este mes se ha recibido en Camagüey, con destino al General en jefe, otra tan importante como las dos últimas mencionadas, al mando del doctor Joaquín Castillo. Y gracias á una hábil combinación, tenemos dentro de la Isla, no lejos de aquí, gran cantidad de dinamita y otros explosivos. Todo ello demuestra que nuestros delegados en el extranjero, cuya actividad es notoria, cuentan con recursos pecuniarios considerables, que permiten con holgura realizar operaciones de extraordinario mérito desde el punto de vista político y financiero. Hállase en este caso la emisión de bonos de la República de Cuba por valor de \$10.000,000, de los que, dos millones, han sido colocados ventajosamente. Muchas personas de representación de dentro y fuera del país, han depuesto su actitud indiferente, cuando no hostil, á nuestra causa. Y si por motivos que fácilmente usted comprenderá, callo los nombres de cuantos residen en esta Isla, me complazco en participarle que el comité de París acaba de organizarse en esta forma: presidente, el afamado doctor Joaquín Albarrán; Vicepresidente, Eliseo Gibergera, que ha renunciado la representación de los autonomistas en el Senado español; tesorero, uno de los hermanos Terry; vocales, Juan Pedro Baró, acaudalado propietario, y otros más, de lo más saliente de la colonia cubana en aquella capital. Gran valor alcanza también el hecho de haberse dirigido desde la Habana una exposición, que apoya el cónsul norteamericano, encaminada á demostrar á Mr. Cleveland que la inmensa mayoría de cuantos viven pacíficamente en las poblaciones y en el campo de Cuba, anhelan la patria independiente, no menos que el ejército revolucionario y sus simpatizadores, porque nada bueno deben ni pueden esperar de

España. Todo, todo coadyuva al triunfo inevitable de la Revolución, tan inevitable como cercano; hasta la misma prensa peninsular, en su oposición manifiesta al gobierno de Madrid, descubre la fuerza y prestigio de nuestra obra alcanzada en todas partes: la desconfianza más grande domina hoy á los optimistas españoles de otro tiempo. Y el anuncio de la intervención americana en favor nuestro, aconsejando al gobierno español que conceda á Cuba la independendencia, ya no irrita ni subleva á los que hasta ayer creyeron que habría de ser eterna en Cuba la dominación de España.—Junio 25 de 1896.—A. Maceo.

AL GENERAL EN JEFE MAXIMO GOMEZ

Mi querido General: ha llegado á mi poder su atenta de ocho de Mayo último. Seguro de que Wéyler no hubiera dado el golpe de muerte á la Revolución en este departamento, sacando partido de mi paso al otro lado de la Trocha, cruce que no tiene nada de difícil, he preferido desde aquí dirigir las operaciones de la Habana, Matanzas y las Villas, aunque por lo que hace á esta última provincia no ha sido con la eficacia que en las otras, debido á la distancia, y á que el cuerpo de ejército que allí opera necesita moverse en otra forma, lo cual haré dentro de poco, sin que por mi ausencia de esta provincia (Pinar del Río) pueda sobrevenirnos daño alguno. Si logra usted que la división territorial que acaba de trazar se realice sin perjuicio del orden, lo mismo en lo político que en lo militar, de aquellos departamentos, habrá puesto usted una pica en Flandes. Recuerde que en la guerra pasada muchos de nuestros jefes nos colocaron en situación difícil, porque tuvimos el poco cuidado de no premiar el mérito atendiendo con preferencia á tal ó cual personalidad. Tráigole esto á la memoria, para decirle, á la vez, que apenas toque con la primera dificultad ocasionada por la nueva organización, puede contar con el mando que yo tengo para ofrecérselo á cualquier jefe, quienquiera que fuese, en la seguridad de que no me resentiré porque á mi me envíe á enderezar entuertos, haciendo un papel inferior al que corresponde á mi categoría.

Hasta ahora no he recibido ningún recurso, absolutamente ninguno; estoy haciendo la guerra con los que he quitado al enemigo en distintas ocasiones. Los que conducía Zayas, me dice éste haberlos invertido; los que trajo Collazo dispuse se distribuyeran entre las fuerzas de la Habana y Matanzas. Pero si Castillo no deja pasar algún tiempo para cumplir lo ordenado por usted, dentro de poco desembarcará una regular expedición. Demás está indicarle que la carencia de jefes sólo con muchos elementos podré suplirla. De otro modo no me será fácil conservar jefes viejos, de que usted me habla en otra carta, pues como usted sabe sólo en este departamento tengo encima la mayor parte del ejército español, el cual, con activar las operaciones ha logrado espantarme de aquí algunos jefecitos.

A eso se debe, pues, que me haya visto en el caso de resistir personalmente más de una vez las intenciones de hacerme abandonar esta provincia, que he defendido palmo á palmo contra un enemigo numeroso, fuerte y bien dirigido por sus principales jefes. He leído con sumo gusto la carta de usted al señor Estrada Palma; tiene mucho interés, por el cúmulo de verdades que encierra. Yo también le escribí días ha, acompañándole relación de las operaciones de la campaña invasora. Si tuviera las ventajas con que cuentan Oriente y Camagüey, ya hubiera destruído las pequeñas poblaciones de esta provincia. Siempre suyo afectísimo compañero que le desea más gloria aún de la que ha alcanzado y el mismo acierto de siempre.—A. Maceo.—27 de Junio de 1896.

●

AL DR. DIEGO GONZALEZ

Mi estimado amigo: tengo el gusto de acusarle recibo de su atenta del día 27 del pasado, cuyo contenido me ha satisfecho extraordinariamente. Siento el riesgo que corrieron con el envío de aquellos encargos de que me habla, pero celebro que tan á tiempo se apercibieran contra el temporal. De la disolución del escuadrón del Comercio, que no deja de regocijarme bastante, veo también un número de *La Discusión* que confirma cuanto usted me dice. Vengan complicaciones con

nuestros vecinos, sigan las lluvias, no falten los refuerzos que de Nueva York y otras ciudades del extranjero nos envían que el triunfo de las armas cubanas es inmediato. No me extraña, no, el desaliento de los militares españoles, pues lo demuestran en el campo de batalla. La exposición dirigida al cónsul americano está fundada en sólidas razones, y no dudo habrá producido efecto en su ánimo y en el del gobierno á quien representa. Ahí duele.

Sírvase dar curso á la adjunta correspondencia para el extranjero. Dentro de tres ó cuatro días volveré á la lucha, del todo restablecido del pequeño rasguño que recibí. Con mi próxima, ya que hoy no puede ser, le enviaré los datos que le he prometido para mister Lee. Halagado, más que por mi buena estrella, por el aplauso lisonjero de dama de tanta distinción cual su señora esposa, y á quien expresará usted mi agradecimiento más sincero, tengo el gusto de repetirme de usted afmo.—A. Maceo.—Campaña, 30 de Junio de 1906.—

P. D. Para que circule entre las fuerzas cubanas, hago reproducir el documento dirigido por ustedes á Mr. Lee.



INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Capítulo	Pág.
PRELIMINAR	5
I.—PILOTOS	17
II.—PASO REAL	29
III.—CANDELARIA	38
IV.—HABANA	58
V.—JARUCO	71
VI.—MATANZAS	85
VII.—SANTA AMELIA	100
VIII.—RIO DE AURAS	114
IX.—WEYLER	133
X.—BATABANÓ	145
XI.—EL RUBI	155
XII.—CONSOLACION DEL NORTE	171
XIII.—LAS LOMAS DE TAPIA	181
XIV.—LAS LOMAS DE TAPIA	198
XV.—CACARAJICARA	226
XVI.—CONSOLACION DEL SUR	242
XVII.—LAS LOMAS DE TAPIA.....	254
APENDICE:	
Carta de Maceo a Tomás Estrada Palma.....	268
Carta de Maceo a su hermano José y a Jesús Rabí....	269
Al General en Jefe Máximo Gómez.....	270
Comunicaciones de Maceo a los Brigadieres José M. Aguirre y José Lacret	271
Al Brigadier Esteban Tamayo	271
Al General Serafín Sánchez	272
Al Delegado Estrada Palma	273
Al General Francisco Carrillo	274
Alocución al Ejército Libertador	275
Al Dr. Diego González	276
Circular No. 12	277
Al General en Jefe Máximo Gómez.....	279
Al Dr. Diego González	280

TOMO III

LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE

I

Una expedición

Maceo emprende el camino de Bahía Honda.—Manda atacar la Trocha del Mariel.—Arribo de la expedición de Leyte Vidal.—Disposiciones que adopta Maceo.—Un temporal en el monte.—Noticias de la Habana.—Pertrechos de guerra de la expedición.—Relato de otra expedición infortunada.

La herida que recibió el general Maceo en el combate del Rubí (23 de Junio de 1896), no estaba cicatrizada á los diez días del percance; el balazo le había perforado la extremidad inferior de la pierna izquierda, rozándole el hueso; y no era, por lo tanto, posible que se realizara la curación en un período tan corto, aun cuando los médicos estuvieran consagrados á ella con especial interés. Pero hastiado del lecho y aburrido de los antisépticos, al décimo día, ordenó al doctor Hugo Roberts que le vendara la pierna de la lesión, pidió el caballo para montar, lo practicó á mujeriegas con la ayuda del alarmado séquito; y ¡ea! en marcha todo el mundo, que ya basta de *masajera*. ¿Hacia dónde, General?—preguntó el jefe de vanguardia— ¡Hacia abajo!—contestó Maceo, seguido de un ademán que no admitía más interrogación. Ese rumbo, indeterminado, parecía indicar el de Bahía Honda. Esto, así referido, acaecía el día 3 de Julio de 1896 en la prefectura de San José, sitio de labor de la montaña del Rubí, en donde el general Maceo permaneció nueve días en reposo para curarse del balazo que recibió en el combate del 23 de Junio contra los batallones de González Muñoz y Suárez Inclán. Tal período de calma, sin asomos de función militar, era quietud insoportable para el hombre batallador, que sólo estaba en su centro cuando el terremoto hacía oscilar los más recios componentes, ó la sonata bélica puntualizaba las notas del período más agitado.

Maceo tenía el propósito de dirigirse á la comarca de Bahía Honda, para abastecerse con las cananas de los soldados españoles que operaban por aquel distrito, lugar notorio de rudas peleas, porque de otra manera la precaria situación de las fuerzas insurrectas hacía imposible todo conato de marcialidad. Las municiones que trajo el brigadier Pedro Díaz de la excursión por las comarcas occidentales, habíanse agotado en los últimos combates del Rubí; la escolta del cuartel general iba munieionada con dos o tres cartuchos por plaza; las dos compañías que mandaba Sotomayor se hallaban en más crítica penuria. Acababa de darse el caso de que un oficial, al ir á reconocer una fuerza que venía por nuestra huella, hubo de manifestar que si era tropa enemiga, sólo tirarían los soldados españoles, porque ninguno de los individuos de su pelotón traía carga para el fusil. Maceo salió en busca de pertrechos por los dominios de los españoles. Antes de partir de San José adoptó las medidas convenientes para que su marcha fuese señalada por ruido del combate: ordenó á la brigada del Sur que ejecutara un movimiento de invasión sobre la Trocha, en el tramo comprendido entre Guanajay y Artemisa, y á la brigada del Norte que hiciera operación análoga en el trayecto de Guanajay al Mariel: diversiones y musarañas que esparcieron la alarma en todos los destacamentos de la Trocha, pues dado el padecimiento del general Arolas de ver siempre el terrible fantasma del invasor, buscando manera de sorprender el monumental castillo, sería fácil la simulación de una tremenda aventura con sólo el disparo de media docena de petardos. Porque así vivían los guardianes de la Trocha; en perpetua alarma y columbrando al lobo temible. El lobo resultaba á veces una bestia pacífica de la impedimenta, abandonada por inútil, y el golpe pavoroso del insurrecto nocturno rompiendo las alambradas, la caída de una penca del palmar ó cualquier otro ruido de la campiña despoblada, ó producido por los mismos vigilantes de la aparatosa muralla, que no se daban cuenta del suceso, y respondían al unísono con el estrépito de la fusilería. El endriago se hallaba á tiro de fusil, lo veían aproximarse, agrandado por las sombras de la noche y por el fúnebre telón de la manigua; y salía de Artemisa el gran embustero de la Trocha adoptando las disposiciones del

caso bélico, batallón por aquí, regimiento por allá, refuerzo de la prevención por acullá, admirable comportamiento de todo el mundo al día siguiente en los boletines de la guerra, plácemes, golpes de bombo y de alabarda, y nuevo recibimiento y nueva ovación á la llegada de Arolas al paradero de Cristina, con días de anticipación anunciada por los correspondientes zalameros y trápalas.

La primera marcha la hizo Maceo por Cocó, Sarracaín, loma Colorada, San Blas y Valparaíso; pero al llegar á este último paraje, recibió la inesperada y gratísima noticia de que había desembarcado una valiosa expedición, al mando del coronel Leyte Vidal. Todo lo pospuso Maceo á la idea de apresurar la ocasión de recoger tan codiciado obsequio de la Junta de Nueva York, el primero que recibía desde que empezó la gran contienda de Vuelta Abajo. Dictó nuevas órdenes con la rapidez en él característica; reiteró á las dos brigadas de infantería el mandato de la operación sobre la Trocha, apremiándolas para que el alboroto fuese lo más elocuente, esto es, que se cruzaran tiros y hubiese tremolina á todo lo largo del cordón; al brigadier Díaz entrególe cien hombres para que á marchas forzadas se dirigiera al lugar en que desembarcó la expedición, á fin de que con aquella compañía de hombres escogidos y los elementos de la brigada occidental que protegieron el alijo, fuera remitiendo municiones al Cuartel general con los envases más adecuados. Dispuso que el brigadier Bermúdez, con dos escuadrones, tomara el camino del oeste por el Sur de la provincia, al objeto de que los expedicionarios encontraran amigos, cualquiera que fuese el rumbo que trajeran. Al coronel Fernando Bello, que mandaba el regimiento de Cacarajícara, le ordenó que facilitara toda clase de recursos al general Díaz que iba hacia aquel lugar. Levantó los destacamentos que vigilaban las siembras de varias prefecturas, y envió al coronel Leyte Vidal expresiva carta de felicitación mientras apresuraba la oportunidad de hacerlo de viva voz.

La expedición de Leyte Vidal, según comunicaban los primeros informes, había desembarcado en la Cana el día 23 de Junio, con 44 individuos, 200 fusiles maüser, 35 tercerolas, 300,000 tiros, 10 cajas de dinamita, bombas, máquinas eléc-

tricas y otros útiles de guerra. Maceo sintióse muy dichoso, aunque atormentado por el dolor de la herida, y después que puso en buen camino todos los negocios, se situó en el Roble para esperar noticias de la expedición. El tiempo se desencadenó de una manera terrible; no recordaba nadie un temporal parecido. El brigadier Díaz, peón incansable, tuvo que emprender la vía por lo más alto de la sierra, porque en el valle ningún arroyo daba paso. Seis días estuvo lloviendo á torrentes, sin cesar un minuto, y con la misma fuerza y copiosidad. El cielo tenía la coloración vinosa, peculiar de las tempestades de agua, durante las horas del día, que se acertaban, sin la claridad de los crepúsculos, y cerraba la noche con toda la negrura del cielo airado. ¡Qué vivae aquel del Roble, y qué resignación la de los pobres soldados que tuvieron por hogar el construído en un santiamén con el ramaje del monte, las cuatro varas distintivas de la arquitectura indígena y el techado de yagua! No había temor de que la tropa más audaz viniera á sorprender el campamento del Roble; nadie pensó en ello durante el horrendo temporal. En lo que pensaban algunos, y lo traían á colación á cada derrumbe de la cobija, era en la vida muelle y regalada de los ciudadanos ingeniosos que, sin arrostrar la borrasca, deseaban á medias la conquista de la libertad; en la vida de los hombres serios y felices, que no dejaban el bagaje de las preocupaciones, no obstante de sentirse cubanos y con ribetes de revolucionarios; que admiraban á Maceo y le tenían miedo si llegaba a triunfar; que odiaban á Wéyler y asistían á los besamanos palatinos, en donde cualquier pelafustán de integrismo gozaba de mayor consideración; que condenaban tácitamente el régimen colonial y sentían escalofríos al vislumbrar la Pascua de una nueva doctrina con la igualdad por mandamiento supremo: hombres del tira y afloja, conservadores del justo medio, patriotas á su manera, separatistas platónicos cuando España cedió á regañadientes las cuatro bases administrativas del gobierno propio, algo más radicales cuando apretó el *componte* y la zafra quedó reducida á cero, á renglón seguido revolucionarios ojalateros oyendo los chasquidos de la borrasca en las antesalas del Palacio, y vuelta al pensar primitivo cuando se hizo el ensayo del voto universal, con negros y blancos en promiscuidad, dentro de las urnas

electorales. Apotegma de esos hombres clarividentes é ingeniosos: *¡He aquí lo que nos trajo la convulsión!*... El habla del actor revolucionario no hallaría límite mental por los campos de la filosofía.

A los cuatro días de permanencia en el Roble, se recibió la estafeta de la Habana, conducida por los postillones de nuestro servicio, que sabían el interés que tenía para el general Maceo la lectura de los periódicos. La conducción de la valija por aquellos desfiladeros, era otra empresa dificultosa que sólo podía resolver el patriotismo de nuestros montañeses. Leímos con avidez las noticias de los diarios españoles, así como los informes oficiales de los jefes de las divisiones de la Habana y Matanzas, que en gran parte confirmaban las de la prensa weyleriana, en lo que respecta al número de combates venteados durante el mes de Junio (1).

(1) De la provincia de Matanzas.—En Limonar una bomba de dinamita, lizo volar la locomotora, el carro de alijo, el blindado y una fragata.

En el término municipal de Matanzas, el batallón de Navarra se batió con Acevedo, con bajas por ambas partes: poco después el mismo batallón se batió con Bienvenido Sánchez y Cepero, combate en que hubo carcas al machete. El coronel Maroto tuvo un encuentro por Navajas: el batallón de Barcelona, en Palma Larga, entabló reñida acción con el coronel Francisco Pérez; el teniente coronel Maroto tuvo fuego en Murga, Cocodrilo y otros lugares de Cuevitas. El batallón del Rey, el día primero de junio, dirigiéndose al ingenio Dominica (Jovellanos) tuvo que combatir con tesón á las partidas de José Roque, Sanguily, Acevedo y Aguila. La partida de Bienvenido Sánchez en la loma de San Juan (Jovellanos) fué atacada el primero de Junio por el coronel Molina, y ese mismo día empezó combate con insurrectos que guardaban el campamento de Buegas La guerrilla de Cuevitas, el día cuatro, sostuvo refriega en Aguilera, Venturilla, Mareos y Cafetal. El coronel Alau en Guana Grande y Guanal de Piedra, con dos columnas combinadas, sostuvo tres horas de fuego con una gruesa partida. El coronel Maroto alcanzó á los insurrectos el día tres por las lomas del Limonar y los españoles tuvieron doce bajas. El coronel Pavía comunicó que había sorprendido, entre Sumidero y Coliseo, las partidas de Carlos Rojas y Tavío Por Sabana Grande, el coronel Molina encontró el día cuatro en los montes de San Ramón la fuerza de Laeret, con trescientos hombres empeñando diferentes combates en el ingenio Covadonga, Capricho, Cristo y Ceja de Pablo. El coronel Maroto, por Bolondrón, alcanzó á las partidas de Roque, González y Junco. Por Colón, el comandante militar del distrito, salió con guerrillas montadas por el Caimital; otro grupo de la misma columna sostuvo refriega en Angostura y en los montes de Carrillo. El comandante militar de la Cidra en reconocimientos por el ingenio Jesús María, encontró el día 10 exploradores de Acevedo y Bienvenido Sánchez. El general Prats, el día 10, comunicó que la primera guerrilla de Unión de Reyes sostuvo fuego con el enemigo y que la tercera guerrilla volante batió en San Isidoro la partida

En la parte occidental de Pinar del Río, la campaña fué también ruda mientras Maceo combatía en las lomas de Tapia. El día 28 se ventiló una acción bastante reñida entre el coronel Francés y los destacamentos cubanos que hostilizaran la trocha de Viñales; hubo otra refriega en Bramales y Peña Blanca. Conduciendo un convoy á Guane, el teniente coronel Ballesteros fué duramente hostilizado en todo el trayecto; hubo encuentros con el batallón de Wads-Ras por los Arroyos, y los insurrectos impidieron la construcción de un fortín; las fuerzas de Wads-Ras tuvieron algunas bajas. Otras fracciones de la brigada occidental atacaron el caserío de Dimas; los tenientes coroneles Peraza y Castillo amenazaron el pueblo de Paso Real; el capitán Rivero mantuvo en constante alarma la zona de San Juan y Martínez, y por último, en la Trocha de Viñales se trabó otra sangrienta riña con los voluntarios de

de José Roque. El coronel Maroto tuvo tres horas de fuego en San Miguel de Pumariega. A causa de una bomba explosiva descarriló un tren el día 15, entre las estaciones de Benavides y Acosta. El teniente coronel Avarado en la madrugada del 15, salió de Joveillanos en dirección á Tabaco, encontrando en Bejuquillo la partida de trescientos hombres de Morejón, á la que batió y dispersó. El coronel Moneada atacó el campamento de José Roque entre los ingenios Mogote y Amorós. El comandante Cabello, al Sur de Bermeja, encontró avanzadas insurrectas, y en Valladares tuvo fuego con gruesas partidas, con bajas por ambas partes. El mismo comandante Cabello sostuvo combate en Manjuarí. El coronel Pavía, en marcha desde Cimarrones al Descanso, sostuvo fuego con las fuerzas insurrectas de Rojas, Tavío y Regino Alfonso. El coronel Molina tuvo encuentro con Cofi de García en la Macagua y más tarde en la Reserva; declaró que la caballería insurrecta hizo tenaz resistencia. El teniente coronel Escudero, del batallón de Antequera, tuvo un encuentro cerca de Manjuarí con las partidas de Aguilera. El comandante militar de Cárdenas comunicó que el teniente coronel Gastón tuvo combate con las partidas de Lauret, Collazo, Rojas y Miqueiini por el ingenio Pecososo. Supo en Dos Rosas que se había verificado un desembarco entre Varadero y Camarioca y que la expedición iba al mando de Ricardo Trujillo. El teniente coronel Gastón encontró el rastro en el potrero Luisa, en donde sostuvo fuego con los insurrectos; siguió hasta el batev del ingenio Rosario encontrando al enemigo parapetado, y después en el batev del ingenio Dolores; los insurrectos resistieron en más de veinte posiciones. El combate duró desde las tres de la tarde hasta las siete y media, haciéndole al enemigo veinte y tres muertos vistos, y teniendo los españoles diez y nueve heridos, entre ellos un capitán. El mismo teniente coronel Gastón, el día veinte y tres, tuvo combate en la zona de Limonar y en terrenos del ingenio Buena Vista; á las ocho de la mañana encontró las fuerzas de Lauret en las lomas de la Perla, en donde tuvo el primer choque, que se renovó por la tarde en las lomas de Josefa y Esperanza, en donde se mantuvieron en rudo combate hasta las seis de la tarde; los españoles tuvieron un muerto y ocho heridos graves.

aquel baluarte español, en la que salieron derrotados los bríos defensores de la integridad. Tales esfuerzos, por parte de la tropa cubana de la comarca occidental, eran meritorios en alto grado, puesto que carecían de elementos materiales de combate mientras no llegó la expedición de Leyte Vidal, y toda pelea tenían que emprenderla en condiciones muy desiguales.

Maceo se impacientaba por la tardanza en recibir noticias de los expedicionarios, pero no podía ser de otra manera, porque el estado de los caminos no permitía acelerar el paso al brigadier Díaz, el cual, por otra parte, no conocía con exactitud el rumbo de aquéllos después que estuvieron en salvo. El temporal amainó á los seis días de nuestra permanencia en el Roble, y por fin, el 18, hubo noticias agradables: los expedicionarios y una parte del material de guerra se hallaban ya en la Sierra del Rosario, por los alrededores de Cacarajicara.

De la provincia de la Habana.—El coronel Moncada, por las lomas del Gato y San Miguel, sostuvo combate con la partida de Rodolfo Bergés, con la circunstancia especialísima, aunque no nueva, de que los españoles se hicieron fuego los unos á los otros. El general Ochoa en las atarazanas de Ponce y Picaduras, tuvo combate con las partidas de Aguirre, Aranguren y Arango, con bajas por ambas partes. El coronel Sánchez Hechavarría tuvo un encuentro con Juan Delgado en el potrero Jesús María. El coronel Figueroa, reconociendo las Tetos de Managua, fué atacado por los insurrectos, los españoles perdieron caballos y tuvieron seis heridos de tropa. El coronel Moncada tuvo encuentro con las partidas de Acuirre en Catafina de Güines y loma del Gato. Cerca de Calvario, cercano inmediato á la Habana, fueron detenidas las guaguas de viajeros por una partida insurrecta. El teniente coronel Perol persiguió la partida de Castillo en terrenos de Palos, y poco después la halló en los alrededores en el ingenio Luisa, confesando los españoles 14 bajas, entre ellas el teniente Lázaro. El Coronel Figueroa batió en Bejucal una partida de quinientos hombres, pero tuvo la columna doce caballos muertos y tres heridos de tropa. El comandante Ramés, de San Quintín, en operaciones por Punta Brava y Cangrejeras, se batió con las partidas de Acosta y Delgado, y la columna española tuvo dos muertos y cinco heridos. En la noche del día 8 fueron atacados dos fuertes de San Antonio de Río Blanco por la partida de Raúl Arango, mientras otros insurrectos entraban en el pueblo y pegaban fuego á las casas de la calle Real, incendiando también el edificio de la Alcaldía. El coronel Perol, por San Felipe, tuvo encuentro con la partida de Alberto Rodríguez, y dicha columna experimentó bajas. El coronel Moncada, en reconocimiento por la loma de Purgatorio, trabó combate al arma blanca con la partida de José Rovue, confesando haber tenido bajas de machete. El alcalde de Patabonó comunicó al gobernador regional que en la noche del doce fué incendiado parte de aquel pueblo por una partida insurrecta, robados los caudales del Ayuntamiento y herido el alcalde. El coronel Francés, en Cuatro Caminos, sostuvo varios encuentros con partidas insurrectas de caballería. El general Ochoa, siguiendo por Catalina de Güines el resto de una partida de doscientos hombres, la encontró acampada en Violento, y tras alguna resistencia fué dispersada, pero sufrió cuatro

Maceo tomó al día siguiente el camino de San Miguel; á las dos horas de marcha le cupo el placer inmenso de dar la bienvenida al coronel Leyte Vidal y á todos sus compañeros de expedición. Contemos ahora el suceso feliz, dejando para más tarde la narración de otro episodio infortunado, acaecido anteriormente en las costas de Santiago de Cuba.

Le expedición salió de Jacksonville el día 17 de Junio en el vapor *Three Friends* (*Tres Amigos*), al mando marítimo del brigadier Joaquín Castillo, como delegado de la Junta de New York, el cual, en virtud de esta facultad, ejercía el mando supremo del buque expedicionario hasta el momento del alijo. El vapor, bien dirigido por un piloto experto, sin haber tenido ningún accidente durante la navegación, dió vista á las costas de Cuba el día 23 y reconoció el Cabo Corrientes, punto determinado oportunamente por el general Maceo en las cartas

bajas la columna. Estando forrajeando la primera y segunda guerrilla de Mad uga, fueron atacados por la partida de Octavio Hernández. El coronel Perol encontró en la Culebra, San Felipe, la partida de Castillo, y trabándose combate, la columna tuvo dos bajas. El comandante Fondeviela comunicó que grupos insurrectos exigían contribuciones á los conductores de frutos y leche por el término de Guanabacoa; y que habiendo saído á reconocer el campo tuvo fuego en las lomas, bastante nutrido. El mismo comandante Fondeviela en terrenos de Jiquabo, empeñó combate con las partidas de Aguirre y Arango. El teniente coronel Balboa, jefe del batallón de Almansa, en reconocimientos por Nueva Paz, hubo de combatir al arma blanca contra la caballería insurrecta, y la columna tuvo varios soldados heridos. El general Ochoa, yendo en persecución de la partida de Aguirre, la encontró atrincherada en terrenos de ingerio Río Blanco, Jaruco. Los insurrectos hicieron mucha resistencia. El jefe español no determina las bajas de las fuerzas cubanas, pero confiesa que la columna tuvo varios heridos. El coronel Tort dijo el día 29 que al llegar la columna Perol á Reunión, Melena del Sur, encontró una fuerte avanzada insurrecta y siguiendo marcha hacia el Navío encontró el grueso de las partidas de Zayas, Castillo, Rodríguez y Pitirre, que rompieron fuego sobre la columna por distintos puntos, sosteniéndolo durante una hora; que poco después entró en fuego la columna de Zabala y más tarde la columna de Vergara, que el enemigo dejó ocho muertos y que los españoles sólo tuvieron dos bajas. El coronel Rotger, en la zona de Güira de Melena, tuvo fuego con un grupo insurrecto; dice que le hizo catorce muertos y que la columna tuvo tres bajas. El coronel Figueroa salió de Bejucal, con rumbo á Morales por tener noticias que se hallaban allí Zayas y Castillo con mil hombres; trabándose combate se lanzaron á la carga los insurrectos con bajas por ambas partes; dice Figueroa que los insurrectos tuvieron considerables pérdidas, veinte y siete muertos, treinta heridos retirados, un titulado coronel muerto, prisioneros, más de cien caballos, entre heridos y extenuados y que la columna tuvo trece heridos. (Estos partes han sido extractados, por el autor de este libro, de los periódicos españoles de aquel época, y desde luego no es de extrañar que la victoria siempre corresponda á las columnas de Wéyler).

que dirigió á Estrada Palma. Practicadas las exploraciones propias del caso, se efectuó el desembarco con éxito cabal: no se perdió ningún utensilio, ni una sola cápsula. Los expedicionarios recibieron el primer auxilio de unos pescadores, quienes les orientaron acerca del rumbo ulterior que debían emprender para abrazar á los amigos de tierra adentro, tan ansiosos como ellos de darles el parabién. ¡Noble y elevada caridad la de esos humildes pescadores que auxilian al navegante perdido, de cualquier raza y nación, y le prestan socorro sin distingos de parcialidades, porque ellos no tienen más bandera que la del mar ni otro patrimonio que el de la barca salvadora!

Los expedicionarios, siguiendo la ruta señalada, hallaron el día 27 el primer destacamento cubano, al mando del capitán Ramón Lazo que, con anticipación se hallaba vigilante sobre el Cabo Corrientes; Lazo los condujo al cuartel del brigadier Lorente. Dejaron allí la mayor cantidad de pertrechos, y tomaron la dirección de los Remates de Guane á fin de atravesar la sierra de los *Organos*, quebrantar la trocha de Viñales, en donde hubo función de guerra, y subir la cuesta del Rosario buscando el término de las Pozas, para encaminarse al cuartel general. ¡Buena tarea desde el Cabo Corrientes, y soberbia con el diluvio á la sazón reinante! Maceo experimentó la satisfacción, por primera vez sentida en la campaña, de poder enviar 20,000 tiros á la brigada del Norte, otros 20.000 á la brigada del Sur, pertrechar la tropa que tenía á su lado en aquellos momentos, y escribir á varios jefes del distrito que le quedaban 100.000 tiros por distribuir, á merced del que los pidiera. En la expedición de Leyte Vidal vinieron Julián Zárraga, hombre influyente en Pinar del Río, los doctores Cowley y Lecuona, y dos oficiales norteamericanos deseosos de combatir por la independencia de Cuba, al lado de Maceo. El coronel Leyte Vidal, con el éxito alcanzado en esta expedición, se resarcíó del fracaso de la que conducía en el mes de Mayo, más valiosa que la de ahora, aun cuando no le tocara disfrutar de ella al cuerpo de ejército de Occidente, puesto que, por una disposición absurda, se ordenó que se efectuara el desembarco por las costas de Santiago de Cuba; absurda, porque Maceo necesitaba más que ningún otro la dotación de pertrechos por

él pedida en diferentes ocasiones, y, por otra parte, resultaba anómalo que algunos oficiales que se alistaron para la empresa, siendo como eran, hijos de Matanzas y Pinar del Río, en donde gozaban de influjo, pudieran prestar mejores servicios en el departamento oriental. La disposición adoptada por los comisarios de la Junta de Nueva York, era cuando menos rara, si no producto de cabezas ligeras. Conocemos el suceso por los relatos de los que luchando desesperadamente en medio de las olas, pudieron salvar la vida, y con ella dar fehaciente testimonio de los grandes sacrificios que han hecho los hijos de Cuba en aras de la libertad; justo es que lo narremos en este lugar, para que sea una página más del martirologio cubano. Aquella expedición fué organizada en Tampa, y partió de Jacksonville en el vapor *Bermuda*, el día 27 de Abril, por la noche. Conducía el buque 89 expedicionarios á las órdenes del coronel Leyte Vidal, y, además de las armas portátiles y de medio millón de cartuchos, dos cañones sistema *Hotchkiss*. El vapor iba provisto de catorce botes, de capacidad suficiente para contener todo el cargamento de guerra al efectuarse el desembarco. Llevaba ocho días de navegación ó muy cerca de ellos, y al caer la tarde del 4 de Mayo, se adoptaron las disposiciones convenientes para realizar el trasbordo aquella noche. El buque expedicionario se hallaba entre el Cabo Cruz y la isla Jamaica; por lo que navegó entonces con mayor precaución, y con todas las luces apagadas para aproximarse á las costas de Cuba. Paró la máquina á unas catorce millas de distancia de la tierra, previsión exagerada, puesto que el mar allí es profundo y no se divisaba más luz que la del faro. Se dió la orden de alijar la nave, echándose al agua seis botes, tres por banda, á los que trasbordaron los armamentos y cajas de municiones, habiéndose hecho asimismo con uno de los cañones; parte de los expedicionarios estaba ya en los botes, arreglando la carga, y algunos, bajando por las sogas que sujetaban aquéllos. En esta situación, una de las atalayas que el capitán del buque había colocado para la vigilancia del mar, dió la voz de alerta porque divisó el foco que usaban los cañoneros españoles. Esta noticia alarmó sobremanera al capitán, cundió rápidamente entre los tripulantes de á bordo, y se avisó á los que se hallaban en los botes

para que subieran con urgencia, operación que empezaron á practicar algunos, á pulso, como es natural, por las cuerdas que sujetaban los botes, y en estos momentos, sin saberse de orden de quién, la hélice empezó á funcionar, desapareciendo el vapor á los pocos instantes de la vista de los náufragos, ó sea los expedicionarios que se hallaban en las lanchas y de los más infelices que cayeron en el mar, en medio de horribles lamentos y del clamor de sus compañeros, que los vieron ahogarse, sin poder salvarlos. El mar se tragó nueve patriotas. Entretanto, los expedicionarios que se hallaban en los botes, no veían norte de salvación, porque ninguno de ellos era marinerero, y la obscuridad de la noche, y la inmensa pesadumbre ocasionada por sus compañeros perdidos y por su propia situación, les alejaba de todo designio acertado. Lucharon toda la noche, remando con afán, pero sin saber hacia donde se dirigían; separados los unos de los otros, y dando voces de alarma para que se reunieran las embarcaciones dispersas. Hay un episodio en esta tragedia, más triste todavía, aun cuando se desenlazó favorablemente por un milagro de Dios. Uno de los náufragos, cuyos lamentos oían los tripulantes de uno de los botes, logró aproximarse á la embarcación y le echaron un remo para atraerlo, salvándose por fin de una muerte segura, pero casi exánime: había tragado gran cantidad de agua y presentaba dos heridas en el muslo, como de arma cortante. Aquel hombre, mientras luchaba con terribles elementos, se sintió de pronto alzado en peso por un cuerpo extraño; pudo vislumbrar con horror que era un pez enorme el salvavidas que le deparaba el infortunio; trató de rechazarlo con desesperación, como se aleja la imagen de lo siniestro; el monstruo volvió á ponerlo á flote, sin duda para hacer presa con mayor comodidad, y con las aletas le infirió las dos heridas en el muslo: era una tonina de grandes dimensiones. ¡Pasaje terrible y á la vez conmovedor!; aquel náufrago se llamaba Pedro Fernández, y creemos que aun vive. Uno de los botes que conducía ocho expedicionarios, llegó á tierra en las primeras horas de la mañana, por una de las ensenadas de la Sierra Maestra, en las inmediaciones del Cabo, y las otras embarcaciones lo hicieron por las cercanías del Toro, después de haber batallado de un modo indecible entre la vida y la muerte.

Lograron reunirse unos y otros al tercer día de la catástrofe; pero ya en la montaña amiga, baluarte del insurrecto, entre camaradas solícitos y cariñosos que acogieron con amor á los desventurados del mar.

II

José Maceo

El cinco de Julio de 1896: ruidoso triunfo de las armas españolas.— Muerte de José Maceo.—Impresión que produce el suceso.—Aspecto del hombre: su carácter, su temperamento, su ánimo colosal.—El tronco de la raza.—Algunos episodios del héroe.—Vigor, tenacidad y destreza del luchador.—Sus desafíos épicos.—La guerra de 1879.—Su deportación a los presidios de Africa.—Su fuga desde Cádiz.—Conflicto entre España é Inglaterra.—Es encerrado en el castillo de Pamplona.—Trasladado á Mahón, se evade definitivamente.—Viene á la guerra de 1895.—Los expedicionarios de la goleta Honor.—Otro capítulo de hazañas portentosas.—Para José Maceo todo el mundo era pusilánime.—Los cimientos de la patria.

EL mismo día en que Antonio Maceo se daba de alta para activar las operaciones de guerra con el más extremado vigor, sucumbía en la región oriental su hermano José ¡ tremenda desgracia! Este rudo golpe, que sintieron las almas generosas, no llegó, sin embargo, al corazón de nuestro caudillo sino algún tiempo después, cuando la fatal noticia estaba plenamente confirmada, y no era ya posible detener los mensajes de sentido pésame que enviaban de todas partes al general Maceo con motivo de la pérdida de aquel bizarro campeón, el más arrojado y violento de los hombres de guerra. El cronista no debe aplazar para otra oportunidad el relato del suceso, porque es una efemérides, por varios motivos memorable, la del 5 de Julio de 1896, y en manera alguna puede saltarse página tan triste de la historia de Cuba sin hacer más alto que el brevísimo de determinar la fecha del acontecimiento. Nos urge, pues, contar el trágico episodio que puso fin á la existencia del héroe, y esculpir algunos rasgos de su vida gigantesca, de su vida rara, digna de figurar entre las más hazañosas de la antigüedad y entre las épicas narraciones del bardo inmortal de la *Ilíada*.

En los primeros días de Julio de 1896, dos columnas españolas que operaban combinadas, al mando de los coroneles

Albert y Vara de Rey, sostuvieron varios encuentros con las fuerzas cubanas de la primera división oriental, acaudilladas por José Maceo, quien les planteó combate en el camino de Alto Songo al Ramón, comarca montañosa y pintoresca, pero siempre teatro de bélicos asuntos; y aunque esta última jornada costó á los españoles grandes pérdidas, obtuvieron, sin embargo, sañaladísima victoria por cuanto hirieron mortalmente al temible jefe revolucionario, que cayó derribado del caballo en lo más rudo de la pelea, y sucumbió á las pocas horas del sangriento episodio. El rumor de este deplorable suceso se extendió rápidamente por todo el país y produjo diversidad de emociones en el espíritu público, al ser confirmado de un modo fehaciente. Sintieronse alborozados los enemigos de la rebelión, estimando en su verdadero valor el alto precio del triunfo alcanzado por las armas españolas; respiraron los pusilánimes, que vivían en constante zozobra bajo la amenaza fiera del insurrecto peligroso; respiraron los corazones tibios, cuya adhesión á la bandera de la libertad no podía llegar al extremo de perder la vida en aras de un patriotismo que tenía más de insensato que de cuerdo; y llenáronse de turbación y pesar los fieles soldados de su escolta, incrédulos hasta entonces á que la muerte tuviera autoridad sobre el valeroso caudillo que la desafiaba diariamente, cara á cara. La muerte, al fin, cansada y ofendida de las persistentes burlas del bravo campeón, de su provocaciones sin tasa, de sus arrebatos sin medida, y de aquel gesto, siempre altivo y amenazador, se aprestó con todos los fúnebres arreos para echarse encima del Ajax cubano, que iba á la delantera de los más briosos, y disputaba los trofeos al mismo Agamenón. El poder invisible de la Parca tenía que cansarse, un día ú otro, de tanta osadía sin igual, de tanta exhibición irreverente con manifiesto desprecio de los adversarios, y de tantos carteles de desafío arrojados á su propia faz por el impetuoso adalid, que marchaba al torneo sin pedir protección á los dioses inmortales. Echadas las suertes sobre el tablero de la disputa por la mano airada del poder invisible, cayó el bizarro luchador sobre las líneas formidables del enemigo, desbaratada la cabeza y atravesado el pecho: que sólo así podía ser derribado el primer ejemplar de aquella familia de leones.

Era, pues, José Maceo, en toda la fuerza de la palabra, un hombre tremendo: valiente hasta lo inverosímil, arrebatado, colérico, fiero y testarudo. La energía ó la obstinación de su voluntad y la violencia de sus pasiones, estaban combinadas con el valor personal de un modo que no parece compatible con la sensatez del juicio. Brusco y dominante hasta traspasar los límites de lo humano, la menor contradicción le hacía perder el tino, y se desmandaba contra el interlocutor que se permitiera interrogarle, cualquiera que fuese su jerarquía, el motivo de la objeción y la forma de expresarla. Sólo alguna que otra vez se sometía á los mandatos de su hermano Antonio, á quien profesaba inmenso cariño. No tenía la inteligencia de ese varón excepcional, ni ostentaba las facciones bien delineadas del que fué en todos los órdenes modelo saliente de una tribu varonil y heroica, amamantada por una mujer ejemplar, de cuerpo robusto y alma grande: Mariana Grajales ¡la madre de los Maceos!; mujer que dió á la patria once hijos varones, talludos y bravos á cual más, que con su nombre han llenado la historia de Cuba de proezas y sacrificios, cuyas páginas brindarán eterna inspiración al narrador que sienta la efusión del amor patrio y se disponga á recorrer el itinerario que siguieron los Maceos en la gran temeridad de libertar á Cuba; y que ya marchando por esa vía, campestre y hospitalaria, se detenga á escuchar las anécdotas del guajiro feliz, del cazador montés, ó del soldado inválido que permanece aún en el sitio de sus querencias, en lo remoto de la sierra, olvidado de sus antiguos camaradas que corren bajo el agobio de las luchas mezquinas y corruptoras, sin poder descargarlo jamás; quienquiera que sea, viandante desocupado ó investigador curioso, oirá el nombre de los Maceos en cada paradero de la ruta, siempre acompañado con el de aquella mujer, grande y varonil; lo oirá en los picachos de la serranía, en lo agreste de la montaña, en la campiña fértil y apacible, á la vera del bosque, y dentro de la espesura con mayor intensidad, á orillas del mar y en las riberas del río, insomne y profundo, que parece llevar en sus corrientes toda la revelación del poema heroico que escribieron con su sangre los Maceos, porque el

rumor de este nombre llena los espacios del panorama oriental (1).

Todos los hermanos se parecían, física y moralmente: el aire de familia y la bravura de la raza estaban en ellos bien determinados, y formaban un haz diamantino agrupados por el afecto fraternal, el amor patrio y la veneración que sentían por la animosa mujer que los echó al mundo de la gloria. El semblante guardaba perfecta relación con el porte y la estructura del cuerpo, para darnos el tipo cabal del hombre arrogante y apasionado. José, sin ser un Hércules, era fornido y á la par esbelto; de mirada dura, ceño adusto, angulosas las líneas del rostro, labios gruesos y sensuales, contraídos á veces por una expresión singular que no se sabía si denotaba sentimientos de ira ó emociones placenteras (si lo primero, brotaba en seguida la cólera), pero signos ostensibles del varón fuerte y ardoroso, toda su presencia descubría y retrataba el carácter irascible del personaje, incapaz de soportar la más leve injuria de palabra sin acudir incontinenti al insulto de obra. Por cualquier futilidad desenvainaba el acero. Tal era el hombre; pero gallardo á la vez, ágil, expedito, gran tirador, excelente jinete, y muy rumboso.

En la guerra de los diez años militó casi siempre al lado de su hermano Antonio, de sus hermanos, diremos mejor, todos igualmente patriotas, todos igualmente activos y esforzados, como vástagos de un mismo tronco. Empezó de soldado y salió de coronel: diez años de servicio, quinientas acciones de guerra, á razón de un balazo por cada ascenso. Sería interminable la enumeración de las hazañas que de él se refieren, llevadas á cabo temerariamente por el solo impulso del valor, sin aspiraciones a público homenaje ó al aplauso de los espectadores, porque en aquella lucha gigantesca las más de las heroicidades se efectuaban ante un corto número de testigos, y á veces en la soledad del bosque, de donde salía el vencedor con

(1) Mariana Grajales de su primer matrimonio con Regüíferos tuvo cuatro hijos varones, Felipe, Fermín, Justo y Manuel, y en segundas nupcias con Marcos Maceo, siete varones más, que fueron: José, Antonio, Tomás, Rafael, Miguel, Julio y Marcos. Los once hijos de Mariana Grajales tomaron parte en la lucha de los diez años y salieron simultáneamente con el jefe de la familia. Marcos Maceo pereció al principiar la campaña, en acción de guerra, y con tan alto ejemplo emularon la intrépida mujer y sus gallardos hijos.

las ropas ensangrentadas y frescas las heridas, testimonios irrecusables de la acción. El general Antonio decía con orgullo, sin reservar nada para él, que los hombres más valientes que había conocido en la campaña del 68, eran sus hermanos José y Miguel (éste murió en Cascorro) y Policarpo Pineda, conocido por *Rustán*. ¿De qué temple serían esos campeones? *Rustán*, célebre ya por sus incontables aventuras, atraído é intrigado por la fama de los Maceos, salió en una ocasión de los montes de Guantánamo para verse con los laureados de la tribu bravía, y habiendo llegado á un vivac donde se hallaban los famosos, gritó, en son de reto: “¡A ver! ¿dónde están esos guapos de quienes se dice que cogen á los soldados por el pescuezo?” Le salieron tres Maceos: Tomás, Miguel y José. “¡Aquí estamos nosotros!” —le respondieron á *Rustán*— y marcharon juntos á la palestra olímpica, á coger adversarios por el cogote. El lance se efectuó; asaltaron un convoy, se echaron encima de una escuadra, la derribaron á machetazos, capturaron á unos cuantos ilesos, salieron heridas las cuatro fieras, *Rustán* hubo de reconocer que la fama no mentía, y declaró la tribu batalladora que el guapo de Guantánamo era digno competidor de ellos. Yendo á atacar el cafetal *Indiana*, con Máximo Gómez de caudillo, José Maceo, á la sazón capitán, tuvo un altercado con otro oficial llamado Ríos, y como no podía ventilarse el lance de honor en aquella oportunidad, lo aplazaron para después de la función de guerra: primero era el deber del soldado. Terminada la famosa operación, en la que se prodigó el valor y corrió la sangre en abundancia, José Maceo, herido de mucha gravedad, veía pasar á su contrincante, también muy grave, de otro balazo recibido en el asalto de la trinchera; y la cuestión personal ya no pudo zanjarse á machetazos en el campo del honor. ¡Qué hombres y qué época! Cuando su hermano Antonio cayó acribillado en la terrible acción de Barajagua, lugar conocido por los *Mangos de Mejía*, territorio de Holguín, y casi moribundo era transportado en camilla por vericuetos y espinares para escapar á la persecución de los españoles, que seguían el rastro con tenacidad, ávidos de coger al ensangrentado caudillo, poco menos que agonizante, su hermano José, hecho un león á quien tratan de arrebatarse la prenda más cara, defendió palmo á palmo la

corta distancia que separaba á los españoles de la camilla de día y de noche, apostando la gente de que podía disponer en todos los lugares estratégicos de la montaña, y haciendo él las veces de capitán, de soldado, de centinela, de escucha, de leñador, de ranchero y de sanitario, sin pegar los ojos, sin soltar el rifle, ni el machete, ni el viático para su hermano, durante una peregrinación de diez días y otras tantas noches por bosques y espesuras intransitables, por donde penetraba el audaz perseguidor tras la pista que dejaba evidente la tropa insurrecta al abrir vereda. Casi cogidos por los españoles, que seguían el rastro inequívoco por la huella del zapato de la esposa del general Antonio (¡otra mujer gloriosa!), el agonizante, en un supremo esfuerzo de la voluntad, abandonó la camilla, montó á caballo, y dejó burlados á los perseguidores, que sólo hallaron el lecho ambulante y los vestigios elocuentes de la heroica excursión. Quien tratara de cantar en metro épico la grandeza de Cuba revolucionaria, con sus héroes y acciones, sus sacrificios y sus pesadumbres, hallaría la mejor fuente de inspiración en el fondo de nuestros bosques inmensurables, porque ellos encierran, bajo el misterio de la soledad, el poema del dolor y el poema del heroísmo, esculpidos sobre la corteza de los árboles inmóviles.

He aquí algunas hazañas más de este gladiador estupendo. En la guerra de 1868 cayó sin sentido en el combate de la loma de Báguano (Holguín), á consecuencia de un balazo que le cerró momentáneamente las válvulas del corazón. Su hermano Antonio, que dirigía la pendencia contra la columna española que trataba de llevar un convoy al destacamento de Barajagua, experimentó la más fuerte impresión de dolor al ver á su hermano desfallecido, con todo el aspecto de la muerte. Pero apenas transecurrido un cuarto de hora, y cuando la gente corría desolada para llevarse el cuerpo, al parecer, inerte, del bravo José Maceo, se irguió el león como si nada grave hubiera acaecido, y empuñando otra vez el arma mortífera resolvió la pelea en favor de los insurrectos: hiriendo al jefe de la columna y arrebatando el pendón de la victoria á los españoles, que lo dejaron entre las manos del furioso adalid, y retrocedieron á la desbandada. En esta acción de Báguano hubo otro episodio heroico, en el que el protagonista fué un oficial es-

pañol llamado Villacampa: este hombre, que quedó solo en uno de los vericuetos del bosque, junto á un cedro que estaba tumbado por el hacha del leñador, al pedirle la espada un oficial insurrecto, no quiso entregársela. Le reitero el mandato intimatorio el contrincante, ofreciéndole la vida, pero el oficial español, entre la vida y la muerte, optó por el suicidio: apoyó el pie sobre el tronco del cedro, y afirmó allí la empuñadura de la hoja, clavándose el acero en mitad del corazón. ¡Qué homenaje más alto y más espléndido!... Años después del episodio, todavía existía la toza de aquella inmolación heroica, y los campesinos de Báguano la enseñaban al viajero, asombrado y mudo, de que no se hubiese erigido un pedestal que perpetuase la jornada del heroísmo.

El día 9 de Febrero de 1878, al terminarse la guerra de los diez años, José Maceo, con quince hombres nada más atacó en *Pinar Redondo*, jurisdicción de Santiago de Cuba, al batallón de Reus; mató al coronel Gonzalo, que mandaba las fuerzas españolas, y dejó el cadáver á un lado del camino para que las tropas de Reus pudieran darle honrosa sepultura.

En el Jobito (13 de Mayo de 1895), José Maceo dejaba á su hermano la dirección del combate, no sin criticar algunas disposiciones que el segundo adoptó al comenzar la pelea. La vanguardia española, conducida por Bosch y Abril, atacó con denuedo las líneas insurrectas, é hizo retroceder al general Antonio Maceo. Entonces su hermano, saliendo de la innacción, se echó encima de la vanguardia enemiga; mató al jefe de la columna, que ya se ufanaba con el triunfo, mató á tres oficiales del estado mayor, y cogiéndoles los caballos y las acémilas, llegó con los trofeos al lugar donde estaba el general Antonio, diciendo á su gente: "Antonio se figura que yo no sirvo para dirigir una acción donde él esté; pero le enseño á dar tute de caballos; aquí traigo media docena ¡bara... ajo!" En esta misma pendencia, después de haber caído el teniente coronel Bosch, el médico Ruíz y cinco oficiales de la columna, José Maceo se situó en una de las márgenes del arroyo, al tener noticia de que los soldados españoles iban á buscar agua. Allí estableció el cazadero. Bajaba un soldado con la vasija en la mano y el fusil prevenido. "*Brujo*, —decía José Maceo á su ordenanza;—coge la lata de ese gringo". Al suelo la va-

sija del soldado. "*Brujo*, coge el fusil del *Pancho*". El peón acababa de caer redondo. Esta tarea la repitió seis veces consecutivas, y otras tantas el valeroso asistente, un negro apodado el *Brujo*, fué á recoger los armamentos de los infantes españoles, á quienes el famoso cazador despachaba para el otro mundo en menos de un debir ¡*bara...ajo!*, especie de responso. Por último, bajó una sección de infantería y cogiendo al *Brujo* en la faena del raque, le pegó un tiro y dos bayonetazos en el cuero cabelludo. José Maceo se abalanzó á caballo; abriéndose paso con el machete, llegó al lugar más peligroso en donde yacía su fiel asistente, alzóle del suelo, sin desmontarse del caballo, y lo colocó delante de la montura, mientras le defendía con la terrible hoja. Los soldados españoles retrocedieron asombrados; el sólo ademán del épico protagonista, los llenó de estupor. El hombre escaló entonces la margen del arroyo y siguió á campo traviesa con la carga de su fiel ordenanza, el cual sanó de las heridas y se mantuvo al lado de su heroico salvador hasta el día funesto de la loma del Gato, en que suembió el héroe de mil desafíos.

En cierta ocasión, viviendo en la República de Costa Rica, fué retado á duelo por Flor Crombet, hombre de mucho ánimo, á la vez que muy diestro en el manejo de las armas. Era tan excelente tirador como José Maceo; hacía blancos portentosos, y rivalizaba con él en la esgrima del machete. Crombet llegó á la casa de Maceo para exigirle reparación de ofensas por éste inferidas á la dignidad del demandante. Maceo no le hizo caso; le volvió las espaldas después del *bara...ajo* consiguiente; pero al insistir el ofendido, en un tono que no daba lugar á dudas, se le echó encima, con los brazos solamente. le quitó el machete, y con la misma hoja propinóle unos cuantos eintarazos. Como es de presumir, Crombet, más exasperado con la ofensa de la obra, lo retó nuevamente para el campo más próximo, á duelo mortal, sin testigos y con las armas que su contrincante eligiera. El desafío no se llevó á cabo porque entonces intervino el general Antonio Maceo, que arregló las diferencias entre los dos ofendidos, invocando para ello el culto patrio, ante el cual debían ser ahogadas las rencillas personales, pues uno y otro se debían á Cuba. Flor Crombet fué noble y grande: vino en la misma expedición de los hermanos

Maceo, como jefe de la empresa militar, hasta que el buque expedicionario arribó á las playas de Cuba, y á los pocos días perdió la vida, defendiendo la de su antiguo ofensor, en la tremenda jornada por los montes de Guantánamo. La calumnia se cebó en José Maceo; le señaló como homicida alevoso. Es completamente falso. A Crombet lo mataron los indios de Yateras, mientras defendía el campamento de José Maceo. Por otra parte, los soldados de la libertad estaban ya en Cuba, y en aquel campo de la tribulación y de la gloria no iban á retoñar los odios personales de otra época.

Cuando la paz del Zanjón era un hecho incuestionable, después que Martínez Campos consumó la obra de la intriga, poco faltó para que no cayera prisionero de José Maceo, el cual no tenía noticia de lo pactado entre el jefe del ejército español y los miembros del ejecutivo de la república, que sólo funcionaban para el medro propio. José Maceo andaba en operaciones con una partida de secuaces, buscando la manera de dar un golpe de mano que desbaratase las componendas políticas y echara abajo la tramoya diplomática. Con este fin, se encaminó á la comarca de Songo en la segunda quincena de Abril de 1878, para conocer el paradero de Martínez Campos. Allí supo por un confidente que el general español pernoctaba en el poblado del Cristo, y trató de dar el golpe sin demora; pero, al comunicarle el confidente que con Martínez Campos se hallaba el doctor Félix Figueredo, arreglando el protocolo de la paz por orden expresa del gobierno de la república, en un arranque de nobleza depuso su actitud hostil contra Martínez Campos, para evitarle un serio disgusto al Dr. Figueredo. Atacó aquella misma noche el poblado de Dos Caminos y arrambló con todo lo que allí existía. Se presentó en la casa del comandante militar, á quien perdonó la vida y dejó en libertad, para que fuese el vocero más autorizado de los hechos acaecidos. Martínez Campos, al tiempo de amanecer, y mientras saludaba al Dr. Figueredo, le dijo, entre asombrado y festivo: ¡Pues ya sabe Ud. que poco ha faltado para que no tuviera que defenderme con mi espada! José Maceo con su partida ha estado á 200 metros de esta vivienda, y no sé qué buen pensamiento le ha guiado de no atacar mi cuartel, poco menos que indefenso”. A los pocos días, el doctor Figueredo

se encontró de manos á boca con José Maceo en la residencia del gobierno provisional, á donde el primero llevó la última decisión de Martínez Campos. "Vamos á ver, mi querido doctor, ¿qué hubiera hecho usted, si yo, en vez de asaltar el poblado de Dos Caminos, caigo en el del Cristo para traerme prisionero á su buen amigo el general Martínez Campos?" —¡Caramba, coronel; la pregunta tiene más espinas que una palma de corajo!—contestó el ladino doctor.—Pues amigo don Félix—replicó el temible coronel: puede usted comer tranquilo, pero es la verdad que si usted no hubiera estado con Martínez Campos, yo le doy el susto padre á ese capitán general que nos intriga con sus parlamentos, y quien sabe si á estas horas la paz del Zanjón habría terminado de otra manera muy distinta: casi estoy arrepentido ¡*bara...ajo!*

Antonio Maceo cada vez que se acordaba de la acción de Peralejo, decía, como hablando consigo mismo: "Si yo tengo allí á José, cojo á Martínez Campos. El hombre del Zanjón escapó de la tremolina porque no estaba allí José". Y no había argumento que lo sacara de sus trece. Ocioso es decir que abundamos en la misma opinión. José Maceo captura vivo á Martínez Campos en la sabana de los Peralejos, ó lo captura un poco más allá, antes ó después de cruzar el río Mabay: de cualquier modo lo rinde, se lo trae prisionero al Mayor General, y allí concluye la guerra.

Terminada la discordia de los diez años, José Maceo, que no quiso salir del país, preparó en seguida la nueva rebelión en la provincia de Santiago de Cuba, con Guillermo Moncada, Flort Crombet, Quintín Bandera, Luis Bonne y otros jefes de significación á quienes trató de atraer el general Martínez Campos por medio de concesiones personales. El día 26 de Agosto de 1879, José Maceo y un corto número de conspiradores, dieron el grito de independenciam en la misma población de Santiago de Cuba, llevándose de calle á los que trataban de impedirles la salida de la ciudad. Sabido es cómo principió y terminó aquella guerra infortunada: el integrista triunfó en toda la línea, se vengó del Zanjón, y se vengó de una manera espantosa, lúgubre y feroz. No hubo piedad para nadie: insurrectos, laborantes, simpatizadores, y mucha gente infeliz, tildada de sospechosa por los sicarios de la iniquidad, fueron

sacrificados cruelmente á las iras del integrista insaciable. José Maceo, los Moncadas, Quintín Bandera, Crombet y todos los demás revolucionarios que cayeron bajo las garras de Polavieja, fueron embarcados en montón para los presidios de Africa, no obstante de haberles asegurado el general español que irían para Haití. Porque la caterva de Polaviejas que padeció este país, desde época remota hasta el bienio weyleriano, dejaba, allende los mares, la hidalguía, el honor militar y la fe en el cumplimiento de los tratados, y aquí procedía con dolo, con vileza y con ferocidad, y era tanto más digno de loa, alcanzaba más condecoraciones y emolumentos, el gobernante que con mayor ahinco ilustrase la historia nacional de páginas sangrientas. Los insurrectos conquistaron escasos triunfos en el campo de batalla porque tuvieron que luchar contra poderosos elementos hostiles. Unicamente, el departamento central respondió con efusión al esfuerzo patriótico de los insurrectos de Santiago. Pero el héroe, cuya vida referimos, no había de abandonar el palenque sin haber engalanado las armas cubanas de laureles inmarcesibles. La proeza es digna de los autores que la llevaron á cabo, pues si valeroso y audaz se mostró el partido cubano, esforzado y heroico se mantuvo el bando español. Ya la guerra tocaba á su fin; se hablaba de pactos y arrepentimientos. Hallábase Maceo en el territorio de Guantánamo con un centenar de hombres aguerridos, tenía como subalternos á Quintín Bandera, Alcíd Duvergert, Rafael Maceo, Luis Bonne y algunos más, todos veteranos y buenos tiradores. Pocos días antes del sangriento episodio, hizo prisionero de guerra al capitán de caballería Enrique Ubieta, el cual escapó de un peligro inminente, pues le descalabraron la escolta que le acompañaba, y él quedó herido debajo del caballo. Maceo puso en libertad á Ubieta en recuerdo de su hermano Emilio, que murió gloriosamente en la acción de las *Guásimas*, bajo la bandera de la república; y esperó en *Arroyo de Agua* á los españoles de la plaza de Guantánamo, quienes irían seguramente por el desquite tan pronto como conocieran lo acaecido. El teniente coronel Puyón, jefe denodado y experto, organizó una columna de las dos armas, infantería y caballería, y salió con el propósito indicado. Maceo, con las emboscadas en sitio conveniente, esperó á los españoles en el

paso del arroyo, é iniciada la pelea formal el día 29 de Marzo, cayó toda la vanguardia de la columna: 17 de tropa muertos, el teniente coronel Puyón, dos oficiales y 39 soldados heridos, según los partes del gobierno español. Esto, así narrado, acaeció el primer día del combate. El bizarro Puyón, considerando la enormidad del descalabro y previendo un infortunio mayor, trató de atrincherarse en la loma de las Doncellas, hasta tanto que no fuera socorrido por otra columna de Guantánamo. Maceo le ataca por segunda vez, ahora al machete, y mientras Puyón hace esfuerzos sobrehumanos para salvar los heridos, copan los insurrectos la ambulancia con la compañía que la custodia, y se desarrolla otra escena más horrible. El teniente coronel Puyón, casi exánime, da testimonio elocuentísimo de su adhesión á la bandera española, prefiriendo inmolarse antes que rendirse: arregla un parapeto con los muertos, á los que cubre con ramas de los árboles inmediatos, y en esta disposición resiste el fuego horrible de la tropa cubana, una noche más, la más trágica en la vida del bizarro militar, la más lúgubre, pero también la más gloriosa. Una brigada que se organizó en Guantánamo con todos los destacamentos de la zona, salvó las reliquias de la columna de Puyón: sólo quedaban veinte soldados, un oficial y el heroico jefe, herido de tres balazos. ¡Memorable acontecimiento!

La felonía con que procedió Polavieja, con el Vto. Bno. del capitán general, enviando á los presidios de Africa á todos los rebeldes de la raza negra para que allí purgaran su contumacia —conducta vil que no levantó ningún acento de protesta en las clases directoras del país— iba á depararle al gobierno español una serie de conflictos á medida que fuera extremando la nota de crueldad contra los prisioneros de Cuba, engañados por el tenebroso Polavieja, con el beneplácito del Marqués de Peña Plata, personaje digno de estudio. El promovedor de todos los conflictos iba á ser el indomable Maceo. Estaba confinado en las Chafarinas, y hubo el propósito de trasladarlo á Ceuta como presidio más seguro, pero como el vapor que lo conducía hacía escala en Cádiz, los deportados cubanos que se hallaban en este último lugar, se organizaron para procurarle la evasión á José Maceo, obedeciendo instrucciones del general Calixto Garceía que concibió el atrevido proyecto.

Este se realizó en todas sus partes, pues José Maceo, burlando la vigilancia de la Guardia Civil, logró escaparse desde Cádiz, con su mujer, su hijo, y dos compañeros de expatriación, Rogelio Castillo y Celedonio Rodríguez, embarcando para Tánger, á bordo de un laúd que habían fletado con anticipación los amigos que fraguaron el plan. De Tánger tuvieron que marchar precipitadamente, y entonces buscaron asilo en la plaza de Gibraltar entre las autoridades inglesas. El caso de extradición dió origen á un debate internacional entre España é Inglaterra. El gobernador de Gibraltar, Lord Napier, accedió á lo solicitado por el Gabinete de Madrid, conducta que le costó el puesto al general inglés á pesar de sus grandes méritos, porque el Parlamento del Reino Unido, tan celoso de las leyes establecidas por la Constitución, reprobó enérgicamente el proceder de aquella autoridad, y por algún tiempo vivió obscurecido el célebre Lord, que había proporcionado días de gloria á las armas británicas en la campaña de Abisinia. Entregado José Maceo á las autoridades españolas, éstas, como era lógico, extremaron el rigor contra el audaz insurgente, y para que no volviera á intentar ninguna otra evasión, lo encerraron en el castillo de Pamplona, colocándolo en situación de prisionero peligroso bajo la vigilancia directa del comandante de la plaza. Este jefe español, que era de buena índole, pasó la pena negra con aquel terrible encarcelado que no cesaba de provocar conflictos en la fortaleza. En cierta ocasión lo visitó uno de sus mejores amigos, Juan Gualberto Gómez, y al enterarse el comandante del castillo de que Gómez podía ejercer algún predominio moral sobre el encarcelado, le suplicó ahineadamente que se esforzara en reducir á Maceo con las amonestaciones de la amistad y las galas de su oratoria. Intentólo Juan Gualberto, pero apenas terminaba el exordio, se sulfuró el león, y á vueltas de unas cuantas interjecciones, con el gagueo, en él y en todos sus hermanos, peculiar, le propuso un plan descabellado de evasión para realizarlo sin demora; matando á los centinelas que estaban con el arma requerida, y para lo cual sólo pedía un acero de cortas dimensiones, una daga, ya que su compadre no había atinado en hacerse de un machete al ir á visitarlo en aquella mazmorra. Santiguándose, confuso, espantado, y temeroso por la vida de

su amigo del alma, salió de allí el célebre conspirador que se hallaba en la Península en calidad de deportado. Gómez movió en Madrid todos los resortes para que Maceo fuese trasladado á Mahón, en donde le sería más hacedera la fuga; asunto que también agitaba el Ministro inglés, obedeciendo instrucciones de su gobierno, porque el gabinete de Londres exigía al de Madrid la libertad de los presos políticos que buscaron refugio bajo el pabellón de Inglaterra. El gobierno español accedió á regañadientes á lo que solicitaba el gabinete de Londres, y trasladó á José Maceo á la plaza de Mahón, facilitando de ese modo los medios de solventar el pleito diplomático, con la fuga del causante de dicho litigio. Efectivamente; José Maceo escapó de Mahón, hizo rumbo á Argelia en un buque de travesía, pasó después á Francia, de donde, ya definitivamente, se trasladó á América, maquinando incesantemente tentativas revolucionarias mientras no estalló el movimiento de Febrero.

Desembarcó en la playa de la Duaba (Baracoa) con su hermano Antonio, Flor Crombet, Cebreco, Sánchez Figueras, Duvergert y demás expedicionarios que condujo la goleta *Honor*. Ellos venían ahora á batallar y á morir: á batallar por la libertad de su patria y á morir por ella, eligiendo para fosa la inmensa necrópolis de la campiña desolada. Para las almas que se deleitan en buscar el símbolo de las cosas grandes, aquel bajel desmantelado, que para coincidencia de los sucesos se llamaba *Honor*, a cuyas bandas se agrupa la comitiva insurrecta buscando con avidez, entre los jirones de las nubes y los embates de la marejada, el canal propicio que ha de conducirlos á la playa de sus amores; aquel velamen casi deshecho, y aquella barea medio perdida en la inmensidad, representa en todo su esplendor el gran pasaje de la religión patriótica, porque allí van las almas fuertes y entusiastas que no han de rendirse en la terrible batalla de la libertad contra la tiranía, que no han de claudicar por ningún requerimiento del opositor que les brinde salvación y premio.

Batida y dispersada la corta comitiva por los guerrilleros españoles, José Maceo, lo propio que su hermano Antonio y los demás expedicionarios, hubieron de defenderse en grupos de dos y tres hombres, aislados y perdidos en la montaña de Baracoa. José, tras una terrible peregrinación, logró reunir

algunos parciales en la zona de Guantánamo, en donde le hallaron Máximo Gómez y Martí, batallando con fruto en Arroyo Hondo. Es cosa inenarrable el encuentro de estos tres actores de la Revolución en aquel montañoso escenario, apresurándose los tres á contarse sus cuitas y peripecias. El léxico brillante y abundoso de Martí, no pudo interpretarlo con cabal pureza. El mismo nos lo dijo vadeando el *Contramaestre*, viendo correr las aguas turbias del mes de Mayo, porque el tiempo se presentaba borrascoso en aquella primavera, y el río estaba alborotado. José Maceo, mandando en jefe en la zona de Guantánamo, luchó con el arrojo de siempre, en el Jobito, en Ramón de las Yaguas, en Sao del Indio, en Palmarito, en Sagua de Tánamo, en el batey del ingenio Triunfo, donde realizó la proeza número mil de su heroica vida, y por último, sucumbió en la loma del Gato, peleando á la desesperada con el rifle del cazador, abriendo claros en las filas enemigas. Hay otra aventura más osada aún é inaudita. Con veinte hombres se metió en la plaza de Guantánamo, dentro de la población, con el propósito loco de brindar por la independencia en el centro de la villa, y así lo efectuó; contestando á tiros al ¡quien vive! de los centinelas, galopando calle arriba hasta la plaza de Isabel II y haciéndose evidente en un café, echó allí el brindis anhelado, y aun le regaló dos cintarazos al dueño del establecimiento, porque presa de turbación y pavor, no quiso cobrarle el importe de la bebida. Entretanto, los españoles se aprestaban á la defensa, cundía la alarma, y el tiroteo cobraba intensidad. Hay que tener en cuenta que la población de Guantánamo estaba muy bien guarnecida, y no tiene más que una entrada, y por lo tanto, una sola salida. El indomable insurrecto, después del brindis, tomó calle abajo, y se despidió de los centinelas con otra diana de tiros. La hazaña sería inverosímil si el autor no se llamara Maceo.

Los cubanos que hayan servido á las órdenes de José Maceo, hallarán siempre pálido todo cuanto se diga del valor personal de este hombre, que jamás contó el número de sus opositores, que no conocía el imposible material de derribar un muro de acero con el acero manejado por su brazo, que no consultaba con nadie la determinación de lanzarse al galope sobre un cuadro de infantería, y que con el fusil, lo propio que con el

machete, se sentía capaz de destruir una masa de infantes, de capturar con las manos al más opuesto adversario, y de subir por la contraescarpa de cualquier fortaleza defendida por un regimiento de tiradores. Porque pocos le aventajaban en hacer blancos maravillosos. Es fama que yendo la tropa á sorprender un campamento donde se hallaban cuatro de los Maceos, le enfiló un tiro al corneta de órdenes en los momentos en que perfilaba el toque de ataque, con la particularidad de que José Maceo no veía al soldado del cornetín, porque la noche había cerrado por completo, y con la circunstancia más especial de que le advirtió á su hermano Antonio cómo era el lance que él iba á resolver con el cañón de la carabina: apuntando al corneta español por el sonido del instrumento; y dicho y hecho: la bala que le disparó el tirador entró por la campana del cornetín. Para terminar este bosquejo biográfico, apuntaremos otro suceso saliente, del cual fuimos testigos. Cuando Antonio Maceo organizó la columna invasora en Octubre de 1895, su hermano José, jefe del primer cuerpo de Oriente, acudió con sus tropas al lugar conocido por Vega de Pestán. Habíase dado la orden de que todo el que deseara alistarse para la invasión, diera un paso adelante; y observando José Maceo que algunos hombres, á quienes él tenía por valientes, se escurrían de las filas del primer grupo de ejército para ir á engrosar las del contingente invasor, exclamó varias veces, sin poder dominarse: ¡vayan, vayan á *majasear* con Antonio ¡pendejos!... Con este solo rasgo está hecha la apología del hombre. Los dos hermanos, á pesar de ligeras desavenencias, promovidas por el carácter díscolo de José se querían entrañablemente. José no creía superior á su hermano en ningún orden de la esfera militar, pero, en cierta ocasión, el general Antonio le quitó el mando y lo arrestó. José cumplió la orden sin replicar. Una columna española, la de Canella, supo en Guantánamo la situación de José Maceo, que, además, se hallaba enfermo, con dolores agudísimos de reuma. El general Antonio mientras hostilizaba el pueblo de Dos Caminos, supo á su vez lo que intentaban los españoles, y á marcha forzada se dirigió al lugar amenazado para salvar á José, á quien creía postrado en cama. Entonces se dió el encarnizado combate de Sao del Indio, en el que los dos hermanos estuvieron en función 49 horas. La

mente se abisma al solo pensamiento de lo que hubiera acaecido en este país, viviendo los dos Maceo en el período de la primera intervención americana y en medio de las grandes miserias que han venido después. Pero es forzoso llegar á este dilema: ó no hay ensayos de república jamás, y corren ríos de sangre, y la convulsión no es intermitente, sino continua, ó la república se establece sobre bases firmes y perdurables con toda la verdad de los principios revolucionarios. Cayeron los héroes que levantaron el pedestal de la patria libre, y con la desaparición de los varones intrépidos que amaestraron los ánimos con la energía de su voluntad, vinieron los derrumbes parciales que, en medio de un progreso aparatoso, preparan la ruina de todo el edificio de la revolución, no insensiblemente, sino con usurpaciones cada vez más atrevidas. Las almas están tristes ó perturbadas; ha muerto la fe; están casi al secarse las fuentes del patriotismo, cuyo caudal parecía inagotable, y los mismos hombres, unidos ayer por un sentimiento común, aparecen hoy como extraños los unos á los otros, cuando no se repudian y ofenden con insensato furor. ¡Ya no hay tropa que aclame á los caudillos, ni caudillos que alcen la bandera de la Revolución!

III

La Revolución

Intranquilidad de Maceo con motivo de noticias desagradables.—Cómo pensaba sobre el futuro remoto de la intervención americana.—Su testamento.—Ataque al ingenio Teresa.—Wéyler dadivoso.—Conato de insurrección en I. la de Pinos.—El ideal separatista.—La maníguea en la Habana.—Verdugos y delatores.—Días de sangre.—Trata Maceo de contener la ferocidad de Wéyler.

La grata noticia de la expedición de Leyte Vidal fué amargada por otras, recibidas casi simultáneamente, que proporcionaron á nuestro caudillo malestar moral y desencanto. La estafeta de la Habana, así como la correspondencia del extranjero que le envió Leyte Vidal al darle aviso de su desembarco, no eran mensajes de feliz augurio para el desenvolvimiento de los planes ulteriores de la guerra, ni revelaban ningún propósito elevado en los hombres que, por su posición oficial, estaban más obligados á contribuir al concierto de las opiniones y á encauzar los negocios públicos; tarea fácil, si sobre los intereses de parcialidad se colocaba el interés primordial del patriotismo, difícil, cuanto expuesta al más serio fracaso, si se sometían las cosas al criterio estrecho de las ambiciones personales. Entre las cartas que recibió el general Maceo durante su permanencia en el Roble, sin que pudiera disiparle el malestar el pasatiempo de la batalla—porque las tropas españolas se hallaban en forzosa inacción—había dos, que encerraban la clave de un asunto que hasta entonces no había podido aclarar la sagacidad de su talento. Una de dichas cartas era del general Máximo Gómez, y en ella le indicaba la intervención del gobierno en los negocios más apremiantes de la guerra, dando á comprender que las relaciones entre él (Gómez) y los consejeros áulicos no marchaban en la mejor armonía; intervención que con más clari-

dad expresaba otra carta del general Rodríguez, á quien le estaba recomendado que activara la marcha del segundo contingente invasor, creyéndolo ya en camino, y más cerca de la Habana que del Camagüey, en donde aun seguía el general Rodríguez detenido en su marcha por un correo del gobierno, en el que se le ordenaba retroceder por razones de *alta política*; sin otra explicación. Según esto, y según lo escrito por el general Rodríguez en la carta descifradora del misterio, los miembros del consejo de gobierno, fundándose en razones de alta política, razones que el historiador no ha podido desentrañar jamás, seguramente porque no existía ninguna de verdadero peso, y eso de la *alta razón política* no era más que un concepto vago, estampado en la Constitución por los que hicieron dicho código; el consejo de gobierno, repetimos, metía baza en el juego terrible de la guerra, sin considerar el daño enorme que ocasionaba á la revolución con el mandato inoportuno de detener al general Rodríguez en las fronteras del Camagüey, y hacerlo girar en redondo para dirigirse á los lugares apacibles de Najasa. ¿Qué argumentos podían aducirse, en buena lógica, capaces de destruir, por razones de alta política, la necesidad de mantener la guerra en el departamento occidental, dejando al gran batallador poco menos que aislado de los suyos, si bien con la admiración de los extraños? O nuestro juicio es de lo más cerrado en materia política, ó aquella razón capital que invocaban los altos consejeros, carecía en absoluto de fundamento. Y así, poco más ó menos, discurría Maceo, condensando sus tristes pensamientos en esta sola reflexión: "La importancia de la campaña invasora han sabido apreciarla los extranjeros y los militares españoles, pero no la gente de casa". Dominado por el desencanto de no verse correspondido por quienes estaban más obligados, escribió al general Rodríguez una extensa y sentida carta en la que vertió la amargura de su espíritu. "Si yo hubiera venido á la revolución á servir á los hombres, habría abandonado la idea de prestarles ayuda; por fortuna, no veo otra cosa más que la conveniencia de trabajar por mi patria, cerrando los ojos ante tantas pequeñeces y miserias". También escribió á su viejo amigo Cisneros, presidente de la República, tocándole el punto espinoso de que le hablaba el general Gómez. Contribuyó á

augmentar su desazón la lectura de varias cartas del extranjero, suscritas por personas que, si bien eran amigas, no les ligaba la suficiente confianza con el caudillo para anticiparle el suceso, para ellas venturoso, de la intervención armada de los Estados Unidos. Esta idea, y sobre todo, el regocijo que despertaba en algunos espíritus la decisión final del pleito por la intervención de la República del Norte, era motivo de profunda inquietud para Maceo. El que, como él, tenía fe en el propio esfuerzo, no podía admitir el socorro del extraño. Así hubo de escribirse á uno de sus mejores amigos, para que fuera el vocero más autorizado, entre los compatriotas que residían en el extranjero, de la actitud inquebrantable de los insurrectos. Decía, literalmente: “De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo á nuestros esfuerzos; mejor es subir, ó caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso”. Esta carta, dirigida al coronel Pérez y Carbó, residente en New York, la escribió con motivo de otras que recibió en aquellos días, en las cuales se le indicaba la conveniencia de concertar voluntades y esfuerzos para hacer necesaria la intervención de los Estados Unidos; pues á esas personas que le dirigían mensajes en este sentido, les alejaba la idea de que él pudiera estar nunca de acuerdo con el pensar general de la emigración, si esa era la idea predominante. “No me parece cosa de tanto interés el reconocimiento oficial de nuestra beligerancia que á su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechosa al porvenir de Cuba la intervención americana como supone la generalidad de nuestros compatriotas. Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la independencia patria, se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, que sólo traerá aparejada la felicidad del país si se alcanza sin aquella intervención. Demás está cuanto se diga para rechazar cualquier proposición de que indemnicemos á España. Ni un céntimo sería lícito abonar por tal concepto, y no dudo que este es el pensamiento

“de la casi totalidad de los cubanos”. Y á otro compatriota se lo encajaba en esta forma: “Si hasta hoy las armas cubanas han ido de triunfo en triunfo, huelga que le diga yo la ventaja mayor aun que le reservan para lo porvenir los cuantiosos elementos de guerra que estamos recibiendo, gracias á las activas gestiones de todos ustedes, y especialmente de la incansable benemérita junta de New York. ¿A qué intervenciones é ingerencias extrañas, que no solicitamos ni nos convienen? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y el corazón de sus hijos: libre será en plazo breve sin que haya menester otra ayuda” (1). Este modo de pensar, tan atinado, sobre las cosas que estaban por venir, y que la abrumadora realidad se encargó de exponerlas á los dos años de haberlas profetizado aquel espíritu superior, era de razón que se aplicara á los que, viviendo fuera del país, sentían la más grande impaciencia por la terminación de la lucha aun cuando los cubanos no jugaran más papel que el de meros conductores del poderoso. No se explicaba Maceo el afán de solicitar la intervención de los Estados Unidos cuando el debate de las armas no había resuelto el punto de mayor interés en aquella crisis, la caída de Wéyler, acto que, necesaria y forzosamente, habrja de realizarse dentro de un plazo no muy largo, si el empuje de los revolucionarios en armas se unían la labor y los subsidios de la emigración. Tampoco era explicable que la deseada ingerencia de los Estados Unidos pudiera promoverla el gobierno de dicha nación, por un acto amenazador que hiciera cambiar el curso de las buenas relaciones que mantenía con España, dado que no existía ningún indicio de que el presidente Cleveland agitara la bandera del americanismo contra la dominación de España en Ultramar, y sí, todo lo contrario, en virtud de las disposiciones adoptadas por el gobierno de Washington, favorables á la soberanía española, y en pugna abierta con el ideal separatista. Los hechos lo venían demostrando de un modo elocuente y continuado. Todo lo propuesto por la Administración oficial de los Estados Unidos, era en

(1) Véanse las cartas Números 113, 129 y 130 que figuran en el apéndice, dirigidas á Pérez Carbó, Alberto Díaz y José D. Poyo, respectivamente, y con relación á los asuntos de orden interior, la que lleva el número 140, dirigida al general José María Rodríguez, todas fechadas en el campamento del Roble.

daño de Cuba, ó de la aspiración separatista. Se sabía—aparte de otras complacencias para con el ministerio español, y de plácemes mútuos entre las cancillerías de los dos gobiernos—que el Secretario de Estado, Richard Olney, había dirigido una nota al representante de España en Wáshington (Dupuy de Lome), en la que el gobierno de los Estados Unidos se brindaba como mediador, cuando el gabinete de Madrid lo estimase oportuno, para obtener la pacificación de Cuba conforme á un plan que dejando á España sus derechos de soberanía, asegurase á los cubanos el manejo de los asuntos locales hasta donde fuera razonablemente posible: en una palabra, la autonomía fiambre y escuálida. ¿Lo ignoraban los cubanos que residían en los Estados Unidos y hacían esfuerzos completamente estériles para provocar el conflicto entre España y la República del Norte? Porque si desconocían la existencia de esa nota, que era un baldón para el patriotismo de los insurrectos, daban muestra de ignorar lo más trascendental del pleito, y si no lo ignoraban, les podía caer el mismo epíteto que el separatismo neto prodigaba á los autonomistas ortodoxos. En caso de que ello hubiera podido intentarse ¿no entreveían el imposible material de echar la montaña abajo? ¿No vislumbraban el cartel de guerra á muerte, clavado en el pico más alto de la sierra? ¿Pues qué! ¿el duelo terrible de las armas era un ensayo de esgrima? ¿Y quién era el audaz, el valeroso Escévola de estos tiempos, que hubiese llegado, no ya a presencia de Maceo, sino del más humilde de nuestros prebostes, con la proposición de un pacto entre España y los Estados Unidos que diera por asegurada la soberanía de la metrópoli?... Cosas hay, de tan pequeño valer, que no merecen una sola palabra de refutación. Y no era que Maceo, sintiéndose más devoto de la independendencia que el soldado raso que combatía por el mismo ideal, quisiera reservarse el galardón de la gloria. En este asunto, no había para él más que un sólo dilema: ó triunfar solos, ú ofrecer al mundo el espectáculo de una tragedia sin igual. Tampoco dejaba de reconocer las virtudes del pueblo americano ni las simpatías que á éste le inspiraba la causa de Cuba, demostradas elocuentemente en la tribuna y en el periodismo, con mayor esplendor aún en el campo de batalla; la historia de Cuba abundaba en páginas

heroicas escritas con la sangre de los hijos del Norte. Pero una cosa era la opinión popular, y otra muy distinta la opinión oficial. Ni el gobierno de los Estados Unidos había reconocido el derecho á la beligerancia (concesión que á nuestro caudillo no le despertaba el menor interés), ni se veía señal alguna de que el gabinete de Wáshington estuviera dispuesto á modificar el plan exclusivamente contemporalizador con España, aun bajo los horrores de Wéyler, patrocinados por el gabinete de la Regencia; pues á la nota aludida del Secretario de Estado, contestó el gobierno de Cánovas con otra nota más ampulosa y diplomática, indicando únicamente que el gobierno de Su Majestad tenía en estudio la concesión de algunas reformas de carácter local, que once meses después parió el monstruo conservador; y sin más discursos, uno y otro gabinete, dejaron las cosas en el mismo ser y estado; Wéyler arriba, y el país en horrenda conmoción. No había más que un funcionario que sintiera con toda sinceridad las angustias de los cubanos separatistas y que llevara á cabo los más nobles esfuerzos para remediarlas. Su nombre no sería menester mencionarlo en este lugar porque todos los cubanos lo tienen en la memoria: el cónsul Lee.

Los tristes pensamientos que atormentaban el espíritu batallador de Maceo, no tenían más vida que la duración de la tregua forzosa impuesta por las circunstancias. La sensibilidad de su temperamento era lo más exquisita en cosas de este orden, se entristecía y lo demostraba en el semblante; pero al olor de la pólvora recobraba el equilibrio, la salud y el marcial entusiasmo. Además de las disposiciones que adoptó Maceo para la más acertada distribución de los materiales de guerra, notició á los jefes de la Habana y Matanzas el próximo arribo de otras expediciones que en breve desembarcarían en aquellas costas, según aviso de la junta de New York. No había regresado el brigadier Díaz de su viaje á Poniente, y por lo tanto, el Cuartel general no contaba con los suficientes pertrechos para iniciar empresas de verdadera importancia militar. Sin embargo, con las municiones primeras que trajo el coronel Leyte Vidal, avisó Maceo al enemigo de que ya era hora de volver á la lid, y aunque ninguna columna cruzaba la carretera de San Cristóbal, empezó la función por el inge-

nio Teresa, de la comarca de Bahía Honda, que contaba con destacamento. En la noche del 25 despachó á Sotomayor para que atacara aquel cuartel de los españoles. Sotomayor se apoderó de las ciudadelas de dicha finca, quemó varios edificios y saqueó las bodegas, no sin tener que ventilar ruda refriega con la tropa que guarneecía el ingenio. Tuvimos dos muertos y cinco heridos (1). Los españoles estaban ya notificados.

No podía desconocerse en la capitania general el suceso marítimo de la expedición que salió de Jacksonville y efectuó el alijo en las inmediaciones del Cabo Corrientes; y aun cuando se dió á la prensa una nota oficiosa, plagada de embustes, para destruir el mal efecto que pudiera causar entre los españoles la noticia de haber desembarcado en las costas de Vuelta Abajo una fuerte expedición procedente del extranjero, Wéyler tuvo que acudir al ofrecimiento de dádivas en numerario, con la idea de obtener un triunfo naval por medio del soborno; tonta ilusión que no iba á proporcionarle éxitos de ninguna clase. Verdad es que la marina de guerra únicamente alcanzó una victoria, el abordaje y presa del *Competidor*, y desde entonces no se dió otro Lepanto (2).

(1) El parte oficial estaba concebido en estos términos: "A las doce y media de la noche del 22 (fué el 25) ha sido tiroteado el destacamento del central América, Bramales, por fuerzas insurrectas. Como dos y media horas duró el fuego, siendo desalojados los rebeldes de sus posiciones, con bajas. El destacamento ha tenido dos heridos y una mujer que vivía en los bohíos cercanos. Resultó también un paisano muerto".

(2) La prensa de la Habana publicó esta declaración oficial: "Ha sido la docena de las expediciones, habiéndose dado por desembarcadas media docena de ellas: algunas por el hecho de haber sido halladas en botes en un lugar de la costa. Parece, sin embargo, cierto que han logrado desembarcar alguna, merced á lo extenso de la costa y á la ligereza de los buques que se dice emplean para traerlas y al sistema que emplean. Un buque mercante americano, con carga para un punto cualquiera, costea la Isla, y cuando no ve ningún buque español, larga al agua dos o más botes con armas y hombres sobre cualquier sitio. De este modo, nada más fácil que hacer pequeños alijos.

Pero el día 28 insertaba la "Gaceta" el siguiente Bando: Artículo Primero: A todo individuo que facilite á nuestros cruceros de guerra el apresamiento de cualquier buque de vapor con una expedición filibustera, se le gratificará por el Tesoro de esta Isla, con la suma de 24,000 pesos en el acto que se realice la presa, y con la de 9,000 pesos por cada embarcación de vela de más de doscientas cinco toneladas en igual circunstancia que la anterior. Artículo Segundo: Quedan exentos de toda clase de responsabilidad el capitán y la tripulación del buque que sea apresado. Habana, 26 de Julio de 1896.—Valeriano Wéyler.

Pero el suceso que á todo el mundo sorprendió fué el conato de insurrección en la Isla de Pinos. La noche del 26, un grupo de conspiradores amarró al comandante militar de la Isla y enarboló la bandera de Cuba libre. La intentona fué sofocada, y se extremó el rigor, como era natural, contra los promovedores de la revuelta. Wéyler comunicó la noticia á Madrid, en estos términos: "Noche del 26 doscientos cincuenta deportados sospechosos, mal armados, intentaron apoderarse de Nueva Gerona, deteniendo á comandante, teniente coronel Bériz. Atacados los rebeldes por patrullas, fué libertado Bériz, que tomó el mando de las fuerzas y rechazó amotinados después de hora y media de fuego, haciéndoles tres muertos. Terminada la intentona, los directores de ella fueron presos y 21 más vinieron á la Habana; anoche marcharon fuerzas de infantería de marina y guardia civil para reforzar aquella". Así lo comunicó Wéyler al ministro de la Guerra, y aunque el relato se aleja de la verdad, puesto que los rebeldes no fueron rechazados por el comandante militar, y algunos de ellos salieron de Nueva Gerona para dirigirse á los pinares de aquella Isla, la relación del capitán general no contiene la nota curiosa que estampó la prensa madrileña al tener noticia del raro suceso. Héla aquí: "Dirigióse el señor Bériz tranquilo á la Iglesia para oír misa... ¿á oír misa por la noche?... Los periódicos matritenses creían tal vez que en las posesiones de Ultramar había misa de gallo todo el año. Y agregaron: "el señor Bériz oyó que una mujer daba gritos desesperados en demanda de auxilio. Penetró resueltamente el señor Bériz en la casa de donde salían los gritos, en seguida se arrojaron sobre él doce hombres, los cuales trataron de extrangularlo, excitados por la mujer que antes había pedido socorro". El relato verdadero es mucho más sencillo. El señor Bériz era un viejo verde aficionado á los pimpollos; se enamoró de una joven, y ésta que era patriota ferviente, puesto que por tal estaba confinada en la Isla de Pinos, concertó la conspiración para apoderarse de Nueva Gerona, no sin retorcerle el pesenezo al atrevido militar, amigote y émulo de Wéyler. A los conspiradores les faltó audacia para llevar á cabo el hermoso plan propuesto por Evangelina Cossío.

La muerte no estaba ociosa un solo instante; diligente y avida, elegía para víctimas á soldados ilustres de la revolución, como si estuvieran sentenciados por un designio superior á tomar pasaje en la barca de las velas negras, cuyo derrotero era el fatídico del naufragio; pero así y todo, no ponía dique á la voluntad de los hombres que luchaban por la libertad; volvían á embarcarse en el bajel funesto, con amor y regocijo, y volvían á cruzar el charco de sangre con la bandera de la patria enarbolada en el tope más alto de la embarcación, movidos únicamente por el ansia de llegar al terrible escollo de la desventura, en donde las rompientes alijaban la nave de las velas negras, siempre impelida por la ráfaga fatal, y siempre tripulada por enamorados de la muerte. La guerra seguía, continuaba con encarnizamiento en todos los lugares del debate, y por doquier, con implacable furor. Nunca pudo decirse con más propiedad que todo el país, desde Punta Maisí hasta el Cabo de San Antonio, era un reguero de pólvora; mapa á la vez en que la desolación había marcado sus huellas imborrables, señalando perfectamente los distritos donde la muerte se cebó y las fronteras de las zonas climatéricas; manchones de sangre que abarcaban la extensión de un departamento, líneas en zigzag, que determinaban la ruta devastadora de los grandes estragos. Revolucionarios ilustres y caudillos de prez habían caído en el campo de batalla. El luto era inmenso; lo mostraba la misma naturaleza con sus lamentaciones nocturnas y el aspecto de la campiña. Se agitaba el palmar, enmudecían los pájaros cantores, ni una voz apacible resonaba por las praderas: derribada la choza hospitalaria, tronchada la mies, turbias y malsanas las fuentes de la heredad y secas las fuentes del amor, ningún himno de la tropa voladora saludaba el despertar de la naturaleza. Mas no por eso la revolución dejaba de tremolar sus pendones en medio de las ruinas del país y del cuadro más horrendo de la matanza. El espíritu de rebelión que agitaba á los hombres, no podía extinguirse: era el alma de la patria la que movía el pensamiento, la voluntad y el corazón de los combatientes. Todos los horrores de una guerra sin cuartel, todos los desastres del inmenso naufragio, y la debelación que pretendía llevar á cabo el feroz ministro de Justicia española, no eran obstáculos suficientes para que

se aplacara el impulso revolucionario. Porque el fragor del combate no amedrentaba á los patriotas, el ceremonial del patíbulo no era bastante imponente para acobardar á los sectarios de la buena causa; el reo iba al suplicio con la gallardía del campeón; recordaba como habían muerto sus predecesores, y con esa imagen en el alma, entregaba su cuerpo á los ejecutores de la maldad. La hostia era lo esencial, porque era el mismo sacrificio. Ni el diezmo metódico que se efectuaba diariamente en el foso de los *Laureles*, lugar de tan triste celebridad en los anales del martirologio cubano, ni la matanza al por mayor que se había entronizado en la campiña, ni los bárbaros tormentos que se aplicaban á los infelices campesinos para arrancarles la declaración de una supuesta complicidad, eran abismo aterrador para el ánimo de los que luchando por la vida de la patria, morían por ella con inefable gozo. Si se quería aplastar el espíritu revolucionario no bastaba dirigir el peso material de la maza de Hércules sobre los factores combatientes: era necesario proceder al exterminio de todas las mujeres de Cuba, porque la mujer cubana era génesis del separatismo. Los hombres podían flaquear, y los había apóstatas y viles; ella no engendraba más que cubanos y amamantaba hijos que un día ú otro serían continuadores de la obra. Si desaparecía la generación actual, la siguiente ocuparía el puesto que dejó vacío la generación extinguida. La mujer, casi nunca infiel al hombre que la llevó al altar, ya fuese un extraño al país, ya el servidor más leal de España, daba hijos cubanos, daría siempre soldados á la patria, devotos del ideal separatista y vengadores de sus deudos que por la patria se inmolaron. La hostia, intangible é impoluta, pasaría de comunión en comunión sin los ornamentos del altar, mientras hubiera mujer que sostuviera el cáliz de la procreación.

No pudiendo Wéyler destruir el espíritu revolucionario, dedicábase con el mayor empeño á la doble tarea de exterminar á los combatientes que caían en sus garras y meter en prisión á los laborantes ó simpatizadores, cuando no era materialmente posible darles pasaporte para el otro mundo. La suerte le había sido propicia; las balas de sus soldados cortaron la vida de dos ilustres insurrectos, y dos balas más,

según manifestación de Cánovas del Castillo en el Parlamento español, pondrían en peligro la existencia misma de la rebelión cubana; estupendo error del celebrado estadista, cuyos talentos solo sirvieron para anticipar el derrumbe del imperio colonial. Pero Wéyler, ciego ejecutor del monstruo español, y como él, enorme en la maldad, seguía la siniestra tarea de la destrucción y de la matanza, impulsado por el odio, por la ira y por el despecho, y echaba la red dentro de las ciudades para que cayeran los laborantes o simpatizadores cuyas osadías le ponían más acre el humor y le exacerbaban la roña. No pudiendo acabar con Maceo, que, con su presencia en Vuelta Abajo, daba el mentís más rotundo á la supuesta pacificación de Occidente, colérico y furioso, soltaba los sabuesos para que le trajeran diariamente apetitosa presa. Como las fieras que al olor de la sangre se ponen frenéticas y dan el alarido peculiar que en ellas anticipa la fruición del botín, así el hombre carnicero, con el tal estigma bien determinado en la quijada, se henchía de regocijo cada vez que los sabuesos daban caza á los sutiles laborantes, sobre todo si eran de la trinca doctoral ó universitaria, lo más excelente del laborantismo. Habían caído ya algunos conspiradores de significación, pero el laborantismo se hallaba en tal estado que no podían seguirse las huellas de un conspirador sin tropezar con diez más: la trinca más fina, la del Paraninfo, estaba encadenada con otras de menos valer intelectual, pero todas conspiraban á un mismo fin y se entendían por medio de signos convencionales. Pudiera decirse que ya se utilizaba la telegrafía sin hilos antes del invento de Marconi.

A los pocos días de haber muerto el general Juan Bruno Zayas, la policía de Wéyler tuvo conocimiento de que los clubs separatistas que funcionaban en la Habana y en Regla, trataron de ayudar al general insurrecto en el golpe de mano que iba á realizarse en el Cerro (el barrio aristocrático de la ciudad), y, como es consiguiente, el cuerpo de vigilancia aguzó el magín para que cayeran todos los laborantes de la trinca selecta. Fueron arrestados, primeramente, el doctor Gabriel Casuso, catedrático de Medicina, el licenciado Miguel Viondi, abogado y diputado provincial, el doctor Francisco Alacán, catedrático y secretario de la Facultad de Farmacia,

los cuales fueron sometidos á procedimiento inquisitivo por diversos grados de complicidad en la rebelión; y en la segunda tanda, cayeron el catedrático de derecho penal y magistrado, Antonio González Lanuza, los licenciados Francisco Alday, Pedro Becerra, Ignacio Lamas, Francisco Tolón, Adolfo Díaz, José Sáez Medina, José González Toledo y Alfredo Zayas, hermano del general insurrecto, los cuales fueron enviados á los presidios de Africa. Además, fueron encarcelados y después extrañados del país, el licenciado Alfredo Hernández Huguet y el profesor del Conservatorio de música, Hubert de Blanck. Aunque los sabuesos de Wéyler desplegaron todas sus facultades para dar cima al empeño policíaco, todo indica, sin embargo, que los directores de la conspiración fueron víctimas de sus propios correligionarios, á quienes faltó entereza para sepultar el secreto de la trama al ser cogidos por los agentes de la autoridad. Tampoco es de dudar que terciara la felonía, pues algunos de los conjurados prestaban servicios al gobierno español, y como á la vez desempeñaban comisiones del club director y tomaban parte en los conventículos de los laborantes, hallábanse en posesión del secreto y le iban con el soplo á Porrúa, á Despujols, ó sea el primer marqués de Palmerola, al jefe de Orden Público y al mismo Wéyler, que gozaba más que nadie con las delaciones de cubanos contra cubanos. La vergüenza sube al rostro al compulsar documentos de aquella época, que comprueban el vil oficio de espías que ejercían algunos personajes de la covachuela oficial. El arresto de Zayas y de Lanuza debióse á la delación de Miguel Beato, hombre sagaz, que había prestado meritorios servicios á la causa de la independencia; pero que cogido casi infraganti por la policía, le faltó valor para resistir al interrogatorio á que lo sometió el celeberrimo Barrera (éste, como buen fatuo, poníase *de la Barrera*). El atemorizado conspirador entregó á la Barrera un papel escrito; una comunicación del general José María Aguirre, y cantó de plano: dió los nombres de las personas que componían el club. Por este motivo fueron arrestados los principales conspiradores, entre ellos González Lanuza y Alfredo Zayas. En el registro que participaron los agentes de la Barrera, dejaron caer los papeles delictuosos que había entregado Beato al ser

aprehendido. Este obtuvo trágico fin; lo mataron los sicarios del coronel Barrera en el litoral de Marianao. También los conspiradores de acción, dirigidos por Ricardo Arnautó, seguían sus pasos misteriosos para matarle. Un soldado español llamado Wais, perteneciente á la Sanidad, se había comprometido á ejecutar el acuerdo del club. La vida de Miguel Beato, desde el momento en que, por temor, quebrantó el sigilo, fué una verdadera condenación, pues continuaba en tratos con los insurrectos y laborantes que desconocían su conducta, y tenía que dar cuenta de todo á las autoridades españolas. Parece ser que hubo celos entre Ahumada, Porrúa, Despujols y el coronel Barrera, debido á que los tres primeros exigían confidencias á Beato y nada le comunicaban al coronel de Orden Público. El de la Barrera concibió el plan de eliminar á Beato, de una vez y para siempre. Lo llevó á la práctica de un modo horrible, bajo el pretexto de que Beato tenía que identificar á un prisionero del campo rebelde que se hallaba en la playa de Marianao, y á a quien confundían con el comandante Baldomero Acosta. Beato fué conducido á la playa de Marianao, y allí lo asesinaron los esbirros del Orden Público. No es de extrañar que el coronel Barrera consumara tan viles acciones: no era hombre que se parara en peñillos para obtener aplausos y medro personal. Los alabarderos lo comparaban á Javert, pero la opinión pública le reconoce las cualidades de Juan Diente. Entre los muchos asesinatos que llevó á cabo, sobresalen dos, que hacen la apología del nuevo Scarpia. Los secuaces de Barrera arreglaron el tapujo de que dos conjurados venían de Méjico, con la misión de dinamitar al marqués de Tenerife. Barrera y los servidores de su confianza tramaron el plan, para que el gobierno aumentara la asignación de los gastos secretos en el departamento de la policía. Preparada la fábula, y remunerados los esbirros que habían de vigilar á los supuestos conjurados del comité de Veracruz, echaron mano á dos jóvenes que llegaron de México; los dos eran hijos de Cuba; uno de ellos se llamaba Augusto Ariza, Fernando Gáver el otro, sobrino ó entenado del cónsul que fué de Portugal en la Habana. El primero fué capturado en la plaza de Isabel la Católica (hoy Parque Martí), y el segundo, al salir de un almacén de víveres de la calle de

la Muralla. El comerciante Mantecón salió garante por su huésped. Todo fué inútil; la policía tenía que dar el golpe de efecto. Los dos jóvenes, custodiados por un piquete del Orden Público, entre once y doce de la noche, fueron conducidos á la calzada del Cerro, bajo pretexto de que tenían que evacuar un acto de justicia ante el comisario de dicho barrio. Detrás de ellos iba el carro de la *Lechuza*, ó sea el coche fúnebre de los pobres. Llegaron al callejón de Santovenia; los mataron á tiros, y luego les mutilaron bárbaramente los rostros para que no pudieran ser identificados. Allí estaban, en calidad de ejecutores, los comisarios de policía Cuevas y Escalante, además del piquete del Orden Público. Un sargento de dicho cuerpo se negó á ejecutarlos, diciendo en alta voz que él no era verdugo. El valeroso y honrado sargento fué enviado á un destacamento con nota poco favorable, porque no servía para chacal. Los dos cadáveres fueron metidos en los respectivos ataúdes de pinotea, y partió el carro de la muerte para el camposanto. El capellán se negaba á enterrarlos, porque no sabía quiénes eran los muertos, ni el jefe de la patrulla iba provisto de la boleta mortuoria; le dijeron que de orden superior había que darles sepultura, sin otra formalidad. Algún tiempo después de la evacuación de Wéyler, de los Porrúas y de los Barreras, los familiares de las dos víctimas pudieron comprobar el horrendo asesinato; lo comprobaron por medio del sepulturero, que les mostró el sitio en que fueron enterradas. Los dos jóvenes asesinados, y mutilados bárbaramente, pertenecían al culto separatista; pero del propósito de dinamitar á Wéyler que se les imputó, con el miserable fin de alcanzar premios y felicitaciones, estaban tan inocentes como cualquiera de los asesores de Wéyler y de Porrúa; queremos decir, los abogadillos que figuraban como pasantes en el tribunal del *Bureo*, sin más voluntad que la del mayordomo de Palacio; y después han actuado de sabios oficiales, han llegado á ser pozos de sabiduría municipal contenciosa, y hoy, en plena república, desempeñan el papel de Metternichs en automóvil.

Wéyler seguía matando, matando sin piedad, diariamente, sin saciarse jamás. Era ya hora de ponerle freno; lo pedían, de consuno, la justicia, los lamentos de las víctimas sacrificadas y el interés primordial de la revolución. ¿Por qué Wéy-

ler había de ser feroz y Maceo elemento? ¿Hasta dónde iba á conducir esa benignidad en contraposición con la barbarie de aquél? De seguir las cosas por ese camino, el jefe de las armas españolas aparecería con la razón de la justicia militar, por cuanto sentenciaba á muerte á todos los acusados de insurrectos con sólo agregarles la nota de incendiarios, mientras Maceo expedía salvoconductos á los laborantes del partido español, ponía en libertad á los prisioneros de guerra, y todavía más, ordenaba la instrucción de proceso contra cualquier oficial que no hubiese respetado las leyes de la guerra civilizada. Aca-baba de practicarlo con dos jefes valerosos: el brigadier Bermúdez y el teniente coronel Delgado, que habían procedido con rigor excesivo en casos de esa naturaleza; el primero, con mayor culpabilidad, porque extremó sus iras contra individuos tildados únicamente de sospechosos. Era hora de tomar medidas extremas. Perfectamente instruido Maceo de los persistentes horrores que cometían las columnas de Wéyler, y de la persecución de que eran objeto los cubanos que residían en las ciudades, cosa probada con la lectura de los periódicos españoles, que insertaban con fruición las noticias de las prisiones efectuadas por el cuerpo de Orden Público, y con mayor placer las funciones patibularias del fozo de los *Laureles*, con la nota consabida de que los reos iban amarrados, que cayeron á la primera descarga del pelotón, y que éste desfiló al aire marcial del *Tambor de los Granaderos*, sonata en boga, como la *Marcha de Cádiz*, en aquel período del terror; instruido Maceo de todo lo que ocurría y se practicaba en los dominios de Wéyler, éste en calidad de representante supremo de la justicia española, sin más asesor legal que el monstruo de la restauración, con jueces como Porrúa, la Barrera y Escribano, con el aplauso ruidoso y unánime de la prensa encanallada y de las plumas más viles que jamás hayan deshonrado la noble profesión del periodismo; instruido de todas las abominaciones, crueldades y bajezas que se cometían en la tierra de Cuba para que pasara sobre sus tristes moradores la riada de la deshonra, y quedaran como cobardes y envilecidos, ya que no tuvieron el valor de hundirse con la ola de sangre que levantó el mar airado de la Revolución, adoptó Maceo una medida que, si bien no era lo suficiente eficaz para poner coto á los des-

manes de las tropas españolas, iba, por lo menos, á calmar la inquietud de nuestros partidarios, que se hallarian en situación de contestar á la injuria con la injuria, y al acto de salvajismo con otra ejecución semejante. Porque los jefes españoles no iban á aceptar la proposición de canje que les presentaban los insurrectos, debido á que el orgullo y el lustre de la clase no les permitía descender hasta el lugar de los cabecillas desmoralizados, y por lo tanto, las represalias habrían de aplicarse con el hierro y el dogal (*ad referéndum*).

Decía la circular de Maceo: "La práctica constante seguida hasta aquí por el ejército de la Revolución, dejando en libertad á los prisioneros de guerra, reflejo ha sido de la generosidad con que aquélla procede al rechazar de este suelo el poder español. Mas la conducta inhumana del enemigo, ya que no nos autorice á tomar represalias, si, nos obliga á ejercitar un derecho del que no quisimos usar hasta ahora. La falta de lugares adecuados para la retención de prisioneros de guerra, impediría que éstos fueran tratados con las consideraciones compatibles con su situación. Por lo cual, cuando ocurra el caso, propondrá usted, en mi nombre, al jefe enemigo más caracterizado de ese departamento, el canje de prisioneros españoles por los nuestros de más significación, que estén en poder del enemigo, expresando que la negativa acarreará la ejecución inmediata de aquéllos por el motivo arriba indicado. Para hacer dicha proposición, se valdrá usted de personas cuya imparcialidad las coloque al abrigo de cualquier atropello originado por el servicio que han de prestar. Y sin perjuicio de lo dispuesto en esta circular, queda en vigor la expedida anteriormente por este Cuartel general prohibiendo admitir emisarios del campo enemigo". Si este bando fué ó no saludable, no es de nuestro conocimiento sentar la conclusión, afirmativa ó negativa: deben pronunciarla los adversarios, ya que fueron sordos á la advertencia escrita, como antes lo fueron al clamor de la opinión y á los pregones de la guerra civilizada.

IV

Bruno Zayas

Mes fatídico.—Laureles y siemprevivas.—La acción del Gabriel (30 de Julio de 1896).—Muerte del general Juan Bruno Zayas.—Su heroísmo en el combate.—Su nacimiento, su abolengo ilustre, su amor al ideal patrio, su historia militar.—Concepto que le merecía á Maceo. Aspecto del hombre.—Conjeturas acerca de su muerte.—Juicio desapasionado del historiador.

TRISTE y nefasto fué el mes de Julio de 1896 para la causa de Cuba libre. La muerte, que no estuvo ociosa un solo instante en ningún lugar del vasto palenque, dió á su actividad más lamentable testimonio con la elección de dos víctimas ilustres, arrebatadas en el camino de la gloria con toda la fiereza de los designios trágicos. En los primeros días de Julio sucumbió en la región oriental el coloso que se llamaba José Maceo, de quien hemos osado modelar la estupenda figura; y antes de que expirara ese período infortunado, pereció en los campos de Occidente otro soldado intrépido, que, con ser de raza distinta á la del heroico luchador de Santiago, y de configuración enteramente opuesta, llegó, sin embargo, á la cumbre del valor, escribiendo, con su propia sangre, la página inmortal del heroísmo. Este valeroso soldado era Juan Bruno Zayas, de quien nos toca referir hoy su breve, pero meritoria vida militar, con el último acto de su noble existencia, realizado con tal denuedo y arrogancia que no hay página más elocuente en la historia de los más célebres personajes de nuestra milicia. Pereció este bizarro joven el día 30 de Julio de 1896, cerca de Quivicán (provincia de la Habana), cuando trataba de unirse á Maceo en Pinar del Río después de haber llenado la difícil misión que le confió el caudillo invasor en el mes de Marzo, en virtud de la cual, Zayas hubo de contramarchar hasta el departamento de Las Villas, mientras Maceo se

dirigía á Vuelta Abajo por segunda vez. Zayas, con la aguerrida tropa que llevó á la invasión, partió desde Batabanó el día 13 de Marzo: atravesó, pues, una parte de la provincia de la Habana y toda la de Matanzas; sostuvo reñidos combates con los batallones de Molina y Vicuña, que estaban sobre la pista de los insurrectos, llegó al término que le había señalado el general Maceo, y dentro del plazo por este mismo determinado, retornó al distrito de la Habana con el propósito de forzar la línea de la Trocha, y volver al escenario tumultuoso de Pinar del Río, sobre el que estaba fija la atención del universo. Su fervor, su entusiasmo por la libertad, su fe robusta y la adoración que sentía por el egregio capitán de la hueste cubana, obtuvieron el pago más irónico y cruel, puesto que halló la muerte en el camino de sus ilusiones. Narremos su deplorable fin, antes de señalar los episodios de su fugaz y brillante paso por la senda de la vida.

Con un contingente que no excedía de 300 hombres, se hallaba de retorno en la provincia de la Habana, tratando de orientarse por el suroeste de esta región, para dar cima al empeño, antes indicado, de nutrir las huestes que acaudillaba Maceo en Pinar del Río; buscaba el paso de Majana, por el mismo itinerario que siguió Maceo al emprender la segunda invasión á raíz del ataque á Batabanó. En la capitania general se conocían los proyectos de Zayas; se sabía el campamento que ocupaba el día 29, lugar nombrado la *Jaima*, en término del Gabriel, debido á que algunos emisarios que vinieron de aquel punto á la ciudad de la Habana, fueron lo bastante indiscretos para comunicar á distintas personas lo que estaba vedado para todo el mundo, pues á nadie le interesaba conocer el sitio exacto del campamento insurrecto. La charla indiscreta de los mismos laborantes, que se apresuraban algunas veces en la trasmisión de las noticias de la guerra, para que toda la comunidad estuviera en autos del suceso, traspuso los umbrales de la Capitania general, y, como era lógico, se adoptaron todas las disposiciones del caso para sorprender al afamado cabecilla, exterminarlo ó capturarlo, á fin de que el triunfo fuese más ruidoso, y de todos modos hacer estéril el conato de invasión que le guiaba. Los exploradores de Zayas comunicaron á su jefe el movimiento de tropas que se advertía en el Gabriel, desde mucho antes

que amaneciera; y con el fin de practicar una exploración eficaz, el general Zayas montó á caballo á las cuatro de la mañana, con 70 hombres de tropa, dejando los restantes en el campamento, sobre las armas. Una hora más tarde, con la luz matinal, encontró en la finca Oñoro á los escuadrones de Albuera, que iban á tiro hecho sobre el campamento insurrecto para empezar la alborada, mientras las fuerzas de infantería, que constituían el núcleo de la columna, tomaban posiciones para servir de sostén á la vanguardia y completar la operación ofensiva. La columna española iba al mando del teniente coronel Perol. Zayas, llevado de su ardor, cargó al machete contra la caballería de Albuera, con brillante resultado por el momento; la tropa española retrocedió casi a la desbandada perdiendo tercerolas, caballos y carteras llenas de municiones; pero ni Zayas, ni los que con él fueron al rebato, se dieron cuenta de los refuerzos de infantería, que entraban ya en juego por el callejón de *Mi Rosa*, sirviendo de escudo á los escuadrones de vanguardia, cuyo retroceso, con ser evidente y atropellado, no podía, sin embargo, convertirse en derrota total, á menos que no se dispersara el batallón de infantería. Cuando Zayas observó el peonaje enemigo, ya la gente toda estaba enredada á tiros, pues las restantes fuerzas insurrectas acudían en auxilio de su valeroso jefe, y disputaban el campo á los infantes de Perol y á los jinetes de Albuera, con notable decisión. El altercado se mantuvo con ardimiento por espacio de una hora, dándose unos y otros buenas embestidas, en juego las dos armas, hasta que el gran número de pérdidas de los libertadores, 16 muertos y 24 heridos, y la escasez de municiones, les obligó á dejar el campo, mientras el opositor acentuaba el fuego de fusilería sobre los grupos á caballo. El intrépido General con el machete en alto, pretendió cargar otra vez, y estimuló á los suyos con el ejemplo de su arrebatada pasión; descargó el revólver y esgrimió el acero contra un grupo de adversarios que le iba encima; pero al pretender saltar una valla, cayó en aquel campo ensangrentado para no levantarse ya más; recibió un balazo en el ojo izquierdo y tres heridas de arma blanca, dos de ellas en el pecho, muy profundas y la otra en el brazo con que esgrimía el acero. No le quedaba instrumento ni vigor para seguir el mortal desafío: el revólver, des-

cargado, hendido el machete, sin presión las manos, sin conciencia el espíritu: agonizaba. Junto á él, cayeron, con la sublimidad de la abnegación, dos de sus edecanes, Teodoro Perpiñán y Jesús Planas, éste, al tratar de arrebatár á los vencedores el trofeo glorioso. El cadáver de Planas fué conducido al pueblo, apareado con el del General, cubiertos de sangre los dos cuerpos fríos, y fueron sepultados sin pompa ni honores; pero haciendo más tierna y comprensible la excel-situd del drama y más elevado el sacramento de aquella comunión ejemplar. Grupo yacente conmovedor, digno de ser grabado por el cincel del artista en el mausoleo de la patria y cantado por el poeta; imagen cabal de la inmólación que, con ser tan cruenta, aun veríamos otra vez á los rayos melancólicos del sol de Diciembre de este mismo año, si fecundo en amapolas, pródigo también en siemprevivas (1).

(1) De ía el parte oficial: "La columna Perol, compuesta del Provisional de Cuba, batió en Punta Gabriel de Quivián á las partidas de Zayas y Crisóbal Pérez, haciéndoles 45 muertos, entre ellos el titulado brigadier Juan Bruno Zayas, ocupándole una cartera con documentos importantes. La columna tuvo un soldado de Albuera muerto, y heridos los tenientes Lozada y Comunió, tres soldados de Albuera, dos del Provisional de Cuba y centuros el teniente Antón y tres soldados de Albuera. Salió la columna del Gabriel á las cinco y media de la mañana del día 30. Al llegar la vanguardia del escuadrón de Albuera á un callejón algo hondanado, que se encuentra á media legua de Mi Rosa, encontró numerosa caballería insurrecta, que venía en dirección opuesta, de frente. Los seis ú ocho números de avanzada, que iban bastante separados del escuadrón, se detuvieron y contestaron con algunos disparos las descargas del enemigo, que no veía la columna. Al notar el movimiento de retirada de la vanguardia de Albuera, ordenó el jefe insurrecto Zayas, tocar alto el fuego y á degüello. A los gritos de Zayas y otros "¡al machete, que son pocos; es una guerrilla!" machetearon un soldado. El cabo que mandaba la extrema vanguardia, se vió en medio de los insurrectos, recibiendo tres ó cuatro tiros de revolver del mismo Zayas, sin que le rasgase la ropa; en esto llegó todo el escuadrón, llevando al frente á su caíán Cristóbal Moreno, que con serenidad pasmosa animaba á los soldados y cargó sobre la partida, cinco ó seis veces superior en número, haciéndole al arma blanca, en media hora, 30 muertos que fueron dejados en el campo de batalla, en una extensión de dos kilómetros y en todas direcciones, porque la partida se dispersó al dar la carga el bravo escuadrón de Albuera, que se alejó más de una legua de la infantería. Cuando el escuadrón de Albuera dió su carga terrible para contrarrestar el avance de los insurrectos, éstos echaron á correr, dispersándose por distintos sitios. Un grupo de unos veinte individuos quiso resistir el empuje, gritando á los que huían: "¡al machete, al machete!" Ya era tarde, y el grupo tuvo también que deshacerse y emprender la huída, porque el escuadrón estaba encima. En este grupo estaban Zayas y su Esado Mayor. El cabeceilla, al verse perseguido tan de cerca, se apeó de la magnífica yegua que montaba, y quiso saltar un muro; pero en aquel momento se arrojaba sobre él el cabo Tiburecio Mareos, atravesán-

Juan Bruno Zayas y Alfonso nació en la ciudad de la Habana en 1867, hijo de una familia de ilustre abolengo que dió varones notables en las ciencias y en las letras: su padre, abogado de fama y periodista concienzudo, fué el continuador de José de la Luz Caballero en el plantel instructivo que amaestró las inteligencias y los corazones de la juventud revolucionaria; era sobrino carnal del esclarecido y popular doctor Bruno Zayas, hombre de ciencia y de caridad, sabio y filántropo á la vez, bálsamo de los pobres, amparo de la orfandad menesterosa, misionero y educador, cuya desaparición lloraron amargamente todos los inválidos de la vida miserable, las mujeres infelices, los niños de la Inclusa, los leprosos, los pordioseros, todo lo que el mundo, alegre y sensual, arroja lejos de sí para que no perturbe el sarao de la molicie el tétrico aspecto de las carnes laceradas y de la mendicidad en comitiva. Juan Bruno Zayas, para perpetuar el nombre de aquel excelente varón, cursó la carrera de medicina en la Universidad de la Habana, y una vez graduado de doctor fué á establecerse en Vega Alta, provincia de Santa Clara, en donde adquirió nombre y popularidad por su carácter ingenuo, franco y liberal. Es probable que de no haber surgido la protesta del país contra la autoridad de España, aquel joven se hubiera consagrado tranquilamente á ejercer su profesión, sin otro móvil que el de ser útil á la parroquia, y sin más aspiración que la de servir á la humanidad doliente del barrio rural donde asentó su domicilio, probablemente con el propósito de echar allí raíces, como pastor de almas en lugarejo anónimo. Pero el sesgo de las cosas públicas, y el rumor del oleaje revolucionario que se esparcía por todo el país, anunciando la tormenta, le mostraron otros horizontes y otros destinos, á los que abrió toda su alma para entregarse con fervor de sectario á la tarea de la conspiración. El ejercicio de su carrera, que le permitía visitar

dole con el sable. En el mismo instante una bala de maüser, que recibió en un ojo, le hizo caer al suelo, muerto, sin pronunciar palabra."

Tal es el parte que publicaron los españoles, cortado, como está visible, por el patrón usual de los partes estrafalarios. Lo hemos copiado con todos los pormenores de la guardarropía épica, siglo weyleriano, para demostrar que el animoso insurrecto no sucumbió sin que antes no hubiese esgrimido el acero con el valor en él proverbial, y si le cupo la desdichada suerte de perecer en el choque con el adversario, fué su caída la solemne y conmovedora del héroe verdadero.

los bohíos más recónditos, le puso en contacto con los viejos insurgentes de la montaña, ansiosos como el doctor peregrino de que sonara el toque de rebato en las crestas del Escambray. De médico, pues, se hizo conspirador y se elevó á corifeo del separatismo en aquella brava región de montañeses insurrectos, de tal modo que al estallar el grito de Baire en la gran dominica de Febrero, ya el neófito estaba dispuesto para la ruda empresa, con todos los arreos del cabecilla mambí, con la bandera tricolor enarbolada sobre el picacho del Escambray, y la mano prendida á la cuerda de la campana, para que repercutiera por montes y parroquias el toque frenético de somatén. Con el alma henchida de entusiasmo salió á la palestra á los pocos días de haberse dado la consigna para el levantamiento; y muy pronto el nombre de Bruno Zayas figuraba en los boletines de guerra de los españoles, que si tenían empeño en desfigurar los sucesos de actualidad, llamándole á la sangrienta disputa de los dos bandos enconados, simple alteración del orden público, de fácil é inmediato ahogo, no llevaban el convencimiento á nadie que no fuera el más iluso de los espectadores, puesto que, diariamente, daban noticias de choques y debates bélicos entre las dos parcialidades, y casi siempre el nombre de Zayas aparecía á la cabeza de los documentos oficiales, unas veces muerto, otras derrotado, tan pronto solo, como acompañado de una gavilla de facinerosos, pero realmente vivo, entusiasta, intrépido, peleador, y siempre hidalgo y magnánimo con los vencidos. Sostuvo varios combates con las tropas españolas que operaban en aquel departamento, entre los cuales son de mencionarse los de Clavellinas y San José, porque allí murió otro oficial muy animoso, Rafael Casayas, digno de competir con los más bravos insurrectos. A raíz de este hecho de armas, quedó Bruno Zayas obscurecido y poco menos que olvidado por algún tiempo, á consecuencia de haber surgido algunas desavenencias entre los jefes locales de Las Villas que aspiraban al mando supremo del departamento, y el modesto joven que era de la estirpe de los héroes abnegados, prefirió el ostracismo voluntario antes que ser emblema de discordia. Volvió á figurar gloriosamente cuando el general Manuel Suárez, reconociendo las virtudes que atesoraba el corazón del resignado joven, lo sacó del retiro y le dió el puesto

á que era acreedor por su notoria pericia y excelentes cualidades. En los días de la invasión lo encontramos en Mal Tiempo, con un fuerte núcleo de villareños; y desde esa fecha memorable (15 de Diciembre de 1895) hasta el 13 de Marzo de 1896, no se separó de Maceo, asistiendo á todos los hechos de armas que ensangrentaron el suelo del país desde la comarca central hasta los confines de Mantua. La hoja, pues, de servicios del general Zayas es la hoja brillante de la invasión, y en ella deben grabarse todos los combates de este glorioso período: La Colmena, el Desquite, Coliseo, Calimete, Estante, Güira de Melena, Garro, Cabañas, las Taironas, Tirado, Galafre, Santa Lucía, Paso Real, Candelaria, Laborí, Güira de Melena (por segunda vez), Jaruco, Moralitos, Catalina de Güines, la Perla, Guamacaro, Santa Cruz, Nazareno, Río Bayamo, Dolores, Diana y Río de Auras. Se separó de Maceo el día 13 de Marzo, para encaminarse al departamento central en cumplimiento de las órdenes que le dió el caudillo invasor; tuvo varios encuentros en su marcha hacia Las Villas y tomó parte en la acción de Motembo, en donde sucumbió el brigadier Esteban Tamayo. No dejó de pelear un solo día durante su permanencia en la provincia de la Habana hasta el instante desventurado en que perdió la vida en el Punto de Gabriel. Maceo sintió gran pesar por la muerte de este bizarro joven que, á una gran modestia, reunía las virtudes del patriota y del soldado. Nada lo puede expresar mejor que las propias frases de Maceo, en un documento oficial dirigido á Máximo Gómez: "Cartas de usted he recibido, y también del malogrado brigadier Zayas, que ha muerto como bueno en el cumplimiento de su deber, como lo hubiese hecho el veterano más distinguido de la guerra grande; muerte que lamento por sus extraordinarias condiciones de valor y su celo por el orden y disciplina del ejército, unidas á su amor infinito á la causa que defendemos." El exterior de Zayas no era imagen del guerrero impetuoso y audaz. Tenía el aspecto de un hombre apacible, más adecuado para el sacerdocio de la medicina ó de la caridad que no para la vida ruda del insurgente. Su semblante era frío, casi monacal, de mirada dulce y algo melancólica; dentro de esa contextura serénica ardía el fuego de las pasiones y latía un corazón muy intrépido: la amistad, el amor patrio y el heroísmo militar, tuvieron

cabida espaciosa. Zayas estaba al cumplir 29 años, de edad, cuando exhaló el último suspiro en campos de la independencia.

Han circulado diversas conjeturas acerca del fatal suceso del Gabriel, que han dado margen á toda clase de suposiciones hasta llegar á la sospecha de que medió la felonía en el eficaz resultado obtenido por las fuerzas españolas. El historiador, manteniéndose en la esfera de la imparcialidad estricta, no puede emitir juicio condenatorio á menos que no se aporten nuevas pruebas que destruyan los demás antecedentes, y arrojen la claridad necesaria para llegar al descubrimiento de la vileza ó del pacto inicuo entre uno de los oficiales insurrectos y el comandante militar de Quivicán. Lo único que sabemos, de un modo exacto, es que, con algunas horas de anticipación, Wéyler tenía conocimiento de la permanencia de Zayas en lugar determinado de la provincia. También es notorio—pero tal vez lo ignoraba Wéyler en aquellos días—que Zayas pensaba aproximarse á la ciudad de la Habana y atacar el barrio del Cerro, antes de proseguir el camino de Vuelta Abajo para unirse á Maceo. El mismo lo reveló á los oficiales de su absoluta confianza dos ó tres días antes del trágico suceso del Gabriel, y aun agregó que sólo esperaba una noticia confidencial de la ciudad para moverse en aquella dirección y dar el golpe de mano. Está probado que las noticias del campamento insurrecto y de su situación exacta, llegaron al gabinete de Wéyler el día 29 de Julio, diez ó doce horas antes del episodio, pues un teniente coronel de las oficinas de la capitanía general se lo comunicó á sus íntimos contertulios: *¡Mañana daremos un golpe sensacional!*—les dijo; y efectivamente los escuadrones de Albuera y la infantería de Perol ocuparon con antelación el Punto del Gabriel (no se llama *Punta*, como siempre se ha publicado en los documentos oficiales de la campaña), y allí obtuvieron el ruidoso triunfo á que el amanuense del Estado Mayor de Wéyler quería a'udir, con las palabras *mañana daremos un golpe sensacional*. No hay más pruebas ni aun ligeros indicios que hagan modificar la opinión del juzgador respecto á la concurrencia de otras circunstancias especiales, porque dentro del hecho capital, la muerte de Zayas, no se halla el punto de enlace entre dicho suceso y la defección del comandante Cristóbal Pérez. Este no se presentó á las autoridades

españolas, el mismo día del desgraciado combate; no se presentó inmediatamente, por cuanto el día 5 de Agosto le escribió al general Maceo desde los campos de Cuba libre, y, por otra parte, es notorio que estuvo en la acción donde murió su jefe, y al alcance de las balas enemigas. Cristóbal Pérez merecía la absoluta confianza del general Bruno Zayas; con él contaba este caudillo para el éxito de cualquiera operación en aquel territorio, que Pérez conocía palmo á palmo, por ser hijo de Quivicán, y haber operado en la misma zona desde que ingresó en las filas revolucionarias; y aunque la presentación de Pérez á los españoles se efectuó de la manera más rara, llegando un tren con tropas de Quivicán hasta el mismo lugar donde él estaba emboscado con sus parciales, y á una señal convenida marcharse él con el adversario en el mismo tren, dándole la mano el jefe de la expedición española, casi simultáneamente con el desembarco de los soldados de infantería, que se corrieron por uno de los costados para coger á los insurrectos, cosa que no pudieron efectuar; tal cúmulo de circunstancias y rarezas, no es bastante, sin embargo, para echar la responsabilidad sobre Pérez en el hecho anterior que ocasionó la muerte del esclarecido general Bruno Zayas, en atención á que Pérez no abandonó ese día la senda del honor, lo que hubiera efectuado irremisiblemente si con anterioridad hubiese tenido pactos ocultos con los españoles de Quivicán. No es verosímil que el autor de una entrega que cuesta la vida á un jefe valiente y amado de sus soldados, permanezca algunos días en el seno de los que él ha vendido y dejado en honda consternación. Todos los antecedentes que tienen carácter de veraces, indican que Zayas sucumbió en desigual combate con los españoles, pero bajo la agitación de la batalla y movido por el ardor de su temperamento, que no le permitía reflexionar sobre el propio peligro ni medir las consecuencias del arrebato (1).

(1) Algunos oficiales del Estado Mayor de Zayas aseguran que Cristóbal Pérez le indicó al malogrado joven el camino más obstruido ó sea el callejón de **Mi Rosa**, diciéndole: ¡por aquí, **General!** Y también afirman que Cristóbal Pérez permaneció oculto dentro de un matojo cuando los españoles dominaron el campo, con la circunstancia singular de que Pérez se quitó una de las polainas de cuero, una vez en el escondrijo, y que á todo el mundo le sorprendió que los españoles no hubiesen matado á Pérez, ó lo hubiesen divisado teniendo, como tenía, una pierna fuera del matojo que le sirvió de guarida.

V

Bacunagua

Maceo se dispone á atacar el tren de Pinar del Río.—Elige el sitio de Bacunagua: no es allan los explosivos: horrible fuego de fusilería: lizarra conducta de la escolta del tren (3 de Agosto).—San Cristóbal.—Candelaria.—Marcha de Bandera y Sánchez hacia la Trocha de Artemisa.—Otro ataque al tren de Pinar del Río, en Bacunagua: el tren descarrilado: 54 horas de asedio: la columna de auxilio y combates con los españoles (16, 17 y 18 de Agosto).—Relatos oficiales disparatados.—Argucias y mentiras de la prensa.—Otro refuerzo de 40,000 hombres.

POR primera vez en la campaña de Vuelta Abajo, Maceo contaba con un depósito de pertrechos que bien podía llamarse arsenal, si se compara con la forzosa penuria de otros días. Tenía á su disposición artefactos de guerra, bombas, fulminantes, dinamita, y sobre todo, una buena cantidad de cartuchos para meter carga á los fusiles insurrectos, tantas veces llevados á la funerala en presencia del enemigo acometedor. Coordinó en seguida el plan de atacar un tren militar de la línea del Oeste, valiéndose de los explosivos, para detenerlo en su marcha, y del empuje de sus soldados para capturarlo, á raíz de la sorpresa. Con este objeto salió de la finca Revuelta el día primero de Agosto, tomando por el interior de la sierra á fin de que la guarnición de San Cristóbal no pudiera advertir los movimientos de la columna insurrecta; ordenó á Núñez que situara avanzadas en las cercanías de San Cristóbal y tirotease constantemente la plaza, y dejó, á retaguardia, el escuadrón de Sáenz para que custodiara las prefecturas del término. El Cuartel General pernoctó en Puerta de la Muralla, Norte de San Cristóbal.

El escuadrón de Sáenz, desde la Revuelta, repelió varios ataques de una columna española que se dirigía á San Cristóbal por la calzada, pero con el intento de explorar las en-

tradas de la sierra. Maceo adoptó las medidas oportunas para hacer fracasar el plan de la columna enemiga, caso de que persistiera en el avance. A las cinco de la tarde del mismo día (2 de Agosto) salió Maceo de Puerta de la Muralla, para dirigirse á Taco Taco, con objeto de realizar la operación concebida. Acampó en Santa Teresa, á medio kilómetro de la vía férrea, é inmediaciones del lugar que había sido estación de Taco Taco, destruída por las fuerzas invasoras poco antes de la jornada de Paso Real. Cruza por allí el río *Bacunagua*, que tiene su nacimiento en la sierra de Limones y desagua en el mar del Sur. Por la noche se colocaron seis bombas de dinamita en la línea férrea, á corta distancia las unas de las otras, las cuales habrían de explotar por medio de un alambre eléctrico. El sitio elegido fué Bacunagua Arriba, entre los kilómetros números 113 y 114 de la línea. Poco antes de amanecer salió nuestra tropa de Santa Teresa para emboscarse convenientemente á los dos lados de la vía, á fin de caer sobre el convoy tan pronto como estallaran las bombas. Serían, próximamente, las ocho de la mañana cuando se percibió el ruido peculiar del tren; éste avanzaba á marcha regular, á los pocos segundos estaba sobre el tramo en que se hallaban ocultos los explosivos, pero entonces aceleró la marcha y cruzó á toda velocidad, debido á que los exploradores que iban en la máquina advirtieron la presencia de algunos insurrectos, ó por lo menos, de gente extraña que trataba de esconderse en la manigua; y retrocedió, á los pocos minutos, para reconocer con precisión á los que estaban apostados en las inmediaciones de la línea. Los soldados españoles, que ya venían prevenidos, abrieron el fuego sobre los evidentes mambises antes de que éstos pudieran organizarse para el ataque, puesto que ocultos hasta entonces en los matorrales contiguos á la vía, y en espera de la explosión de las bombas, fueron divisados por la escolta del tren, casi sorprendidos en su propia emboscada, y terriblemente hostilizados desde aquel momento. La agresión de los insurrectos no podía ser eficaz habiéndose frustrado el descarrilamiento del tren, condición indispensable para la captura del mismo. Ahora el tren no había perdido el eje de la dirección y, por lo tanto, podía moverse de un lado á otro, avanzar ó retro-

ceder, según le conviniese al jefe de la escolta, y arrojar plomo mortífero desde el blindaje de los vagones. El general Maceo ordenó el ataque del tren en condiciones muy desfavorables para nuestra tropa, la que, sin embargo, acometió con gran bravura, aunque sin éxito, porque los soldados españoles, al cerciorarse de que corrían inminente peligro si flaqueaban en la defensa, redoblaron el fuego desde todas las aspilleras, reforzando, desde luego, los dos extremos del tren, la máquina y el último vagón. Previendo el general Maceo que al atravesar nuestra gente la línea férrea, pudiera efectuarlo sin darse cuenta del peligro más grave, por el mismo sitio donde se hallaban las bombas de dinamita, mandó cortar el alambre de comunicación. Entretanto, el fuego continuaba, violento y nutrido; pero la mayor parte de los proyectiles insurrectos rebotaban en el blindaje de los carros, mientras que el plomo de los españoles hacía mella en las filas cubanas. El tren, debido al número de bajas que tenía su escolta, dejó el lugar de la refriega para dirigirse á Taco Taco en cuyas inmediaciones se alzaba un fortín. El plomo de los españoles nos causó 34 bajas; 8 muertos y 26 heridos. Entre los primeros, el ingeniero americano Pierce Atkinson, que sucumbió de un balazo en la frente, mientras agredía con singular arrojo y destreza á los tiradores españoles. Sólo hacía un mes y siete días que se hallaba en el campo insurrecto, y era aquella la primera función de guerra en que tomaba parte. Cayó como actor bizarro, enamorado de su papel, en el gran escenario de la naturaleza, y tuvo por panteón el cuadro de manigua que regó con su sangre. La escolta del tren iba al mando del capitán Balbuena, cuya conducta mereció los elogios de los que fueron sus adversarios en el torneo de Bacunagua. No sólo hizo cara á los insurrectos, pudiendo haber evitado el lance después de haber cruzado por las emboscadas, sino que arrostró el peligro más serio de una explosión de dinamita, contra la cual no valían los certeros disparos de las armas portátiles; porque la línea férrea podía estar minada en un largo trecho, al jefe del convoy no le era posible designar cuales eran los lugares elegidos por su opositor, y al aceptar la pendencia, como la aceptó el oficial español, aun cuando lo hiciera bajo el fuerte escudo del blindaje, dió con

ello prueba inequívoca de marcialidad, confirmada plenamente por las bajas que experimentó la tropa de su mando, no obstante de que, en buena razón, podía considerarse invulnerable. El parte que comunicó el capitán Balbuena es demostración elocuente de la sinceridad de este valeroso oficial; se limita á indicar las bajas insurrectas que él pudo advertir, no menciona número de heridos, y no niega las que experimentó la escolta de su mando (1).

Después del combate de Bacunagua se acampó en la Esperanza. Maceo, buscando la manera de desquitarse con la guarnición de San Cristóbal, reforzó los destacamentos de vanguardia; pero los defensores no recogieron el guante. El Cuartel General volvió á Puerta de la Muralla y permaneció allí hasta el 7, en que tomó el camino de Candelaria para convocar á los voluntarios de esa localidad, que siempre demostraron valentía. Maceo pernoctó en Cansa Vaca, y al día siguiente se dirigió á San Juan de Contreras, en donde se hallaba la brigada de infantería del Norte, que desde los primeros días del mes de Julio operaba en la zona de Guanajay, sobre la Trocha.

El día nueve hizo rumbo á Manantiales, pasando por las inmediaciones de Candelaria para hostilizar el caserío. El tiroteo duró largo rato. El Cuartel General acampó en Manantiales la noche del 9, y situó la vanguardia dentro del perímetro exterior de Candelarias; se cruzaron tiros toda la noche; los nuestros quemaron algunas casas de los arrabales y destruyeron un tramo de la línea férrea. Maceo permaneció dos días más en Manantiales á fin de disponer la marcha del general Bandera y del coronel Sánchez á oriente de la Trocha. El general Bandera iba destinado á una de las divisiones del 4º Cuerpo, departamento central, y el coronel Silverio, Sánchez pasaba al territorio de la Habana para operar en la zona comprendida entre Alquizar, Güira de Melena, San Felipe, Durán, Melena del Sur, Güines y Batabanó, con la brigada que estuvo á las órdenes del general Zayas. Dichos jefes, con

(1) El capitán Balbuena—decía el parte oficial—da cuenta desde Taco Taco que en los kilómetros 113 y 114 fué atacado el tren por numerosas partidas, haciéndoles numerosas bajas, entre ellas ocho muertos vistos. Por parte de la fuerza hubo un oficial y un soldado muertos y dos cabos y 6 soldados heridos y tres contusos.”

unos cien hombres de escolta y buenos guías, salieron á explorar la Trocha del Mariel para cruzarla por donde les fuese posible, travesía que efectuaron por la ensenada de Majana, con lo cual se demostró que el famoso valladar no era infranqueable para los insurrectos.

Nuestros correos trajeron la noticia de que por San Cristóbal se observaba gran movimiento de columnas. Maceo se encaminó á Puerta de la Muralla para entablar acción tan pronto como los españoles salieran de marcha. Aunque el jefe de las tropas que vivaqueaban en dicha población, sabía de un modo positivo que Maceo se hallaba en Puerta de la Muralla, no practicó ningún reconocimiento que pudiera obligarle al combate. Maceo se cansó de esperar, y concibió entonces el proyecto de atacar otra vez el tren de Pinar del Río, asediándolo, si no era capturado de momento, y mantener la ofensiva hasta tanto que no fuera en auxilio de los sitiados la columna de San Cristóbal. La inacción era para nuestro caudillo el mayor de los tormentos.

El día 14 marchó para Santa Teresa con objeto de repetir el asalto; situó las fuerzas en las cercanías del río Bacunagua, en la misma disposición que lo había efectuado el día tres. Practicó reconocimientos por Taco Taco, por la carretera de San Cristóbal, y en dirección opuesta, camino de Los Palacios, á fin de inquirir noticias del paso de los trenes, día y hora probable en que solían efectuarlo, porque los trenes no circulaban con regularidad, ni diariamente; lo verificaban una ó dos veces por semana y en horas distintas. Los exploradores pudieron indagar que al día siguiente (16 de Agosto) cruzaría un tren, procedente de Pinar del Río. Durante la noche se colocaron bombas de dinamita para que estallaran al pasar el tren. Los encargados de esa operación estaban resueltos á volarse ellos mismos si salía frustrada la empresa. ¡Qué mayor explosión que la del enojo de Maceo! A las seis y media de la mañana llegó el tren anunciado, y descarriló la máquina á consecuencia de la explosión de una de las bombas, colocada en el kilómetro número 116. El primer golpe estaba dado, el tren sin movimiento, y sujeto á las consecuencias del asedio. Empezó en seguida el ataque, llegando los nuestros hasta los carros blindados. Al fuego de los insu-

rectos contestó el enemigo con tenacidad durante todo el día y parte de la noche; unos y otros ofendiéndose con vigor, y sin moverse del lugar respectivo: los españoles dentro de los carros, los insurrectos en torno de la vía férrea, y vigilantes, para que los sitiados no intentaran la evasión. El teniente coronel Bacallao, que mandaba el puesto más avanzado, rayó á gran altura, así en la ofensiva como en la vigilancia.

Al amanecer (día 17) se renovó el ataque de la víspera, sólo interrumpido por algunas horas, y continuó en todo el curso del día sin ningún intervalo de tregua. Los cubanos apretaban el cerco, pero los españoles no daban señales de debilidad. ¡Brava y heroica defensa! Vino otra vez la noche, y se hicieron algunas tentativas para colocar explosivos debajo de los vagones, pero resultó infructuoso porque el terreno no permitía la ocultación; cada vez que se intentó colocar una bomba, los disparos de los centinelas anunciaban el descubrimiento. Esta segunda noche fué mucho más horrible para los sitiados.

En los primeros claros del día 18, volvió á reanudarse la fatigosa pelea con el mismo ardimiento anterior, hasta las doce (54 horas de bloqueo), en que empezó la batalla con la columna de San Cristóbal, que por fin acudía en auxilio de los heroicos sitiados. La infantería tomó posiciones en unas márgenes de piedras, en línea paralela á la vía, y orden mismo de marcha que traían los españoles. Avanzaron dos escuadrones de caballería, y abrieron el fuego. El general Maceo apostó su escolta en un palmar, no distante de la infantería, para que decidiera el lance cuando la gente de á pie entrara en acción, y él, con la oficialidad del Estado Mayor y otros grupos de jinetes, se echó sobre los españoles que no se decidían á dar el avance indispensable para socorrer á los sitiados. Á la embestida de Maceo, la vanguardia española, que desde Taco Taco venía custodiando la máquina exploradora, retrocedió rápidamente hasta el mismo tren que conducía el grueso de la columna. El tren avanzó un trecho, abriéndose camino á fuerza de descargas, pero lo detuvo la explosión de una bomba, la que causó algunos desperfectos en la alcantarilla. No les quedó otro recurso que apearse de los vagones para proceder á la composición de la línea y contestar por las cua-

tro caras al fuego de los insurrectos. El combate, en estas condiciones, duró próximamente una hora. Entretanto, los sitiados del otro tren, los que llevaban 54 horas de asedio, viendo que no llegaba hasta ellos el socorro personal de sus compañeros, echáronse fuera de los vagones para buscar salida por cualquier lado, ya que todo era preferible á las angustias del cerco, y aprovechando el período más violento de la acción, salvaron el tramo más peligroso y se unieron á la columna auxiliadora; ésta emprendió la retirada hacia San Cristóbal, llevando á retaguardia el tren y la máquina exploradora, que no fueron eficaces en el socorro del tren de Bacunagua. El tiroteo continuó hasta las inmediaciones de Taco Taco. Inmediatamente fué incendiado el material rodante que encalló en Bacunagua Arriba. Un reconocimiento detenido, practicado sobre el terreno, vino á demostrar que la bomba de mayores dimensiones, colocada en la madrugada del 16, no estalló, y que la que se puso el 18, al aproximarse la columna auxiliadora, si bien estalló, no produjo el resultado apetecido. Nuestras fuerzas experimentaron pérdidas de consideración en los combates de Bacunagua; los defensores del tren descarrilado nos causaron 11 muertos y 38 heridos, y el combate del día 18 nos costó dos muertos y 14 heridos, que forman un total de 13 muertos y 52 heridos. La escolta del tren dejó siete muertos en estado de descomposición. Esta tropa, que hizo tan bizarra defensa, estaba mandada por los capitanes Balbuena y Romero: el primero alcanzó en otra ocasión el título de heroico. La escolta del tren la constituían una compañía del regimiento de América y 60 voluntarios: unos 150 hombres, por junto. La columna que salió de San Cristóbal iba al mando del coronel Arjona, y estaba compuesta del batallón de Arapiles, dos compañías de Barbastro, un escuadrón de Treviño, la guerrilla de San Cristóbal y dos piezas de artillería, según publicación oficial de los actores. El jefe de la columna no se distinguió por el valor ni por el plan de combate. Debíó haber llegado al lugar del palenque, que era Bacunagua, para ser el salvador de los sitiados; y bien pudo llegar hasta allí abriéndose paso con sus batallones, ya que era materialmente imposible efectuarlo con la máquina á causa de la interrupción de la línea. Los defensores

del tren de Bacunagua fueron los héroes de la acción y á su arrojo debieron también el salvamento; su heroísmo no desfalleció un solo momento, y resistieron á las exigencias de la vida, las más apremiantes, el hambre y la sed, y soportaron el hedor de los cadáveres. De este ruidoso suceso dieron los españoles tres ó cuatro relatos distintos, de los cuales poseemos copia íntegra; pecan todos de extensos y de exagerados, en lo que atañe al comportamiento de la columna de Arjona. El primer parte que la capitania general dió á la publicidad, decía: "No teniendo noticias del tren de reparación de Pinar del Río, que debió llegar á Artemisa el domingo 16, se dispuso saliera el 18 de este punto un tren militar con fuerzas de Arapiles, que en San Cristóbal recogiera las de Barbastro, y que esta columna siguiera en el tren hasta encontrar el de reparación. A las diez de la mañana, llegando al kilómetro 113, fué recibido el tren con nutrido fuego de ambos lados de la vía. Desembarcó la fuerza contestando al enemigo, que era numeroso, y rechazándolo hasta el kilómetro 116, donde se hallaba detenido el tren de reparación, que había sido también atacado, y cuya escolta llevaba más de 48 horas defendiéndose. El fuego duró tres horas, hasta que el enemigo fué rechazado, y se embarcó toda la gente en el tren militar, abandonando el de reparación. De tropa seis muertos; herido grave el teniente Sanjurjo, de Arapiles, y 21 soldados. El enemigo, que tuvo bastantes bajas, logró retirarlas. La fuerza del tren, en casi tres días de combate con numerosos enemigos, tuvo tres muertos y siete heridos, el tren descarrilado con una bomba de dinamita. Al llegar al sitio de la ocurrencia la columna de Arjona encontró al enemigo que se calculaba en más de dos mil hombres. Al tren de auxilio en que fué el coronel Arjona, también le pusieron una bomba de dinamita que hizo explosión sin causar daño. La columna de Arjona tuvo tres heridos graves y 14 más ó menos graves y leves. La escolta del tren descarrilado iba al mando del capitán Balbuena, capitán Romero y teniente Millán, de la guardia civil. Los insurrectos estaban mandados por Quintín Bandera, Maceo y otros cabecillas. (Bandera cuando esto sucedía, cruzaba la trocha del Mariel). El tren descarrilado que quedó en el lugar de los sucesos, fué incendiado al regre-

sar la columna á San Cristóbal''. Tal es el relato oficial de la acción, según el coronel Arjona. No es muy extenso, y, por lo tanto, se nota con facilidad la contradicción en que incurre el participante, pues declara que su fuerza tuvo seis muertos, un oficial gravemente herido y 21 soldados heridos, y á las doce líneas más abajo, resta ó agrega, que para el caso es igual, 3 heridos más y 14 más, menos graves y leves. Y el heroísmo de la escolta que mandaba Balbuena, deja que lo canten los cronistas de la insurrección. Las otras relaciones, escritas por oficiales del batallón de Arapiles, son excesivamente largas y están llenas de pecado; pecado gramatical, literario, histórico y militar, razón bastante para que no demos un empacho de barbarismos al buen gusto del lector. Bastará decir que la acción de Bacunagua—según las crónicas de Arapiles—duró seis horas; que en ella se *batieron como leones* á pecho descubierto y sin retroceder un paso; que cada un soldado arapilero disparó doseientos tiros de mauser, y aunque la madera del fusil ardía, la apagaba el calor de la emoción bélica; que los mismos soldados, que se habían *batido* durante seis horas, hicieron una retirada admirable, á paso ordinario, por escalones de á sección, rodilla en tierra, y siempre *impávidos*, aunque jadeantes por la sed y la extenuación; que las municiones estaban casi agotadas y el enemigo seguía potente, al que se hizo retroceder cinco veces de sus posiciones y otras tantas las recuperó, y por último que los insurrectos eran en número de 5.000 (!), de ellos 1.000 parapetados y los otros 4.000 de reserva, para entrar en combate al arma blanca á la primera imprevisión de los de Arapiles. Y agrega la pluma pecadora del narrador arapilero que jamás hubo acción como la de Bacunagua. No exceptúa ni la célebre de los Arapiles.

Pero el ataque al tren de Pinar del Río y los estampidos de las bombas, eran hechos que no podía negar el mismo Wéyler, cuya desfachatez no tenía equivalente para desmentir lo más notorio que favoreciera á los insurrectos. Tres días de bloqueo á un tren militar, á renglón seguido un debate contra las fuerzas auxiliaadoras, en el que jugaron las tres armas y se emplearon otros materiales pirotécnicos, no era ruido que pudiera negar el general trapacero, por cuanto, si osaba ponerlo en duda, declaraba mentirosos á dos millares

de actores, que no carecían de tímpano en la función de Bacunagua. Estaba, pues, probado, hasta la evidencia, que los insurrectos atacaron el tren con las cananas repletas y que lo volcaron con bombas de dinamita, artefactos de guerra que no pudieran venir por el aire, sino por mar, de lo cual se deducía que los servicios de vigilancia de la marina de guerra no eran recomendables, y que era otra negación falaz y cínica la que por mandato de Wéyler publicó la prensa ovejuna respecto al desembarco de expediciones filibusteras, las que, según esa prensa asalariada, si alguna llegó á tierra, era tan mísera como el bote que dejaran de muestra los cuatro perdularios que corrieron la aventura naval. Pero Wéyler, de un modo ú otro, estaba obligado á sostener los fraudes más enormes, porque el mantenimiento de su autoridad y de su prestigio descansaba en la mentira. No habían de faltarle plumas mercenarias y plumas viles que llevaran al colmo la desfachatez, capaces, en su inaudita desvergüenza, de disfrazar á todo el país insurreccionado con los colores gualda y rojo, aceptados de buena voluntad por la opinión pública, convencida de que sólo bajo la enseña española alcanzaría bienestar y progreso, é impuestos por el supremo hacedor de la voluntad nacional con sus invencibles soldados, de quienes ya dijeron esas plumas romas que llevaban en las puntas de las bayonetas la codiciada paz para este desventurado país. Las plumas asalariadas y las plumas viles hubieron en esta ocasión de exprimir la mollera, y garrapatear muy duro para darle forma retórica á la concepción weyleriana, porque no era posible vestir el engendro y presentarlo al espectador de golpe y porrazo, á menos que no se sancionara la mayor desvergüenza que jamás se hubiese estampado en letras de molde. Era indispensable desvirtuar las explosiones de la dinamita que se oyeron por Bacunagua; los tres días de asedio al tren militar, las nubes de balas que vieran pasar sobre sus cabezas los soldados de Arapiles, sostener el argumento de la Trocha invulnerable, y á la vez no negar en absoluto que una partida insurrecta pudo cruzarla, aprovechando el momento en que Aquiles amolaba el poderoso espadón; asegurar que Máximo Gómez estaba muerto y enterrado, que Calixto García perecía irremisiblemente en la demanda, si persistía en el pro-

pósito de aproximarse á Occidente para salvar á Quintín Bandera, y que Maceo, con sus hordas famélicas y en traje de Adán, tenía los días contados. Y como quiera que para tal sarta de desatinos, los mayores que jamás hayan podido embutirse en una galerada de imprenta, se requería apretar el magín y poner á Wéyler á la altura de Marte, pusieron á contribución los dones de la inventiva reporteril, mojaron las péñolas en los tinteros de campaña, y desatino tras desatino, embuste tras embuste, desvergüenza tras desvergüenza, mataron de un golpe la insurrección en el espacio de los cuatro kilómetros de Taco Taco á Bacunagua, y elevaron á Wéyler al pináculo de la gloria, dándole carácter de emblema soberano, de símbolo augusto, en forma de león rampante, como lo comprueba este trozo de literatura militar que parieron las plumas obtusas del siglo weyleriano:

“Por documentos cogidos á Zayas y otros se sabe que Maceo anda desesperado buscando manera de salir de Vuelta Abajo; que las partidas no le obedecen tanto como él quisiera y que no siempre tiene lo suficiente para comer y dar á su gente. Por la Habana, aun es más grave la situación de las pocas partidas que quedan desde que el separatismo va tomando miedo en las ciudades; en Matanzas viven desconcertadas las partidas y disminuyendo notablemente el número de sus individuos. En las Villas, á excepción de la Siguaneya y otros abruptos lugares, sólo vive la rebelión como bandolerismo, y lo mismo sucede en Camagüey. A la vez son varios los cabecillas que como Roloff y Aguirre se han marchado á los Estados Unidos, rehuendo el final desastre, haciendo todo creer que no es cierto que Máximo Gómez viva, sino que murió en el mes de Marzo, cerca de Tapaste. Mientras la rebelión espera no sabemos qué portentosos auxilios del exterior en monstruosas expediciones, que sacarán á Maceo de la ratonera, organizarán las dispersas hordas y esterilizarán los esfuerzos de la nación española, al decir de los laborantes, no es difícil ver cuál es la situación verdadera en que se encuentran los rebeldes y de qué modo verán su fin en la próxima campaña. Todo hace creer que el ataque al tren de reparación de Pinar del Río fué un ardid que acusa la desesperación de Maceo para pasar la Trocha del Mariel; pero el

ardid no le produjo resultado; salieron escarmentados, y pudieron una vez más convencerse del heroísmo de nuestros soldados. Desde que se anunció la venida de los refuerzos militares, que han empezado á llegar, ha propalado el separatismo los más absurdos y alarmantes rumores, cayendo unos tras otros en el descrédito y el ridículo. Los varios ataques combinados contra la Trocha del Mariel, fracasaron; los intentos de volar la ciudad de la Habana con dinamita, lo mismo, y las monstruosas expediciones de Roloff y tantos otros ejércitos formidables y aparatos nunca vistos, fueron otras tantas necias profecías cuando no planes con que entretener tontos y sacar dinero de los incautos. Aun les queda, después del naufragio del *Laurada*, naufragio no bien averiguado ni conocido, por más que el capitán diga que lo perdió en Cabo Antonio, apareciendo en Jamaica él solo, sin los doscientos y pico de hombres que el buque llevaba, los libertadores se entretienen esperando que las fuerzas rebeldes todas de Vuelta Arriba vayan á ayudar á Quintín Bandera en el ataque á la Trocha para salvar á Maceo del desastroso fin que le espera. Al efecto, supónese que Quintín Bandera pasó la Trocha, mandado por Maceo, para dirigir el ataque combinado ya por tan formidables talentos, y dan por hecho que Máximo Gómez (el muerto y enterrado que dan por vivo) viene con no se sabe cuantos miles de rebeldes y varios cañones de tiro rápido". (*El Avisador Comercial* de la Habana, correspondiente á la tercera decena de Agosto de 1896).

Entretanto, para apresurar la pacificación de Vuelta Abajo llegaban las primeras expediciones del refuerzo de 40,000 soldados más que España enviaba á Cuba.

Es creencia general—seguían pariendo las plumas obtusas—que la mayor parte de los 40,000 hombres una vez hayan pacificado Pinar del Río, que muy pronto quedará totalmente limpio de rebeldes, pacificarán las provincias de la Habana y Matanzas si se tiene en cuenta que á los 40,000 hombres que llegan, pueden sumarse, para caer sobre las partidas que hay en la Habana, los 8,000 soldados que hay en Vuelta Abajo, y que después de pacificada la Habana, las fuerzas de la Tro-

cha, de 12 á 15,000 hombres, engrosarán las columnas para caer sobre las partidas en la provincia de Matanzas. Parecían adivinos los escritores militares de la época weyleriana, puesto que, salvo alguna que otra diferencia de detalle, ya desarrollaban el plan de la evacuación solemne.

VI

Viñales

Aviso oficial de una expedición.—Disposiciones que adopta Maceo para auxiliar á los expedicionarios.—Emprende el camino de Viñales.—Deposición de Bernúdez.—Combate en Palma de Agua.—Sabana-maíz.—La trocha de Viñales.—El veguerío de Isabel María.—Sin noticias de la expedición.—Combates á retaguardia del núcleo insurrecto.

DESPUÉS del combate de Bacunagua, y no habiendo señales de que las tropas españolas volvieran por el desquite, Maceo levantó el campamento de Santa Teresa y se trasladó á Puerta de la Muralla, para hostilizar el pueblo de San Cristóbal. Correspondencia que llegó de la capital, le colmó de satisfacción. Le anunciaba Estrada Palma que el general Rius Rivera estaba al frente de una importante expedición y que ésta llegaría á Cabo Corrientes, conforme lo convenido, después del 22 de Agosto. Sólo faltaban tres días para el anunciado desembarco, en el supuesto de que la expedición hubiese salido dentro del plazo señalado oportunamente. Tan halagüeña noticia hizo cambiar los planes de nuestro caudillo, que todo lo pospuso al propósito de acudir en auxilio de los expedicionarios, y de llegar él mismo hasta el Cabo Corrientes, si tenía tiempo para ello. Los anales de las guerras de Cuba no registran otra empresa más ardua, y tal vez la misma invasión de Occidente, que hemos narrado en otras páginas, no encierra más brillo ni revela osadía mayor. Vamos, pues, á contar esta excursión al extremo occidental de Pinar del Río, con todos los pormenores y episodios que la ilustran; excursión que es toda una campaña, la más disputada, la más riesgosa de cuantas realizó el capitán insurrecto, en la que se acumulan glorias, infortunios, trabajos incontables, y se ventilan los desafíos más encarnizados de la guerra de Cuba.

Esta jornada, sin igual, empieza el día 25 de Agosto de 1896 y termina el 26 de Octubre: son dos meses cabales de incesante batallar.

Hallábase Maceo, como se ha dicho, en Puerta de la Muralla. La mayor parte de las fuerzas que estuvieron en la acción de Bacunagua Arriba, se dirigían á sus respectivas comarcas hasta nueva orden. Enterarse Maceo de la carta de Estrada Palma, en la que éste le participaba la próxima salida de Ríus Rivera en un buque expedicionario, y poner en movimiento todos los elementos de qué podía disponer, fué obra de un sólo instante. Pero, ¿cómo coordinar tantas cosas diversas?... El hombre superior descubre su talento, así en la concepción de un vasto plan, como en la ejecución y concierto de los pormenores. Primeramente, había que poner en camino de Mantua á las fuerzas de la zona oriental de Pinar del Río, las cuales salían de Bacunagua para descansar en otros parajes; proceder á la recluta de campesinos, para que marcharan con la gente armada que iba hacia el Cabo Corrientes, y preparar el abastecimiento de todos los hombres de la hueste expedicionaria. Desde Puerta de la Muralla, ordenó al brigadier Díaz que torciera el rumbo y se encaminara sin dilación á la zona occidental, sin parar hasta el Cabo Corrientes é iguales órdenes comunicó á los coroneles Vidal y Juan Ducasse, no sin advertirles que rompieran el oficio una vez enterados de las instrucciones escritas; despachó correos á los prefectos del Brujo, Candelaria, San Francisco, el Llano, Borrego, Corralitos, Rosario y litoral de Cabañas, para que condujeran, bajo su más estrecha responsabilidad, á San Miguel de Cacarajícara, á todos los hombres útiles de sus respectivas demarcaciones. La misma orden dió á los prefectos de Jagua y la Chancleta, á quienes les señaló el punto del Caimito para la concentración de los reclutas. Al coronel Adolfo Peña que, á la sazón tenía el mando del regimiento de Cacarajícara, le ordenó que se pusiera al frente de esas agrupaciones, y que, con las fuerzas armadas disponibles, marchara el día 25, por la huella de Díaz y de los Ducasse; dió instrucciones análogas al teniente coronel Pedro Delgado, jefe de la zona del Rubí, para que á marchas forzadas se dirigiera á Mantua, sin parar hasta no reunirse con el general Pedro

Díaz; igual disposición comunicó al comandante Castillo á quien ordenó que regimentase á los vecinos de Sabanamaíz y los hiciera marchar por el rumbo señalado. Al mismo tiempo adoptó las medidas oportunas para que el enemigo, durante su ausencia, no penetrara impunemente en las zonas orientales; confirió al coronel Peraza el mando de la brigada de Bermúdez y á este jefe lo dejó de cuartel, aunque obligándole á seguir en la columna que se dirigía á Occidente; al teniente coronel Carrillo le dió el mando de las fuerzas que operaban en las comarcas de Pilotos, Isabel María y Jagua, con especial encargo de que hostilizara constantemente los pueblos de la Palma y Viñales, auxiliado por los destacamentos que estaban á las órdenes de los capitanes Pío y Ramón Cruz; al comandante Barrios le recomendó que consagrara su actividad en demostrar á los españoles que no podían cruzar sin tiros el camino de Manuelita, é igual recomendación hizo á todos los prefectos de la comarca del Rosario. Nuestro caudillo no dejaba de ocurrir á todos los negocios que demandaban atención preferente. Si las fuerzas de vanguardia estaban ya en camino, llevando cuatro ó cinco jornadas delantaras, él les daría alcance antes de que empezara la función de guerra en la trocha de Viñales. El día 25 partió de Puerta de la Muralla llevando á Bermúdez, Sotomayor, Leyte Vidal, Núñez y unos trescientos hombres de combate; agregó á la columna doscientos campesinos para la coducción de las reses.

Hemos dicho que á Bermúdez le había quitado el mando de la brigada y á que siguiera en el Cuartel general hasta nueva disposición. La conducta de Bermúdez no era propia de un militar caballeroso. Sabía el Cuartel general que se entregaba á violencias y desafueros con el paisanaje y con algunos soldados de su regimiento, por causas de poca monta; abusos y delitos que en manera alguna podía tolerar el general Maceo, que siempre se distinguió por la nobleza de sus sentimientos. Nada le inspiraba más horror que cualquier violencia cometida en el hogar de la gente infeliz, y hacía menosprecio de los hombres, por valerosos que fuesen, que proporcionaran la menor desazón á las familias que vivían en el monte. A Bermúdez se le achacaban algunas ejecuciones sin motivo fundado para ello. Como primera medida, Maceo pro-

hibió en absoluto la ejecución de cualquier individuo acusado de delito, sin que precediera la formación del consejo de guerra que ordenaban las leyes de la República. Esta disposición era una amenaza sorda para Bermúdez, puesto que era el único jefe que había cometido actos punibles. A oídos de Maceo llegó también el rumor de que Bermúdez no estaba dispuesto á entregar el mando de la brigada; pero, como á Maceo, los conatos de insubordinación le parecían baladronadas de niños, ordenó á Bermúdez que inmediatamente pasara al Cuartel General, mandato que aquél obedeció sin réplica, como el más humilde soldado de filas. Trató Bermúdez de ganarse el afecto del general Maceo con el relato de un hecho de armas reciente, á lo que contestó Maceo, por escrito, que ya sabía que el teniente coronel Peraza había sostenido dura refriega con los españoles. Efectivamente; Peraza, al retirarse de Bacunagua el día 19, tomó el camino de los Palacios, y cumpliendo las instrucciones de Maceo, se situó en la zona enemiga para que hubiera lance de guerra con las columnas que recorrían el término y estaban encargadas de abastecer el heliógrafo del Toro. Peraza, con un contingente que llegaba á trescientos hombres, practicó varios reconocimientos, y acampó en *Palma de Agua*, cerca de Limones. Sostuvo combate el día 20 con las columnas de Hernández de Velasco y Segura, que operaban combinadas. Muy reñida fué la acción durante cinco horas. Los insurrectos tuvieron doce heridos; mayor número de bajas experimentaron las columnas españolas (1).

(1) "Las columnas de los coroneles Hernández de Velasco y Segura, en combinación, batieron dos veces á la partida de Bermúdez en la Irabea y en los potreros Sosa y Arrastía, causándole 15 muertos, que dejaron en el campo. La columna Hernández tuvo 12 heridos y la de Segura diez, entre ellos el capitán Sebastián Manco. Habiendo observado desde el fuerte de loma del Toro un campamento situado al Oeste, salieron el día 20 en aquella dirección, la columna Segura faldeando la loma y la de Hernández por su izquierda, encontrando esta última en **Bardajo** fuerzas enemigas al mando del cabecilla **Meza**, rechazándola á las lomas después de media hora de fuego y causándole 3 muertos que quedaron en el campo. La columna de Segura la encontró á la vez apoyada en la falda de las lomas, batiéndola con empuje, haciéndole 5 muertos, y apoderándose de caballos etc. La columna de Segura tuvo tres heridos." Suronemos que estos partes se refieren al combate que sostuvo el coronel Peraza (N. del A.)

Ya en camino Maceo, habiendo salido de Puerta de la Muralla el 25, se dispuso á forzar las marchas para llegar cuanto antes á la comarca occidental y adoptar allí las disposiciones convenientes para el socorro de la expedición. Acampó en la Esperanza el día 26, el 27 en Sabanamaíz, lugar situado en la falda del Toro. Ordenó que fuese destruído el poblado por la constante correspondencia que sostenía el vecindario con el destacamento de la torre heliográfica. De Sabanamaíz, salió en marcha el mismo día 27; dejó un destacamento para que contuviera á los españoles que explorasen el campo. El 28 llegó á Galalón, distrito de San Diego de los Baños; se tuvieron noticias de que el destacamento de retaguardia hizo retroceder á los españoles de Sabanamaíz. Larga y muy penosa fué la marcha del día 29: comenzó á las cinco de la mañana, partiendo de Galalón, y terminó á las cinco de la tarde en Jagua Vieja, inmediaciones de la Trocha de Viñales. El Cuartel General dispuso que se empuñaran las armas á media noche para cruzar las líneas de Viñales. Los españoles estaban alerta, por cuanto el día 26 habían sido sorprendidos en el camino de Ceja del Toro, y de la refriega salieron muy mal librados (1). A la una de la madrugada se emprendió el camino de Viñales con las precauciones necesarias; detrás de la vanguardia marchaba la gente encargada de la conducción de las reses, con los dos flancos bien reforzados. Se atravesó el cayo de San Felipe, y al amanecer se reconocieron los cruceros para salvar el paso más peligroso, ó sea el veguerío de Isabel María, al que le hubiera cabido mejor el nombre de *Avispero*, puesto que estaban allí, siempre arma al brazo, los más intrépidos y tozudos defensores de la integridad. Se efectuó el paso entre cuatro fortines, equidistantes doscientos me-

(1) El convoy que salió el día 26 de Viñales escoltado por una compañía de Valencia y 22 caballos, fué atacado por numerosas fuerzas enemigas por el camino de Ceja del Toro. La compañía de Valencia se defendió con tenacidad hasta que llegaron 30 hombres de la segunda compañía al mando del comandante militar, rechazándolo del camino de **Caco Limones** y haciéndole tomar el de **Mayordomía**. Llegó después la columna del comandante Dolz, que rompió nutrido fuego sobre la partida, dispersándola hacia Sitio Morales. Nuestras bajas fueron 6 muertos, el teniente Azpiralaja y 17 de tropa heridos. El enemigo dejó 4 muertos y retiró gran número de heridos. Entre las bajas de los rebeldes se cuentan la del cabecilla Duval." Debe ser Octavio Doval, un joven de Pinar del Río. Este eppo del convoy que salió de Viñales, lo realizó el comandante Alejandro Hernández, con un destacamento de caballería. (N. del A.)

tros uno del otro, y á la vista de una guardia de infantería que dió la voz de alarma. Conducía nuestra columna una piara de reses, y no era posible evitar el alboroto al iniciarse el tiroteo. Sin embargo, la hostilidad de los españoles no fué tan dura como era de esperarse; se salvaron todas las reses, y únicamente la retaguardia experimentó algunas bajas, cinco heridos de tropa y el coronel Leyte Vidal. La hostilidad se renovó al cruzar el veguero de Peña Blanca. Sin otro percañe, el Cuartel General acampó en Pan de Azúcar. Las jornadas del 29 y 30 fueron también penosísimas. En la marcha del 13 se dió alcance á Delgado y Castillo, que se hallaban en el Jobo con las fuerzas que trajeron de sus respectivos distritos, y una impedimenta de cuatrocientos paisanos. Incorporados todos á la columna central, se prosiguió el camino hacia Occidente; hubo tiros durante la travesía. Se acampó en Francisco, lugar enlavado en la sierra de los Organos, distrito de Mantua. Maceo, habiendo salido el 25 de Agosto de Puerta de la Muralla, se hallaba ya en la zona occidental, sobre el rastro de Díaz y Ducasse, que habían marchado con cinco días de anticipación. Era ahora de sumo interés establecer comunicación con las fuerzas de la brigada occidental que operaban en el distrito de Guane y ejercían vigilancia sobre el Cabo Corrientes para dar auxilio á los expedicionarios. Creía Maceo que la expedición del general Ríos Rivera estaba ya en la costa (no había aún salido del extranjero), y en esta creencia necesitaba orientarse respecto del rumbo que traerían los expedicionarios en su viaje hacia tierra adentro. Envió correos al prefecto de Cantajorra para que éste le diera informes exactos de la situación del general Díaz y de los destacamentos más avanzados de la brigada occidental. Como es consiguiente, no recibió ningún mensaje que anunciase el suceso de la expedición. Maceo se trasladó á Tumbas de Estorino en solicitud de más claros informes. Las prefecturas de aquel radio no pudieron dar noticias de la expedición. ¿Sería infructuosa la jornada?... Esta interrogación que iniciaba el germen de la duda, iba á tomar carácter de respuesta categórica, pero en sentido desconsolador para los ánimos más esperanzados. A vueltas de grandes incertidumbres, vendría el desencanto sin que nadie pudiera evitarlo, y cuando los horizon-

tes aparecerían cerrados á toda esperanza halagüeña, surgiría la vela amiga, el buque ansiado de la expedición, trayéndonos el eficaz y noble socorro. Antes de alcanzar tan bello galardón nos aguardaban días tormentosos.

Mientras Maceo, dominado por la inquietud, procuraba por todos los medios adquirir noticias de la expedición, que no podía obtener en aquellos días, se ventilaban hechos de armas en todas las comarcas de Pinar del Río, que demostraban el valor y la fe de nuestros parciales y el exacto cumplimiento de las instrucciones que dictó Maceo al emprender la jornada de Occidente. Por Lechuza y Manuelita el general Suárez Inclán tuvo encuentros con los insurrectos que defendían las lomas de Tapia, y aun cuando eran pequeñas fracciones del regimiento de Pedro Delgado (pues este jefe se hallaba con Maceo en la zona occidental), la columna española experimentó bajas. Suárez Inclán declaró, en el parte de la acción, que el enemigo al mando de Pedro Delgado, tuvo cuatro muertos, y la columna un sargento y dos soldados gravemente heridos. La noche del 30 de Agosto fué volado el puente de hierro sobre el río *Bayate*, y cortada la línea del ferrocarril en el kilómetro 90; el tren conducía la columna del general Echagüe, la cual tuvo que continuar el viaje á pie hasta Candelaria. El día 28 la columna del teniente coronel Chacel sostuvo reñido combate en los límites orientales de la provincia; los españoles tuvieron cuatro muertos y tres heridos graves (parte oficial de la acción). La noche del 30 fueron tiroteados los fuertes de Viñales é incendiadas algunas casas próximas al pueblo, operación que había encomendado Maceo á los destacamentos de retaguardia, á su paso por aquella línea. También en las zonas occidentales la hostilidad se manifestó de un modo patente. Fué volada la alcantarilla número 137 de la línea férrea, entre la *Herradura* y la estación de Santa Clara, y atacado el destacamento de las Ovas. El pueblo de San Juan y Martínez fué objeto de una seria embestida por parte de los insurgentes, que penetraron en la localidad y sostuvieron reñidas escaramuzas con el destacamento que la guarnecía. La columna de Wad Ras, protegiendo trabajos de fortificación en Mantua, hubo de mantener cuatro horas de fuego contra los insurrectos de la brigada Occidental que trataban de inte-

rumpir la construcción de los nuevos reductos: tuvieron los cubanos seis heridos y los españoles confesaron cuatro bajas de tropa y la del capitán Alonso. En el embarcadero de Juan López, frente á los Sitios, los rebeldes hostilizaron rudamente el cañonero *Águila*; la embarcación de guerra contestó á cañonazos, pero el plomo de los mambises le ocasionó cuantiosos desperfectos. Por dondequiera que Maceo encaminara sus pasos, sonaban los clarines de una y otra parcialidad, los actores entraban en función y retumbaba el trueno de la batalla.

VII

La ensenada de Corrientes

Por el litoral de Occidente.—Dimas, Mantua y los Arroyos.—Combates del 2 y 6 de Septiembre.—Tumbas de Estorino.—Maceo tiene el propósito de retroceder.—Cuadro lastimero.—Noticias de la expedición.—Júbilo de la tropa.—Marcha la columna hacia el Cabo Corrientes.—Llegada de Rius Rivera.—Algunas noticias de su vida militar.—Duelo del ejército.

El martes primero de Septiembre, Maceo se dirigió á Tumbas de Estorino, para desde allí encaminarse al litoral con fuerzas suficientes de combate, puesto que en el mencionado lugar se hallaban las dos brigadas de infantería. De la expedición, como es consiguiente, no se sabía nada, y la ansiedad empezaba á manifestarse. Al día siguiente se dispuso que la brigada del Norte se dirigiera á las Cruces, para reforzar los destacamentos avanzados del general Díaz; y Maceo con la brigada del Sur y los demás componentes del cuartel general, tomó la dirección de Dimas, caserío fortificado del litoral. Se reconoció el poblado con el objeto de asaltarlo y reducirlo á cenizas, porque eran como los de Viñales y La Palma, guerrilleros bravos y soberbios, los que guarneecían esta ribera. Se sostuvo prolongado tiroteo con los defensores de Dimas, que dieron muestra inequívoca de su gallardía al repeler el ataque de los invasores. Los insurrectos devastaron la zona de cultivo.

Maceo se encaminó á los Arroyos para provocar al batallón de Wad-Ras, que el día anterior había salido de Dimas, ya con conocimiento de que numerosas fuerzas enemigas se hallaban sobre el litoral, y no ignorante del objeto que motivaba aquella excursión del grueso insurrecto por las cercanías de la costa. Con la banda de cornetas se tocó diana para advertir al enemigo que se pusiera sobre las armas. En las circuns-

tancias más críticas, nuestro intrépido capitán solía prevenir al adversario con los acentos ruidosos de la charanga. Los voluntarios de Dimas no salieron de las trincheras. Se levantó el campo á eso de las siete, con rumbo otra vez á Estorino pero reconociendo el litoral para poder deducir la intención de la columna española que se hallaba sobre nuestra pista, y no se resolvía á estrechar el lance. Nos saludó un cañonero con algunos petardos; únicas explosiones de pólvora que se oyeron durante la marcha (1).

El día cuatro se repitió la exploración del campo enemigo, aunque sin resultado eficaz. Pero, al siguiente, se tuvieron noticias fidedignas de que la columna acampada en los Arroyos hacía aprestos para impedir el paso de los expedicionarios, si intentaban nuevamente cruzar por aquella demarcación. Con este motivo el Cuartel general se movió con presteza á fin de situarse en Santa Isabel, Norte de los Arroyos, antes de que el enemigo se opusiera á nuestro plan con otro movimiento análogo. A Maceo le interesaba sobremanera examinar las condiciones estratégicas de aquel distrito á fin de establecer una base de operaciones, que podía ser de más ó menos duración según el tiempo que emplearan nuestros correos en traer la noticia oficial del anunciado desembarco. ¿Pero era un hecho lo de la expedición? ¿Podía considerarse con el carácter de suceso positivo? Esta era la incógnita que interesaba descifrar. Hasta entonces, por ningún rumbo, se pudieron adquirir noticias de la expedición, ni se sabía tampoco que el buque portador hubiese señalado su proximidad á nuestras playas.

(1) A las nueve de la noche del día 2 fueron incendiadas varias casas inmediatas á Dimas y tiroteado el poblado durante tres horas. El enemigo tuvo que retirarse ante el nutrido fuego de la guarnición. La cañonera Flecha hizo dos disparos de granada sobre Loma Colorada, lugar donde se supo existía el campamento enemigo. Fondeado el cañonero Flecha frente al Quebrado de Galeras, en la noche del 2, observó su comandante que á las nueve próximamente había extensa línea de fuego en dirección á Dimas; inmediatamente se puso en movimiento y momentos después recibió nutridas descargas de fusilería. Fondeó en Dimas, y al comunicarse con el comandante militar supo que el enemigo había prendido fuego á los bohíos que se hallaban fuera de la trinchera, disparando tres tiros como señal, y atacando por todas partes el poblado. Después de dos horas de lucha, cesó el fuego. Al amanecer vieron gran número de rebeldes acampados en vuelta de Loma Colorada, oyéndose el toque de diana y después toque de avance en dirección al poblado. En vista de que insían los rebeldes, continuó el cañonero listo para rechazar nuevo ataque al poblado." (Parte oficial).

Como antecedente oficial no existía más que la carta cifrada de la Delegación y la seriedad de los hombres que mantenían el propósito de prestarnos eficaz ayuda. La incertidumbre dominaba los ánimos más esperanzados. Unicamente nuestro caudillo tenía aún fe en el suceso, y disponía las cosas para que el negocio no fracasara por falta de medidas previsoras ó por impaciente celo. Pero era también indudable que el enemigo estaba muy alerta, avisado por la permanencia del grueso insurrecto en aquella comarca, y que dentro de brevísimo plazo se ventilarian reñidas peleas en el litoral ó en las estribaciones de la montaña, si Maceo persistía en el propósito de no moverse de la zona mientras no supiera en definitiva el resultado de la expedición. Dictó órdenes urgentes para que fueran conducidos al Cuartel General los pertrechos de la expedición de Leyte, que quedaron bajo la custodia de Varona, jefe de la brigada de Occidente. Envió destacamentos de infantería sobre Mantua para que reconocieran las vías de comunicación y hostilizaran el caserío. El pueblo de Mantua estaba también fortificado. Meses atrás, en día memorable para el invasor, nos había festejado ruidosamente con repiques de campanas y otros testimonios elocuentes del público alborozo, y su Ayuntamiento, reunido en pleno, levantó el acta histórica de la invasión. La guerra era la misma; variable la fortuna.

Muy temprano, el día 6 de Septiembre, Maceo dejó el campo de Santa Isabel para tomar el camino de los Arroyos y abrirse paso por el Sur de la comarca delante de la columna española que se hallaba prevenida. Nuestra vanguardia, al divisar el caserío, reconoció la presencia de tres ó cuatro compañías en orden de combate, junto á las trincheras de dicho lugar, las cuales abrieron el fuego con rapidez. El cuerpo de vanguardia soportó con admirable serenidad la agresión de casi toda la columna española, porque era necesario resguardar la numerosa impedimenta con el más sólido escudo de nuestro centro, hasta tanto no estuviera fuera del alcance de los proyectiles enemigos. Librada ya la impedimenta del peligro más serio, dieron los nuestros una embestida formidable á la tropa que se hallaba más lejos del recinto, la cual se apresuró á buscar abrigo dentro de las líneas fortificadas, creyendo que el asalto de la plaza era el móvil de la operación y

que iba á efectuarse acto seguido de aquella maniobra de carga. Al amparo de los parapetos del caserío, la columna prosiguió el fuego de fusilería, interpolado con el de artillería, que nos causó algunas bajas, entre ellas, dos de metralla. En lo más recio del combate, el general Maceo dispuso la captura de las reses del destacamento de los Arroyos, operación muy atrevida porque era indispensable presentar el pecho á los fusilazos de los guardianes, pero que se realizó con éxito y fruto, por cuanto se arrambló con todo el ganado destinado al racionamiento de la guarnición. El combate duró cinco cuartos de hora. Acampamos en un sitio llamado San José, distrito de Mantua (1).

Para pertrechar debidamente la columna, el cuartel general se encaminó otra vez á Tumbas de Estorino, donde se hallaba el brigadier Díaz con las fuerzas de la brigada del Norte y parte de la occidental, con los cien mil cartuchos de la expedición de Leyte. Maceo procedió á reorganizar las fuerzas de Occidente, bajo la siguiente pauta: la brigada tendría dos regimientos, uno llamado Goulet y el otro Varona, con diez compañías este último y dos escuadrones; el primer regimiento, bajo la jefatura del coronel Bernardo Camacho, y los dos batallones al mando de los tenientes coroneles Miguel Lo-

(1) El parte de los españoles decía así: "A las ocho de la mañana del día 6, la guerrilla local salió á forrajear. Vió que en dirección al poblado se dirigían varios grupos que hacían un total de 200 hombres de á pie y 100 de á caballo, por lo que el jefe ordenó marchar hacia las trincheras del poblado, á donde llegó antes que los insurrectos. Estos se aproximaron unos 400 metros de las trincheras, con ánimo, al parecer, de asaltar la población; pero advertida ya la fuerza de la proximidad del enemigo, el capitán de servicio, Luis Alonso, ordenó que la fuerza se pusiera al lado de las trincheras y rompiera el fuego por descargas cerradas. Los enemigos de la paz y del orden contestaban con balas explosivas. La artillería, mandada por el distinguido capitán de dicho cuerpo, señor Tapia Ruano, posesionada de una pequeña altura, rompió el fuego á pecho descubierto sin temer á muerte segura, pues el enemigo, en número superior avanzaba. llevando á unos 300 metros de los arrojados artilleros. El coronel de Wad Ras, Don Rafael del Alamo, que mandaba todas las fuerzas, dispuso que una vez cubierta, como lo había sido tan acertadamente, la defensa del poblado, la artillería hiciera gran destrozo al enemigo. Se le veía caer lo mismo que caen los castillos de naipes. La tercera y la quinta compañía de Wad Ras fueron las encargadas de hacer huir á todo correr á los que quedaron con vida. Hecho un reconocimiento se vieron muchos rastros de sangre. El enemigo arrojó en una poceta de Río Hondo 28 cadáveres, de los que había retirado. Por nuestra parte tenemos que lamentar la muerte de un soldado y un voluntario, dos artilleros heridos y dos soldados contusos."

res y Antonio Tarafa; el segundo regimiento, bajo la jefatura del teniente coronel Manuel Lazo, quien tendría de jefes de los dos batallones, á los de igual graduación, Luis Pérez y Julián Gallo, oficiales todos de valía y muy concedores del territorio. El día ocho continuamos acampados en Tumbas de Estorino. No llegó ningún correo portador de noticias favorables. También el general Maceo empezó á dar muestras de impaciencia, considerando fracasada la expedición de Ríus por causas inaveriguables en aquella oportunidad, y dominado por el pesimismo se resolvió á emprender marcha de retroceso dentro de breves horas. ¡Otra empresa abrumadora! Salió la vanguardia; poco después el centro, en donde iba la enorme impedimenta al paso tardo de las reses y de los hombres despeados, que pedían inútilmente relevo en cada parada del largo vía crucis. Tan extenso era el cordón y tal la fatiga de los reclutas, que un camino fácil de andar, con gente expedita, costó doce horas de tormento. Por fortuna, no hubo que agregar la función complementaria de las armas. Los más animosos se sentían descorazonados: la gente infeliz que llevaba la carga á cuestas, no tenía porque alimentar esperanzas. La ansiada expedición era una leyenda del mar, cantada por el rumor del oleaje. No había más expedición, real y terrible, que la llevada á cabo por nuestras tropas, y la inmediata de regreso, más preñada de peligros. A las dos de la tarde de ese día (10 de Septiembre), se acampó otra vez en los montes de Francisco, bajo la triste impresión de que la jornada había sido infructuosa y que nos esperaban más grandes aflicciones. El cuadro que allí se ofreció no auguraba cosas halagüeñas.

Centenares de familias, con señales evidentes de terror y miseria, acudían al campamento en solicitud de abrigo, y de un pedazo de carne, como tribu que huye del desierto porque manadas de fieras han invadido el arenal y devoran sin piedad cuanto encuentran á su paso, impelidas por el ardor de la carnicería. Los guerrilleros habían assolado la campiña y comedido toda clase de iniquidades, de imposible narración, sin ofender el recato. Las mujeres y los niños estaban poco menos que desnudos, unas y otros, escuálidos, ojerosos; el hambre y el insomnio pintados en el semblante, la faz macilenta,

la estupefacción que imprime en el rostro de la mujer el desvelo, el abandono del vestuario, la carrera tropelosa y el pudor puesto al desnudo. Era el período en que la guerra se manifestaba en toda su implacable ferocidad, en que las mayores tropelías encontraban aplauso, y todo era lícito: el crimen, el despojo, el incendio y la violación. Se consideraba obra patriótica limpiar la barbacoa del mísero bohío, incendiar las viviendas, llevarse los utensilios de la cocina, y coronar la obra de rapiña con el ultraje á la honestidad. Las bandas que á tales empresas se consagraban, tenían segura la aprobación de los que dentro de las plazas fortificadas pedían el exterminio de los insurrectos, y de sus cómplices y encubridores; el exterminio de todos los que por necesidad vivían en los despoblados, fuera del radio de la reconcentración. Nunca saciados, exigían mayor número de víctimas, diariamente, y aun hallaban pía la conducta de Wéyler al dictar éste el célebre bando de reconcentración, porque el banquete que se servía á los reconcentrados lo sufragaba el erario público. Los guerrilleros buscaban el camino más corto para llegar impunemente al escondrijo del botín, y retornaban á sus cuarteles con las ganancias y trofeos de la función: el vestuario del campesino, el mísero caballo cargado con una miscelánea de desperdicios, los ahorros del infeliz estanciero, el machete ensangrentado, y á veces, las orejas de las víctimas. Hallábanse también expuestos á las represalias, pues cuando caían en poder de cualquier grupo insurrecto, eran ahorcados, sin ceremonia, del árbol más próximo.

El general Maceo acogió muy conmovido la expresión de tanta orfandad y miseria, y ofreció protección á todas las familias desventuradas que acudieron al campamento, hasta dejarlas en lugar más hospitalario, en donde no se verían obligadas á vagar hambrientas, ni las mujeres servirían de oprobio á la soldadesca. Pero no tenía poder bastante ni recursos suficientes para contrarrestar la desventura general, que tenía todo el carácter de una epidemia, de imposible desviación en su curso fatídico y riguroso. Aquel cuadro tan horrendo, no era más que un exponente de la guerra, dentro de un radio determinado, que se alzaría con el mismo pavor, y quizás con mayor negrura, en otras comarcas, sin que nadie pudiera evi-

tar su desarrollo y sus tristes manifestaciones. Todavía la gente infeliz sería castigada con mayores azotes. Llegaría una época en que la muerte patrullaría sola por los despoblados buscando seres vivientes sin tropezar con ninguno, y tendría que permanecer ociosa en el campo infecto de la fiebre pútrida, porque no hallaría un cuerpo que temblara bajo la algeidez del terrible mal.

No obstante la resolución adoptada por Maceo de emprender el camino del Rosario, despachó varias comisiones por el litoral con órdenes estrictas de que indagaran por todos los medios posibles, en el término de veinticuatro horas, lo que hubiese de cierto sobre la expedición anunciada. ¡Oportuna y feliz demora!, pues á la una de la tarde se recibió el grato mensaje de que la expedición del general Ríus estaba en tierra, con toda felicidad. La buena nueva cundió con rapidez eléctrica por todo el campamento, y desapareció la nube del pesimismo que tantas cosas siniestras hizo presagiar en los ánimos más esforzados. Transeurridas las primeras impresiones de júbilo, se preparó la marcha hacia el Cabo Corrientes, punto designado para el desembarco de la expedición, en donde, realmente, lo había efectuado el general Ríus el día ocho. Maceo dejó en el campamento de Francisco la mayor parte de la impedimenta, para recogerla al retornar del Cabo, con fuerzas necesarias para la custodia del vivac y depósito de pertrechos que trajo el general Díaz. Maceo salió de Francisco á las pocas horas de haber recibido el halagüeño mensaje, y en una marcha acelerada se situó en *Barto'lo*, ingen'o ruinoso en el distrito de Mantua. Quería llegar al Cabo Corrientes para ser el primero en dar auxilio eficaz á los expedicionarios. He aquí, contado en pocas líneas, el largo y fatigoso viaje que tuvo que realizar para dar cima á sus designios.

Día 11.—Salió á las cinco de la mañana de *Barto'lo*; al mediodía hizo alto en Hato Yaguazas; prosiguió la marcha para Hato Varona, á donde llegó á las seis de la tarde. Guías muy expertos dirigían la marcha.

Día 12.—A las cuatro de la mañana empezó la jornada; se dió un ligero descanso en Naranjo China; bajo una lluvia torrencial, se prosiguió la ruta toda la tarde y parte de la no-

che, y se acampó en Santa Isabel, punto ya conocido, pues fué campamento de Maceo en la jornada de los Arroyos.

Día 13.—A las cuatro de la mañana se tomó el camino de Montezuelo, en donde fué necesario acampar, porque era absolutamente imposible que siguieran al capitán infatigable los reclutas maltrechos que venían en la columna.

Día 14.—Se levantó el campo de Montezuelo á la una de la madrugada, para aprovechar las horas que Maceo creía perdidas. Llegó á las márgenes del río Guadiana, tomó allí nuevos guías para encaminarse á los Remates de Guane, al tener indicios, por los destacamentos del teniente coronel Lazo, de que los expedicionarios tomarían aquella dirección. Nos hallábamos ya en los tremedales, después de lo áspero de la montaña de los Organos.

Día 15.—El campamento se estableció en el sitio llamado los Cayucos. Desde dicho lugar hasta el muelle de Cortés, se alzaba una línea fortificada, construída seguramente á raíz del desembarco de la expedición de Leyte Vidal, con el propósito de obstruir el paso á los expedicionarios que en lo sucesivo trataran de desembarcar por la costa sur de Pinar del Río.

Día 16.—Se emprendió marcha hacia la Grifa. Para ello hubo que cruzar á tiro de fusil de cuatro trincheras españolas; pero el paso se efectuó sin hostilidad. El Cuartel general se situó en la Grifa, y se dieron instrucciones á las fuerzas de infantería de vanguardia para que avanzaran hasta Babineyes, con objeto de vigilar los movimientos de una columna española que se hallaba en el caserío de Cortés. Maceo, sabiendo ya el rumbo que traía el general Ríus, le envió expresivo mensaje de felicitación.

Día 17.—Se emprendió marcha á las cinco de la mañana, dejando en la Grifa un destacamento hasta tanto que no regresara la infantería que había ido á reconocer la Albufera de Cortés. Maceo se adelantó hasta el lugar llamado Puerta de la Güira. Se tuvieron noticias exactas de los expedicionarios, los cuales llegarían á Puerta de la Güira en todo el día siguiente.

Día 18.—Desde las primeras horas de la mañana se recibieron correos que anticipaban el feliz suceso, y á eso de la

una de la tarde llegaron los expedicionarios, al frente de los cuales venía el general Rius á quien Maceo estrechó calurosamente entre sus brazos y dióle el más afectuoso parabién por su arribo á la tierra de Cuba ¡después de diez y ocho años de extrañamiento, y de un mundo de sucesos inenarrables! Aquel abrazo de nuestro caudillo significaba la perduración de los afectos del alma, que resisten á la acción demoledora del tiempo y de las vicisitudes, cuando descansan sobre la base de la amistad contraída en los grandes riesgos de la vida militar. Rius Rivera fué un oficial meritísimo en la guerra de los diez años, se distinguió por su serena intrepidez, sus hábitos ordenancistas y austeros, su carácter íntegro, y su amor al ideal patrio. Es todavía el mismo hombre, justo y honorable, de los pocos ejemplares que nos quedan de aquella generación heroica que dió esclarecidos campeones, hombres de sanos principios, que fueron apóstoles y mártires á la vez. Aunque el general Rius nació en Puerto Rico, puede decirse que es oriundo de Cataluña, pues sus ascendientes eran del Principado catalán, del pueblo de Vendrell; allí tenían sus padres la casa solar con algunos bienes de fortuna, y él se educó en los institutos de Barcelona, en donde estudiaba la carrera de leyes al estallar la revolución de Yara. Partió para el campo de la lucha, ardiendo en deseos de combatir bajo la bandera de la libertad que enarbó el ilustre caudillo de Yara; y por los años de 1870 hallábase el bisoño soldado en las filas de la insurrección, para ostentar en breve, sobre su pecho valeroso, los timbres más preciados del militar. Estuvo á las órdenes de Calixto García, de Máximo Gómez y de Antonio Maceo en el palenque más disputado de la guerra y en el período más crítico de la campaña oriental. Como subalterno de García asistió á los combates de los Melones, Santa María y Chapparra, en los que prodigó el valor de su corazón; es fama que en este último hecho de armas, dió prueba patente de heroísmo al atacar con un puñado de hombres las líneas mejor defendidas del coronel Esponda, que era un león, y en aquellos momentos enfurecido, y su contrincante demostró la fiereza de otro león acometedor. Fué más tarde uno de los edecanes devotos de Maceo, y al lado de este incomparable paladín, luchando con bizarría en los grandes empeños de la infortunada

campana, ganó sus ascensos hasta obtener la graduación de coronel, cubierto el pecho de honrosas cicatrices. Maceo recibió con indecible satisfacción á su antiguo compañero y el valioso obsequio que éste le traía del exterior; pero también experimentó honda tristeza al conocer el desventurado fin de su hermano, el general José Maceo, hecho luctuoso que hasta aquellos momentos no fué confirmado plenamente. El general Rius Rivera, al darle el pésame, por la muerte de su hermano José, puso en manos del doliente el Boletín de la guerra de quince de Julio, que insertaba el acuerdo del Consejo de Gobierno y una alocución muy sentida del general Máximo Gómez, con multitud de cartas de amigos del exterior que revelaban el profundo sentimiento que causó en todas las almas generosas la caída de aquel intrépido cubano, y el interés que les inspiraba la vida del más grande de los Maceos, cuya conservación era indispensable para la existencia y prosperidad de la república. El General devoró en silencio la terrible noticia, para aparecer indomable á la vista de los espectadores, que dominados por la pesadumbre, estaban pendientes de la acción muda, pero elocuente, del protagonista, para sostenerlo con el calor de sus corazones si daba señales de desfallecimiento. Los que sabemos cuán grande era el afecto que él sentía por su hermano José, sabemos asimismo que las fuentes del llanto corrieron en abundancia dentro del corazón. El ejército, que escuchaba conmovido la narración del triste episodio, prorrumpió en fuertes exclamaciones de dolor cuando terminó el relato oral y la lectura de las cartas de pésame, que eran en gran número; exclamaciones naturales en quienes sentían los infortunios de la patria, pues había caído otro Maceo, y ya sólo quedaba en pie el vástago extraordinario que teníamos á la vista, recio y colosal aún, pero destinado á sucumbir aquel mismo año, si pródigo en laureles, más abundante en siemprevivas. Toda la tropa allí congregada expresó el pésame á su amado caudillo, balbuceando palabras incoherentes entre sollozos. Sólo quedó inmóvil el doliente, mas no impenetrable, porque las impresiones del alma, cuando son de naturaleza tan íntima, dejan rastro en la faz del hombre más frío y estoico. Y Maceo era de naturaleza sensible, de temperamento delicado; en su rostro, lleno de animación, apa-

recieron las huellas de la pesadumbre que ya no se borraron hasta el día fatal de Punta Brava. La tropa desfiló muda á recogerse en el vivac, como si un fúnebre redoble de tambor hubiese impuesto silencio.

VIII

Montezuelo y Estorino

Importancia del cargamento.—El viaje de los expedicionarios.—Dificultades para la marcha de retroceso.—La trocha de Viñales.—Jornada terrible.—En la loma China.—Combate de Montezuelo (24 de Septiembre).—Combates de Tumbas de Estorino y la Manaja (27 de Septiembre).—Grandes pérdidas de los españoles.—Bravura de un oficial español.—Maceo continúa el camino hacia Viñales.

GRANDES fueron los obstáculos que hubo de vencer el general Maceo para acudir en auxilio de la expedición, llegar oportunamente, como llegó, y prestarle su eficaz apoyo. Pero la expedición estaba salvada. Tanto el general Rius, como el delegado de la junta revolucionaria, brigadier Joaquín Castillo, y el capitán del buque, podían con razón sentirse orgullosos de haber realizado, con éxito cabal, una de las empresas de más valer. El buque expedicionario condujo un cañón neumático, esto es, que disparaba en virtud de la presión del aire comprimido; 730 fusiles rémington de calibre 43, ó rémington-mauser, que admitían cápsulas de 7 milímetros, 120 fusiles sistema mauser, 50 sistema Lee, 20 rifles, 2,000 libras de dinamita, 100 bombas ó proyectiles para el cañón, 460,000 cartuchos y otros materiales de guerra. El vapor partió de Jacksonville el día 3 de Septiembre, y cinco días más tarde, el ocho, al amanecer, reconocía la playa de María la Gorda, inmediaciones del Cabo Corrientes, punto designado por Maceo para el desembarco; y con tal presteza se efectuó el alijo que, á las tres horas, estaba todo el material en la playa. Zarpó el vapor en seguida que dió remate á la operación; sus tripulantes recogieron algunos objetos de la flora cubana, como reliquias de la patriótica misión, que, con riesgo de sus vidas, acababan de realizar, y siempre dispuestos á repetir la peligrosa empresa. El vapor *Tres Amigos* era una

trinidad adorable para los que luchaban por el ideal cubano: nuncio de buenas nuevas por el mar y portador de cosas útiles para el rescate de la patria. Todo el material de guerra fué trasladado, en hombros de los expedicionarios, á sitio más seguro, lejos de la indagación de los cañoneros españoles que solían escudriñar las ensenadas del Cabo. Los expedicionarios recibieron el primer socorro de los destacamentos de la brigada occidental, al mando del teniente coronel Manuel Lazo y de sus hermanos Ramón, Patrocinio y Severino, los más ladinos vigilantes de aquella costa. A partir del día 9, fueron auxiliados por las diferentes fracciones que envió Maceo sobre el Cabo Corrientes, y el 18—como hemos ya referido—llegaron los expedicionarios al cuartel general. Formaban parte de la hueste el ingeniero Ramón Villalón, que había preparado en New York el mecanismo del cañón neumático, tres artilleros americanos y el joven Francisco Gómez, hijo del General en jefe, que nació en la manigua cubana, y en donde muy en breve hallaría la muerte y tendría su fosa; triste y horrendo fin, si se quiere, pero también glorificado. Ahora le correspondía á Maceo dar cima al plan, no menos erizado de peligros, de conducir aquella multitud de hombres y de materiales de guerra al través de las zonas enemigas de la región pinareña, perfectamente vigiladas y defendidas, y volver al punto de partida, las lomas del Rosario, sin más costo que el originado por el esfuerzo de romper las líneas españolas de la comarca occidental. La empresa, sin embargo, no hubiera sido difícil, si nuestras tropas no hubiesen tenido más obligación que las de medir sus armas con las del adversario en cualquier lugar de aquel territorio hostil, cuyos moradores tenían á orgullo su fidelidad al pabellón español, y el mantenimiento incólume de los baluartes que custodiaban con nunca desmentido celo. Nuestros soldados, para quienes la pelea diaria era cosa de poca monta, no hubieran abrigado el más leve temor de estrechar cualquier lance con los aguerridos defensores de España, si no tuvieran encima el embarazo enorme de la impedimenta, que ascendía ya á ochocientos componentes, á los que había que defender con ahinco, las pjaras de reses, además, que aumentaban el botín y dificultaban las maniobras de combate, y por último, la caravana de familias menesterosas que,

huyendo de los guerrilleros, venía á buscar amparo dentro de una colectividad que necesitaba moverse expedita, libre de estorbos en la brega, para poder dominar la posición disputada, abrirse paso de un solo empuje, y acelerar las marchas sucesivas, á fin de que el enemigo no se rehiciera aquí, y no tomara sangriento desquite un poco más allá. La situación era crítica, casi pavorosa.

Hallábase el Cuartel General en la Zona de los Remates de Guanaco, noroeste de la ciudad de Pinar del Río, y rodeado de trincheras españolas; Mantua, los Arroyos y Dimas, sitios bien fortificados, y la famosa trocha de Viñales á Levante, línea que no podía cruzarse por ningún lado sin combatir á sangre y fuego. Esa trocha, no tan cacareada como la del Mariel, porque en ella no ejercía el mando ningún émulo de Arolas, era, sin embargo, mucho más temible que la línea militar oriental en orden á los combates efectivos. Los de Viñales se bastaban solos para disputar el paso á los insurrectos, y aun solían acometer á las pequeñas partidas de los contornos. Era Viñales el cantón y centro de operaciones de las diferentes columnas que se movían dentro del radio comprendido entre la capital de la provincia y el mencionado lugar; dichas columnas salían, unas veces, de la ciudad de Pinar del Río, para reconocer el término de Pilotos, los vegueríos de Sumidero y del Guao, y comunicarse con las demás fracciones que cubrían la zona del Norte; otras veces, desembarcaban por la Esperanza según fuese el objetivo de la operación. Casi siempre, en la trocha de Viñales, se movía una brigada de tropa de línea de los destacamentos de vanguardia: era, pues, totalmente imposible eludir combate al cruzar por aquellos mogotes erizados de púas. Allí estaba el *Jeque* dominador, con el pabellón desplegado, y á la voz de ¡alerta! seguía instantáneamente la de ¡*Cierra España!*, que retumbaba por mogotes y pinares, con el son más agudo de los bélicos instrumentos. Tal era la situación en la segunda quincena de Septiembre de 1896. Y forzosamente, el cuartel general de Maceo tenía que permanecer en el rincón de los Remates hasta tanto no estuvieran en camino los materiales de guerra de la expedición. Transeurrió el día 21, y transeurrió el 22, estacionados en el

mismo lugar, organizando el convoy que había de conducir el depósito de plomo desde los Remates hasta el Rubí. Se atestaron de pertrechos las cananas de nuestros soldados y las bastas mochilas de los convoyeros, que ya llevaban dos arrobas de plomo sobre las espaldas. También se montó el cañón neumático para hacerlo funcionar en la primera oportunidad. Salió Maceo de los Remates el domingo 23 de Septiembre, con la considerable retahila de bagajes, peones cargados de pertrechos, reses para el abastecimiento de la columna; rosario descomunado que ocupaba algunos kilómetros de extensión, y así y todo, llegó á Montezuelo al cerrar la noche. Maceo había atravesado, literalmente, de sur á norte, todo el distrito de Guane. En los momentos de acampar, cuando la gente se desprendía de las ligaduras de la carga y buscaba codiciosa el pedazo de tierra que le sirviera de lecho, se recibió la inesperada noticia de que fuerzas españolas se hallaban á corta distancia del campamento, en la loma China, protegiendo unas obras de fortificación. Uno de los campesinos, que venía con la carga á cuestras desde las inmediaciones del Cabo, al desprenderse del pesado equipaje, cayó exánime, muerto: tenía la espalda rajada y mostraba el costillar, entre grandes cuajarones de sangre. ¡Oh héroe del sufrimiento! ¡glorioso, mil veces más glorioso que los héroes de relumbrón que se han alzado sobre las pavesas del país y sobre los hombros fornidos de los mártires anónimos, que dieron su vida por la libertad de la patria! El comandante Higinio Cumbá, con un pequeño destacamento, había hostilizado á los españoles durante todo el día 22 y parte del 23. El enemigo trataba de construir otra línea fortificada que enlazara á los Arroyos, Mantua, Guane y Montezuelo, para formar de esa manera un cinturón que pusiera dique á las incursiones de los insurrectos, que ya por dos veces acudieron al litoral del Sur en auxilio de buques filibusteros. Y por otra parte, las columnas que operaban en aquel distrito, desde Mantua á los Arroyos, y de este lugar á Guane, tenían la completa seguridad de que el núcleo insurrecto hallábase en las inmediaciones del Cabo Corrientes; habían de presumir cuál era el objeto del viaje por aquellos confines deshabitados; y era de rigor la deducción de que iban á cerrarle el paso á Maceo, al emprender éste el camino de re-

torno, ya que no lo hicieron anteriormente. El avance de Maceo por el litoral, la presencia de grandes masas insurrectas en el caserío de Dimas, la acción de los Arroyos, y otros sucesos de pública resonancia que hubieron de anotar las lanchas cañoneras que vigilaban la costa, no daba margen á conjeturas: Maceo había ido al Cabo á favorecer el alijo de un buque expedicionario, y necesariamente tenía que volver á la montaña por caminos inevitables y conocidos del opositor. Procedió el general Maceo á situar las avanzadas para que el campamento no fuese sorprendido al amanecer; y ordenó que un batallón, al mando de un jefe de brío, cuya designación recayó en el teniente coronel Pedro Delgado, hostilizara con rudeza el vivac de los españoles. Delgado cumplió con eficacia su cometido, puesto que, apenas transcurrida media hora (serían las nueve de la noche) el tiroteo de los españoles demostraba la buena puntería de los soldados insurrectos. Este ejercicio no podía satisfacer á Maceo en aquella oportunidad, teniendo, como tenía á su alcance, una pieza de artillería, de efectos raros para los profesionales españoles, en atención á que no les era conocido el invento de nuestra máquina de guerra. Ordenó al ingeniero Villalón que emplazara la pieza y arrojara proyectiles sobre el campamento de loma China, por intervalos de diez y de quince minutos. Las bombas de nitroglicerina debieron causar efectos precisos en el campo español, por cuanto su artillería no tardó en responder al novísimo y extraño reto de los mambises. La metralla de los españoles apagó las luces de nuestro vivac, pero una de las bombas del cañón insurrecto, al explotar sobre el campamento de loma China, iluminó un gran espacio de la montaña, sirviendo de reflector á los tiradores de Pedro Delgado. La proximidad entre las dos fuerzas beligerantes hacía presumir un encarnizado combate dentro de pocas horas; el abra pintoresca de Montezuelo, al descorrerse el tupido telón de la noche, iba á ser teatro de una sangrienta disputa. La columna española estaba compuesta de Wad Ras, San Quintín, Cantabria y algunas guerrillas de Pinar del Río, al mando del coronel San Martín; la columna, como ya se ha indicado llegó á loma China el día 22 con el objeto de levantar otra línea fortificada.

A la una de la madrugada continuaba el tiroteo; cesó á cosa de las dos, se renovó á las cuatro, con bastante ímpetu, y al clarear, las dos fuerzas enemigas estaban en orden de batalla para abrir la pelea sin dilación. Ocupaban los cubanos la loma de San Felipe y parte de la China, á muy corta distancia de los batallones de San Martín. Empezó el combate con mucha violencia, sin previas escaramuzas; insurrectos y españoles estaban apercebidos y agraviados: los cubanos no habían de cejar, teniendo, como tenían, las cartucheras repletas, ni concretarse los españoles á defender las avenidas de su campamento. Bajo un fuego horrible avanzaron las tropas de San Martín por la derecha de la posición que ocupaba Maceo, con objeto de flanquearla y dominar el campo en su totalidad, al adueñarse de aquella altura; pero fueron repelidos por nuestros tiradores, que dieron muestra de saber manejar el nuevo fusil, metiéndole pañes con suma rapidez. Ya no existía el temor de que el instrumento bélico se volviera mudo é inofensivo, por falta de ración. Tampoco los españoles daban señales de cansancio; no flaqueaban, aunque estuvieran sorprendidos de aquel vigor de los insurrectos, que habría de costarle grandes pérdidas á los batallones de San Martín, si pretendían humillarlo con otro esfuerzo capital. Por picachos y quebradas se batía el cobre porfiadamente; todo retumbaba bajo el tronido de las descargas. El espléndido panorama de Montezuelo, tal vez el más hermoso de Vuelta Abajo, se encortinó de negrura sin la intervención de los elementos atmosféricos, sin que asomara la barra negra del huracán, cual si un agente extraño y tremebundo fuera el causante del repentino trastorno. Casi simultáneamente, una sección de infantería trató de envolver nuestro flanco izquierdo, en donde se hallaba el cuartel general, alerta y preparado, para impedir el nuevo avance de los españoles; éstos, después que bajaron de la loma China, se metieron por la vereda del *Husillo* con el objeto de quitar el estorbo de la guardia insurrecta; pero al fuego mortífero que les opuso Maceo, hubieron de retroceder con bajas de consideración. El jefe que mandaba esa maniobra quedó fuera de combate, y con él, dos ó tres oficiales y buen número de soldados. No estaba aún zanjado el desafío de Montezuelo, porque al replegarse los españoles sobre loma China, nues-

tras fuerzas iniciaron la marcha hacia la laguna de Lázaro, para defender el camino que tomó la impedimenta en las primeras horas de la mañana. Entonces el jefe de la columna española, deseoso de recuperar el terreno que había perdido en sus dos intentos de flanqueo, atacó nuestra retaguardia, que cubría el regimiento Gómez, de la brigada del Sur, el cual tuvo que desplegarse y batallar con tesón para contener la acometida de la vanguardia española. Acudió Maceo con la mayor velocidad y con refuerzos suficientes; hubo otra disputa muy enconada en el valle de Lázaro, cerca de la laguna de este nombre, y cesaron los españoles á eso de la una de la tarde, retirándose á los atrincheramientos de loma China. El combate de Montezuelo, denominado de Jagua por los españoles, nos causó sensibles pérdidas; tuvimos 68 bajas, entre muertos y heridos: la quinta parte del número de combatientes. Fueron heridos entre otros, Antonio Núñez y el capitán Cosío, éste de gravedad. Pero la columna de San Martín, sobre haber experimentado un fuerte quebranto, desapareció de la escena; ya no volvió á combatir. San Martín había peleado en Peraleje. Los lidiadores de Oriente se veían de nuevo las caras en el extremo occidental de la isla, batallando con el mismo ardor, unas veces en las sabanas, otras, sobre las cumbres de los montes (1).

Maceo se dirigió á Naranjal, para emprender marcha hacia el Rubí tan pronto se incorporara el general Pedro Díaz con los materiales de guerra de la expedición del *Three Friends*. Díaz se incorporó el día veinticinco con el contingente que llevó para su comisión, y unos doscientos paisanos que conducían los pertrechos. Nuestra impedimenta, con el ingreso de ahora, era carga excesiva: hacía presagiar los más horribles trabajos en las marchas por la serranía de los Organos y los más graves peligros al atravesar la trocha de Viñales. Con los nuevos elementos se procedió á reorganizar la brigada de arti-

(1) El coronel San Martín comunicó que el día 24 atacó á Maceo, que con numerosas fuerzas se hallaba en Jagua. Tomó las posiciones del enemigo que dejó en poder de la columna 17 muertos, armas y municiones. Siguiendo el rastro de la partida, la alcanzó y batió de nuevo en las lomas de San Felipe. La columna tuvo un muerto y 4 oficiales y 50 de tropa heridos. Figuraban entre los heridos el teniente coronel don Pío Esteban, el capitán José Díaz, de San Quintín, y el segundo teniente don Alfredo Moreno, de Cantabria."

llería que mandaba Sotomayor, agregándole un regimiento, al que se bautizó con el nombre de Invasor Oriental; para el mando del primer batallón se designó al teniente coronel Pedro Ibonet, y para el segundo, al teniente coronel Bernardino Puente. No estará demás advertir que ninguno de esos cuerpos tenía el número de plazas reglamentarias. Las brigadas no llegaban á batallón del tipo cubano, ni los regimientos de caballería alcanzaban la cifra de dos escuadrones completos. Es conveniente repetir estas indicaciones, que ya hicimos en los anales de la campaña de la invasión, á fin de no contribuir, por omisión de esta ligera advertencia, al sostenimiento del fabuloso número de insurrectos que aparecían en los boletines españoles. Maceo, en el combate de Montezuelo, tenía cuatrocientos hombres.

El día 26 emprendió marcha para las Tumbas de Estorino. Iban á ventilarse dos encarnizados combates. Teníamos al enemigo muy cerca; sobre nuestro flanco izquierdo, y amenazando nuestra retaguardia á la vez. Tumbas de Estorino es un lugar cultivado, si bien rodeado de lomas, situado en la sierra de los Organos, entre Francisco y la Manaja. Como en la mayor parte de aquellos sitios, existía una faja de cultivo en el abra de los montes, y éstos, cubiertos de pinos. En la Manaja se hallaba una columna española, la cual iba á maniobrar en combinación con otra que acababa de situarse en Francisco, centro del territorio y de la sierra. La llegada de dichas columnas á estos lugares, obedecían al plan general de impedirle á Maceo el retorno á las zonas de Levante; propósito que estaba plenamente demostrado desde que empezó á construirse la línea fortificada de Montezuelo, con la presencia de la columna de San Martín en la loma China. Ahora, otras dos columnas, que probablemente partieron de Dimas, intentaban establecer otro cinturón de hierro y mampostería á fin de apretar el cerco al núcleo rebelde, y desbaratarlo, en una serie de combates. Era de presumir que el jefe de las dos columnas que operaban en la comarca de Francisco, ignorase, el día 27, el éxito infructuoso de la otra unidad que combatió en Montezuelo. Maceo, al tiempo de acampar en Tumbas de Estorino, supo que tenía una división sobre uno de los flancos, la cual había partido de Francisco y trataba de invadir el campamento de Estorino,

batiéndolo de costado. Y á los pocos momentos se oyeron descargas del lado de la Manaja, en donde Maceo dejó algunos destacamentos con anterioridad á su partida hacia el Cabo Corrientes.

En Tumbas de Estorino, dos pelotones de caballería sostuvieron, desde las dos hasta las tres de la tarde, un verdadero combate contra las fuerzas españolas que trataban de invadir nuestro vivac. Al frente de esta columna iba el general Melguizo, quien tenía á sus órdenes al coronel Hernández de Velasco, guerreador de probada competencia. Nuestra avanzada, compuesta de 40 hombres, al mando de dos oficiales intrépidos, Herrera y Vidal, repelió los ataques del enemigo hasta quemar el último cartucho. El general Maceo, al tener conocimiento del suceso, acudió al sitio del altercado con tropas de la brigada occidental y varias fracciones de otros cuerpos, que abrieron el fuego sin dilación; pero sin descuidar el campo de la Majana, á donde envió el regimiento Gómez, puesto que de aquel rumbo venían los ecos de otra disputa; efectivamente, se ventilaba otra reñida acción entre la columna del general Francés y dos compañías de infantería á las órdenes del comandante Fleites, hombre de aspecto sencillo, de poco cuerpo, pero marcial y pundonoroso. Al tomar posiciones á las tres de la tarde en Tumbas de Estorino, sobre la cumbre donde la avanzada de Occidente había hecho prodigios de valor, los batallones de Melguizo, desplegados en las alturas inmediatas, rompieron nutrido fuego de fusilería y poco después hicieron jugar la artillería, para que el refuerzo de los insurrectos no pudiera sostener aquella posición. Trataba la columna española de barrer el obstáculo, llevarse de calle á los que defendían el campamento y obligarles á tomar la dirección de la Manaja, para entonces ser atacados por las fuerzas que se encontraban en ese lugar y sobre el camino de las Tumbas, según el plan coordinado por el jefe de las dos unidades, el general Melguizo. El movimiento de avance por la izquierda, que intentó uno de los batallones de Melguizo, fué rechazado por la tropa de la brigada Norte y el regimiento Invasor, con enérgica decisión; llegaron á mezclarse los combatientes, al echarse los nuestros sobre la vanguardia española; fué un choque rudo, de infantería contra infantería, en que

se liaron á brazo partido los más resueltos de los dos bandos. Viendo Maceo que por la derecha se corría otra fracción de los españoles para terciar en aquella riña, acudió presuroso á cerrarles el paso con su altivo continente. Avanzaban con gallardía los españoles sobre el grupo que capitaneaba Maceo en persona; cayó el teniente coronel Nodarse en una furchia, y los españoles casi tocaron á Maceo con las manos; pero volvieron á ser repelidos á tiros y á machetazos por la gente que acudió en auxilio del General, y á la vez fueron rechazados por la derecha, y acometido también el centro, donde se hallaba una pieza de artillería, con tal empuje que quedó en cuadro la dotación, y el *Krupp* inutilizado, pudo salvarse por la eficacia de dos compañías que, apostadas en una loma próxima, hacían un fuego horrible; pero se cogieron granadas, mulos, armamentos, y quedaron en el campo los cadáveres de los artilleros, sin que pudieran recogerlos los briosos infantes que defendían la altura inmediata, porque hubieran caído todos los componentes si se aproximan al sitio del sangriento altercado. El jefe de la columna española provocó entonces á los insurrectos con proyectiles de artillería, utilizando otra pieza que tenía á mano; Maceo contestó al reto, enviándole dos bombas, que descompusieron la parada. Abandonadas por la columna española todas las posiciones que había ocupado con anterioridad, en su propósito de invadir el campamento de las Tumbas y arrollarnos hacia la Manaja, fué hostilizada por la sierra de Francisco hasta las cinco de la tarde, en que un aguacero torrencial impidió la persecución y la batida. El combate de las Tumbas nos causó ocho muertos y 26 heridos, y además nueve paisanos, que hubieron de aproximarse á las líneas de fuego para distribuir pertrechos á los que sostenían la pelea. Muy deplorada fué la muerte del ayudante Ramón Ibonet, abanderado del Cuartel general, que por su valor y fidelidad había merecido la estimación de Maceo. Salvóse la gloriosa enseña de la Invasión gracias á los esfuerzos de los ayudantes Nodarse, Portela y Bacardí, que pudieron recogerla con riesgo de sus vidas. El cadáver del bizarro oficial fué enterrado por la noche en las Tumbas de Estorino por su hermano el coronel Pedro Ibonet y compañeros del Estado Mayor. Salieron heridos el coronel Martín Torres y el

teniente coronel Julián Gallo. El comandante Julio Vázquez, de Bayamo, sucumbió en las líneas de vanguardia. Los hijos de Yara y de la Sierra Maestra, luchando por la libertad, morían lejos del terruño, en la montaña de Occidente, pero al lado de los buenos hijos del Pinar que, como aquéllos, vertían su sangre generosa para que no fueran estériles las conquistas del derecho público.

El coronel Juan Ducasse, al dirigirse á la Manaja para reforzar los destacamentos que allí combatían con singular denuedo, tuvo ocasión de desplegarse en las márgenes del río y servir de sostén á las fracciones que mandaba el comandante Fleites, con quien se comunicó al aproximarse al sitio de la ruda pendencia. El teniente coronel Arencibia con una sección de gente aguerrida, avanzó con resolución por el dédalo de emboscadas que había situado el coronel Francés en uno de los travesíos de la Manaja. Hubo de suponer el jefe español que la tropa insurrecta, que ahora entraba en fuego, venía huyendo de Tumbas de Estorino, arrollada por los batallones de Melguizo, y bajo esta presunción, tomó delantera por el mismo camino que traían los supuestos derrotados. á fin de darse la mano con el jefe de toda la unidad, el general Melguizo. Los tiradores insurrectos le disputaron el paso con marcial apostura, de frente, y con las armas apuntadas sobre la cabeza de la vanguardia española. Mandó entonces el coronel Francés una maniobra de caballería, creyendo que con ese alarde podría despejar el redondel y adelantar camino, con menos hostilidad, hacia las Tumbas; pero los peones del regimiento Gómez se tendieron sobre el piso, para ofrecer menos blanco á la agresión de la caballería, y en esta posición, sin recibir mella, la causaron muy honda á la tropa del coronel Francés, que con las tercerolas y el sable, pretendía arredrar á los tiradores de Gómez, diestros en el manejo del mauser. El arrojo temerario de un comandante español, que se echó sobre la línea más avanzada de nuestros infantes, matando á dos de ellos, en los momentos precisos en que se erguían para hacerle cara con los machetes, no determinó el empuje decisivo de la caballería, porque nuestros peones se plantaron más firmes, y rodilla en tierra, defendieron la margen del río, apuntando y disparando con precisión, sin que los españoles pudie-

ran adelantar un paso más. Cayeron caballos y jinetes en buen número, revueltos con los peones que apoyaban el avance por uno de los costados de la bajada del río, siguiendo al valeroso jefe que con tanto denuedo se abalanzó sobre nuestros tiradores. Este mismo oficial quedó fuera de combate, herido ó muerto, pues se encontró el caballo que montaba, acribillado a balazos. Como en las Tumbas de Estorino el aguacero fué torrencial, creció el río Manaja hasta no dar paso en algunas horas, y con tal barrera, imposible de franquear, dieron fin los combatientes. Las fuerzas cubanas que pelearon en la Manaja, tuvieron 6 muertos y 21 heridos; entre las dos acciones de este día, se elevó á 95 el número de bajas.

Maceo, al día siguiente, emprendió marcha hacia Francisco para que se le incorporaran las fuerzas que combatieron en la Manaja, las cuales, siguiendo el rastro de la columna española al dejar el campo en la mañana del 28, la tirotearon por el camino de Bartolo. Los españoles que llevaban largo convoy de heridos se dirigieron á Dimas. Por la tarde se incorporaron al cuartel general el regimiento Gómez y los destacamentos que con tanta bizarría sostuvieron la acción de la Manaja. Con objeto de dar algún descanso á la tropa, y especialmente á los campesinos que venían en la columna, soportando una carga que era más propia de acémilas, se acampó en Francisco durante los días 29 y 30, descanso que aprovechó la sanidad para su humanitaria misión, tan erizada de obstáculos, en medio de aquel incesante batallar que no permitía el examen de las heridas, pues cuando empezaba la tarea profesional, se interponía la operación destructora de las armas. Los heridos de mayor gravedad, aquellos que por su estado no podían seguir en la ambulancia, fueron conducidos á los lugares más recónditos de la sierra, y dejados al amparo y misericordia de la gente caritativa que, aun careciendo de lo más indispensable, se brindaba á traer el socorro para el patriota inválido. ¡Qué problema el de la curación de nuestros soldados si la muerte no se hubiese encargado de despejar la incógnita!... El descanso no fué largo; el día primero de Octubre ya estaba Maceo en marcha para retar á los españoles que defendían las líneas de Viñales. Las dos columnas que le

disputaron el paso en Tumbas de Estorino y en la Manaja, desaparecieron de la escena. El general Melguizo no volvió á combatir (1).

(1) Parte oficial de la acción de Tumbas de Estorino:

“El 29 de Septiembre (fué el 27) salió el general Melguizo de San Francisco mandando las columnas de los coroneles Hernández de Velasco y Francés y marchando en dirección de Tumbas de Estorino. A poco comenzó el combate desalojando al enemigo de las posiciones y continuando el movimiento de avance. A la una y media de la tarde la columna Hernández encontró el grueso de la fuerza de Maceo, que esperaba en posición, trabándose duro combate que duró hasta la noche, desalojando al enemigo de su última posición bajo una lluvia torrencial y acampando las fuerzas sobre el mismo terreno que el enemigo había ocupado.” Y sobre la acción de Manaja, ventilada el mismo día: “El coronel Francés batió, por su parte, en Manaja, á las partidas de Pedro Díaz, Payaso y otros. Después de prolongado combate, que terminó á la bayoneta, declaróse el enemigo en vergonzosa fuga. El enemigo tuvo más de 80 muertos y se supone llevó muchos heridos. Por nuestra parte tuvimos 11 muertos, herido el comandante Izquierdo, el capitán Cabanas y 86 de tropa, de ellos 31 graves.” Como se ve, el parte español omite las bajas de la primera acción, ó sea la de Tumbas de Estorino; de caso pensado, confunde en una sola dos funciones de guerra, para callar lo más importante de la jornada.

Ha dado en llamarse por insurrectos y españoles **Tumbas de Torino** en vez de Estorino, que es el nombre verdadero.

IX

Ceja del Negro

Preparativos para cruzar la Trocha de Viñales.—Tiroteos con los guerrilleros del término y devastación de la zona agrícola.—Disputado y sangriento combate de Ceja del Negro, el más sangriento de la guerra de Cuba (4 de Octubre).—Maceo se abre paso entre tres columnas, desbarata la combinación y arroja, una de ellas, á Viñales, y las otras dos á Pinar del Rio.—Esfuerzo colosal de los insurrectos para dar cima al propósito de su caudillo.—Lucha desesperada con la columna de Bernal.—Pérdidas del partido cubano.—Pérdidas aproximadas del partido español.—Los partes oficiales.—El relato particular del general Bernal.—Pericia y vigor de Maceo en esta memorable acción.

PARA dar cima al arduo proyecto de forzar las líneas de Viñales, Maceo se dirigió á Peña Blanca el día primero de Octubre. Aunque toda la tarde y gran parte de la noche llovió copiosamente, se enviaron correos al prefecto de Pan de Azúcar para que, sin pérdida de momento, condujera al cuartel general á los hombres más conocedores del término de Viñales, y especialmente de los caseríos de Cabezas, Isabel María, Santo Tomás, el Mulo y Sumidero, puntos principales de aquella comarca indomable, que jamás la cruzó el insurrecto sin hostilidad. El viernes dos de Octubre partió la expedición, desde Peña Blanca, para atravesar la primera línea de Viñales, los vegueros de Cabezas, Quemado de Pineda é Isabel María, los cuales se hallaban defendidos por los dueños y aparceros de los sitios de labor. El núcleo de esa milicia rural lo constituían los pequeños propietarios de la comarca, oriundos de las Islas Canarias, celosos y bravos defensores de la integridad del territorio, al extremo de que se disputaban el puesto de atalayas en lo más abrupto del mogote, y se daba el caso singular de que algunos isleños, con sus proles talludas, de varones y hembras, sin distinción, formaban una escuadra del benemérito instituto para custodia y honor del baluarte

sagrado, que, las más de las veces, eran tan sólo una parcela de cultivo, amurallada de pinos; pero allí estaba la institución, en guardia perenne, dándole el ¡quién vive! á todo bicho viviente que asomara la cabeza por el sembrado ó por el pinar. Maceo reunió en Peña Blanca unos 800 hombres de pelea, bien armados y municionados, á razón de cien cartuchos por plaza, sin contar el depósito que conducían los campesinos, el cual podía ser utilizado sobre la marcha si se agotaban aquéllos. Para efectuar el cruce con probabilidades de triunfo y de la manera más ruidosa, se destacó por el flanco izquierdo el regimiento de Moncada, con la orden de que reconociera las inmediaciones de Viñales y talara el campo enemigo; y el cuerpo central tomó el camino de Cabezas á Sumidero, faldeando este último lugar y devastando la zona cultivada. Los voluntarios de Cabezas dieron la voz de alarma con un vivo tiroteo, que nos causó algunas bajas; al fuego de fusilería contestó Maceo con el más acentuado de cañón, estruendo que sirvió de aviso á todos los defensores del señorío de Viñales para que se pusieran sobre las armas. La brigada del Sur, siguiendo el itinerario que le fué prescrito, sostuvo escaramuzas con los voluntarios de Cabezas, y acampó á tiro de fusil de los fuertes; y el Cuartel general se situó en el centro de la comarca para acudir á donde fuese más indispensable el refuerzo, mientras se replegaban las secciones de infantería y caballería que exploraron el campo más inmediato á Viñales. Pero habiendo acrecido la hostilidad en las primeras horas de la noche, y sido víctimas algunas infelices mujeres, que venían en la columna desde Montezuelo y Francisco, ordenó el Cuartel general que fueran reducidos á cenizas todos los bohíos deshabitados, porque era de colegir que los dueños de las casas abandonadas eran los mismos voluntarios que se hallaban en función de guerra. Esta medida, adoptada con el carácter de represalias, para aplacar á los que se entretenían en afinar la puntería desde los reductos, dió margen á un episodio muy lamentable, pues habiéndose prendido fuego á un bohío cerrado, cuyo dueño se hallaba ausente, murió abrasado un niño de nueve años; doloroso espectáculo que afligió grandemente á los insurrectos, aun cuando sabían que el padre de la víctima estaba con el fusil en una de las trincheras próximas. Siguió la devasta-

ción y continuó el tiroteo hasta las doce de la noche. El ca-serío y toda la comarca quedaron arrasados, pero no se humi-lló la altivez de los iracundos voluntarios de Cabezas. La gen-te de Viñales, en donde se sabía el paso de Maceo por el cen-tro del territorio, se organizaba á toda prisa con los elementos propios que contaba en aquella oportunidad, pues la columna que se aguardaba por el embarcadero de la Esperanza, no había llegado aún. En el pueblo se hallaba el general Bernal, atormentado por la inquietud que es de presumir en un mili-tar pundonoroso, que ansía correr al campo del honor, y no cuenta con recursos suficientes. Los voluntarios de Viñales, identificados con el jefe que ejercía el mando militar de la plaza, se sentían dominados por análoga desazón. Maceo, el audaz cabecilla de las hordas insurrectas, se hallaba á dos pasos de Viñales, retando á los defensores de España y arra-sando el territorio con sus gavillas de foragidos, mientras los más apuestos soldados de la soberanía española hallábanse arrinconados en las trincheras de la población, cuando era más indispensable mostrar al mundo el fogoso deseo de lidiar en campo raso, frente á frente, con las armas esgrimidas, fusil contra fusil, y machete contra machete.

El día tres, al amanecer, Maceo se dirigió á los pinares de San Felipe y Sumidero. Nuestra vanguardia tuvo pendencia con los guerrilleros de Isabel María y con los del Mogote y Cayos de San Felipe. Desde las once hasta las cuatro, se dió un descanso en Pinar de los Cayos; y tras una marcha corta, sin nueva hostilidad, se pernoctó en el asiento de San Felipe. A las siete de la mañana, después de haberse cumplimentado la orden del día anterior, relativa á la destrucción del vegue-río de San Felipe, abandonado por sus dueños, se emprendió la marcha para cruzar otra línea fortificada, la de Santa Fe y Murguía, camino de Pinar del Río á Viñales. En los tres días de excursión por aquella zona, únicamente se ventilaron hechos parciales con los voluntarios que defendían el término, y pa-recía insólito que no se hubiese trabado acción formal con las columnas que solían reforzar la Trocha de los erizos. He nos indicado que el día dos, no habían llegado á Viñales los re-fuerzos que aguardaba el vecindario con viva inquietud, los cuales estaban en camino, por el mar, conducidos desde la Ha-

bana en los vapores de la costa Norte. Pero en la noche del tres, el general Bernal pudo ya organizar 800 hombres de tropa de línea y unos 200 voluntarios y guerrilleros de Viñales, que con el mayor entusiasmo, pidieron puesto en la columna de Bernal.

Era el domingo 4 de Octubre. Como se ha dicho, el núcleo insurrecto dejó el campo de San Felipe á las siete de la mañana. Iban en la vanguardia las fuerzas de la brigada de Occidente (230 hombres); seguía el cuerpo central con Maceo á la cabeza; á continuación, la enorme impedimenta, lo más constreñida posible, y las fuerzas de retaguardia con la orden terminante de cubrir los flancos y no permitir rezagados bajo ningún concepto, consigna imposible de cumplir al pie de la letra, por cuanto iban en la ambulancia algunos heridos de gravedad, los cuales necesitaban atención preferente, y en manera alguna podía dársele acicate á los conductores de las camillas. Mandaba la retaguardia el coronel Vidal Ducasse, al que muy en breve hemos de ver en las líneas de vanguardia, haciendo claros en las filas enemigas, con el mauser de su uso y con los demás que utilizó durante la horrenda cacería. Serían las ocho de la mañana cuando nuestra vanguardia divisó grupos enemigos sobre el Guao, camino de Pinar del Río á Viñales, y habiendo empezado las escaramuzas, Maceo, vigilante y previsor, dispuso incontinenti que la tropa de la brigada occidental ocupara un promontorio inmediato y que se mantuviera en aquella posición hasta nueva orden, aun cuando los españoles abandonaran el campo. Maceo, contra el parecer de los exploradores, que le aseguraban la evidente retirada del enemigo á los primeros conatos de nuestra vanguardia, estimó que el combate no había empezado aún, y que el repentino retroceso de los españoles no era más que un simulacro ó compás de espera, para dar cima al plan meditado de batir á los insurrectos con fuerzas superiores, combinadas, y perfectamente dispuestas. Sin perder un segundo, trató de indagar el número aproximado de las fuerzas enemigas que se hallaban en el Guao, y su procedencia, á ser posible; información que practicó verbalmente, con un campesino que preparaba un horno de carbón en las inmediaciones del lugar. El campesino, en cuyo semblante se retrataba la honradez, le

dijo á Maceo que, á su juicio, la tropa española que combatía en aquellos momentos en la sitiada del Guao, no era numerosa: tres ó cuatro compañías, á lo sumo, con carretas y utensilios de trabajo, que procedentes de la ciudad (Pinar del Río), trataban de levantar un reducto en la *cachurra* del Guao (*cachurra*, en el modismo de Vuelta Abajo, es una bodega de poca importancia); pero en estos instantes, mientras Maceo sondeaba al explorador que le deparó la casualidad, el combate se hizo más serio, porque llegaban refuerzos de Pinar del Río, los cuales acudían en auxilio de su vanguardia, poco menos que acorralada por la tropa insurrecta de Vuelta Abajo, bien dirigida por jefes y oficiales valerosos: Lorente, jefe de la brigada occidental. Lazo, Tarafa, Gallo, Castillo, Guerra, Labastida, todos armados de fusil como el soldado de filas, con la canana ceñida, repleta de municiones, y rompiendo el corajo, como decían los mambises veteranos al entrar en función militar. ¡Ahora van á ver cómo se rompe el corajo!—gritaban los soldados de Maceo: ¡fuego! ¡fuego! y apuntar bajo, que hoy no se *encasquillan* los rifles! Y el fornido capitán de la escolta de Maceo, el negro veterano Julio Morales, con voz pausada, instruía á los suyos, de esta manera singular: ¡silencio, no azore soldado, no azore, deja que se arrimen! El duro africano no encontró allí la muerte, pero la halló cinco días después, en el sangriento debate de Galalón. La riña se acentuó junto al encinar del Guao, de una manera terrible, entre la vanguardia de Maceo y el batallón que trataba de atrincherarse en la *cachurra* del camino real, célebre desde aquel San Francisco tormentoso. Arreció, pues, el aguacero de plomo por todo el espacio del Mediodía de donde soplabla la tormenta, y allí acudió nuestro esforzado caudillo con un centenar de hombres para imprimirle entonación con su presencia, asegurar las posiciones de aquel lado, y el paso de la columna después de resolverse la trifulca, si no venían refuerzos de Viñales. Al mismo tiempo ordenó que el regimiento Gómez ocupara las Cuchillas de Pilotos, para servir de sostén á nuestra vanguardia, que afirmaba las posiciones del Guao con admirable tesón, aunque chorreando sangre por todas sus venas, y en esta situación, bajo el horrísono estruendo de la fusilería, mientras Maceo, convulso y amenazador, pedía el cañón para barrer el

fuerte estorbo del Guao, se inició el nuevo combate sobre el camino del Norte, ó sea del Guao á Viñales, sobre el reducto de Santa Fe (otra *cachurra* fortificada), por donde asomaban grupos de infantería española y secciones á caballo, que trataban de explorar el campo del Mediodía, aunque inútilmente, porque el turbión de plomo hacía imposible el examen ocular, y era preciso abrir boquete á descargas cerradas, ó echar á bajo la recia estructura de la naturaleza. Sucedió lo que Maceo había previsto, con su proverbial sagacidad, á saber: que en aquellos erizos iba á ventilarse una de las acciones más reñidas de la campaña, los insurrectos obligados á luchar contra dos ó tres unidades del partido español, que acudirían sobre las líneas de Viñales á una hora determinada, con el propósito de impedir el paso á las huestes rebeldes al regresar de su atrevida expedición. La columna que tomaba posiciones en Santa Fe, tenía la misión de cerrar el paso por el frente, mientras la otra levantaba atrincheramientos por el Sur del término de Viñales (tarea comenzada, pero interrumpida por la fuerte agresión de nuestra vanguardia); y por tanto, si Maceo había atravesado con fortuna las líneas de Guane y Montezuelo, y obtenido otro éxito en la última combinación de columnas en la sierra de Francisco, no podía escapar ahora, metido ya dentro del circuito de Viñales y la capital de la provincia, pues si lograba abrirse paso por el Sur, se estrellaría un poco más allá, al ser divisado por la guarnición de Pinar del Río y los destacamentos de Consolación y demás pueblos de la línea férrea, sobre ser perseguido por la columna que lo atajaba en la sitiérra del Guao; y si intentaba revolverse con el propósito de forzar el paso por el Norte, la batida sería más contundente y sonada, porque sobre el caudillo insurrecto caerían las tropas de refresco que tenía delante, abriendo ya el combate decisivo, y el bando de guerrillas en somatén de Viñales y La Palma que irían picándole los talones, como jauría frenética y acosadora sobre el rastro del jabalí herido por la bala del cazador. Tal y cómo habíalo previsto el hombre de las batallas, se inauguró la terrible función, y él, que momentos antes, al comunicarle el coronel Ducasse que por el término de Pilotos se divisaba otra columna española, había dejado escapar una frase odiosa, pero vertida impensadamen-

te (*¡estamos copados!*), tomó en el acto una de las resoluciones propias de su ánimo varonil, y afrontó la crisis con la prontitud del caso inminente, viendo el conjunto y los pormenores de la batalla, acudiendo á todas partes con la diligencia del capitán experto é incansable, adoptando las medidas de rigor, y haciendo maniobrar con precisión los factores combatientes del centro y retaguardia. La columna española, la que venía de Viñales, abrió el fuego con mucho ímpetu, de fusilería y cañón, desde el reducto de Santa Fe, con el intento de meterse como una cuña por el centro de la masa rebelde, tan pronto fuese quebrantada por el fuego incesante de la otra columna, que batía el cobre con admirable vigor. Contestóle Maceo con la misma arrogancia, echándole encima la gente de Vidal Ducasse, que al empezar la contienda cubría la retaguardia, la gente de Pedro Delgado, la de Adolfo Peña, las secciones del regimiento Invasor, todas las escoltas de los varios jefes del cuartel general, y con la rapidez del rayo se posesionó de una altura que consideró llave de la victoria, y que había de dársela completa en la formidable batalla de este día. Ese lugar era *Ceja del Negro*, macizo elevado, cubierto de pinos y encinas, como la mayor parte de la superficie no cultivada de aquella comarca. El fuego era atronador en toda la línea, por el camino de Viñales y por el Guao á Pinar del Río, y no podía saberse con exactitud si llegaban nuevos refuerzos de los dos puntos mencionados, ni si estaba confirmada la alarmante noticia de que por el lado de Pilotos se avistó otra columna, porque el combate, en todo su furor, no permitía echar visuales más allá del espacio que abarcaba el terreno del desafío: era un lance de vida ó muerte. La posición que ocupó Maceo en los momentos más críticos del debate, trataron repetidas veces de tomarla los españoles de la segunda columna, la que vino de Viñales, al mando del general Bernal; empeño que era necesario evitar á todo trance, por cuanto del dominio de aquella altura dependía el éxito de la acción, que sostenida hasta entonces con tanta gallardía por los dos bandos, iba á tomar, en breve, carácter más encarnizado. Maceo ordenó á Villalón que barriera á cañonazos el parapeto del Guao, á fin de que el peonaje de la brigada occidental pudiera sostenerse media hora más en las mismas posiciones que

ocupó al comenzar el primer combate, evitando de este modo que la columna de Bernal estableciera el contacto con las fuerzas que bregaban en dicho lugar. Pero la situación de nuestra impedimenta era terrible, y para salvarla del desastre que la amenazaba si flaqueaban los bravos defensores de Ceja del Negro, el general Maceo había redoblado el empuje, echando sobre el enemigo la tropa de retaguardia y las escoltas de los oficiales generales, con éstos á la cabeza. La impedimenta, compuesta de mujeres, niños, hombres inútiles, la ambulancia y algunos bagajes, hallábase metida en el cañadón del río Guao desde que empezó el tiroteo de vanguardia, sobrecogida y aterrorizada por el fragor de la pelea y la prolongación de la crisis. Nuevo y más terrible accidente le aguardaba dentro de poco, pues la tropa de Bernal, viendo lo infructuoso del empeño de forzar el paso por el frente, penetró por el abra de San Felipe con el propósito de darse la mano con la columna de Granados, casi deshecha, sin saber, desde luego, que únicamente podía salvar los restos de aquella unidad si lograba el arriesgado plan; pero al intentarlo por el lugar indicado de San Felipe, llevó la hostilidad á uno de los flancos de nuestra vanguardia, que aun bregaba con el mismo denuedo, no obstante de que tenía ya cincuenta hombres fuera de combate, y allí resistió la nueva agresión de la tropa de Bernal. Los proyectiles de los soldados españoles llegaron entonces á las márgenes del Guao, rebotando en los peñascos contiguos: tal función inesperada llenó de terror pánico á la muchedumbre que se apiñaba dentro del cauce del río, á la voz de alarma siguió el clamor de ¡sálvese quién pueda!, y salió la multitud despavorida buscando refugio fuera de la cañana, bajo la terrible impresión de que los soldados españoles estaban ya encima de la impedimenta y empezaba la degollina al por mayor. Buscó espacio libre la infeliz multitud, sin poder hallarlo afuera del escondite, y con tan mala suerte que, corriendo á la casualidad por el primer claro del monte, se aproximaba á los tiradores enemigos que, como es lógico, arreciaron el fuego sobre el bando desordenado é inerte, y como era de rigor, hubo que apelar á la réplica, más osada y terrible, con el riesgo de acribillar á la gente acobardada con nuestros mismos proyectiles, al dirigir la puntería sobre los agresores; espec-

táculo tremendo, que se realizó cabal, para mayor desventura, pues la confusión era tanta que no permitía el tino al más sereno cazador, y fueron víctimas diez ó doce mujeres, dos niños y una veintena de hombres despeados, que trataron de correr inúltimente, y presumiendo que se alejaban de las llamas, cayeron dentro del brasero. Este pasaje fué cosa horripilante; no hay pluma que pueda narrarlo con fiel expresión, porque pálido es siempre el lenguaje humano al tratar de referir los grandes infortunios de la orfandad. Si alguna vez el pincel del artista esbozara el cuadro de la acción militar, buscando en éste más horrendo episodio el motivo de la inspiración, á la obra pictórica le cabría este sencillo lema: ¡gente infeliz fusilada por sus propios salvadores! Pero el horror trágico nunca tendría la expresión de la verdad.

La embestida que dió Bernal desde Santa Fe hasta los encinares de Ceja del Negro, tratando de franquear el recio macedizo que ocupaba su adversario, fué tan briosa y alarmadora que no solamente llevó el terror á la multitud indefensa, sino que desbarató algunas secciones que defendían el punto-llave del palenque, las cuales fueron compelidas y arrastradas bajo la confusión y el desorden de la turba despavorida. Acudió Maceo á reprimir el pánico; con la angustia y la cólera retratadas en la faz, castigó con mano dura á los que dejaban el sitio de peligro para salvar la existencia, pero dejando allí, á merced del enemigo, los trofeos materiales, y el moral más elevado del honor militar. ¡Había que inmolarse, inmolarse sin réplica, antes que el enemigo se alzara con los laureles de la victoria! La columna de Bernal, que experimentó terribles sacudidas mientras se desarrollaba el cuadro más espantoso de la guerra, se replegó á los pocos momentos para tomar nuevas posiciones en la loma de Murguía, y establecer el hospital de sangre al amparo de una fortificación que existía en la cumbre del promontorio. Eran las once de la mañana. El fuego aminoró durante una hora, tregua que aprovechó Maceo en rehacerse y disponer lo necesario para el nuevo ataque. La columna que combatía en el Guao empezó á retroceder á la desbandada por el camino de Pinar del Río, bajo el fuego incesante de las guerrillas insurrectas que la persiguieron por la loma del Corcho, capturándole bagajes, armamentos, municio-

nes de guerra y algunos rezagados, á quienes no se dió cuartel. El pánico de la columna española era evidente; no sostenía las posiciones, en las que intentaba repeler la agresión de los insurrectos; bastaban cuatro tiros de la gente delantera para desbaratar la formación de las compañías de retaguardia, más deseosas de soltar el fusil que de encararlo y disparar sobre los perseguidores. No cabía la presunción de que el núcleo descuadrado de Cantabria pudiera reponerse á raíz de la batida que recibió en el Guao, á menos que no acudieran tropas de refresco de Pilotos ó de Pinar del Río. Quedaba, pues, únicamente, la columna de Bernal, si bien quebrantada, en la loma de Murguía, y contra ella dirigió el ataque Maceo con los elementos que pudo organizar en medio de la confusión propia de un debate tan reñido, que parecía ya terminado con la huída de una de las parcialidades combatientes, con la tregua, por cansancio, de la otra, y que, sin embargo, iba á renovarse con más vehemencia y furor. El hombre incansable y temible que dirigía la hueste cubana, no se sentía nunca saciado, como no hallaba jamás razón para envainar el acero en tanto hubiera factores enemigos que dieran señales de vida. Apresuró el paso con la gente ilesa que pudo organizar de momento, y mirando la posición del adversario, le dijo al general Ríus, que iba á su lado: "Voy á atravesármele al de arriba (Bernal) como un hueso en la garganta". Esta era su frase favorita cuando coordinaba algún plan arriesgado sobre el terreno de los hechos, porque nuestro valeroso capitán no conocía los tableros hipotéticos en que se enfrascaban los profesionales del gabinete militar de Wéyler, buscando el logaritmo potencial de una operación enrevesada ó la hipotenusa que indefectiblemente habría de encerrar á Maceo dentro del rectángulo de Viñales, Pinar del Río y... Bahía Honda, por no decir Artemisa; que para los genios estratégicos que dirigían la campaña desde la mesa de estudio del Palacio, echados de bruces sobre el gran mapa de Pinar del Río, lo mismo era un punto cardinal que otro, una montaña como el Pan de Guajaibón que un cerro como el urbanizado en la Habana, de suave y fácil andar, aunque fuera á la peonza; y probablemente, á los dos ó tres días de la fracasada combinación del Guao, andarían perplejos y mohinos, buscando con afán, sin hallar-

lo en ningún plano topográfico, el alcor de *Ceja del Negro*. Allí estaba la negrada invasora y el cabecilla mulato, como decían despectivamente los ruines y desvergonzados alabareros del más indigno y mendaz aristócrata de nuevo cuño.

Renovado el combate de Ceja del Negro con vigor y tenacidad indescriptibles, como si á la sazón empezara la riña entre dos bandos intactos que desean medir sus fuerzas; tiroteado el campamento provisional de los españoles por la gente de Maceo, y sorprendido el adversario de la audacia sin igual que envolvía aquella nueva hostilidad después de dos horas de no interrumpida lucha con la tropa de Bernal, este jefe, que era valiente y batallador, se apercibió con presteza contra el conato de invasión que amenazaba su campamento, destacando dos compañías de infantería y una sección de artillería para que hicieran frente á los insurrectos y los ahuyentara de aquella posición, cuyo mantenimiento le era indispensable á Bernal para resguardar los bagajes y atender á la curación de los heridos, porque corrían unos y otros grave riesgo si la hostilidad del adversario llegaba á debilitar los retenes de vanguardia, ó los de cualquier otra avenida del campamento. Las dos compañías fueron descalabradas por el fuego mortífero de la tropa de Vidal Ducasse; en menos de diez minutos, cayeron los oficiales y el jefe que las mandaba; otra compañía trató de realizar el empeño en que los primeros habían fracasado, y se repitió el mismo desenlace tras otro acto disputadísimo: el jefe español cayó redondo bajo la certera puntería del coronel Ducasse, cazador de venados en otra época, cazador de hombres erguidos en el palenque de la revolución; y en menos de otros diez minutos volvió á renovarse idéntico ó parecido episodio con otros actores del partido español, que acudieron solícitos á la defensa de sus camaradas y pagaron con la vida su noble proceder. Acudió Bernal en persona con dos piezas de artillería y tropa resuelta á tomar el desquite con las bayonetas, si no era posible realizarlo con el plomo de los fusiles y la metralla; empeño infructuoso, aunque admirable, porque al conato de Bernal replicó Maceo con altivez soberana, embistiendo á su competidor con el arranque del león para el que no hay medida que no traspase; en pos del audaz caudillo, que con el solo talante electrificaba á los com-

batientes, corrió la tropa nega con el gran cazador á la cabeza del regimiento. Los soldados de Vidal, abriéndose paso por dentro del monte, cayeron sobre la artillería española que apuntaba contra los tiradores emboscados en el encinar de la *Ceja*, y tal fué el ímpetu de aquel rebato, que la dotación de artillería quedó deshecha, muertos también los mulos, capturada la cureña, rotos los tirantes que sujetaban el cañón, y hubo forcejeo entre cuatro peones insurrectos y varios infantes españoles sobre el cañón ya inútil. Lograron llevárselo los españoles, cargándolo á costas, pero dejaron la cureña y las ruedas en poder de los mambises.

El coronel Ducasse, sin advertir el lance del cañón, en el que estaban enredados cuatro hombres de su regimiento, y atendiendo únicamente al ademán de Maceo que le señalaba el flanco más débil del enemigo, metió carga tras carga, para quitar el estorbo de un retén, lográndolo con su certera puntería, y con otra batida eficaz entró de lleno sobre la impedimenta de Bernal, barriéndola en todas direcciones. Bagajes, acémilas, caballos de monta, parihuelas, carretones, guardianes fueron esparcidos en un santiamén y apresados los enseres que ofrecían provecho. ¡Batahola indescriptible! Con el espanto de los tiros y el aspecto de los invasores que infundía pavor, se entregaron á discreción los defensores de la impedimenta, corrieron algunas acémilas hacia el lugar donde se debatía el lance del cañón y el más empeñado de la fusilería entre la tropa de Bernal y la escolta de Maceo, que también luchó á brazo partido repartiendo tajos á cambio de pinchazos de bayoneta; los mulos, con la carga intacta, llegaron hasta allí, como buscando salvación entre los suyos, y á vueltas de un altercado furioso, cuando los mulos estaban en salvo con la codiciada carga, el general Ríus, con imperturbable serenidad, cruzó el trecho más arriesgado y capturó con sus propias manos las dos acémilas del cuartel general español, objeto de fuerte disputa hasta aquellos momentos. Este incidente, de escasa monta, si se compara con lo tremendo de los actos anteriores, precipitó el desenlace de Ceja del Negro, á causa del desorden que se produjo en las líneas españolas de vanguardia, al adelantarse el general Ríus, con impasible actitud, hacia el lugar más peligroso de la riña, resolviendo el lance

por los insurrectos y obligando á los españoles á dejar el sitio que defendían con tenacidad, para retirarse definitivamente de aquella posición y buscar amparo en el fuerte de Murguía. atentos tan sólo á los toques de corneta que anunciaban la decisión final del jefe español de reunir los restos de la columna, para evitar el copo. El fuerte de Murguía, situado en la meseta de la loma de este nombre, era sólido parapeto, pues estaba bien construído y tenía fosos en derredor; allí se retiró Bernal con los combatientes que le quedaron, y organizada la defensa de la fortificación, hizo unos cuarenta disparos de artillería, desde las tres á las cinco de la tarde. Aun trató Maceo de provocar á su contrincante con los grupos de tiradores que pudo reunir en aquellos momentos de indescriptible desorden, dado que la mayor parte de nuestros soldados perseguían por dentro del pinar á los azorados guerrilleros, entregándose con deleite al despojo de los muertos y de los bagajes que cayeron en la rebatiña; faena natural y preferente en quienes andaban astrosos y no probaban rancho succulento, de arroz y tocino, desde los días de la invasión; la impedimenta de los españoles les brindaba variedad de comestibles, así como los soldados, en inmóvil decúbito, el mejor bazar de ropa hecha. Nuestro caudillo, atendiendo á los factores combatientes del bando contrario, que aun luchaban á la defensiva, daba ordenes apremiantes para que le trajeran el cañón neumático, que desde el principio del combate había desaparecido del escenario, y nadie daba razón de su paradero. Llegó á creer Maceo que en medio de la furiosa batalla había sido capturado por los españoles, y en ese caso, la victoria lograda por el esfuerzo colosal de los insurrectos, carecía de valor, porque los españoles iban á enorgullecerse, con sobrado motivo, de aquel trofeo singular. La investigación del suceso hubiera dado margen á reprimendas terribles, y nadie hubiera podido envanecerse con los laureles ganados en la sangrienta lid. Por fortuna, el cañón no fué capturado, ni estaba inservible. En lo más recio del combate del Guao, habiendo caído á balazos los mulos que lo conducían y siete peones que el capitán Villalón tenía á sus órdenes inmediatas, fué sacado á pulso del lugar más peligroso y conducido hasta la loma del Coreho, en donde se ventilaba el último lance con la columna de Pinar

del Río. Gracias á esta circunstancia, nuestros soldados pudieron entregarse al júbilo de la victoria, porque el insaciable caudillo no tenía ya motivo de desagrado. ¡Qué desazón y qué humor tétrico si los españoles llegan á exhibir la rara jeringa de los insurrectos!

Pero es hora ya de hacer el triste recuento de las pérdidas que experimentó el partido cubano en esta ruda y prolongada acción: 227 bajas es la cifra que anotó el Estado Mayor, con vista de los partes de los jefes de batallones y del cuerpo de Sanidad; 42 muertos y 185 heridos, y hubo que deplorar, además, el trágico fin de los seres indefensos de la impedimenta mujeres, niños y hombres inválidos, en número de veinte y nueve estos últimos, y de catorce aquellas víctimas, más lamentables aún. Se perdieron también varias acémilas, tres mulos de transporte, algunos caballos, y se inutilizaron dos docenas de fusiles por el excesivo funcionamiento de los mismos. La sola brigada occidental, que, como se ha indicado más arriba, se componía de 230 hombres, tuvo 90 bajas; la cifra no puede ser más elocuente. Este cuerpo, que abrió el combate del Guao y allí se mantuvo con resolución heroica, fué municionado dos y tres veces durante la terrible pelea, no obstante haber consumido unos cuatro mil cartuchos que llevaban sus componentes y de haberse apoderado de algunas cajas de los españoles. Perdió á uno de sus oficiales más bizarros, Antonio Tarafa, hijo de Guane, patriota ejemplar y soldado pundonoroso; frisaba en los veinte y cuatro años, y había alcanzado por su valor y pericia el empleo de teniente coronel. Maceo dijo: ¡ha muerto uno de los generales de Vuelta Abajo! Los insurrectos consumieron unos 50,000 cartuchos. Los ayudantes del Cuartel general hicieron prodigios de valor para dar cumplimiento á las órdenes premiosas del caudillo, y casi todos fueron alcanzados por el plomo de los españoles; el capitán Gerardo Portela fué herido de gravedad. Con respecto á las pérdidas del partido español, en la imposibilidad de determinarlas con exactitud, dejaremos que el observador las deduzca por el texto oficial que publicó la prensa de la Habana, y tan sólo agregaremos el dato de los armamentos y municiones que cogieron los insurrectos, ya que de ello no hacen mención los boletines españoles. He aquí lo que permi-

tió publicar el general Wéyler en la primera decena de Octubre, á las reiteradas interrogaciones de los periodistas y de la opinión pública, sumamente alarmada.

Primeramente, y como preparación al duelo, dijeron los diarios de la capital: "El teniente coronel Granados salió el cuatro de Octubre á las seis de la mañana de Pinar del Río, en combinación con Bernal y encontró en Guamá al batallón de Cantabria envuelto por 3,000 insurrectos á pie y 800 á caballo, enviados por Maceo desde Loma Blanca. Con ataque vigoroso obligó á huir al enemigo, que hizo al cabo de la jornada, doce disparos de cañón, yendo en dirección á Ceja del Toro: la columna salvó de este modo al batallón de Cantabria que se unió á ella, y siguiendo á las nuevas posiciones tomadas por el enemigo, que las defendió con tenacidad. Desalojado de ellas, al cabo de cinco horas de combate, fué rechazado más allá de Loma Blanca, haciéndosele dejar 80 muertos que tuvo. Por nuestra parte lamentamos 12 muertos y 92 heridos, de éstos cuatro oficiales."

Esta parte del relato puede considerarse como el introito; agregaron, en párrafo separado: "El teniente coronel Granados se puso en camino para Pinar del Río oyendo fuego de cañón al otro lado de la línea. A esta hora, en efecto, terminaba otro rudo combate, sostenido en las lomas de Ceja del Negro por 700 hombres al mando del general Bernal contra las fuerzas de Maceo que ocupaban extensas posiciones. El combate empezó á las nueve y media de la mañana, y el enemigo, que se defendió tenazmente, fué al cabo desalojado de ellas. Tuvo 230 muertos, según los reconocimientos hechos, y retiró 300 heridos. Nuestras bajas han sido el teniente coronel de San Marcial señor Romero y un ayudante del general Bernal, muertos, el teniente coronel Chacel de ingenieros y ocho oficiales heridos. De tropa 18 soldados muertos, 65 heridos, un desaparecido y varios contusos, mulas y caballos muertos. La artillería continuó haciendo fuego sin oficiales del cuerpo por haber sido heridos los dos que había."

A los pocos días, habiendo dejado el pueblo de Viñales el general Bernal por el mal estado de su salud, agregaba la prensa habanera, después de los tildes y enmendaturas del gabinete militar de Palacio para que el desastre no apareciera

evidente á las miradas del público curioso: "Sabemos por el general Bernal que en el combate de Ceja del Negro murieron su ayudante, el teniente coronel Nieto, y el teniente coronel de San Marcial, señor Romero; el señor Chacel, teniente coronel de ingenieros, herido, dos capitanes de infantería y tres subalternos. El combate—dice Bernal—empezó á las nueve de la mañana y terminó á las tres de la tarde. La columna acampó en una loma para terminar la cura de los heridos y tomar el rancho. Pocos momentos después los insurrectos empezaron á tirotear la columna. Una compañía avanzó para atacar al enemigo; el teniente coronel de San Marcial, señor Romero, en los instantes de salir á dar las órdenes, recibió dos heridas mortales, una en el pecho y la otra en el vientre. El capitán resultó también herido. El teniente coronel señor Nieto, ocupó el puesto del señor Romero, y al adelantarse, cayó muerto también. Avanzó entonces el teniente coronel Chacel, y al levantar la mano derecha para dar una orden, una bala le atravesó la mano. El general Bernal dirigió el combate con admirable precisión y bizarría. Emplazada la pieza de artillería, por bajas de los oficiales del cuerpo, el otro ayudante de Bernal, señor Company, se dispararon contra el enemigo más de 40 granadas y 25 botes de metralla que causaron grandes destrozos en las filas rebeldes. Cuando tronaba el cañón, se veía á los rebeldes que custodiaban su convoy de provisiones, levantar los brazos en ademán de que cesara el fuego de metralla". Aunque es enojoso esgrimir los mismos argumentos al hacer la crítica de las composiciones oficiales del partido español, cortadas casi siempre por el patrón vitando de la época weyleriana, nos toca esgrimir una vez más las objeciones usuales, debido á que la vacuidad de la publicación oficial no permite el empleo de otros argumentos; la obra es fútil y disparatada en todos los órdenes, la incongruencia salta á la vista; se trata en ella de ocultar la verdad del desastre, y éste sobrenada y se manifiesta á las miradas del observador menos perspicaz. El teniente coronel Granados—decían los periodistas trapaceros—salió de Pinar del Río el cuatro por la mañana, en combinación con Bernal, y encontró al batallón de Cantabria envuelto por dos partidas de Maceo, á pie y á caballo, etc. Quiere darse á entender que el bata-

llón de Cantabria pertenecía á la unidad combatiente de Bernal, ó de lo contrario nadie adivina el puesto que ocupaba dicho batallón en el sitio de Guamá, al ser envuelto por las fuerzas insurrectas enviadas por Maceo desde Loma Blanca: la topografía guarda relación con el embrollo táctico. El jefe español que salió de Pinar del Río, con ataque vigoroso salvó al batallón acorralado, y siguieron á las nuevas posiciones que tomaron los insurrectos, y defendidas por éstos con tenacidad. El enemigo dejó 80 muertos en el campo, según declaración del teniente coronel Granados, lo cual hace suponer que él los vió y los contó; pero en seguida se dice que Granados se puso en camino para Pinar del Río mientras oía fuego de cañón al otro lado de la línea. ¿Qué línea? ¿Qué situación singular es la del otro lado?... El parte oficial omite la explicación de ambos extremos. Cualquiera puede pensar que es el lado opuesto de la línea férrea, esto es, Sur de Pinar del Río; disparate sobre disparate y terraplén sobre terraplén, para dejar apisonadas y limpias tres leguas por lo menos de terreno quebrado y silvestre, con pinares y encinas, alturas y cañadones por todas partes. Pero si Granados iba al palenque en combinación con Bernal, si atacó con vigor las posiciones de aquella vanguardia de 4,000 hombres de Maceo, enviados desde Loma Blanca, y si desalojados de ellas por el esfuerzo de Cantabria, envuelto poco antes por las partidas rebeldes ¿por qué Granados vencedor deja el campo del debate al oír fuego de cañón al otro lado de la línea supuesta, formando, como formaba parte de una combinación estratégica, en día determinado, por la mañana, y precisando hasta las horas que marcaba el gran reloj del cielo? ¿Qué sabía Granados de lo que ocurría al otro lado de la línea divisoria, si salió precipitadamente del lugar de la pelea, que ni siquiera reconoció, que ni siquiera trató de examinar en ninguno de los momentos del bravo desafío entre la gente de Pinar del Río y el batallón de Cantabria, que no pertenecía al núcleo de Bernal, sino al de Granados que huyó bochornosamente?... Porque Granados, habiendo dejado el palenque á las tres de la tarde, según el cronómetro de su uso, entró á retazos en la ciudad de Pinar del Río á las diez de la noche, llenando de pánico á los defensores de la plaza que esperaban al vencedor, y tuvieron que utilizar las parihuelas

de la función mortuoria para ayudar á los conductores de los restos inanimados que no podían con el peso de los muertos y moribundos. Esta es la verdad, lisa y categórica. Granados, descompuesto y batido totalmente, si salvó la pelleja, como suele decirse, el honor no quedó muy limpio, puesto que con sus ataques virosos no se abrió paso hasta el lugar de Ceja del Negro, ó sea el otro lado de la línea, á la que remite al lector ignorante de la topografía del país, y escapó de la tremolina, azorado y maltrecho, sin poder explicar el temporal de Ceja del Negro, la dirección que llevaba la tormenta á las tres de la tarde, ni dar pormenor alguno que calmara la inquietud de los españoles de Pinar del Río. El jefe derrotado entró en la ciudad después de las diez de la noche, y allí declaró, ante las autoridades y comisiones del pueblo, que le interrogaban ansiosamente, que él dejó el campo de Guamá porque se le agotaron las municiones, y que cuando adoptaba esta resolución, se resolvía otra polémica con Bernal al otro lado de la línea indeterminada. El teniente coronel Granados fué pasaportado para Madrid á los pocos días de su derrota (1).

El parte que se relaciona con el combate de Ceja del Negro, se aproxima más á la verdad, prescindiendo de la nota usual concerniente á los muertos vistos y heridos retirados. No podía Wéyler encararse á Bernal como hacía con los demás subordinados, ni emplear el lápiz rojo con tanta desvergüenza, porque Bernal era hombre quisquilloso y de prontos arranques, y no había de consentirle que tachara lo relativo á las bajas de jefes y oficiales que experimentó la columna de su mando cuando intentó desalojar á los insurrectos de las posiciones de Ceja del Negro. Wéyler en otra ocasión, con mo-

(1) Ese Granados, teniente coronel de las armas generales, obtuvo todos sus ascensos en las oficinas del detall, haciendo cargaremes y cortes de caja; pero era jaquetón y presumía de geodésico. Cuando el marqués de Tenriffe, á quien le estaba muy recomendado por el Obispo de Madrid-Atocha le dió la jefatura del batallón de Cantabria, pregonaba fachendosamente que él haría bailar al mulato Maceo el calabazón... son... son, tanto de burdel que en aquella época se puso en moda. Lo dijo en los portales de Palacio, requiriendo la espada, en los cafés, en las manebías, en las peñas del becará y de monte, contoneándose con aires de Guadalcuivir para que las rameras y los puntas erriollos le cogieran pavor. ¡Si sería calabaza el de los Granados! A él le hicieron bailar el zapateo número uno, desde la loma de las Flores de Pinar del Río, hasta el Paso Viejo de mismo escenario, siempre pa atrás. Cuando el guapetón llegó á Madrid, después de la tunda del Guao, era un danzante demolido.

tivo del combate de Cacarajícara, tuvo un altercado con Bernal, en el que éste salió con la razón del hombre que no cede un ápice de sus derechos si trata de humillarlo el superior jerárquico con el valimiento de su autoridad. El escándalo se hizo público en aquella ocasión, y Wéyler, con todos sus aires de capitán omnipotente, se quedó con la afrenta inferida por Bernal, en presencia de testigos honorables que no pudieron ocultarlo. El brigadier Bernal, quebrantado de espíritu y de cuerpo, por el terrible lance de Ceja del Negro, solicitó permiso para pasar á la Habana, á donde llegó á bordo de la lancha cañonera *Vigía*, el nueve de Octubre, y refirió, con todos los pormenores, la ruda acción de Ceja del Negro, de imborrable recuerdo para él, no sólo por el fuerte quebranto que experimentó la columna y la pérdida de oficiales valerosos, uno de ellos ligado con el general Bernal por vínculos estrechos del corazón, sino por la misma celebridad de la fecha, pues era domingo y San Francisco, y en este día conmemoraba Bernal su natalicio.

El relato de la acción lo hicieron también los de Viñales á sus deudos y amigos de la localidad, al regresar por la noche de Ceja del Negro, con parte de los restos de la columna, pues quedaron fugitivos y rezagados por el pinar, buscando la manera de salir del bosque, que aun resonaba en clamores de angustia durante las primeras horas de las tinieblas. Contó Bernal en el seno de la intimidad á sus amigos de Viñales—relación verdadera que ha llegado hasta nosotros—que el choque fué muy rudo y encarnizado desde los primeros embates; que él intentó llegar al Guao por el abra de San Felipe, comprendiendo que la otra unidad se hallaba estrechada por la gente de Maceo; que fué necesario establecer el hospital de sangre á eso de las once de la mañana en posiciones más abrigadas, y que estando en esa misión los médicos de la columna, especialmente el del batallón de San Marcial que no podía dar abasto al gran número de heridos que reclamaban socorro apremiante, fué hostilizado nuevamente por la vanguardia enemiga, mientras él, dominado por la fatiga, estaba chupando una naranja para aplacar la sed, tarea que no pudo terminar con sosiego, pues las balas de los insurrectos hacían cimbrar el ramaje de los pinos, acribillaban los troncos y los pa-

rapetos naturales de la posición; y en menos tiempo del empleado para contarlo, sin que pudiera aplacar la sed con el zumo de la fruta, le mataron á los tenientes coroneles Nieto y Romero, y le hicieron otras bajas lamentables. Esta verídica narración, hecha por el bizarro jefe español á personas de su intimidad, á raíz del suceso, ha llegado íntegra hasta nosotros á los diez años del sangriento episodio, cuando ya el furor de las pasiones estaba totalmente aplacado, y por lo tanto, nos merece el concepto de una historia imparcial, limpia de notas fraudulentas y despojada de todo interés de partido. Por tal la tenemos, y nos honramos en sacarla á la luz. Además, en corroboración de lo que dijo el jefe español á varias personas de su amistad, está en pie el relato del médico de San Marcial, publicado en uno de los diarios de Madrid (en el *Heraldo* si la memoria no nos es infiel), y en dicha carta se afirma, de un modo categórico, que la dotación del cuerpo de sanidad era ineficaz para atender al considerable número de lesionados que pedían á grito herido el más diligente socorro.

Aun cuando no fué posible practicar un minucioso reconocimiento en el campo de la acción por lo avanzado de la hora y la natural confusión de las circunstancias, se recogieron, sin embargo, innumerables objetos abandonados por el enemigo; fusiles, equipos, vituallas, carteras llenas de municiones, mulos cargados de comestibles y garrafas de aguardiente que fueron vaciadas del nocivo líquido por orden expresa del general Maceo, que odiaba todo lo que no fuera agua pura y deliciosa. En un rancho, á la caída de la tarde, cuando los nuestros perseguían como milanos á los fugitivos del bando español, y hacían presa para despojarlos en un santiamén del vestuario y calzado—raque natural y hecho en quienes no tenían puertos habilitados, ni administración militar que los proveyera de lo más indispensable—en aquel bohío se hallaron veinte y seis soldados moribundos de la columna de Bernal; un poco más allá, se hicieron dos prisioneros ilesos, y por uno de ellos se indagó que varias secciones de infantería andaban extraviadas por el pinar, y que poco antes de haberse desperdiciado, vieron una procesión de 19 carretas, atestadas de heridos. El número de fusiles, todos sistema mauser, de que tomó nota el despacho del cuartel ge-

neral, ascendía á 98, y unas catorce mil cápsulas. Muchos armamentos más quedaron esparcidos por los campos del Guao y Ceja del Negro, que en aquellos momentos no se buscaron con interés, como tampoco pudieron precisarse los muertos que dejó el enemigo ni el número de bajas que tuvieron las columnas descalabradas. Pero reuniendo los distintos antecedentes que pueden servirnos de base para llegar á un cálculo aproximado; primero, el relato oficial de los españoles que lo especifica de esta manera: batallón de Cantabria y columna de Granados, 12 muertos y 92 heridos, de éstos 4 oficiales; columna de Bernal, 2 jefes muertos, un jefe y 8 oficiales heridos, 18 soldados muertos y 65 heridos, un desaparecido y varios contusos, que forman un total de 200 bajas confesadas, sin el sumando de los contusos; como segundo antecedente, la cifra enorme de nuestras pérdidas, que indica, de un modo elocuente, á quien haya batallado en las guerras de Cuba, lo terrible de la acción; y por último, los datos que hemos adquirido en fuentes autorizadas del partido español, cuando no existía el móvil de ocultar la verdad del desastre, forman el total de 500 bajas entre muertos, y heridos y capturados, debiendo entenderse que para estos últimos no hubo cuartel y aumentaron, por consiguiente, el número de los muertos insepultos, haciendo más horrible el cuadro de la mortandad. La columna de Granados dejó 62 cadáveres en el espacio de una caballería de tierra, esparcidos, aquí y allá, en el gráfico desorden que imprime la matanza al por menor. Once años después se han hallado vestigios fehacientes de la hecatombe; los leñadores y monteros encuentran todavía fragmentos de seres humanos con el plomo homicida incrustado en la osamenta, y todo el encinar del Guao y el de Ceja del Negro atestiguan aún, con sus troncos acerbillados, la furia y la copiosidad de aquel turbión. La naturaleza, con sus renovaciones periódicas, no ha podido borrar la triste imagen de la muerte ni echar velos bastante tupidos sobre el osario memorable.

En ninguna otra batalla se acentuó con más vigor la intrepidez de nuestro caudillo, ni su nombre de militar hábil y de cuenta llegó á más alta expresión. Si su pericia y su denuedo le hicieron notable aun entre los capitanes más valerosos de su raza, tan ilustre por la bravura, en la contienda de Ceja

del Negro se hizo superior á todo elogio en todos los órdenes del talento militar y del ánimo esforzado. Su táctica especial para humillar al enemigo, ó para causarle fuerte quebranto si no era posible la total derrota, y el valor de su corazón, en grado sublime, obtuvieron nota sobresaliente en aquel gran certamen de las armas. Bien merece tan difícil problema táctico que señalemos otra vez sus más notables extremos. Hallábase Maceo en la zona de Viñales, la mejor defendida por las tropas españolas y por las milicias del país, que rivalizaban con los más apuestos soldados de España, y tenía que atravesar, forzosamente, por uno de los dos puntos cardinales, el del Mediodía ó el del Norte, á cual más erizado de factores hostiles. Entablada la acción de vanguardia entre las fuerzas que componían la de Maceo (230 hombres de Occidente) y la columna que defendía la línea del Sur, levantando trincheras ó reforzando las que existían en el camino del Guao á Viñales, Maceo no se ilusionó por la facilidad de la primera embestida que dió nuestra tropa, sino que considerando todo lo inminente del caso, se dispuso á rebatirlo con heroica resolución; reforzó las líneas de vanguardia, á cuyos combatientes les previno que resistieran hasta agotar el último cartucho, incidente que no podía sobrevenir en aquella oportunidad, y que ofendieran al mismo tiempo, sin cejar en la porfía, mientras hubiera un peón que manejara el fusil, esto es, mientras quedara un componente vivo de la vanguardia diezmada. No se arredró, aunque vertió la frase que mayor repugnancia le causaba, cuando le noticiaron que por el término de Pilotos venían tropas de refresco, para nutrir, desde luego, á las que combatían en el camino del Guao. Hizo frente á la nueva objeción con ánimo arrogante, sin perder el tino en presencia de los nuevos y graves accidentes que se acumulaban en aquel redondel, para hacerle expiar la osadía y temeridad que le llevaron á jugarse la fortuna. Era de imprescindible recurso, dilema forzoso, de vida ó muerte, romper el estorbo de la columna que le cerraba el paso del Sur, y neutralizar el empuje de la otra, si efectivamente se confirmaba la noticia de su participación en la riña. ¡Tremendo problema táctico! que exigía improrrogable solución, y más abrumador, á los pocos instantes, por haberse obstruido la única salida que se hallaba

franca hasta aquellos momentos: y ya complicado el asunto de una manera fatal para el caudillo insurrecto, su gloria y su fortuna estaban sobre el tablero, jugadas á un solo albur contra tres opositores combinados que iban frenéticos al copo. ¡Qué juego más violento y más terrible! De súbito, se halló el campeón de Cuba amenazado por tres lados distintos, poco menos que envuelto por el brioso competidor que acudía de Viñales con la gente del bronce, y le cerraba el otro paso por donde pensaba meter la cabeza el adalid de la libertad, con la vanguardia en pie sobre el terreno del desafío, pero sostenida únicamente por el pundonor, sin el apoyo de la retaguardia, porque hubo que unirla á los combatientes del centro, para presentar un frente más sólido de oposición á los bravos flanqueadores de Bernal que acometían por el lugar más débil de nuestras líneas, con la impedimenta despavorida, que buscaba salvación entre las llamas abrasadoras, eliminado todo recurso de desatar la dificultad por medio de la retirada, pavoroso el conjunto, formidables los obstáculos, con todos los factores enredados en la cuestión luchando á brazo partido, al mejor pulso le tocaba decidir el pleito, porque las mañas estaban de más y la destreza misma, en el recto sentido de la palabra, era lección inútil en un altercado donde los culatazos, los empellones y los puños jugaban el principal papel. En estas condiciones la polémica, el galardón sería del agente que mayor pujanza desarrollara sin pérdida de segundo; y así lo comprendió el egregio capitán de la tropa cubana, que dió el empuje decisivo con la fiereza y prontitud del león que le va encima al cazador, y lo vence y lo desgarrar si el proyectil no es lo suficiente certero para desbaratarle la faz. Ganó, pues, Maceo, por sus ímpetus de león, por la bravura que desplegó en lo más reñido del combate, y porque le acompañó la dicha de que no fuese tocado por el bravo competidor que le salió á la palestra. Perdió Bernal, después de haber luchado con admirable tesón, porque tuvo la desgracia de perder á sus oficiales más valerosos, porque se quedó sin dotación de artillería, porque era tarde cuando él se apercibió personalmente á reparar el estrago causado en sus filas por el plomo de los insurrectos; y en conclusión, porque la otra columna no ganó terreno en la lucha empeñada sobre el camino del Guao, y le tocó á Bernal toda la empresa del avance

para unirse á los batallones de Granados, el cual dejó el campo con tres horas de anticipación á la retirada de aquél, concierto que no pudo efectuarse por la precisión de los movimientos de Maceo, por su pericia sobresaliente en el primer combate, y su vigor extraordinario en el segundo.

Con la acción del cuatro de Octubre, tres columnas más desaparecieron de la escena.

X

Galalón

El campamento de Vista Alegre.—Maceo emprende el camino de Caiguababo.—Se sitúa el día 6 en Galalón, comarca de San Diego de los Baños.—Reñidos combates del 8 y 9 de Octubre con el general Echagüe.—Quebranto de la división española.—Bajas que tuvieron los insurgentes en Galalón.—El soldado viejo.—Resumen y juicio de la jornada al Cabo Corrientes (del 25 de Agosto al 10 de Octubre).

La noche del 4 de Octubre fué sumamente triste para los vencedores. Las luces del vivac, por lo común señales de regocijo entre soldados que han obtenido el triunfo, parecían tétricas antorchas de un inmenso funeral en campo raso, encendidas por una caravana de dolientes que ya no tiene interés en proseguir la ruta. Más que ostentación de la victoria, tenía aspecto de general desastre. Rompían el aire los lamentos desgarradores de los heridos, que reclamaban curación ó momentáneo alivio del dolor, entre el pausado andar de los camilleros que salían del vivac con la carga mortuoria, y regresaban poco después del sepelio en busca de otros difuntos. ¡Memorable y luctuosa noche! El sitio donde acampó la tropa cubana se llamaba Vista Alegre; de día, bajo el esplendor del sol, ó en circunstancias menos aflictivas, el lugar sería risueño guardando relación con el nombre que lo señala; pero en aquella noche de pesadumbre, era paraje desolado, aunque sirviera de campamento á tropas victoriosas que acababan de repartirse el botín de guerra apresado al enemigo. El ansia de devorar los comestibles arrebatados á los españoles en el furor del combate, no hacía desaparecer la imagen de la muerte que patrullaba en torno de los comensales, y á veces descansaba allí mismo; no con el carácter de visión, sino auténtica y real, conducida en andas por los sepultureros que fatigados de la carga ó rendidos por el sueño, echaban un cuarto de hora al pie del

retén, ó exigían el viático á los desocupados compañeros, á fin de que el espíritu no flaqueara en la triste y abrumadora tarea de cavar sepulturas dentro del monte. Entretanto, el muerto permanecía allí como si fuera otro huésped. Los pinos, con su monótono é incesante rumor, parecían cantar la salmodia del *requiem*, á la manera de sauces de una necrópolis que soñozan sin descanso junto á las tumbas de los seres amados. En aquel cementerio de *Vista Alegre* quedaron veinte hombres más, echados al hoyo por enterradores novicios á quienes la corneta del regimiento llamaba con presura para que soltaran al azadón y se pusieran el equipo del soldado.

A las seis de la mañana del nuevo día (5 de Octubre) se puso en marcha la columna de Maceo por el camino de Caiguanabo ¡jornada fatigosa! La conducción de más de cien camillas hacía interminable el viaje que, á paso ligero, sólo era cosa de tres horas de camino. La brigada de infantería del Sur cubrió el flanco izquierdo, sin perder de vista la comarca de Viñales, cuyo veguerío taló impunemente en dos leguas de extensión, de norte á sur, echando sobre los bravos defensores del baluarte español las pavesas del incendio. No hubo tiros. Con la gente de Viñales no era fácil que se ventilara ningún otro combate rudo, pues las únicas fuerzas regulares que guardaban la población, no estaban en disposición de volver á la palestra. Para tomar otra vez la ofensiva, hubiera sido indispensable que hubiesen llegado tropas de desembarco el mismo día 4, ó el 5, á más tardar, y que se pusieran en marcha sin demora alguna. Después del día 5, ninguna columna que partiera de Viñales podía llegar á tiempo, en atención á que la tropa cubana levantó el campamento de Caiguanabo el día 6, para encaminarse á Galalón, zona de San Diego de los Baños, y esa distancia no iba á recorrerla ninguna fuerza española que saliera del caserío de Viñales, buscando el rastro de los invasores. Sin embargo, Maceo no estaba bien situado ni en disposición de provocar otra batalla, mientras no se desprendiera del embarazo de las camillas, que lo imposibilitaba de emprender cualquier operación de guerra con el núcleo de sus tropas. Para estar expedito, y no pudiendo dejar en la zona de Caiguanabo el convoy de inválidos que conducía la columna, pues hubiera sido entregarlos á la ferocidad de los gue-

rrilleros de Consolación del Norte, levantó el campamento el día 6, con el objeto ya indicado, de colocar los heridos en parajes menos expuestos; operación que empezó á practicar durante la marcha y que terminó, al día siguiente, en el campamento de Galalón, sitio más abrigado, aunque perteneciera al municipio de San Diego, población fortificada y centro de operaciones de las columnas que vigilaban la línea férrea. Ya hemos dicho en otro lugar que el paradero del ferrocarril está en el caserío de Paso Real.

El día 7 fué de gran tarea para el estado mayor y la salud. El General quería salir de toda la ambulancia dentro del plazo más breve, para que la nueva operación lo hallara expedito, aun cuando el contingente armado sufriera considerable merma. Cada comisión que se despachaba para las distintas prefecturas de la comarca, iba bajo la custodia de diez ó doce hombres útiles, y á veces de algunos más, en relación con la calidad de los heridos y los riesgos de la travesía. Con estas sustracciones, el cuerpo principal de la columna quedó reducido á 400 hombres de pelea. Sobre este exiguo contingente pesaba aún la balumba de la impedimenta de pacíficos, que conducía á cuestas el depósito de plomo. Los caballos escaseaban. Por otra parte, el noble bruto no sirve para transitar por aquellos montes, pedregosos y empinados. El caballo es el mejor auxiliar del guerrero para correr por las planicies, prados y calzadas secas. El mulo criollo es la única bestia que, con buenas herraduras, camina por la montaña del Toro, atraviesa los desfiladeros de Cacarájicara, rompe por las dobles Cuchillas de San Sebastián, escala el cerro de la Cruz y pastorea en la cumbre de las Cabras. Sin el mulo, no hay caballería insurrecta que resista una campaña de dos meses en las lomas del Pinar. Huelga decir que mulos de condición, podían contarse con los dedos. El que montaba Maceo era sobresaliente; de siete cuartas y media de alzada, vivo, trepador, cenizo y de mucho aguante. Además, tenía una mula llamada la *Gobernadora*, de parecidas condiciones, de color castaño, y un caballo especial que seguía al mulo. Diez ó doce cabalgaduras más competían con la de Maceo. Queda, pues, entendido que la mayor parte de la gente marchaba á

la peonza: jefes, oficiales y soldados. El que tenía cuadrúpedo, sin mataduras, lo reservaba para empeños más difíciles.

Desembarazada la columna de los heridos y enfermos de cuidado, hallábase en disposición de aceptar los nuevos combates que indudablemente le plantearía el enemigo en la zona de San Diego de los Baños. Los exploradores trajeron la noticia de que en la población de San Diego se hallaba la división del general Echagüe, moviéndose con presteza para tomar el camino de nuestro campamento de Galalón y altos de Guayabitos. El nuevo combate no se hizo esperar: dió comienzo en las lomas de Catalina, á las once de la mañana del día 8. La fuerza española, con gran número de infantes y buen golpe de caballería, ocupó las lomas ya mencionadas, haciendo fuego á discreción sobre el pinar de Catalina, como ataque previo para barrer el primer obstáculo, meterse en Galalón y acampar en los altos de Guayabitos. El general Echagüe, que conocía la táctica de Maceo, pero al que nunca había encontrado bien provisto de pertrechos, hizo alto en el pinar de Catalina al advertir que el fuego de los insurrectos era más nutrido que en otras ocasiones, aunque sólo disparaban los retenes que defendían por aquel lado el campamento de Galalón, donde se hallaba Maceo con la gente preparada. Pero extrañándole á nuestro caudillo la inmovilidad de su contrincante, que pretendía alzarse con los laureles de la victoria sin maniobrar hacia Galalón, destacó la tropa de Vuelta Abajo, los cien hombres que quedaban ilesos de la brigada de Occidente, pues los demás habían caído en Ceja del Negro; y apartó cuatro compañías de las otras brigadas para que sirvieran de sostén á los primeros, en el caso de que los españoles acentuaran la hostilidad sobre las alturas de Galalón, obligados por la ofensiva de nuestra vanguardia.

Las lomas de Catalina que ocupaban los batallones de Echagüe, fueron flanqueadas por la gente que destacó Maceo, la tropa aguerrida de Vuelta Abajo, y por tres compañías de la brigada Sur, de las que desprendió el Cuartel General comprendiendo que á la inmovilidad de su antagonista era preciso oponerle la agresión de flanco, única manera de conocer sus intenciones, pues ante la ofensiva por uno de los costados no le quedaba otro recurso que desplegarse en batalla, ó salir

del atolladero, optando por la retirada á Paso Real. Efectivamente, al sentirse ofendido por la vanguardia y el flanco izquierdo, desplegó casi todo el núcleo, tratando de meterse á fondo por las lomas de Bermejales con fuego de fusilería y de cañón. Por todos los lados de la montaña—caprichosa allí en su aspecto—sonaba el granizo de plomo; se renovaba la tempestad de Ceja del Negro. A fin de imprimirle más calor, acometió Maceo personalmente colocándose en pocos minutos á la cabeza de los flanqueadores, montado en la briosa mula; el peonaje que le siguió echaba el hígado por la boca, pues tuvo que salvar á escape un trayecto de dos kilómetros, y descargar veinte veces el fusil á otras tantas indicaciones del altivo capitán, más firme al galope que á pie, y más entero á medida que arreciaba la borrasca. Cuando el General entró en función con su escolta y el núcleo de infantería, trepidaba la tierra. Cuatrocientos hombres avezados á la lucha de las armas, oponiéndose á la invasión de cuatro batallones que maniobraban con actividad para ganarle la delantera á Maceo, á fin de que éste no les cerrara el camino de la retirada si el combate no quedaba resuelto en aquellas alturas; tan empeñada lid, dentro de un espacio, relativamente pequeño, para que los actores de los dos partidos pudieran cubrirse con los parapetos naturales de la superficie donde se batía el cobre, tan reñida cuestión presentaba el aspecto de las cosas trágicas, que sólo se resuelven ó terminan con la extinción total de una de las parcialidades combatientes, ó por el estrago recíproco de las dos partes, en que faltando el ánimo para continuar el debate, se impone la tregua forzosa sin que nadie la pida ni nadie la conceda. Los españoles, viéndose atacados con la osadía propia de un contrincante que no mide el peligro, acentuaron la hostilidad sobre el costado derecho del opositor, ó séase la línea de tiradores que ofendía con mayor viveza el flanco izquierdo de la columna española. El general Echagüe, sabiendo positivamente que tenía de competidor á Maceo, bien provisto de cartuchos y con armas inmejorables, hubo de comprender, á las dos horas de haber comenzado la operación, que ésta iba á prolongarse algunas horas más, tal vez hasta el día siguiente, y que sólo manteniendo el turbión de plomo con la misma intensidad mientras el enemigo

no diera señales de cansancio, le sería posible sostenerse en aquellas posiciones, pero sin alcanzar ninguna ventaja. Después de todo, cualquiera que fuese el resultado de la acción de las armas, no lograban ningún objetivo de trascendencia apoderándose de las lomas de Bermejales, ni destruyendo el campamento de Galalón, á menos que la fortuna no le concediera el favor más alto de exterminar al capitán de las tropas rebeldes. El campamento de Galalón no era más que un sitio en la montaña, elegido por Maceo para ventilar un combate más contra las legiones de Wéyler. Las columnas enemigas que defendían las comarcas de Paso Real y San Diego, por esfuerzos que hicieran para batir al caudillo de la insurrección, no podían impedirle que siguiera la marcha hacia el Este, de retorno de su gloriosa excursión al Cabo Corrientes, puesto que allí no existían trochas ó caminos militares que pudieran detenerlo en su propósito de volver al lugar de donde había partido. El verdadero riesgo estaba en la zona de Viñales; después de los encarnizados desafíos del Guao y Ceja del Negro, todos los demás obstáculos carecían de verdadera importancia. Maceo podía eludir cualquier combate desde Galalón hasta el campo atrincherado de Artemisa: podía aproximarse á la trocha de Arolas sin disparar un tiro. El obstáculo principal, para que así no sucediera, estribaba en el temperamento del hombre.

La operación que trató de realizar el jefe de la columna española sobre las lomas de Bermejales, con el móvil de batir á Maceo para que éste no se aproximara á San Diego de los Baños, ó no se escurriera por la línea férrea entre Paso Real y Consolación del Sur, carecía de objeto si no lograba expugnarlo de aquellos sitios, para hacerle tomar la dirección inversa después de batirlo con eficacia. Por el contrario, si Maceo proseguía la marcha hacia el Este de la provincia por dentro de las sierras del Rangel y del Brujo, hasta las inmediaciones de Candelaria, ó seguía el camino de la llanura por el Sur de la línea férrea, la operación emprendida por el general Echagüe, sobre no resolver ningún designio estratégico, podía serle fatal al esforzado jefe de la columna española al verse obligado á retroceder para sus cuarteles de los Baños,

perseguido por Maceo desde el mismo lugar de Galalón hasta el célebre balneario sulfuroso.

Cayó un formidable aguacero á las tres de la tarde: el golpe de la lluvia calmó el furor de los combatientes. Pero volvieron á renovarse las hostilidades antes de ponerse el sol, en las mismas alturas que ocupaban los lidiadores. La vanguardia española ya no pudo avanzar un paso más, ofendida constantemente por el horrible fuego de los insurrectos: éstos, ocupaban el espeso encinar de Galalón, desde donde dirigían certeros disparos al núcleo de la columna que trataba de establecer campamento en una de las hondonadas de la sitiería, con los bagajes en el camino de Catalina bajo la custodia de la retaguardia, la que, desde luego, al emprender el camino de San Diego iba á convertirse en cuerpo de vanguardia. Abandonar el campo en aquellos momentos, era cosa imposible. El gran número de bajas que tenía la columna española, la necesidad de enterrar los muertos y atender á la curación de los heridos, le obligaba á pernoctar en aquel sitio. Aunque el camino de la retirada lo tenía el general Echagüe completamente cubierto, por un batallón que no había tomado aún parte en la pendencia, tampoco era dudoso que Maceo le atacara por la noche, corriéndose por el flanco ofendido, para situarse sobre la retaguardia española antes de que se convirtiera en vanguardia. El campamento de los españoles estaba ya en silencio en las primeras horas de la noche, aunque era de presumir que procedían con el mayor sigilo á organizar la marcha de retirada. Maceo envió cuatro cañonazos al campamento español y algunas descargas de fusilería, para dar fe de su proximidad. La noche debió ser muy penosa para la tropa enemiga, según pudo verse á la mañana siguiente, con el testimonio inequívoco de las muchas sepulturas que mostraba la tierra removida por la azada, fácil de ahondar á causa del aguacero reciente. Al amanecer comenzó la función entre los destacamentos avanzados; ya los españoles emprendían el camino de San Diego de los Baños, por la misma senda que los condujo á Bermejales en la jornada de la víspera. El fuego, tan horrible y atronador como en la polémica del día 8, se extendió de vanguardia á retaguardia, en todo el trayecto que media de Galalón al cruce del río Catalina. La

columna de Echagüe, que durante la noche organizó el convoy de los heridos para que marchara en la vanguardia, bregó con singular denuedo desde las primeras horas hasta las nueve de la mañana, en que pudo cruzar el río Catalina para dirigirse, por lugares más despejados, al caserío de San Diego. El batallón que cubría la retaguardia fué alcanzado por las guerrillas que destacó Maceo, en tres ocasiones distintas, antes de que cruzara el río; á pesar de la sólida resistencia que opuso, experimentó buen número de bajas y perdió algunos armamentos. El principal empeño de Echagüe durante esta marcha retrógrada, era salvar la ambulancia que había emprendido el camino de San Diego al romper los claros del día, propósito que logró á fuerza de combates parciales. Tan disputada acción terminó entre ocho y nueve de la mañana del viernes 9 de Octubre, hora en que los españoles penetraban en San Diego de los Baños, rotos de fatiga y con un inmenso convoy de heridos. Los insurrectos, mientras iban en pos de la columna de Echagüe, hallaron cuarenta sepulturas cavadas á flor de tierra; se apoderaron de 35 fusiles útiles y tuvieron ocasión de examinar el campo en que se ventiló la pelea del día 8, desde el pinar de Catalina hasta los altos de Galalón, largo trayecto que los españoles dejaron sembrado de casquillos que, junto con las cajas que contenían los pertrechos, atestiguaba de un modo evidente el costo de la riña, no obstante de que las fuerzas de Echagüe quintuplicaban á las que tenía Maceo. Este sólo pudo disponer de cuatrocientos hombres, mientras el jefe español contaba con cuatro batallones, como lo expresa el parte oficial del combate, de una sección de artillería, de dos escuadrones de tropa regular y las guerrillas de la comarca. Fué el combate de Galalón uno de los más disputados de la campaña de Pinar del Río, y si bien no alcanzó la resonancia del de Ceja del Negro, ventilado cuatro días antes, porque las pérdidas de los cubanos en Galalón no llegaron ni con mucho á las de la batalla anterior, ni hubo por parte de los españoles la tremenda embestida que ha hecho memorable la acción de Ceja del Negro, el general Echagüe experimentó un serio contratiempo en la jornada que trató de llevar á cabo el día 8, pues no pudo expugnar á Maceo de Galalón, y en cambio, vióse obligado á salir de la montaña con

manifiesta prisa para que la derrota parcial no se convirtiera en desastre completo. Los partes mismos que publicó la prensa de la Habana, aunque amañados y compuestos con el especial aparato de una descripción técnica, más propia de un campo de maniobras que de una riña encarnizada, esos documentos que insertamos íntegros en este lugar, demuestran la derrota de la columna española, no ya sólo por el número de bajas que en ellos se confiesa, sino porque descubren lo que trata de ocultarse: el esfuerzo ineficaz de las columnas para expugnar á Maceo de aquellos sitios, y la vuelta de los españoles al lugar de donde partieron sin haber realizado ningún objetivo provechoso. Maceo quedó á la vista de San Diego, y Echagüe se refugió en dicha población con evidente prisa y perseguido por la tropa cubana (1).

(1) Los periódicos de la Habana publicaron el siguiente parte:—“El general Echagüe encontró, el día 8, á los rebeldes mandados por Maceo ocupando fuertes posiciones en los altos de Guayabitos, de Pinar del Río, hacia Paso Real. Después de tres horas de fuego se tomaron las posiciones á la bayoneta, causando al enemigo crecido número de bajas, sobre todo al retirarse por uno de los flancos bajo el fuego de nuestra artillería. No se conocen aún exactamente las bajas que se le han causado, pero exceden seguramente á lo que hoy se pudiera decir. Las nuestras fueron 15 soldados muertos, los tenientes coroneles de Aragón y Arapiles, Rodríguez y Romero, el primer teniente de Arapiles don Juan Valero y segundo de Aragón, don Manuel Latorre y don Eustaquio Llorea y 93 de tropa heridos y 5 contusos de bala. El enemigo hizo durante el combate, cinco disparos de cañón que no causaron efecto. Se retiró hacia Caimito y Caiguanabo, quemando un campamento de Galalón. El general Echagüe condujo los heridos á San Diego de los Baños. De esta acción llamada de Bermejales ó Guayabitos, se conocen los siguientes detalles. Al amanecer del día 8 salió de San Diego de los Baños el general Echagüe al frente de su brigada compuesta por los batallones de Arapiles, Aragón, Infante, Otumba, caballería y la guerrilla de San Diego. Atravesando las lomas y los ríos, yendo Aragón á la cabeza y en segundo lugar Arapiles á las lomas de Catalina, donde, por el flanco izquierdo, rompió el fuego el enemigo, al que contestó el batallón de vanguardia, mientras que las otras fuerzas pasaban por la línea misma de fuego, á la carrera, á tomar posiciones. Aragón contuvo el ímpetu primero. Llegan, á poco, la primera y segunda de Arapiles, que ocupan el frente de Aragón, ayudada por las otras tres compañías, las cuales, después de proteger la retirada de Aragón, pasan á la carrera á coronar una altura avanzada hacia el costado derecho de la primera y segunda, que, al mando de sus capitanes don Francisco Torrontegui y don Eduardo Casado, bajo la inspección del teniente coronel Joaquín Romero, primer jefe de Arapiles, se batieron en el punto más peligroso de la acción, desde aquel momento, hasta la mañana, hasta bien entrada la noche, se retiraron á una hondonada en que estaban preparándose los ranchos de la tropa. Al amanecer del día anterior, en los que el fuego arreciaba por momentos. Mientras esto ocurría en las posiciones altas, en las más bajas, al mando

Las fuerzas insurrectas tuvieron ocho muertos y 37 heridos. La división de Echagüe alcanzó la cifra de 300 bajas, aun cuando los partes sólo la hacen llegar á 118. Sufrieron contusiones y heridas, aunque no de gravedad, el coronel Juan Ducasse, el ayudante Nicolás Sauvanell, el capitán Faustino Guerra que salió con el brazo atravesado; y sucumbió bizarramente el comandante Julio Morales, jefe de la escolta de Maceo. El bravo negro ya no pudo arengar más á su gente, del modo especial que lo hacía en el combate de Ceja del Negro: “¡No azore, no azore soldado; déjalo que se arrimen!”—murmuraba en el encinar del Guao; frase que se hizo célebre entre los veteranos de Maceo, no por el alcance de las palabras, sino por la manera de expresarlas y la actitud del viejo batallador en aquella peligrosa posición, que hemos ya descrito en la página de Ceja del Negro. Julio Morales, soldado de Maceo des-

del comandante don Daniel Durán, se batían conteniendo el costado izquierdo del enemigo y guardando la retaguardia de nuestras tropas, en la línea principal, las compañías tercera y cuarta de Arapiles, cuyos capitanes Peralta y Carriago estimulaban á los soldados y secundaban al jefe en sus acertadas disposiciones, no obstante la lluvia de balas que en aquella dirección caía. El radio de la acción puede calcularse en medio kilómetro de terreno montuoso y de precipicios. La tercera compañía del batallón de Aragón, al mando de su capitán señor Prats, sufrió también el fuego más nutrido del enemigo en la misma posición, á la izquierda de la segunda y primera de Arapiles, mientras el batallón del Infante batía los costados izquierdo y derecho, impidiendo que el enemigo cortase la retirada, y el de Otumba se había colocado de sostén para reforzar donde fuese necesario. El teniente coronel señor Rodríguez, estuvo, como el de Arapiles, todo el tiempo al frente de su tropa, aunque no tenía todo su batallón en la línea principal del fuego, hasta que, herido gravemente, hubo de retirarse del campo. El general Echagüe secundado por sus dos ayudantes de campo los comandantes Frídrieh y Jiménez Pajarero, redobló su actividad é inteligencia. El día pasó sin que se dejaran de oír las descargas de una y otra parte, y los disparos de artillería que sembraron la muerte en los grupos insurrectos. Nuestros soldados, cada vez más animosos, á pesar del plomo que sobre ellos caía y todos deseando el momento de armar el cuchillo para correr á batirse al arma blanca. Esto era totalmente imposible. El batallón de Infante se hizo cargo del convoy de muertos y heridos. El enemigo, forjándose la ilusión de que, por la mucha impedimenta que nuestras tropas llevaban, podía cortarle el paso del río Catalina, fué atacando al batallón de Otumba y á la tercera compañía de Arapiles, siempre por la retaguardia y por los flancos próximos á ella, hasta que cerca del río, fué rechazado en definitiva después de un largo combate, sostenido por nuestra retaguardia todo el tiempo que tardaron las acémilas en pasar al otro lado del río que fué más de hora y media. Los insurrectos tenían algún cañón, pues por la noche hicieron cuatro disparos sin consecuencia para nuestras tropas.” El relato es pésimo: parece escrito en el campo de maniobras de Carabanchel.

de 1868, había obtenido el galardón que con más viveza deseaba: ser jefe de la escolta de su intrépido y amado caudillo. Los cuatro jefes anteriores de la escolta del general Maceo, en esta campaña de 1895, cayeron en diferentes parajes de la jornada invasora: en Iguará, territorio de Las Villas orientales, en Mal Tiempo, jurisdicción de Cienfuegos, en Calimete, provincia de Matanzas, en Paso Real, cerca de Galalón, donde ahora sucumbía el famoso Julio Morales, hombre rudo, con las barbas blancas. La escolta de Maceo pasó á mandarla el capitán Aldana, después de enterrados en Galalón los gloriosos restos del negro Julio. Allí quedó, al pie de un grupo de encinas, imagen de la fortaleza. Las encinas, como es consiguiente, han sobrevivido al heroico soldado y se mantienen aún vivaces en torno de la agreste sepultura.

Retar con nuevos combates al enemigo era ya temeridad, después de las ventajas adquiridas. Pero una orden del Cuartel general, comunicada á las ocho de la noche del mismo viernes 9 de Octubre, hizo avanzar algunas fuerzas sobre San Diego de los Baños, al frente de las cuales se puso el general Maceo para quien no había distracción más apetecible que la de la lucha tormentosa. Fué verdadera fortuna para los destacamentos que avanzaran sobre San Diego que el cañón hubiese sufrido algunos desperfectos, pues, de lo contrario, el general Maceo no deja transcurrir la noche sin función de artillería.

A una hora avanzada de la noche, el Cuartel general se situó en la sitería de las Yeguas, á tres kilómetros próximamente del caserío de los Baños. Con el combate de Galalón terminó la estupenda jornada al Cabo Corrientes, pues las acciones que se ventilaron después de ese día, particularmente las de Soroa y el bombardeo de Artemisa, no deben ser englobadas en esa excursión sin igual, que dió comienzo el día 22 de Agosto en Bacunagua, y vino á finalizar, casi en el mismo sitio, el día 10 de Octubre. Todas las columnas que trataron de cerrarle el paso á Maceo quedaban descalabradas, á retaguardia de la hueste expedicionaria: todas habían experimentado pérdidas enormes, y ninguna de ellas estaba en disposición de renovar la contienda: ninguna lo intentó. La primera columna, ó sea la de Wad Ras, quedó en los Arroyos de Man-

tua; la segunda, ó sea la de San Martín, después del combate de Montezuelo, buscó abrigo en el litoral; la tercera y cuarta, mandadas por Melguizo, abandonaron el campo de las operaciones una vez ventilados los combates de Estorino y la Manaja; las de Granados y Bernal fueron rotas en el Guao y Ceja del Negro y por último, la de Echagüe, salió precipitadamente de Galalón mermada por el plomo de los insurrectos. Maceo batalló contra ocho columnas distintas, desde los Arroyos de Mantua hasta el campo de San Diego, sin que él pudiera echar mano de otras fuerzas que las de la hueste expedicionaria. Es lo más admirable de la vida militar de un caudillo. No en balde decía una revista ilustrada de Barcelona, al comentar con sereno juicio esta asombrosa operación, que el general insurrecto había rivalizado con Napoleón en la primera campaña de Italia. Si Bonaparte logró abrirse paso con sólo un cuerpo de ejército contra los distintos de los austriacos, Maceo, con un puñado de hombres, había ido al extremo occidental de la Isla de Cuba en busca de una expedición de armas y pertrechos, y después de haber salvado estos útiles de guerra, quedó encerrado allí, ó creyó encerrarlo Wéyler por medio de poderosas columnas; pero el osado general insurrecto, no sólo quebrantó el doble cinturón de hierro y mampostería, que lo estrechaba en los remates de Guane, sino que admitió todos los lances bélicos, y provocando otros nuevos, emprendió la vía de retorno hacia el lugar de donde había salido, y á él llegó victorioso con el material de guerra que le sobró de esta serie de batallas. Más experto que el caudillo cubano, más diligente y acometedor, no existe ningún otro en los anales militares de país alguno que haya luchado por su libertad; y quién sabe, si comparando las hazañas de los más célebres guerreros con las ínclitas proezas del luchador cubano, quedarían obscurecidos los hechos de aquellos capitanes de fama universal, ante las acciones de nuestro incomparable protagonista.

XI

La Reconcentración

Las noticias de los últimos combates exasperan á Wéyler.—Dudas y cavilidades.—Para contener el empuje de Maceo concibe el plan de exterminio.—El célsbre Bando de la reconcentración.—Móvil verdadero de esta salvaje medida.—Larga agoría de los reconcentrados.—Dos semblanzas de Wéyler.—Ojeada retrospectiva.

LA ruidosa excursión realizada por Maceo hasta el Cabo Corrientes y su triunfal retorno al punto de partida —hechos palmarios, de una certeza absoluta—exasperaron profundamente al director de las armas españolas, haciéndole perder el tino y la habilidad para la composición de nuevos embuchados. Aunque Wéyler no conocía los territorios donde se ventilaban los lances más duros de la guerra, porque no había salido á campaña, ni una sola vez, le bastaba el croquis topográfico de Pinar del Río para comprender que la expedición de Maceo era la más atrevida de las empresas bélicas, puesto que había cruzado, de Levante á Poniente, casi toda la provincia de Vuelta Abajo, y estaba ya de regreso por el mismo camino de la ida, sin que para él fueran obstáculos las dos líneas fortificadas que hubo de salvar cuatro veces distintas, ni las ocho tremendas acciones que hubo de reñir contra otras tantas columnas del ejército español, cada una de las cuales reunía mayor número de elementos tácticos que toda la hueste expedicionaria acaudillada por el audaz cabecilla. De suerte,—podía decirse Wéyler, haciendo el resumen mental de los debates—que mi antagonista ha realizado con creces lo que nadie intentó jamás: partir de un lugar determinado, con dos ó tres mil hombres de guerra, y volver al mismo sitio, á los dos meses de no interrumpida función, dejando á retaguardia las ocho divisiones que le salieron al paso,

las más de ellas, destrozadas, por cuanto ninguna tomó su desquite. El plano de Pinar del Río y las noticias que le enviaban los jefes de las ocho columnas que lidiaron contra Maceo y sus desordenadas huestes, no indicaban otra cosa. Maceo, que debió ser exterminado entre las dos trochas de la región occidental, acababa de salir ileso y victorioso de los más graves peligros y aun tenía arrogancia para emprender nuevas aventuras. ¿Llevaría su audacia hasta la trocha del Mariel? ¿Osaría atacar el torreón del general Arolas?... Todo parecía imposible antes de ejecutarlo; pero, diariamente, el temerario caudillo de la insurrección se lanzaba á los mayores arrestos, que no sólo descubrían la valentía de su ánimo, sino el vigor de su inteligencia.

Parecía natural que el Marqués de Tenerife, militar de renombre, con el pecho atestado de condecoraciones, y jefe absoluto de un ejército de 200,000 hombres, se pusiera á la cabeza de las tropas que operaban en Pinar del Río, para saber si era verdad ó si era fábula, el paso de Maceo por entre las líneas que señalaba el plano topográfico de dicha región, ó para enseñar á sus lugartenientes de qué manera se humillaba la altivez del envalentonado corifeo, cuyas resoluciones estaban buenas para aturdir á los generales del tenor de Martínez Campos, de poco brío y escasa penetración, á quien pesaban las carnes adiposas, pero de ningún modo para descomponer el plan de una campaña dirigida por el más competente de los capitanes españoles, que hasta entonces, no habían necesitado montar á caballo para conducirla á buen fin. Los ruidosos episodios realizados por el titulado General de un ejército irregular, compuesto de partidas de todas las procedencias malsanas, sin cohesión, ni otro sostén moral que el nombre del cabecilla, eran cosas de muy poco valer para un ejército de miles de hombres, instruidos por la común disciplina, observadores de los preceptos de la ordenanza militar que les exigía el cumplimiento estricto del código del honor, ante el cual la pérdida de la vida era lo de menos, si con la inmolación se hacía patente la ceguedad del valor hispano, nunca amilanado y jamás vencido. Era necesario verlo para rendirse á la evidencia; y este testimonio no podía alzarse constantemente, una vez y otra vez, desde el límite más occiden-

tal de la Isla hasta los revellines del Mariel. O las tropas españolas no habían luchado con el empuje suficiente al encarrarse con las hordas de Maceo, ó esos macizos de Vuelta Abajo estaban formados de un modo tal que sólo ofrecían ventajas sobresalientes para las facciones del país, capitaneadas por el titulado General del ejército libertador. Parecía lógico que Wéyler tratara de adquirir la convicción sobre el campo de las maniobras.

Pero el más pequeño de los capitanes generales, el más pequeño en estatura, el más pequeño en el consejo, y sólo notable en la maquinación de planes tenebrosos, compuso el acto más inicuo de la obra que tenía en mente, sirviéndole de amanuense el gran Escribano, su valido y cómplice á la par. No salió del salón rojo de Palacio—en aquella época, no pulquérrimo como ahora, porque entonces la suciedad se exhibía en los muebles de lujo, y la porquería tapizaba los pabellones, los mosquiteros, las lunas de Venecia, los neceseres (lugares excusados aparte);—no dejó el gabinete de estudio para dar cima al horrendo propósito de contener el vuelo de la insurrección por medio de los asesinatos impunes, al por mayor y al detall, y por otros medios más espantosos, aunque no participaran de esa forma violenta. Allí urdió el titulado de Tenerife y payés de San Quintín de Mediona (lugar de Cataluña en la comarca del Panadés, donde el sátrapa posee unos viñedos no castigados por el *oidium*), allí concibió, y redactó en mala gramática, el célebre bando de la reconcentración de pacíficos, con sus bueyes y aperos de labranza, como desquite á las sonadas victorias de Maceo; padrón de ignominia para el autor y sus partidarios, y que iba á costarle á España el más ejemplar castigo que registran las historias de los pueblos conquistadores.

Órdeno y Mando—escribió el capitán general, después del encabezamiento de rúbrica.

1º—Todos los habitantes en los campos ó fuera de la línea de fortificación de los poblados, se reconcentrarán en el término de ocho días, en los pueblos ocupados por las tropas. Será considerado rebelde y juzgado como tal, todo individuo que transcurrido ese plazo, se encuentre en despoblado.

2º—Queda prohibida en absoluto la extracción de víveres de los poblados, y la conducción de uno á otro por mar ó tierra sin permiso de la autoridad militar del punto de partida. A los infractores se les juzgará y penará como auxiliares de los rebeldes.

3º—Los dueños de reses deberán conducir las á los pueblos ó sus inmediaciones, para lo cual se les dará la protección conveniente.

4º—Transecrido el plazo de ocho días, que en cada término municipal se contarán desde la publicación de este Bando en la cabecera del término, todos los insurrectos que se presenten, serán puestos á mi disposición para fijarles el punto en que hayan de residir, sirviéndoles de recomendación el que faciliten noticias del enemigo que se puedan aprovechar, que la presentación se haga con armas de fuego, y más especial si ésta fuera colectiva.

5º—Las disposiciones de este Bando sólo son aplicables á la provincia de Pinar del Río.

Habana, 21 de Octubre de 1896.—Valeriano Wéyler.

A renglón seguido de este Bando, monstruoso, se publicaban las siguientes noticias de la campaña. “Presentados en San Cristóbal han dicho que en los combates sostenidos por Maceo los pacíficos tiraron muchas municiones de las que, á la fuerza, les hacía conducir el enemigo; que en el combate de *Tumbas de Torino* murieron Ibonet, titulado ayudante de Maceo, y los cabecillas Leite Vidal y Tarafa. En el combate de los altos de Guayabito dicen que murió Rodríguez, jefe de la escolta de Maceo, y fueron heridos los cabecillas Lucas y Ducassi. Agregan que el mal resultado obtenido por Maceo en las últimas operaciones, le ha hecho perder mucha influencia entre los suyos”. (*Avisador Comercial* de la segunda quincena de Octubre).

Como medida militar, el bando de Wéyler no sería impugnado por nadie que conozca las guerras de Cuba, si el móvil de esa disposición se hubiera inspirado en el propósito de sustituir elementos de vida á los revolucionarios en armas, á quienes únicamente debió alcanzar el castigo; pero, siendo otro, muy diferente, el propósito que perseguía el capitán general con la aplicación de dicha medida, propósito inspirado en la

venganza, concebido por el afán de satisfacer las pasiones más innobres, la pasión del odio, la de la ira, la del despecho, y la propia ferocidad de aquel soldado imperito, es una orden vituperable bajo todos los aspectos, ineficaz como medida de guerra contra los que combatían con las armas en la mano, que no iban á reconocer la autoridad de la metrópoli porque les faltara el subsidio del predio, y la más adecuada y oportuna para abrir la senda de los horrores y de los asesinatos á mansalva. Por la primera prescripción del terrible Bando, se concedía autorización á los jefes de las columnas para que ejecutaran sobre la marcha á los campesinos que no hubieren abandonado sus pequeñas haciendas; y por el inciso segundo, de la misma disposición, se condenaba á la pena capital á los que ignorasen los mandamientos de ese código draconiano. Dos métodos, pues, se utilizaban para llegar á un solo fin: matar sangrientamente á los que alegasen desconocimiento, y matar de hambre á los infelices que, por temor al asesinato, se vieses obligados á salir del monte. Todo el que se encuentre en despoblado—decía la salvaje disposición de Wéyler,—esto es, todo ser viviente que tuviera su domicilio en las afueras de cualquier sitio fortificado, caería bajo el rigor de las leyes establecidas. Sabido es que los campesinos diseminados por las vegas, estancias, potreros y tumbas de monte, constituyen la mayor parte de la población rural, especialmente en las provincias de Pinar del Río y Camagüey. Los pueblos fortificados no pasaban de quince en la región de Vuelta Abajo, en aquel período de la guerra; y es igualmente notorio que los despoblados empiezan en Cuba á tiro de fusil de cualquier lugar urbanizado. En Pinar del Río la ferocidad de Wéyler tenía ancho campo donde cebarse.

El terrible Bando, aplicado de un modo brutal, elevó la mortandad á la cifra incalculable de una epidemia pestífera que arrasa campos y ciudades. La reconcentración de pacíficos dispuesta por el facineroso soldado que representaba al gobierno de la Regencia, tomó el carácter de plaga mortal que elegía sus víctimas entre los apocados y misérrimos. Los insurgentes no carecían de víveres en la montaña, é iban por ellos á las zonas de cultivo de los destacamentos españoles, si alguna vez llegaban á faltar en los lugares ocultos de la sierra;

pero los depauperados, que no podían militar en las filas revolucionarias con el carácter de actores, fueron pasto de esa calamitosa reconcentración que no tenía más objeto que el exterminio del vecindario rural, por medio de la matanza en los despoblados, por medio de la aflicción lenta y metódica dentro del perímetro de las plazas guarnecidas. El calvario de los reconcentrados excede en horror á cuanto pudiera decirse: fué el más estudiado de los martirios públicos, el más persistente y cruel de los azotes, aplicado por el despotismo de una autoridad que quiso obtener la triste gloria de exterminar la población cubana, si los acontecimientos se le mostraban propicios, ó si la deidad del mal seguía brindándole sus favores. La feroz batalla la planteó contra hombres y mujeres á la vez, que no tenían manera de salvarse de las jaurías perseguidoras, y extremó el rigor contra los infelices de la población rural, que ante el cuadro horrendo de la matanza, viendo incendiados sus bohíos, destruídas las siembras y dispersados á tiros los animales domésticos, aceptaron la boleta del mísero alojamiento bajo la denominación de *reconcentrados*. Esa cartulina, en la que únicamente se estampaba el número del individuo; pues el reconcentrado era un ser anónimo, venía á ser el pasaporte legal para el otro mundo, expedido comúnmente por el furriel de la guarnición, especie de cómitre irresponsable. Los *reconcentrados* devoraban los residuos hediondos del puchero después que la tropa había apartado el caldo y el jamón, relamiéndose de gusto; y, á veces las espinas del bacalao podrido, menos escuálido que la gente hambrienta. Dormían en promiscuidad, hombres, mujeres, viejos y niños sobre los camastros del barracón, bajo la vigilancia de los centinelas: hacinamiento humano, compuesto de todas las miserias y de todos los infortunios. Después del primer toque de fagina, el cabo ó el sargento de retén les pasaba revista de comisario, amenizada con estos insultos y otros de mayor calibre: ¡*A ver esos reconcentrados!* ¡*fuera del corral!* ¡*á poner los piojos al sol!* La crueldad y la grosería andaban aparejadas. Si durante la noche alguno de esos infelices, por decencia ó por pudor, trataba de escurrirse del barracón para ir á vaciar en sitio más á propósito las heces de la miserable comida, le pegaban un tiro ó le mataban á palos: ¡era juzgado como rebelde cogido

en la manigua! Aun después de terminada la guerra, algunos meses después de la paz entre los Estados Unidos y España, se veían las señales de la horrenda calamidad que inventó y fomentó el depravado Wéyler. Todo individuo macilento y andrajoso que anduviera por la ciudad ó por los despoblados, alcanzaba del observador este juicio, sintético y exacto: *¡debe ser un reconcentrado!* Las víctimas de Wéyler se conocían por el vientre abultado, la faz cadavérica, los ojos hundidos y apagados, el habla sutil y quebradiza, el estupor pintado en el rostro, y las ropas cayéndose á pedazos. Por dondequiera se alzaban testimonios acusadores contra el gobierno de la Regencia, que sancionó los procedimientos del inicuo representante de la Corona, y dijo mil veces, en documentos oficiales, que el proceder de Wéyler estaba en perfecta armonía con el criterio de Su Majestad católica y con la política salvadora de sus consejeros responsables. No permitió la Providencia que murieran todos los reconcentrados, á fin de que no se borrara la imagen de tan prolongado infortunio, y la poderosa nación que al cabo intervino en la contienda de Cuba contra España, pudiera comprobar, con testimonios irrecusables, toda la acusación de la voz pública.

Era, pues, Wéyler otro Duque de Alba, aunque en tamaño de postal en lo que respecta al orden militar, pero de parecida traza en cuanto á la dureza del corazón, tan carnicero como el soldado de Flandes, tan implacable como el hombre de hierro que asoló los Países Bajos, con el único distinguo de que aquél marchaba á la cabeza de los tercios españoles y hendía las primeras espadas de Europa, puestas al servicio de la religión protestante; y nuestro Alba de Tenerife y de Cabaniguán, pequeño de estatura, casi deforme, y pequeño dentro de lo teatral de su papel, no tenía valor para matar á ningún hereje cara á cara, pero le sobraba osadía para contemplar tranquilamente el espectáculo de una decapitación enorme, de filipinos y cubanos, y aun para oler los despojos de las víctimas, como la hiena coronada de la *Saint Bartelemy* que decía, con la mayor unción, recorriendo las calles de París al día siguiente de la matanza. *¡Siempre huele bien el cadáver de un enemigo!* Puede llegarse á esta conclusión: Wéyler no era

el de Alba ni en tamaño de tarjeta: era otro Carlos de Valois y de Médicis sin el lustre del nacimiento (1).

Aunque el celeberrimo Bando de la reconcentración, publicado el 21 de Octubre de 1896, aclaraba en su último artículo que las disposiciones en él contenidas, sólo eran aplicables al territorio de Vuelta Abajo, tal declaración era la más cínica de las falacias oficiales entre las muchas que vieron la luz en letras de molde. Bien sabido es que los horrores de la guerra, los fusilamientos, los asesinatos jurídicos, la cacería de personas indefensas, los ultrajes al pudor de la mujer, la señalada persecución contra los ciudadanos extranjeros, especialmente si eran súbditos de los Estados Unidos, y el procedimiento de matar de hambre á las familias de Cuba que no pudieron salir de las poblaciones, todo ese cúmulo de desafueros y de crímenes, se inició y desarrolló en la provincia de Matanzas con un año de anticipación al de la fecha del inico Bando. Debe recordarse que al retorno de la Invasión (Febrero de 1896), el general Maceo tuvo oportunidad de comprobar, sobre el campo que por segunda vez recorría, la larga serie de hechos vandálicos perpetrados por las columnas de Molina, Vicuña, Melguizo, Tort y Calvo, que fusilaban sin piedad a personas inocentes por el solo placer de derramar mucha sangre que no costara una sola gota á los ejecutores. Debe también recordarse la expresiva nota que estampó un soldado español al pie de una carta dirigida á otro compañero, que se hallaba

(1) Lo de la baronía de Cabaniguán, título heroico á que hacemos mención en varias páginas de estos anales, lo debía Wéyler á sus famosos hechos de la primera campaña de Cuba, cuando él era un joven oficial cumplidor de sus deberes de soldado, que perseguía á los insurrectos de Bayamo y del Camagüey, según declaración propia hecha al corresponsal del World, de New York, á raíz de la matanza de Guatao (Febrero de 1896). Cabaniguán es una finca rústica del departamento de Oriente, ubicada en la línea divisoria de las Tunas y Camagüey, en donde Wéyler, á la sazón joven oficial, sin malicia ni experiencia, el brigadier Bargés Pombo, ya más espigado, y un coronel francés llamado Detenre que fué ayudante de Prim en la campaña de Africa, celebraban los misterios de Baco y las travесuras de Priapo corriendo por el lujurioso potrero, en pos de las ninfas que apresaba la soldadesca por las rancherías y des-poblados. En Cabaniguán el jovencito oficial corrió las primeras aventuras del amor, al lado de sus ilustres maestros, y Wéyler y Detenre, después de saciarse, entregaban las víctimas á un guerrillero apodado Tapa de güiro, especie de mandril, entre cuyos brazos quedaban abogadas. El joven oficial aplaudía á reventar. Tapa de güiro fué ahorcado por los insurrectos de Camagüey en la guerra de 1895.

destacado en el castillo de San Severino, postdata que era el más elocuente resumen de aquella situación: *Ahora nuestros jefes no se andan con chiquitas: á todo el que encontramos por el camino, le cortamos la cabeza.* Dos parrafitos que valen por dos informaciones ilustradas. Tantos fueron los horrores cometidos por Molina, Vicuña, Tort, Calvo, Melguizo y otros jefes de la misma laya, en el mes de Febrero de 1896 (ó con más exactitud, desde el 11 al 29) que Maceo, no pudiendo dominarse, le escribió á Wéyler la carta que hemos insertado íntegra en otro lugar de estas crónicas. Debe suponerse, por lo tanto, que el general Maceo no iba á escribir una carta acusatoria y mucho menos á Wéyler, sin haber comprobado plenamente los hechos afrentosos que en ella señalaba, quiénes los habían cometido y en qué lugares del territorio. Wéyler recibió la carta; la recibió, puesto que fué echada al correo dentro de la ciudad de la Habana, y pocos días después mostraba á sus contertulios la firma de Antonio Maceo; pero, taimado como nadie, no enseñó el texto de la misiva. Se limitó á decir que Maceo le había mandado un mensaje especial, y que allí estaba el papel con la firma auténtica del jefe insurrecto. Trataba de infundir en el ánimo de los papanatas que le hacían la corte, la absurda opinión de que él tenía en el bolsillo de los pecados la paz ó la guerra. Wéyler, á más de incompetente para las obras complicadas, era hipócrita, con tendencias al maquiavelismo aparatoso. En el hombre que ejercía el mando supremo del país sin cortapisas ni responsabilidades, esta aspiración al papel de estadista enigmático, es altamente ridícula. Entre otros muchos actos que lo colocan de cuerpo entero y descubren su nulidad al pretender declamar un papel frío, de hombre taciturno y sabio, que resuelve los más complicados negocios y se antepone á la voluntad de los acontecimientos, sobresale aquella especie de monólogo que recitó en Madrid después de la explosión del *Maine*, con el que pretendía sembrar la duda en el ánimo de los oyentes sobre el autor de la catástrofe. El gran trapeceero quiso dar á entender que, acaso á su sagacidad militar, se debía el primer acto de las represalias. Dijo que él colocó minas en el puerto de la Habana, en previsión de graves contingencias con la república Norte Americana. Hubo simples que así lo creyeron, y aun pregonaron los talentos del

monstruo. "Aunque él, por un sentimiento de natural modestia no quiere declararlo, Wéyler es el autor de la venganza española". Los que poseemos la medida exacta del cacumen del feroz personaje, sabemos positivamente que él no conocía el mecanismo de un torpedo, ni de qué modo se hacía estallar por medios científicos y ocultos.

La obra magna de Wéyler es la reconcentración.

XII

Artemisa y Soroa

El 10 de Octubre en la montaña.—Ocho días de asueto.—Maceo emprende la operación sobre la trocha de Arolas.—Quién era Arolas.—Ataca Maceo el cuartel general de Artemisa.—Bombardeo de la plaza (22 de Octubre).—Lo que hizo Arolas y lo que dijeron los cantores de sus hazañas.—La patraña más solemne que se haya publicado jamás en letras de molde.—Artemisa se convierte en puerto de mar.—El terremoto llega al Mariel.—El trabajo más asombroso de Hércules.—Wéyler no puede amonestar á sus subordinados.—Soroa: descripción de la montaña, origen probable del nombre: los cafetales de Pinar del Río.—Terrible combate del día 24 con la columna de Segura.—Combate del día 25.—Pérdidas considerables de la columna española: á cuánto las redujo Wéyler sobre el papel oficial.—Bajas de la columna de Maceo.—El ilustre holguinero Francisco Frexes muerto en Soroa.—Otras acciones de guerra ventiladas en aquel periodo.—Represalias de Wéyler.—El Palacio.

DESPUÉS de los combates de Galalón (8 y 9 de Octubre) no quedaba en la comarca de San Diego ninguna fuerza española que pudiera disputarle el paso al caudillo libertador, cuyo atrevimiento, con ser extremado, marchaba al compás de la pericia: la habilidad y el valor estaban igualados. Poseía, en grado superlativo, el don de la perspicacia y el don de la inteligencia, merced á los cuales resolvía los casos más difíciles, los asuntos bélicos de oposición más complicada, y el impulso de la acometida personal que le hacía aparecer con triple cantidad de potencia á los ojos del adversario: era un solo factor, y el enemigo contaba tres. Además, su táctica especial de no esperar el golpe del opositor, sino inferírselo primeramente, y renovarlo sin demora, cada vez con mayor empuje, le proporcionaba los éxitos más brillantes.

La división del general Echagüe que buscó refugio en el caserío de los Baños, obligada por la persecución de Maceo, no intentaría nuevas empresas mientras no se repusiera de la

tunda: en ocho ó diez días, por lo menos, la columna de Echagüe quedaba en forzosa inacción, como la de Bernal, como la de Granados, como la de San Martín, como las de Melguizo y la de Francés, que intentaron oponerse al paso de Maceo, y salieron descalabradas. Por el camino del Este, hacia las lomas del Rosario, itinerario que seguía el cuerpo invasor, no campaban núcleos hostiles que pudieran hacer frente al heroico soldado de Pinar del Río.

El sábado 10 de Octubre dejó Maceo la comarca de San Diego para dirigirse á los cuarteles del Rosario, en donde terminaría el largo y costosísimo viaje. El 22 de Agosto salió de Bacunagua, y allí volvía, antes de cumplirse los dos meses de haber partido la expedición de aquel mismo lugar. ¡Pero cumplían 28 años de la Revolución de Yara! El 10 de Octubre traía necesariamente á la memoria el magno suceso, en dondequiera que el destino congregase á un grupo de devotos, ya fuese en la ciudad, ya en la montaña. El gran caudillo y su valerosa hueste celebraban el día histórico en la región de Vuelta Abajo, caminando por los claros del pinar, lejos, pues, de la cuna de aquel señalado episodio que abrió la senda de la gloria y todas las vías del dolor. Nueve aniversarios consecutivos, de 1869 á 1887, los celebró el insigne capitán en el campo de batalla; después en la expatriación, la penúltima vez en Baraguá, acompañado del alto personal del gobierno que presidía Cisneros, y ahora le tocaba en suerte la montaña de Pinar del Río para no tener ya la fortuna de nuevas celebraciones personales: las demás ofrendas serían póstumas, tributadas por la devoción de los fieles.

El sábado, 10 de Octubre, la hueste expedicionaria tomó el camino de Sabanamaíz, vía trillada por las fuerzas insurrectas, ya descrita en otro lugar de este relato. Sabanamaíz está en la falda de la loma del Toro, frente al pueblo de los Palacios. El cuartel general dió por terminada la operación; diseminó las fuerzas de las dos brigadas de infantería para que holgaran á su antojo; dejó destacamentos en Puerta de la Murralla, en la Revuelta, en Cansa Vaca, en Sabanamaíz y en Río Hondo, comarca de San Cristóbal, y despachó para Cacarajicara y el Rubí los núcleos expedicionarios que pertenecían á dichos cuarteles. Desde el día 11 al 18 de Octubre, todos estos

destacamentos permanecieron en ocio ó dedicados á pequeñas excursiones por el campo enemigo. Hubo reyertas con las guarniciones de los Palacios, torreón del Toro, San Cristóbal, Candelaria y la Palma, pero de escaso interés en comparación con los debates anteriores. La gente de armas, en vez de descansar, merodeaba. Con el pretexto de ir en busca de una botella de miel ó de un par de gallinas para dar caldo á los heridos y enfermos, se lanzaba á mayores aventuras por las comarcas españolizadas con el propósito de apoderarse de las bodegas de los asiáticos: los chinos, como es consiguiente, no se dejaban liquidar sin la protesta más ruidosa.

El día 19 el cuartel general, desde la Revuelta, finca del barrio de San Cristóbal, envió correos á los jefes de los cantones más inmediatos, para que acudieran al mencionado lugar, con el mayor número de hombres armados, dentro de veinte y cuatro horas. Reforzó los destacamentos de R'ó Hondo y Cansa Vaca, á fin de que pudieran disputar el paso á los españoles mientras durase la operación desconocida que él iba á emprender con las restantes fuerzas. Maceo tenía el propósito de atacar el cuartel más renombrado de la Trocha: Artemisa. El 21 emprendió la primera jornada hacia la Trocha celebérrima, con el único objeto de darle una serenata estrepitosa de bombas y descargas de fusilería, al general más amigo del bombo y de los platillos alabarderos. Este personaje era el mariscal Arolas, el hombre de la bulla: republicano zorrillista, allende los mares, conservador acérrimo al embocar el canal del Morro, hombre sin juicio, aquí y allá, gritón, farfullero, y siempre en borrasca. No sabemos si adolecía de otros pecados capitales. Tampoco conocemos su historia militar en la campaña de Filipinas contra los moros y los frailes, ni hecho alguno que acredite el valor bizarro que le atribuían los cantores del género chico de la hampa reporteril, á quienes el mariscal convidaba á una ginebra aromática en la gran *Peña* de Albisu; escritores gárrulos y flamencos que por una caña de manzanilla daban la información de veinte suplicios, y á la muerte de Maceo dijeron en letras de molde que el *cabecilla mulato* se había presentado á las autoridades españolas, mediante algunas talegas, y que había servido de práctico á las columnas

del ejército leal, cosas que sólo pueden consentirse á los borrachos de la Macarena. Del mariscal *Bum bum* de la Trocha... no sabemos nada más.

Maceo se situó en Laborí en la noche del 21. De este lugar al pueblo de Artemisa, sólo media una jornada corta: cuatro leguas cubanas. Las patrullas que batieron el campo enemigo en la tarde del 22, no advirtieron ninguna señal de alarma. El cordón estaba silencioso dentro del perímetro de Artemisa. Avanzó Maceo con toda la columna, siguiendo el mismo itinerario del cuerpo explorador, con el cual se comunicaba directamente, de trecho en trecho, para poder apreciar los menores detalles. Cerró la noche; ya no había temor de que los puestos avanzados de la Trocha registraran el campo por donde iban los insurrectos. Al largo cordón que gobernaba el mariscal, á fuerza de escrudiñar los saos y maniguas, se le quedaba impresa la imagen de cualquier arbusto, de cualquier yarey, y bajo la obscuridad de la noche aquellos objetos se agrandaban, se volvían tétricos, y tomaban el aspecto de combatientes alevosos. Cerca de la muralla se alzaba un palmar bastante nutrido, y en él se guareció Maceo con toda la división, esperando la hora propicia. Al palmar no dirigían la visual los centinelas de Arolas; cerraban los ojos para no verlo. Si hubiesen activado la vigilancia sobre aquel sitio, peligroso y encortinado, la interpresa que llevó á cabo el general Maceo no hubiera podido efectuarse: quinientos hombres de infantería y unos doscientos á caballo se hallaban desplegados en el palmar de Artemisa, desde las ocho de la noche. Poco antes de las nueve quedó emplazado el cañón neumático. Dentro del circuito de Artemisa el cornetín tocó ¡silencio! El coronel Villalón soltó la primera bomba, la segunda, á los pocos minutos, y la tercera y la cuarta y la quinta y la sexta, con la misma exactitud: todas cayeron dentro de la población, en el centro de la plaza. La gritería, el tropel, la alarma y los toques de corneta fueron simultáneos dentro del cuartel de Artemisa, y á todo lo largo del cordón se extendió el vocerío de la gente alarmada que, cogida de improviso en el primer sueño, no supo darse cuenta de la función y vió caminar las palmas encendidas en dirección al poblado, como aquel bosque que iba sobre el castillo de Macbeth. Como es consiguiente,

algunos batallones de línea que guardaban el cuartel general de Arolas, se apercibieron á la defensa del circuito desde los espaldones y fortines, creyendo que el asalto venía á renglón seguido del bombardeo. Un aguacero de proyectiles cayó sobre el palmar inmóvil, donde se guarecían, en línea firme, los peones insurrectos, esperando la señal de Maceo para contestar al estruendo de la infantería española con otro alboroto semejante. El cañón neumático envió á la plaza cuatro explosivos más. Los españoles hicieron jugar una pieza de artillería ó ametralladora. Entonces Maceo mandó que la infantería rompiera el fuego sobre las trincheras de Artemisa, y aumentó el alboroto. De noche es muy difícil hacer blancos, sobre todo, si los actores están abrigados; pero tan espeso era el fuego de las trincheras enemigas que, al fin, entre mil disparos, tocó uno, y en esta misma proporción hasta el número de doce, ninguno mortal. Maceo desplegó las fuerzas en batalla, creyendo que el gallardo Arolas iba á maniobrar fuera del recinto á donde el insurrecto lo retaba. Un combate nocturno, en campo raso, hubiera sido la demostración más elocuente del valor militar, y tema elevado para escritores de prez, amantes de la verdad y de la justicia, en ningún caso para informaciones gráficas y fraudulentas, porque de noche, en despoblado, y andando los tiros, no hay máquina que enfoque. He aquí lo que escribieron las plumas romas y las plumas flamencas de la guardarropía weyleriana, puestas al servicio del mariscal Farfulla.

“Las partidas de Maceo empujadas por la división de González Muñoz que se apoderó de Cacarajícara, y por las demás fuerzas que en combinación operan en las lomas, atacaron la noche del 22 á las 10, la línea de Majana por Artemisa, haciendo 25 ó 30 disparos de cañón y fuego de fusilería, hasta la una de la madrugada que fueron rechazadas.

“La guarnición tuvo un herido, y se sabe que el enemigo llevaba bastantes bajas. Esto se dijo oficialmente el 22 por la tarde (¿por qué conducto?). Después se han sabido otros detalles.

“A las diez y cuarto de la noche, dice un corresponsal, se oyó una espantosa detonación seguida de otras, á intervalos de diez minutos, y empezaron á caer en el pueblo bombas que,

al chocar con las casas ó con el suelo, estallaban, produciendo horribles destrozos.

“El valiente y sereno general Arolas (¿en qué ocasión estuvo sereno?) montó á caballo, arengó á los soldados que contestaron á sus animosas frases con el mágico grito de ¡Viva España! y cada uno ocupó su puesto.

“Recorrió el recinto de la plaza, ordenó su defensa y partió para la primera zona de la trocha á recorrer la línea, regresó á la hora, y al poco tiempo volvió á salir para la segunda zona, á fin de inspeccionar por sí, toda la línea militar.

“La guarnición de la plaza, al mando de sus respectivos jefes, se comportó con una serenidad y un valor tan notable, que todos *ameritan* mención personal.”

A renglón seguido, las plumas romas publicaron esta solemne patraña:

“A las ocho y cuarto de la noche del 23 se presentó una partida frente al Mariel, siendo rechazada por los fuegos del cañonero y de las trincheras. Como una hora y tres cuartos duró el cañoneo. Nuestros artilleros, sin precipitación, emplazaron sus piezas y con exactitud matemática, colocaron las granadas en el centro del enemigo, como se ha comprobado después.

“La guarnición no disparó ni un tiro, hasta que el enemigo se presentó ante las trincheras, emboscado en unos palmares; entonces empezó un tiroteo espantoso, que dominaron nuestras valientes tropas auxiliadas por el fuego rápido y certero de una ametralladora, haciendo retirar á los rebeldes precipitadamente á la una de la noche.

“Los enemigos hicieron sobre el pueblo treinta y dos disparos de cañón, en su mayor parte de granadas cilíndricas, cargadas de metralla, y nuestros artilleros veinte, de cuyo acierto y eficacia resultó el silencio del cañoneo rebelde.

“No estallaron, al caer, todas las bombas que nos mandó el enemigo, bastantes fracasaron por apagarse la mecha, por falta de cuerpo duro con que hacer estallar el fulminante, todas eran cilíndricas, de cincuenta y cinco centímetros de longitud por siete de ancho, y todas llenas de metralla con dinamita.

“Cinco son las casas completamente destruidas, de tabla y teja, cuyos dueños se denominan: Don Antonio Debois, Viuda de Conill, Arce, Dolores Padrón, Ramón Castillo y Pedro Véliz. Hay otras muchas casas con desperfectos más ó menos importantes.

“Sólo hay recogidos cinco muertos entre los vecinos, José de la Luz Piedra, Marcelino Díaz, Carmen Castillo, de once años, un moreno y una morena”. (*Avisador Comercial* de la primera decena de Noviembre.)

Ese ataque al pueblo del Mariel es noticia nueva para el historiador, y para los soldados que batallaron en Pinar del Río. Maceo no supo jamás que las fuerzas de su mando hubiesen atacado el Lazareto á la noche siguiente del bombardeo de Artemisa. Para ello era menester que sus soldados le hubiesen cogido el cañón, y por sí y ante sí, sin el consentimiento del General, se hubieran lanzado á la empresa de bombardear el segundo cuartel de Arolas. Maceo acampó en la Esperanza, á una legua de Artemisa, y al día siguiente (23 de Octubre) se encaminó á las lomas del Cuzco para trabar combate con el valeroso coronel Segura.

El parte de la acción del Mariel, que compuso Arolas, y publicaron los diarios piloneros de la Habana y reprodujeron los órganos matritenses, es, pues, una patraña, pero patraña que tiene su intringulis ó razón oculta, á menos que la borrasca del mariscal en la noche tormentosa de Artemisa no fuera tan enorme que llevara su espíritu hasta el Mariel en una lancha cañonera y á todo vapor, por dentro del palmar agresivo ó por la calzada de Guanajay. Hay que reconstruir todo eso porque es lo más singular y graciosísimo dentro de la óptica ilusoria.

El relato del Mariscal explica en parte lo acaecido en Artemisa, pues las casas destruidas por las bombas de los insurrectos, pertenecían á esta población, y no á la del Mariel, lo propio que las víctimas personales cuya identificación practicó el mismo Arolas. Pero, ¿y el mar? ¿y el crucero de guerra colocando sus granadas en el centro de las partidas rebeldes?... ¿Cuándo ha habido mar en Artemisa?... ni siquiera hay río navegable. De suerte que, para el mariscal de la Trocha y para los corresponsales trapaceros que pregonaban

la serenidad y valentía del héroe, Mariel es como Artemisa, y, á la inversa: Artemisa sin Mausoleo, tiene algunos puntos de semejanza con el Lazareto, pues las casas que se desploman en Artemisa, vuelven á caer, á las veinte y cuatro horas de la catástrofe, dentro del caserío del Mariel. Con otro terremoto de ese tamaño, la Trocha de Arolas viaja por la luna. Puesto el pasaje en película, el nombre más apropiado sería *el trabajo número 13 de Hércules*, el más asombroso de los grandes empeños, porque si el hijo de Júpiter echó un brazo del río Alfeo sobre los establos de Augias, el titán de la trocha del Mariel cogió el Océano y lo arrojó sobre los jarales de Artemisa, con toda la escuadra de Trafalgar.

En cualquier país del mundo se le hubiera dicho al alocado Mariscal: "Vaya vucencia á estudiar geografía y á confesarse de sus muchos pecados antes de obtener el mando de ninguna trocha, porque vucencia pone el mar donde no lo hay, y nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino, al decirnos, en letras de molde, que las casas que se desploman en el pueblo A pertenecen al pueblo Z: un movimiento sísmico de rotación que no se ha dado aún en el planeta que habitamos. La oscilación la llevaba vucencia dentro de la cabeza, y por eso vió el mar del Mariel inundando las tierras de Artemisa y el cañonero *Legazpi* disparando certeros cañonazos y todo el zafarrancho de la descomunal aventura". En el país del dulce, el gobernador general no estaba autorizado para endilgar tan acres reprimendas á sus subordinados, porque Wéyler hacía lo mismo ó cosas análogas, si bien nunca vió mares donde no existían. El convertía los montes en llanuras, inventaba vías ferrocarrileras como la del Rincón á San José de las Lajas, hacía andar una división desde Cacarajicara á Artemisa en menos de cinco horas, denominaba *tapias de loma* á las lomas de San Diego de Tapia, pacificaba territorios sobre el papel, colocaba torpedos con la imaginación, creía que las ceibas eran alcornoques, y uvas las pomarrosas. Pedimos indulgencia al lector; pero esta clase de asuntos no pueden comentarse en serio: únicamente son dignos de la caricatura.

El general Maceo envió á Arolas 18 pepinos de nitroglicerina, que todos estallaron admirablemente. A las doce de la noche dió por terminada la función.

Nos toca ahora describir una página sangrienta, en la que el competidor de Maceo fué el coronel Enrique Segura, militar de bien ganados prestigios, que se hacía evidente en cualquier lugar donde se ventilara la cuestión, ora fuese campo limpio como la calzada de Río Hondo, ora pavimento enmañado como el de Iguará, pero á quien le tocaba en suerte llevar la peor parte en los desafíos con Maceo. El que ahora nos corresponde describir fué el más terrible de todos.

El coronel Segura tenía el encargo de fortificar el asiento de Soroa, antiguo cafetal en la región montañosa de Candelaria y sitio de aguas medicinales, como San Diego. En 1896 las fábricas de Soroa se hallaban en ruinas, pues ya la guerra había paseado sus pendones por todos los lugares del país, sin hacer excepción de las termas que devolvían la salud á los desahuciados. Empero, entonces como ahora, las caldas estaban á merced de cualquiera que necesitara darse baños de azufre para desalojar el artritis; de todas las grietas de los peñascos brotan manantiales calientes y sulfúricos, sin que el abono cueste un ojo de la cara. Los montes de Soroa se hallan al Norte de Candelaria, y al Sur de San Diego de Núñez, casi en línea recta. Además de las aguas termales, toda aquella superficie abunda en productos de otro orden; la tierra es muy feraz, propia para el cultivo de árboles frutales, de los cafetos y cacahuales que requieren la frescura del monte para el crecimiento, y tiene bastante parecido con las ubérrimas comarcas de Santiago de Cuba y Guantánamo, donde se dan á granel los más ricos productos de la naturaleza. Desde Candelaria á las Pozas, por el Norte de la cordillera, y desde Candelaria á los Palacios, por el Mediodía, extendíase la zona de los pingües cafetales que fomentaron los bearneses de Haití al ser expulsados por el emperador Dessalines; éxodo que le valió á Cuba el cultivo del café y del cacao y el fomento de la población, pues la colonia francesa de Haití trajo consigo las servidumbres africanas. El núcleo de esta colonia sentó sus reales en Santiago de Cuba y Guantánamo, por ser más extenso el núcleo montañoso; de ahí que haya tantos apellidos de origen francés en aquella parte de Oriente, algunos corrompidos por el dialecto *patuá*; pero también eligió la tierra más fértil de Vuelta Abajo para la explotación de los mismos pro-

ductos que cultivaba en Haití. En las diferentes excursiones por los distritos de Candelaria y Bahía Honda, recordamos los cafetales de la loma del Cuzco, el del Rubí, el de Frías, el de Buenavista, el de Decourt ó *Bocú*, por corrupción, el de Quiñones, cuyo primer poseedor fué Divigneaux, hoy *Diviñó*, el del Brujito, el de Soroa, la Furnia, la Aurora, Río Hondo, Neptuno, Brazo Nogal y otros más, de menos importancia, algunos de los cuales han sido restaurados después de la guerra, aunque no con el esplendor de la época primitiva.

El recio macizo de Soroa lo constituyen los montes de Cansa Vaca, Miracielos, Brazo Nogal y el designado con el primer nombre cuya etimología es de difícil conocimiento, pues no se sabe si es nombre propio de la primera familia que arraigó en el territorio, ó si es corrupción del sustantivo *soroche*, especie de congoja que acomete á los que suben los Andes. La montaña es eminente y fragosa; se necesita pulmón para escalar las cumbres, y bien pudiera ser que Soroa se hubiese denominado el pico del *soroche* por el ahogo que produce el subidero. Además, junto al cafetal de Soroa, está la loma de Cansa Vaca, y un poco más allá la loma de Miracielos, y estos nombres tienen alguna relación con lo empinado de las cumbres y la fatiga que proporciona el acceso. Hay otro vericuesto desde Río Hondo á Soroa que los naturales designan con el nombre de la *Pluma*, y que tal vez se denominaría *puna* en otra época: *puna* es sinónimo de *soroche*. Pero cualquiera que sea el origen, la montaña es brava, abrupta, feraz, y también pintoresca. Tiene dos grandes observatorios: el de Brazo Nogal y el de Miracielos. Desde ambos se divisan los dos mares: el golfo de Méjico por el Norte, con sus tempestades y corrientes; el mar de los Canarios por el Sur con el verde archipiélago que lo cubre, más allá la Isla de Pinos, que simula un bosque de mástiles enredados y medio hundidos en el gran plato del mar. No se advierte la espuma del oleaje ni el recodo de ninguna ensenada; únicamente, el bosque profuso de arboladuras, que, desde luego, son los pinares de Nueva Gerona á Santa Fe, pero que observados desde Miracielos ó Brazo Nogal, toman el aspecto de una inmensa flota encallada en los bajíos.

El destacamento que dejó Maceo en Río Hondo, al que reforzó antes de emprender la operación sobre Artemisa hasta el completo de cien hombres armados, sostuvo diferentes escaramuzas con la vanguardia española que protegía las obras de fortificación el día 20 de Octubre, fecha en que Maceo organizaba la columna que iba á sorprender el cuartel general de la Trocha. En el destacamento de Río Hondo se hallaba el general Rius con sus ayudantes, el coronel Lecuona, el doctor Hugo Roberts, el teniente coronel Carlos González, el autor de estas crónicas acompañado de sus ayudantes, y el coronel Juan Ducasse que salió herido en Galalón, aunque no de gravedad, y acudió á Río Hondo con 40 hombres de pelea. Por junto, había cien soldados el día 22 en que Maceo atacó el pueblo de Artemisa; ese mismo día, la vanguardia española que levantaba atrincheramientos en la meseta de Soroa, recibió refuerzos de Candelaria. Llegó el coronel Segura con el grueso de la brigada á fin de activar los trabajos de fortificación. Las escaramuzas se convirtieron en pendencia formal el día 23 y mañana del 24, en que Maceo, noticioso de lo que allí ocurría, se dirigió á la loma de Cansa Vaca y levantó el destacamento de Río Hondo para tener mayor número de soldados en la ruda acción que iba á emprender. Sobre la marcha atacó el campamento de los españoles, para saber si eran muchos ó si eran pocos los que levantaban parapetos, y si todo el núcleo enemigo estaba replegado en aquel lugar, ó sólo combatía la vanguardia. Una hora antes de empezar la contienda, siete de la mañana, próximamente, se habían divisado retenes en las alturas de Brazo Nogal, lo que indicaba que existía otro campamento español desde la víspera.

Efectivamente, el grueso de la columna se hallaba en Brazo Nogal, y no en el asiento de Soroa, y á este lugar tenía que acudir para dar socorro al asediado destacamento de vanguardia, y guarecerse bajo el cobertizo de los espaldones, si no escampaba el aguacero de plomo. El coronel Segura movióse con presteza para ganar el camino de Soroa y establecer el contacto con su vanguardia, poco menos que batida dentro de sus propios atrincheramientos, puesto que las balas de los insurrectos caían sobre la cobija del campamento español, aun no terminada, y obligaban á los defensores á mudar de sitio,

de aquí para allá, sin encontrarse resguardados en ninguna parte, como gente presurosa que tratando de escapar á las goteras de una habitación, se mete en otra destartada. Cuando una tropa, por aguerrida que sea, experimenta bajas dentro de una zanja ó al través de las aspilleras, no se cree segura en ningún parapeto. El batallón que defendía el asiento de Soroa no se consideraba indemne mientras no volviera el jefe principal de la brigada con los refuerzos que llevó consigo. El coronel Segura á quien llegaba el fuego de la infantería cubana, comprendiendo que su autoridad era indispensable en Soroa, trató de abrirse paso por las laderas del monte á fin de llegar cuanto antes en auxilio de los asediados, cuya situación no le era desconocida, puesto que los ecos del combate eran los más autorizados pregones. El batallón de Zamora, no saliendo de aquel circuito, no podía evitar que los insurrectos se corrieran por uno de los costados y acribillaran á los restauradores de las termas, y de arriesgarse á la prueba contraria, corría el albur de ser copado. La maniobra del coronel Segura, de abrirse camino por los ribazos del monte, la advirtió el general Maceo oportunamente y aun cabe decir que la previó, por cuanto al desplegarse los cazadores de Segura para dar comienzo á la costosa operación de moverse en dos líneas, ya Maceo estaba aperebido para ofender de otro modo, más eficaz y no previsto por su adversario, que si en otras ocasiones distintas, pudo apreciar la táctica especial del caudillo cubano al frente de escuadrones ó regimientos, lo ignoraba del todo en lo que respecta al arma de infantería. El valeroso jefe español no había tomado parte en las funciones de Montezuelo, Tumbas de Estorino, Ceja del Negro y Galalón, y por tanto, no podía conocer cuáles eran los resortes que tocaba Maceo con mayor brillo, ni hasta donde llevaba su intrepidez cuando tenía al alcance de la mano quinientos peones en ayunas. Desplegó el regimiento de Vidal Ducasse, el de Ceja del Negro, con la orden estricta de que atacara de flanco antes de que lo hicieran los españoles, y el gran cazador la emprendió con los hombres de Segura, bravos y erguidos como los de Bernal, y la emprendió con el mismo encono de la pasada función: en un dos por tres, despachó para el otro mundo al capitán de la primera compañía de cazadores, puso fuera de combate á los oficiales, á los sar

gentos y á cuantos más se pusieron delante de las escuadras para cubrir los huecos que dejaban los caídos. El primer despliegue no pudieron efectuarlo los españoles. Maceo cayó entonces sobre la segunda línea, que adoptó la formación triangular aprovechando el espacio más despejado de la meseta; rompió una de las caras, la pasó á cuchillo, y desbarató la otra á machetazos y á descargas cerradas. Este rebato, el más furioso de la pelea, costó á los insurrectos 15 peones; los españoles perdieron más de cien. Maceo dió el ataque con su escolta, una sección de la brigada de Occidente, y las escoltas del general Pedro Díaz, del general Ríus y los oficiales del Estado Mayor: por junto, ciento veinte hombres. La escolta del cuartel general hizo prodigios, pues atacó á pie con la hoja desnuda sin respetos á la formación triangular, y pasó al lado opuesto de los españoles con los machetes tintos en sangre, para maniobrar entonces con el fusil á la voz de mando del General que dejó para otra oportunidad la expresión del homenaje. —“Ea!—dijo únicamente: ¡fuego ahora sobre la nube de *panchos* que nos viene encima!”—Cuando Maceo llama *panchos* á los soldados españoles, no tenía frases acerbas para los suyos: era, pues, singular demostración de regocijo en medio del combate. El jefe de la columna, viendo deshecha su vanguardia, forcejeó con el más fuerte vigor para que el segundo batallón que constituía el centro, volviera á ocupar el descuello de la loma, y en él se mantuviera hasta quemar el último cartucho si la cuestión se prolongaba una hora más con el carácter terrible de los dos primeros actos. Entonces comprendió el coronel Segura con quien tenía que habérselas, ó quien era el rival que le disputaba el dominio del pintoresco escenario. Esta presunción no era posible con anterioridad á los sucesos del día 24, puesto que, al emprender la operación de Soroa con el único propósito de fortificar la meseta, ó dar prisa á los jornaleros que habían empezado la obra, el coronel Segura tenía noticias de que Maceo andaba por otros lugares, noticias que confirmó sobre el terreno de Soroa el día 22, en que ventiló las primeras escaramuzas con el destacamento de Río Hondo, y el día 23 y en las primeras horas del 24, poco antes de ser atacado por los insurrectos del batallón de Zamora. El coronel Segura salió de Candelaria el 22 con los tres batallones que

ahora estaban en función, los tres á un tiempo, empezando el tercer acto del mortal desafío.

La disposición de Segura, de establecer el contacto con los destacamentos de Soroa marcando por las cumbreras de Brazo Nogal, sin hacer nuevos intentos de flanco, le proporcionó la solidez de una posición abrigada, que hasta aquellos momentos no había obtenido, en el empeño de correrse por el talud de la montaña y volver á Soroa por el fondo de la planicie. Desde las cumbreras de Brazo Nogal, si no dominaba el campo enemigo, la segunda línea de sus tiradores estaba casi al nivel de la primera y segunda de Maceo, y no quedaba aislado el batallón de Zamora. El combate, desarrollándose en campo más extenso, tomó carácter más ordenado: se regularizó, por decirlo así, dentro de los accidentes naturales de una pendiente ruda. Arrebió el fuego de la infantería española; también el de la infantería cubana; más de un millar de soldados de aquella bandera arrojaba el granizo del mauser sobre las alturas de Cansa Vaca, y recíprocamente se lo devolvían cuatrocientas bocas de fuego, si no con mayor precisión, con mayor estrépito. La infantería de Maceo estaba provista de rémington y mauser, y una parte de ella, de fusil Lee. (El mambí toseco prefería el rémington).

Los fuegos de parapeto á parapeto, de un reducto montañoso á otra ciudadela agreste, no los resistía el temperamento del caudillo cubano; era función demasiado monótona para el hombre luchador por naturaleza, inquieto, osado y nervioso, que quería estar á la vez en todos los sitios de la cuestión y resolver todos los casos con su autoridad personal, con el talante sólo, algunas veces, ó con la esgrima y el empuje. Un ejercicio de fuego que durara más de un cuarto de hora sin que los combatientes dejaran el apoyo de la posición, era simulacro intolerable: sus nervios lo llamaban á otras emociones.

Fué, pues, Maceo quien trató de avanzar por el valle de Soroa, instado por el afán de la novedad, tal vez por el prurito de ejecutar en presencia del opositor la atrevida maniobra que éste ensayó desde Brazo Nogal, con resultado contraproducente. Sacó Maceo dos compañías de la gente que batía el cobre sobre la meseta de Cansa Vaca, y al frente de las dos

fracciones descendió del montañoso reducto para echarse por la vía más despejada, la del valle de Soroa, con el propósito de remontar después por los cerros del lado opuesto á fin de que cundiera el alboroto entre los españoles que defendían las termas; operación impracticable, porque de cualquier modo la partida sería divisada por los retenes españoles de Soroa y de Brazo Nogal, á menos que no estuvieran ciegos ó mirando hacia un solo lugar. El movimiento de avance fué advertido por la gente de Brazo Nogal y por el batallón de Zamora, que, á una, lo repelieron con prontitud, á descargas cerradas. Maceo tuvo que retroceder hasta la primera posición de Cansa Vaca; volvió á intentar la violencia, y fué rechazado por segunda vez, y todavía reiteró la acometida, y obtuvo la misma réplica de los españoles, cada vez más prevenidos contra los conatos de Maceo.

En uno de estos lances, la primera compañía de Moncada (40 hombres), con el bravo Manuel de la O de capitán, logró flanquear la posición de uno de los destacamentos de la reserva, y siguiendo la embestida de frente, hasta la cúspide de la loma, le arrebató, entre otros trofeos, la bandera del regimiento. La O, más largo que una espingarda, envolvióse con el trapo para hacerse más visible, y retó á los españoles á que fueran por él: los retó con el machete, con la voz, con el ademán provocativo y con la bandera de Zamora. Dijo Maceo á los que tenía más próximos: ¡Vean el cuadro de arriba! ¡ya La O ha hecho una de las suyas! (1).

En estos fuegos transcurrieron dos horas más de la tarde de las cuatro á las seis, próximamente; y se puso el sol. El

(1) Manue' de la O sin otro genitivo, y apodado "Mano frita", vive aún después de treinta años de batalla por la libertad de Cuba. Ostenta más de treinta heridas de bala y machete; es, pues, un monumento. 25 heridas recibió en las tres campañas de la Revolución, la de 1878, la de 1879, y la de 1895; las restantes en un duelo personal á machetazos, ventilado sin padrinos y sin juez de campo. Con gente de esa contextura no es de extrañar que Maceo ejecutara proezas que hoy parecen fábula. En la última campaña, la de 1895, perdió á dos de sus allegados, un sobrino y un hijo, los dos en Vuelta Abajo. Los tres acompañaban á Maceo desde que el caudillo asumió el mando de la tropa insurrecta. La O, especie de cagueirán acerbillado por los rayos de todas las tormentas que han caído sobre los bosques de Cuba sólo se conmueve cuando el rumor de la montaña le trae el nombre del épico capitán, que aun simboliza la magnitud del patriotismo y levanta los corazones de los soldados viejos, como orea la vida fatigada el aire puro de los montes.

combate había dado principio á las nueve de la mañana. Los españoles activaron los trabajos de atrincheramiento y fortificación. Encendieron fogatas para que los operarios pudieran dedicarse á la segunda faena. Materiales de construcción tenían de sobra, pero los retenes que situó Maceo á tiro de fusil de las fogatas, interrumpieron el trabajo de los albañiles y peones de Candelaria, enviándoles tiros cada vez que pedían mortero. Algunos no volvieron á manejar la cuchara. Quedaron allí sepultados, al pie de los tambores que construían á escote, voluntariamente, ó por un mísero jornal.

La columna de Maceo tenía 50 bajas á las seis de la tarde; la de Segura el triple ó el cuádruple, como se podrá apreciar por el parte oficial de la acción. Pero las hostilidades no habían terminado aún, se renovaron al siguiente día, si no con la persistencia de la víspera, con el mismo encono y la misma marcialidad: cinco horas consecutivas de nueva batalla. El coronel Segura con el millar de hombres de que aun podía disponer, abrió el combate desde la meseta de Soroa, con mucho calor, bajo la presunción de que Maceo trataría de forzar el paso por los mismos lugares de la víspera, tal vez con el designio de caer sobre Candelaria mientras los españoles se atrincheraban en el asiento de Soroa. Esta conjetura era bastante racional, partiendo de la base de que el móvil de la operación de Maceo no fuese otro que el de asediar á los españoles, dejarlos allí, reducidos y abrumados, en expectación de nuevos sucesos, mientras el incansable caudillo asediaba ó acometía el pueblo de Candelaria, para volver sobre Soroa con los laureles del éxito. Aunque la conjetura era lógica —juzgando las cosas desde el campo español— el móvil de Maceo era otro muy distinto. A Soroa lo llevó el impulso de su ánimo batallador, sin otra idea que la de trabar combate con la columna que levantaba parapetos, y si una vez sobre el terreno, le acudió el pensamiento de extender la operación hasta la plaza de Candelaria, desechólo en seguida, porque era de suponer que el pueblo de Candelaria no estaría desamparado, sobre todo, después de la sorpresa nocturna que Maceo llevó á cabo el día 22. De Artemisa á Candelaria circulaban los trenes. El cañón neumático no podía utilizarse porque en el bombardeo de Artemisa sufrió algunos desper-

fectos, y con 400 infantes no era posible tomar el pueblo de Candelaria, para reducirlo á cenizas, como único fin de la su- puesta operación. Enredados otra vez los combatientes de los dos partidos, los españoles bajo el empeño de desalojar á los soldados de la rebelión de los reductos de Cansa Vaca, y la gente de Maceo dominada por el móvil adverso, se repitieron los lances hazañosos de la tarde anterior ; ahora con el sol na- ciente! Las cúspides de los empinados cerros estaban ya des- cubiertas por los fogonazos de la función matinal; pero el gran luminar del universo, firme explorador de los mundos, al que ningún ejército disputa la carrera, acabó de despejar los telones de la noche, alumbró sucesivamente los ribazos, los declives, el valle, la tupida vegetación del bosque y la tétrica garganta de aquellos montes, llena de escoriaciones produ- cidas por el agua caliente y azufrada que brota de su seno. Desde las seis de la mañana á las once, la riña se mantuvo in- decisiva sin que los españoles lograran expugnar á los insu- rrectos de las lomas de Soroa, sin que la tropa de Maceo pudiera reducir á los bravos soldados de Segura; éste ganó una vez más el galardón de militar intrépido y pundonoroso, aun cuando la fortuna no le acompañase constantemente. La acción de Soroa fué un terrible duelo, en el que ninguno de los dos competidores pudo adjudicarse los lauros de la batalla; pues si el coronel Segura realizó el objetivo de fortificar el asiento de Soroa, sólo lo logró mediante pérdidas enormes; y tam- poco Maceo podía enorgullecerse con el triunfo táctico, por- que no rindió á la columna que allí forcejeaba ni le impidió los atrincheramientos definitivos. La victoria de Maceo con- sistía tan sólo en el número de bajas de la columna de su mando, relativamente exiguo si se compara con la cifra ele- vadísima de las pérdidas que sufrió el coronel Segura, as- cendentes al doble de las consignadas en el parte oficial de la acción. Las bajas del partido cubano fueron 58 en los dos combates de Soroa; y nueve más que tuvo el destacamento de Río Hondo antes de que llegara Maceo al campo de la pelea, forman un total de 67, entre muertos y heridos. Las de los es- pañoles excedieron de 500, aunque la suma del parte oficial sólo arroja 186: á mayores sustracciones nos tenía acostum-

brados el marqués de Tenerife (1). He aquí el relato de dicha acción, compuesto y zurcido por la mano pecadora del capitán general, porque no es creíble que el coronel Segura estampara la enorme filfa de los 61 muertos rebeldes, que aparecen *vistos y contados*.

“El día 22 el coronel Segura se apoderó por sorpresa de la garganta de la loma Soroa, haciendo al enemigo cuatro muertos. Posesionado de la entrada de las lomas, comenzó la construcción de algunos atrincheramientos en la meseta, siendo hostilizado por el enemigo. El día 24 dejó al batallón de Zamora protegiendo los trabajos, y salió con el resto de la columna á practicar reconocimientos hacia el interior de las lomas, llegando á Brazo Nogal, loma de Soroa, punto desde donde se divisan los dos mares. Al regresar se encontró al batallón de Zamora que sostenía nutrido fuego, y apresurando el paso entró en combate rudo con enemigo numeroso, que, desde Brazo Fuerte y Miracielos pretendía pasar al valle de Soroa. Visto el empeño decidido que tenían los rebeldes en forzar el paso, los atacó con energía, rechazándolos hasta Miracielos, y regresando las columnas á sus posiciones. Durante la noche el enemigo tiroteó á los trabajadores.

“El 25 por la mañana intentaron los rebeldes forzar el paso con tesón y en gran número, siendo rechazados y perseguidos, cesando el fuego á mediodía. El combate ha sido encarnizado los dos días. El enemigo dejó en poder de nuestras tropas 61 muertos y varias armas. Nuestras bajas fueron 21 de tropa y teniente Morrel del batallón de Mérida, muertos,

(1) En Madrid se acoran ahora, después de trece años de los sucesos de la manigua las verdades y las mentiras de la campaña de Wéler. El “Heraldo”, diario de información de criterio liberal, pero enemigo de Cuba, ha publicado la nueva de que el combate de Cacarañicara fué un desastre para las tropas de Wéyer; lo ha publicado con motivo del 13 aniversario de aquella acción, que los jefes y oficiales supervivientes pensaban conmemorar en Madrid, con el noble fin de estrechar los lazos de solidaridad y compañerismo, “nacidos en aquel día triste” (palabras del “Heraldo”). Agrega dicho periódico que de los 73 jefes y oficiales que asistieron á la acción de Cacarañicara sólo han sobrevivido 13. Nosotros ya sabíamos que eran 42, entre jefes y oficiales, los que cayeron en la serventía de las Pozas á Cacarañicara y al pie de la tosca trincheira. Entonces dijeron los apologistas de Wéyer que la jornada de Cacarañicara fué risueña y gloriosa para el ejército español; ahora confiesan que fué trágica. Nada tendría de extraño que en el próximo aniversario de Soroa, nos descubrieran la cifra exacta de las bajas de la columna que mandaba el coronel Segura.

110 heridos, entre ellos el capitán de Mallorca señor Torrente, los capitanes de Mérida señores Alonso Giro, Rodríguez, Rodríguez Bringas, tenientes del mismo cuerpo Velasco y Rabasa, y además 47 contusos”.

Salta á la vista que el verdadero actor de Soroa no es el que habla en esta representación fementida, sino otra persona de más elevada categoría, oculta entre bastidores, como consueta y director de la tramoya. Un jefe tan bizarro como el coronel Segura no podía mentir con la desfachatez de un capitán general que cifraba su prestigio en el sostenimiento de la farsa más innoble, con la cual embaucaba á los ilusos de la colonia y á los mentecatos de la Villa y Corte. El coronel Segura no pudo decir en el documento original que el había contado 61 muertos y varias armas; escribió el guarismo 6, pero Wéyler le adicionó el número 1, para elevar los interfectos á la cifra que le pareció más discreta. Tampoco el coronel Segura escribió el sumando de 47 contusos, porque 47 contusos son muchos contusos en un combate de 110 heridos de tropa, según la versión española. Todavía es más curiosa la designación de las bajas de los rebeldes ¡todas fueron mortales! A Wéyler se le olvidó en el tintero la nota de los 200 heridos, atravesados en los caballos, que pudieron retirar los rebeldes, pero que fueron vistos é identificados por los campesinos de los alrededores. Wéyler, en aquella fecha, aun podía meter campesinos más o menos pintorescos en el cuadro de las mentiras oficiales, pues el Bando de la Reconcentraci6n no era aplicable en todo su rigor hasta dos días después de la acci6n de Soroa. Lo más admisible, en buena lógica, es que á Wéyler se le pasó la nota de los heridos rebeldes: de no ser así, pare 250 el primer día, y 240 en el segundo. A más de eso, la redacci6n estrafalaria del parte de Soroa con la retahíla de gerundios, todos puestos al revés, corrobora plenamente la intervenci6n de la pluma pecaminosa del capitán general, militar oficinista ó covachuelista de las armas generales, pero cuya sintaxis era la de un pasante ramplón ó la de un sargento muy largo en escritura oficinesca. Estamos esperando el libro de sus memorias, la crónica asonantada de sus hazañas, como diría el autor de los episodios matritenses. ¡Pobre gramática, si el amanuense no le arregla á don Vale-

riano los gerundios, los sendos y los casos de dativo y acusativo!

La columna de Maceo tuvo 67 hombres fuera de combate: once muertos y 56 heridos; ningún contuso. Salieron heridos el teniente coronel Manuel Lazo, primer jefe del primer batallón de la brigada occidental, que recibió sendas heridas en los dos brazos, casi simultáneas: el teniente coronel Julián Gallo, aunque no de gravedad, los ayudantes del general Maceo Alberto Nodarse, Manuel Piedra, el teniente Isidoro Díaz, ayudante del general Miró, el comandante Aldana jefe de la escolta de Maceo, el capitán Romero, del mismo cuerpo, hombre excepcional que en cada combate salía herido, al extremo de que al practicarse el recuento de las bajas, preguntaban los oficiales de la Sanidad: ¿Y Romero no está herido? —Efectivamente—contestaban sus compañeros: ¡herido, y preparándose para la otra! La pérdida más sensible fué la del coronel Francisco Frexes, jefe del despacho y auditor del cuartel general.

Nació Francisco Frexes en la ciudad de Holguín, pero se educó en Barcelona. Era abogado notable, escritor sobrio y castizo, orador fácil, de firme dialéctica: personalidad pues ilustre, muy querida en Holguín, donde batalló con gloria en el período más agitado de la propaganda autonomista, enseñando á las masas el único camino de la reivindicación. Nuestro llorado compañero estaba destinado á desempeñar el más brillante papel en nuestra república; es seguro que habría militado en las filas más avanzadas de la democracia. Como complemento de estas altas cualidades, sobresalía la integridad de su carácter, su firme y acrisolada honradez.

Salió de Holguín en los primeros días de Agosto de 1895 para irse á la guerra, al lado de Maceo, que le había escrito diferentes veces, y abandonó, al llamamiento del hombre, una posición desahogada, las dulzuras del hogar, los encantos del amor y las ilusiones de la vida; dejó á su madre, mujer de sólida moral, á su hermana, sierva de Jesús, más pura que el lirio, á su esposa, que lo idolatraba, y á tres hijos de cortos años, todos sumidos en la desesperación más acerba. Le faltó valor para despedirse de sus amados deudos. No les dijo que marchaba á la guerra, ni tuvo energía suficiente para demos-

trarles la necesidad de cumplir con el deber patrio antes que aparecer tibio ó perjuro á los ojos de sus compañeros. El había atizado el fuego de la rebelión, y al campo de la rebelión había que ir, cuanto antes, á hacer patente la fidelidad y el entusiasmo. Su desgraciada familia no cesó de llorar durante el tiempo en que no supo de él; lloró después más amargamente, al noticiársele la tremenda noticia de Soroa, y aun no ha cesado de llorar. No ha tenido más que un consuelo: que los restos de su amado Francisco fueron enterrados en el cementerio de Holguín, después de haber permanecido siete años en la soledad de los montes de Soroa. El hijo predilecto de Holguín murió, pues, en la montaña de Pinar del Río.

Maceo dejó el campo de Soroa el 26 por la mañana, con objeto de hacer frente á otra columna que salió de Candelaria para socorrer á la de Segura. El nuevo combate careció de interés, debido á que los españoles se hallaban muy cerca del campamento atrincherado. Maceo, el día 26, vivaqueó en los *Hoyos*, camino de Candelaria á Soroa. Hasta el día 3 de Noviembre no hubo ningún otro debate en la demarcación de Candelaria. Pero, antes, y después de las reñidas pendencias con el coronel Segura, hubo encuentros de importancia en otros lugares de Pinar del Río. El día 21 de Octubre, el general González Muñoz atacó las posiciones de Cacarajícara, que fueron defendidas con tesón por el destacamento de aquel histórico lugar. "El enemigo—dice el parte que publicó la prensa de la Habana—opuso tenaz resistencia en el paso de San Miguel y en las cercanías de dicho ingenio y en las Pozas. A consecuencia de esta operación, y desalojado Maceo de Cacarajícara (Maceo estaba en la finca Laborí, camino de la Trocha), el cabecilla insurrecto no paró hasta Artemisa, para atacar á cañonazos el cuartel general de Arolas." La marcha hubiera sido estupenda.

Otro parte español refiere que el general Echagüe, el día 22, se apoderó del campamento y posiciones de Puerta de la Muralla (Norte de San Cristóbal) defendidos por más de 500 rebeldes, los cuales tuvieron muchas bajas, *vistas retirar*. Las posiciones fueron coronadas por el batallón de Toledo al mando del coronel Arjona, el héroe de Bacunagua arriba y de Taco Taco, militar carnavalesco. Agrega el referido boletín

que las tropas de Arjona tuvieron un muerto, el capitán de Toledo don Cándido Jiménez Velasco y 8 soldados heridos y 3 contusos de bala. "El enemigo abandonó dos muertos con armas y municiones, y además los ranchos que estaban preparando". Siempre el mismo lenguaje pedestre y galicano.

Por la parte occidental de Pinar del Río se ventiló otro combate el día 24, entre fuerzas de San Quintín y los destacamentos de Galafre y Cuevas de Sábalo, al mando del cabecilla Lorente según el parte oficial de los españoles. (Lorente estaba con Maceo en Soroa). "El comandante Urís de San Quintín con 400 hombres de infantería y 100 jinetes *se batió* con la partida de Francisco Rivero. San Quintín operaba en combinación con el cañonero *Delgado Parejo*, que hizo varios disparos sobre el surgidero de Galafre. El enemigo tuvo 32 muertos que no pudo retirar. Nuestras bajas fueron un oficial de San Quintín y once de tropa heridos graves (de machete) y ocho contusos".

La última semana de Octubre fué copiosa en sucesos bélicos. En la provincia de la Habana hubo dos combates encarnizados entre las fuerzas de Aguirre y las columnas que operaban sobre la línea férrea de Güines; los españoles confesaron haber tenido 20 bajas en uno de ellos; y por último, en la citada línea de Güines, chocaron dos trenes militares que conducían los refuerzos necesarios para batir al general Aguirre. A consecuencia del choque hubo cuatro soldados muertos, un comandante, dos capitanes, seis tenientes y 30 soldados heridos. El laborantismo no tomó participación en este hecho horrible; pero Wéyler, queriendo aplicar las represalias, y en venganza ruin de lo de Artemisa y Soroa, suspendió el diario *La Discusión*, mandó registrar la casa del director, la de los redactores y la del regente de la imprenta que fué reducido á prisión. Además, prendió al doctor Montalvo y activó el embarque del club filibustero para los presidios de Africa. Como Wéyler se declaraba incapaz para la limpia de rebeldes dentro de la manigua real y verdadera, la manigua tenebrosa, afilaba la hóz para con ella segar la eizaña separatista que brotaba espléndida en los parques y paseos de la sucia Constantinopla.

La ciudad de la Habana estaba hecha una pocilga, á pesar del chorro inagotable del canal de Vento y de la estatua erigida á nuestro Moisés en el parquecito que ostenta su nombre. La gente oficial le tenía miedo á la ducha: Wéyler no se bañó jamás. Las palanganas de Palacio, como se comprobó después de la evacuación, tenían una costra de engrudo, y los aguamaniles estaban destinados á otra clase de operaciones. La mansión del virrey era, pues, la más rica colonia de microbios: ella sola infestaba toda la urbe. El gobierno interventor sacó la basura a carretadas y empleó un tonel de ácido fénico. Las inmundicias de tres centurias, iban por primera vez al vertedero del mar. ¡Loada sea la administración provisional que nos quitó el engrudo, y limpió la atmósfera de detritus venenosos, y estableció el cordón sanitario y otros cordones no menos indispensables!

XIII

La campaña de Wéyler

Las tierras del Brujo.—Maceo concibe el propósito de atravesar la Trocha del Maísel.—Hace entrega del mando á Rius Rivera.—La cuestión escabrosa.—Marcha hacia el Ros rio.—Se encuentra con Wéyler. Ostentoso espáñolo marcial.—Sensación que produce en la Habana la primera salida de Wéyler.—Los bolshines de Austerlitz.—Mon ecúculi, Jomini, Fernández de Córdoba y Villamartín al servicio de la prensa asalariada.—Relatos detestables.—Narración exacta de los sucesos tomada del diario oficial de Maceo.—Carta del caudillo á Perfecto Lacoste.

DESDE el día 27 al 31 de Octubre, Maceo permaneció en la finca del Brujito, antiguo cafetal de la comarca de San Cristóbal, en el corazón de la sierra. Los montes del Brujo y del Brujito, así como los de San Blas, Quiñones, Aguacate y la loma de la Comadre, que constituyen el macizo de San Cristóbal por el lado de Levante, son lugares á propósito para emboscadas y asaltos. Cien insurgentes que conozcan las entradas y salidas del bosque, los pasos de los arroyos y las bifurcaciones de los caminos, pueden hacer frente á mil y á dos mil soldados del ejército regular que se vean obligados á marchar unidos por falta de guías que conduzcan los destacamentos de vanguardia. Mientras el general Maceo operó en Pinar del Río, desde Marzo hasta Noviembre, sólo pasó una columna española, la de Serrano Altamira, que acudía á la combinación de Cacarajicara cuando estaba ya deshecha por Maceo, la cual efectuó el viaje, desde San Cristóbal á Bahía Honda, por las laderas del Brujo, Vega de Morales, la Perdiz, Sebastopol, Buenavista, Quiñones, Aguacate, sin saber por donde caminaba. Maceo cayó sobre la retaguardia de Altamira, y la destrozó. En estos parajes donde el monte no es muy elevado, pero sí copiosa la vegetación en los fondos y declives, y son incontables los vericuetos, se extravía fácil-

mente el transeunte que no conozca palmo á palmo el dédalo silvestre de abajo y el laberinto más perdidoso de arriba. El sol no traspasa el tupido follaje sino cuando está en el cenit. La niebla y la humedad no desaparecen en toda la mañana de un día despejado; á las tres ó cuatro horas de haber salido el sol no se puede aún transitar por aquellos sitios, oscuros y fragantes á la vez, puesto que los manzanos esparcen sus perfumadores por el ambiente y la rociada empapa al caminante de pies á cabeza. El río Brujo y su afluente el Brujito, de los que han tomado denominación los dos cafetales, atraviesan veinte veces distintas el sendero que conduce á Bahía Honda, lo borran en las crecidas, ó lo obstruyen por completo, echándole tabiques de vegetación. El viajero se ve, pues, forzado á tirar por la orilla opuesta ó por el ribazo más próximo, creyendo que el río de las burlas quedó atrás, pero al poco rato vuelve á tropezar con el cauce engañoso, con el murmullo de la corriente, el pedregal y las pomarrosas, uniformes y tupidas. Tal vez se le llame el Brujo por los engaños que produce.

Maceo no salió del campamento hasta el día primero de Noviembre, para trasladarse al Roble. El día 2 recibió un paquete de cartas y periódicos. Después se dirigió al cafetal la Aurora, y de este lugar, á la Ceiba, camino de San Blas, con la intención de descender hasta las estribaciones del Rosario y estudiar el cruce de la trocha del Mariel. Iba, pues, en busca de lo fatal: iba á dejar las tierras de Vuelta Abajo, teatro de sus glorias, no sabemos si con el ánimo de volver algún día. Por razones políticas y militares que se dirán oportunamente, Maceo se creía obligado á salir de Pinar del Río en el más breve plazo, aun cuando esta resolución no le era grata. ¿Por qué iba á dejar el teatro de su fortuna? ¿Qué razón de orden político podía anteponerse á la necesidad de sostener allí la campaña? ¿Y qué razones militares aducirse, en frente de la poderosa y capital de mantener la lucha con el más extremado vigor, en aquel escenario de las grandes acciones, sobre el cual estaba fija la atención de España, la atención de las potencias extranjeras y la atención del país?... El error de Maceo, el principal y único error, consistió en la voluntad de dar cumplimiento á lo que de él se

exigía sin prever los tristes resultados de esa instigación. Al desastre contribuyeron otras causas, de orden moral, que explicaremos oportunamente.

Pocos días antes de adoptar esta resolución había hecho entrega del mando de Pinar del Río al general Ríus Rivera, á quien prefirió á todos los demás jefes de Oriente y Occidente que guerreaban desde la primera invasión. Hay que hacer hincapié en esta preferencia, porque ella descubre y pone en claro el modo de pensar del ilustre caudillo en la cuestión escabrosa de las procedencias de raza, ya que personas de pro, que se tienen por entendidas, y son malintencionadas, han echado sobre Maceo el borrón de *racista*, esto es, de dar preferencia á los negros con menoscabo y oprobio de los blancos. Ante el hecho incontrovertible de haber designado al general Ríus para la jefatura del departamento, tienen que enmudecer las lenguas viperinas y desbandarse los prejuicios, los recelos, las suspicacias y los falsos testimonios del grupo caucásico. En Pinar del Río, el núcleo principal era negro; y allí batallaban, desde el mes de Marzo de 1896 hasta los días del nombramiento del general Ríus, jefes y oficiales de la raza negra: Pedro Díaz, Vidal y Juan Ducasse, para citar los de mayor categoría. El general Pedro Díaz era el jefe de la división de Pinar del Río, y, sin embargo, lo llevó Maceo consigo al marchar sobre la Trocha, para darle otro puesto en el distrito de Santa Clara; y Vidal y Juan Ducasse mandaban respectivamente dos brigadas de infantería de aquella división. Pues Maceo, contra el parecer de los jefes que él postergaba con el nombramiento del general Ríus, designó á éste, y lo dió á reconocer como comandante general del territorio de Pinar del Río y de una de las brigadas que operaban en la provincia de la Habana, precisamente, la que mandaba el coronel Silverio Sánchez. No debe invocarse la mayor categoría militar de Ríus Rivera, porque aparte de que sólo era general de brigada cuando vino á la guerra, Maceo hacía y deshacía en eso de las graduaciones y cargos militares, de tal suerte que con la misma facilidad que elevaba el subalterno á general en comisión, á un general efectivo lo dejaba de cuartel, con dos asistentes y una sola cabalgadura. A un coronel le decía, por escrito: "A la república no le convienen

figuras decorativas, y usted es una de ellas"; y á un general: "No dé usted margen á que yo vaya á dirigir la operación que le tengo encomendada".

Partió del Brujito y se dirigió al Roble; de este lugar, siguió al cafetal la Aurora, después á la Ceiba, con el propósito, ya indicado, de aproximarse á la trocha del Mariel. En el ingenio Manuelita estaba acampada una división española desde el 3 de Noviembre, á la cual hostilizaban los destacamentos de Tapia. El lunes 9 de Noviembre salió de la Ceiba para dirigirse á las estribaciones del Rosario, y al pasar por Tapia, frente á Manuelita, completó su séquito hasta el número de 150 hombres, mientras tiroteaba las avanzadas de la división española. Iban con el General su estado mayor, la escolta de infantería, las escoltas de Díaz y Bermúdez con estos jefes, y varias fracciones de la gente del Rubí y del coronel Sotomayor, á quien Maceo dejó de cuartel porque no sostuvo combate con uno de los batallones que salió de Manuelita y reconoció las entradas de Tapia. Sotomayor, jefe muy intrépido, empezó á dar señales de trastorno mental y murió, á los pocos días, completamente loco, en las lomas del Rubí. Era natural de Chile, teniente de la Armada de aquella república, hombre de mucho ánimo, de probada lealtad. Le empezó la locura por cuestión de unos amoríos, dos ó tres días antes de la sorpresa que le dieron los españoles en Tapia. Nadie de su tierra ha preguntado por él jamás: ni deudos ni amigos, ¿estaría solo en el mundo? ¡Pobre Sotomayor!... Ahora sería muy difícil encontrar sus míseros despojos, enterrados en la soledad de la manigua no se sabe por quien, sin cruz ni montón de piedras que señale el reducido promontorio á los amigos que fueran á exhumarlos.

Maceo, antes de emprender la ruta definitiva, dejó instrucciones al general Ríus para que ejerciera la más estricta vigilancia sobre el camino de Soroa á Candelaria, pues el día 3 de Noviembre se efectuó otro combate con la brigada de Segura, que salió de Soroa para conducir los heridos al pueblo, y había retornado de la expedición. El combate, que fué bastante reñido, lo sostuvieron los destacamentos del general Ríus. Como siempre, los españoles vieron más de mil insurrectos parapetados. Así lo dijeron los papeles públicos.

El Cuartel General se situó en la encrucijada del Rosario, lugar conocido por la *Tierra nueva*, en la falda de las lomas, ó, mejor diremos, las colmas del Rubí, que empiezan en Cayajabos y suben después, escalonadas y abruptas, hasta formar el inmenso telón de la cordillera. Maceo se disponía á proseguir el camino, próximamente á las dos de la tarde; pero allí le sorprendió la nueva de que numerosas fuerzas españolas inundaban los valles de Tapia y Manuelita, procedentes del Mariel, y que también por el lado de Cayajabos venían otras columnas, procedentes de Artemisa. Había más soldados que nunca: 10 ó 12,000 hombres de las tres armas. A Maceo le vino en mientes el nombre de ¡Wéyler! ¡Estará Wéyler aquí?... Efectivamente, era Wéyler en persona el causante del inusitado trastorno. No podía ser otro capitán el que marchara á las lomas con doce regimientos de infantería, una brigada de artillería, otra de transporte, el cuerpo de batidores, una compañía de telegrafistas y el zaganete de albarderos;—amén de la escuadra, que dejó en la bahía del Lazareto para que hiciera salvas. Nuestra pluma es demasiado tosca para describir el majestuoso aparato de la primera salida de Wéyler peregrino. Ningún infante real de Micomicona, ningún emperador de Trebisonda, ningún caudillo de doblete lo superó jamás. Nada hay comparable á la aventura del héroe apócrifo y farfullero, émulo de Arolas sin el tamaño de Don Juan; y no sería creíble si no lo hubiéramos presenciado en el mismo teatro de los sucesos, aun cuando lo dijieran y cantaran las plumas gongorinas y abyectas que iban pegadas al rabo del corcel *mohato retinto*, á fin de no perder una sola nota de su Excelencia ecuestre y de su *retinto* resabioso. Esas plumas, escuderiles y torpes, escribieron la jornada marcial del Mariel; al día siguiente se rajaron todas: vieron el Rubí en perspectiva, á los insurrectos en ilusión, las combinaciones tácticas, sobre el papel azul de los telegramas. Eso de los partes por telégrafo es una de las filfas más groseras de Wéyler. Fueron escritos en Cabañas, y él los entregó á uno de sus amanuenses, para que, por mar, los condujera á la capital, y la prensa servil los inflara y emplanara como tales despachos expedidos por telégrafo. El relato de

la primera operación, escrito por las plumas alabarderas, es como sigue:

“El día 9 del corriente mes supo el público de la Habana que á la una y media de la mañana del mismo día, había salido el General en Jefe á bordo del vapor *Legazpi* con dirección al Mariel. Después se supo que había salido con el objeto de dirigir personalmente las operaciones contra el grueso de las fuerzas de Maceo, y el entusiasmo fué indescriptible, notándose en todos los ánimos la seguridad del éxito más brillante.

“Posteriormente los partes oficiales no han hecho sino revelar al público la modestia del general Wéyler y su parquedad en los detalles de gloriosas operaciones realizadas, sabiéndose extraoficialmente que ha logrado, no sólo cerrar á las hordas de Maceo toda salida, sino obligarlas á irse batiendo por desesperación ó entregándose, por imposibilidad de resistir. De esto dicen algo las noticias oficiales, más las que los corresponsales remiten, y mucho más los que conociendo el terreno en que las tropas operan, saben cuales son las posiciones que nuestro Ejército ha logrado.

“A las seis de la mañana del 10 dió vista y entró en el Mariel el transporte de guerra de nuestra Armada, *Legazpi*, anclando á corta distancia del muelle. Acto continuo, y á bordo del cañonero de aquel puerto *Reina María Cristina*, se trasladó al transporte el general Arolas con sus ayudantes y el Alcalde corregidor del Mariel.

“A las siete atracaba al muelle el cañonero, saltando en seguida á tierra el General en jefe de nuestro Ejército con el general Subinspector de Artillería, señor Aguilar, los tenientes coroneles de E. M. señores Garamendi y Escribano, el coronel señor Escario, el médico doctor Martínez, varios de sus ayudantes y el señor don Luis Morote, corresponsal de *El Liberal* de Madrid.

“Sin detenerse, atravesó el pueblo del Mariel el General en Jefe, acompañado de los generales Arolas, Gasco y Aguilar, y seguido de su Estado Mayor y ayudantes.

“Todas las fuerzas estaban en correcta formación, extendiéndose como cerca de un kilómetro por la carretera. El general Wéyler, á paso largo, las revistó. Al llegar al extremo de la larga fila, hizo alto. Allí estaba el veterano coronel

Sánchez Hechavarría, jefe de la primera zona de la línea militar, el cual hizo el saludo de ordenanza.

“Constituían la columna Wéyler los batallones de América, Castilla, la Reina, Barcelona y Puerto Rico, seis piezas de artillería, 400 caballos del regimiento del Príncipe y guerrillas, total, 6,000 hombres. Dos brigadas muy bien organizadas, la primera, la del coronel Hernández de Velasco y la del general Aguilar. Al centro iba el general Wéyler, montado en un brioso caballo color *mohato retinto*, su Estado Mayor, y á retaguardia el coronel Pintos con su aguerrida columna.

“A las nueve y media llegó, procedente de Guanajay, la columna Pintos que traía los caballos y demás del Cuartel General. A esa hora dió el General en Jefe voz de *¡En marcha!* y ya á las diez desf.aba la potente columna por el lado del ingenio Cañas y en dirección á las lomas.

“Posteriormente han salido de esta capital á operaciones 300 bomberos, trescientos cubanos de la raza de color, á compartir con el ejército los peligros y las glorias de la campaña en la provincia de Pinar del Río.

“Al paradero del Oeste acudieron el general Ahumada y el general Loño, quienes hubieron de participar del delirante entusiasmo de los bomberos, entre frenéticos vivas á España, al Rey, al General en Jefe, al segundo Cabo y al general Sub-inspector.

“Con los 300 bomberos movilizados van el coronel don Antonio González Mora, el comandante don Francisco Sánchez Reyes, el capitán don Joaquín Cornet, los primeros tenientes don Alfonso Cortés, don José Delgado Sellés y don Donato Méndez Ochoa, y los segundos don José Barberí, don José López Guas, don Enrique Roig y don Luis Rodríguez Arango”.

La segunda jornada de la expedición la escribió el mismo Wéyler, de esta manera detestable.

“El General en Jefe al General Ahumada. — Cabañas 11 de Noviembre de 1896. — Para llevar á cabo el plan que me propuse y tomar las posiciones del Rubí, formé tres columnas, una de seis batallones y artillería, mandada por el general González Muñoz, que entró por la Manuelita; otra del ge-

neral Echagüe de cuatro batallones y artillería, que, partiendo de Artemisa fué por Cayajabos; el coronel Segura, desde Soroa, concurrió con sus fuerzas á la operación; y yo con los batallones de la Reina, Castilla, América, Cazadores de Barcelona, Puerto Rico y seis piezas de artillería, partí del Mariel para atacar de frente y cubrir la salida probable del enemigo.

“Como presumía, el enemigo, creyéndose fuerte en la posición, tenía ocupadas las avenidas por fuertes partidas.

“El general Echagüe, con su brigada, tenía mejor camino y llegó en la tarde de ayer, sosteniendo fuego con el enemigo acampado en las mismas posiciones que éste ocupaba, según le tenía ordenado, que era la entrada Sur del Rubí. En la madrugada del diez, reforzada la brigada Echagüe con la del general Aguilar, que venía á mis órdenes, se fueron tomando sucesivamente todas las posiciones que el enemigo defendía con tenacidad, logrando, á las cuatro de la tarde, tener ocupadas todas las alturas del Rubí, una de sus más principales defensas en las lomas, por su proximidad á la línea. Muchas de ellas fueron tomadas á la bayoneta por nuestras tropas.

“Dada la tenacidad con que defendieron las posiciones, supongo que hemos tenido en frente gran parte de las partidas de Pinar del Río.

“Todas las columnas han sostenido fuego todo el día, acampando sobre las alturas tomadas.

“Tenemos que lamentar la herida en un muslo del general Echagüe, que después de tomar las posiciones ayer, y al ir á acampar, fué herido.

“Las jornadas para hacer en un día la columna mía y la del general González Muñoz, eran largas, y tuvimos que hacerlas en dos, como tenía prevenido, llegó primero el general Echagüe con su columna al lugar desde donde hoy, al amanecer, había de apoyarle como lo hizo. Todos los Comandantes han batido al enemigo con entusiasmo.

“Nuestras bajas, 6 de tropa muertos, heridos general Echagüe, 6 oficiales y 54 de tropa. El enemigo dejó en poder de mi columna siete muertos; ignoro los que recogieron las demás. Sus bajas fáciles de ocultar, dada índole posiciones, las supongo de consideración.—*Wéyler.*”

Relato de los gacetilleros turiferarios:

“Los ayudantes del general Echagüe comandantes Friedrich y Pajarero nos relataron los detalles del encuentro que desistimos de publicar en toda su extensión, porque vienen relacionados en el despacho que ha traído esta mañana el teniente coronel Garamendi.

“El la combinación del General en Jefe, la columna del general Echagüe fué la primera en entrar en acción el día 9, al tomar posición en la loma del Rosario. Aquí se libró el combate con unos mil hombres que se habían quedado detrás de las lomas.

“Duró el fuego tres horas, y ya concluído, cuando el general Echagüe daba disposiciones para la posesión del campamento, oyóse un tiro aislado, una bala de rifle que le hirió en el fémur.

“La columna de Echagüe tuvo un capitán, un teniente y 24 de tropa heridos y dos muertos.

“Las bajas de los rebeldes debieron ser muchas porque se le dispararon 24 cañonazos.

“Al siguiente día, 10, por la mañana, tomaba el general González Muñoz el asiento del Rubí, y pocas después pasaba entre éste y la loma del Rosario el general Wéyler, librándose con ambos dos encuentros.

“El general Wéyler desalojó de las posiciones del Rubí á Maceo y sus secuaces. Nos contaba un soldado que las balas enemigas llovían sobre el cuartel general. Todavía el día trece daba un colega algunos detalles relativos á las grandes operaciones que empezaron á realizarse por el General en jefe, el general Echagüe y el general González Muñoz. Las fuerzas de éste, en las que iban las del general Suárez Inclán, hallaron á los rebeldes en fortísimas posiciones, atacándolas con los batallones de Gerona y Baleares. Fué el combate reñido. Las balas silbaban por todas partes, y sólo soldados como los españoles podían arrollar á tan numeroso enemigo. La brigada de Inclán hizo muchas bajas á la gente de Maceo y tuvo 40, entre ellas, seis soldados muertos y 4 oficiales heridos: sólo el batallón de Baleares tuvo 28 bajas.

“Arrollados los insurrectos fueron á caer en la columna del General en Jefe, que acabó de dispersarlos. La combinación resultó, pues, como se esperaba”.

“Del General en Jefe al General Ahumada.—Oleaga 14, por la noche.—Después del combate del Rubí evacuando los heridos á Cabañas y racionadas las fuerzas, he marchado reconociendo el interior de las lomas en dirección á Soroa, con tiroteos de puestos enemigos. Tuvimos un muerto y tres heridos de tropa. Continúo en sitio donde no han penetrado hasta ahora columnas, en combinación con la división del general González Muñoz.—Wéyler. (¿Pero había telégrafo en Oleaga?)

“El coronel Segura con fuerzas de Mérida y Zamora, salió el día 10 de Soroa en dirección de la Merced, pasando por Brazo Nogal y San Agustín. El día 11 siguió hasta Oleaga, donde encontró una partida de 200 negros, mandada, al parecer, por el cabecilla Ducasse. El batallón de Mérida atacó los rebeldes con gran arrojó, dispersándolos después de nutrido fuego, haciéndolos dividirse en dos grupos que se retiraron hacia las lomas. El enemigo dejó 4 muertos, municiones y algunas armas, presumiéndose que sus bajas sean mayores. El coronel Segura tuvo en su fuerza 2 muertos y 12 heridos de tropa. La columna regresó en el mismo día á Soroa por la Merced. El coronel Segura protegió la reconcentración de varias familias de Oleaga. En estas operaciones el coronel Segura obedeció órdenes del General en Jefe que respondían á una combinación de columnas”.

El corresponsal de Artemisa agregó lo siguiente:

“El tren de Vuelta Abajo trájó á esta capital 12 heridos graves de Mérida. Confírmase la noticia de que en el encuentro de Oleaga, se encontró en reconocimientos el cadáver del cabecilla Juan Ducasse, titulado brigadier”. (Nos parece que es el mismo que vive en la Habana).

Otra revista de los gacetilleros ecuanímicos:

“El regreso del General en Jefe á esta capital produjo notable impresión en el ánimo público. Había circulado el rumor de que era probable la muerte de Maceo en las acciones del Brujo y del Brujito por habersele visto y oído, y la venida del General en Jefe inesperada, hizo creer que el rumor se confirmaría. Otros más avisados supusieron que el General en Jefe vendría á despachar asuntos perentorios, tales

como la sanción de los consejos de guerra, el arreglo de los billetes y del telégrafo, etc.”

“Al venir el General en Jefe á la Habana quedaban operando los generales Inclán y Bernal entre las lomas de la costa Norte. El regimiento del Príncipe que se hallaba en el ingenio Pilar, fué á unirse al general Obregón, que manda los batallones de Otumba y Toledo. El coronel Pintos operaba en la misma dirección, con las fuerzas de Puerto Rico y Farnesio. Al Sur del centro de operaciones se hallaba el coronel Béjar con los batallones de Barcelona y América, el coronel Escario con los del Rey y Aragón y el general Segura con Mallorca y Zamora. Sábese que el general Wéyler se muestra satisfecho del resultado de las operaciones; se tienen noticias de que los rebeldes han tenido que abandonar las alturas tomadas por nuestras fuerzas, y se espera que la persecución incesante y la falta de recursos vayan extinguiendo las partidas que capitanea Maceo. Los periodistas que han tenido la honra de hablar con el General en Jefe dicen que no logran de él declaración alguna, y esto es sumamente aplaudido por la opinión.” (Publicación del *Avisador Comercial*, segunda quincena de Noviembre.)

Como cada periódico conservador tenía uno ó más albarderos en el zaguán de Palacio, el correpondiente al *Diario de la Marina* publicó este brillante resumen, tecnológico y ecuanímico.

“La campaña de invierno, tan esperada por la opinión en la Península y en la Isla, ha comenzado ya obedeciendo á un plan ideado y madurado por el general Wéyler (plan que tiene por base, según ha declarado públicamente el propio General) la pacificación sucesiva de Vuelta Abajo, hasta la Trocha del Mariel y la de la Habana, Matanzas y las Villas hasta la del Júcaro, y para circunscribir luego la guerra á las provincias orientales de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. Y como principio y orden quieren las cosas, y como el apresuramiento suele perjudicar más bien que beneficiar el desarrollo de todo plan, ha evitado poner en peligro el suyo el general Wéyler, como habría de fijo sucedido si, por ganar días, se hubiera comenzado á desarrollar sin la necesaria y oportuna preparación. Hecha ésta, colocados en Pinar del

Río los batallones que consideró suficientes, en disposición de salir á operar, tomados y fortificados los puntos estratégicos más importantes de las lomas, como Cacarajícara, Galalón, Soroa, Puerta de la Muralla y el destruído pueblo de Cayajabos, operaciones que se hicieron con facilidad, unas, y tras reñidos combates, otras, salió de la Habana el General en Jefe con su Estado Mayor y poniéndose al frente, en el ingenio Cañas, de la columna que al efecto se preparaba, y dirigiéndose con ella por el ingenio Begoña hacia las lomas del Rubí, mientras al propio tiempo lo hacía el valiente general Echagüe en dirección á las mismas lomas, saliendo de Artemisa por el camino de Cayajabos, dió comienzo el desarrollo de su plan atravesando en diez días varias veces y en todas direcciones, los quebrados terrenos del Rosario, Rubí, Soroa, Tumba, Gloria, Brujo, Rangel Brujito, Carambola, Moriche, etc., habiendo batido al enemigo cuantas veces lo encontró y destruyendo á su paso cuanto elemento de vida pudiera servir á las partidas.

“El resultado inmediato de tan breves operaciones en las lomas, apenas comenzado, es público y notorio: el fraccionamiento de las huestes de Maceo no se ha hecho esperar; han desaparecido aquellas legiones que nos pintaban como compuestas de cinco y seis mil hombres, dispuestos á hacer frente á las más fuertes columnas, convirtiéndose en infinitos grupos pequeños, el mayor de cien hombres que abandonando la mayoría de ellos las lomas van hoy recorriendo el llano á paso ligero, en marcha continua sin sosiego, sin poder acampar doce horas en un mismo sitio, pues apenas hacen alto se presenta á la vista una columna á obligarlas á seguir su penosa jornada”. Aunque el *Diario de la Marina* es comúnmente periódico bien escrito, escrito en buena ortografía y sintaxis castellana, en aquella época anormal no podía expulsar del cuerpo de redacción á los gznápiros que se adjudicaban el papel de Jenofonte ó de Montecúculi, sin saber quién era el griego ni quién el austriaco. Esos gznápiros, mantenidos á soldada, eran cabos ó sargentos de las oficinas del detall que aspiraban á mayor categoría haciendo estudios profundos de la campaña de invierno, con el pitillo en la boca.

Ya es tiempo de que hagamos el resumen exacto de estas sonadas y brillantes operaciones.

Día 9.—Maceo desplegó sus tiradores en la sitiérra del Rosario, junto á unas siembras de plátanos y maíz. La vanguardia del ejército de Wéyler, que mandaba el general Ramón Echagüe, acometió la primera línea de los insurrectos; Echagüe venía por el camino de Cayajabos, pues había salido de Artemisa. El fuego cobró intensidad al adelantarse el centro de la columna española por las colinas próximas, con el propósito de circunvalar el sembrado de donde partía la agresión de nuestros tiradores. Maceo fué auxiliado por Ríus Rivera, que acudó desde la *Madama* con su escolta y una compañía de infantería, al mando de Vidal Ducasse. Con estos refuerzos el núcleo que bregaba en el Rosario se elevó á 230 hombres. Por el lado de Manuelita se divisaba otra columna, al parecer, más numerosa que la de Echagüe: era el centro del ejército español mandado por Wéyler en persona. Pero el genio militar no tuvo ocasión de desplegar sus dones: el debate había terminado cuando él entró en funciones de capitán general. Maceo quedó en el Rosario. Wéyler se unió á Echagüe al ponerse el sol. No oyó el silbido de una sola bala. En los momentos de efectuarse la combinación de columnas para establecer el campamento de la noche, el coronel Gordon, norteamericano muy intrépido, que iba á la cabeza de una sección de infantería, se situó en un altozano que dominaba el campamento enemigo, y disparó sobre las patrullas que registraban las entradas del Rosario. Casi simultáneamente, el teniente coronel Carlos González, ayudante de Maceo, le disparó un tiro de rifle al que le pareció ser el jefe de la división española, el cual se puso evidente mientras las secciones de caballería examinaban las entradas del monte. Efectivamente, era el general Echagüe á quien el proyectil atravesó el fémur del muslo derecho, según dijo el parte oficial de Wéyler. Las fuerzas de Maceo tuvieron 8 bajas en la acción del Rosario. Wéyler declaró que la columna de Echagüe tuvo 67 entre muertos y heridos.

Día 10.—Comprendiendo Maceo que la combinación de columnas sobre el Rosario obedecía á un plan general, y que una de ellas, la que formaba el ala derecha bajo la dirección

de González Muñoz, se arriesgaría á penetrar por el Rubí, dispuso lo necesario para que el nuevo ataque de los españoles fuese tan ineficaz como el anterior. Tomó el martes 10, muy temprano, por la vereda del Chumbo que conduce al asiento del Rubí, con el objeto de salirle de frente á González Muñoz que en otra oportunidad había escalado el Rubí por el camino de Tapia. Dejó á Rius Rivera en las posiciones del Rosario, loma de la Madama, á fin de que hostilizara el centro enemigo si entraba en función mientras su ala derecha iba á la conquista del Rubí. Maceo salió del Rosario al quebrar el alba, con 130 hombres, de los que combatieran el día anterior, y con una fracción de Pedro Delgado que allí se le unió, escaló la loma del Rubí por la serventía del Chumbo para disputarle el paso á la división de González Muñoz, vanguardia de Wéyler á la sazón, pues la columna de Echangüe, ó la mayor parte de ella, retrogradó el día 10 con los heridos. El comandante José Manuel Barrios que dirigía la descubierta de Maceo, tropezó con los españoles casi en el mismo asiento del Rubí, y á boca de jarro se hicieron el saludo; González Muñoz había también madrugado, y acababa de tomar posesión de la meseta. El combate empezó sin dilación, violento y atronador, á quemarropa: los españoles sobre la meseta donde estuvo el batey del cafetal, los insurrectos allí mismo, unos y otros, frente á frente, enardecidos por igual. Maceo disparó el revólver sobre el capitán de la vanguardia española que trataba de flanquear por la izquierda; se le cogió el caballo, el cual sirvió para conducir á un herido de la escolta de Maceo. Un oficial llamado Arcadio Cabrera, ayudante del general Miró, montó con el herido en el caballo del capitán español, pero tuvo que soltarlo al caerle la compañía más avanzada, deseosa de recuperar el caballo de su jefe. Cabrera, gran tirador, sereno y valeroso, se echó el rifle á la cara y descargó los catorce tiros sobre los ávidos perseguidores. ¡Cosa singular! el herido se salvó, arrastrándose por la ladra del monte. Los cuatro puntales de la antigua fábrica del Rubí quedaron acribillados y teñidos de sangre. Al lado de Maceo combatían el brigadier Bermúdez, el brigadier Pedro Díaz, el General Miró, la escolta del Cuartel General, los ayudantes de campo, el teniente coronel Bacallao,

todos de frente al camino que traían los españoles, disputándoles el acceso de la altura, mientras la gente de Pedro Delgado, apostada en uno de los declives del monte, metía plomo sin consideración sobre la masa central de González Muñoz que, á su vez, redoblaba el esfuerzo para ganar los cuatro horcones del Rubí, poco menos que derribados por la furia del aquilón. Una granada chocó contra uno de los horcones é hizo pedazos el tronco de un oficial de infantería, Eulogio Aguilera, hijo de Bayamo, que militó en la guerra del 68. ¡Cuán lejos de su cuna venía á morir el soldado de Céspedes! Temblaba el follaje de los árboles como si fuese vareado por los pescadores de frutas; caían naranjas, limones, icacos, zapotes y racimos de cocos, mezclados con la hojarasca, y de la tierra saltaban burbujas como si fuese pellizcada por un agente extraño. Cuando la tierra está en polvo, y cae de improviso el primer aguacero primaveral haciendo cantar las ranas que han vivido escondidas debajo de la superficie, los primeros goterones producen ampollas en la epidermis todavía seca del pavimento: así era el cuadro del Rubí en aquella mañana otoñal, con el único distinguo de que, en vez de ranas en jolgorio, maullaban gatos de todas las especies y zumbaban los abejorros por el ramaje alto como buscando la manera de clavar la fisga. El maüser y el rémington suenan á veces como lamentos gatunos, y á veces, como zumbidos de una colmena alborotada. A Maceo le recordé la gloriosa acción de Cacarajícara, y el símil era bastante exacto. Parecía, en efecto, que los cuatro horcones del Rubí eran los patos de quiebrahacha en Cacarajícara; que el camino de las Pozas á San Miguel se había transformado en la vereda del Chumbo; que el montón de peñas de allá era la misma muralla de ahora, y sobre todo, la fuerza del aguacero, que lo mismo descarga sobre las alturas del Poniente que sobre los picachos de Levante.

Mientras se desarrollaba esta página bélica, empezaba otra riña en las lomas del Rosario, por donde iba Wéyler con seis batallones más, la media brigada de artillería y un regimiento de caballería. Los bomberos de color y los voluntarios que salieron de la capital dando estentóreos hurras á España y al Subinspector de las armas generales, no pasaron del Ma-

riel: desde el Lazareto asistieron á la batalla del Rubí. El general Rius Rivera con los cien hombres que le dejó Maceo, rompió nutrido fuego contra los batallones de Wéyler, y obligó á acelerar la marcha para unirse á González Muñoz cosa que no pudieron efectuar sino dos horas después del combate del Rubí, puesto que González Muñoz hubo de emplear más de una hora en rehacer las fuerzas de su vanguardia. Avisado Maceo por el estruendo del combate que sostenía Rius con un puñado de hombres, y no siéndole ya posible defender por más tiempo las posiciones del Rubí, se corrió hacia el Rosario para auxiliar al general Rius, que bregaba contra el núcleo del ejército español acaudillado por Wéyler en persona. Entre las lomas de la Madama y la Gloria se sostuvo la pelea hasta las cuatro de la tarde, próximamente, hora en que dió fin el porfiado debate. Maceo concibió el designio de ir á reconocer los pasos de la Trocha. Los insurrectos que batallaron en el Rubí y en el Rosario tuvieron 10 bajas. Los españoles declararon haber tenido cuarenta en el primer combate. Wéyler no mencionó las de su columna.

Día 11.—No hubo más que ligeros tiroteos en el Rosario. Wéyler, con el centro del ejército y la vanguardia de González Muñoz, retrocedió á Cabañas á *evacuar* los heridos, según publicó en el despacho telegráfico que envió al Segundo Cabo. "Evacuando los heridos á Cabañas"—dijo, literalmente. El creyó que era lo más militar el empleo del gerundio, y quiso decir que marchó á Cabañas para desprenderse de los heridos y racionarse, porque evacuar, aplicado á las funciones de la milicia, es dejar los soldados una plaza, un presidio, una posesión geográfica. La sonada evacuación de los españoles vino dos años después.

El mismo día 11, el coronel Segura partió de Soroa con una fuerte columna para indagar el paradero del capitán general. Segura tomó por Borrego, la Merced, el Delirio, Oleaga y Valparaíso; pero en la loma del Delirio recibió de frente la agresión de Juan Ducasse y tuvo que retroceder con bastantes bajas, no debido á la merma de sus fuerzas, sino porque no halló rastro ni noticia alguna de Wéyler, que de esa manera combinaba las columnas. Wéyler, mientras Segura lo buscaba por Valparaíso, componía los despachos telegráficos

en el cuartel general de Cabañas, para entregárselos al teniente coronel Gaiamendi, con el carácter de boletines de Wagiam ó Moscú. Para Wéyer el Rubi era Wagiam; el Rosario, Moscú, y Cabañas el campamento de Boulogne. Nunca se las había visto mayores, y el papel de Napoleón le encantaba sobriemanera.

Día 12.—Wéyer, una vez racionado, evacuó el puerto de Cabañas para encaminarse á las lomas. Al hallarse en las alturas de Oleaga, y viendo el rastro que dejó Segura, fué en busca de éste, y ordenó á González Muñoz que siguiera la operación de avance hasta Río Hondo. Wéyer se metió en los montes de Oleaga, en pos de Segura, á fin de que éste le sirviera de vanguardia hasta la línea férrea. No encontró á su lugarteniente; no podía hallarlo, pues el 12 y el 13, Segura permaneció en Soroa. Las lomas seguían aún, recias y encumbradas. Empezó álover con la furia de Noviembre. Wéyer se creyó perdido en las soledades de Oleaga. ¿Pero hasta dónde habría lomas? ¿Cuándo desaparecería el telón espantoso de la cordillera?... Maceo cometió un grave error, el error de ir á reconocer los pasos de la Trocha, gracias á lo cual, Wéyer escapó de un peligro inminente. Maceo, creyendo que Wéyer se uniría á Segura y que con las tres columnas, la de él, la de González Muñoz y la de Segura, se encaminaría á San Cristóbal para tomar allí el tren, concibió el proyecto de dirigirse sobre la trocha de Arolas con el propósito de cruzarla por las inmediaciones de Guanajay. Llegó en dos marchas forzadas al perímetro exterior de la línea militar, practicó algunos reconocimientos, y volvió sobre sus pasos, porque entonces comprendió el error cometido. Medió la circunstancia de que tres individuos le dijeron que ellos habían burlado fácilmente la vigilancia de los destacamentos y que conocían el camino del cruce. Maceo hizo custodiar á los tres individuos hasta que él volviera de la expedición, y tomó otra vez el camino del Rosario por el rastro de las columnas de Wéyer hasta loma Colorada, en donde supo, de un modo fehaciente, que Wéyer pernoctó en Oleaga y que, desde dicho lugar, había tomado el camino de Candalaria el 14. Wéyer mientras procuraba orientarse, y no hallando al coronel Segura, se metió en los montes de Oleaga maldiciendo la hora en que se separó de Gon-

zález Muñoz, el cual seguía la marcha para Río Hondo con fuego incesante de vanguardia y costados. Wéyler encontró un campesino en un predio de Oleaga, y en vez de ahorcarlo, porque el Bando de la reconcentración surtía todos sus efectos, le rogó que le sirviera de práctico, pues aun cuando él traía media docena de guerrilleros, éstos no eran conocedores de todos los laberintos: le ofreció dádivas, le regaló veinte centenes y le colmó de agasajos. El campesino ya no era un laborante, sino el Mesías de la causa española. El montuno hizo las veces de jefe de Estado Mayor; acampó al agosto principio de las armas hispanas, y cubrió el vivac. Wéyler le suplicó que no se moviera de su lado, conversó con él largo rato, y los dos departieron sobre Maceo y su gente. ¡Cómo! ¿pero usted, amigo mío, conoce á Maceo?—Sí, señor, lo conozco perfectamente; es un hombre muy amable, y cuando pide algún auxilio es porque lo necesita, y siempre lo hace en las formas más corteses. Yo tengo unos papeles en casa. ¿Quiere el señor que vaya por ellos?... Lo mismo que yo le digo al señor le dirá un peninsular que reside por ahí, llamado Valtarrica, y también podrá decirse otro español, de *apelativo* Zaragoza: los dos viven al *cantío* de un gallo. ¿Quiere el señor que vaya por ellos?... Wéyler no dejó mover al campesino salvador. Al fin, rendido por el sueño y la fatiga de la jornada, la persona del capitán general se echó á dormir. El guajiro dejó el campamento, y paso tras paso, por veredas que él sólo conocía, se encaminó á la Ceiba donde halló un destacamento mambí de 150 hombres, todos aguerridos y bien armados, al mando de Vidal Ducasse, y otra partida de 100, comandada por Pedro Ibonet. Estos destacamentos habían sostenido combate con la división de González Muñoz, al dirigirse éste á Río Hondo por la loma Colorada. Vidal Ducasse, creyendo que era patraña la revelación del campesino, lo metió en el cepo por interina providencia, y con intenciones de ejecutarlo al amanecer, pues el bravo Vidal no comprendía que un tosco estanciero hubiera desempeñado las funciones de jefe de campamento del capitán general, y mucho menos que Wéyler no le hubiese aplicado el artículo primero del Bando de la reconcentración de pacíficos. Tantas cosas dijo el campesino durante las horas que permaneció en el potro, que, al fin,

Vidal Ducasse se condeoló, y trató de comprobar personalmente la estancia de Wéyler en los montes de Oleaga. Pero cuando Vidal practicó la operación, ya Wéyler estaba en camino de Candelaria, cerca del puerto salvador. Entonces lleo Maceo, y demás está decir cuánta no fué su contrariedad y cuán grande su enfado. Y ocioso es indicar lo que hubiera acontecido si él pernocta en loma Colorada ó en la Ceiba la noche en que llegó allí el práctico á la fuerza del capitán general de Cuba, mientras esta personalidad echaba el primer sueño bajo la techumbre de los robles, envuelto en la capa de los aguaceros y dos cobijas de lana encima del impermeable: Maceo á la cabeza de 300 hombres de infantería, bien armados y municionados, corriéndose por el trillo oculto hasta dar con el cuartel general de Wéyler, éste dormido, y las nubes volcando los odres de noviembre!

Día 14.—El general Bernal, que salió de Bahía Honda el 13, se unió á González Muñoz y Suárez Inclán en las cercanías de Río Hondo; sostuvieron combates en San Blas, el Brujo y el Brujito contra los destacamentos de Vidal Ducasse é Ibonet, y con las escuadras mandadas por Francisco Peraza y Pedro Sáenz. El primero acudió desde Puerta de la Muralla, norte de San Cristóbal. Los prefectos Francisco Bigoa y Jacobo Izquierdo con las guardias de sus respectivas prefecturas, cooperaron al mejor éxito de estas últimas operaciones, durante los días 16, 17 y 18 de Noviembre. Combatieron en San Blas, Valparaíso, loma del Vizcaíno, Buenavista, el Brujito, y dispararon los últimos tiros en los Calabrotos de Río Hondo el día 18, en que terminaron las valentías de Wéyler. Segura había retrocedido á Soroa, González Muñoz y Suárez Inclán se encaminaron á San Cristóbal, y Bernal regresó á Bahía Honda. Wéyler estaba en Candelaria desde el día 15. Allí le pusieron una bomba, al tomar el tren ascendente que lo conducía á la Habana. Las bajas de los insurrectos fueron 56 en todas las operaciones: las de las columnas excedieron de 400, sin los enfermos. Wéyler dejó el campo al cuarto día, si bien escapó del peligro más grave por no hallarse Maceo en loma Colorada. Wéyler sólo tomó parte en una acción de guerra: la del día 10, en el Rosario. Puso en movimiento 12,000 hombres y los siguientes oficiales generales: Echagüe, Gon-

zález Muñoz, Aguilar, Obregón, Gasco, Hernández de Velasco, Segura, Bernal y Suárez Inclán. Las fuerzas de Maceo no excedían de 500 hombres, incluyendo en esta cifra las guardias de las prefecturas.

El general Maceo explica las grandes combinaciones de Wéyler en la siguiente carta dirigida á Perfecto Lacoste.

Muy estimado amigo mío: puedo ampliarle hoy algunas noticias reativas á las operaciones militares de estos últimos días, ya que las fuerzas enemigas estaban acaudilladas por el célebre Wéyler. Supongo cómo se habrán zurcido los partes oficiales en el Estado Mayor de la capitania general, en los que aparecemos todos derrotados, y acaso en la actitud pasiva é inerte de *mueitos vistos!* El día 17 del actual, después de haber escalonado mis fuerzas convenientemente para esperar con resultado los miles de hombres del ejército enemigo, marché con mi Estado Mayor y escolta á recorrer las zonas por donde suponía que debía hacer su *debut* el invicto Marqués. El día 9, á cosa de las dos de la tarde, encontramos la vanguardia enemiga en la sitiaria del Rosario, mandada, según supe después, por el general Ramón Echagüe. Desde los primeros momentos pude observar que tenía delante todo un cuerpo de ejército; y tocados desde aquel instante todos los resortes del arte militar, dió comienzo el combate, á brazo partido, por nuestra parte, en la proporción de uno contra doscientos, pues el contingente que estaba á mi lado no excedía de 150 hombres, y con este número, relativamente exiguo, hice frente al grueso enemigo hasta que cerró la noche, sin que pudiera desalojarnos de las posiciones. La caballería y artillería enemigas fueron las que mayores pérdidas experimentaron en este combate. Al día siguiente, habiendo dejado al general Ríus Rivera con una pequeña fuerza que lo acompañaba, para que repeliara los ataques del enemigo, me encaminé con mi Estado Mayor y escolta por la vereda del *Chumbo* hacia el Rubí, en la presunción de que una nueva columna pudiese penetrar por dicha travesía; y en efecto, una hora después, nos encaramos con numerosas fuerzas enemigas procedentes del ingenio Manuelita. Los choques fueron rudos y á quemarropa: el fuego, en extremo violento por ambas partes, pero mortífero por la nuestra, dada la precisión de la pun-

tería sobre grandes masas; cuarenta hombres de mi escolta armados de fusiles Lee, y mi Estado Mayor, dirigidos por mí y los generales Miró, Díaz y Bermúdez, repelieron con bravura todos los ataques del enemigo, causándole tal descalabro que á todos nos recordó la gloriosa jornada de Cacarajicara. Varios encuentros más, aunque no tan violentos como el relatado, se efectuaron en el resto del día en las lomas del Rosario, y las silzadas en los días sucesivos las columnas enemigas por el general Rius Rivera, con las diferentes fuerzas que había dejado escalnadas y en posiciones á propósito para ofender y no sufrir quibranto. Pasé yo á reconocer las inmediaciones de la Tocha por Artemisa y Guana,ay, con objeto de estudiar las líneas fortificadas del enemigo, y al regresar, dos días después, he tenido ocasión de comprobar el fuerte descalabro que sufrió el ejército de Wéyler en los combates anteriores, pues dejó el campo sembrado de cadáveres, con muchísimos caballos muertos y otros cansados, objetos fehacientes de su derrota. Por un artillero que le hicimos prisionero en el combate del 10, supe que este día llegaban á 337 las bajas de las columnas; noticia, que posteriormente me ha confirmado uno de los prácticos que llevaba Wéyler, que se pasó á nuestras filas, el cual agregó que había sido herido uno de los generales (Echagüe, según todos los indicios). Si la táctica ó peicia del general Wéyler no da más de sí, le auguro un completo fracaso en la campaña emprendida. Porque, dicho sea para *inter nos*, tratar de envolver nuestras posiciones por medio de columnas de mucho fondo, es exponerse á un serio descalabro sin que pueda obtenerse jamás ninguna ventaja. Paréceme que Wéyler habrá escarmentado en la lección recibida, y si no cambia de táctica, tanto peor para él y sus tropas. Vaya ahora una frase humorística de mis soldados, al juzgar las operaciones del famoso Wéyler: ¡*La campaña de los plátanos!* debido á que algunos entecos plátanales situados en las faldas de las lomas, han sido las víctimas propiciatorias inmoladas al furor de la soldadesca. Con la elección del nuevo presidente de los Estados Unidos supongo que estamos de plácemes, porque creo que seguirá otra línea de conducta á la funesta, para nosotros, del españolizado Mr. Cleveland. ¿Podrá usted decirme qué significa y qué objeto pa-

triótico se propone esa Junta llamada de la Defensa Nacional, constituida recientemente en esa ciudad por los prohombres de los tres partidos legales?... Me recuerda aquella especie de apoteosis que le tributaron al general Martínez Campos esos mismos prohombres, después de Coliseo, al tiempo que se hundía el astro refulgente que hasta entonces alumbrara el camino de aquel General. ¿Se repetirá el caso, en el sino, hasta ahora halagüeño, del sucesor? La historia es parecida, y nada tendría de extraño que después del Domingo de Ramos, viniera, para Wéyl r, la semana de Pasión. Según noticias era esperado el día 15 en Artemisa; mas parece que no pudo embarcarse por algún defecto en la vía férrea, y por el temor, seguramente, de una explosión de dinamita. Quizás influyera también el recuerdo de los combates, en uno de los cuales vió caer á uno de sus generales, al atravesar estos selváticos desfiladeros, ya que por imprevisión se metió en ellos, y corrió desafortadamente, espoleado por el temor de que le alcanzara un proyectil insurrecto: así, al menos, lo han contado el artillero prisionero y el práctico que desertó de sus filas. Siempre suyo afectísimo amigo.—A. Maceo.—Pinar del Río, Noviembre 17 de 1896.

XIV

Camino de la Trocha

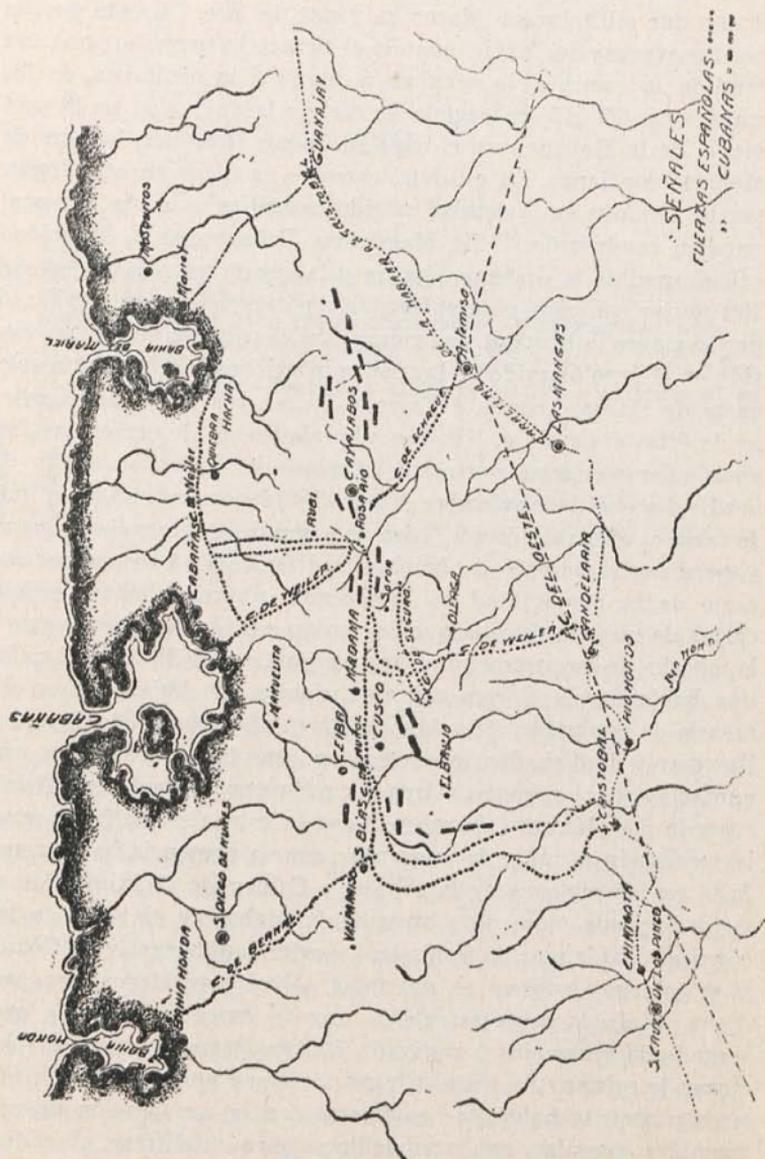
La estafeta de Oriente.—Cómo era conducida.—Noticias desagradables.—Desencanto de Maceo.—Resuelve cruzar la Trocha.—Nuevos infortunios.—Acción del Jobo (26 de Noviembre).—Exploraciones sobre la línea fortificada.—Rápido combate de Bajarano (3 de Diciembre).—Tiempo borrascoso.—Llega el bote insurrecto.—Maceo decide hacer el viaje por el mar.—Despedida de Pinar del Río.—Un temporal en la costa.

HEMOS referido en el capítulo anterior que el general Maceo recibió un paquete de cartas y periódicos; las cartas procedían del Camagüey y las Villas. Las trajo, hasta el campamento del Roble, el oficial Alderete que venía de la residencia del gobierno.

Desde algunos meses atrás, los partidarios de la causa separatista en el Mariel utilizaban una pequeña embarcación para burlar la Trocha de Arolas; en ella conducían la estafeta de Habana á Pinar del Río, y transportaban también á los comisionados que traían el correo de más lejana distancia. La embarcación era un simple bote, no inscrito en ninguna matrícula; el rol no estaba sujeto á ninguna aduana. La historia del bote se remonta á los primeros meses de la revolución; fué construído por un mecánico que residía en la playa de Banes; después pasó á ser propiedad de un tal Gordillo, á quien se lo compró el insurrecto Pedro Delgado, mediante una recolecta que hizo entre los suyos, y se lo entregó á un individuo llamado Loreto Sánchez para que éste lo utilizara en el servicio de la república. La correspondencia y las diferentes comisiones que de la Habana iban á Pinar del Río, y viceversa, de Pinar del Río á la Habana, hacían los viajes en dicha embarcación. En el mes de Noviembre eran ya incontables los viajes de ida y vuelta que había efectuado el barquito filibustero. A la sazón estaba tripulado por Carlos

Soto, Gerardo Llaneras, Eudaldo Concepción y el cabo Juan Funes que militaba con Maceo en Pinar del Río. El bote pasaba por las afueras del Mariel cuando el tiempo lo permitía; una vez rendida la comisión lo echaban á pique ó lo ocultaban en los manglares. El jefe encargado de dirigir la operación en la provincia de la Habana, era el capitán Tomás González, hombre de absoluta confianza. La estafeta, como se ha dicho en otro lugar, tocaba también en Artemisa cuando se utilizaba la vía terrestre para su conducción. Doña Magdalena Peñarredonda, autoridad oficial, recibía la correspondencia y la encaminaba á su destino. Esa mujer, valiente y perspicaz, se jugó muchas veces la vida, ó por lo menos la libertad y el rango, con el paquete delictuoso metido en el seno ó cosido en las ropas interiores. No faltó una sola carta de Maceo dirigida á Estrada Palma y á Perfecto Lacoste, ni de éstos al caudillo. Nuestra administración de correos estaba en el mismo cuartel general de Arolas.

El día dos de Noviembre Maceo leyó la correspondencia que le trajo el oficial Alderete; hizo en seguida un gesto de disgusto y permaneció sumido en hondas meditaciones. Procuramos sacarlo de la perplejidad en que seguía abismado, mostrándole cartas de nuestra familia que contenían agradables nuevas sobre la marcha de los sucesos públicos, y algunos periódicos de España que hablaban de él con merecido elogio. No hubo manera de sacarlo de la abstracción. Al fin nos reveló el contenido de aquellas cartas desdichadas, y nos encargó que las guardáramos, sin anotarlas en el registro. Una de ellas era de carácter oficial, suscrita por Máximo Gómez, en la que le ordenaba que franquease la trocha sin pérdida de momento; que su presencia hacía suma falta en las regiones de las Villas y Camagüey. Máximo Gómez no decía nada más; pero otras cartas daban la clave de la incógnita. Había mar de fondo en las esferas gubernativas: Gómez y el gobierno estaban en discordia. El doctor Hernández, que desempeñaba la subsecretaría de una de las carteras, había presentado la renuncia, é instigado á otros compañeros á que hicieran lo mismo. Se trataba, pues, de crear una crisis total, que necesariamente habría de resolverse con la convocación de una asamblea popular con atribuciones para modificar el código fundamental de la república, ó que, por lo menos, le quitara la autoridad á Gómez y al Marqués de Santa Lucía, los cuales, á



su vez, marchaban en desacuerdo. Los tiros arrojados iban dirigidos á esos dos personajes. Todo esto se hacía á espaldas de Salvador Cisneros, y no pudo hacerse á las de Gómez, porque éste advirtió las señales de la borrasca y pidióle á Maceo su concurso. La nave del Estado andaba poco menos que al garete. El comunicante no se recataba de insinuarle á Maceo la idea de que era el llamado á asumir los destinos de la república, como presidente del consejo de gobierno y como general en jefe del ejército libertador.—“¡Pobre república si ha de navegar por esas aguas muertas!”—exclamó Maceo. Le sobraba razón; en lo que no tuvo razón fué en concederle tanta importancia á esas intrigas de bajo vuelo, que hoy llamaríamos triquiñuelas de los *leaders* electorales. El Doctor procedía de buena fe, no cabe duda; se hacía eco de sus impresiones, descubría su pensamiento, y tiraba á la vez contra el presidente de la república y contra el General en jefe, porque ni uno ni otro eran santos de su devoción; y al propio tiempo trataba de inculcar en el ánimo de Maceo la idea peregrina de que era el llamado á dirigir los dos poderes, el político y el militar, doble sanción que muy en breve iba á darle el pueblo de Cuba, reunido en asamblea magna. Para ello era preciso que Maceo enviase un mensaje categórico al secretario de Relaciones Exteriores, el general Rafael Portuondo, único elector que estaba renuente ó inconquis'able. Después de todo—dijo Maceo—Portuondo es el único que piensa como yo: rechaza los golpes de Estado.—En'onces nos refirió el general Maceo que en otra ocasión el amigo que ahora le escribía, lo enemistó con Máximo Gómez hasta el extremo de que se concertó un due'lo entre los dos (entre Gómez y Maceo). Los demás ministros ó secretarios de Estado, á excepción de Portuondo, habían dado su conformidad al plan. Todo estaba de coyuntado en las esferas del gobierno, pero roturado el campo para que el nuevo estado de cosas no trajera el derrumbe de las instituciones. El desorden era más acentuado en el departamento de Las Villas, porque allá todo estaba sometido á la autoridad discrecional de Máximo Gómez. Decía el Doctor que las brigadas de aquel distrito estaban mandadas por jefes intrusos. ¿Quiénes serían esos intrusos?... Maceo no podía saberlo desde Pinar del Río. La hacienda estaba perdida y malbaratada; el dinero de las recaudaciones desaparecía por escotillón, con pasmosa rapidez. La

teoría del *jan* era lo único que imperaba. Eso del *jan* era una de las tantas agudezas de Máximo Gómez que, con su natural brusquedad, sostenía la tesis de que no era buen mambí el que no sabía clavar una estaca. Otros papeles, aunque menos significativos, hablaban del desorden imperante. El brigadier Masó Parra mostrábase muy quejoso de la conducta de Máximo Gómez, y aseguraba, como el Doctor amigo, que en Oriente, Camagüey y Villaclara había mar de fondo; que él estaba sin destino, postergado, y pedía la jefatura de la brigada de Villaclara, que á la sazón mandaba un teniente coronel (Jesús Monteagudo); que ocurría lo mismo con las brigadas de Sagua la Grande, Cienfuegos y Sancti Spíritus, mandadas por coroneles en comisión, y que la de Trinidad no se sabía quién la gobernaba, pues á Quintín Bandera el general Gómez lo había destituido. El brigadier abundaba en las mismas opiniones del Doctor, aun cuando no pudo ponerse de acuerdo con éste al escribir el memorial de agravios. Maceo quedó abismado. Demás está decir que no dió respuesta á ninguna de esas misivas; pero, adoptó la resolución de cruzar á oriente de Trocha, con el ánimo de restablecer el principio de autoridad y ser el más firme sostén del gobierno constituido. Sin embargo, en previsión de los sucesos, y creyendo que los negocios políticos pudieran traer una crisis inevitable, nos pidió que redactáramos una carta, bien sentida, para Manuel Sanguily, en contestación á la de pésame que éste le escribió con motivo de la muerte de José Maceo; pero indicándole la conveniencia de que él viniera á Cuba, pues la república estaba necesitada de hombres de valer. Con lo cual está demostrado que Maceo no iba á aceptar la presidencia de la república aun cuando la asamblea popular le anticipara ese galardón.

El propósito, pues, de dejar la provincia de Pinar del Río estaba en su mente desde poco antes de los combates del Rosario; y por eso, al día siguiente de la acción del Rubí (11 de Noviembre), se encaminó hacia la Trocha. Volvió sobre sus pasos bajo el impulso de reconocer el escenario de las últimas operaciones, cosas que se han explicado en el capítulo precedente. Después de examinado el campo que recorrieron las columnas de Wéyler, persistió en la idea de cruzar la Trocha cuanto antes, dado que no tenía ya oportunidad de provocar al jefe de las armas españolas en Pinar del Río. Envió comunicaciones al jefe de la

división de la Habana, el general Aguirre, y á todos los coroneles que operaban en dicha provincia, para que se concentraran en un lugar determinado del territorio, desde el día 26 hasta el 28. Con anterioridad había enviado órdenes parecidas, en las que hacía mención del paso por la Trocha de una familia, compuesta probablemente de doce personas, pues^{to} que se necesitaban doce caballos para su traslado á otra provincia. En dichas órdenes recomendaba al comandante Baldomero Acosta que situase las fuerzas de la brigada de Oeste de la Habana en lugar á propósito para poder batir al enemigo, y al coronel Silverio Sánchez que mandaba dicha brigada, se le decía que tan pronto como Baldomero Acosta hubiese elegido el campamento, tomase él, Sánchez Figueras, el mando de todas las fuerzas que allí se reunieran. Se dirigió en el mismo sentido á todos los jefes que operaban en la Habana, á fin de que el primero que recibiese la orden la trasmitiese á los demás. Estos oficios se enviaron por dos conductos diferentes: por la vía marítima y por la vía terrestre. También escribió el capitán Tomás González para que no permitiera el paso de ninguna comisión, de la Habana á Pinar del Río, sin una orden expresa del Cuartel General. Ocioso es indicar que no iba á expedirse ningún salvoconducto, en tanto Maceo no hubiese cruzado la Trocha. Esta línea militar pensaba atravesarla el 27 de Noviembre, por las inmediaciones de Guanajay.

Salió de Río Hondo el 17, y se dirigió al Roble, y después al Brujito. En el Roble no había nadie: las familias tuvieron que abandonar las estancias para no ser pasto de los feroces guerrilleros que iban con las columnas de Wéyler: se escondieron en lo más recóndito de la sierra. Maceo se dirigió al Brujito: ¡funesta atracción de sus últimas ilusiones! Allí se desvanecieron todas: no halló el halago, sino la esquivéz y el reproche. El hombre grande se sintió vencido, completamente vencido. Corazón ardiente y dominado por las pasiones, le producía hondo malestar la claridad del desengaño. Incapaz de maquinaciones para llegar á la conquista de la flor silvestre, porque en su corazón no tenían cabida los designios tenebrosos, se sintió infeliz en medio de su gran poder, desencantado como un doncel que no tiene otra ocupación que la del recuento de sus desvaríos, y tan acre fué la impresión recibida que le produjo fiebre.

Bajo la impresión del desencanto recorrió por última vez los parajes en que tantas veces luchó contra el ejército español. Pasó por la Ceiba, por el cerro de las Animas, por las lomas de Tapia, Sarracain y San José, como si quisiera recapitular el pasado glorioso. Tampoco había gente: el vecindario estaba oculto en lo más intrincado de los bosques. Maceo se despedía de las montañas.

El jueves 25 llegó al *Jobo*, estribaciones del Rosario, dispuesto á cruzar la Trocha en la noche del 27, ó la del 28, á más tardar. Hizo comparecer á los tres individuos que días antes franquearon el peligroso pasaje, burlando la vigilancia de los retenes españoles; pero ninguno de los tres supo dar explicación clara del itinerario que debía seguirse á partir del lugar de donde ellos escaparon. Era indudable que existía el pasadizo, entre dos fortificaciones, y que la calzada de Guanajay á Mariel no podía estar impracticable para todos los transeuntes; pero el quid era dar con el pasadizo. Aquellos hombres no podían guiar á Maceo: éste desechó el plan de los tres fugitivos de la Trocha, por estimarlo inconducente, y se resolvió á reconocer él mismo los fosos y terraplenes de la línea militar.

Pero al emprender el camino desde el *Jobo*, á las ocho de la mañana del 26, los exploradores avisaron que una columna española se hallaba en San Juan de Dios, ingenio demolido, y en son de marcha en dirección al *Jobo*. En seguida se vieron humaredas, señal indubitable de que los españoles talaban el campo de las pequeñas siembras para expandar al vecindario pacífico; momentos después empezó el fuego con una de las avanzadas del coronel Pedro Delgado. El General acudió en auxilio de la avanzada, corriéndose por el flanco izquierdo de los españoles, que seguían la obra incendiaria. En el mismo camino del *Jobo*, hacia Cayajabos, los agredió Maceo con singular empuje, y de tal modo, que se vieron obligados á mudar el frente. Suárez Inclán, que mandaba la columna, no creyó que sería hostilizado con tanta dureza. Había salido de Cayajabos con el intento de destruir las siembras de los pacíficos y de algunas prefecturas, y se encontró de improviso con gente valerosa que le buscaba el flanco. Suárez Inclán con toda la brigada, tuvo que ocupar la colina del *Jobo* para defenderse de los disparos de los insurrectos, y hacer uso de la artillería, por no considerar suficientes las nutridas descargas de sus batallones. La columna española se

vió forzada á retroceder para el campamento de Cayajabos. Suárez Inc'án no supo que su contrincante era Maceo. El parte de la acción decía: "El general Suárez Inc'án en reconocimientos por el asiento del *Jobo*, encontró hacia las lomas de San Juan de Dios unos 300 insurrectos, la mayor parte á caballo, mandados por Delgado, y cerca de dicha loma. Los insurrectos, apenas divisaron la columna, comenzaron un nutrido fuego por la derecha. Inmediatamente ordenó el general Suárez Inclán que avanzase el comandante Navarro con fuerzas de Baleares por la loma de San Roque y con el fin de envolverlos por la derecha, avanzó el coronel del batallón de L'erena con dos compañías. Ante este inusitado empuje, emprendieron la fuga los insurrectos, dejando multitud de bajas sobre el campo. La artillería de la brigada portóse muy bien. El general Suárez Inclán continuó después los reconocimientos sin novedad alguna, trasladando á Cayajabos un sargento, un cabo y un práctico heridos del batallón de L'erena y otros heridos de Baleares. La columna incendió todo el campamento ocupado".

El total de las fuerzas cubanas ascendía á 140 hombres; tuvieron 8 heridos y un muerto. Seis de los heridos pertenecían al escuadrón que mandaba Pedro Delgado: el otro al Estado Mayor, el comandante José González Valdés, ayudante del general Miró; y el octavo, un niño de quince años de edad que salió con su padre á la guerra, hizo la campaña de invasión desde Oriente, y quedó inválido en la refriega que acabamos de describir, combatiendo al lado del teniente coronel José de la O Ferrer ¡su padre! Si hubiera muchas páginas como ésta, la gloria militar sería el más fúnebre de los galardones: cosa muy triste. La O, yendo á la guerra con su hijo, y el hijo siguiendo al padre en todos los lances del tremendo y largo desafío, representa tal suma de amor y de heroicidad que todo palidece ante ese cuadro triste y glorioso, en que el padre ve caer á su hijo, enloquece un momento, pero vuelve á la razón, para dar nuevo y más solemne testimonio de su amor á Cuba y de su idolatría por Maceo.

El combate del *Jobo* interrumpió la marcha de Maceo hacia la Trocha, porque era preciso explorar nuevamente los alrededores de Cayajabos para saber si operaban otras fuerzas enemigas, ó si aquella brigada estaba alerta.

Maceo ordenó á Pedro Delgado que á media noche se emboscara en las inmediaciones de Cayajabos. El Cuartel General acampó en San Felipe, colonia del ingenio San Juan de Dios. El día 27 se practicó minucioso reconocimiento por todos los alrededores; fué tiroteada la columna de Suárez Inclán que pernoctó en Cayajabos el día anterior. Maceo acampó en Bejarano, más cerca de la Trocha. El 28 se efectuó la primera exploración dentro del perímetro fortificado; esta empresa se llevó á cabo de noche, pero no dió ningún resultado eficaz, precisamente por ser la noche muy oscura: el cielo estaba entoldado con barruntos de tempestad. Volvimos al campamento á las dos de la madrugada. Ese mismo día, 29 de Noviembre, un soldado español, dió á Maceo la noticia de que Wéyler se hallaba en Candelaria con preparativos de marcha para San Cristóbal. La noticia no era exacta; pero Maceo comunicó instrucciones al general Ríus Rivera para que se situara con el mayor número de fuerzas en Puerta de la Muralla y lugares inmediatos, á fin de disputarle el camino á Wéyler, en el supuesto de que salía de San Cristóbal para volver á las lomas. El primero de Diciembre, el general Maceo dispuso que el teniente coronel Carlos González, acompañado de Pedro Núñez, oficial de las fuerzas de Delgado, muy conocedor del territorio, buscasen un paso por las inmediaciones del Mariel. González y Núñez salieron á cumplir tan espinoso cometido. Tomaron por la loma de la Gobernadora para dirigirse al ingenio Asunción; después se fueron aproximando al Mariel y reconocieron las trincheras del Bongo, así como la trocha militar en el espacio comprendido entre la caseta de Obras Públicas (del Mariel) y el camino que conduce á la playa. Las trincheras terminaban allí; no había pozos ni trampas de lobo, ni caballos de Frisia. Existía, por lo tanto, un pasaje en las inmediaciones del Mariel, pero faltaba saber si más allá, en dirección del Este, el pasaje no estaba obstruído ó fortificado. De todos modos la operación realizada por González y el práctico Núñez, fué arriesgadísima. Al regresar, una emboscada les dió el *quién vive*, y hubo tiroteo. Con las noticias que trajo el teniente coronel González, Maceo adoptó la resolución de emprender el camino aquella misma tarde, para cruzar la línea por la noche.

Se reconoció el ingenio Regalado; no había alma viviente: las fábricas estaban en el suelo. No se tenían aún noticias de los tripulantes del bote. Parece que éstos se hallaban al lado opuesto de la bahía del Mariel en la noche del dos de Diciembre. Al obscurecer se prosiguió el camino, desde el ingenio Regalado, y se reconocieron las primeras trincheras de la línea militar. Se examinó también la calzada, por la que discurrían patrullas y se daban unas á otras el *quién vive*. Estábamos á veinte pasos del cordón. Era, pues, imposible verificar el cruce por aquel lugar: se contramarchó para buscar el paso por el norte de Guanajay. El punto que acababa de explorarse estaba al sur de dicha población. En la retirada hubo nutrido tiroteo con el destacamento de la finca Zayas. Eran ya las diez de la noche. El general Maceo, que iba á la cabeza de la gente, cayó desplomado del caballo, como muerto; la alarma fué inmensa; al poco rato abrió los ojos. Dijo que había sido un vahido, pero que se sentía enfermo. Atribuyó el síncope á la humedad de la noche y á que había dormitado algunos minutos, después de haber chupado una caña. Nada de esto era razonable. La explicación no era verosímil: ni el canuto de caña, ni la humedad de la noche, y ni tampoco el cansancio corporal, pudieron motivar el grave trastorno: la pasión de ánimo, la inquietud y el temor de que no llegaría á tiempo al teatro de las ambiciones, para domeñarlas, fué el origen del desarreglo físico. Necesitaba una fuerte emoción para restablecer el equilibrio, y esa oportunidad iba á presentársele en breve. Ya repuesto, después de cinco horas de descanso, emprendió el camino de San Felipe á las seis de la mañana del día 3. En este punto se hizo alto con el objeto de explorar la comarca, pues se tenían indicios de que una fuerte columna española se hallaba de recorrido por la loma de la Gobernadora, primer eslabón de la cadena del Rosario, que con las de Charco Azul, el Jobo y Bejarano embellecen la campiña del Mariel. La columna, si era cierto el rumor del vecindario de San Felipe, tenía por precisión que seguir las huellas de Maceo que quedaron impresas dentro del perímetro fortificado de la Trocha.

Practicándose los primeros reconocimientos, una señal inequívoca, las humaredas de los bohíos y rancherías, dió la completa convicción de que el enemigo se hallaba en nuestro campo, si

bien las columnas de humo indicaban una ruta distinta á la supuesta hasta entonces: los españoles se hallaban en la loma de la Gobernadora, pero hacia el lado opuesto de nuestro rastro anterior: procedían de Cabañas, y el móvil de su operación era únicamente la quema de bohíos y pequeñas siembras de la gente pacífica que no deseaba tomar la boleta de reconcentrados. La vanguardia española quemaba los últimos cañaverales del ingenio San Isidro, hacienda arruinada. No sabiendo, pues, el jefe de aquella columna que allí estaba Maceo, iba á entregarse con pasión á la tala del exiguo patrimonio que quedaba en pie, y era, por lo tanto, posible darle un buen sus'o mientras desarrollaba el plan de la ofensiva sobre cosas de ínfimo precio. Una de nuestras avanzadas observó que la columna seguía la ruta de Bejarano, desde San Isidro. Mediaba, sin embargo, una larga distancia desde San Felipe, si el ataque de los insurrectos iba á efectuarse por uno de los flancos de la columna y por su retaguardia: había que andar más de una legua, de lomas y senderos pedregosos. El General aceleró el paso, y en pos de él siguió la gente mejor montada: 50 hombres, entre jefes y oficiales. Ordenó que la infantería, 50 hombres más, si no podía seguirle en su precipitada carrera, ocupara una de las colinas de Bejarano para neutralizar los fuegos que probablemente partirían de la Gobernadora cuando la columna se sintiera ofendida por uno de los flancos y retaguardia. El general Pedro Díaz, que mandaba la gente de infantería, hizo grandes esfuerzos para ocupar la posición que le ordenó Maceo. Pero el combate no había empezado aún después de dos cuartos de hora que se emplearon para ir al encuentro del enemigo: únicamente sonaban tiros sueltos y alguna que otra descarga en las colinas de San Isidro. Maceo, acelerando cada vez más el paso, logró situarse sobre el flanco izquierdo de los españoles á juzgar por las humaredas, pero sin haber visto las líneas enemigas ni pelotón alguno que pudiera guiarle con más acierto. Ex's'ía un vallado muy frondoso que hacía impracticable la observación ocular; los españoles caminaban por el callejón de esa arboleda, y tal vez estaban parados y en silencio, puesto que no se percibía el más leve rumor de gente: lloviznaba. El general Maceo se puso atento, y á los pocos instantes le dijo en voz queda—al que ahora escribe este episodio—que los españoles estaban en montón, á tiro de

revólver, bajo la techumbre del arbolado, puesto que o'ía la peste de los cigarros, y agregó: ¡toda esa gente fuma! Se puso la capa de agua y avanzó, con el revólver amartillado. No hubo más remedio que seguirle en aquel lance temerario; si los españoles estaban, como él decía, al pie de la arboleda, la cosa iba á tomar aspecto muy grave y tal vez desastroso. Los cincuenta hombres á caballo que seguían á Maceo bajaban por el declive de la colina, todos apercebidos. En efecto, los españoles se hallaban en aquel callejón, en charla y fumando. Maceo les soltó dos tiros de revólver, otros dos su acompañante, y acto continuo sonó la descarga de los fumadores; los proyectiles agujerearon el impermeable del General y llegaron al muñón de la montura, sin tocarle el cuerpo. La gente se desplegó rápidamente y disparó los rifles y las tercerolas sobre el tupido follaje que servía de guarida á los españoles; y se abrió el combate, rudo y fiero, en toda la línea, pues el peonaje que mandaba el general Díaz, desde la loma de Bejarano descubrió el núcleo enemigo cuando éste se posesionaba de la altura maestra, ó sea la Gobernadora. Hizo, desde allá, varios disparos de cañón como previo aviso á los tiradores que acababan de abrir el combate, á fin de que supieran donde se encontraba el cuartel general. Arreció, pues, el fuego en el camino de abajo, cubierto por la arboleda, y en la cumbre de la Gobernadora, limpia de estorbos. Era la despedida de la gloriosa campaña de Pinar del Río: tal cómo habíase inaugurado, se desenlazaba: con estrépito y furor.

Tocó Maceo otros resortes para que la acción no terminase sino con la retirada de los españoles, porque le interesaba sobremanera que la columna no quedara dueña del campo ni emprendiese la vía del Mariel. El pretendía salir de Pinar del Río aquel mismo día, por mar ó por tierra, y cualquiera que fuese el rumbo que adoptase, la marcha de los españoles para el Mariel le iba á crear dificultades. Reforzó Maceo la posición del frente, la que ocupaba Díaz, con 30 jinetes más; reforzó la contigua que ocupaba el teniente coronel Carlos González, y con el corto número restante, 40 hombres montados, salió á ofender la retaguardia de los españoles por uno de los senderos de Bejarano. La cogió de improviso y la obligó á tomar el subidero de la Gobernadora. De allí fueron expulsados por el fuego mortífero de nuestra infantería, que los batió de frente y de costado, con

la ayuda del aguacero acompañado de ventarrón que soplabá del lado del mar, y daba de cara á los intempestivos visitantes: iban á incendiar rancherías indefensas, y salieron bien quemados, y calados á la vez.

Esta acción de la Gobernadora, última que ventiló Maceo en Pinar del Río, nos costó pérdidas de consideración dentro del corto número de combatientes que tomaron parte en ella. No excedían de 150, y hubo que deplorar 33 bajas. El brigadier Bermúdez fué atravesado de pecho á espaldas; el capitán Arcadio Cabrera, ayudante del general Miró, recibió otra herida gravísima. Fué también herido en el hombro el teniente Francisco Gómez, hijo del General en jefe, y el teniente coronel Carlos González en una pierna. Murió otro niño heroico; un ahijado de Manuel La O: el bravo mambí enterró al muchacho, y volvió á la lid. ¡Poco después perdía á su hijo! Nada podemos concretar respecto á las bajas de la columna española, debido á que no hemos dado con ningún documento oficial que haga referencia á dicho episodio.

El mismo día 3, á media tarde, salió Maceo del campamento de Bejarano para dirigirse al ingenio Begoña, movido por el afán de proseguir el combate si la columna hubiese quedado en dicho paraje, detenida por el mal tiempo, ó en cualquier otro camino. Afortunadamente, los españoles pasaron de largo por Begoña; de no haber sido así, la ruda jornada del día se hubiera prolongado algunas horas más. ¡Pues que la virgen de Begoña la acompañe!—dijo uno de la comitiva.

Llovía de aforadamente desde media tarde. Alcanzamos á ver un cobertizo poco menos que destartado, única mansión que quedaba en pie del antiguo señorío de Begoña: las fábricas, las industrias, el tren y el rico patrimonio estaban en ruinas. Recordamos este pormenor tétrico: dentro del cobertizo se hallaba una osamenta. A todos nos causó desagradable impresión. Llovía á mares y no existía otro palacio en los contornos. Hubo que pernoctar allí, dando las espaldas al esqueleto. ¡Qué tema más fecundo para discurrir sobre los halagos y maravillas de la existencia! La fría armazón, tendida horizontalmente en sitio tan solitario como aquél, era el resumen filosófico de la vida humana. Todas las grandezas del mundo quedaban reducidas á eso; ya las cubriera panteón suntuoso, ya el nicho común del

pobre de solemnidad; así no tuvieran tabique ni lámpara funeral, y quedaran como el mísero esqueleto, anónimo y grave, bajo el techo de una cabaña en ruinas que tal vez el hombre levantó con el vigor de sus brazos!

En la noche anterior, el bote insurrecto que hacía los viajes por las afueras del Mariel, había llegado á la *Caleta de la Caña*, sitio de su ocultación cuando tomaba puerto en la costa occidental de Pinar del Río. El bote conducía tres pasajeros y un rollo de correspondencia. El patrón Carlos Soto, cumpliendo las instrucciones del capitán Tomás González, se dirigió hacia las lomas con los pasajeros, en busca de la gente. En la noche del 3, Soto halló á Maceo en el vivac de Begoña, y le enteró con pormenores de que el paso podía efectuarse sin más peligro que el del mar, pero no aquella noche, porque el temporal reinante haría zozobrar el guadaño. Los otros dos tripulantes, Gerardo Larenas y Eudaldo Concepción, quedaron guardando el bote en la oculta caleta, en espera de órdenes. Bien informado Maceo por el relato del patrón, que á la vez era oficial insurrecto, aceptó verificar el cruce de la Trocha por el mar y en la barca de la fortuna al día siguiente, sin más dilación. Antes quería leer la correspondencia y para ello había que esperar la claridad del día. Muy temprano emprendió la marcha hacia el campamento de San Felipe, donde quedarán las fuerzas cubanas después de la acción de la Gobernadora. El esforzado patrón iba con Maceo. Los comisionados que trajo la barquilla eran los comandantes Gros y Torres y el capitán Ahumada. El primero venía de la residencia del gobierno y del cuartel general de Máximo Gómez. Maceo volvió á ensimismarse después de haber pasado la vista por algunos oficios y cartas particulares. Otra vez estaba la cuestión sobre el tapete. Las cartas renovaban el temor de la crisis política. "No hay más remedio—nos dijo: hay que salir de aquí inmediatamente, no espero más; lea usted esta carta y dígame si las cosas de Cuba pueden quedar así". La carta era del general Rafael Portuondo, y en ella descubría la maquinación contra Máximo Gómez y el Marqués de Santa Lucía, de la cual, Portuondo no quería hacerse responsable, y reclamaba la presencia de Maceo y su autoridad indisentible para cortar de raíz los males que minaban el organismo director. A media tarde Maceo separó á los oficiales que debían acompañarle en la

expedición. Nos tocó aplacar la pesadumbre de los que no fueron designados. Comprendiendo todos que el General se iba de una vez de Pinar del Río, nadie estaba conforme con la suerte de quedarse; el peligro estaba en la marcha, no en la permanencia local; y, sin embargo, todos ansiaban participar del gran peligro, y comprendiendo que el viaje iba á efectuarse por el mar, todos hacían gala de ser expertos marinos. El teniente coronel Carlos González, á quien Maceo entregó la escolta, y los bravos soldados que jamás midieron el peligro, lloraban y gemían: la consternación era inmensa. Maceo se puso al frente de la partida y echó á andar, sin volver los ojos. Los hombres que allí quedaban no volverían á verle. Pud'era decirse que presentían el próximo fin del hombre extraordinario que para ellos representaba la victoria y el amor patrio, y quedaron en tribulación, elevando preces para que la travesía fuese afortunada y el mar no sirviera de tumba al glorioso capitán que partía triste y apesadumbrado, como si también oyera los pasos de la muerte.

El agua seguía, recia y pertinaz; el aspecto del cielo era de un gran temporal en el mar y en la montaña; sobre el Mariel se condensaban las nubes negras del ciclón, y los anuncios de la tempestad cubrían la cabeza de la *Gobernadora*, despoblada de combatientes. ¿Cuál sería el fin de todo aquel trastorno?... El destino iba á revelarlo en breve, con la magnitud de la catástrofe... Pero aun faltaban tres días, y aun seríamos objeto de ilusiones engañosas, y nos tocaría experimentar otra serie de fatigas y otro capítulo de peripecias. La vida del grande hombre cuyo fin estaba tan próximo, sólo podía romperse por un golpe de lo inesperado.

XV

El Mariel

La barca de la fortuna.—Quiénes embarcaron para cruzar el estrecho.—
El Mariel.—El campamento de la Merced.—Lealtad y patriotismo.—
Tardanza inexplicable.—Se emprende la marcha.—Perfecto Lacoste
y su esposa.—Admirables servicios de esta familia.—Noticias de la
capital.—El último vivac de Maceo.

EL bote en que debía efectuarse la travesía hallábase en el lugar que indicó el patrón, en la Caleta de la Caña á Mosquitos, fuera de la bahía del Mariel; junto á la embarcación se hallaban los otros dos tripulantes: Concepción y Llaneras. El mar estaba muy bravo, la noche como boca de lobo, y lloviendo sin misericordia, con ráfagas huracanadas. En seguida comprendió Maceo que el débil barquichuelo no podría resistir el furor de los elementos; se intentó, sin embargo, ponerlo en franquía, proa al mar, y una rompiente lo echó sobre la arena. La embarcación era muy chiquita, estaba desprovista de asientos, el agua entraba por el fondo y había que achicarla constantemente durante los viajes, según el relato de aquellos marinos. En verdad que el amor á Cuba producía seres de extraordinaria fortaleza; ahora nos encontrábamos con hombres que, á bordo de un cascarón, resistían las inclemencias del cielo, las tempestades y el oleaje del mar, y soportaban por patriotismo los mayores infortunios, jugándose la vida á cada paso. Veíamos cosas nuevas y prodigiosas: hombres prácticos de mar y tierra, peones y argonautas á la vez.

Dejáronse allí los caballos, al cuidado de la pequeña escolta que nos acompañó hasta la Caleta. El comandante Barrios quedó encargado de distribuir las cabalgaduras y equipos cuando regresara al campamento de San Felipe. Todos estábamos ya á pie, en disposición de navegar. El general Maceo sacó la montura á su caballo para llevarla consigo en la nueva campaña

que iba á emprender. Era la misma montura en que había hecho la campaña de invasión y la de Pinar del Río. Los acompañantes de Maceo fueron: el general José Miró, el brigadier Pedro Díaz, el coronel Alberto Nodarse, los tenientes coroneles Manuel Piedra y Alfredo Jústiz, los capitanes Nicolás Sauvanell y Ramón Peña'ver, los tenientes Francisco Gómez Toro y José Urbina y el médico Máximo Zertucha, pertenecientes al Estado Mayor, el coronel americano Charles Gordon, el capitán Ramón Ahumada, tres asistentes del general Maceo, llamados Benito Hechavarría, Ricardo Hechavarría y Juan Pérez; José Delgado, asistente del general Miró y Andrés Cuervo, asistente del general Díaz, y además, los tres boteros.

Demostrada la imposibilidad de hacer la travesía por el derrotero de la Caña á Mosquitos, el patrón indicó otra vía no expuesta á los embates del mar, si bien más peligrosa en virtud del enemigo armado, pues el cruce era por la boca del Mariel, con trincheras españolas á cada uno de los lados, dos cañoneros que estaban en el puerto, y la vigilancia de la ronda. A Maceo cautivó el viaje por el canal de la bahía, y resolvió efectuarlo sin demora. Serían las once de la noche. El bote tuvo que ser transportado en hombros desde la Caleta de la Caña á la Aguada, dentro del Mariel, á cincuenta metros de los reductos, y á doble distancia del Lazareto, también fortificado.

El bote fué conducido por 14 individuos, uno de los cuales era el propio general Maceo; el general Díaz llevaba los remos y el achicador. La noche continuaba oscura y lluviosa; no se veía á dos pasos de distancia. La procesión tenía aspecto de entierro misterioso, y hubiera podido decirse que el General y su séquito cargaban el propio ataúd. Aun eriza el pelo la lúgubre imagen de aquella noche. La comitiva llegó á la Aguada, y soltó el enorme peso. Se exploró la playa: no había nadie extraño. Embarcó en seguida Maceo con los tres boteros y cuatro de los acompañantes; surcaron á remo la bahía rumbo al muelle de Gerardo (llamado así, por ser propiedad de Gerardo Llaneras, tripulante de la barca misteriosa). Maceo desembarcó á las doce menos cuarto de la noche. El muelle de Gerardo estaba situado en la boca del puerto por el Este, á una distancia de 150 metros del Torreón, custodiado por 300 españoles, y á 60 metros de un retén avanzado de dicha fortaleza. Se efectuaron cuatro viajes

más bajo la dirección de Gerardo Llaneras; la tercera y la cuarta expedición desembarcaron en el muelle de José González, un español amante de Cuba y de la libertad. Se emplearon cuatro horas en los viajes. A las tres de la mañana terminó la peligrosa aventura. ¿Cuál habría sido el fin de los pasajeros si los españoles hubieran advertido que por la boca del puerto transitaban bultos sospechosos?... El fondo de la bahía del Mariel hubiera servido de tumba á los argonautas improvisados, tal vez las corrientes del golfo habríanse llevado los cadáveres de la reducida hueste, y nunca se pusiera en claro el motivo de la tragedia ni mucho menos las circunstancias y pormenores del dramático suceso. Pereciendo todos, el viaje nocturno del caudillo quedaba encerrado en el más hondo misterio. Los pasajeros, mientras bogaban los tripulantes y devolvían el agua al mar, que entraba por el fondo de la frágil barquilla, vieron las luces del Lazareto, los faroles de los barcos de guerra y los candiles de los puestos de guarda, y ningún luminar en el cielo que les sirviera de norte en el tenebroso pasaje por el hondo mar del Mariel, tranquilo como un lago, pero que sonaba y se abría al compás del remo diligente. Ya todos en tierra empezó la alegría; unos y otros se daban apretones de manos como compañeros que vuelven á encontrarse después de prolongada ausencia.

¡Estaba vencida la Trocha! La comitiva pensó en Wéyler y en el suicidio de Arolas. *¡Silencio, y en marcha!*—dijo Maceo. El patrón Soto servía de guía; nos dirigimos á un sitio llamado el Palomar, desde donde se envió un mensaje al prefecto para que se uniera al Cuartel General con los hombres de la prefectura, y no habiéndose obtenido respuesta, pues el preboste había internado con la guardia á sus órdenes, seguimos el camino hacia Miranda, y de este lugar al ingenio demolido la Merced, cerca de la playa de los Mosquitos (Mariel). El día amaneció despejado. Los primeros insurrectos que nos dieron auxilio, fueron dos soldados de caballería, uno de ellos procedente del ejército español, llamado Plácido Vázquez, el cual había servido al lado de Martínez Campos en Colón, y abandonó la bandera de España porque era partidario de la libertad. Refirió á Maceo toda la historia de su vida de soldado español y de soldado insurrecto. Maceo mandó extenderle el diploma de alférez, y lo

recomendó eficazmente al jefe de la zona. Fué el último diploma que firmó el general Maceo. Vázquez, al dejarnos en el campamento de la Merced, nueve de la mañana del día cinco de Diciembre, salió á cumplimentar todas las órdenes que le dió Maceo para los jefes que pudieran hallarse más próximos. Lo más indispensable era la adquisición de caballos para el General y su séquito. El coronel Sartorio y el comandante Baldomero Acosta habían aguardado en la playa de los Mosquitos el 27 y el 28 de Noviembre; pero, al no obtener informe alguno de que Maceo hubiese efectuado la travesía, regresaron al territorio de la Habana. El coronel Silverio Sánchez, jefe de la brigada del Sur, se aproximó á la playa de Banes en cumplimiento de las instrucciones de Maceo. El día 4 de Diciembre, esas fuerzas tuvieron combate en terrenos del ingenio Baracoa con una columna al mando de Cirujeda. El lugar en que se ventiló la acción está en la raya divisoria de las dos provincias, Pinar del Río y Habana, pues la línea del Mariel no es límite geográfico de los dos territorios, aun cuando en el período de la guerra podía considerarse como tal, en virtud de la Trocha.

Vázquez salió del campamento á llevar los partes del Cuartel General. El patrón del bote nos facilitó los primeros comestibles, que fueron traídos del Mariel por un vecino de la finca Miranda. En la población no se tenía la menor noticia del paso de Maceo. Aunque la lealtad no debe ser encomiada, porque su opuesta, la traición, es cosa que abominan los hombres honrados de todos los partidos, y es obra de Judas vender al maestro y vender al caudillo de cualquier parcialidad, como lo practicó aquel vil Castañeda entregando al general Narciso López, justo es que se enaltezca la lealtad de los tres boteros que tuvieron en sus manos la vida de Maceo, y la conducta de Plácido Vázquez, y el comportamiento del asturiano que brindó sus auxilios á los expedicionarios, y, sobre todo, la del estanciero pacífico que fué al Mariel á buscar comestibles para Maceo y su comitiva; que allí conversó con los españoles, con los soldados de la guarnición del pueblo, y no le pasó por la mente descubrir el secreto de que era poseedor y exigir el precio más elevado por la revelación del lugar donde descansaba, enfermo y atribulado, el temible caudillo de las huestes revolucionarias. Nada hubiera sido más fácil que capturar á Maceo ó exterminarlo, en la noche del 5 de

Diciembre, que la pasó entera en el vivac de la Merced á causa de no haber llegado los caballos, y en que tuvo una crisis febril, acompañada de fuerte dolor de cabeza; y aun bueno y sano, sin más guardia que la de sus ayudantes, dos ó tres compañías de infantería española hubieran podido rodear el campamento, y guiada la vanguardia de guerrilleros por el director, penetrar en la casa ruinosa, y muriendo y matando, adquirir el trofeo más apetecible. El estanciero que fué al pueblo del Mariel á comprar los víveres, se llamaba Brito. ¡Honrada sea mil veces su memoria!

Maceo experimentó una fuerte crisis en la noche del 5 al 6 de Diciembre. Contribuyó á ello la impaciencia con que esperaba los caballos para tomar el camino de la Habana, porque á pie no podía emprender la ruta, hallándose enfermo y casi baldado de las piernas á consecuencia del viaje de la noche anterior, pues no podía caminar muchas leguas sin resentirse de las heridas viejas y de las recientes; las dos piernas las tenía atravesadas por varios lugares; marchando á caballo no lo rendía jamás la fatiga. Su inquietud por la larga espera, le aumentó la temperatura, y dióle fiebre alta. Pronunció algunas palabras incoherentes. A media noche llegaron el coronel Ricardo Sartorio y el comandante Baldomero Acosta, los cuales tenían ansia de saludar al caudillo; le dieron informes sobre el estado de las fuerzas, el campamento que se había elegido para la concentración por él prescrita y otras noticias de menos interés. Pero no traían caballos para toda la gente. Por otra parte, tampoco el General se hallaba en disposición de tomar el camino en aquellos momentos ni en toda la noche. Partió el comandante Acosta en busca del número de caballos que se le ordenó, para que los expedicionarios pudieran seguir el camino á la mañana siguiente, dentro de ocho horas, á más tardar.

Amaneció el día 6, domingo, con el cielo encapotado; pero despejó entre nueve y diez de la mañana. A esa hora se divisaron humaredas por el lado del Mariel. Maceo dió muestras más significativas de impaciencia, y para calmarse intentó salir al encuentro de los españoles. Era poco menos que imposible, pues casi toda la gente estaba á pie, y las fuerzas enemigas se hallaban en el campo más próximo al Mariel, limpiando la zona de cultivo. Al mediodía no estaba aún de regreso el comandante Acosta

con los caballos. Maceo no pudo contener la inquietud de su ánimo por más tiempo, y dió la orden de marcha, próximamente, á la una de la tarde. En el campamento de la Merced habíamos permanecido 32 horas cabales. Era demasiada espera en un mismo sitio y en aquellas circunstancias.

Caminando en la dirección del ingenio Garro, por el litoral de Banes, apareció Baldomero Acosta con un escuadrón y los caballos para el Estado Mayor de Maceo. La gente montó de prisa, ansiosa como estaba de dejar el ejercicio de peón. Las cabalgaduras no eran excelentes, ni mucho menos, los equipos no llegaban á la categoría de mediocres; pero tampoco podía exigirse lujo en donde reinaba la penuria. Por lo demás, la gente que iba con Maceo era bien contentadiza si el General no demostraba enojo ó contrariedad. El Estado Mayor se conformó con la esperanza de obtener caballos briosos en el gran campamento de San Pedro de Hernández (Punta Brava).

Después de una legua de camino, cerca de las tres de la tarde, el General experimentó el placer de saludar á los esposos Lacoste, que lo aguardaban en una colonia del ingenio Garro. Fueron momentos de grata expansión. La familia de Lacoste, no obstante su desahogada posición social que le permitía vivir fuera del país, no abandonaba el puesto de mayor peligro, ni ponía tasa á los sacrificios pecuniarios. Esa misma familia nos había despedido al marehar la invasión hacia Vuelta Abajo, el 9 de Enero de 1896; se brindó á cuidar los heridos del combate del Garro, y desde aquella fecha, hasta los días de la presente aventura, Perfecto Lacoste no puso reparo á ninguna comisión que le confié el general Maceo, ni á las innumerables peticiones de los jefes locales que constantemente lo asediaban con notas de encargos costosísimos. Nos enteramos que la mayor parte de los caballos y equipos que llevó Baldomero Acosta para el Estado Mayor de Maceo, los facilitó el dueño del ingenio Garro. No podía regalar mejores cabalgaduras, porque todo lo bueno ó de más alto precio estaba en poder de la insurrección. No es exagerado afirmar que él sólo había entregado caballos, monturas y arreos militares para un regimiento de trescientas plazas. En aquellas circunstancias, tan peligrosas para los auxiliares de la revolución, sobre todo si pertenecían á las clases elevadas de la sociedad cubana, nos dió alojamiento en una de las colonias de

la finca, sin abandonar el sitio de mayor riesgo personal. Era indispensable que él y Maceo tuvieran una conferencia reservada sobre la marcha de los sucesos políticos, y Lacoste no rehusó el peligro de celebrar la entrevista dentro del campamento insurrecto, situado en su propia casa. Entre los informes que dió Lacoste nos sorprendió desagradablemente la negativa de que hubiese recibido el paquete de correspondencia que le envió Maceo á mediados de Noviembre; cartas de interés para el delegado del partido revolucionario en New York y aun para él mismo. Entonces se aclaró que Baldomero Acosta había omitido en el relato que el conductor del paquete de la correspondencia cayó en una emboscada de los españoles, y que éstos, como es consiguiente, despojaron el cadáver del correo. Parece, sin embargo, que las cartas firmadas por Maceo, las que hablaban del paso de una familia compuesta de doce personas—de lo cual se ha hecho mención en otra página,—no despertaron la malicia del Marqués de Ahumada, que ejercía de Segundo Cabo, y se hallaba al frente del gabinete negro por encontrarse Wéyler en la línea férrea de Pinar del Río; y no despertaron la suspicacia del Marqués de Ahumada por cuanto nada hizo para averiguarlo sobre el terreno. El Marqués de Ahumada, general de caballería y noble por los cuatro costados, era el más simple de los tenientes generales españoles, á pesar de ser descendiente en línea recta del fundador de la Guardia Civil. Las fotografías de la época nos lo presentan de cuerpo entero, con casco á la prusiana, dormán de húsar, sable de comunal, muchos cordones y bandas, y famosas patillas. Nos dicen que lucía muy bien á caballo; que montaba á la inglesa y á la estradiota, admirablemente. Y además, era calambuco. No interesa al relato ningún otro pormenor.

Maceo mandó que se repitieran las comunicaciones que iban en el paquete capturado por la emboscada española; y acto seguido se pusieron á copiar, del libro original, sin levantar mano, Alfredo Júrtiz y Francisco Gómez, hasta que no pudieron más: la tarea era larga y enojosa, pues una de las cartas á Estrada Palma, casi toda era en cifras. Perfecto Lacoste dió informes exactos sobre el estado de la opinión en el país, y particularmente en la ciudad de la Habana. El cónsul Lee, en un banquete suntuoso, había brindado por el paso de Maceo á Levante de la Trocha. El brindis era, pues, significativo. Wéyler estaba de-

ribado, por los suelos su prestigio, si Maceo lograra hacerse evidente en cualquier población de la provincia. Lacoste ofreció á Maceo que saldría para la capital, aprovechando el viaje de una goleta que se hallaba en Banes, á fin de ser el portador más autorizado del cruce de Maceo por la Trocha. A nadie se le iba á decir por donde lo efectuó el caudillo insurrecto; es más, el mismo Lacoste no lo sabía á ciencia cierta, y fué lo suficiente discreto en no preguntarlo. Entre otros informes, de carácter reservado, nos dijo Lacoste que todo estaba minado en la capital y los ánimos dispuestos para aceptar el nuevo cambio de cosas; que muchas personalidades del partido autonomista participaban ya del sentimiento separatista, porque no era posible soportar por más tiempo el reinado del terror; que otras personalidades ayudaban á sufragar los gastos de la guerra, aun cuando pertenecieran á la junta central del partido autonomista, entre ellas, Mesa y Domínguez, Estrada Mora y el Marqués de Esteban que contribuían con largueza á los gastos de la campaña. El resumen exacto era el siguiente: pasando Maceo á la jurisdicción de la Habana, y dando el susto á cualquier pueblo del territorio, cosa que no pudiera negarse la presencia del caudillo en las calles de la población que atacaran las tropas insurrectas, la caída de Wéyler era consecuencia forzosa é inmediata. Ya se había señalado el pueblo de Marianao para la primera función. Lacoste y también su esposa, marcaron el lugar: ellos irían á la ciudad á anticipar el notición del paso de Maceo, casi simultáneamente con el asalto á Marianao.

A las nueve de la noche del día 6, Maceo y su séquito, ascendente ahora á 62 hombres con el refuerzo de Ba'domero Acosta y un escuadrón del regimiento Goicuría, se dirigieron á otra colonia del demolido ingenio Baracoa en la misma raya de las dos provincias. Se estableció el vivac, para emprender la marcha en las primeras horas del nuevo día: el último vivac de Maceo, como la siguiente sería la última jornada de su existencia gloriosa.

XVI

Punta Brava

Capítulo inédito.—Declaración indispensable.—De donde procede la confusión histórica sobre el suceso de Punta Brava.—Camino de Lom-billo.—El Ariguanabo.—Odas y madrigales.—Llegada al campamento.—Situación topográfica del mismo.—Ascendencia de las fuerzas cubanas.—Rivalidades entre los jefes de los escuadrones.—Inquietud de Maceo.—Una versión sin aclarar.—Cómo estaban situados los destacamentos.—Maceo de buen humor.—Sorpresa del campo.—Gran confusión.—¿Cómo los españoles pudieran llegar hasta San Pedro?—La columna de Cirujeda.—Nuestros exploradores equivocaron el rumbo.—Narración del combate.—Primeras disposiciones que adopta Maceo.—La vanguardia de San Quintín es acuchillada.—Lo que debió hacerse después de la primera embestida.—Porqué Maceo no dió por terminada la acción.—Estado de su alma.—Su aspecto físico.—El pasaje de la muerte.—El cuadro.—El derrumbe.—Lo que el narrador presencié.—El grupo heroico.—Inmolación del hijo de Gómez.—Aspecto del campo.—Puntos aclarados.—Esfuerzos para rescatar el cadáver.—Quiénes lo encontraron.—Llanto consolador.—Espectáculo horrendo.—La velación.—Almas gloriosas.—El Cacahual.—La imagen del héroe.—Las furias no pueden ejecutar la danza macabra.—Corona fúnebre.

A HORA nos toca referir el último acto de esta vida ilustre, grande y extraordinaria, bajo todos los aspectos que se examine, con la cual nos ligaban los sentimientos más nobles del corazón que la muerte no pudo destruir; que el tiempo, con sus desgastes y renovaciones, no ha podido atenuar ni aun trayéndonos el obsequio de otras imágenes y de otros cultos gloriosos, que si encendieron en nuestro pecho la llama del entusiasmo, no han desvanecido los rasgos seductores del primer modelo, aunque la nueva imagen haya brillado más y la voz pública la haya enaltecido con expresiones más acentuadas y duraderas. Al tener que llenar una obligación tan penosa, tan triste y deplorable para nuestro espíritu, nos parece que el relato de la catástrofe, por significativo y patético que sea, no alcanzará nunca el relieve de la verdad en el sentido de que penetre en el alma del auditorio con la

fuerza, la claridad y el dolor con que nosotros la sentimos, la vemos aún y la palpamos todavía, después de trece años de pesadumbre. Cada circunstancia, cada pormenor, cada incidente relacionado por algún motivo con el trágico suceso de Punta Brava, tiene el interés de las cosas únicas, de las cosas que no admiten nueva ejecución, y aun cuando el hecho capital, la muerte del hombre coloso, se desarrolla en menos de un minuto, y en menos de otro minuto se aprecia la enormidad del desastre, todos los accidentes, pormenores y episodios que precedieron al acto final ó que prepararon el nefasto acontecimiento, son de interés histórico y de interés subjetivo, porque ellos marcan ahora el itinerario oculto de la fatalidad, como si, efectivamente, la fatalidad abriera los pasadizos de la muerte por donde se lanzó el hombre impetuoso, y sugieren al lector impresionado mientras se aproxima el desenlace, y deseando que no llegue, el capítulo inédito de los presentimientos. El no ocultaba la predicción fatal, cada vez que se ofrecía oportunidad de discurrir sobre la vida y la muerte. "Los de mi raza han de caer todos en el campo de la gloria militar; ningún Maceo puede volver las espaldas ante la provocación del adversario: ¡ese es nuestro destino!" Causaba asombro, y á la vez triste inquietud, escuchar las revelaciones de aquel hombre superior que, dotado de las más sólidas virtudes, era, sin embargo, supersticioso ó fatalista, y también romántico. Cuando él razonaba sobre el tema abstruso de los hados, no había argumento lógico que le hiciera modificar el juicio. Estaba escrito lo futuro, de un modo invariable: todos los miembros de su heroica familia estaban predestinados á caer con majestad en medio de la batalla loca.

No como envanecimiento personal, sino porque es de necesidad la declaración, hacemos constar por anticipado que solamente acudiremos á las fuentes de nuestra memoria, copiosas é inalterables todavía; único don que nos otorgó la naturaleza, con el privilegio ó la fortuna de que ya en la edad de los desgastes y vacilaciones, no ha sufrido menoscabo. Nos falta la potencia intelectual, la inspiración, el numen y el tiento, pero no la memoria, tan firme hoy como en la edad juvenil. Ella nos permite descorrer todos los velos y brumas del pasado con la mayor facilidad, nos descubre lo más remoto del gran viaje

militar y las mil peripecias de la jornada ruda, diciéndonos que aquí se ventiló la lid y un poco más allá se enterraron los muertos, que sobre aquel monte se clavó la bandera y al pie del otro ribazo descansó la tropa, y aun nos sitúa en el puesto de espectadores entusiastas, prendados del asunto, como si hoy asistiéramos á la representación del drama revolucionario, realmente pretérito y decaído. Este don sobresaliente, que á nadie hemos usurpado, en cualquier controversia sobre los anales de la campaña, nos conduce á la afirmativa ó á la negativa según los casos, de que tal hecho acaeció el lunes ó el viernes, en tal lugar y á tal hora, hallándose los combatientes en ese paraje determinado, ó en aquel otro, y no en las posiciones designadas por el impugnador, que al explicar la operación bélica, ha confundido los hechos, equivocando la ruta y trastornando el calendario. No necesitamos acudir al memorándum de las efemérides, repasar los almanaques viejos ó pedir el concurso de otros testigos, si nosotros estuvimos en la acción que se discute. Quien ha podido llevar á cabo el recuento minucioso de las mil funciones de guerra en que tomó parte Antonio Maceo, desde que juró la bandera de la libertad hasta que obtuvo el mando de las armas separatistas; y lo ha llevado á feliz término sin una sola omisión de bulto, sin incurrir en un solo anaeronismo, valiéndose de los apuntes de la campaña, y sobre todo, de la memoria, que nunca le flaqueó, bien puede asegurar que no omitirá ningún detalle de verdadero interés, ningún accesorio que sea de utilidad en el cuadro de la acción, aun cuando prescinda de otros, en demasía menudos, que á nada conducen y á nadie convencen.

Nuestra narración del combate de Punta Brava, tal vez se aleje de las muchas que han visto la luz en periódicos y opúsculos, en efemérides y crónicas documentadas de la revolución, casi todas discordes en lo esencial del episodio, y ninguna lo suficiente clara en la parte descriptiva. Se limitan á darnos un trazado confuso de las cercas de piedras que no tienen relación de ninguna clase con lo sucedido, y no arrojan luz sobre las circunstancias que precedieron á la catástrofe y que tal vez la motivaron. De ser totalmente verídicas las múltiples historias de Punta Brava, se comprobará que la mayor parte de los autores no ocupaban el puesto que les fué

designado en el combate, cosa inverosímil, estando Maceo presente, y que de haber estado allí, en el lugar donde cayó el General, en torno de él, cuando aun permanecía á caballo, y en torno de su cadáver, cuando se desplomó del corcel, no se había emprendido con la actividad necesaria la faena de alejar el cuerpo exánime del héroe, los cincuenta metros que eran indispensables para salvarlo de las iras del opositor; porque salta á la vista (á menos que todos los demás no estemos ciegos) que un centenar de hombres robustos y pródigos de sus vidas, no estuviera en disposición de rescatar el cadáver del General y separarlo de la línea agresiva de los españoles, hasta dejarlo en sitio seguro, el mismo lugar, verbigracia, donde fué conducido dos horas después del terrible suceso. Cualquiera otra explicación es ilógica y especiosa; no convence á nadie que juzgue las cosas con su propia cabeza, aunque los promoventes del debate se escuden con el testimonio de su fe y proclamen cien veces más que sólo los impulsa el nobilísimo deseo de rendir homenaje á la verdad histórica. Si á todos los mantenedores de ese culto exquisito, amantes y heraldos de la diosa Clío en pro de la cual han mellado los gavilanes de sus péñolas briosas, les hubiese tocado en suerte combatir al pie del general Maceo, junto á su persona, y no en lugares más distantes, si bien no menos ofendidos por el plomo del adversario, puesto que la defensa de aquellas posiciones les estaba encomendada, y no las del camino funesto por donde tomó el General al dar el segundo ataque; si las cosas hubieran pasado como ellos lo atestiguan, el sangriento desenlace no se manifiesta con la torva faz de la ironía diabólica, burlándose de la inmolación de un adolescente, y burlándose de los esfuerzos titánicos de los cuatro hombres que siguieron luchando entre la vida y la muerte, hasta que acribillados por las balas del enemigo, tuvieron al fin que alejarse del castigado redondel, bajo el dolor de las heridas y la pesadumbre del trágico suceso. El historiador que ahora escribe esta página, no ha de figurar entre los héroes de la jornada; conoce perfectamente su situación, el puesto que le tocó, y conoce asimismo á los que pugnando á la desesperada, dieron el más elocuente testimonio de valor personal mientras trataban de salvar el cadáver del glorioso caudillo. Y no ignora

la inmolación de Francisco Gómez, el hijo del General en jefe, hasta el instante en que declaró su propósito de ir á la tumba, y nada más, porque el hecho desastroso de la carnicería no lo presenció ningún soldado de nuestra bandera. Es conveniente repetirlo, en términos más claros, antes de dar comienzo á la relación del lamentable episodio. La confusión histórica á que ha dado margen la diversidad de escritos sobre el combate de Punta Brava, procede de la falsa situación en que lo han colocado los autores de dichos documentos que, bajo el anhelo de querer explicarlo todo, lo que ellos sabían y lo que ellos ignoraban, no han medido la capacidad geométrica del cuadro de la acción, y no han reflexionado sobre el imposible absoluto de que ellos pudieran estar en dos ó tres lugares distintos del campo, á un mismo tiempo: al lado de Maceo, cuando éste se hallaba á caballo, en torno del cadáver, cuando cayó, ocurriendo presurosos al rescate, y batallando con decisión en la línea más avanzada del desafío. En esto, principalmente, descansa el error común de donde toma origen la confusión histórica. Pero ya es tiempo de contar lo que nuestra memoria nos dice con perfecta claridad, como si ahora lo viéramos sobre el escenario fatídico, y nos sorprendiera el terror, la congoja, el desaliento y la efusión de lágrimas que nos produjo el derrumbe del héroe incomparable.

Maceo y su comitiva se dirigieron á una colonia del ingenio Baracoa en la noche del seis de Diciembre. El descanso fué corto, pues á las dos de la madrugada el General se puso a la cabeza del escuadrón para seguir á San Pedro de Hernández, sitio donde se hallaban las fuerzas del coronel Sánchez Figueras. Guiaba la ruta el comandante Baldomero Acosta, muy conocedor del término de Hoyo Colorado, así como de todos los senderos, guardarrayas, hijuelas y travesías del distrito más occidental de la Habana. Para llegar al campamento de San Pedro, á menos que no se emprendiera la marcha por el sur del Ariguanabo, era de necesidad atravesar la carretera de Hoyo Colorado á Punta Brava, vía que después conduce al pueblo de Marianao y sigue hasta la ciudad. Las huellas de Maceo y su comitiva quedaron impresas sobre el piso del camino real, y los españoles pudieron contar el número de cabalgaduras que por allí transitaron: 62, por junto.

No llovió, y por lo tanto, estaban inequívocas las pisadas de la partida á caballo. Al lado opuesto de la carretera, hacia la laguna de la *Pastora*, Maceo descansó un rato en el hogar de unos campesinos que tenían amistad con Baldomero Acosta; que eran auxiliares de la insurrección aunque les estuviera permitido codearse con los españoles de Hoyo Colorado. Maceo hizo algunos encargos al dueño de la finca, entre otras cosas, una colección del diario *La Lucha* y la última quincena del *Heraldo de Madrid*. El deseaba leer constantemente la prensa de España y la de la Isla, y tenía predilección por *La Lucha* y el *Heraldo*; este último, por las publicaciones sobre la campaña de Cuba que firmaba Reparaz. Maceo decía que Reparaz era un escritor conceptuoso. El dueño de la finca tenía, pues, que ir á la Habana y volver á Hoyo Colorado para dar cumplimiento á la comisión que le encomendó el general Maceo. Se le advirtió que al regresar de la ciudad con los encargos, nos buscara por la huella. Como Maceo no abandonaba el propósito de atacar el pueblo de Marianao, al campesino no le sería difícil hallar la nueva senda de los insurrectos.

De aquel sitio de labor, llamado Hernández por el nombre del propietario, salió Maceo al cabo de una hora; aun no despuntaba el día. Sin embargo, las guardias españolas de uno de los fortines de Hoyo Colorado divisaron el grupo de nuestra retaguardia, que se aproximó al perímetro exterior, y es de deducir que dos horas más tarde aquellos centinelas examinaran el rastro de la partida que atravesó la calzada.

Siguiendo el camino de San Pedro no hubo otro mal paso que el de la laguna de la *Pastora*, la más septentrional del Ariguanabo, llena de bote en bote á consecuencia de las lluvias recientes, que hicieron rebosar los manantiales del río misterioso cantado por Estévez. *También el Ariguanabo bajo una ceiba se oculta: desde la loma del Gallo desciende blanco de espuma*. El verso le cautivaba al paladín de la libertad, y allí le recitamos las últimas estrofas mientras quebraba el alba. El poeta español, amante de Cuba y admirador de Maceo, no pudo imaginarse, al cantar las maravillas del Ariguanabo, que en los mismos umbrales de la muerte el héroe de Cuba iba á sentir la seducción de aquellos versos tan eufónicos como robustos.

No le gustaba á Maceo la poesía erótica á pesar de su dominante pasión por la mujer: sus entusiasmos eran para el romance patriótico y para la oda descriptiva. La *Imprenta*, el *dos de Mayo*, el *Niágara*, el *Juramento*, la *Zona tórrida*. El capitán Gerardo Portela, que sabía de memoria dos ó tres de esas odas, las recitaba á menudo, con el énfasis más apropiado á las circunstancias. En un periódico de New York, leyó Maceo un romance dedicado á enaltecer la abnegación del campesino mambí que empezaba con este verso: *Iba el negro bayamés sobre el caballo salvaje*; y guardó en la cartera el recorte del periódico. Entonces no sabíamos quien era el autor de la patriótica composición, y Maceo murió sin saberlo. Después de la guerra pudimos indagar que la escribió y la publicó Hernández Miyares en el período de la propaganda separatista (1892). Cada vez que el caudillo despachaba un emisario, con algún parte escrito ó noticia confidencial, solía exclamar con entusiasmo: ¡Allá va el negro bayamés sobre el caballo salvaje!; y á renglón seguido preguntaba: ¿quién será el autor de tan expresivo cuadro en que el negro se quema la lengua antes de de'atar á sus compañeros? ¡Yo sé de algunos fieles que así han procedido!— Caminando por los bosques de Vuelta Abajo, muchas veces nos hizo recitar la bella estrofa de Arolas; *los pinos son las arpas del desierto*. El no podía juzgar una composición por las reglas de la métrica, pero saboreaba la armonía y el jugo de la frase. Escuchando el rumor acentuado de los pinares, unía felizmente las dos notas, la del verso y el sollozo musical de la arboleda, expresándolo de este modo: “Efectivamente, aquí está el ruido monótono y salvaje de que nos habla el cantor”. En materia de poesía amatoria, sólo le deleitaba la hermosa rima de Heine, en la que dos enamorados discurren sobre la pérdida de sus ilusiones, bogando por el mar, metidos en frágil barquichuelo: *¡Y nosotros pasamos y seguimos, inconsolables por el ancho mar!*

Amaneció sin celajes; ¡pura y risueña la mañana! El temporal de la noche del cuatro había descargado totalmente.—¿Qué día es hoy?—nos preguntó Maceo.—¿Hoy?... lunes, y mañana la Purísima Concepción—le contestamos. No hay ninguna Concha á quien festejar en estos contornos, porque yo tengo entendido que la joven obsequiosa de Punta Brava, que le regaló a usted la bufanda y las flores se llamaba Margarita”. Con esto

quería recordarle al hombre apasionado de todo lo bello, un pasaje ocurrido en las inmediaciones de Punta Brava, once meses atrás, cuando nos dirigíamos por primera vez á Pinar del Río; y lo acentuaba bien, con el nombre verdadero de la deidad, para quitarle el antojo, ya por él indicado, de ir á la mansión de la amable campesina con el único propósito de enseñarle el pañuelo de estambre que ella le regaló el día siete de Enero de aquel mismo año, y que aun conservaba el hombre de las tentaciones y lo traía anudado en el cuello, para que le sirviera de abrigo. El ramillete se marchitó con el calor del corazón. La prenda de invierno que él deseaba mostrarle á la rendida deidad, se salvó de la catástrofe de Punta Brava, pues quedó enredada en el muñón de la silla de montar, y como el caballo no fué apresado por los españoles, se libró de la rapiña el histórico pañuelo.

Entre ocho y nueve de la mañana encontramos las primeras avanzadas insurrectas de San Pedro, y seguidamente fué aclamado el caudillo por los soldados de Silverio Sánchez que, con este jefe, salieron del campamento á saludar al General. ¡Momentos de júbilo! El coronel Sánchez Figueras y su estado mayor vitorearon al insigne caudillo de la hueste invasora y lo propio hicieron los demás retenes en los umbrales del campamento fatal. Maceo se sentía enfermo; iba aún embozado en la capa al penetrar en la triste heredad de Lombillo, y se desabrigó, para recibir, á pecho franco, los expresivos homenajes de la devoción de sus soldados.

El campamento de San Pedro no reunía condiciones para dar un combate de caballería contra infantería, á menos que el adversario no se metiera de sopetón dentro del campo y aceptara la lid en el espacio más limpio de estorbos; y era pésimo, si el enemigo atacaba las posiciones de los insurrectos por uno de los costados, sin abandonar el apoyo de las trincheras naturales: las cercas de pedruseos que amparaban el camino de Hoyo Colorado á Punta Brava, y el vallado de piñón que constituía otra línea de defensa. No era posible salvarlos á caballo sin abrir portillos; casi paralelamente al cercado de piedras, que amparaba el camino de Punta Brava en una larga extensión, existía otra valla de alambres para contener el ganado en tiempos de paz, pero que á la sazón no debía alzarse con el carácter

de barrera contra empeños destructores. La defensa del campo estaba en el palmar de San Pedro, palmar copioso y tupido sobre una superficie llana, sin maleza ni roca: á pie, lo mismo que á caballo, podía defenderse con buen éxito si la tropa enemiga hubiese penetrado por un solo paraje; en este caso, á la caballería insurrecta se le brindaba la mejor oportunidad de lucirse, de acometer al arma blanca y llevarse de calle á los infantes que hubiesen avanzado hasta los dinteles del palmar, como así sucedió en la memorable acción que nos toca describir. Pero si el núcleo de la columna española no dejaba el apoyo de los muros exteriores, los más sólidos del campo de San Pedro, aun cuando fuese cercenada su vanguardia, cualquier otro intento de expugnación era impracticable con el contingente de caballería que tomó parte en la lid, y en cambio, los peones y también los jinetes de la columna española podían ofender con eficacia, manteniéndose á la defensiva, como así sucedió en la fatal jornada del siete de Diciembre.

El campamento de San Pedro de Hernández—pues así se llamaba el fundo ó heredad donde se ventiló el célebre combate—lo eligió Baldomero Acosta, probablemente de acuerdo con Juan Delgado, antes del día siete, tres días antes del luctuoso episodio. Hacemos esta advertencia considerándola de interés histórico, en atención á que el teniente coronel Delgado llegó al campamento de San Pedro la noche del seis, pero se situó á dos kilómetros de distancia del cuartel general, sin que el jefe de la brigada, el coronel Silverio Sánchez, tuviera noticia de la llegada de Juan Delgado; lo supo al amanecer, cuando la tropa se ponía en movimiento para recibir al caudillo. Ello demuestra que Acosta citó á Delgado para el lugar de San Pedro con tres días de anticipación, al salir el primero en busca del general Maceo que se hallaba en la Merced, inmediaciones del Mariel. El teniente coronel Juan Delgado tenía el mando del regimiento Santiago de las Vegas, del cual eran jefes de escuadrón, los capitanes Dionisio Arencibia, Miguel Hernández y Rafael Sánchez. En el estado mayor figuraban el capitán Rodolfo Bergés, el médico Carlos Guas y otros oficiales de mérito. Dicho regimiento se componía de ciento ochenta hombres armados. Otro regimiento llamado Goicurúa, lo mandaba el comandante Baldomero Acosta; no excedía de cien plazas. Las dos

unidades estaban bajo el mando del coronel Ricardo Sartorio. Las fuerzas del coronel Sánchez Figueras, las que vivaquearon en San Pedro el día seis, estaban constituídas por el regimiento Calixto García al mando del teniente coronel Alberto Rodríguez, quien tenía á sus órdenes al comandante Isidro Acea, con otra sección de otro regimiento denominado Tiradores de Maceo, y á los capitanes Emilio Collazo y Luis Felipe. La escolta del cuartel general la mandaba el comandante Juan Manuel Sánchez (uno de los más heroicos en la jornada de San Pedro), y entre oficiales y soldados, ascendía á treinta hombres. En el estado mayor de la brigada Sur, figuraban otros oficiales meritísimos, el comandante Rafael Cerviño y el capitán Manuel Olivera. Como subalternos del comandante Acosta, en el regimiento Goicuría, sobresalían Andrés Hernández, Ignacio Morales y Tomás González: este último mandaba un grupo que pertenecía al regimiento de Pedro Delgado, de Pinar del Río, pero que, á consecuencia del parapeto de la trocha del Mar'el, quedó con su sección en la provincia de la Habana, incorporado al regimiento Goicuría. El total de fuerzas que se hallaban en San Pedro el día siete de Diciembre, era de cuatrocientos cincuenta hombres; una parte bien armados, la otra, con armas desiguales y escasas municiones, y los caballos en la misma proporción: la mitad regulares, y la otra mitad jame'gos.

Momentos después de haber acampado Maceo, llegó á su conocimiento que algunos oficiales no estaban en buena armonía con el jefe de la brigada del Sur, ni con el coronel Ricardo Sartorio, á quien Maceo nombró desde el mes de Agosto primer jefe del regimiento Goicuría, así como á Silverio Sánchez, jefe de la brigada, en sustitución del malogrado general Bruno Zayas. El teniente coronel Juan Delgado quería operar solo, sin obedecer á los coroneles Silverio Sánchez y Ricardo Sartorio; y por su parte, Alberto Rodríguez, otro jefe de probado valor, no quería reconocer á Juan Delgado como superior á él en ningún terreno. Algo parecido sucedía con el comandante Baldomero Acosta, que, por sí y ante sí, levantó acta de la plana mayor de Goicuría al constituirse esta unidad, designándole á cada uno el puesto y graduación que á su juicio le correspondía; testimonio que el General echó abajo cuando le fué remitido por el primer jefe del regimiento, á quien amonestó

por las facultades que se arrogaba. El general Maceo no dió su aprobación más que al nombre del regimiento, en memoria del patrio que subió al cadalso por la causa de la independencia. Juan De'gado era un jefe de escuadrón aguerrido y audaz, pero, voluntarioso y amigo de operar por su cuenta. No se resignaba á ser subalterno de nadie, á excepción del General, de quien esperaba el nombramiento de primer jefe de la zona que le autorizase á correr en guerrilla. Estas cosas, que no tardaron en saberse, pues los mismos agraviados las decían y buscaban la manera de que Maceo los llamara, creyendo que iba á conferirles el mando codiciado, disgustaron vivamente al General durante las dos primeras horas de hospedaje: de las nueve á las once de la mañana. Nos dió el encargo de que fuéramos al pabellón de Alberto Rodríguez, para estudiar al hombre que parecía más escudo, mientras él sostenía conversación confidencial con Juan De'gado, jefe de vigilancia del campamento. De'gado no sabía á ciencia cierta si el general Aguirre se hallaba en camino de San Pedro, como tampoco si estaban en su poder las últimas órdenes que le envió Maceo desde Pinar del Río. El General mandó extender otra orden para el jefe de la división de la Habana á fin de que se pusiera en marcha para el lugar indicado, sin pérdida de momento, pues urgía su presencia en la comarca de Hoyo Co'orado con el mayor número de tropas. El general Aguirre se hallaba ese día enredado en un serio combate de las tres armas, función totalmente victoriosa para los libertadores, puesto que mataron al primer jefe de las *Navas de To'osa* y á un centenar de oficiales y soldados de diferentes cuerpos. El combate se ventiló casi en el centro de la provincia de la Habana, y por lo tanto, los ecos de esa brillante función no podían llegar al campo de San Pedro. La victoria la obtuvo el general Aguirre á la misma hora en que Maceo era derribado del caballo: ¡aclamaciones de triunfo y notas de funeral! ¡laureles y exequias en un mismo día!

Como el propósito de Maceo era atacar el pueblo de Marianao antes de emprender otras operaciones de mayor costo, aceptó con afecto el croquis de la población que le trajo el capitán Andrés Hernández, en el que estaban perfectamente determinados los fortines exteriores y las casas aspill'eradas y demás reductos de la plaza. Entonces dijo Maceo: "Llegue ó no Aguirre,

hay que dar un escándalo esta noche. Nos meteremos en Marianao, habrá bulla, y los españoles de la capital quedarán notificados". Andrés Hernández le comunicó que no se sabía del enemigo en tres leguas á la redonda. Las noticias de haber salido una columna de Punta Brava, no podían saberse en San Pedro con la prontitud del telégrafo. Tenían que transmitirse á caballo, por medio de los exploradores ó de la posta. Media hora más tarde, doce del día, el teniente coronel Delgado, trajo la nueva de que una columna se hallaba en el camino de Punta Brava, pero que, según los informes obtenidos, se dirigía á Cangrejeras, ó hacia Montes de Oca. Maceo dió muestras de impaciencia y dejó entrever la intención de montar á caballo, pero quedó sentado en la hamaca ¡cosa extraña en su temperamento!; ordenó á Juan Delgado que enviara patrullas de exploración sobre el enemigo hasta dar con él; que lo hostilizara con energía y lo trajeran al campo de San Pedro, pues él quería ver como andaba el machete por aquellas alturas. ¡Quiero ver cómo dan ustedes machete para yo expedir los diplomas! No ha sido posible averiguar si las patrullas de exploración que envió Delgado, salieron con la diligencia que recomendó Maceo; pero está fuera de dudas que no hallaron á los españoles por las inmediaciones de Punta Brava, puesto que no se oyeron los tiros de la tropa cubana sino cuando los españoles estaban dentro del campamento. Ha circulado la versión de que al despacharse el destacamento explorador, se le recomendó que llenase el expediente del ojeo sin entrar en pelea formal, pues si llegaba á trabarse combate en el campo de San Pedro, no podría llevarse á cabo la función nocturna. Si tal versión fuese basada en la verdad estricta de los hechos, quedaría demostrado que no se obedecieron las órdenes del General, y que no se obedecieron por móviles interesados. Creemos que no pasaron las cosas de esa manera; tenemos la seguridad de que las patrullas de exploración fueron encaminadas á su destino, pero que equivocaron el rumbo, ó que tal vez se perdieron en la inundada dehesa, porque hay un hecho incontrovertible, á saber: que no hostilizaron á los españoles. Creemos también que la columna de Cirujeda habría atacado el campamento de San Pedro, aun cuando hubiese sido ofendida por los exploradores insurrectos; pero, cabe afirmar, categóricamente, que de haberse planteado

el combate de vanguardia fuera del circuito, con las patrullas de exploración, las cosas que vinieron después, no toman el carácter violento que tomaron al iniciarse el debate; y no queremos decir que se hubiera evitado la mayor desventura: la muerte del general Maceo. No somos impugnadores apasionados ni ergotistas de oficio. La muerte violenta es el lógico desenlace de una acción d'ariamente ejecutada, y quien como Maceo la desafiaba á todas horas y de todas las maneras, es de rigor fatal que la muerte salga vencedora un día ú otro. Es raro que no hubiese triunfado desde mucho antes.

Todavía transcurrió una hora más. El General había tendido la hamaca, como ya hemos dicho, y se hallaba recostado sobre el almohadón de ella, sin las botas de montar, sin el machete y sin el revólver, si bien al alcance de la mano los instrumentos de guerra; debajo de la hamaca, como tenía por hábito, y no colgados de las horquillas del monte. Las botas estaban secándose al pie del fogón, que encendieron los asistentes para hacer el almuerzo. Cerca del pabellón del General estaba el caballo dócil, desensillado, y sin freno. En torno de la tienda del caudillo, los jefes y oficiales que con él vinieron de Vuelta Abajo; á cien varas, próximamente, el coronel Sánchez Figueras con sus ayudantes, y el jefe de la escolta en otro pabellón; las demás fuerzas distribuidas por el vasto campamento; en el puesto más avanzado Isidro Acea con la sección de tiradores, á medio kilómetro de éste. Alberto Rodríguez con la gente de su regimiento, y más cerca del pabellón del General, el coronel Sartorio y los escuadrones de Juan Delgado y Baldomero Acosta. El general Maceo, completamente tranquilo al comunicarle el teniente coronel Delgado que habían salido las parejas exploradoras, siguió conversando amablemente con dicho jefe, con Baldomero Acosta y con el doctor Carlos Guas sobre los asuntos del día, porque Maceo dejó para otra oportunidad la reorganización de las fuerzas. A excepción de Carlos Guas, á quien desde Pinar del Río envió el diploma de jefe de sanidad de la brigada, los demás jefes locales serían probablemente removidos. El coronel Silverio Sánchez, por mandato de Maceo, estaba dictando á su secretario la lista de oficiales que tenía á sus órdenes, pues Maceo desataba saber el nombre de cada uno y sus disposiciones ó aptitudes, á fin de restablecer el servicio de los

campamentos y orden de marchas. Dos veces nos había mandado que apuráramos al coronel Sánchez en la engorrosa faena de la lista nominal. Sánchez estaba terminando el trabajo.

Maceo almorzó y tomó café (era ya la una de la tarde), no sin bromear con nosotros sobre el abuso que hacíamos de esta bebida aromática. “Y usted ande en regata conmigo; usted siempre ve la jícara, más pequeña que un dedal, en mis labios, y no ve el tazón cuando usted lo tiene en las manos”. Se molestó, al saber que en la conversación ó conferencia con el teniente coronel Rodríguez habíamos aprovechado el tiempo, aceptándole á dicho camarada el grato piscolabis que nos brindó. “¡Vaya, ya tenemos otra vez á Miró con el empacho de la comida! ¡Qué cabecita la de mi General! Ahora voy á castigarlo, haciéndole leer el resumen de la campaña invasora”. ¡Todo sea por Dios!—le contestamos: buena tengo la cabeza para andar entre papeles! ¡Que me den café si usted quiere que me entienda el auditorio! Otras chanzas se sucedieron, entre la quinta taza bo'a de café y el relato de la campaña que, al fin, empezamos á leer. Y contamos estos pormenores, no para enorgullecernos con la predilección del grande hombre, cosa que todo el mundo sabe, sino para demostrar el estado de su espíritu en aquellos momentos. Poco antes nos reveló su intención de enviar al hijo de Máximo Gómez al lado de su padre, porque el muchacho era belicoso, y él no quería contraer la responsabilidad de una desgracia; nos dijo que nosotros iríamos con Francisco Gómez hasta el territorio de Las Villas, con el doble objeto de entregárselo á su padre (Máximo Gómez), y examinar el estado de los negocios políticos en las altas esferas del gobierno, para él saber á qué atenerse antes de entrevistarse con el General en jefe y con los hombres de las miras elevadas. De suerte que los planes de Maceo no eran aún los mismos que lo impulsaron á salir de Pinar del Río: ser el sostén del orden y de la legalidad constitucional.

Toda la gente estaba tranquila en el campamento de San Pedro. Los oficiales del Estado Mayor se ocupaban en proveerse de mejores caballos y equipos; y en torno de la hamaca del General se hallaban Pedro Díaz, Baldomero Acosta, Juan Delgado y algún otro, mientras el que escribe este episodio leía el resumen de la campaña de invasión, y estaba en la página de

Coliseo, repitiendo las siguientes palabras porque el General las hizo repetir: "Se hundió el astro de su fortuna cuando aun no era media tarde, en aquel cielo tenebroso"... "¡Eso, eso es lo que á mí me gusta!—exclamó el General: el eclipse de mi *compadre Martinete* (aludía á Martínez Campos) en aquel cielo tenebroso, cuando aun no era media tarde"... ¡Fuego, fuego!—gritó Baldomero Acosta. ¡Fuego en San Pedro!—exclamó Juan Delgado. Efectivamente; sonaban estampidos de fusilería dentro del campamento insurrecto, no en las avanzadas. El General trató de levantarse de la hamaca, y no pudo efectuarlo con la prontitud que le exigía su voluntad. ¡Dame la mano!—le dijo á su asistente Benito, mientras clavaba la vista en los dos hombres que acababan de dar la voz de alarma, y no precauvieron el suceso con la anticipación debida. El General no se perdonaba el descuido propio, su indisculpable pasividad de no ir personalmente á practicar la exploración, ni había de absolver á los que consideraba responsables del hecho inusitado de la sorpresa, clara y evidente. Los proyectiles de los españoles llegaban al pabellón del general Maceo y acribillaban los troncos de las palmas; herían y mataban á los que con mayor diligencia salían de la arboleda en actitud de combatientes, herían y mataban á los perezosos y á los que e-haban el bofe corriendo en pos de los caba'los que, bajo el azoramiento de los tiros, rompieron el cañamo del cabestro y andaban sueltos por el cuartón, relinchando y galopando en todas direcciones, como hato que se dispersa al sentir el calor de las mieses encendidas.

Pero ¿cómo los españoles pudieron llegar hasta allí? ¿por dónde penetraron? Los guardias insurrectas ¿no defendieron el campo? ¿no sabían los españoles que el número de rebeldes que se hallaba en San Pedro, era bastante para hacer fracasar el propósito de la operación ofensiva?... Estas preguntas, ú otras análogas, acuden necesariamente al espíritu del lector imparcial, que habiendo llegado á la página festiva de nuestra relación, comentada por Maceo, se encuentra de súbito con las voces de alarma de nuestra gente y con la irrupción de los españoles, sin explicarse de dónde vinieron ni cuál fué el descuido de la vigilancia de los cubanos que les permitió el acceso y la acometida. Para que todo quede explicado y no haya más disquisiciones menudas sobre la verdad histórica, y caso de que

las hubiere no tengan valor alguno entre las personas juiciosas que sepan apreciar el conjunto y no los detalles insignificantes —ya que para ciertos espíritus la verdad histórica es comúnmente el relato favorable de su intervención personal, y es un engendro de la fantasía toda composición veraz en que el autor se haya olvidado de la nimiedad de un matojo, ó del color del caballo del supuesto protagonista,—á fin de que todo quede perfectamente aclarado, y no vue'van á desfigurarse los hechos más tristes y notorios de la guerra de Cuba, vamos á exponer con claridad meridiana todo lo sucedido en la tarde del siete de Diciembre, empezando por contestar á la primera interrogación ¿Cómo los españoles pudieron llegar hasta allí?

El ataque de la columna española estaba relacionado con la acción del día cuatro en Montes de Oca y loma del *Doctor*, terrenos de Baracoa; acción desdichada para los insurrectos, aun cuando la columna de Cirujeda (la misma que ahora acometía con notorio empuje) hubiese experimentado mayor número de bajas (dos muertos y once heridos dice el parte oficial de los españoles); acción desgraciada de todas maneras, puesto que dos fracciones insurrectas se diseminaron ó separaron del cuerpo principal de la columna cubana, sin que valieran los esfuerzos del coronel Silverio Sánchez, jefe de la unidad, ni los del teniente coronel Ricardo Sartorio, jefe de aquellas fracciones, ni los del comandante Isidro Acea que se lió personalmente con el capitán de San Quintín y le ganó el pleito. Está demostrado que las fuerzas de caballería que gobernaba el teniente coronel Delgado, no se unieron á Sánchez Figueras después del combate de Montes de Oca, ni en los dos primeros días siguientes, sino el siete por la mañana en el campamento de San Pedro, cuando el general Maceo estaba al llegar.

La columna de Cirujeda llevó los heridos al pueblo de Punta Brava y no volvió á salir á operaciones hasta el día siete por la mañana, con el intento de practicar el recorrido de costumbre, de Punta Brava á Hoyo Colorado, y reconocer los lugares limítrofes como lo había efectuado el día cuatro, en que se dirigió á la playa de Baracoa y dió la batida en Montes de Oca y loma del *Doctor*, según queda narrado. Cirujeda ignoraba en absoluto la presencia de Maceo por los alrededores de Bauta. Maceo andaba huyendo por los montes de Puerta de la Muralla

(Pinar del Río), según la sagacidad de Wéyler, y lo demuestra de un modo incontrovertible la salida del capitán general para San Cristóbal y Los Palacios el día 29 de Noviembre. Y por otra parte, los relatos de la prensa española, desde el primero de Diciembre al seis del propio mes, están contestes en que Maceo salió gravemente herido en una de las acciones del Brujo. Wéyler no supo la muerte de Maceo hasta el día diez, y entonces retornó á la ciudad por la vía más rápida, para regodearse con las felicitaciones del país conservador y del país ovejuno. El comandante Cirujeda no tenía el menor indicio del cruce de Maceo por el Mariel. En la suposición contraria, no hubiera él atacado el campamento insurrecto con el ímpetu que lo efectuó en los primeros momentos. Cirujeda iba en pos de las fracciones que batió el día cuatro en Montes de Oca, ó simplemente á practicar el recorrido de costumbre; pero, al aproximarse á Hoyo Colorado, obtuvo informes de que una partida había cruzado la carretera, una partida á caballo, compuesta de sesenta hombres, puesto que estaba impreso el rastro de esa fracción. La gente habituada á esta clase de reconocimientos, pudo determinar el número de individuos, así como de dónde venían y á dónde se encaminaban. Cirujeda, pues, ya sabía á qué atenerse para dar el combate, si tropezaba con el enemigo en San Pedro ó en cualquier otro punto de la zona. No es de presumir que la columna española siguiera el rastro de Maceo, desde la carretera á la *Pastora*, porque de haberlo efectuado con precisión, las mismas huellas de los insurrectos la hubieran conducido hasta la casa de Hernández, en donde Maceo se detuvo antes de proseguir la ruta de Lombillo ó de San Pedro, y allí, de un modo ú otro, con las señales inequívocas de la parada, se hubiera cerciorado de que Maceo en persona iba al frente de la partida. Sometidos los familiares de Hernández á un interrogatorio riguroso, no podían ocultar lo que estaba evidente: esto es, que la tropa que cruzó la carretera de Hoyo Colorado, se había detenido en la finca, y que después tomó el rumbo de la *Pastora*. Cirujeda se dirigió por el camino viejo de Hoyo Colorado hasta el sitio en que se alzaba la casilla de reparaciones de la carretera; observó otro rastro, menos reciente, el de los escuadrones que batió el día cuatro en Montes de Oca; se encaminó á los potreros de la Gía y el Rosario, en dirección

á la Matilde, seguro de por aquellos contornos estaba el campamento insurrecto. Todas las huellas indicaban esa orientación, porque todas conducían al lugar expresado. Cirujeda salió de Punta Brava á las siete y media de la mañana con el batallón de San Quintín y guerrillas de Peral; por junto, 450 hombres.

La patrulla que destacó el teniente coronel Juan Delgado no encontró á los españoles, probablemente porque enderezó los pasos hacia la comarca de Punta Brava cuando Cirujeda estaba sobre la de Hoyo Colorado (hemos de atenernos á esta conjetura para no caer en la versión difamatoria); y si halló á los españoles ó los divisó oportunamente, no hizo uso de las armas y, por lo tanto, inútil la pesquisa, infructuoso el reconocimiento, y desdichado el viaje. Gracias á esa falta de celo, logró Cirujeda el dominio de la exploración; vió los retenes avanzados y el humo del campamento, y es de inferirse que también observara el pasaje de los distintos grupos que, á pie y á caballo, iban del palmar á las afueras, y viceversa. De todos modos, el campamento de San Pedro estaba explorado por la vanguardia española, perfectamente explorado, y por eso, la primera compañía de San Quintín y las guerrillas de la descubierta acometieron con decisión al encararse con el cuerpo de guardia de los insurrectos, y pudieron rebasar el primer obstáculo y también el segundo, hasta dirigir los proyectiles sobre la arboleda y el palmar de donde salía el humo. El jefe de la columna, dada la facilidad con que realizó la batida de vanguardia, tenía que afirmarse en el dictamen de que sólo se trataba de una pequeña fracción, de los sesenta hombres que horas antes atravesaron la calzada de Hoyo Colorado, ó de otra fuerza de análoga capacidad, perteneciente al núcleo que fué descalabrado en Montes de Oca. Otra conjetura no es aceptable en buena lógica, aun cuando Cirujeda haya jurado y perjurado que conocía con exactitud el número de fuerzas insurrectas que defendían el campo de San Pedro. Cirujeda estampó en el parte oficial que eran dos mil hombres parapetados, y huyendo. Holgaba el mentira gráfica, aunque ella fuese el patrón de todas las hechuras chapuceras que puso en boga el más cínico y rutinario de los capitanes generales; y sobraba la vil composición de los parapetos, con el apéndice de la fuga vergonzosa, desde el momento en que la acción de Punta Brava le propor-

cionó a Cirujeda el resultado colosal que no pudieron alcanzar las más ilustres espadas del ejército enemigo, en doce años de lucha contra el firme adalid de la Independencia. La victoria no dejaba de ser la más grande y envidiable de las victorias.

Explicados los descuidos que dieron ocasión á la sorpresa del campamento, descuidos por nadie expuestos antes de ahora, tal vez porque abrían la senda de los interrogatorios; y delineada la ruta que siguió la columna española desde Punta Brava á los linderos de San Pedro, explicación indispensable, también omitida en los diversos relatos históricos del acontecimiento, sólo nos toca derramar la luz de la evidencia sobre el cuadro desastroso del epílogo, acerca del cual ya tiene el espectador la perspectiva aciaga.

La narración quedó interrumpida en los instantes del asalto al campamento, cuando los hombres de armas, corrían en pos de los caballos, y Maceo, impresionado fuertemente, sin perdonarse el propio descuido, ni dispuesto á remitir la deuda á los que creía responsables de la omisión, se incorporaba de la hamaca para acudir al sitio de mayor riesgo, cualesquiera que fueran las posiciones del enemigo y el vigor de la columna acometedora, de lo cual no tenía él noción en aquellos instantes de suprema ansiedad. El fuego de los españoles era violentísimo; sonaba cerca del palmar de San Pedro: lo indicaban los traquidos y los fagonazos, cada vez más próximos. Dos fracciones del enemigo llegaron hasta la misma cerca de piñón mientras avanzaban de frente por el mismo rastro de la tropa cubana, aunque no era menester el itinerario esculpido sobre el pavimento para guiar la marcha de los españoles, en atención á que éstos ya dirigían los fusilazos sobre los grupos insurrectos que se aprestaban á la defensa del campo sorprendido.

Maceo necesitó diez minutos para vestirse del todo, ceñirse el cinturón que sostenía el machete y el revólver, y ensillar el caballo, faena que practicaba personalmente en los casos bélicos para estar seguro sobre los estribos. Al hallarse en situación de combatiente, tocando con sus manos los arreos, y convencido de que nada le faltaba, desenvainó el machete, y con un ademán terrible mostró la senda de la batalla á los más conocedores del terreno. ¡Por aquí!—dijo, en tono imperioso, y espoleó el corcel. La rociada de plomo continuaba con la misma

furia, espesa y atronadora; pero al fuego de los españoles respondían los destacamentos cubanos, con eficacia y vigor. Las fracciones de los regimientos Calixto García y Tiradores de Maceo, que se hallaban más próximas al lugar por donde penetró la vanguardia de Cirujeda, repelían el primer ataque, y el valeroso jefe de dicho regimiento, Alberto Rodríguez, y los bravos oficiales que lo secundaban, Isidro Acea, Emilio y Rosendo Collazo, Juan Ramírez y Luis Felipe, bregaban á pecho descubierto en los sitios más ofendidos de la riña. Allí acudió el coronel Silverio Sánchez para servir de sostén al destacamento asediado, y resolvió el terrible juego por las armas cubanas. La gente que se hallaba más inmediata al pabellón del Cuartel General, mientras Maceo ensillaba el noble caballo, que no se azoró con las recias descargas, tomó por dos lados distintos al ir sobre los españoles que habían avanzado hasta la cerca de piñón. Porque el General, al enseñarles el camino que conducía al redondel de la batalla, mandó que el corneta tocara á degüello, sin saber si el individuo se hallaba en aquel lugar ó en otro paraje más distante, y también mandó que se preparara una bomba de dinamita. El teniente coronel Manuel Piedra, que acudió con presteza al pabellón del General, dispuesto á inmolarse en defensa del caudillo, creyendo con razón fundada que los españoles estaban encima del pequeño grupo del Estado Mayor que rodeaba al general Maceo, mientras éste ceñía la faja de la montura, al oír el mandato de *á degüello*, salió á escape en busca del corneta, y uniéndose á una sección de caballería de Juan Delgado que cargaba á los guerrilleros españoles, la ayudó eficazmente á dar cima al propósito de desbaratarlos, y caerles á machete limpio. Ese grupo insurrecto, doce hombres, por junto, macheteó á seis soldados de Cirujeda é hirió á otros tantos, pertenecientes á la sección de vanguardia que penetró por la izquierda de las posiciones de los cubanos. El corneta á quien solicitaba el teniente coronel Piedra, no se hallaba en ese grupo. Piedra cayó de bruces sobre un cercado de plantas espinosas, después del ataque al arma blanca; le mataron el caballo de una descarga, desde la cerca de pedrusecs que limitaba la finca de San Pedro, por el Sur, en dirección opuesta al camino de Punta Brava. Ese grupo de caballería sólo experimentó tres bajas. Maceo acomete-

tió por la derecha de las posiciones españolas, buscando la salida del cuartón por el mismo lugar donde él había llegado al campamento á las nueve de la mañana, y por donde ahora penetraba el núcleo de la columna con el designio de ocupar la segunda cerca de piedras que se alzaba en línea paralela al vallado de piñón.

Maceo no tuvo oportunidad de expugnar personalmente á los españoles de aquel vértice ofensivo, porque los oficiales más diestros del regimiento Santiago de las Vegas, Dionisio Arenceibia, Ignacio Castro, Miguel Hernández, Fermín Otero, mezclados con otros pelotones de Goicuría, entre los cuales iban Baldomero Acosta, Rafael Cerviño, Rodolfo Bergés, Andrés Hernández y Carlos Guas, acababan de dispersar á los más delanteros de la vanguardia española. El coronel Alberto Nodarse se puso al frente de un grupo de veinte jinetes, al que arengó con estas palabras: ¡No hay que disparar un solo tiro! ¡machete y nada más! Tampoco ese pelotón pudo dar testimonio de su ardor, en aquellos instantes, porque los españoles abandonaban el claro precipitadamente, para ir á guarecerse detrás de los muros más sólidos. Sin embargo, el coronel americano Carlos Gordon acuchilló á un soldado de Cirujeda que trataba de escurrirse por entre las púas de la alambrada. La acción estaba resuelta, resuelta en pro de las armas cubanas á pesar de la vigorosa acometida de los españoles; éstos abandonaban el redondel con evidente desorden, para buscar amparo al pie de la retaguardia, alineada detrás de la cerca más distante del campamento, la contigua al camino de Hoyo Colorado á Punta Brava; y si bien faltaba arrojarlos de la otra cerca más próxima á la heredad de San Pedro, la cual se abría en dos, una de piñón y otra de alambres á la salida del fundo, y se enlazaba con la vía principal por el lado derecho de las posiciones que ocupaba Maceo; de todos modos la cuestión estaba ganada por los insurrectos, y era conveniente darla por terminada en aquel mismo lugar, por varios motivos. Los españoles habían retrocedido en lo más enconado del pleito; no era de presumir que volvieran por el desquite; y si Maceo pretendía dar el asalto nocturno al pueblo de Marianao, la persecución de los vencidos era contraproducente, por dos razones más: la primera, porque no se sabía hasta donde podía ser eficaz el nuevo acometimien-

to, pues el camino de Punta Brava no estaba explorado por nuestra gente; y la segunda, porque el número de bajas podía llegar á ser excesivo si otra vez se renovaba la función con el carácter violento de la primera carga. La columna de Cirujeda no estaba diezmada; defendería las posiciones que ocupó con antelación, al verse obligada á retroceder; aunque fuese acuchillada toda su retaguardia, le quedarían elementos de combate para sobrellevar los picotazos del machete, desde aquel sitio hasta los cuarteles de Punta Brava. Eran las dos de la tarde. Las tres horas que quedaban de sol debían emplearse en reorganizar las fuerzas, establecer el hospital de sangre en sitio conveniente y preparar la nueva expedición, que no podía emprenderse sin precauciones y tanteos, pues la columna española, que estaba curando sus heridos y pronta á seguir la marcha de retirada, sabía de un modo indubitable que el número de los insurrectos era mayor del que ella se imaginó al acometer los primeros retenes de San Pedro. La columna de Cirujeda ya no podía optar por la vía de Hoyo Colorado al salir maltrеча de la riña; era caso apremiante el retorno á los cuarteles de Punta Brava. Situaría emboscadas para que éstas contuvieran los alardes de la caballería enemiga; y yendo hacia el caserío mencionado se aproximaba á la población que Maceo pretendía destruir dentro de pocas horas.

Pero el hombre altivo y fiero, el capitán batallador que no pesaba ya ninguna de estas razones, y por lo contrario, sólo sentía el fuego de la pasión y los ímpetus de la cólera, porque fué sorprendido por los españoles en un momento de descuido, el primero y el único en su larga carrera de soldado, y tenía ansias de desfogar sus iras contra todo aquel que se opusiera á sus designios, no estaba en disposición de dejar el palenque ensangrentado por ninguna razón y por ningún azar que le brindara la risueña fortuna, llamándole á otra parte. Su rostro era la expresión más acentuada del enojo y de la bravura; su actitud, la del gladiador dominado por los arrebatos de la ira; era un Maceo en el paroxismo de la pasión bélica! Adquirió en un instante la hoesca fisonomía de su hermano José, el tremendo mayor de la tribu peleadora que no contaba el número de cazadores ni reflexionaba sobre la enormidad del asalto. Vimos en su faz las líneas y fosforescencias atávicas del hom-

bre león, á quien nada detiene en sus impulsos destructores. Tenía inflamadas las venas del robusto cuello, contraída la boca, de la que brotaba un hilo de espuma, los ojos más penetrantes y luminosos; y con los dedos se arrancaba las pestañas, achaque de contrariedad en su temperamento que lo conducía á pasarse los dedos por el borde de los ojos, como si quisiera arrancarse los párpados, pero que en esta crisis final se los podaba realmente. Nunca lo habíamos visto tan soberbio y enconado. ¿Qué pasaba por aquel espíritu tempestuoso?... Aun conociendo íntimamente al hombre, como lo conocíamos nosotros, es difícil sentar un razonamiento claro sobre la serie de impresiones que lo agitaban é impelían. Si poco después, cinco minutos después, pasó por su espíritu la pálida visión de la muerte, cosa que tampoco podemos asegurar porque ninguna de sus últimas palabras lo revela, es, sin embargo, de suponerse que él dispuso el cuadro del modo más perfecto para que lo culminante del episodio quedara eternamente grabado en el corazón de sus fieles admiradores; y si la imagen de la muerte no cruzó por su alma terriblemente combatida, las circunstancias se agruparon y coincidieron á fin de que la página nefasta tuviera el carácter de una conclusión épica, como él la vislumbraba y él la predecía: de frente al enemigo, con el acero desnudo, cargando á fondo, evidente, arrogante, majestuoso y fatal! Y así sucumbió, con gallardía y ostentación; de cara á los adversarios, yéndose encima con el imperio de su personalidad, sintiendo el golpe terrible, dándose cuenta de que estaba herido de muerte, y con el convencimiento de que la muerte esparcía más rayos en derredor de la catástrofe para que fuese más sensacional, más ruidosa y más sentida. Nos hallamos á dos pasos del abismo; todo marcha precipitadamente, y con mayor precipitación se desenreda el nudo de este grandioso y tremendo drama, con la caída atronadora del héroe que galopando hacia la gloria, erguido y amenazador, le cierra el paso la funesta adversidad. Sólo faltan diez minutos. Bastaría, pues una sola pincelada para terminar el cuadro de la muerte; pero es preferible detenernos en cada uno de esos instantes del fatídico horario, que no llegó á marcar las tres de la tarde en aquel campo de desventura, trayéndonos la larga noche del dolor sin hundirse el astro del día.

En torno del General, cuando él se detuvo para examinar el tablero de la batalla, se hallaban cuarenta y cinco hombres, entre jefes, oficiales y soldados, entre su Estado Mayor y los individuos de los diferentes cuerpos que allí se reunieron. Debe hacerse especial mención de la escolta del coronel Silverio Sánchez, compuesta de veinticinco plazas, que apresuró la marcha para unirse al cuartel general. Esta fracción la mandaba un joven de Güira de Melena: Juan Manuel Sánchez, capitán ó comandante entonces, el cual revelaba la disposición de su espíritu animoso, pendiente de las palabras del general Maceo y de todos sus movimientos. Los españoles, según ya se ha indicado, se guarecieron detrás de la cerca de piedras más inmediata al camino de Hoyo Colorado, y la retaguardia quedó en el vértice de las dos cercas transversales, la de piñón y la de pedruscos, que por el Norte limitan la finca de San Pedro. El fuego seguía, pero con menor intensidad; tiros sueltos, y alguna que otra descarga dirigida á un solo lugar de la pendencia: la extremidad del cercado de piedras más distante. Las emboscadas de la línea transversal disparaban por intervalos, pero sin dirección determinada. El combate, por parte de los cubanos, lo mantenían treinta ó cuarenta hombres de los escuadrones de Sánchez Figueras. Es conveniente aclarar que el número de combatientes, al dar Maceo la primera embestida, no pasaba de ciento veinte, cifra que quedó reducida á la tercera parte por las bajas que ocasionó el enemigo, y debido á que los soldados ilesos tenían que acudir al socorro de los heridos. Volvemos á decir que en torno del general Maceo se hallaban cuarenta y cinco hombres, ni uno más, con el refuerzo de la escolta del coronel Sánchez Figueras. El brigadier Pedro Díaz y el coronel Ricardo Sartorio, discutieron dos minutos sobre la dirección que llevaban los españoles; el primero, los divisó por entre el palmar, y les hizo fuego con la tercerola. Los españoles contestaron con una descarga cerrada, que no causó mella. El General preguntó otra vez por el corneta: uno del grupo le contestó que en las fuerzas de Juan Delgado había un corneta, pero extranjero (francés), que no conocía los toques de la milicia cubana. *¡Que lo traigan—*dijo el General; y de pronto: *¡ese enemigo se nos va!... ¡tiene miedo! ¡á la carga!* Se puso a la cabeza del escuadrón y esgrimando la hoja agresiva con aquel

aire de capitán omnipotente, buscó él mismo la salida al redondel ensangrentado, por el paraje más abierto y oportuno. Tiró por la izquierda del cuartón para envolver la vanguardia de los españoles, y convertirla en retaguardia, al tomar la columna el camino de Punta Brava; á la inversa, si se veía obligada, por el ímpetu del ataque, á emprender la vía de Hoyo Colorado. Salvó Maceo el muro de piedras que servía de límite á la heredad: la gente abrió el portillo indispensable para que pasaran el General y la comitiva. Las líneas españolas se divisaron entonces con perfecta claridad, á pesar del sol y del humo de los disparos. Los soldados estaban arrimados á la cerca de piedras, unos á pie, otros á caballo, algunos en disposición de montar. Al ver el grupo agresivo volvieron á la maniobra. Maceo dijo: *ahí están ¡arriba!* Delante del General, pero á muy pocos pasos de él, iba el brigadier Pedro Díaz con doce ó quince hombres. Al lado del General, el que ahora describe este cuadro, á la derecha de él, porque al franquear la cerca de piedras, la casualidad lo puso á la derecha del caudillo; y hacia el mismo lado la pequeña escolta de Juan Manuel Sánchez. En la faena de abrir más portillos, los restantes combatientes que seguían á Maceo, quedaron atrás, pero á corta distancia: veinte o treinta varas. El General, observando la apostura del comandante de la escolta, le dijo, tocándole con el machete en el hombro: ¡joven, hágame cargar á su gente! Y en seguida: ¡General Díaz, flanquee por la derecha! Una valla de alambres nos separaba de los soldados españoles. ¡Joven,—volvió á decirle á Sánchez—piquen la cerca! Y mientras éste se desmontaba, y con él diez ó doce hombres más, cayéndole al parapeto de alambres, un aguacero de proyectiles no dejó terminar la faena. El General acababa de decirnos, apoyando la mano en que sostenía la brida, sobre nre tro brazo izquierdo: *¡Esto va bien!* Al erguirse, una bala le cogió el rostro. Se manturo dos ó tres segundos á caballo; lo vimos vacilar: ¡corran que el General se cae!—gritamos cinco ó seis al mismo tiempo;—soltó las bridas, se le desprendió el machete, y se desplomó. Cayeron también doce hombres de la escolta de Sánchez. Los españoles arreciaron el fuego para disolver el grupo, comprendiendo probablemente que allí ocurría algo muy grave é inesperado. Ya en el suelo el General y palpitando todavía, pues su corazón no dejó de latir hasta

después de un minuto, fué socorrido por los que estaban más próximos á él en los momentos del derrumbe. Juan Manuel Sánchez lo sentó, el médico Zertucha le examinó la herida (mortal), Alberto Nodarse y Francisco Gómez se unieron al grupo de la tribulación, un soldado de la escolta de Sánchez que estaba ileso, el ayudante Sauvanell, Ramón Ahumada, y algunos más de los que hacían fuego sobre los españoles, acudieron á los gritos de alarma. Sánchez, mientras sostenía el cuerpo del caudillo, trató de infundirle alientos de vida, con estas palabras que le salieron del fondo del corazón: ¡Qué es esto, General? ¡eso no es nada! ¡no se amilane!—El General abrió los ojos, y expiró.

Precisa decir algo más, de lo que nosotros vimos y apreciamos en los momentos de ser derribado del caballo por la brusca y certera descarga. El brigadier Pedro Díaz iba delante de nosotros, diez ó doce varas nada más, cuando le mandó el General que flanqueara por la derecha: la misma orden que diez minutos antes le dió á Juan Delgado, al acercarse éste á Maceo para decirle a'go que no en'endimos bien, pero que debió ser contrario á los designios del General, pues la contestación fué acre y el mandato imperativo. Nuestras voces pidiendo socorro para el General, que vacilaba á caballo, iban dirigidas al grupo delantero á fin de que retrocedieran con la mayor premura. No podemos asegurar si el brigadier Díaz las oyó, ó no las entendió, porque el fragor de la acción era muy intenso y grande el desorden; pero los españoles oyeron las voces de alarma, y observaron los ademanes descompuestos, por cuanto afinaron otra vez la puntería, le pegaron el segundo balazo al General, tres á nuestra cabalgadura, uno á nosotros, cuatro al caballo de Maceo, ya sin jinete, é hirieron mortalmente á Alfredo Jústiz mientras av'saba al grupo de vanguardia; y es de creer que en aquellos instantes, de suprema consternación, fueron heridos algunos oficiales más, entre ellos Rafael Cerviño, Ramón Ahumada, Fermín Otero, Ramón Peñalver y Carlos Gordon, y muertos los caballos de casi toda la gente que seguía al General en su impetuosa carrera. Viendo la catástrofe, y viendo que eran inútiles los titánicos esfuerzos del Alberto Nodarse, de Juan Manuel Sánchez, del soldado José Herrera (*Cayuco*), del capitán Sauvanell y de otro individuo desconocido, salimos aterrados del lugar, precediéndonos el médico Zertucha y el teniente Urbina.

La tropa española seguía la tarea del fusilamiento. Sobre nosotros cayó otra rociada de balas. Oímos una voz que decía: *¡yo voy á morir también!* Probablemente era Francismo Gómez que se encaminaba á la tumba.

El cadáver del General fué alzado del suelo, tres veces consecutivas, por Alberto Nodarse, Juan Manuel Sánchez y el soldado *Cayuco*, los cuales, con meritorios esfuerzos, pudieron colocarlo sobre el caballo de Sánchez. Este recibió una herida cerca de la rótula de la pierna derecha, y el balazo cogió también la cabalgadura. Sin embargo, no desmayaron esos héroes: volvieron á intentar el rescate, y fué infructuosa la resolución, porque á las quince varas del vía crucis fué herido el coronel Nodarse, y poco después un individuo que se le unió; uno y otro de gravedad; al soldado le rompieron las mandíbulas de un halazo, y cayó de bruces. Nodarse, aun herido, intentó el último esfuerzo junto con Manuel Sánchez, cuando ya avanzaba un grupo de cinco soldados españoles ansiosos de decidir la contienda. El caballo de Maceo había quedado inmóvil, y trató de cogerlo Nodarse para que hiciera las veces de caballo fúnebre cargando el cuerpo ensangrentado del caudillo; pero el caballo, al fin, se azoró con los fusilazos y las balas, y tomó el camino del campamento, aunque despacio. Nodarse tuvo, pues, que seguir disparando á pie los últimos tiros y debilitándose por momentos. Un compañero valeroso, Rodolfo Bergés, que acudía al sitio de la catástrofe, le dió su caballo para que siguiera en él. A Juan Manuel Sánchez le mataron el suyo, antes de alcanzar el portillo fatal. Un joven del escuadrón de Miguel Hernández le trajo el caballo del general Maceo, para que en él montara. Sánchez ya no podía más: le daban vértigos, y el auxilio del joven fué su salvación. Estado parecido era el de Nodarse, con dos heridas y desangrándose. El comandante Cerviño, que se hallaba cerca del lugar, se enteró de todo el horror de la catástrofe: también se hallaba herido. En esto atravesó el redondel Francisco Gómez: interrogó á sus compañeros desolados sobre la suerte del General ó, mejor dicho, sobre el resultado del rescate. *¿A dónde vas, muchacho?*—preguntáronle, viéndole tan resuelto, y alucinado por la victoria póstuma: *¡Yo voy a morir al lado del General!* Y fué á inmolarsé. Los guerrilleros le pegaron un tiro en un brazo, otro en el costado

izquierdo, y lo remataron impía y atrocemente, sin sentirse avergonzados ante el sacrificio del heroico joven. Su muerte no la presenció ningún soldado de nuestra bandera, pero las horrendas heridas que le contamos después, atestiguaban, de un modo fehaciente y hasta gráfico, la clase de muerte que le dieron los desalmados, tal vez porque les incitó la figura extraña de un adolescente que deseaba morir al lado de un hombre, ya exánime y frío... ¡Si hubieran sabido á quien mataban! ¡y quién era el muerto que allí yacía! Los cinco guerrilleros de Cirujeda se entregaron al despojo de los cadáveres como buitres que llegan primero, oliendo el botín, á quienes ya no espantan los truenos de la batalla. El campo estaba en silencio.

Entretanto, los que bajo el estupor de la tremenda desgracia corrían sin dirección en busca de auxilio más eficaz, esparcieron la noticia de la muerte del General por todos los ámbitos de la vasta heredad, como dolientes que pregonan su propio infortunio en los umbrales del cementerio. A las voces de aflicción de los más desdichados, respondieron otras voces, no menos angustiosas: naufragos que perdieron el rumbo y al fin se encuentran en el lugar de la avería, llamados recíprocamente por los clamores de la desesperación. El campo de San Pedro era una playa que el temporal devastó, á la que concurren los supervivientes de la catástrofe para referir las emociones y peripecias, atraídos por el común dolor y la necesidad imperiosa de desahogar sus cuitas y sus lágrimas. Los primeros que se agruparon al pie de la arboleda que sirvió de pabellón al ilustre caudillo,— en donde aun estaban la hamaca, el maletín, el capote y los papeles desdichados bajo la custodia de los fieles asistentes, llorosos y taciturnos,—mostraban el sello característico del desorden material y de la consternación interior, con las ropas llenas de sangre, las armas á la funerala, los más, sin sombrero, demudada la faz; ¡el aspecto del infortunio en su más elocuente expresión! Llegaron otros combatientes, ¡también adoloridos, y con el vestuario descompuesto! Sin embargo, era preciso hacer algo eficaz, con urgencia y energía. El cadáver del general Maceo estaba á merced de los españoles iracundos; en aquellos momentos se entregaban al despojo vil, y era de presumir que reconocido ó identificado por cualquiera de los rapiñadores, pues la imagen fotográfica del caudillo se ha-

llaba en todos los sitios públicos, aparte de que los voluntarios de Hoyo Colorado vieron al hombre y lo festejaron en la misma localidad el día 6 de Enero. Nosotros no podíamos determinar el sitio del desastre, porque la impresión moral y el estrago físico nos inutilizaron por completo; si no perdimos la razón, poco faltó para ello. Los primeros que allí se agruparon, atraídos por la enorme desgracia, tampoco podían servir de conductores porque no presenciaron la muerte del General, y por lo tanto, no les era conocido el lugar donde cayó. Al comunicarles nosotros la tremenda noticia no se sintieron dominados por el estupor; sabían lo ocurrido. ¿Y cómo llegó á su conocimiento?... No era dable acertar con el enigma y, sin embargo, no existía tal misterio, para nosotros, indecifrab'e entonces. La muerte del General la sabían por el testimonio del grupo delantero, que la comunicó á la gente que aun defendía el campo. Esta circunstancia no era posible aclararla en aquellos momentos de gran confusión mental; pero, se nos hizo evidente con la explicación que nos d.ó el coronel Sánchez Figueras, hombre incapaz de mentir y que conserva inalterable el triste recuerdo de Punta Brava; él no supo la primera noticia del tremendo descalce por nuestras voces, sino por el rumor de la gente que iba con el brigadier Pedro Díaz. Idéntica relación nos hicieron Juan Delgado y Baldomero Acosta, á quienes comunicamos la nueva sensacional, y no expresaron la profunda sorpresa de la novedad: también conocían lo sucedido. Está, pues claro como la luz meridiana que el grupo de 12 ó 15 hombres que iba delante del General cuando éste mandó picar la cerca de alambres, oyó nuestros gritos de desesperación, tan fuertes que los percibieron los españoles y redoblaron la hostilidad sobre un punto determinado; pero que á consecuencia del alboroto ó del fragor de la pelea, no fueron entendidos por aquella sección de batidores, la que, sin embargo, pudo apreciar la siniestra perspectiva del cuadro, pues no de otra manera se explica la manifestación oral al coronel Silverio Sánchez de que Maceo estaba gravemente herido. Este mensaje, doloroso y alarmante, hizo cesar la hostilidad de los insurrectos que defendían las posiciones de vanguardia, y los obligó á retroceder por la orilla del bosque á fin de acudir en socorro del general Maceo, ya muerto, y á merced de los españoles. Recordamos perfectamente esta

interrogación de Juan Delgado: ¿pero dónde se metieron ustedes? El General no pensó que iba á meterse dentro de una tijera?—En esta situación, tan aflictiva y confusa, Silverio Sánchez, Juan Delgado, Pedro Díaz, Miguel Hernández, Ricardo Sartorio, Manuel Piedra, Emilio Collazo, Dionisio Arencibia y Celestino Baizán, adoptaron la resolución de ir á rescatar el cadáver del General, en la creencia de que se hallaba en poder de la tropa española. El primer grupo, compuesto de unos veinte hombres, que trató de explorar el campo, fué sorprendido por una descarga de las emboscadas enemigas que partió de la cerca de piñón. No era posible abrir camino por este lado. Se intentó practicarlo por la misma vía que tomó el General para ir á la muerte, por haber manifestado el capitán Dionisio Arencibia que él recordaba con exactitud el paraje donde cayó el caudillo. La operación tampoco dió resultado, porque los españoles, que aun permanecían en vela, echaron sobre el grupo explorador otra rociada de proyectiles. En estos momentos volvía del palenque el coronel Nodarse, cubierto de sangre, y casi desmayado; sólo pudo indicar que el cadáver del General quedó allá, y probablemente, el del hijo de Máximo Gómez. Más desastres, y aumento de confusión. Poco después, el comandante Juan Manuel Sánchez daba informes más precisos al prefecto Canosa, que vigilaba uno de los pasos del arroyo de San Pedro, y á un oficial del escuadrón de Alberto Rodríguez, llamado Sixto Lugo, el cual echó á andar hacia aquel rumbo con una sección de ocho á diez hombres. Entretanto, los otros grupos que salieron en busca del cadáver del General, diseminados, pero resueltos á la lid, no alcanzaban más premio que el del infortunio. Las emboscadas de la tropa enemiga, que no cambiaron de posición mientras vieron á un insurrecto en pie, recibieron á los más animosos con los cañones de los fusiles. Aun seguía la tormenta de plomo; menguaba á ratos, pero se renovaba con mayor intensidad, cada vez que las descubiertas salían al claro. La verdadera causa de tanto tesón por parte de los españoles, no era otra que la de amparar sus heridos de los ataques de los insurrectos, mientras organizaban la retirada; la vanguardia y el jefe de la columna no estaban en el cuartón, sino en el camino de Punta Brava, y marchando de prisa hacia sus alojamientos para remediar el quebranto sufrido; pero esa circuns-

tancia no podían conocerla los combatientes del partido cubano, á quienes únicamente movía el propósito de recuperar el cadáver del General, al que suponían en poder del enemigo, el enemigo emboscado. El capitán Emilio Collazo, á la cabeza de un grupo, avanzó con heroica resolución sobre las fracciones enemigas en los mismos instantes que levantaban la emboscada, y salió herido de gravedad. Casi nadie quedaba ileso; los que no chorreaban sangre del pecho, estaban con lesiones en las manos, en las extremidades ó en la cabeza. Hallar un caballo útil era poco menos que imposible; tal vez, entre el número de doscientos que revistó Maceo en la formación de la mañana, no quedaban veinte sanos á las cinco de la tarde, hora en que declinaba el sol y se aquietaba la vida del universo bajo el dominio de las sombras. Si la naturaleza hubiera sido sensible al dolor humano, adelanta la negrura de la noche por medio de un gran trastorno en la mecánica celeste: un eclipse no pronosticado.

Por fin, después de no pocas pesquisas y de grandes riesgos, una de las secciones de la caballería de Juan Delgado halló el cadáver del General y el de su fidelísimo ayudante Francisco Gómez, no lejos del primero. Cúpole esta gloria al grupo de Miguel Hernández, el cual reconoció todos los lugares de la batalla, paso tras paso llegó al sitio del desastre, y cargó con los dos muertos. Fueron transportados á una casa ó alquería completamente desvencijada; y allí tendidos. Por aquellos contornos no había otra mansión que pudiera servir de capilla ardiente. Se encendieron cuatro velas de cera amarilla, de las confeccionadas en el monte, toscas, y con el pábilo de lienzo; se montó la primera guardia. La noticia del hallazgo corrió con rapidez por todo el campamento y levantó el ánimo de los más deprimidos. La muerte sirviendo de estimulante ¡qué cosa más rara! Y, sin embargo, era lo único que podía fortalecer los corazones desolados, porque si el cadáver del General desaparece del campo, la desventura es mucho mayor: los españoles se enorgullecen con el trofeo inanimado, pero colosal, y á los cubanos no les queda entonces el alivio de llorar sobre el cadáver del héroe ni de sepultarlo en la tierra bendita de la revolución. Por eso, el mensaje mortuorio levantó los corazones atribulados y fué recibido con amor, con voces de expansión, y hasta con júbilo. La gente se apresuró á dejar el sitio de la aflicción

propia, para correr á desahogar el llanto al pie del túmulo agreste, en el que yacía el hombre glorioso, para quien empezaba la inmortalidad. El cadáver estaba intacto; queremos decir que no lo habían destrozado las aves de rapiña que cayeron sobre él para despojarlo de sus ilustres insignias; se sintieron hartas con las prendas del vestuario exterior y con la sangre del heroico joven que prefirió la inmólación á la existencia. A Francisco Gómez le hirieron de dos balazos, y lo remataron con el machete. Es preciso decirlo, aunque ello cause horror y sentimiento profundo: el bizarro oficial, para no desmentir el valor de su estirpe, acudió al paraje donde cayó el General para acompañarlo en la muerte, y allí sucumbió, no como él deseaba, de un tiro en mitad del corazón, sino de dos disparos de fusil que le atravesaron el costado izquierdo, rompiéndole el antebrazo cerca del codo, y degollado, ó poco menos, por los mismos que lo hirieron con el plomo. Pudieron librarlo de la muerte y llevárselo á Punta Brava, pero ávidos de sangre y de rapiña, remataron al adolescente, porque aun estaba vivo y provocador, y despojaron el hombre, insensible y yerto. Estas operaciones las ejecutaron los cuatro soldados de San Quintín y el guerrillero Santana que salieron del trozo para ganarse los lauros de la rapiña: cuatro gavilanes y un cuervo. La carta blanca que dió Wéyler á los jefes de columnas para que mataran sin piedad, para que bajo ningún concepto hicieran prisioneros, le quitó á Cirujeda y al mismo facineroso que preconizaba tan bárbaras medidas, la satisfacción de retener al hijo de Máximo Gómez, grave y mortalmente herido tal vez, pero bajo la asistencia de la Cruz Roja mientras no hubiese exhalado el último aliento. No se dió esta reparación á la humanidad, y por lo tanto, el general Máximo Gómez, al conocer la horrible muerte de su hijo (el cual nació en la manigua cubana y en ella perdió la vida), hubo de exclamar con sobrada razón que el reino de España estaba gobernado por una mujer, fanática y cruel, que autorizaba el asesinato de los niños, como si ella fuera una loba estéril!

La velación no pudo ser más triste bajo aquel ceremonial sencillo, si pobre, en esplendor, notable y significativo, en manifestaciones de pesar. Sin pompa fúnebre, sin crespones artificiales, sin coronas lujosas, la concurrencia desfiló ante el mo-

desto túmulo, oprimida por el llanto propio y el duelo de los demás corazones, del cual participaban con la antelación y la vehemencia de los allegados íntimos, á quienes les tocaría llorar la gran pérdida del jefe de la familia sin caberles el consuelo de haber cerrado sus ojos. La velación no pudo ser más solemne dentro de lo precario de las fortunas: cuatro velas de cera amarilla que nadie se cuidaba de despabilar, pero renovadas constantemente por manos cuidadosas para que la luz no faltara en la cámara mortuoria; los ayudantes en guardia de honor, pálidos y adustos; los jefes, oficiales y soldados mutilados por el plomo, desfilando gravemente en torno de la humilde capilla, y tocando con devoción el inanimado cuerpo del General, besndolo algunos, y besando al mozo romanico que quiso morir al lado del paladín, y all estaba, á su diestra, tendido y ensangrentado, para no separarse de él jamás, aunque la naturaleza los redujera  polvo, porque las dos almas andarían siempre juntas por las esferas de la inmortalidad; tanto estrago en tan pequena superficie, monumento tan grandioso en medio de la espesura del monte y bajo las tinieblas de la noche, no podía menos que revestir la forma de un sudario inmenso que cobijara  todos los mártires de la libertad, como si salieran de las tumbas envueltos en el mismo cendal, y aparecieran solícitos  depositar coronas de laurel sobre el túmulo agreste de Punta Brava. El alma de Céspedes, la de Narciso López, la de Agramonte, la de Martí y las almas gemelas del mismo Maceo y las de todos los heroicos soldados que dieron su sangre por la redención de Cuba estaban all congregadas marcialmente, con sus líricas trompetas y la historia de sus fastos gloriosos, para llevarse las dos almas hermanas y ensenar al mundo de los vivos el derrotero de la inmortalidad.

Pero la noche avanzaba, con más prisa que el ceremonial fúnebre. Era necesario proceder al enterramiento antes de que viniera la aurora, luz que no debía sorprender  los dolientes en aquel local, si desierto de noche, concurrido de día. Salvados, por un milagro, los dos muertos de las iras del adversario, no era de razón que por negligencia de la melancolía, volvieran á caer bajo el dominio de los rapaces. Los dos cuerpos nos eran sagrados, y de gran interés sepultarlos juntos en sitio distante, fuera de la investigación de los chacales de Wéyler. Dió la voz

de alerta el teniente coronel Juan Delgado para que terminara la velación. No hubo más remedio que proceder á lo que demandaban las circunstancias imperiosas. Se colocaron los dos muertos sobre dos cabalgaduras, las más recias de transporte, y se emprendió la triste ruta del cementerio, sin haber determinado cual sería la bóveda de la inhumación con ser tan extensa la necrópolis. La marcha fué larga. Primeramente, la comitiva se dirigió al cuartón de Govea con el propósito de cavar allí la sepultura, pero se desistió de ello porque el vecindario ya conocía la catástrofe, por haberla divulgado algunos de los heridos, que partieron con dos ó tres horas de anticipación á la fúnebre comitiva. El teniente coronel Juan Delgado estimó impropcedente que se practicara la inhumación en el radio de Govea, porque tal vez sería revelada por la misma curiosidad de la gente pacífica. De Govea seguimos el camino hacia el término de Bejucal, cruzando por las cercanías del Rincón, paradero del ferrocarril del Oeste. Juan Delgado nos consultó su pensamiento de hacer entrega de los cadáveres á unos familiares suyos, personas de absoluta confianza que residían en una finca de Santiago de las Vegas, llamada el Cacahual, y previa otra consulta con Pedro Díaz y Sánchez Figueras, se aceptó la idea del primero. Tomamos por la calzada de Bejucal, se venció una colina que conducía á la estancia ó sitio de labor de los parientes de Delgado, y mientras éste iba á despertar á sus familiares para que procedieran al enterramiento, se mandó hacer alto, á fin de que los conductores de los dos muertos dejaran la carga sagrada, y que la demás gente siguiera el camino hacia las lomas contiguas. Quedaron allí, para presidir la triste ceremonia, Pedro Díaz, Silverio Sánchez Figueras, Baldomero Acosta y el que esta página escribe. Vino Juan Delgado con sus parientes. Eran ya las cuatro de la madrugada. Los campesinos del Cacahual tenían aspecto de hombres de bien, y se les hizo entrega de los dos cadáveres; ellos ofrecieron que bajo ningún concepto divulgarían la noticia. No sabemos si Juan Delgado les manifestó quiénes eran los difuntos; nosotros no lo dijimos; pero aquellos hombres debieron entender por nuestra despedida que uno de ellos era el general Maceo, porque murmuramos estas palabras: ¡Adiós, General! ¡adiós para siempre!— y le tocamos el corazón y la frente, entre otras demos-

traciones de dolor. En cifras anotamos el lugar del sepelio, así como el nombre de los campesinos del Cacahual, guardianes fieles de la sepultura, para que el enemigo no pudiera acertar con el significado de los guarismos si por cualquier eventualidad cayera la libreta en su poder. Al ser de día, en la loma del *Hambre*, levantamos el acta de las dos defunciones, documento que suscribieron, con nosotros, el brigadier Pedro Díaz y el coronel Sánchez Figueras. No se mencionó el sitio de la sepultura por razones fáciles de comprender.

¿Qué quedaba ya de las grandes acciones? ¿qué otro dolor nos tocaba devorar después de haber apurado las heces de la amargura?... Cronada la obra de los destinos adversos, viendo al gigante desplomado y exánime, al arcángel glorioso del patriotismo derribado del coreel de batalla, sin arma en la diestra ni pecho audaz que oponer á las embestidas del competidor, mudada la faz de la altivez en tranquilo y pálido semblante, desaparecido el fulgor de aquellos ojos soberanos, descompuesta la boca que fué modelo de estructura y vaso de pasión, donde bebieron mujeres de peregrina hermosura, ávidas de ser acariciadas por el héroe, todo el encanto, todo el esplendor y el nervio de un guerrero famoso, destruídos de un golpe, y para siempre, Satanás palmoteó de júbilo al ponerse el sol de aquella tarde invernal, mientras procuraba abreviar las horas de la larga noche para que el mundo de los réprobos celebrara cuanto antes el triunfo de la iniquidad, y pudiera admirar algún trofeo de la consumada destrucción, arrebatado por las aves de rapiña que cayeron presurosas sobre el cadáver, ya frío, del atleta. ¡Qué joya no hubiera regalado Satanás al chacal inteligente que hubiese exhibido el corazón del héroe entre las muestras del despojo! ¡Qué galardón más brillante el del cadáver completo del temido y execrado insurrecto! ¡Qué de aclamaciones, qué de aires triunfales, qué de cabalgatas ruidosas en torno del inerte *cabecilla*, embalsamado tal vez por la impiedad de las pasiones dominantes para que todo el mundo lo viera y nadie se atreviera á negarlo ¿dónde lo hubieran expuesto? ¿en el atrio de la Catedral? ¿en los bajos de Palacio? ¿qué plaza de la urbe era capaz de contener el jubileo? En cumplimiento de los más altos designios, lo hacen viajar por el Océano, metido en lujoso ataud, á bordo del *María Cristina* ó del *Pío IX*, para

que el gran poder de la Corte lo contemplara á merced de sus reales é impúdicos deseos, y la milicia de Cuba, no tuviera el honor de guardar las cenizas de su más ilustre capitán, ni de rendirle el puro homenaje de la admiración al sepultar el cadáver amado en la soledad de nuestros bosques, guardadores de secretas tumbas y de secretos indescifrables!

En tanto Lucifer celebraba el deleite de la destrucción inesperada, y se divin'zaba á sí mismo, no teniendo otro dios á quien elevar sus preces, tres hombres humildes, enlazados por íntimo parentesco, cavaban la fosa guardadora del secreto, y sepultando la llave en lo más profundo del alma, impedían la estruendosa bacanal de la profanación y el erótico placer de celebrar a con todos los ilustres comensales de la cobardía y de la vileza. Los pocos hombres que allí estaban, graves y llorosos, de pié, á la entrada del sendero solitario que iba á ser necrópolis augusta, presidiendo la triste ceremonia de la entrega de dos muertos, para que aquellos honrados campesinos les dieran cristiana sepultura en sitio recóndito, fuera de la investigación de los chacales de Wéyler; esos hombres, cuatro de los cuales están vivos y presentes, oyeron las salvas de las fortalezas de la Habana—de esta misma ciudad, donde por suerte propicia nos hallamos—que anunciaban al mundo pequeño de la colonia española la consagración del más raro misterio de la naturaleza; cañonazos de fiesta nacional que, disparados uno tras otro, con lenta majestad, turbaron los espíritus de los fieles devotos de Maceo, creyendo que el trágico episodio de Punta Brava era ya pregonado por todos los ámbitos del mundo, con la alegría loca de los corazones colmados de satisfacción, y vieron en imagen el doble triunfo de la adversidad, representado en el drama sangriento de la tarde anterior, y en el hallazgo y profanación de la oculta sepultura, explorada por los poderes invisibles. Ni en circunstancias menos graves, pero viviendo alejados del mundo aparato, hubieran acertado con la causa verdadera de la salutación matutina, cuyos ecos resonaban de un modo tan lúgubre en la soledad del monte. ¡Si habíamos perdido la noción del tiempo bajo el estupor de la catástrofe, ¿cómo dar con el misterio teológico que aquellos cañonazos solemnizaban? ¡Qué tétrica aurora!... Allí, dentro del sendero oculto del Cacahual, quedaba la fosa adorable llamándonos á

todos; la luz indecisa del crepúsculo no había aún borrado los espectros de la horrible noche; las palmas del camino, en su quietud so'emne, con el ramaje plegado, tomaban el grandor de un monumento cubierto de erespones, y todos los senderos, trillados ó confusos, parecían encaminarse á la serventía de la muerte!

XVII

El héroe

QUIÉN tuviera el cincel soberano del arte escultórico ó la paleta de los vivos colores, para que nos deslumbrara con la imagen del caudillo, ó con el portento más aproximado á la realidad del hombre colosal! Pincel prodigioso de Velázquez que imitas el modelo humano y descubres su alma, grande ó mísera, esculpiéndola sobre el lienzo: martillo estupeando de Fidias que rompes el bloque de Paros sin la menor vacilación, deshechas lo innecesario, acometes la obra creadora con el auxilio del cincel ¡cópula excelsa! y perfilas los rasgos más pequeños de la fisonomía sobre el mármol informe y quebradizo ¿dónde hallaros hoy, para esculpir ó para dibujar la egregia estampa del soldado insurrecto, animándola con el soplo de la vida? ¡Cómo, con pinceles mediocres darle el esplendor de la existencia, el gallardo porte y la majestad de la postura? ¡Cómo, con instrumentos de estatuaria manejados por artistas que no tuvieron la fortuna de ver el modelo, poder grabar sus facciones, su aire á caballo, su continente grave y singular, y la mirada fiera del caudillo en cualquier situación del bélico debate?... Si acuden á la posición más erguida del hombre de armas, la ecuestre, como generalmente han elegido los autores de retratos que por ahí cabalgan, no llegarán á imprimirle el vigor y el aire de la acometida, ni encenderán en su rostro el fuego de la batalla porque él solo era toda la batalla. Si separándose de las copias comunes, tratan de sorprenderlo en otra actitud (como este enamorado lo pintaría), de pie, escrudiñando el campo enemigo, ó haciendo una señal para que la tropa apostada se corra por el lado vulnerable del opositor, el quid de la interpretación artística será más difícil de resolver.



¿Dónde está el genio, que habiéndolo admirado en tan soberbia posición, ahora lo modele ó lo dibuje, é ilumine con los resplandores de la realidad? El historiador y el poeta podrán narrar las páginas hazañosas del caudillo, presentándolo tal cual era, en ánimo y fortaleza, pero no acertarán con el retrato exterior, si no hubiesen contemplado al hombre sobre el teatro de la acción, en cada uno de los diferentes episodios de la gran jornada, en que siempre fué protagonista grandioso. No es un héroe de la antigüedad, cuya traza nos ha legado la tradición ó la fábula cantada por el bardo inmortal de la Grecia batalladora, y que el numen de los artistas ha grabado sobre mármoles monumentales. No es Hércules ni Aquiles: es un héroe, si epónimo, auténtico y absoluto, que nuestra generación ha conocido y admirado en el cenit de la gloria bajo el dosel inmenso de una apoteosis sin igual, y ha llorado con dolor indecible su desaparición inesperada, cruel, y siempre prematura para los destinos de la patria.

Como complemento de esa gallardía moral, de esos dones exquisitos y soberanos, era nuestro héroe de arrogante presencia, de elevada estatura, sin ser excesiva, bien proporcionado, de sólida constitución, de amplio tórax—tan amplio que le cupieron siete balazos sin deformar el espléndido escudo del atleta—de rostro animado y hermoso en el que se reflejaban las emociones del placer y los sacudimientos de la ira: le temblaban los labios, palidecía su tez y los ojos despedían llamas, preludios de inmediato huracán ó de formidable terremoto; y todo marchaba entonces bajo el impulso desordenado de la tempestad: hombres, eesas, caballos y asuntos complicados, todo rodaba con el turbión; todo eran trastos para él, ó menudencias y opositores endebles. Sin embargo, esta clase de explosiones no eran frecuentes en la vida reglamentada del campamento, pero solían acumularse, siempre bajo el aspecto más terrible, en medio del certamen de las armas; ante cualquier manifestación de pánico ó el más leve indicio de temer en la defensa de una posición sobre la cual acentuaba el fuego la tropa enemiga. ¡Allá caía el rayo! ¡Qué ademán el del hombre! ¡ó qué mirada de desprecio para los que le indicaran el sitio de mayor peligro! Esas miradas, producían más estrago que las descargas á quemarropa del enemigo, porque la gente se lanzaba sobre las líneas

del opositor, prefiriendo el azote del plomo á las injurias del General, que apenas hablaba en los trances coléricos, pero que ofendía terriblemente con las miradas despreciativas.

El examen psicológico de este personaje no es tarea difícil para el que haya vivido junto á él, en la intimidad del afecto, bajo la misma tienda de campaña, y anotado días tras día sus pensamientos y opiniones. Su modo de pensar era su modo de sentir. No era, pues, impenetrable, como han querido decirnos algunos apologistas con menos sesos que fervor. Para ciertos observadores un carácter ensimismado, un rostro, siempre adusto, y la ferocidad, completan el tipo del guerrero audaz, y son características del soldado insurgente. No se explican á un caudillo sin el temperamento iracundo, el rostro enigmático, el mal humor, la grosería, y los deseos de matanza; no se lo explican sin los instintos del carnicero y el ansia de satisfacerlos diariamente, con los propios, si no hay ocasión de ensayarlos con los ajenos ó enemigos. Maceo era la antítesis de todo lo feroz y estrafalario; su carácter era abierto, franco, liberal y cándido á las veces, demasiado cándido en ciertos asuntos que, por su índole, exigían precaución ó examen minucioso, y así incurría en errores de concepto sobre los propósitos de determinados sujetos á quienes no guiaba el móvil del puro patriotismo. Creía Maceo en la bondad de los demás mientras el hecho palpable de la alevosía no demostrara lo contrario. El alma noble del guerrero no daba paso á ningún aviso de la inmediata defección, mientras la deslealtad no se hiciera evidente. Eso, sí, un cubano intrigante ó un revolucionario sin fe, eran hombres moralmente muertos; no volvían á entrar jamás en el reino del patriotismo: no había para ellos misericordia, si el quebrantamiento de la virtud era fruto de la reflexión ó de maquinaciones dolosas. Por lo demás, le repugnaba la sangre que no fuese la vertida en el campo de batalla. En su corazón magnánimo no tenían acceso las hecatombes realizadas á sangre fría. Si alguna vez hubo de consentirlas, no fué sin la protesta noble y sincera de su alma, impresionada por el horror de tener que acudir á tales extremos, exigidos por el carácter de una guerra sin cuartel, y para aplacar el grito de las conciencias consternadas ante la barbarie de la oposición, nunca satisfecha, siempre ávida de racimos humanos. Era una barbarie hidrópica; la sed

de sangre criolla no se aplacaba con el manantial copioso que salía del corazón del país, abierto á dentelladas por las furias del integrismo. Tampoco la grocería entraba en su reino, pues él era cortés, afable y obsequioso con propios y extraños. Jamás vertió una palabra mal sonante, no la vertió, ni bajo el furor de la ira. Las explosiones de la cólera se retrataban en sus ojos, brillantes como dos carbúnculos, iluminaban su faz bronceína y se extendían á veces por todo el cuerpo, haciéndole tomar actitudes de gladiador enfurecido; pero de sus labios no brotaba ningún insulto soez, ningún dicharacho o epíteto injurioso. Su boca, modelo de conformación y dechado de limpieza, no se ensució jamás con los escupitazos por el colmillo, tan frecuentes en otros soldados que no podían reñir sin el disparo previo de media docena de procaecidades. Los que lo visitaban por primera vez, sobre todo, si eran españoles, quedaban encantados de la urbanidad y condescendencia del guerrero temible; se lo habían figurado hoso, y era amable, lo creían irreverente, y lo encontraban benévolo. Los españoles que residían en los campos de Pinar del Río ó en los pueblos que ocuparon los insurrectos de la invasión, quedaban extáticos en presencia del caporal de las hordas incendiarias, del nuevo Atila de los orientales, todos negros y desnudos, con argollas en las narices; según la conseja española editada por los heraldos de la opinión pública; se quedaban absortos ante el ejemplar de la gentileza, pasmados ante el hombre de la selva negra, especie de Molok de la Nigricia, rodeado de cocineros antropófagos que tocaban el matatán en derredor de las parrillas de carne caucásica, y que, contemplado de cerca, era la negación más absoluta de esa fealdad, de ese salvajismo, de ese pavor negro. Los españoles más intranquitos no se perdonaban haber dado crédito á la invención calumniosa; la sola presencia del hombre, su talante, su compostura, ó su mirada apacible bastaba á desvanecer el mito pavoroso que en torno de él levantó la procaecidad. No era menester que él dijera, alargando la mano al visitante: *Antonio Maceo, servidor de usted*—forma común de su primera salutación; no era menester que abriera los labios para infundir confianza al sujeto que acudía á él en solicitud de algún favor, ó atraído por la curiosidad de conocer al guerrero de quién se referían las más estupendas barbaridades: el espíritu más pre-

venido quedaba desarmado á la sola aparición del hombre, que ni siquiera usaba el machete descomunal con que solían grabarlo los impíos Dureros de la época. Tenía placer en conversar con los españoles para atraerlos á la causa de Revolución, pero sin inferirles la menor ofensa; les hablaba de Cuba esclavizada por la metrópoli, de Cuba que luchaba por la emancipación y por los derechos políticos de todos los que vivían en este suelo, sin hacer distingos de origen ni de opiniones. La dominación de España, de la España oficial, el militarismo, la burocracia, la probidad y la sabiduría de Real Orden, el trono, con sus privilegios y vicios hereditarios, eso era lo opresor, lo pésimo, lo depravado. "España—solía decir— nos desprecia, pero á ustedes los explota y los rebaja. Yo no sé como hay hombres de carácter independiente que pueden llamarle Su Majestad á un lechuguino imberbe, y excelentísimo señor á Wéyler. Primero me cortarían la lengua antes de caer en semejantes humillaciones. ¡Mire usted que eso es duro!; un hombre como usted, que ha labrado una fortuna con el trabajo personal; que nada le debe al rey, decirle á un mequetrefe á los reales pies de vuestra majestad y arrodillarse ante el muñeco coronado como si fuera Dios bajado del cielo... vamos, amigo mío, confiese usted que tenemos razón los que proclamamos la libertad y la república, porque con nuestras doctrinas enaltecemos la dignidad humana".—Y casi siempre concluía el discurso de esta manera: "Yo hago la guerra á España, á sus tropas que combaten por la tiranía, pero no á los españoles que permanecen neutrales y que deploran el carácter de esta guerra destructora. Dígale usted á sus compatriotas cuál es el modo de pensar de Maceo, porque me entristece que me crean intolerante y cruel. El día en que España se convenza de lo infructuoso de esta guerra colonial y se decida á tratar con nosotros ¿sabe usted á quien voy á designar para que me represente en el tratado?... " El español se quedaba perplejo, ansiando conocer el nombre del misterioso diplomático de lo porvenir. ¿Quién es, si puedo yo saberlo?—se permitía preguntar, cuando Maceo no lo decía en el acto: "Pues... ¡Pí y Margall!"

Llenaríamos muchas páginas con el relato de las escenas curiosas entre el general Maceo y los españoles que residían en los campos de Cuba durante el período de la guerra, pero es

preferible contar un episodio trágico porque con él se hará evidente la nobleza de alma del caudillo cubano y su manera de administrar justicia. El hecho acaeció en el período de la invasión, el 26 de Diciembre de 1895 en el barrio rural de la Murga (provincia de Matanzas).

Un coronel de voluntarios mató á un soldado de la invasión, en los umbrales de la casa que aquél habitaba con su familia. Cayéronle al homicida, y lo amarraron fuertemente, unos cuantos exploradores compañeros del muerto, y lo condujeron á presencia del General, que mandó hacer alto al oír el disparo de fusil, creyendo que se trataba de alguna emboscada. El jefe de voluntarios venía jadeante y sofocado, oprimido por las ligaduras; uno de sus guardianes traía la carabina con que había matado al insurrecto, y otro, la guerrera, la teresiana, el sable y las demás insignias de coronel de voluntarios. "Lo mismo se lo digo á vuestro General Maceo!—gritaba el español, sin poder más. "Si vuestro General es hombre de honor, aplaudirá mi conducta!" El caudillo se acercó entonces al sujeto valeroso, y le dijo: "Yo soy Maceo ¿qué le pasa á usted?" El coronel se quedó un momento confuso, sin poder hablar, viendo al caudillo á caballo y á toda la tropa insurrecta pendiente de su ademán; pero cobrando ánimo, al decirle Maceo "hable usted, hable usted sin temor alguno"; le refirió la desgraciada ocurrencia: dijo que él estaba en su finca, en los portales de su casa, atraído por la curiosidad del paso de la invasión, cuando le acometieron varios hombres armados y que uno de ellos trató de penetrar en las habitaciones interiores, donde estaban su esposa y una hija, aun en el lecho, y aterrorizadas: que el soldado insurrecto se propasó hasta el extremo de penetrar en la alcoba; que él entonces no pudo contenerse, cogió la carabina, retó al atrevido, y en los dinteles de la habitación le pegó un tiro; los demás cayeron sobre él y lo amarraron, no sin registrar los baules en donde hallaron el vestuario de uniforme y las demás prendas del instituto.—¡Muy bien hecho, amigo!—dijole Maceo apretándole con efusión la mano: ¡que aprendan esos descarados á respetar las casas de familia!" Nos mandó que incontinenti se le quitaran al hombre las ligaduras, que le fueran devueltas las armas y el uniforme, y que lo acompañásemos hasta su vivienda, dándole un salvoconducto para que

nadie se metiera con él. Esta escena la presenciaron más de dos mil hombres. Al poco rato fueron ejecutados tres insurrectos que fueron á explorar por otros contornos. El coronel se llamaba Francisco Haza, y no estaba solo cuando mató al saqueador: tenía un destacamento de voluntarios en la misma finca.

Si en su mocedad tuvo algún vicio, el de jugar dinero con verdadera pasión, como el lo declaraba, al referirnos su vida tumultuosa en Santiago de Cuba, cuando se hizo hombre, y empezó á distinguirse en el juego terrible de la guerra, abjuró de aquel hábito para siempre; únicamente le quedó la inclinación á la largueza, pues el dinero no paraba en sus manos: era cosa errante y efímera. No fumaba ni bebía; queremos decir que no tomaba vino ni licor espirituoso. El humo del tabaco y el vaho del alcohol le producían mareos, no hay exageración: le producían náuseas. Delante de él, con el ve-guero en la boca, no se erguía nadie más que su hermano José, fumador sempiterno, pero á los pocos instantes se quedaba so'lo, con el tabaco encendido á apagado, haciendo consideraciones sobre los melindres del Mayor General, más escrupuloso y fino que una dama atacada de los nervios. “¡Miren ustedes que mi hermano es pinturero!; le hace daño el humo del tabaco como si fuera una damita romántica. ¡Pero no huye también de las mujeres que fuman! Yo no sé como los españoles no lo combaten con las cachimbas encendidas”. A tal extremo le vaba su aversión al humo del tabaco que prohibió á más de dos mil hombres que encendieran un solo cigarrillo durante las jornadas de la invasión por el Camagüey. Si después lo toleró, fué debido á que las densas humaredas de los cañavera'es no dejaban apreciar las chimeneas de la tabaquería andante. El alcohol, la bebida espirituosa, le causaba peor efecto. Dictó órdenes muy severas para extirpar la embriaguez. Un soldado borracho tenía pena capital, cua'esquiera que fuesen sus méritos. Algunos fueron ejecutados, porque impuesto el castigo del cepo por haber infringido las disposiciones del cuartel general reincidieron, al tropezar con otra bodega en la marcha del siguiente día. El rigor, en el cumplimiento de esta clase de bandos, lo llevaba hasta el exceso. El oficial que se embriagaba una sola vez, no volvía á obtener la estima-

ción del caudillo. El mismo castigaba duramente los desmanes de los bebedores. En cierta ocasión entró á caballo en una cantina que saqueaba nuestra gente, y le atizó un par de ramalazos á un coronel que estaba en francachela, celebrando unas botellas de anisado. El Coronel exclamó sorprendido: "Gene'a!, qué es esto?, ¡soy yo!"... "Pues coronel, yo creía que usted no era usted, sino un cualquiera regocijado ante el trofeo miserable de un litro de aguardiente: ¡fuera de ahí! y antes desparrame usted el contenido de la caneca".

Era muy limpio en su persona, esmerado, pulquérrimo, una dama, si puede caberle este concepto á un luchador de su calibre, pues era amigo del jabón de suave perfume, esclavo del aseo, amante de la ropa fina, del buen corte y de las cosas caras. Se afeitaba diariamente, y se bañaba con fruición todo el cuerpo; su mayor contrariedad era no tener ropa bastante para dar satisfacción á la pulcritud, y aunque vestía sencillamente, traje de dril en verano, de tenue casimir en invierno, sin adornos chillones, siempre estaba elegante y olía á limpio. Su pasión era la mujer, todas las mujeres le gustaban mientras no fueran provocativas ó coquetas, pero sentía predilección por las que ostentaban aire sentimental: una joven de tez pálida y acento quejumbroso, le hacía perder los estribos. No caba'gaba muy seguro sobre el corcel de guerra si en medio del bosque alteroso lucía alguna flor pudibunda.

Los espíritus suspicaces, no pudiendo hallar en la historia del guerrero ninguna nota desfavorable, han tratado de buscarla en los móviles de la ambición política, como si la ambición fuera ruindad, ó sentimiento que sólo deben alentar los hombres de ilustre prosapia. Si tal juicio llegara á prevalecer, la gloria sería el premio más irónico que obtendrían los héroes que no tuvieran en su abono el brillo del nacimiento. Cromwell después de haber sido el adalid de una revolución necesaria, no hubiera evidenciado sus dotes de gobernante hábil y justiciero, y el pueblo inglés estaría en más de un siglo atrasado, porque las conquistas de aquella sangrienta revolución no hubiera recibido el impulso que les imprimió en el poder la mano recia del *Protector*. En el caso de Cromwell se hallan los grandes estadistas que todo lo debieron á la energía de su voluntad, desde el lustre guerrero hasta la experiencia de las cosas pú-

blicas y el exacto conocimiento de los demás hombres. Si Maceo, que no poseía la perspicacia de Cromwell, pero, sí, la diamantina fortaleza del luchador revolucionario, se hubiera detenido alguna vez á reflexionar sobre las miserias humanas de sus contemporáneos, puede darse por seguro que no llega á la disputada cumbre militar, porque entonces se reserva para el papel de dominador de esos mismos espíritus, que le creían grande mientras batallaba por la dignidad de su pueblo, pero instrumento peligroso si llegaba á sobrevivir á la enconada lucha de las armas. El mismo lo escribió en un documento que hemos copiado, al pie de la letra, en el primer volumen de esta historia. "Si yo pensara como toda esa gente que se vale de usted para hacer llegar hasta mí el fondo de sus miserias, Cuba se desgarraría entre una porción de ambiciosos de nuevo cuño, con menos títulos que el autor de las Lagunas de Varona..." Si él se hubiese reservado para el gobierno de la república, no habría prodigado su valor, diariamente, y cada vez que el adversario le brindaba oportunidad de acudir al terreno de las armas. No podía ser enigmático el que se jugaba la vida con el donaire del caballero enamorado de una deidad cautiva, ¡su deidad era la gloria!; el que una vez terminado el tocador matinal, ya estaba sobre el ara del sacrificio; un hombre que en medio de las incertidumbres más crueles sobre el porvenir de Cuba y el resultado de la campaña, decía públicamente: "Todos nosotros hemos de sucumbir para dar ejemplo á la nueva generación; como yo, piensan todos los cubanos que tienen decoro". Un caudillo de la raza negra que, á causa de las preocupaciones sociales, pudo ser tildado de *racista* por los sostenedores de esa misma preocupación, y tuvo amigos y secuaces entre los blancos, y soldados idólatras entre los negros, orgullosos de su exceso General; que interrogado en cierta ocasión por un escritor norteamericano (Silvestre Seovell), partícipe de nuestras venturas y adversidades, interrogado de esta manera, al pie de la letra: "¿Y eso que dicen, General, que usted es *racista*?"—que era algo así como un trabucazo á quemarropa,—contestó Maceo sin asomo de indignación ni señal de recóndito disgusto: *esto lo contestará por mí el brigadier Miró!* y al replicarle Seovell: ¿pero usted, General, autorizará con su firma las cuartillas que se relacionen con esta

interviú?—respondióle con la misma tranquilidad: “Sí, amigo, las firmaré sin enterarme de lo que haya considerado el general Miró”—y nunca preguntóme sobre el caso espinoco; un caudillo que perdonaba á los prisioneros españoles capturados con las armas en la mano, y guardaba toda clase de miramientos á los servidores de España, si eran nacidos en la península; el que intentó pasar á cuchillo á los voluntarios negros de Candelaria porque mataron á un oficial de la raza blanca, atisbándolo desde los parapetos; el que en sarao que las familias más encopetadas de San Cristóbal dieron en honor del caudillo insurrecto, no permitió que danzara uno de sus ayudantes de la raza de color, para que aquella sociedad no se sintiera mortificada, diciéndole al apuesto oficial de su Estado Mayor, ya con la bailadora en medio del salón: “retírese, joven, que ese no es su puesto”—lo que después de todo era un abuso de autoridad, porque allí estaban, bailando y galanteando, otros oficiales con los mismos timbres que el reprendido por Maceo, con la sola excepción de pertenecer á la raza blanca: un General que sólo miraba en sus subordinados el pundonor, la valentía y la adhesión á la causa del país, ya fuesen cubanos blancos, ya negros, ya españoles nacidos en la península ¿cómo puede caberle el dictado de incomprensible, en el sentido suspicaz que quiere dársele á la expresión, hombre de reservas mentales, de prejuicios de raza, ó, más claramente dicho, peligroso para el futuro de Cuba?... Maceo era muy grande para que tales ofensas y pequeñeces pudieran trastornar el equilibrio de su personalidad.

Su cultura intelectual (tema también de controversias menudas) era otra conquista de su voluntad batalladora, que no se rindió jamás ante ningún empeño difícil. Los que sólo hubieren tratado á Maceo en la guerra de los diez años, ó al principio de aquella formidable lid, en que el mozo no tenía más conocimientos que los de la instrucción normal, bastante descuidada por su carácter turbulento, se hallarían atónitos en presencia de un Maceo completamente transformado. ¡Cómo, el joven tartamudo que no podía pronunciar la *c* sin sufrir un tormento, ahora la emite con claridad y pronuncia el castellano con buena acentuación, y diserta sobre diferentes asuntos, y escribe con una galanura que ya quisieran para su lu-

cimiento algunos letrados y retóricos? No pretendemos discernirle el diploma de *intelectual*, dentro de la aplicación que nuestros modernistas dan al concepto, de todas maneras mal aplicado. Maceo no conocía los clásicos español'es, exceptuando á Cervantes á quien admiraba en el *Quijote*; no conocía las matemáticas, ni la filosofía sublime, ni los fundamentos de la ética, como tampoco las reglas de la retórica; no tenía noción de la gramática razonada, ni de otras cosas más que constituyen el bagaje científico de muchos hombres académicos, á los que él llamaba *literatos autonomistas* con singular gracejo; verbigracia: un licenciado en derecho civil y canónico que no supiera redactar una proclama bélica, ó que se encontrase perdido en el llano, teniendo pluma y papel de barba en cantidad suficiente para dar pasto á la inspiración, y que no paría con facilidad... era *literato autonomista*. Tal vez para Maceo, autonomista y decadente eran sinónimos. Había que oírle, cuando espantado de la ignorancia de algunos presuntuosos, exclamaba con énfasis graciosísimo: "¡Pero si esos literatos no saben escribir! ¡si escriben peor que yo! ¡Jesús, y con qué dejo hablan comiéndose las erres! A ver Miró, Frexes, Pérez, Jústiz, cojan el ciempiés y aplástenlo gramaticalmente!" Hemos citado estos nombres, entre ellos el propio, colocándolo en primera línea, porque así lo decía él, siempre celoso de la jerarquía militar de cada uno; hemos citado el horror de Maceo ante los adesios literarios de las plumas decadentes, debido á que se atribuye á nuestra redacción la mayor parte de los documentos de la campaña invasora, lo cual es exacto hasta cierto límite. El coronel Francisco Frexes, el coronel Federico Pérez Carbó, los comandantes José Palacios y Alfredo Jústiz, el capitán Juan Maspons y el autor de estas crónicas, escribieron proclamas, cartas políticas, notas oficiales, documentos de interés público y privado, órdenes generales del ejército etc.; pero jamás, en ninguno de los documentos que entrañaban alguna gravedad dejó de intervenir el omnipotente caudillo, y jamás se contestó una sola carta, ni se trasmitió una sola orden del Cuartel General sin que él no las hubiese examinado, corregido y aprobado. Si una proclama salía bien de nuestro intelecto, la leía cuatro y cinco veces repitiendo las frases que más eran de su agrado, sobre todo, si enaltecían la inmolación de las almas ar-

dientes ó daban impulso al fuego sagrado del patriotismo. Le gustaba la oración fogosa y el estilo patético, lo vehemente y lo apasionado; que hubiera relámpagos en la dicción ó conceptos que infundieran melancolía, porque todo lo de Cuba hablaba al corazón y era motivo de enternecimiento, cuando no encendía el arrebato bélico. Si nuestra péñola no daba en el quid, si de nuestra mente no brotaba el parto literario por cualquier motivo especial, comúnmente la pereza de escribir á deshora y con el estómago en un hilo, el hombre hacía un gesto de disgusto, y á vueltas de unas cuantas observaciones atinadas sobre el estilo desmayado de algunos párrafos, al convencerse de que no habíamos parido por falta de refacción y que pretendíamos darle el timo literario con la defensa calurosa del adefesio, enriestraba la péñola de su uso, que siempre llevaba en la faltriquera de la mambisa, casi pegada al machete, y ¡zis, zas! abajo el monumento retórico levantado en medio de los clamores del vacío, y á empezarlo de nuevo con las modificaciones estampadas en el margen del papel, llenas de intención y de vigor. Decir que Maceo era una personalidad de sólida cultura—dicho ahora en el más recto sentido de la palabra—sería exageración evidente ó elogio desmesurado; pero afirmar que carecía de los adornos necesarios para lucir fuera del torneo de las armas, es solemne desatino.

Las condecoraciones de este coloso son de orden muy distinto á los diplomas universitarios. Los tímbrs de su grandeza moral estaban unidos á él, profundamente grabados en su propio cuerpo, pues ostentaba 24 cicatrices de bala y arma blanca, distribuidas por el tronco, brazos y extremidades inferiores, sin que hubiesen alterado su expresivo rostro ni achicándole el corazón, y dos balazos más, que recibió en el combate de Punta Brava, forman un total de 26 heridas. ¿Qué personaje ha lucido jamás esta profusión de p'acas beneméritas? Verdad es que nuestro héroe había asistido á más de mil certámenes de las armas, compitiendo con los más hábiles y valerosos. En otro país le hubieran llenado el pecho de cruces laureadas; le hubieran concedido los títulos de conde, marqués, duque, condestable y par, con todos los blasones de la única nobleza meritoria; le hacen marqués de la *Indiana*, vizconde del *Zarzal*, barón de *San Ulpiano*, conde de *Peralejo*, duque de

Ceja del Negro, y lo elevan á príncipe de la milicia con los títulos y privilegios anexos á está suprema jerarquía de las armas. Nuestro héroe había cumplido cincuenta y un años de edad cuando cayó en Punta Brava; su edad exacta, cincuenta y un años, cuatro meses y 25 días, pues nació el 14 de Julio de 1845 y murió el 7 de Diciembre de 1896. Vió la luz en la ciudad de Santiago de Cuba, en una casa de humilde aspecto de la calle de la Providencia que hoy ostenta el nombre del egregio caudillo.

No aprendió en ninguna academia el arte de las maniobras militares. Tal vez no había disparado un solo tiro cuando sentó plaza en la milicia libertadora, á la edad de 23 años: Octubre de 1868. Era, sí, diestro en la esgrima del machete, pues tuvo profesor que lo enseñó á ponerse en guardia, con un año de anticipación al movimiento popular, y era también consumado jinete. Pero no recibió lecciones de estrategia ni de táctica: no conocía, pues, el mecanismo de un fusil y mucho menos el de un cañón, ni medir por las reglas geométricas el espacio de un polígono. Sabía leer y escribir, como todos sus hermanos, pero de un modo elemental, y nada más. Los conspiradores de Santiago de Cuba, y particularmente el abogado Asencio, su padrino de pila, hombre de acción y revolucionario de legítima cepa, lo afiliaron en la orden fraemasónica, comprendiendo que el mozo era capaz de sepultar el secreto de la asociación ilícita (entonces la fraemasonería era una hermandad revolucionaria). Asencio adivinó las grandes virtudes de la familia de Maceo, y especialmente las de su ahijado, cuyo exterior revelaba el temple de su alma batalladora. Se lanzó á la guerra con su padre, su madre, sus hermanos y su joven esposa, pues acababa de casarse con María Cabrales al estallar la revolución de Yara. La sola salida de Marcos Maceo, mestizo oriundo de Venezuela, con su mujer y su prole, desde la finca Majaguabo á los campos de la revolución, constituye el prólogo hazañoso de la *Uada* separatista. Marcos Maceo, afiliado también á la masonería del Oriente de Colón, dos ó tres días del grito de Yara había ido á Santiago de Cuba á recibir órdenes secretas del gran maestro de la comunidad; y regresó á su hogar en la noche del 9 de Octubre, víspera del alzamiento de Céspedes. Comunicóle á su esposa Mariana Grajales la consigna de los conjurados, encar-

gándole el mayor sigilo; pero la gran mujer, madre de los Maceos, adoptó en seguida la actitud varonil de la matrona de Israel que sufrió el martirio, junto con sus siete hijos, por la causa del bien público. Hizo entender al padre y al esposo que debía reunir en torno de la alcoba á todos sus hijos, tomándoles el juramento de fidelidad y marchar con ellos á la gran pendencia del rescate. Así lo hizo Marcos Maceo; convocó á sus hijos; les exhortó á cumplir con el deber sacrosanto de la patria; lo juraron todos, de rodillas, junto con la mujer varonil, y emprendieron la costosa vía de la redención, armados con los útiles de la labranza: ¡poco menos que inermes! Comenzaba la epopeya del patriotismo. Cayó Marcos Maceo en los primeros lances, cayó uno de sus hijos llamado Julio, cayó después Miguel; las balas enemigas iban derechas al ramaje frondoso, despojándolo de sus tallos, después de abrir grietas en el tronco; así fueron cayendo, un Maceo aquí, y otro allá, por el vasto redondel de la batalla. Esta familia de obscuro linaje, emulando con la tribu más esclarecida de Judea, había jurado solememente llevar el valor y la fe hasta la inmolación de todas las vidas, y en aras de la religión se daba en holocausto, como aquella prole de los Macabeos que aceptó el martirio glorioso dos centurias antes del drama del Gólgota, y ha quedado como símbolo del amor patrio y como bandera de la fe.

Los conocimientos militares los aprendió Antonio Maceo en el campo de los encayos peligrosos: delante del enemigo, disciplinado y acometedor. Sirviendo á las órdenes de Máximo Gómez y de Calixto García, batalló y se distinguió en todas las reñidas acciones de la campaña de Oriente y del Camagüey, desde 1868 á 1876; y por sus méritos, su osadía, su tenacidad é inteligencia, subió del puesto más humilde al más encumbrado; de recluta á General y á caudillo de la gente brava. Su nombre áti o y ocomatopéyico, quedó esculpido sobre los muros de la *Indiana*, terrible función, en la que los más guapos de los dos partidos lucharon á porfía; sonó en la loma de la *Galleta*, por la que treparon los de San Quintín y las escuadras de Guantánamo; sonó en la batida y macheteo de la columna de Gómez Diéguez; en la acción, no menos célebre, de *Chaparra*, en el fiero combate del *Zarzal*, en los peñascales de Báguano, en el asalto de Manzanillo, en la brega de Yabazón, en las sangrien-

tas batallas de las *Guásimas*, *Naranjo* y *Mojacasabe*, en los Mangos de Mejía donde recibió ocho ó nueve balazos al asaltar las emboscadas de los españoles, en *San Ulpiano* y *Floridablanca* contra San Quintín, al mando de Sanz Pastor y de Santocildes, en las *Llanadas de Juan Criollo*, en donde rajó de cabo á rabo al batallón del coronel Cabezas, con sólo 60 peones que valieron por 600 soldados arrogantes al esgrimir el acero el adalid cubano; en cien episodios más, que tuvieron por palenque la Sabana de Baraguá, en otras tantas acciones ventiladas en el camino de Guantánamo y otro número igual en los montes de Baracoa: desde la cumbre de la *Gran Piedra* hasta el desagüe del Yara, resonó el nombre del brioso paladín, año tras año, vivo y muerto, aclamado por las bélicas trompetas y difundido por los eocs de la batalla (1). La hoja de servicios de Antonio Maceo al salir de los campos de Cuba después de la protesta de Baraguá (Marzo de 1878), arrojaba la suma de 800 acciones de guerra. El protagonista de este sangriento drama hizo los primeros ensayos en Octubre de 1868, y al dejar la lid, para renovarla en la primera ocasión, ostentaba el diploma de Mayor General y 22 cicatrices en el cuerpo, ¡á la edad de 33 años! En la historia de los pueblos batalladores no hay otra figura más gallarda. Martínez Campos estampó estas palabras en un documento oficial: "Veo muy difícil llegar á la solución del problema de Cuba, porque ahora manda un mulato, que ayer era arriero y hoy es General, con mucho valor y de mucho pres-

(1) En las Llanadas de Juan Criollo (4 de Febrero de 1878), las fuerzas españolas, al mando del coronel Ramón Cabezas, tuvieron 200 bajas entre oficiales y soldados. El capitán Consuegra, de la escolta de Maceo, mató en noble lid al jefe de la columna, el cual no quiso rendirse á merced del vencedor y aceptó el duelo á machete. Se hicieron 27 prisioneros ilesos entre ellos el teniente coronel Gregorio Goroño Hacha, que fueron restituidos por Maceo al campo español, juntamente con los soldados heridos. Los cubanos sólo tuvieron 5 bajas. Cuatro días después de este memorable episodio, Maceo le planteaba combate al batallón de San Quintín en San Ulpiano. La brega fué larga y encarnizada. El bizarro jefe de la columna española, el coronel Sanz Pastor, luchó tres días y tres noches con las reliquias de San Quintín. De 400 hombres le quedaban cien. San Quintín se ganó la corbata de San Fernando, y su heroico jefe el ascenso á general de brigada. Las mermadas fuerzas españolas fueron auxiliadas por la columna de Salcedo, con la cual trabó combate el general Maceo. El mismo día, su hermano José, alcanzaba otro triunfo ruidoso en Pinar Redondo, en donde sucumbió el jefe del batallón de Reus. ¡Coincidencia y contraste singular!: mientras Maceo con un puñado de secuaces sostenía la bandera de Yara en las montañas de Oriente, en otro lugar del país se cavaba la sima del Zanjón!

tigio". Esto escribió Martínez Campos siendo capitán general del ejército español en 1878, al revelarle á Cánovas del Castillo, á la sazón presidente del consejo de ministros, las dificultades con que tropezaba para terminar la guerra después del Zanjón; porque con Maceo no había manera de entenderse por medio de la diplomacia.

Si nuestro trabajo fuera de análisis ó de crítica militar, también nos veríamos compelidos, ante el grandor del personaje, a dar una definición absoluta acerca de su capacidad ó de su genio. Del examen de sus acciones y del juicio más severo sobre su actividad mental, siempre resultaría la admiración que produce el hombre de medidas extraordinarias, ora se llame artista creador, ora santo, ora caudillo guerrero. Los héroes no pueden medirse por el patrón común de los demás individuos. Tendríamos que decir lo que biógrafos é historiadores de valer han esculpido sobre el pedestal de los grandes capitanes: que nacieron para la guerra, para mandar colectividades y conducir las á la victoria. Desde Alejandro á Napoleón, todos los comentarios de la posteridad quedan reducidos á esta sola proposición: tal caudillo sobresalió porque era superior en valentía y en saber á los demás soldados de su época. De nuestro ejemplar no puede hacerse otro elogio después de haber narrado sus infinitas hazañas: nació para la guerra, para ejercer dominio sobre las muchedumbres, reglamentarlas y conducir las á la arena tumultuosa de las batallas, puesto que, unas veces por idolatría, y otras por la impresión del terror, iban con él al sacrificio de la existencia. Jamás hubo rezalcitrante que se opusiera á sus mandatos: no halló un sedicioso que le hiciera frente, ni rival alguno que le disputara el imperio de su autoridad. Fué, pues, Maceo un personaje de indiscutible valimiento, en el que marchaban unidas é inseparables, la voluntad y la ejecución, el ánimo y la energía física, la potencia mental y la solidez del cuerpo: ante esa fortaleza se estrellaron los dardos del opositor durante diez años de continua lucha, y ante la energía de su alma se mel'aron las saetas de la difamación, volviéndose sus puntas envenenadas sobre los mismos que las esgrimían con los enconos de la baja envidia. Salió ileso de las emboscadas de la vil calumnia, y el colmillo venenoso de las sierpes que se ag'itaban en torno de los mantenedores del culto

patrio, no hincó en el pecho del gladiador. En cierta ocasión, una víbora intentó morderle; la cogió con las manos, y la aplastó contra el tronco del primer árbol del camino. En su pecho sólo penetraban las balas de los españoles. Nació para la guerra —no cabe otra definición más exacta;—llenó cumplidamente su brillante papel y su noble destino; tuvo la suerte de sobrevivir á los grandes embates de la adversidad, y no tuvo la fortuna de actuar en el teatro de un continente. En Europa y en Asia, tierras de los grandes torneos, él hubiera brillado como el más audaz de los conquistadores. Defensor de pequeñas repúblicas amenazadas en su libertad por las hordas bárbaras, hubiera repetido el pasaje de Milciades en Maratón, si antes no sucumbe como Leónidas en el célebre desfiladero; invasor de pueblos belicosos, habría renovado las proezas de Aníbal y las más notorias de Bonaparte. Al frente de cien mil soldados aguerridos, las naciones que se opusieron á su paso, caen á los pies del terrible capitán, rendidas y mutiladas; á la cabeza de veinte regimientos de caballería como marchaba Murat, atraviesa de uno á otro confín las llanuras de Polonia, invade la Rusia, clava la bandera tricolor en el mismo observatorio del cabo septentrional donde luce el sol de media noche, pasea los pendones de la república por el centro del sacro imperio romano, desbarata la cuádruple alianza de las grandes potencias, y derriba las murallas de las monarquías vetustas. Con medio millón de combatientes se hace dueño de Europa. Y no hay Vellington que lo humille ni Bulow que lo haga prisionero, porque si tiene la desgracia de verse constreñido dentro de un cuadrilátero de acero, sucumbe en Waterloo. Lo mismo es Punta Brava que Waterloo: un desastre inesperado. Nada importa la desproporción numérica de los combatientes (200,000 sobre los cuatro caminos de Bruselas, 200 en las encrucijadas de Lombillo), si las cifras de la mortandad guardan perfecta relación con el contingente armado de las dos parcialidades, y el arrojó de la tropa de Maceo compite con la memorable carga de los coraceros de Guyot, cantada por Víctor Hugo. La diferencia es de orden moral, estriba en el carácter de los dos campeones. Napoleón, dominador del mundo, ama la vida y el trono, y por eso deja el campo de batalla al ver los estragos de la derrota: nuestro héroe, apasionado del ideal, amante de la gloria, pero

no de la vida, se lanza impetuoso por el sendero de la muerte. Napoleón huyó, ó se dejó arrastrar por los clamores del desastre: el ánimo de Maceo no flaqueó jamás. Santa Elena es el refugio del pánico: Punta Brava es la tumba del valor.

Tal vez el caudillo cubano no toma la plaza de Dantzig ó la de Sebastopol por el método científico del asedio, interrupción de comunicaciones, aislamiento de la ciudadela y bombardeo continuado. Es lo más probable que sintiéndose dominado por la impaciencia, ahito de aprehcs, de bombas, de paralelas y de minas, acometiera personalmente la torre de Malakoff sin que los proyectiles de la artillería hubiesen derribado los paredones de la fortaleza; y es seguro que, como Peterborough, escala el Montjuich antes que las lombardas echaran al foso las almenas del dominante castillo. También como el condestable de Borbón, asalta y saquea la ciudad de Roma, y emula con Condé en la famosa batalla de Roeroi. La toma y destrucción de *La Indiana*, el acuchillamiento del *Zarzal*, la macheteada de *Juan Criollo*, la carga de *Baraguá* y el asalto á las emboscadas de Mejía, son episodios que compiten con las más ínclitas hazañas de aquellos guerreros que han llenado el mundo con el ruido de sus victorias, porque lidiaren en escenario más amplio y á la cabeza de mayor número de ejecutantes.

Dos mil insurrectos mal armados ¿no fueron con Maceo desde Maisí hasta el torreón de San Antonio? ¿No tuvieron que contrarrestar el empuje de 40,000 soldados del ejército español, que trataban de oponerse al propósito del invasor? ¿Maceo no llegó al límite geográfico de la Is'a con aquel puñado de *secuaces*? Y si después de la estupenda aventura de la invasión lo hemos visto salir vencedor en otra serie de temerarias empresas, una sola de las cuales completaría la fama de cualquier caudillo; si lo hemos admirado en la expedición del retorno para ir en busca del nuevo competidor que le oponía España; si hemos narrado sus atrevidos empeños, sus heroicas acciones, sus terribles y continuados desafíos ¿por qué no ha de caberle el nombre de gran capitán, aunque no tuviera teatro adecuado para el desarrollo de su numen, ó contingente de tropas en número bastante para dar cima á los más arduos problemas de la bélica?... Alcanzamos á ver la objeción cajonaria con que nos apuntan los entendimientos agudos. Maceo fué un excelente

guerrillero, ó un general de tropas revolucionarias que luchó con tesón y habilidad dentro del escenario montañoso de Cuba; pero que, colocado en otro teatro, mandando mayor número de soldados, un cuerpo de ejército de cincuenta mil hombres, verbigracia, no hubiera lucido sus dones de general en jefe, porque carecía de instrucción militar, ó no estaba preparado para ello. El verbo preparar, en sentido negativo, es el que usan generalmente los técnicos de la sabiduría oficial. ¿En qué se fundan? ¿En qué razón convincente se apoyan?... En ninguna, que tenga solidez ó fundamento lógico. Por lo contrario, la lógica de los hechos dice, elocuentemente, que el caudillo cubano era capaz, sobradamente capaz de llevar á cabo las mayores osadías de la guerra, porque tenía ánimo para afrontar los más graves negocios, y capacidad para resolverlos. No comprendemos la acepción que pretenden darle al substantivo guerrillero los que lo usan doctoralmente, sin saber lo que hablan, porque, ó somos muy topes, ó la palabra guerrillero sólo significa el paisano que presta sus servicios en una guerrilla; y guerrilla es una línea de tiradores formada en grupos equidistantes unos de otros, ó tropa á caballo que hace las descubiertas. Esos *intelectuales* quieren decirnos que Maceo era un hábil guerrillero, porque dirigía con fortuna la guerra irregular y en pequeña escala. Claro está que son dignos alumnos de los tratadistas á la violeta que le llamaban el *titulado General* o el *cabecilla mulato*. La objección está perfectamente en boca de los cadetes que salen de la academia de Valladolid con la cabeza atiborrada de nociones, ó en las plumas obtusas de los mariscales de broma que, con dos ó tres simulacros, se han calzado los entorchados de oro, el fagín colorado y el plumero monumental. Para esos doctos en el ajedrez de la milicia, guerrillero es Zumalacárregui, guerrillero Espoz y Mina, guerrillero Páez y guerrillero Suere antes de la rota de los españoles, porque después del suceso fué el gran mariscal de Ayacucho. Napoleón también lució sus dones en la guerra de montaña, y le comprende, por lo tanto, el nombre de guerrillero, como le cuadra á Fernández de Córdova, á Bolívar, al príncipe de Orange, al marqués del Duero, autor de un tratado de guerrillas, á Lord Clive, á Federico de Prusia, á Tarik y al mismo Epaminondas en su género. La ofensa no está en la expresión, sino en la ma-

nera de aplicarla. Como quiera que sea, guerrillero ó cabecilla, él fué la personalidad más encumbrada de la revolución de Cuba, el que más hizo por la libertad de este suelo, el que con más vigor batalló contra España, indómita y guerrera, no por odio á los españoles, sino por amor á la independencia de Cuba y por aversión al despotismo secular de la metrópoli: cabecilla, guerrillero ó adalid, siempre es el héroe.

En la terrible contienda que empeñó Cuba para obtener la libertad, perdió Maceo, uno tras otro, á sus deudos más caros, perdió á su padre, á cinco hermanos, después á su madre, casi á todos sus parientes bajo el furor de la guerra, y por último creía haber perdido á su esposa dos noches antes del fatal suceso de Punta Brava, en que tuvo una visión del otro mundo y se entristeció profundamente. Todas las almas de los seres queridos le llamaron á media noche, y le dijeron que ya bastaba de lucha y de gloria perdurable. El héroe se sintió entristecido, porque si el presagio iba á realizarse, no había él cumplido la noble misión de libertar á su patria. Y volvió á la palestra, para dar su vida en holocausto del ideal. ¿Por quién combatía ese corazón destrozado? ¿qué móvil le impulsaba? ¿qué clase de ceguera ponía un tupido velo ante sus ojos, ó qué astro divino lo deslumbraba con sus rayos haciéndole andar por el camino de las tormentas, delantero en su caballo de batalla, frenético, ardoroso, incansable vencedor! ¿Era el anhelo de alcanzar la inmortalidad, ó el afán, menos puro, de obtener más renombre, para mandar ó para oprimir? ¿Imposible y absurdo! ¿Era el celo por el prestigio propio y por el lustre de las armas cubanas? Tampoco lo primero, y, sí, algo de lo segundo. Pero el móvil poderoso, el móvil invencible era la pasión: ¡su amor á la patria!

¡Oh coloso de Cuba, paladín de la buena causa, fénix del patriotismo, corazón grande y sin par!: las almas puras, las que tú dejaste desoladas al desaparecer de este mundo, no cesan de llorar; te lloran aún con el mismo dolor de la noche horrenda y del primer día que siguió á la catástrofe, perdido el rumbo de la existencia entre las sombras del oquedal. No pueden ofrecerte tributos más ostensibles. Te levantarían, si estuviera en sus manos, el monumento más suntuoso digno de tu fama, para que

tu estampa regia, de cuerpo entero, quedase perpetuada en mármoles y en bronce trabajados por los artistas de mayor renombre, con todos los epitafios de tus altas proezas y todas las alegorías del épico triunfo!

FIN DEL TOMO III Y DE LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE

INDICE DE LAS ACCIONES DE GUERRA DIRIGIDAS POR ANTONIO MACEO DESDE EL DIA 1º DE ABRIL DE 1895 AL 7 DE DICIEMBRE DE 1896.

Abril	1	Baracoa.	Junio	29	Ingenio Unión.
Id.	14	Monteverde.	Julio	13	Peralejo.
Mayo	7	El Cristo.	Id.	21	Burenes.
Id.	13	El Jobito.	Agosto	31	Sao del Indio.
Id.	20	Plavnelas y Arroyos.	Septbre.	25	San Fernando.
Junio	2	Guabajaney.	Novbre.	7	Guaramanao.
Id.	5	Aguas Claras.	Id.	8	Lavado.

CAMAGUEY

Noviembre 29, Trocha de Júcaro á Morón

LAS VILLAS

Dicbre.	3	Iguará.	Dicbre.	13	Manicaragua.
Id.	7	Los Indios.	Id.	15	Mal Tiempo.
Id.	11	Manicaragua.	Id.	17	Santa Isabel de las Lajas.
Id.	12	Idem	Id.	20	Colmena.

MATANZAS

Dicbre.	21	El Desquite.	Dicbre.	29	Calimete.
Id.	21	La Antilla.	Id.	29	Central María.
Id.	23	Coliseo.	Id.	29	Canev ó Rocío.
Id.	26	La entrada del Caimito.	Id.	30	Cuevitas.
			Enero	1	El Estante.

HABANA

Enero	4	Güira de Melena.	Enero	8	El Garro.
-------	---	------------------	-------	---	-----------

PINAR DEL RIO

Enero	10	Cabañas.	Febrero	5	Candelaria.
Id.	17	Las Taironas.	Id.	6	Idem.
Id.	18	Idem.	Id.	7	Río Hondo.
Id.	19	Idem.	Id.	9	San Cristóbal.
Id.	26	Santa Lucía.	Id.	11	Laborí.
Febrero	1	Paso Real.			

HABANA

Febrero	13	Güira de Melena.	Febrero	19	Moralitos.
Id.	14	Quivicán.	Id.	19	Catalina de Güines.
Id.	16	S. Ant. de las Vegas.	Id.	20	Loma del Gato.
Id.	18	Jarueo.			

MATANZAS

Febrero	25	La Perla.	Febrero	26	Ibarra.
---------	----	-----------	---------	----	---------

HABANA

Febrero	28	Bainoa.	Marzo	2	Río Bayamo.
Id.	29	Santa Cruz del Norte.	Id.	2	Dolores.
Marzo	2	Nazareno.			

MATANZAS

Marzo	6 Acana.	Marzo	8 Río de Auras.
Id.	7 Diana.		

HABANA

Marzo	11 Nueva Paz.	Marzo	13 Batabanó.
-------	---------------	-------	--------------

PINAR DEL RIO

Marzo	15 Neptuno.	Junio	19 Lomas de Tapia.
Id.	16 Galope.	Id.	20 Idem
Id.	18 Laborí.	Id.	21 Idem
Id.	18 Cayajabos.	Id.	23 Idem
Id.	20 El Rubí.	Id.	24 Idem
Id.	29 La Palma.	Julio	24 América.
Abril	9 San Claudio.	Agosto	3 Bacunagua.
Id.	14 Lomas de Tapia.	Id.	16 Idem
Id.	15 Idem	Id.	17 Idem
Id.	16 Idem	Id.	18 Idem
Id.	18 Idem	Id.	30 Trocha de Viñales.
Id.	19 Idem	Septbre.	2 Diana.
Id.	20 Idem	Id.	6 Los Arroyos.
Id.	22 Idem	Id.	23 Loma China.
Id.	25 Idem	Id.	24 Montezuelo.
Id.	26 Idem	Id.	27 Tumbas de Estorino.
Id.	29 Las Pozas.	Id.	27 La Manaja.
Id.	30 Cacarajicara.	Octubre	3 Isabel María.
Mayo	1 Cacarajicara.	Id.	4 Ceja del Negro.
Id.	5 Vega Morales.	Id.	8 Cañón.
Id.	6 San Martín.	Id.	9 Idem
Id.	22 Caiguanabo.	Id.	22 Artemisa.
Id.	23 Consolación del Sur.	Id.	24 Sorosa.
Id.	25 Descanso.	Novbre.	9 El Rosario.
Junio	11 Lomas de Tapia.	Id.	10 El Rubí.
Id.	13 San Gabriel de Lombillo.	Id.	26 El Jobo.
		Diebre.	3 Bejarano.

HABANA

Diciembre 7 Punta Brava

APENDICE

El suceso de Punta Brava contado por los tuniferarios de Wéyler, y refutación á todas las mentiras y desvergüenzas que se publicaron en letr.s de molde.

Decía el primer parte:

“El comandante Cirujeda reconociendo la costa el día siete, hizo fuego desde el fuerte Zugasti, Hoyo Colorado, en Punta Brava, á una partida insurrecta que pasó á su alcance. Luego el enemigo—en número de 2,000—parapetado en grandes cercas de piedras, rompió el fuego, tomándoles á la bayoneta y machete todas las posiciones que tenía en San Pedro, Matilde y Punta Brava. El comandante—casi ya de noche—volvió á Punta Brava recogiendo sus muertos y heridos y efectos, y encontró 40 muertos, muchos caballos muertos y heridos, y abandonados armamentos del enemigo con documentos interesantes. Dos de los muertos rebeldes deben ser de alguna importancia. Según informes particulares, sobre un cadáver fué hallada una carta escrita, en la que dice su autor que muere por no abandonar el cadáver de su General Maceo. En esta misma carta se dice que Maceo pasó la trocha el día 4. La columna de Cirujeda tuvo 7 muertos y 27 heridos; 18 caballos muertos y 5 heridos. Entre los heridos se hallan los tenientes Amores y Peral, de San Quintín y el teniente Moya de la guerrilla”.

La segunda noticia se publicó en hoja suelta de á última hora, la cual leyó en el escenario de Albisu un cantor del género flamenco. Decía el papel que “la columna de Cirujeda recogió dos cadáveres y que despojados de la ropa interior, uno de ellos tenía los calcetines marcados A. M., y en un anillo, grabada la inscripción *Antonio y María*. En la Habana no duda ya nadie de la muerte de Maceo, y son muchos los que esperan ver el cadáver del cabecilla mulato” ¡Viva España! ¡Viva el ilustre

general Wéyler! ¡abajo los filibusteros!—diz que gritó el gracioso de Albisu que hoy medra con la república cordial de Martí. Al día siguiente, los órganos delicados de la familia Gotha-Coburgo para quienes un mulato era una especie de alimaña, no descrita por Buffon, publicaron la fotografía de Maceo, agregándole estas notas biográficas. “Este audaz cabecilla cuya historia es sobrado conocida por comprender gran parte de la rebelión de 1868 y la actual, había nacido en Santiago de Cuba el 15 de Julio de 1853 (?), hijo de los mulatos Marcos Maceo y Mariana Grajales, los cuales tuvieron otros varios hijos, casi todos como su padre, muertos en la manigua”.

“En 1881 y 1882 estuvo deportado, logrando fugarse al Sud América, desde donde vino á Cuba libremente”.

“Era valiente, pero no dió nunca pruebas de talento militar ni de caballería. En *Peralejo*, única acción que dirigió, no supo sino mandar cargas de caballería contra la infantería, y hecho prisionero en la pasada rebelión sirvió de práctico á las columnas españolas, dirigiéndolas á los ignorados campamentos rebeldes”.

“Murió en Hoyo Colorado después de haber cruzado de noche y por mar, fugitivo, abandonando sus partidas de Vuelta Abajo, la línea militar del Mariel”.

No pueden vomitarse más mentiras en menos palabras. Antonio Maceo, según los turiferarios de Wéyler, nació el 15 de Julio de 1858 y figuró en toda la guerra de 1868; de suerte que tenía 10 años de edad cuando sentó plaza, 12 cuando servía de práctico á las columnas españolas para conducir las á los más ocultos campamentos de la rebelión, y 15 ó 16 cuando obtuvo el diploma de Mayor General de la hueste cubana. Eso de ser príncipe de la milicia á la edad de 10 años, se deja para los muñecos de la Casa Real que, al nacer, ya son Alfonsos y Jaimes batalladores, y toman el Gurugú desde el Campo del moro de los madriles.

Desde el día 10 de Diciembre, en que se confirmó la muerte de Maceo, hasta que Wéyler no pudo resistir más la nube de incienso, los órganos del plón y del turíbulo no dieron paz á los rodillos ni tregua al bumbo. Llegaron á desmayar al forrado Wéyler, que es cuanto cabe decir, y no desvanecieron al imperterritito Arolas, porque el mariscal de la pipa andaba en discor-

dia con la marina de guerra, debido a que los argonautas de la primera división de escampavías juraban por la bandera de Lepanto que Punta Brava no era puerto de mar, y de obtener ellos el acésit geográfico, el bullanguero Aro'as tenía que pegarse el tiro de gracia metido en un tonel de agua salada del Mariel. Por esos dimes y diretes entre Marte y Neptuno, no se suicidó el héroe de Artemisa. Entonces los del pilón volvieron á llamarle el incansable, el heroico, el bizarro, el benemérito, el sufrido, el íntegro, el invicto, el incóme y el sereno general Arolas. El epíteto más gráfico es el de *sereno*, tal vez porque andaba de noche de cantina en cantina.

En la Habana se hicieron cinco ediciones más del suceso de Punta Brava, corregidas y aumentadas, pues era indispensable que en la combinación figurasen los nombres de Wéyer, Arolas, Gasco, Despujo's, Porrúa, los voluntarios, los bomberos de color y Ahumada, además de Cirujeda, ya que no era posible admitir la intervención del Apostadero porque estaba probado que el pasaje se efectuó por mar, á despecho de la vigilancia de los *destroyers* y faluchos de la primera división naval. He aquí una de las narraciones, la menos ampulsa y la más militar, publicada el quince de Diciembre, y por lo tanto, corregida y aprobada por el Excelentísimo Señor de Tenerife.

“La columna del comandante don Francisco Cirujeda supo que varias partidas se hallaban por Hoyo Colorado, en San Pedro. Llevó delante las guerrillas de Punta Brava y la que mandaba el capitán Peral, y éstas hallaron grupos rebeldes que atacaron con coraje y decisión. Entonces debió caer el cabecilla Maceo con un balazo en la barba y otro en el vientre. El hijo de Máximo Gómez, que estaba á su lado con el médico Zertucha, recibió también dos heridas. La fuerza continuó buscando el grueso hacia donde los grupos se retiraban, tropezando con más de dos mil rebeldes parapetados en cercas de piedras. Entonces las guerrillas dejaron paso á San Quintín para que los batiera. Durante este ataque el hijo de Máximo Gómez escribió un papel diciendo que se suicidaba herido, por haber querido guardar el cadáver de su General, y al regresar la fuerza encontró los cadáveres, sin conocerlos, recogiendo el citado papel y una carta de Máximo Gómez dirigida á su hijo. Los guerrilleros vieron

juntos dos cadáveres: uno mulato, fuerte, de pelo rizado, y otro joven, delgado. Ambos vestidos de dril”.

Los órganos genuinos del Cáucaso, después de relacionar las prendas que los guerrilleros cogieron á los dos cadáveres, y omitiendo los machetazos inferidos al hijo de Gómez, continúan el relato en estos términos: “El diario de operaciones es un librito pequeño comprado en New York, según reza el sello pegado en una de las cubiertas. Por un lado, y ocupando nada más que una hoja, está el diario de operaciones, y por el otro, como indicando que el dueño lo abrió sin darse cuenta y sin fijarse en qué hoja escribía, está escrita, más que en garabatos, la despedida á su familia. Faltaba saber cómo habían pasado la trocha, y tres días después se confirmó la creencia de que lo hicieron por la bahía del Mariel, en un pequeño bote que hizo cinco viajes, para conducir unos cuarenta hombres. La noche del 4, lluviosa y oscura la aprovechó Maceo para huir de la persecución activa que se le hacía en Vuelta Abajo, y en la huida sucumbió. Además, en el combate de Cirujeda, resultaron heridos los titulados cabecillas José Miró, A'berto Nodarse, Alfredo Jústiz, Ramón Ahumada y un tal Gordon. Maceo, al empezar el combate de San Pedro, ordenó á su gente que se pusieran en orden de batalla: Silverio Sánchez en el centro, Pedro Díaz en el flanco izquierdo, y Juan Delgado y Acosta en el derecho. Maceo con Miró, Jústiz, Zertucha, Sauvanell, Nodarse, Gordon y Ahumada, se dirigió á un cuartón circundado por ambos frentes de cercas de piedra, por el lado derecho había un guayabal y en el izquierdo una espesa manigua. En la cerca de piedra, frente al grupo, se encontraba una línea de fuego de nuestra valerosa infantería. De allí partieron las descargas que pusieron fin á la vida de Maceo ó hirieron á casi todo su estado mayor. Los flancos y el centro estaban en reñido combate con la columna española al mando del comandante de San Quintín, don Francisco Cirujeda. Maceo estaba sobre su caballo, con el machete desenvainado, cuando una bala de maüser le penetró por la sínfisis mentoniana, saliendo por la región posterior lateral izquierda de la base del cuello, produciendo la muerte de Maceo, por hemorragia, en el espacio, poco más ó menos, de un minuto. Cayó del caballo Maceo, y Zertucha fué á prestarle auxilio, y estando reconociéndolo, recibe Maceo, ya muerto, un

segundo balazo en el hipocondrio derecho. Estaban allí Miró, Gordon, Nodarse, Ahumada y Jústiz, todos los cuales salieron heridos, y mortalmente Nodarse y Jústiz, los cuales han muerto después en la prefectura de Govea. Mientras tanto Gómez escribió el papel que se le halló encima, y con un cuchillo se suicidó, infiriéndose una puñalada como de tres centímetros de extensión, en el tercero y cuarto espacio intercostal izquierdo, al nivel del borde del esternón. Y en esto se acercaron el práctico y dos guerrilleros. Llegaron entonces Zertucha con Pedro Díaz y otros para llevarse los cadáveres, sostuvieron fuego con el práctico y los guerrilleros, los cuales se llevaron los gemelos de campaña y otras prendas de Maceo y Gómez”.

“Conocida la muerte de Maceo se anunció el día 11 que el General en Jefe debía llegar el mismo día á esta capital, y el público empezó á aglomerarse por las calles donde creía que cruzaría, en la plaza de Armas y en el paradero del Oeste, tributándole, no una recepción, sino una manifestación entusiasta y cariñosa, como no se recuerda hecha á ningún general. Entre atronadores vivas á la patria, á Cuba española, al Rey, al ejército y al general Wéyler, el General en Jefe llegó con dificultad por el apiñamiento de la multitud en que estaban representadas todas las clases sociales á Palacio, donde personalidades del mundo oficial y de la política le esperaban para felicitarle por los brillantes éxitos de su campaña. Por la noche la Habana entera se engalanó é iluminó, disparándose multitud de voladores y siendo imponente el regocijo público, brotando de todos los corazones frases de gratitud al ejército, á los voluntarios, á la marina y al general Wéyler. Las calzadas del Monte y Galiano celebraron fiestas especiales con músicas, fuegos de artificio, iluminaciones, etc., etc., durante dos noches”.

La narración, aunque apesotosa á solecismos, es bastante exacta en lo que respecta á los guateques ó jolgorios especiales de Monte, Belascoaín, calle de Wéyler (Obispo) y plaza del Vapor, pues hubo embriaguez de patriotismo y borracheras de peleón y marca T. *Hubieron*—como dicen las péndolas de gacetiilla—lechones asados, cabalgatas, tangos, quemas de judas, triquitraques, morteros, décimas á medio y marcha de Cádiz á tutiplén. Los establecimientos mixtos de las calzadas del Monte, Galiano, Belascoaín, Cuatro Caminos y basurero del Vapor, regalaron

piezas de lustrina y garrafrones de aguardiente, á fin de que toda la marchantería se vistiera á la española y echara una cana al aire, en celebración del triunfo de las armas hispanas: la muerte del cabecilla mulato. Los astures de la comandita del cuchillo, dueños de bodegas, cafetines, fonduchos, ciudadelas y accesorias de lenccinio, se codeaban con los negros de la barriada y gritaban á una: ¡viva Wéyler! ¡viva el Rey! ¡viva la infantería española! ¡ya cayó el mulato chévere!—Toda la gente del bronce se emborrachó gratis; andaba frenética por la vía pública corriendo la borrasca del patriotismo, ó examinando las caras de los transeantes criollos por si en ellas descubría señales de dolor. Las furias del integrisimo, con los rostros color de grana, los ojos fuera de las órbitas y las gargantas secas, á pesar de la rociada continua, esgrimiendo la bayoneta del instituto, ó el clásico instrumento de la hermandad del cuchillo, volvían á dominar en la ciudad atribulada, como en los días negros de la matanza de los estudiantes. Corrían por la plaza del Polvorín, en dirección á la cortina de Valdés y muralla luctuosa de la Punta, impelidas por el ardor de la carnicería, bajo el ansia frenética de matar mujeres, niños y laborantes que hubiesen deplorado el suceso de Punta Brava ó que no le dieran crédito á los suplementos de última hora. Hubo almacén de ropas que pagó una orquesta para que, durante dos días y dos noches, le tocara el trágala á la mambizeña solapada, escondida detrás de los miradores. En otros establecimientos de warrandol de la calzada de Galiano, se exhibieron zapatos enormes y muñecos peludos que representaban al gorila, con rótulos significativos sobre la procedencia del zapatón y la semejanza del mulato con el chimpancé. ¡Santiguémonos!: uno de estos almacenes de Galiano, el más grande y favorecido, tiene hoy la su basta de la Guardia Rural ó del Permanente, institutos armados que no tienen que ver con la guardia civil ni con los batallones de Wéyler, cuyo triunfo celebraron con tanta algazara los personajes que ahora trafican con la república cordial de Martí. Preciso es confesarlo, después de la persignación de rúbrica: nuestra República no ha podido ser más suave ni más bonachona.

Los Llobregats, oportunamenté linchados, y los facinerosos del 5º de Ligeros, vaciaban botellas de champagne Codorniu sobre las testas de los soldados bisonos, á guisa de agua bautis-

mal; después apelaron á la espumosa de Asturias, por ser más barata, y por último descendieron al porrón y á la bota del regoldano escudero. Los empresarios de las chapucerías de actualidad, importadores de los *duetos* chabacanos, de las pavas rusas y de los *olés* de Tarragona, bailaron la farruca por todo lo alto y por todo lo bajo.

“El domingo, los cuerpos de voluntarios y los comités políticos acudieron á Palacio en espléndida manifestación, que resultó imponente por el número y la calidad de los manifestantes, como por la vista que le daban las calles del tránsito, llenas de público y los hachones de viento que llevaban las escuadras de voluntarios y los bomberos municipales. El General en Jefe (Wéyler) contestando á las personalidades que le felicitaban, declinó la gloria alcanzada en el ejército, los voluntarios, la marina y los bomberos, elogiando mucho al gobierno de la Nación y á la Nación por sus esfuerzos y sacrificios por esta Antilla”. Hay que hacer un pequeño alto para no ahogarnos con los disparates y sandeces de las plumas turiferarias que andaban con los hachones encendidos, á la cabeza de la culta manifestación; tregua que aprovechamos, para advertirle al lector que todos los párrafos que aparecen entre comillas, están copiados literalmente de los periódicos habaneros de aquella época, impregnados todavía del sudor apestoso de los solecismos. No había más que una pluma que les aventajara en el derroche de gerundios y locuciones gálicas: la chapucera del capitán general.

El pacto entre Cirujeda y Wéy'er, pues hubo un pacto ó amasijo secreto, quedó sellado el día 12 por la noche, en el pueblo de Bauta, á donde llegó un correo de Palacio, el señor de Meana, titulado comandante, el cual le ofreció al de San Quintín dos ascensos de un golpe y una placa vitalicia, siempre y cuando redactara un telegrama de felicitación al capitán general y al general segundo cabo; telegramas que publicaron los periódicos del día 13, pocas horas antes de la manifestación nocturna.

“Al Capitán General, Excelentísimo señor Valeriano Wéyler.—No puedo vencer el deseo de elevar á V. E. mi respetuosa felicitación y hacer constar que V. E. me situó en este sitio para el resultado obtenido, en lo que no hice más que obedecer á V. E. y al Excelentísimo señor General Ahumada. Reciban

ambos la expresión de mi más profundo agradecimiento y perdonen mi confianza.—Cirujeda”.

Acto seguido, el gran trápala y chueta mallorquín contestó con otro telegrama, más ampuloso que el de Cirujeda y peor redactado, con los gerundios oficinescos de obligación, documento que publicaron con grandes elogios á la modestia del capitán general, los manejadores del turíbulo.

Al pie de la letra:

“Acepto agradecido su felicitación, que elevada á mí, es dirigida al valiente y sufrido ejército á mis órdenes, al cual se deben los resultados obtenidos, sobre todo con jefes tan distinguidos como usted (aun Cirujeda no era usía) que tan bien saben cumplir y batir con gloria al enemigo, obteniendo (el gerundio no podía faltar) tan señaladas victorias. Me produce mayor satisfacción al recordar que hace tan pocos días que pude revistar esa columna y expresarle entonces, en nombre de su Majestad y en el mío, el aprecio que merecían sus servicios. Reitérole mi afectuosa felicitación, esperando en breve otorgarles las recompensas á que se han hecho acreedores.—Wéyler”.

Preciso es revestirse de calma para poder refutar el cúmulo de truhanerías de esos dos personajes, Wéyler y Cirujeda, convertidos en timadores vulgares y en *ásinus ás'num frícat*, ó pareja de elogios mutuos. La índole lacayuna de Cirujeda está calcada en el mensaje de felicitación que *se permitió* dirigirle al capitán general, con parabienes al marqués de Abumada, y pidiéndoles perdón á los dos Exce'entísimos por la frescura de la enhorabuena; y el descaro de Wéyler llega al colmo al manifestarle á su subalterno que el capitán general admitía la felicitación porque tenía el carácter de ap'auso dilatado y simbólico, puesto que abarcaba á los ejércitos de mar y tierra, y repercutía en las cámaras y en el trono de su augusta Majestad, la reina madre, que no perdonaba sinsabores por el bien de Cuba. Si la desfachatez de Wéyler no fuera bastante conocida, estaría comprobada con sólo el pasaje de la revista que dice pasó á la columna de San Quintín pocos días antes del combate de Punta Brava, en que tuvo oportunidad de felicitar al distinguido jefe del bizarro batallón en nombre de Su Majestad y en el suyo propio; todo mentira y faramalla, porque Wéyler no vió á Cirujeda sino cuando éste pasó á la capital á arreglar

los pormenores de Punta Brava, ochó días después del suceso, ni el general en jefe tenía por qué felicitar al comandante de San Quintín cuando no era conocido ni su nombre sonaba para nada. Cirujeda empezó á distinguirse el día 4 de Diciembre en la acción de Montes de Oca, y ese día, el capitán general se hallaba en Los Palacios, pueblo de Pinar del Río, á cuarenta leguas del distrito de Bauta. Los órganos del pilón, al referir la segunda salida de Wéyler hacia las lomas de Vuelta Abajo, explican con lujo de detalles que el capitán general partió del puerto de la Habana el día 27 de Noviembre, al amanecer, á bordo del cañonero *Legazpi*, y que llegó al Mariel á las siete (a. m.), en donde lo esperaban los bizarros Arolas y Gasco; que siguió el mismo día para Guanajay, acompañado de los serenos y valerosos oficiales generales, y pernoctó en Artemisa; que en este último paraje revistó la columna de Rotger y el escuadrón de Treviño, con la circunstancia de que distribuyó doscientas pesetas á los soldados más distinguidos de Treviño. (Probablemente la dádiva no saldría de su bolsillo particular, porque el hombre era más tacaño que *Harpagón*). Para nada los diarios piloneros aluden á la columna de Cirujeda, ni éste se hallaba en Artemisa, sino en Hoyo Colorado. Desde Artemisa, Wéyler siguió viaje á Candelaria, de Candelaria pasó á San Cristóbal, de San Cristóbal á Taco Taco, y de Taco Taco al bonito pueblo de Los Palacios. Regresó á San Cristóbal el día 8, y allí supo, el nueve por la noche, la sensacional noticia del combate de Punta Brava, á la que no dió crédito el despreocupado marqués de Tenerife, y rechazó con énfasis las felicitaciones de los alarbarderos matritenses que lo acompañaron en la segunda salida á las lomas; las rechazó con estas palabras: "¡Conque muerto Maceo en territorio de la Habana, sí ¡eh?... Vámonos á dormir, que mañana será otro día". Esta gracia de Don Valeriano se publicó en los diarios de la capital, contada por uno de los corresponsales alabarderos. Confirmada la muerte de Maceo el día 10, ya no hubo manera de borrar el comentario de Wéyler; optóse por el procedimiento usual de no agregar nada más, desde el punto y hora en que se supo oficialmente en San Cristóbal la noticia de la acción de San Pedro. Entonces el gran farsante preparó el viaje de retorno á la ciudad de la Habana, para amasar el pastel de su intervención

personal en el asunto de la heroicidad y de las combinaciones estratégicas, siempre y cuando Cirujeda fuese de pasta tan bonachona que admitiera, mediante la recompensa de dos empleos y una cruz vitalicia, la intervención eficaz de Wéyler y la del marqués de Ahumada, como directores del plan matemático. Se arregló el pacto de Bauta, y se escribieron y transmitieron los telegramas asquerosos. Wéyler quiso decir en el mensaje de felicitación á Cirujeda: yo le hablé al oído cuando pasé revista á la brillante columna de San Quintín; le hablé al oído sobre el acontecimiento ruinoso que estaba por venir; lo situé en la calzada de Hoyo Colorado, por donde, irremisiblemente, tenía que pasar Maceo al ser empujado por mí desde Los Palacios. Nada importa la distancia material, una medida agraria de cuarenta leguas. Los militares que guerrear en Cuba no conocen la geografía del país, y mucho menos la conocen los papanatas que me aplauden. Cuando la noticia llegue á Madrid, San Cristóbal y Los Palacios estarán olvidados, y si alguien advierte el enorme salto geográfico, le diremos que hay otro San Cristóbal en San Pedro de Bauta, desde donde, yo (Wéyler) dirigía la combinación, y que Los Palacios es una prolongación del templete de la plaza de Armas. Todo es admisible en el país del choteo. La única dificultad estaba en la conquista de Cirujeda. Una vez ganada la moral de este personaje, con el ofrecimiento de dos empleos, la cruz vitalicia y el pergamino de gentilhombre, todo lo demás eran fruslerías aun cuando midieran la enorme capacidad de cuarenta leguas cuadradas.

Holgaba, pues, la mentira, y holgaba la humillación por parte de Cirujeda, desde el momento en que la acción de Punta Brava le proporcionó el éxito militar que no pudieron obtener los generales españoles en doce años de batalla contra el firme adalid de Cuba independiente. Sin la doble mentira de los dos mil insurrectos parapetados y las cargas á la bayoneta, y sin el telegrama lacayuno que le transmitió á Wéyler, también Cirujeda se hubiera calzado los galones de coronel y la placa de San Hermenegildo, como primeras recompensas del insólito triunfo de Punta Brava, y también su majestad católica le hubiera otorgado el pergamino de gentilhombre de cámara, siempre de servicio, y el real despacho de primer edecán del zagua-

nete de alabarderos. ¡Buen papel para un héroe! La farsa indecorosa del parte oficial y la baja adulación del jefe de San Quintín, dándole gracias al marqués del Pico de Tenerife y del foso de los *Laureles*, por haberlo situado en el lugar más estratégico del tablero, para que él fuera el brazo ejecutor de las altas combinaciones militares, es lo más indigno y lo más abyecto en el relato de Punta Brava, porque no era indispensable la mentira ni la torpe adulación al superior para que el hecho no dejara de ser el más sensacional, extraordinario y estrepitosamente aplaudido por todos los secuaces de la monarquía española. El origen hortelano de Cirujeda, sus hábitos porquerizos y su deslumbramiento al tropezar con la olla de la fortuna, están claramente demostrados en el mensaje de felicitación al capitán general, á cuya pericia se debía el éxito de la combinación militar, no al humilde soldado de Morgente (tierra de ricos melones valencianos), que deslumbrado ante el hallazgo de la alcancía y el ofrecimiento de mayores dádivas, dijo pedestremente: *perdonen vueccencias la frescura ó la confianza que me tomo*—á la manera de un quinto rapado ó de un mozo de cámara que pide permiso para felicitar al General, sabiendo de antemano que el General ha de darle la gala.

Es preciso desbaratar la última trapacería que confeccionaron los timadores de la verdad histórica: la supuesta carta del hijo de Máximo Gómez, escrita al dorso de una hoja del diario de operaciones. Los falsarios no se conformaron con una sola carta, sino que llegaron á tres, las tres originales. En la primera, escrita en garabatos, nos sirvieron toda una página novelesca. Francisco Gómez se suicidaba por no abandonar el cadáver del General, y suplicaba á los viajeros que comunicasen la noticia á Santo Domingo, supuesta cuna del valeroso joven. Al pillastre que compuso la falsificación, se le olvidó en el tintero de la comandancia que Francisco Gómez había nacido en la manigua de Cuba. Siendo el autor de sus días dominicano, era lo más lógico que el muerto fuese también de la república de Santo Domingo; pero el joven, vilmente asesinado por los guerrilleros de San Quintín, era de Cuba, moral y materialmente de Cuba, nacido en los campos de la revolución. El pillín de la prensa turiferaria que trató de imitar el carácter de letra de Francisco Gómez, sirviéndole de pauta el librito ó diario

de operaciones, como no era de Cuba, ignoraba el lugar del nacimiento del heroico mozo, y le pegó el de Santo Domingo por ser el más racional dentro de las circunstancias del proceso político. De la carta apócrifa se hicieron dos ediciones más: una se compuso en el palacio de la capitanía general, á fin de que Wéyer tuviera dos testimonios, y la otra fué escrita por un nuevo falsificador á raíz de la evacuación, el que trataba de ganarse con la fullería el afecto del general Máximo Gómez. Vamos á demostrar palmariamente la falsedad de los dos manuscritos posteriores, pues la del primero queda comprobada con la partida bautismal de la noble víctima.

A raíz de la evacuación—hemos dicho—se escribió la tercera carta; se escribió en jeroglíficos y procurando imitar la letra de Francisco Gómez. El falsario, creyendo que iba á darle el timo al general Máximo Gómez, entregó el papel, con mucho misterio, a la esposa de nuestro General en jefe, cuando la familia Gómez residía en la calle de Neptuno número 19, de esta ciudad. La entrega del papel la efectuó de noche, poniéndolo en las manos de doña Bernarda Toro, á quien dió á entender que él había hurtado el manuscrito de entre los legajos de la capitanía general. Máximo Gómez comprobó que era una falsedad lo del hurto y una grosera falsificación lo de la carta de su amado hijo. Seis años después apareció otro manuscrito, procedente de Madrid, acompañado de una carta de Wéyer, según la voz pública, para el general Máximo Gómez. Era portador de dichos documentos un antiguo funcionario de la colonia, el cual Porset, personaje de ferrocarriles, acompañado de otros dos próceres del régimen caído, visitó á Máximo Gómez para hacerle entrega de aquellos recuerdos de su hijo Francisco, inmolado en Punta Brava. Es bien conocida la indignación que le causó á Máximo Gómez la embajada madrileña, y cómo salieron de su casa los tres conspicuos magiares que pretendían engañar al General y valerse de su influencia para lograr el trazado de un ferrocarril. ¿Cuántas cartas pues se hicieron?... Está demostrado que tres distintas, las tres apócrifas.

Hemos dicho bastante sobre las mentiras y desvergüenzas que vieron la luz en letras de molde con motivo de la acción de Punta Brava. Sólo nos falta hacer el resumen. Don Francisco Cirujeda no fué un héroe, ni aun llegó á persona de moralidad

ó militar de pundonor, puesto que admitió la intervención del capitán general y la del general segundo Cabo por el precio de dos empleos redondos y una cruz vitalicia: se dejó cohesar. Wéyler elevó al colmo su desfachatez, proponiéndole á Cirujeda el fraude de la combinación de columnas, y enviándole parabienes aparatosos y felicitaciones augustas con motivo de sucesos imaginarios; y el invento de las cartas de Francisco Gómez es otra fullería de la peor especie, por cuanto se trataba de una víctima ferozmente asesinada, que no podía escribir ningún papel, y que aun en el supuesto de haberlo intentado, valiéndose de una hoja del diario de operaciones, no tenía dónde apoyarse para la escritura y carecía de lápiz. Aun no se ha aclarado si el papel novelesco se escribió con lápiz ó con pluma. De todo lo publicado en letras de molde sobre el suceso de Punta Brava, de todo cuanto escribieron las péñolas gacetilleras, con los gerundios á la inversa y en construcciones vizecaínas, estilo clásico weyleriano, de todos los adefesios, sandeces, gazapos y ciempiés que parieron las cayucas de melón, sólo subsiste el hedor agrio de la indecente bacanal, el vaho de la rumba asquerosa que corrió el integrismo desahogado, creyendo que la victoria se mantendría invariable y que la parranda no tendría fin: porque después de la muerte de Maceo vendría la muerte de la rebelión, al marcharse Wéyler del país con toda la caterva de Escribanos, quedaría Porrúa con toda la pandilla de ejecutores, ó volvería Polavieja con los tercios de civ'lotos mostachudos, y tras Polavieja... ¡Jack el destruidor! De cualquier modo, el integrismo mercantil vendería fardos de warandol y piezas de lustrina para solemnizar las victorias de Lepanto y de las Navas de Tolosa, y tendría oportunidad de fumarse la escuadra americana como si fuera una breva de Henry Clay. Sólo subsisten los miasmas de la indecente bacanal y el tupé de esos personajes que ahora solemnizan con bombillos de tres colores las fiestas de Cuba libre, para encandilamiento de los memos y lucro del mostrador. La síntesis más gráfica es el cambio de rótulo de una tienda mixta. En época de Wéyler decía: *¡A las glorias de Pelayo!* y á raíz de la evacuación: *¡A las glorias de Maceo!*

Ese amor á España de que alardeaban los *comercios covadongos*, era un amor de pacotilla. Con el mismo regocijo que

conmemoraban el dos de Mayo español, midiendo varas de lustrina de los colores gualda y rojo, han celebrado el 20 de Mayo de Cuba libre, el 24 de Febrero y las otras fiestas de la restauración. No han hecho más que cambiar el color del percal, el amarillo en azul, y agregarle el cutré, pues el *punzó* ya lo utilizaban en las fiestas de la Pilarica y de Covadonga; ostentaciones baratas que á la vez les sirven para anuncios de saldos de mercancías, como reza la moda comercial, en casos de quemazón. Una pulpería de la plaza del Vapor estaba bautizada con el nombre del 2 de Mayo, puesto en guarismo en descomunal letrero; el pícaro astur, cuando cambió la situación, no hizo más que agregarle un 0, pintándole con almagra, y amaneció el día de la república con el sol más criollo en la fachada de la bodega. El vendutero pudo decir para su cajón y para su rótulo: ¡Qué país más bobo!; contempla el letrero, me da vivas, celebra con entusiasmo mi cuquería, y sigue gastándose los reales en mi mostrador. ¡Qué buenos marchante! ¡Ya sólo falta que me hagan presidente del comité de Cuatro Caminos!

Al coronel Federico Pérez.—New York.—Mi querido coronel y amigo: he leído con mucha satisfacción su carta del 29 de Junio. Estoy medio contento con el alijo del doctor Castillo. La falta de elementos no me llevó á la desesperación porque la suplí con otros, no menos importantes, para el caso. Por eso gestiono ahora el envío de cuanto tengo pedido; no quiero verme en las astas del toro. Parece que ni el Delegado ni el Gobierno, han tenido en cuenta la importancia de la invasión, para favorecerme á tiempo; pero sí lo han hecho con los hijos mimados de la fortuna, con los cuales siguen los privilegios y desaciertos preparando disgustos. Lamento lo ocurrido con las expediciones. Si las mías vienen en la forma y condiciones pedidas, no sucederá lo mismo. El enemigo está acobardado allí donde hay gente veterana y muchos elementos; aquí cuesta pegarle juro: hay jefes á quienes corren todavía. Cierto que el número de combatientes es diferente, pues yo he llegado á tener en Las Villas y aquí, una persecución de 75,000 soldados con los mejores jefes del ejército enemigo. Aquí no hay un palmo de tierra que no esté bañado con sangre cubana y española. Ni la cam-

paña del 71 fué para mí más ruda. Sin embargo, he gozado mucho viendo realizarse un día y otro mi sueño dorado, y así le podido pegar á los españoles y romperles la crisma á sus mejores generales.

De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado, y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide: mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiar'lo á nuestros esfuerzos; mejor es subir ó caer sin su ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso (1). Miró está enfermo porque aun no tiene ninguna herida; esto lo hace sufrir. Dígame que sabe de José, mi hermano. Escríbale diciéndole que pida venir para acá, donde hay campo para todo el mundo; que si por intrigas se ve colocado en mala situación, haga lo que yo siempre he hecho; que no se preocupe de que no se recompense la pureza de sus sentimientos y el mérito de sus servicios: que le baste la propia satisfacción de haber siempre cumplido y de no haber servido á España. Están al llegar los elementos de guerra que trajo Leyte Vidal. Todo se salvó; ya debía estar en mi poder á estas horas, pero no tiene usted idea del estado de los caminos á consecuencia de las torrenciales y continuas lluvias que han caído de un mes á esta parte. Al doctor Castillo dígame que le felicito por lo bien que salió de su arresto. Se me antoja, por ciertas noticias de la prensa, que ya está navegando o'ra vez con rumbo hacia acá. Le deseo que pronto esté completamente restablecido. Y ahora, luego y siempre trabajando por Cuba libre. A mí también me pellizcaron, pero fué cosa insignificante; ya estoy curado y otra vez de pelea. Le abraza su affmo.—A. Maceo.—El Roble, Julio 14 de 1896.

(1) Las frases que hemos subrayado son las mismas que redactó Maceo; así están en el original, que obra en poder del coronel Federico Pérez, y en el copiadore de la correspondencia que tenemos nosotros. Hacemos esta salvedad, porque en el monumento del Cacahual se han esculpido en otros términos, que ni siquiera son análogos, y carecen de sentido y de intención. Parece que, al grabarlas allí se trataba de complacer á los españoles y á los americanos, por cuanto se omitió el pensamiento capital. Si se quiere rendir tributo á la verdad, deben ser borradas de aquella columna, y sustituirías por las que hemos copiado literalmente.

Con esta fecha el
Cuartel General del Departamento
Oriental confiere
el grado de

Brigadier al
Coronel José Martí
Agente por sus servicios
en pro de la Independencia
de Cuba.

Y para que lo surta de a
dministración expide el presente

Patria y Libertad
Ycaja 29 de Septiembre de 1895.
St. Mateo.

Rosendo Martí

Al doctor Alberto J. Díaz, Louisville, Ky.—Muy señor mío y distinguido amigo: acuso á usted recibo de su atenta carta fecha tres del pasado, de cuyos particulares quedo bien impuesto. No me parece cosa de tanta importancia el reconocimiento oficial de nuestra beligerancia que, á su logro, hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechosa al porvenir de Cuba la intervención norteamericana, como supone la generalidad de nuestros compatriotas. Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la patria independencia, se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, que sólo traerá aparejada la felicidad del país, si se alcanza sin aquella intervención. Demás está cuanto se diga en rechazar cualquier proposición para que indemnícemos á España. Ni un céntimo sería lícito abonar por tal concepto; y no dudo que este es el pensamiento de la casi totalidad de los cubanos. Reciba mi enhorabuena por su libertad, pues veo que la aprovecha usted con inteligencia y patriotismo en bien de la Revolución. Puede dar muy buen resultado la negociación que se entable con esas personas que se brindan a facilitar armas y municiones. Indispensable, sí, sería comprárselas con dinero, porque con tabaco está prohibido hacerlo. Trabaje, pues, en dicho sentido y sírvase avisarme si se alcanza éxito. Siento no poderle remitir el nombramiento ni la autorización que me pide: es asunto concerniente á la marina sobre la cual no tengo ninguna atribución. Aprovecho esta ocasión para ofrecerme de usted atento servidor y amigo q. b. s. m.—A. Maceo.—El Roble, Julio 26 de 1896.

Al señor J. D. Poyo, Delegado de la Revolución Cubana.—K. W.—Muy señor mío y distinguido amigo; he tenido el gusto de leer su atenta carta del 26 de mayo último, y agradezco á usted las benévolas frases que me dedica y sus votos entusiastas. Realmente, el patriotismo con tanta viveza sentido y la valentía y abnegación demostradas por el ejército revolucionario, exceden á toda ponderación. ¿Y qué dice usted del mérito extraordinario alcanzado por esta fuerza invasora? Página brillante debe ser la que dedique el porvenir á ese esfuerzo, que culminó en victoria, tras mil obstáculos acumulados por el enemigo, para impedir ó anular los esfuerzos de la invasión. No teníamos fac-

torías ni hospitales de sangre, ni depósitos para remonta; ni merecíamos del bárbaro enemigo la consideración de combatientes. No obstante tal situación, que comenzó al estallar la guerra y subsiste todavía, sobraron siempre las raciones; curamos perfectamente á nuestros heridos sin que uno solo haya tenido que sucumbir á la ferocidad del enemigo; tuvimos constantemente bien montada la caballería, y en el fragor de un combate desigual, hemos alcanzado, hasta hoy doble victoria sobre las armas y el salvajismo de España, arrebatándole armas y municiones, curándole muchos heridos que cayeron en nuestro poder y devolviéndole siempre sus prisioneros de guerra. En esta contienda, pues, la Historia imparcial dirá, con sobra de datos fehacientes, quienes eran los bárbaros, asesinos y cafres. Y si hasta hoy las armas cubanas han ido de triunfo en triunfo, huelga que le diga yo la ventaja mayor aun que le reservan para lo porvenir los cuantiosos elementos de guerra que estamos recibiendo, gracias á las activas gestiones de todos ustedes y especialmente de la incansable y benemérita Junta de New York. ¿A qué intervenciones ni inge encias extrañas, que no necesitamos ni convendrían? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y el corazón de sus hijos; libre será en plazo breve sin que haya menester otra ayuda. Repítome una vez más, suyo atento servidor y affmo. amigo q. b. s. m.—A. Maceo.—El Roble, Julio 16 de 1896.

Al Mayor General José M. Rodríguez.—Tengo á la vista su estimada carta de 12 de Abril á la que contesto, sintiendo no poderme referir al parte oficial que debió darme en descargo de la orden que recibió Ud. de venir á ocupar el puesto que le señalé en Occidente, pues él completaría el que debo hacer al General en Jefe, para que, á su vez, lo haga al gobierno de la República, que no ha tenido en cuenta la importancia de la invasión y la ventaja de sostener el territorio ocupado por las armas cubanas, disponiendo que no se cumplieran las órdenes comunicadas á usted y al general José Maceo, en circunstancias que pedía refuerzos para atender á las numerosas fuerzas con el firme propósito de desalojarme de él y dar por pacificadas las provincias de Pinar del Río, Habana y Matanzas; plan que no

pudo realizar, debido á la tenaz resistencia que con tiempo le opuse con las armas y los movimientos estratégicos que dieron al traste con sus siniestras intenciones. A no ser tanto valor, abnegación y pericia demostrados por cada hombre de las fuerzas de este departamento, la Revolución hubiera fracasado aquí, mientras que los señores del Gobierno veían desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio que hacía este ejército sin socorros y sin otro auxilio que su propio esfuerzo, para salvarse del naufragio que constantemente le amenazó. A eso se debe, pues, que apenas haya gente viva é ileso de la columna invasora que saqué de Oriente y las Villas: el que no está en el otro mundo, corre mutilado en busca de lugar recóndito donde acabar su vida. ¿Así se cumple como gobierno, como patriotas y como militares? De esta clase de elementos se compone nuestro Gobierno, y en el presente caso se ha prescindido de todo; ni el patriotismo les indujo á prestar apoyo inmediato á sus hermanos de acá, que sucumbían como héroes ante los acumulados elementos de nuestros enemigos, y ni siquiera me comunicaron á tiempo su determinación. Si yo hubiera venido á la revolución á servir á los hombres, habría abandonado la idea de prestarles ayuda; pero, por fortuna, no veo otra cosa más que la conveniencia de trabajar por mi patria, cerrando los ojos ante tantas pequeñeces y miserias, que han contribuído á que así proceda el Gobierno. Ante una situación tan apremiante como la que corrió el ejército invasor y el de este cuerpo, que era pavorosa y aflictiva para salvar nuestra impedimenta, sólo unos cuantos abandonaron el campo del honor en compañía de Juan Masó Parra; el resto está aquí, airoso, y ostentando con gala, su frente erguida, por la gloria que le cabe en campaña tan sangrienta como difícil. Yo sé que usted como jefe digno y honrado, siempre ha cumplido como bueno; uno de sus mejores timbres es el de la obediencia, y ha hecho bien acatando el acuerdo del Consejo de Gobierno; de él será, ante la historia, la responsabilidad de ese hecho que nos ha privado de encaminar nuestros triunfos al Ayaucucho cubano. Réstame, pues, la pena de no haberlo abrazado aquí, donde pudo usted aumentar su gloria y su fama. Le quiere de veras su amigo y compatriota.—A. Maceo.—El Roble, Julio 17 de 1896.

Al brigadier Juan Bruno Zayas.—Doyle otra vez mis parabienes por el éxito alcanzado en su viaje de retorno. Refiriéndome á mi última comunicaci6n del 26 de Junio, insisto que no deje usted de mano la organizaci6n de las fuerzas que mand6 el brigadier Esteban Tamayo, uniéndolas al contingente expedicionario á fin de que no haya grupos que operen por su cuenta. Recibí el paquete de correspondencia juntamente con el oficio y la carta de usted, cuya lectura me ha producido gran satisfacci6n, no sólo en lo que respecta á las noticias de la campaña en el departamento central, sino también por las no menos agradables del concurso de tantas personas de valimiento que nos apoyan allí y en el extranjero. Haga usted llegar la expresi6n de mi agradecimiento personal á los buenos patriotas que se han puesto incondicionalmente de nuestro lado, entre los cuales cita usted á los señores José María Espinosa, Abelardo Hurtado y M. Hernández González, vecinos de arraigo y de poderoso influjo en las Villas. No está lejano el día en que todos los cubanos de decoro se sumen á la protesta del país independiente, y marchen con nosotros á la conquista de la libertad. Respecto á la benemérita patricia Marta Abreu, cuyo fervor por la causa de Cuba me era conocido por usted mismo, nada tengo que agregar á cuanto usted me manifiesta en la carta á que me contraigo. He recibido una valiosa expedici6n, de armas, pertrechos y dinamita. Pronto sentirá Wéyler el alboroto de los es'ampidos. Alégrome que el coronel Monteagudo se halle del todo bien, y como siempre, dispuesto á la batalla. Tengo vivos deseos de darle á usted un abrazo; no dudo que será dentro de pocos días.—A. Maceo.—Tapia, 25 de Julio de 1896.

Al doctor Tomás Padr6 Griñán.—Mi querido amigo. siento no tener que referirme á ninguna suya que, de seguro, me hubiera proporcionado fidedignas noticias sobre varios asuntos de interés en los que se ha ocupado la prensa española, con la mala intenci6n seguramente que la causa del enemigo exige de ella. Así desearía, en primer lugar, que me informara usted detalladamente sobre lo que á mi hermano le haya ocurrido, pues nada sé de cierto, y es usted quien más enterado ha de estar de eso, y más dispuesto á decirme la verdad, sin rodeos.

También quisiera saber algo de nuestra situación política, siempre maltratada por la prensa de Wéyler, y si es cierto que hay problemas que resolver como los que se anuncian desde hace días. Más bien me inclino á creer que la Revolución no tropieza allá con tales dificultades; pero esta creencia no me basta para formar sobre el particular un juicio que me deje satisfecho, como lo estaré gracias á sus informes, autorizados siempre, y no menos hoy, á pesar de que lo supongo bastante atareado en las cuestiones financieras á que le veo, con muchísimo gusto, dedicado en la actualidad. Por ahora sigo aquí ultimando la obra de la invasión, cuyos excelentes frutos estamos viendo ya. No ignorará usted seguramente que por aquí también hemos recibido expediciones importantes; los españoles no saben cómo arreglárselas para castigar la desfachatez con que se hacen á la mar en tierra extranjera, ni mucho menos la impunidad con que ruedan y se esconden bultos y más bultos, procedentes del alijo, en todo el litoral de Cuba, á veces á nueve milas de la misma Habana, cual ocurrió con la última que ha traído, según noticias, el doctor Joaquín Castillo. Sensible sería, dice éste, con muchísima razón, que nacieran ahora abrojos en el camino de la Revolución, después que ésta ha venido desarrollándose hasta hoy con robustez y energía, sin haber hallado obstáculos en su marcha, y antes al contrario, convirtiendo en su favor elementos y circunstancias que parecieron en un principio serle adversos. Deber es, por eso, de todos los que servimos sin reservas á la causa de Cuba, influir con todas nuestras fuerzas para evitar que aquellos nazcan, ó extirparlos, si hubiesen nacido. De otro modo, resultaría que peor enemigo que la tiranía española, serían nuestras propias é imperdonables discordias. Ojalá tengamos camino fácil hasta el fin, abrazados en la paz después de haber sido hermanos en la lucha contra el enemigo común. Consérvese bueno, y reciba el abrazo que le envía su siempre afectísimo, A. Maceo.—Manantiales, Agosto 12 de 1896.

Al brigadier José M. Aguirre, jefe en comisión de la División de la Habana.—Acuso á usted recibo de sus comunicaciones 20, 24 y 26 de Julio último. Felicítrole por el éxito que alcanzó protegiendo la expedición de que me da cuenta y en

los combates últimamente empeñados con el enemigo. Procure ser igualmente celoso en el cuidado que todavía exigen los depósitos de parque y los individuos que los custodian. Atenciones parecidas á ésta me ocupan y retienen actualmente aquí, desde aquellos días en que la pequeña herida que recibí me retuvo algo inactivo. Hago lo posible por visitar la zona comprendida entre Bañabonó y la Habana. Los datos que le piden de la Habana para Mr. Lee, han sido ya facilitados directamente al mismo por este Cuartel General; cualquier informe que usted diese sobre el particular podría hacernos incurrir en contradicciones que, aun siendo de poca monta, perjudicarían grandemente. Aparte de esto, no conozco á ese Delegado por comunicaciones oficiales; y lo mismo puede tener esa representación que ser uno de tantos agentes de que se vale el enemigo en provecho propio y con perjuicio de la Revolución. Acciones meritorias como las llevadas á cabo por usted contra el enemigo en los días 23 y 24 del pasado, de las que me da cuenta en su última comunicación referida, merecen aplausos y repetirse á menudo; conviene obligar al enemigo á moverse y operar; que sienta la fuerza de la Revolución de un extremo á otro de la Isla, y que se convenza de que el esfuerzo combinado de nuestros cuerpos de ejército, ha de dar el mejor resultado en pro de la causa revolucionaria con tal que nuestra perseverancia y celo sean mayores cada día. Ni una palabra relativa al teniente coronel Cuervo leo en los partes de operaciones que da la prensa, ni la menor referencia hace usted á él en los suyos. Esto me hace creer que tienen fundamento las quejas que he recibido varias veces respecto de dicho jefe, á quien se supone, según ellas, escondido junto con sus fuerzas, inactivo, por lo tanto. Prevéngale, pues, que se mueva mucho sobre el enemigo, á la vez que organice y discipline su gente, si ha de merecer la consideración debida al cargo que desempeña. Desde la muerte del brigadier Zayas deja mucho que desear, por lo que atañe al orden y disciplina, la fuerza que estaba al mando de aquel dignísimo jefe, malogrado cuando tanta falta hacía y hace todo jefe que tenga conciencia de los múltiples deberes que pesan sobre el ejército libertador en una campaña como la actual.—Puerta de la Muralla, Agosto 14 de 1896.—A. Maceo.

Al brigadier José Lacret Morlot, jefe en comisión de la primera División de Matanzas. Estimado amigo; obra en mi poder su apreciable carta de 19 del pasado, aunque no apruebo lo dispuesto por usted respecto á los trenes de domingos y lunes, porque ninguna transacción ni condescendencia en este sentido es lícita, desde el momento en que sólo ha de aprovechar al enemigo y á sus aliados. Los pasajeros deben saber lo que de muchos días atrás tenemos anunciado al público y al mundo entero, ó sea, que la existencia de esas vías de comunicación nos perjudica y hemos resuelto destruirlas; y esto sin distinguir de días ni de pasaje, pues ningún vecino pacífico puede llamarse á engaño después de nuestro pregón. Suspenda usted por lo tanto esa medida y precinda de las consideraciones en que aquélla se inspira. Mucho celebro que favorezca la propaganda revolucionaria y que ésta se vea apoyada por *Cuba y La Manigua*. Encomiende su redacción á personas competentes, pero no tome usted más parte en la obra, ni deje su puesto por el que tiene reservado el periodista: su misión de usted no es la de este último, sino el mando de la División como hasta aquí. Quedo aguardando el resultado favorable de sus gestiones en averiguación del asunto relativo al parque, objeto ya, según me dice, del procedimiento del caso. Trabaje mucho sin descuidar su salud, que ya sabe le aprecia de veras su affmo., General A. Maceo.—Puerta de la Muralla, Agosto 14 de 1896.

A la Delegada. Mi estimada amiga; sin poder contestar á la última de usted, que trajo el capitán Barrios por haberse cruzado en el camino á mi regreso á esta zona, límitome á remitirle \$3,606.80 oro para que los entregue al doctor González, lo mismo que las demás cantidades que irá usted recibiendo, por orden mía, desde esta fecha, del gobernador civil de la Habana. Sospecho que alguna interrupción hay en nuestra comunicación con aquel amigo, pues hace muchos días que no tengo la menor noticia de él. Siempre suyo afectísimo S. S. A. Maceo.—Río Hondo, 14 de Octubre de 1896.

A los jefes de fuerzas.

No me preocupa la colocación de fuertes enemigos en los lugares que usted ha dado en llamar nuestras zonas. ¿Cuál del país no lo es? La impotencia de nuestros adversarios para vencernos á pecho descubierto, les hace construir trincheras, fortalezas y fortines, en toda parte que le es imposible sostenerse con las armas de combate. De ahí, pues, que ningún daño positivo y trascendental pueda causar en nuestras filas. Por otra parte, consolidado el principio de independencia en todo el país por nuestra propia voluntad y decoro, ensangrentada la Isla por la ferocidad española y su natural avaricia: ¿en quién pueden influir las patrañas de ellos y sus fortificaciones? El último campesino no lo cree; ve en sus palabras y promesas un nuevo engaño, y una deshonra más, si le pone oído. Los mismos cubanos que por circunstancias especiales viven entre ellos, sirven á nuestra causa. Del triunfo de nuestras armas nadie tiene duda; los españoles más intransigentes están convencidos de ello. Pero las naciones mal gobernadas no pueden resolver su situación política con la precisión de los países bien dirigidos y mejor administrados. Cuando el gobierno de España tenga mayor número de tropas en Cuba, más próximo estará el día de nuestra redención. ¿Qué ha hecho la nación española con su aparatoso ejército y sus mejores generales, en veinte meses de campaña? ¿Ha conseguido someternos con sus doscientos mil hombres que tiene sobre las armas? ¿Nos ha impedido llegar á los confines de la Isla? No, y mil veces, no. El pabellón cubano ha recorrido todo el territorio, enarbolándose siempre en los puntos de mayor peligro, que parecían más difíciles de ser dominados por nuestras armas. ¿Cree usted que es buena perspectiva para la codicia española, la total destrucción de la riqueza del país? Agotada esta riqueza ¿cree usted que le será fácil la explotación de los cubanos y el sostenimiento de su ejército? ¿Piensa usted que, con arrogancias y sin crédito para empréstitos, puede hacerse la guerra? ¿Quien no sabe que tenemos elementos de sobra para combatir y vencer aunque la campaña durase veinte años? Esta es la resolución de todo el país cubano; es la única idea que germina en el corazón del pueblo. Cualesquiera que sean nuestros sacrificios por la libertad, y cualquiera la suerte que nos esté reservada

en lo porvenir, por mala que fuere, sería preferible á la deshonra de ser gobernados por gente incivil y avariciosa. Como yo piensan todos los cubanos que tienen vergüenza.—En campaña, 29 de Octubre de 1896.—A. Maceo.

Al señor Eduardo H. Gato.—Key West.

Mi estimado amigo y compatriota: Porque conozco los nobles sentimientos que á usted animan en pro de nuestra causa, en ninguna ocasión entibiados, es que me permito dirigirlle estas líneas, no con objeto de excitar aquéllos, sino para que preste su eficaz concurso en un servicio especial que habrá de redundar, una vez realizado, en beneficio de gran valía para el ejército que opera bajo mis órdenes en este Departamento. Usted no ignorará que hasta ahora la mayor parte de los materiales de guerra que ha enviado la junta, han favorecido especialmente á las fuerzas que batallan en los teatros de Oriente y Camagüey, con ser las que menos han sufrido la agresión del enemigo. En cambio, sobre este departamento ha acumulado la jefatura del ejército español toda la pesadumbre de sus elementos destructores, con el propósito de ocasionar un serio quebranto á la Revolución por medio de una ofensiva metódica y pertinaz. Desearía, pues, que esta carta tuviera benévola acogida y sirviera de primera base para acordar entre usted y los señores Estrada, Castillo y Colás, el pronto envío de una expedición destinada á este territorio, en el que escasean siempre los elementos de guerra, por ser los combates á diario, rudos, con frecuencia, y sostenidos, por nuestra parte, contra fuerzas mucho más numerosas y bien pertrechadas. Por cuanto haga usted en beneficio de esta interesada solicitud, le anticipo el testimonio de mi agradecimiento y me reitero en esta ocasión affmo. amigo.—A. Maceo.—Pinar del Río, 18 de Noviembre de 1896.

Al general Emilio Núñez, Jacksonville.

Estimado amigo: Muy grato me hubiera sido que con el general Rius Rivera ó con otra de las expediciones, hubiese usted venido á compartir las glorias y las fatigas de esta cam-

pañá. Creo que en breve tendré necesidad de una expedición para el territorio de Las Villas, y desde ahora le invito á usted para que coadyuve al logro de dicha empresa, cuando sea hora propicia, con lo cual prestará usted un valioso servicio á la Revolución, y yo podré utilizar en beneficio de ésta los elementos de guerra que allí se conduzcan. Sin otro particular reciba usted la expresi6n de la sincera amistad de su affmo. A. Maceo. Pinar del Ríó, 16 de Noviembre de 1896.

Al coronel Federico Pérez Carb6.—New York.

Querido amigo: unos pocos momentos que tengo hoy desocupados quiero aprovecharlos para dedicárselos á usted y referirme á algunos particulares de sus estimables cartas. Lo más importante, desde luego, es la proposici6n de 50 mil fusiles y 10 millones de tiros, hecha á la Junta por una casa suiza, mediante seis millones de pesos en bonos de la República; negocio que considero habrá aceptado la Delegaci6n, con las garantías suficientes, no sólo por lo que representa en valor material para la campañá, sino por las ventajas inapreciables, en el modo de verificarse el pago de aquellos elementos de guerra, esto es, sin desembolsar de momento un centavo. La sola oferta implica, por otra parte, la favorable opini6n europea respecto de nuestros asuntos, que no de otra manera se arriesgarían cosas importantes de aquel continente á proponer negocios de tal magnitud, amén de que aumentarían los factores simpáticos á nuestra causa. Pero si el negocio, por cualquier coincidencia no se hubiese todavía realizado, debe usted influír en el ánimo de la Junta para que lo lleve á cabo, aun cuando sea mucho mayor la cantidad en bonos de la República para el pago de trasportes de dichos elementos que, á ser posible, debería hacerse directamente á esta Isla, avisando con la antelaci6n necesaria. No he recibido aún la valija de campañá, regalo de Mr. Clarence King, á quien trasmitirá usted el testimonio de mi gratitud por su fineza para conmigo, así como por el patri6tico ofrecimiento de 3,000 rifles y medio mill6n de tiros y prendas de vestuario para mis tropas; nobilísimos prop6sitos, que al traducirse en hechos, elevarán seguramente á muy alto puesto el nombre del iniciador con la eterna gratitud del pueblo cubano. También

me he enterado, con satisfacción, de la iniciativa que han tomado algunos compatriotas nuestros de arraigo y posición social, abriendo una suscripción á favor de nuestra causa, encabezada por Terry con la suma de 100 mil pesos. Ya era hora de que los hombres de capital se sintieran movidos en la fibra patriótica. Ese es indicio seguro en el éxito cercano de la Revolución, que ven aproximarse los elementos conservadores, hasta hace poco remisos ó desconfiados. Comprendo la impaciencia de usted y su inquina hacia las autoridades federales de esa República, que sumisas á la política de Mr. Cleveland, se han puesto por entero al servicio de España con visible menosprecio de su propia historia, á pesar de los puntos de semejanza que tuvo con la nuestra, al rebelarse contra su metrópoli, la colonia americana para constituirse en nacionalidad independiente. Cleveland, con su política falaz, ha causado sin duda mucho daño a la causa de Cuba; pero paréceme que ha empezado á alcanzarle el castigo á que se ha hecho acreedor por su incalificable conducta contra la opinión general del pueblo americano. La elección del nuevo presidente es de feliz augurio para nosotros, si hemos de colegirlo por los informes todos de la prensa y otras noticias de origen fidedigno. De ahí los titánicos esfuerzos que está haciendo España en estos días para ocasionar un fuerte descalabro á la Revolución en Occidente, en la esperanza de que el éxito corone esos esfuerzos antes de que MacKinley ocupe la silla presidencial. De ahí que Wéyler se haya puesto al frente del ejército en este departamento, llenando toda la sierra de soldados, con el intento de batirme y acabar conmigo, cual si de esta operación dependiese el resultado decisivo de la campaña. Tales empeños por parte del enemigo sentirán poco al ejército de mi mando; pues no he de desmayar en la empresa, mientras aliente mi corazón un soplo de vida, ni creo que la contienda se resuelva en favor de la iniquidad española, flaqueen ó no los que tienen el deber de auxiliarnos en esta obra redentora, y escatimen sacrificios de dinero los que cuenten con fortuna propia y no son actores personales en el debate estruendoso de las armas. Por otro lado, la poderosa ayuda de nuestro General en jefe ha de contribuir forzosamente á hacer infructuoso el empeño que pone el enemigo en desmoralizar los fuerzas del ejército libertador con activas perse-

cuciones, fusilamientos de pacíficos y persecución de familias; hechos que hasta ahora han redundado en beneficio de la Revolución por el número que nos ha dado de simpatizadores y la desconfianza que ha cundido entre todos los elementos. En presencia de los asesinatos de Wéyer y de los atropellos de sus tropas, no podía suceder otra cosa: la Revolución no tiene mejor aliado que el mismo Wéyer.—Su afectísimo amigo. A. Maceo.—Pinar del Río, 19 de Noviembre de 1896.

Al señor Manuel Sanguily.—New York.

Muy distinguido amigo: correspondo á sus dos apreciables de 30 de Julio y 28 de Agosto, relativas á la muerte de mi inolvidable hermano José, suceso para mí sumamente doloroso, para el que, como dice usted muy bien en una de sus cartas, no es consuelo bastante eficaz la consideración de que el guerrero haya caído en su puesto de honor, batallando por la libertad de la patria. Las impresiones de esta clase, por lo mismo que llegan á lo más íntimo del alma, no son susceptibles de juicios. Agradezco á usted profundamente el sentido pésame que me envía, sirviéndome en parte de lenitivo el aprecio que usted hace de las cualidades de mi hermano, que era, en verdad, uno de los defensores más resueltos de la causa cubana. Celebro que el general Gómez haya escrito á usted en el mismo ó análogo sentido que yo lo hice, respecto á lo conveniente que sería para los intereses políticos de la revolución la presencia de usted en Cuba, lo cual me demuestra que la ilustre opinión del General en jefe, sobre los méritos personales de usted, ha coincidido con la mía, en asunto tan importante. Entiendo, pues, que los servicios que usted pudiera prestar aquí, serían mucho más fructuosos y positivos que los que puede usted desempeñar en el extranjero, cualquiera que sea la comisión oficial encomendada á su talento. Hace falta alguien, una personalidad saliente y prestigiosa que, á la vez que imprima fuerte impulso á la Revolución, la prepare y encamine á un futuro venturoso y tranquilo, despojando desde ahora á nuestro pueblo de todos sus defectos políticos y sociales, pesado bagaje que le impuso el vicioso sistema de la dominación española. Creo que, estando usted en el país, podía anticiparle ese beneficio á sus compatrio-

tas, pues de no triunfar pronto nuestra causa, no está lejana la época de las elecciones del Gobierno y para entonces hace falta usted entre los hombres que piensan seriamente en el porvenir de Cuba. La dificultad con que usted tropieza para abandonar ese país, creo no será un obstáculo para que venga á éste. Reitero á usted el testimonio de mi consideración más distinguida, afectísimo amigo. A. Maceo.—Pinar del Río, 22 de Noviembre de 1896.

A Mr. Clarence King.—New York.

Distinguido amigo: tengo especial gusto en corresponder á su estimada carta de 20 de Agosto último, elocuente expresión de la profunda simpatía que usted siente por la causa de Cuba y por la que deben interesarse por igual todos los buenos hijos de América. Acepto de usted, porque sé que las inspira un noble y desinteresado afecto, las frases de elogio que me dirige por mis empresas militares, debido más que á mi pericia, á la abnegación y heroísmo del ejército cubano. Cuanto se diga en favor de mis sufridos soldados en la tremenda y desigual lucha que sostienen contra fuerzas muy superiores, provistas de todos los elementos de guerra, siempre resultaría pálido ante el cuadro asombroso de la realidad. Nunca otro pueblo alguno de las Américas, al lanzarse al campo de la lucha para conquistar su independencia, ha tocado con los obstáculos formidables como los que tiene ante sí el pueblo de Cuba, asistiéndole más razón y justicia que aquellos otros, por ser mayores también los agravios recibidos de su metrópoli, más enorme el vilipendio y más infame y mantenida la explotación colonial. Para evidenciar la desigualdad de condiciones entre ambas fuerzas beligerantes, bastará conocer la cifra de 200 mil hombres armados que alcanza hoy el ejército español, con los materiales de guerra necesarios para hacerse sentir en todas partes, pues para ello cuenta con vías de comunicación, terrestres y marítimas (éstas siempre expeditas) y otros auxiliares poderosos, de los que carece el ejército cubano, contra los cuales no tuvieron que luchar los pueblos del continente al romper los lazos opresores de la dominación española, y ni tampoco la colonia inglesa de Norte América, hoy convertida en una nación grande y venturosa bajo las instituciones democráticas. Puede pues, decirse que hasta los

adelantos creados por la civilización son elementos adversos para nosotros. Tantas dificultades y embates no arredran, sin embargo, á nuestro sufrido ejército: avivan más bien su heroísmo y le infunden mayor fe, si cabe, en el definitivo triunfo de nuestras armas, para alcanzarlo por el diario y propio esfuerzo, medio seguro de victoria en toda empresa humana. Es imposible que la iniquidad prevalezca aun en el caso de que España triplique su ejército y redoble sus esfuerzos contra la suprema resolución de este pueblo de sucumbir en holocausto de su ideal, abrasado en llamas, antes que continuar sometido á extraña dominación. Siento bastante no poder complacerlo por ahora con la crónica de las operaciones realizadas durante la campaña de invasión y sucesivas, en atención á que el diario de operaciones de este Cuartel General contiene puntos y conceptos que deseo permanezcan reservados por algún tiempo; y no quisiera, por ningún concepto, enviarle á usted informes de nuestros hechos de armas omitiendo particulares y apreciaciones interesantes. Sin embargo, en mi deseo de complacerle á usted en algo, le incluyo un croquis de las acciones sostenidas contra el ejército español al regresar de mi expedición al extremo occidental de este departamento, y otro, de las sostenidas últimamente contra el jefe de las armas españolas. Los resultados han sido funestos para el ejército enemigo, pues sobre no haber alcanzado ninguna victoria táctica, ha sufrido los efectos de nuestros disparos, amén de las fatigas consiguientes á una marcha larga y penosísima al través de la sierra. Ha dejado el campo sembrado de cadáveres, con más de 300 caballos muertos. Como resultados prácticos para el enemigo, sólo he podido comprobar el desmoche de algunas cepas de plátanos y atropellos de algunas familias que llevó consigo en calidad de prisioneros... ¡de guerra! Con este motivo, me ofrezco de usted affmo. amigo, S. S.—A. Maceo.—Pinar del Río, 22 de Noviembre de 1896.



REPÚBLICA DE CUBA.

El Presidente del Consejo de Gobierno

Por cuanto: Atendiendo a los antecedentes, aptitudes, méritos y servicios que a la Independencia de Cuba ha prestado el Brigadier José Miró y Argenteo.

considerando los informes presentados al efecto por el General en Jefe, de Intendencia con el Asiento N.º 1000, inciso 7.º de la Constitución.

Por acuerdo del Consejo de Gobierno, confiere al

Brigadier José Miró y Argenteo
el empleo militar de
General de División
del Ejército Libertador, con antigüedad de quince de Diciembre del año próximo pasado.

POR TANTO: Ordeno a los Autoridades Civiles y Militares guarden y hagan guardar al dicho *Genl de División* respeto y las consideraciones debidas a su cargo.

Y para que conste: según dispone el Artículo Décimo de la Constitución, expido el presente Diploma, firmado de mi mano, sellado con el sello de la República, refrendado por el Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y firmado asimismo en la Secretaría de Hacienda para los fines correspondientes.

Dada y librada en la Residencia del Ejecutivo a diecisiete de Diciembre de mil ochocientos noventa y seis.

El Presidente,
Salvador Camacho

El Secretario de Guerra,
F. J.
Rafael M. Portocarrero

INDICE DEL TOMO TERCERO

<u>Capítulos</u>	<u>Pág.</u>
I.—UNA EXPEDICION	3
II.—JOSE MACEO	15
III.—LA REVOLUCION	32
IV.—BRUNO ZAYAS	48
V.—BACUNAGUA	57
VI.—VINALES	70
VII.—LA ENSENADA DE CORRIENTES	78
VIII.—MONTEZUELO Y ESTORINO	89
IX.—CEJA DEL NEGRO	102
X.—GALALON	127
XI.—LA RECONCENTRACION	139
XII.—ARTEMISA Y SOROA	149
XIII.—LA CAMPAÑA DE WEYLER	172
XIV.—CAMINO DE LA TROCHA	194
XV.—EL MARIEL	209
XVI.—PUNTA BRAVA	218
XVII.—EL HEROE	259
APENDICE	279

La segunda edición de los tomos II y III de
"Cuba: Crónicas de la Guerra" (La Campaña
de Occidente), publicada por Editorial Lex,
se terminó de imprimir el día 10 de Febre
ro de 1943, en los talleres de la Co-
operativa Editora Cubana, calle de
Figuras núm. 211, Habana, Cuba.



UNIVERSITE PARIS 3



001 554342 7

D